



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

La vida entre los restos y la vida de los restos Espacio, Infraestructuras y Residuos

Una etnografía de los chatarreros senegaleses de Barcelona

Mauricio Chemás Rendón

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

LA VIDA ENTRE LOS RESTOS Y LA VIDA DE LOS RESTOS

Espacio, Infraestructuras y Residuos



MAURICIO CHEMAS RENDON



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

LA VIDA ENTRE LOS RESTOS Y LA VIDA DE LOS RESTOS

Espacio, Infraestructuras y Residuos

Una etnografía de los chatarreros senegaleses de Barcelona

MAURICIO CHEMAS RENDON

Tesis doctoral

Director

ROGER SANSI ROCA

Programa de Doctorado

Societat i Cultura: Història, Antropologia, Art i Patrimoni

Àmbit d'Antropologia Social i Cultural



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Barcelona, 2021

a mi padre

INDICE

AGRADECIMIENTOS.....	9
RESUMEN	11
INTRODUCCIÓN	13
I	
ESTADO DE LA CUESTIÓN Y ALGUNOS PRESUPUESTOS.....	19
1. La recolección de residuos como objeto de estudio.....	19
2. Los residuos como unidad de análisis: antropología y arqueología de la basura	34
3. Sobre el flujo de las cosas: antropología de las infraestructuras.....	55
4. Sobre la economía informal y el trabajo negro.....	65
II	
SOBRE EL MÉTODO Y EL CAMPO.....	79
1. Contexto etnográfico	81
2. El caso, los interlocutores y los lugares.....	86
3. Del modelo al campo.....	94
III	
TRAYECTORIAS	113
1. Contexto.....	116
2. La idea de migrar.....	129
3. La movilidad geográfica.....	139
4. Organización y desactivación	153
IV	
LA <i>SUNU VILLAGE</i> Y LA RECUPERACIÓN DE RESIDUOS	171
1. La <i>Sunu Village</i> : espacio y lugar	177
2. Limpieza, Reparación, Construcción: la recuperación de las cosas	199
3. Residuos: Medios, Bienes, Mercancías	213
4. Revalorización, restitución funcional y resignificación de los residuos	223
V	
LA <i>OTRA SUNU VILLAGE</i>	229
1. <i>Otros</i> objetos y <i>otros</i> residuos	231
2. La <i>Sunu Village</i> más allá de la basura.....	239
3. El trabajo colectivo y los sentidos del trabajo en los márgenes	246
4. Chatarrero y suciedad	261

VI	
EL INTERCAMBIO Y LA PRODUCCIÓN DEL VALOR MARGINAL	271
1. Los residuos en el sistema oficial y el discurso de la deseconomización.....	274
2. El trabajo para la venta y las relaciones de intercambio	290
3. Re-mercantilización.....	313
VII	
ESPACIO: RECORRIDO, RECOLECCIÓN, APROPIACIÓN	319
1. Marginalidad, trabajo en las calles, visibilidad y apropiación.....	326
2. El trabajo en la calle: La recolección informal de residuos	344
3. Recolección informal de residuos y apropiación por desterritorialización.....	366
VIII	
LA INFRAESTRUCTURA DE LA SUPERVIVENCIA URBANA	377
1. La infraestructura de los residuos: de la infraestructura excluyente al <i>know how</i> de las basuras	379
2. La infraestructura urbana: una forma particular de moverse	393
3. El ensamblaje total.....	411
4. El espacio de la subsistencia	418
IX	
SER UN RESTO	
A modo de epílogo etnográfico.....	425
1. El desalojo definitivo y la disgregación final	426
2. La coyuntura actual y la experiencia residual	438
CONCLUSIÓN	451
BIBLIOGRAFÍA.....	459

AGRADECIMIENTOS

A mi hija Violeta, la luz de mis ojos, por iluminarlo todo, a mi padre por enseñarme cómo andar hasta dar la vida en ello, a mi madre por llenar de incondicional amor y cuidados el camino y a toda mi familia, mis amigos y mis amores por acompañarme a recorrerlo. A Carlucho y Andrea por permanecer siempre, por su inquebrantable firmeza.

A los chicos de la *Sunu Village* porque, tristemente, han hecho posible este trabajo y sin embargo han sido capaces de mostrarme tantas alegrías y tantas verdades. No tengo forma de retribuirles lo que han hecho por mí al permitirme ser parte por un rato. A Amadou por enseñarme con dedicación su calle y su vida, y por una amistad que me ha abierto los ojos y me ha dado varios pares de alas, gracias ¡hermano!

A la Universidad del Valle por la oportunidad y el apoyo; a la Facultad de Artes Integradas y a los compañeros del Departamento de Diseño, en especial a mis amigos Juan Camilo, Miguel, Tatiana, Andrés, Diana y María Ximena del Grupo de Investigación en Diseño NOBUS con quienes desde hace muchos años construimos el sentido y el objetivo de todo esto. Ya les caigo...

Al Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación del Gobierno de Colombia por el apoyo durante la fase final del proceso: Crédito educativo Minciencias, Convocatoria 860, doctorados en el exterior.

A los profesores del Departamento de Antropología Social y Cultural de la Universidad de Barcelona por sus incontables aportes, al Grup de Recerca en Exclusió i Control Socials GRECS por el *paraguas*, a los compañeros del GRACU, a los del GREAST y a la gran manada de senglars del OACU quienes han hecho de este viaje un maravilloso *conflicto* sin igual.

A todos los compañeros del Máster y del Doctorado y a tantos otros colegas que me cuestionaron y me apoyaron de innumerables maneras fundamentales. Infinitas gracias por tanta cercanía, por el sincero cariño, por las inmejorables discusiones y los incontables chupitos a Romina, Julián, Juan, Agustín, Cel, Xavi, Gaby, Joan, Horacio, Martin, Livia y Michael.

A Roser y Esther por su silenciosa, desinteresada y cariñosa forma de acompañar, de estar presentes para lo que fuera.

Muy especialmente a Roger por la exigencia, por su trabajo, por señalar la dirección correcta del mío y por el invaluable apoyo que me ha brindado, y a Manuel por ser un maestro dentro y fuera... y por tantas cosas en la cabeza, claro.

a Kari, por la primavera...

RESUMEN

El objetivo de este proyecto es describir las relaciones que un colectivo marginado de chatarreros senegaleses de Barcelona establece con los residuos, las infraestructuras y el espacio urbano en el desarrollo de su particular actividad laboral cotidiana de recuperación de residuos.

Los hombres de este colectivo en concreto arribaron a territorio español como parte de la tercera gran oleada migratoria desde el Senegal, la mayoría de los interlocutores principales entre 2004 y 2008, experimentando un drástico proceso de desterritorialización que, además del desprendimiento de su territorio de origen, implicó también la restricción al tránsito, el internamiento y un posterior abandono institucional. Ya en Barcelona la organización en torno al trabajo y la colectivización resultaron fundamentales a la supervivencia para unos hombres en una clara condición de marginalidad socioeconómica y de ausencia de reconocimiento, pero, en función de su masiva forma de habitar y trabajar en ocupaciones ilegales, fueron rápidamente desactivados.

Después de un masivo y mediático desalojo en junio de 2012 y de una compleja dispersión geográfica inmediata, un reducido grupo de ellos ocupó un nuevo lugar hacia mediados de 2015, de donde surge esta etnografía. Allí, en la *Sunu Village*, algunos de los “chatarreros del Poblenuou” procuraban mantener la centralización del trabajo colectivo y, así, asegurar la supervivencia mínima y cierta forma de reproducción y organización. En el lugar del trabajo colectivo la centralidad de la práctica de la recuperación era más que evidente, se instauraba como el mecanismo fundamental de aprovisionamiento productivo y reproductivo que hace de los residuos herramientas de trabajo, bienes de consumo y mercancías. Estos procesos de transformación de los residuos implican, en unos casos, una restitución funcional orientada a la recuperación de determinadas utilidades y, en otros, toma forma de dinámica de recuperación del valor que reincorpora mercantilmente los objetos de descarte.

Siguiendo este último cauce, en la práctica del intercambio los chatarreros participan en la creación de un valor marginal que solo ellos, como marginados, deben procurarse, en una

relación en la que, además, el trabajo sufre una abstracción radical y elemental y las jerarquías expresan una clara condición de explotación.

Por su parte, la obtención de los residuos mediante la práctica de la recolección implica una intromisión forzosa y disruptiva en el espacio urbano y una lucha constante contra la norma, la normalidad y las restricciones funcionales del espacio mismo que, a pesar de todo, logran desbordar. Este conflicto deriva en una contundente y necesaria apropiación instrumental del espacio que, no obstante, se sucede presionada justamente por las potentes restricciones de acción y participación espacial. A través de sus relaciones espaciales e instrumentales con los sistemas oficiales de la movilidad urbana y de la circulación de los residuos, los chatarreros producen su propia infraestructura paralela, en la que desarrollan una ecología simbiótica del reciclaje que funciona como un sistema con sus propias reglas y ajustes sobre la marcha, y se hacen coparticipes de la producción de su propio espacio residual y marginal.

Finalmente, las relaciones fortuitas con ciertos procesos del desarrollo urbano han producido una mayor disgregación del colectivo, un deterioro progresivo de sus condiciones materiales y físicas de existencia y el desalojo definitivo de la *Sunu Village*. Un endurecimiento de la individuación y una nueva dispersión geográfica acompañan un proceso acumulativo, radical e infranqueable de marginación que conduce una experiencia residual en términos físicos y sociales. Los hombres terminaron por emular la condición de su objeto de trabajo convirtiéndose ellos mismos en residuos a lo largo de un proceso migratorio sin fin sobre el que se afince el sentido del fracaso y de una vida desperdiciada.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene como objetivo central describir las formas como una comunidad marginada establece determinadas relaciones con el espacio, las infraestructuras y los residuos en una gran ciudad moderna occidental como Barcelona. Dichas relaciones están empíricamente circunscritas al caso de un colectivo de chatarreros senegaleses que viven y trabajan en el distrito de Sant Martí y a la ejecución de sus prácticas laborales informales cotidianas de subsistencia.

En un plano más específico y discriminado el proyecto pretende:

- a. Describir en detalle la práctica laboral principal y cotidiana de los chatarreros senegaleses, los mecanismos tácticos que la caracterizan y sus intersecciones con los sistemas de circulación y las cadenas de intercambio formales.
- b. Describir las relaciones prácticas y simbólicas que los sujetos y el colectivo establecen con el espacio urbano en el marco y durante el curso de dicha práctica laboral informal y en su experiencia territorial en general.
- c. Describir los procesos mediante los que los chatarreros provocan la intersección de su práctica, sus actividades y su cuerpo mismo con las infraestructuras y los flujos preexistentes.
- d. Describir las condiciones específicas que adquieren las relaciones de estos hombres con los residuos, las diferentes transformaciones de las que estos son objeto en términos de valor y utilidad, y las formas en que cualifican las prácticas y las experiencias concretas.

En el primer capítulo se presentará una aproximación al estado de la cuestión en torno a la recuperación de residuos como objeto de estudio, a las antropologías contemporáneas de los residuos y de las infraestructuras, y a ciertos rudimentos analítico-conceptuales sobre el trabajo informal. A estas revisiones se anudaran también algunas hipótesis de trabajo y presupuestos conceptuales de mayor alcance en torno a los procesos de apropiación y

producción del espacio, al trabajo, la pobreza urbana y la marginalidad socioeconómica, y a los problemas asociados a las transformaciones de las mercancías y su valor.

Seguido a ello, el segundo capítulo se dedica a una descripción del posicionamiento metodológico y la exposición de las particulares condiciones y operaciones del trabajo de campo que en este caso han permitido una corta y poco pretenciosa reflexión en torno a la *desestructuración* como un proceso progresivo que, en este caso concreto, conuce y facilita la *participación*.

En el tercer capítulo, el primero con contenido propiamente etnográfico, se establece un marco general sobre la migración pertinente al caso y sobre la **trayectoria** migratoria en particular de estos hombres como el comienzo de un largo proceso de *desterritorialización*. De esta forma, se establece un punto de partida haciendo un seguimiento especialmente interesado sobre su experiencia espacial, una experiencia de la pérdida de referencia territorial, la ausencia de lugar y la segregación espacial. Se presenta el recorrido de estos hombres desde la migración en solitario hasta un particular proceso de organización y rápida desactivación política del colectivo en destino, que termina con la conformación del lugar en donde comienza y de donde surge el trabajo de la presnete etnografía.

Allí, en la *Sunu Village*, un pequeño grupo encuentra un resquicio donde resguardarse ante la arrametida institucional concretada en los desalojos presionados por la coyuntura del desarrollo urbanístico y que han producido una suerte de desintegración y dispersión geográfica del colectivo y sus miembros. La *Sunu Village* es el último lugar de la colectivización en torno al trabajo que de cierto modo permite asegurar su subsistencia individual y preservar, ahora a menor escala, su modo de vida también coyuntural. “El gueto”, como ellos mismos llaman a las ocupaciones masivas donde vivían y trabajaban, incluida esta claro está, constituye el lugar de la autoprotección y la pertenencia pero también el espacio que objetiva la marginación socioeconómica y la segregación espacial. Visiblemente transitorio (temporalmente) y efímero (espacial y materialmente) contiene múltiples conflictos y contradicciones, una fuerte solidaridad centrípeta se desarrolla en un

espacio altamente conflictivo y jerarquizado, y el trabajo colectivo e individual posibilitado por el lugar coexiste con las más rudas condiciones materiales de la pobreza urbana sin tregua ni remedio. Es el espacio resultado de la invisibilización estructural incorporada y revertida en invisibilidad funcional.

El cuarto capítulo se concentra privilegiadamente sobre las diferentes relaciones que estos hombres establecen con los residuos. La **transformación** consiste en el proceso de separación y clasificación de los materiales al que denominan “limpieza” y que es absolutamente fundamental en función de una utilidad determinada exclusivamente por el residuo en tanto mercancía. A partir de la limpieza es visible la centralidad de la actividad de la recuperación de residuos en la vida cotidiana del colectivo, se trata de una forma general de relación con el espacio y las cosas que caracteriza no solo sus prácticas productivas haciendo de los residuos medios y objetos de trabajo, bienes de consumo y mercancías. Las diversas formas y destinaciones de la transformación de las cosas-residuos derivan, de este modo, en múltiples y repetidos procesos de restitución funcional, revalorización y resignificación.

El quinto capítulo intenta trascender la exclusiva concentración sobre las prácticas laborales y productivas al interior de la *Sunu Village* y explora otro tipo de dinámicas colectivas, de interacciones más allá de las definidas por las necesidades materiales y otras relaciones con el espacio y con la materialidad que instrumentaliza sus prácticas cotidianas. Así como estos hombres no son solo chatarreros, la *Sunu Village* no es solo una chatarrería; una altamente compleja e inestable dinámica de intercambios, interacciones y jerarquías se sucede en su interior y en sus relaciones con el exterior que incluyen múltiples interacciones más allá de los residuos. No obstante, para mantener la circunscripción a los asuntos y relaciones de interés, en este capítulo también se elabora una reflexión acerca de los sentidos que los hombres constuyen sobre su trabajo marginal en el sentido de una forma de vida al margen y en los márgenes de la organización social general, así como una

necesaria exploración de las relaciones objetivas y simbólicas de los chatarreros con la *suciedad*.

El capítulo número seis explora las tácticas y operaciones de compraventa de residuos y las fuertemente rígidas relaciones en las transferencias de las cosas entre diferentes regímenes de valor. El **intercambio** obliga un retorno mas a la vulnerabilidad de la calle, una nueva forma de movilidad y de relación táctica con el espacio se despliega orientada a una rápida obtención de la utilidad económica. En las relaciones que el intercambio requiere se objetiva de manera definitiva el valor marginal de la basura-mercancía en este contexto, detonado inicialmente por la extracción y la *desviación* de los residuos de su infraestructura oficial, valor que, precisamente, solo los marginados se ven en la obligación de procurar. Justamente en las relaciones de producción de ese valor marginal, mediante la operación misma del intercambio, se sucede una reincorporación mercantil de los residuos, una nueva intersección con el sistema oficial mediante la reentrada del material en la infraestructura formal en una especie de operación de *lavado*. En estas relaciones se reafirma también el lugar marginal que ocupan estos hombres dentro de la cadena económica agregada y el proceso de marginación mismo se hace visible en una elemental y radical abstracción del trabajo que carece por completo de valor.

El séptimo capítulo pretende describir en detalle las esencial práctica de la recolección de residuos a pie de calle y sus mas fundamentales variaciones, así como las relaciones operativas y simbólicas que la práctica implica con el espacio urbano. La **recolección** conlleva un recorrido imprevisible pero ineludible orientado a la obtención, por diferentes vías, de material metálico recuperable, e implica una incorporación abrupta al espacio público y un desbordamiento de las restricciones funcionales y normativas del espacio físico. Proporciona la imagen prototípica y reduccionista de un gran hombre negro empujando un carrito de supermercado cargado de basura por las calles de Barcelona y extrayendo residuos de los contenedores, una actividad anómala socioespacialmente pero, si bien no exclusiva, si muy característica de esta particular ciudad hasta el punto de parecer

naturalizada en varios sentidos. La recolección implica un enfrentamiento y un lucha cotidiana contra la norma, la normalidad, la legalidad, la formalidad, las instituciones y el espacio mismo, no obstante, se desarrolla en medio de una imperiosa apropiación experta y sensible del espacio y de lo urbano.

En el octavo capítulo las relaciones con lo urbano se llevan a un específico plano de interacciones, intromisiones y producciones infraestructurales. La recolección informal se sucede como un proceso de adhesión a la gran cadena económica -formal- del reciclaje mediante la táctica de la anticipación a los sistemas oficiales y el aprovechamiento de ciertas fallas o ausencias internas de los mismos. Esta adhesión se concreta en la interrupción del flujo de los residuos dentro de las infraestructuras oficiales y la creación de una nueva infraestructura paralela, complementaria de la que el mismo chatarrero hace parte. En suma, las prácticas de la recolección informal de residuos acuden como actividad simbólica al ciclo de la recogida oficial y las relaciones que implica terminan por configurar una particular ecología dotada de sus propias reglas y mecanismos que a su vez producen su propio espacio físico y social.

En el noveno capítulo se presenta una descripción reflexiva sobre la fase final de la *Sunu Village*, sobre las últimas dramáticas relaciones con las instituciones y el progreso urbano que los sometieron a una nueva dispersión geográfica, a una radicalización del deterioro de sus condiciones físicas y materiales de vida y al reforzamiento de la disgregación del colectivo mismo. A modo de epílogo etnográfico se presenta como, finalmente, también llegó la hora de la desaparición de la *Sunu Village*. El tercer y definitivo desalojo condujo a estos hombres a una nueva disgregación y dispersión geográfica, a la eliminación de la colectivización en torno al trabajo y a un retorno funcional hacia la individuación táctica. Los chatarreros senegaleses han terminado por emular forzosamente la condición de su objeto de trabajo como “fuera de lugar”, enfrentándose a un complejo proceso acumulativo de *residuación* (convertirse en residuo) física y social. En el primer caso caracterizado por el enfrentamiento con las instituciones que se concreta en los repetidos desalojos y en la

pérdida del lugar colectivo y por el progresivo deterioro de las condiciones materiales de existencia que no parece tener un umbral mínimo. En el segundo caso se trata de un proceso concretado en la ausencia de reconocimiento que conduce a una suerte de inexistencia fáctica y una invisibilidad social total y en la imposibilidad absoluta de integración legítima que los convierte en una anomalía física y social perenne. Así, esta vida entre los restos condensa el proceso de una migración sin fin en el que, salvo casos aislados y excepcionales, se afianza la idea del fracaso ante la evidencia de una vida sacrificada y desperdiciada.

Finalmente, en la décima y última sección de este trabajo, se cierra con una síntesis que procura dar respuesta, de manera concluyente, a los objetivos planteados y al énfasis sobre los elementos fundamentales que los componen, refiriéndome en un orden consecuente con estos objetivos y con el desarrollo de los argumentos a las trayectorias y la organización colectiva, a la práctica laboral concreta de los chatarreros, a las relaciones de estos hombres y del grupo con el espacio físico y social urbano, a las intersecciones y sobreposiciones de sus prácticas con las infraestructuras preexistentes, y a las relaciones productivas y reproductivas que establecen con los residuos.

ESTADO DE LA CUESTIÓN Y ALGUNOS PRESUPUESTOS

A continuación, se presenta un estado de la cuestión orientado a establecer un panorama general de aportaciones que de una u otra manera se han considerado pertinentes para el proyecto que aquí se pretende, para sus propios interrogantes, para sus exigencias metodológicas y para las posibles aportaciones que de allí surjan. Por otra parte, al estado de la cuestión se suma en cada apartado una reflexión más general o abstracta que conduce, por un lado, a ciertos presupuestos conceptuales y por otro, a la formulación de objetivos e hipótesis de trabajo.

Esta revisión se presenta así:

1. La recolección de residuos y la producción del espacio por las prácticas sociales.
2. Los estudios sobre los residuos y las lógicas de la circulación de las mercancías y la creación del valor.
3. El flujo de las cosas, las infraestructuras como ensamblaje social-material y su potencial ecología.
4. Rudimentos sobre el trabajo informal

1. La recolección de residuos como objeto de estudio

Sobre los procesos de recuperación de residuos urbanos es pertinente e ineludible comenzar por una revisión de casos latinoamericanos en donde existe ya una trayectoria considerable en el estudio sistemático del fenómeno, con especial atención a su dimensión sociohistórica, a las variaciones informales del proceso y los conflictos con las instituciones, a las formas de asociatividad y organización, y a la experiencia de los recuperadores como agentes sociales.

Si bien las formas de aproximación son diversas, así como distantes son los contextos en los que los fenómenos estudiados se desarrollan, es posible ver en las aportaciones hechas

hasta ahora sobre la recuperación informal de residuos sólidos urbanos, algunos elementos transversales y prominentes que permiten describir el panorama general de la cuestión y las distintas formas de abordarla sin el ánimo de restringir sus alcances mediante esta clasificación.

Dado que el fenómeno de la recuperación de residuos no es nada nuevo, como menos lo son la ciudad moderna occidental misma y las condiciones de producción, consumo y desecho que alberga, hay quienes se embarcan en el intento de reconstruir una historia sobre las formas como se administra dicha recuperación, pero también sobre aquellas que emergen producto de iniciativas particulares, las más de las veces derivadas de condiciones de marginalidad socioeconómica.

Bajo esta perspectiva podemos encontrar algunos esfuerzos por presentar un panorama histórico general sobre la recuperación de residuos, como es el caso del trabajo de Martín Medina (2007) quien señala que se trata de una práctica significativamente recurrente en la mayoría de los países en vías de desarrollo en la que grandes porciones de la población vulnerable encuentran sus posibilidades de supervivencia. La situación no es muy diferente para el caso de los países desarrollados en donde cada vez más personas (principalmente grupos de poblaciones inmigrantes) se abocan a las calles de las grandes ciudades en prácticas de recolección informal y reventa de residuos que coexisten con los grandes sistemas de gestión cada vez más amplios, más cerrados y complejos pero en donde el estudio sobre ello escasea en aproximaciones centradas en el fenómeno en tanto práctica social y más allá del ecologismo, lo que además puede resultar un tanto extraño dada la longevidad del asunto y las ideales condiciones que dichas ciudades contienen para su emergencia y sostenimiento en el tiempo.

Medina, con atención particular sobre el reciclaje (recuperación con fines de reutilización) presenta una síntesis sobre las formas en que este se lleva a cabo en diferentes ciudades de África, Asia y América Latina, incluyendo también una interesante reflexión sobre las variaciones formal e informal del proceso, donde destaca su atención sobre la larga data de esta última variante y sobre cómo ha sido víctima de políticas públicas orientadas

principalmente por las percepciones sociales negativas que se construyen sobre los recicladores.

La localización (en términos temporales) de la emergencia del fenómeno de la recuperación informal de residuos es un asunto sin resolver. De hecho, para llamar la atención sobre la pertinencia sociohistórica del asunto y lo imbricado que se encuentra en el desarrollo de las ciudades, Pablo Schamber sugiere que *“Siempre hubo un circuito paralelo en la recolección de la basura [...] La recuperación de residuos está asociada a la crisis del desempleo, en la segunda mitad de los ‘90. Pero se inicia casi con la historia de la ciudad, cuando sus habitantes comenzaron a generar desperdicios que podían tener alguna utilidad comercial”*¹. Sin embargo, también reconoce que, con ocasión de su reflexión sobre el caso de los cartoneros y los cirujas de Buenos Aires, la masividad con la que se presenta actualmente está asociada a las grandes crisis económicas y laborales de las últimas décadas. De igual manera lo anotan Daniel de Lucca Reis Costa (2007) y Federico Parra (2007) para los casos de São Paulo y Bogotá respectivamente, quienes aluden al papel histórico que han jugado la segregación espacial producto de las dinámicas inmobiliarias y la percepción sobre la violencia urbana en el primer caso, y el desempleo, el subempleo y el desplazamiento forzoso en el segundo.

Es así como la mayoría de las historias sobre el fenómeno tienden a concentrarse sobre casos específicos y sobre las transformaciones que han sufrido gracias, principalmente, a las condiciones que emanan de ciertas lógicas estructurales, más que de sus propios procesos de configuración interna. Verónica Paiva (2005) distingue, precisamente, entre la gestión oficial de los desechos y la recolección informal que, no obstante, han coexistido desde el siglo XVI al XX (concretamente hasta la década de 1970) en un desarrollo paralelo condicionado históricamente, según su ambicioso rastreo, por la incorporación paulatina de diferentes técnicas de tratamiento de los residuos en su disposición final. Así como

¹ Entrevista publicada por el diario argentino Página 12, el viernes 19 de noviembre de 2008. Fecha de consulta: 15 de mayo de 2016, en <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-116995-2008-12-19.html>

también atiende al hecho de la aparición de “nuevas modalidades de recolección informal” que emergen en un contexto de crisis económica durante la década de 1990 en Buenos Aires.

En ese intento de monitorear una historia específica Verónica Paiva y Mariano Perelman (2008) se acercan a la historia del cirujeo en Buenos Aires a partir de dos momentos históricos específicos (1860 a 1917 y 1920 a finales de la década de 1970) y en dos barrios concretos en donde se agrupaban los cirujas en cada uno de dichos momentos y que eran lugar de vivienda y de trabajo al mismo tiempo. Allí, a partir de las formas específicas en que se desarrollaba la labor en cada momento y de las condiciones en las que vivían sus protagonistas, los autores plantean una interesante reflexión sobre el papel que jugó el sistema formal de gestión pública de los desechos en la configuración de las modalidades informales en un proceso de discriminación y distinción fundamentalmente orientado a la formalización.

Perelman (2007), además, nos presenta también un detallado seguimiento sobre las transformaciones del cirujeo en los últimos años poniendo en discusión la categoría de trabajo y sus elongaciones, propias especialmente de quienes se ven abocados al *rebusque*.

Consecuentemente, los trabajos de Parra (2007), Schamber y Suárez (2007), Paiva y Perelman (2008), Álvarez (2012), entre otros, intentan establecer las formas en que el marco estructural que ponen en marcha las instituciones sobre la administración y la gestión de los residuos y las medidas orientadas por la política pública, establecen un sistema de relaciones y un campo de fuerzas determinado sobre los procesos de recuperación informal, por un lado, y facilitan no solo la emergencia de estas modalidades, sino que también terminan cualificándolas, por otro.

De otra parte, como es apenas comprensible, es posible advertir un potente énfasis sobre las condiciones económicas y laborales específicas de donde emergen estas prácticas marginales, sobre las transformaciones de la propia idea del trabajo y sus modalidades,

sobre la vulnerabilidad, el estigma y otro tipo de violencias a las que se enfrentan los recuperadores informales de residuos; es el caso de los trabajos de Martín, Ruggerio, Miño, Flores y Walter (2007); Perelman y Boy (2012); y Aimetta (2009).

De igual forma que vemos las reflexiones sobre el trabajo y la marginalidad que enfrentan transversalmente los actores de la recuperación informal de residuos, algunos trabajos como los de Bonfiglio, Chávez y Gutiérrez (2011); Rodríguez (2011); Suarez, Sardo, Miño y Parodi (2011); y Clausen y Espinosa (2011), nos presentan con cierto detalle algunas de las variaciones más importantes del trabajo de recuperación y reciclado, y algunos de los circuitos mercantiles más sobresalientes que abre la recuperación de residuos. Los plásticos, el hierro, los residuos electrónicos, y algunos bienes recuperados y reinsertados en circuitos mercantiles por diferentes vías, son algunos de los casos como se presentan las diferentes variaciones en las cadenas del descarte, la recuperación y el reciclado.

Pero un poco más allá de estas variaciones y producto de sus particulares coyunturas, así como de las condiciones que los recuperadores han tenido que enfrentar sostenidamente en el tiempo, son también muy visibles las aportaciones en torno a diferentes formas de organización y agencia. Es así como los trabajos de Souza (2007); Buldani (2007); Koehs (2007); y Calello (2007), nos muestran diferentes formas organizativas que pretenden no solo una resistencia coyuntural sino también una movilización que redunde en experiencias asociativas que promueven cierta formalización de su trabajo y una perseguida legitimidad institucional que, no obstante, no siempre ha resultado funcionalmente positiva. Por su parte, Días y Goulart (2011); Parra (2011); Alvarez (2011); Cutina (2011); y Ruggerio (2011), nos muestran como ciertas condiciones estructurales y algunas iniciativas organizativas demuestran la consolidación de importantes lazos sociales, por un lado, y una suerte de conciencia que constituye a diferentes recuperadores como nuevos actores en la formulación y puesta en marcha de las políticas públicas, por otra parte.

Como es evidente una perspectiva propiamente antropológica marca buena parte de estas diversas reflexiones en torno a la recuperación de residuos. Además, en algunos casos en específico sobresale con visible relevancia y centralidad la aproximación etnográfica que permite acceder de ciertas formas y determinados matices a las experiencias y experticias de la vida cotidiana de los recuperadores. Por un lado, sobre cómo en el curso de esa vida cotidiana se configuran determinadas subjetividades y cómo estas impulsan y cualifican funcional y simbólicamente la labor, como en los trabajos de Abduca (2011) y Perelman (2011). Y, por otro, sobre la conformación de identidades colectivas y personales producto de esa experiencia cotidiana marcada por la marginalidad y unas violencias en algunos casos muy difíciles de detectar pues se desarrollan en lo más profundo del sentido que los recuperadores construyen sobre su condición y los estigmas a los que están sujetos. Sobre ello dan cuenta Sabina Dimarco (2007) en su trabajo sobre las “vidas detrás de la basura”, más allá de la designación que los reduce a la unidad y en la complejidad de la vida cotidiana en la que no son solo recicladores, de los cirujas y cartoneros bonaerenses y María Teresa Salcedo (2012) a partir de la experiencia espacial de desplazamientos y asentamientos asociados con actos de recolección por parte de recicladores de Bogotá, a través de una etnografía en movimiento de corte interaccionista.

Algunos otros trabajos son de pertinente referencia por cuanto puede leerse en ellos una aproximación directa a la recolección y recuperación de residuos, a la cotidianidad de los actores, al trabajo y los conflictos que produce su informalidad y que incluyen ya un acercamiento a las transformaciones de las cosas producto de las acciones y relaciones que los recuperadores desencadenan.

El trabajo de Pablo Schamber (2008) aporta una caracterización del circuito económico productivo del reciclaje informal a partir del trabajo de los cirujas, detonantes principales de las relaciones que se producen en esta cadena de circulación. Su etnografía, orientada a seguir a la gente y a las cosas recolectadas, le permite una pormenorizada descripción y se

produce además en un momento crítico de visibilización del fenómeno y de organización de sus actores.

Martin Medina (2005) presenta como en ciertas comunidades de bajos ingresos del sur de México los recolectores informales desarrollan su práctica *prestando un servicio* en zonas que el sistema oficial no cubre, de forma que aparece como una fuente de fortalecimiento de relaciones productivas y de mejoramiento de las condiciones ambientales y materiales de existencia. En su conocido trabajo previo (1998), partiendo de una lógica de la marginalización social que clasifica a los recolectores como un grupo marginal y usando una aproximación combinada cualitativa y cuantitativamente, muestra como la práctica de los “cartoneros de Nuevo Laredo” se encuentra fuertemente vinculada al sector formal en un proceso de reciclaje mediado por intercambios transfronterizos.

El trabajo de Medina sin duda es heredero de las seminales aportaciones de Larissa Lomnitz (1973), (1993) y Chris Gerry (1976). La primera en las barriadas de Ciudad de México en las que encuentra que bajo estas condiciones de extrema marginalidad se desarrollan mecanismos propios de organización social adaptativa orientada a la supervivencia basados principalmente en redes de intercambio que operan bajo sus propias lógicas y reglas; el segundo a partir de una aproximación sobre los trabajadores ocasionales (*casual workers*) de Dakar a través de los cuales logra demostrar que la marginalidad no constituye exactamente una expulsión de redes y relaciones productivas sino, por el contrario, una imbricación con el sistema de producción capitalista que desarrolla una fuerte dependencia a pesar de basarse en una relación de extrema explotación.

Donata Petružytė (2009), en un estudio que reconoce a los trabajadores del vertedero de Kariotiškės como un grupo social en Lituania, parte de la base de que los recolectores de residuos se encuentran, en efecto, en los márgenes de la organización social, pero pone en crítica ciertas aproximaciones reduccionistas previas que los designan como un problema, vagabundos, asociales. Mas allá, a través de su trabajo empírico de etnografía visual, logra

reconstruir el modo de vida de las personas que trabajan en el vertedero considerando la centralidad de la práctica de la recuperación en sus vidas cotidianas y sumando su tesis a la idea de la existencia de una particular subcultura que, no obstante, debe cargar con el peso de la imposibilidad de “encajar” en la organización social y una fuerte estigmatización que conducen juntas a una inevitable invisibilidad.

De manera similar, Goren Seren Deniz (2012) logra revelar que, para el caso del sector de la recolección informal de residuos en Ankara, contrario a las percepciones más generalizadas sobre el asunto, las jerarquías, las relaciones de poder y una particular solidaridad interna hacen de este sector uno muy establecido y bien organizado. En un contexto de reestructuración urbana neoliberal que los desconoce y margina, la recolección de residuos funciona como eje articulador y mecanismo de protección a modo de blindaje frente a una acuciante pobreza, lo que, no obstante, parece reforzar el proceso de exclusión social en el que se encuentran dado justamente el aislamiento y hermetismo que genera esta forma marginal de autoprotección.

Los estudios desde la antropología sobre la recuperación de residuos en las ciudades europeas son francamente escasos, en especial sobre su variación informal y sobre los recuperadores mismos, usualmente poblaciones inmigrantes marginadas. Esto muy a pesar de que abundan los trabajos sobre el reciclaje, la economía circular, los procesos de gestión de residuos, etc. desde las ciencias ambientales y tecnológicas y, por supuesto, desde la ecología y el ecologismo político, y a pesar también de la envergadura y duración del fenómeno en algunos casos y de la profusión mediática que ha tenido en ocasiones

particulares en las que ha sido imposible mantener ocultos a los recicladores, en especial a los de origen africano².

Sobre el caso concreto de los chatarreros subsaharianos de Barcelona es pertinente tener presente algunos trabajos que se desarrollan en diferentes momentos y localizaciones respecto del presente, lo que implica importantes diferencias con respecto especialmente a la forma de organización del colectivo, a algunas de sus estrategias espaciales y laborales de subsistencia, al grado de visibilización, y por supuesto respecto del estado actual de sus condiciones materiales de existencia.

Ixia Mendoza (2014) presenta una valiosa reconstrucción etnohistórica de las agrupaciones numerosas del colectivo de inmigrantes senegaleses en Barcelona y, en especial, de las ocupaciones masivas en donde se fue progresivamente conformando una cierta colectividad laboral en torno a la recolección y recuperación de residuos metálicos que repetidamente tuvo que enfrentar procesos de persecución y desalojo derivadas de las coyunturas de los proyectos de desarrollo urbano (el proyecto 22@ en especial) y de su propia forma de habitabilidad. Posteriormente detalla con la precisión que le permite una aproximación etnográfica directa el modo de vida relacionado con la recuperación de metales y con las relaciones conflictivas y transitorias implicadas en tal colectivización laboral marginal.

² Con motivo de diferentes coyunturas particulares, los chatarreros subsaharianos -especialmente los de Barcelona-, aquellos que fueran parte de una gran oleada migratoria de comienzos de siglo, han figurado en la prensa nacional y local. Diarios como El País, La Vanguardia, El Diario y El Punt Avui han publicado en repetidas ocasiones artículos de prensa sobre las condiciones de vida de estos hombres, sobre su coyuntural y masiva organización, sobre sus manifestaciones y, en especial, sobre sus negociaciones con las instituciones y los sistemáticos desalojos que han tenido que enfrentar. En vista de la perseverancia del fenómeno, del sostenimiento indefinido de las condiciones extremas de marginalidad y pobreza de ese grupo poblacional en particular y del repliegue del estado que se concreta en la ausencia total de reconocimiento del colectivo, de su labor y de su dura situación, de tanto en tanto vuelven a aparecer en alguna sección de la prensa nacional o internacional, aunque en realidad nunca han sido parte de ninguna agenda política más que muy fugazmente en momentos críticos. Recientemente, el 23 de marzo de 2021, el diario británico The Guardian titulaba: “Chariots of steel: Barcelona's hidden army of scrap recyclers” y comentaba: “Thousands of migrants play a key role in collecting Catalonia’s waste but must live on the margins”. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/global-development/2021/mar/23/chariots-steel-barcelonas-hidden-migrant-army-scrap-recyclers>

Por otro lado, es importante destacar el trabajo de Julián Porras (2014), quien aborda una descripción sociológica de los chatarreros subsaharianos en Barcelona, a partir de dos casos de estudio. Si bien es visible cierta exhaustividad en la descripción del contexto y sobre el funcionamiento de dos formas concretas de recuperación, el principal interés de Porras gira en torno a poner en tensión la categoría misma de trabajo, señalando la profunda fragmentación entre actividades formales e informales y las múltiples formas en que el trabajo de estos recuperadores es ocultado e invisibilizado.

Finalmente, la recientemente presentada tesis doctoral de Michael Rendón³ estudia las relaciones entre el papel que desempeña el trabajo de los recolectores informales frente a los objetivos ambientales fijados por la Unión Europea en Cataluña y el grado de reconocimiento social e institucional que por ello obtienen. A partir del caso de los recolectores informales principalmente subsaharianos de Granollers, Rendón concluye acerca de una casi total ausencia de reconocimiento y respeto a pesar de encontrarse simbióticamente interrelacionados con el sistema formal de gestión.

En torno a este tema, el presente proyecto pretende hacer visible un fenómeno poco estudiado en este contexto y las condiciones de vida y de trabajo de un grupo sistemáticamente invisibilizado. Se procurará atender al proceso entendiéndolo como uno que, más allá de la recolección, involucra también la transformación y el intercambio, se trata de la *recuperación* informal de los residuos. En particular interesa comprender las formas en las que esta práctica concreta de trabajo implica determinadas relaciones con el espacio urbano y con las infraestructuras del espacio público y de la gestión formal de residuos, las intersecciones con el sistema oficial y las tácticas espaciales desarrolladas para enfrentarlas, y el concreto espacio que producen las relaciones que dan forma a esta especial ecología complementaria.

³ "Municipal waste, environmental justice, right to the city and the irregular economy: Valuing the work of informal waste pickers in the Catalan recycling sector". Defendida el 26 de junio de 2020. Resumen disponible en: <https://www.uab.cat/web/noticies/detall-noticia-1266564927134.html?noticiaid=1345818305365>

En el marco específico de este proyecto la recuperación consiste en parte en una práctica operada en el espacio público y a través de una relación de apropiación directa e “insolente”⁴ del espacio urbano y sus medios constitutivos. Esta dinámica de uso y apropiación del espacio en el curso de una práctica laboral informal y marginal señala la existencia de una relación tan estructural como operativa entre los “seres humanos residuales” (Bauman, 2005), aquellos *inhabilitados* para trabajar, para consumir y para desechar, y los residuos materiales urbanos, una relación marginal que produce su propio espacio marginal.

La consideración sobre la existencia de un *espacio marginal* (físico y social) y en particular sobre el hecho de que puede definirse esencialmente por sus ausencias (la del Estado -con todo lo que este trae-, el trabajo, las redes sociales) permite remitirnos al sugerente análisis de las relaciones entre el espacio físico y el espacio social que hace Pierre Bourdieu (1999) con atención especial, precisamente, a los enclaves de pobreza urbana. El autor nos llama la atención sobre el hecho de que en una sociedad claramente jerarquizada no existe espacio alguno (ni físico, ni social) que no se encuentre igualmente jerarquizado. De esta forma, el espacio físico constituye la proyección sobre el terreno de las condiciones (relaciones y posiciones) del espacio social. Los diferentes *campos*, en este caso, aluden a los diferentes espacios “reificados”, es decir, “espacios sociales físicamente objetivados” (Bourdieu, 1999, pág. 120). Los lugares y posiciones concretas dentro del espacio reificado son puestos en disputa, por decirlo así, en las luchas por la apropiación del espacio.

De aquí que podamos atrevernos a considerar que las condiciones físicas del espacio habitado expresan con claridad y dramática contundencia la precaria situación en la que se

⁴ El antropólogo catalán Manuel Delgado ha utilizado con recurrencia la idea de “apropiación insolente del espacio público” para referirse a las múltiples formas en las que el espacio urbano deviene en escenario de la expresión de prácticas no reguladas, no normadas, informales, desviadas o anormales, dentro de las que la fiesta y la revuelta representan formas elementales coyunturales, y el trabajo informal una de sus variaciones más sostenidas. Delgado, M. (2013). *Sobre las apropiaciones insolentes del espacio urbano a principios del siglo XXI y el papel en ellas de la barricada*. Conferencia pronunciada en la Universidad del Valle, Cali, Colombia el 27 de septiembre de 2013. Existe un fragmento disponible en: <http://manueldelgadoruiz.blogspot.com.es>

encuentran los marginados respecto del espacio social en su conjunto y, más aún, las manifestaciones empíricas de los efectos de la segregación y la exclusión. Su vida cotidiana implica, en muchos casos (como en el de los *trabajadores de la calle*) y por múltiples razones, una incesante lucha por la apropiación del espacio, dentro y fuera de los enclaves de pobreza.

En la base de las reflexiones sobre las relaciones entre el espacio y la sociedad se encuentran las potentes ideas de Georg Simmel (1986) en torno a sus formas de influencia mutua y a la reciprocidad de dichas influencias; “El espacio es una forma que en sí misma no produce efecto alguno. Sin duda en sus modificaciones se expresan las energías reales; pero no de otro modo que el lenguaje expresa los procesos del pensamiento, los cuales se desarrollan en las palabras, pero no por las palabras” (Simmel, 1986, pág. 644). Las distintas formaciones de la vida social deben contar, por un lado, con ciertas cualidades espaciales fundamentales para desarrollarse; pero, por otra parte, estas cualidades y determinaciones espaciales se deben a las forma y energía social específicas propiamente dichas.

A partir de cierta lectura especialmente enfocada en la idea de la influencia (e interdependencia) entre las características de las formaciones sociales y las cualidades espaciales, que en parte las posibilitan y en parte son resultado de ellas, desarrollada por Simmel, puede distinguirse entre mutualismo y reciprocidad, atendiendo a dicha influencia en tanto proceso cíclico (de ida y vuelta); y la distinción, a estos efectos, no es poca cosa. La influencia mutua señala la elemental condición de que A (las formaciones sociales) tiene una influencia directa y potencialmente activa sobre B (las cualidades espaciales), y viceversa. La relación de reciprocidad, yendo más allá, indica que la influencia de A sobre B tiene una forma específica condicionada especialmente por la influencia que B, a su vez, tiene sobre A. De esta forma, no se trata de relaciones unilineales de intercambio, sino de dinámicas de interdependencia que afirman la inevitable coexistencia de ambas partes.

En su momento, Henri Lefebvre (2013) restituyó magistralmente el análisis de estas relaciones proponiendo aclarar la compleja dinámica social transversal por la cual el espacio

es producido socialmente en cada una de sus manifestaciones. Para Lefebvre el espacio es producto y medio de producción al mismo tiempo; comporta una triple dimensionalidad: es social, físico y mental, y cada una de estas tres dimensiones y sus intrincadas relaciones son producidas socialmente.

La triada propuesta por Lefebvre y que hace alusión a diferentes instancias, fases, actores y prácticas entrelazadas en el proceso de producción social del espacio se puede resumir así: Las *prácticas materiales-espaciales* (experiencia) que designan los flujos, las interacciones, las transferencias y las interacciones que ocurren en el espacio para asegurar el mantenimiento de la producción y reproducción social; las *representaciones del espacio* (percepción) que incluyen todos los códigos, saberes, signos y significaciones que permiten a esas prácticas materiales concretarse, comentarse y aprehenderse; y los *espacios de representación* (imaginación) que evoca procesos de invención mental, bien sea que se concreten materialmente o no, mediante los que se imaginan nuevas posibilidades, nuevas formas y nuevos sentidos asociados a las prácticas espaciales.

Recogiendo esta potente consideración sobre la producción social del espacio, Michel De Certeau (1996) construye una sugerente idea acerca del efecto *espacializador* de las prácticas sociales. Su análisis lo lleva a destacar el papel de las prácticas de la vida cotidiana, que ocupan y apropian lugares específicos, en la cualificación del espacio físico y social. De esta forma remarca y renueva algunos de los elementos fundamentales sobre los que Simmel llamara la atención como la *unicidad* y *exclusividad* del espacio y de las prácticas que lo forman; la *localización* como un proceso de adecuación y reajuste constante entre el espacio y la forma social; y la *fijación* como una dinámica de vinculación funcional y simbólica entre ellos.

Es seguro que uno de los más visibles e influyentes herederos de estas ideas es el antropólogo español Manuel Delgado. Él distingue con una clara certeza el *espacio concebido* del *espacio practicado* (2002) reconstruyendo y actualizando la aguda crítica de Lefebvre sobre la vocación de arquitectos y diseñadores urbanos, señalando la

imposibilidad de que sus realizaciones alcancen la pretendida organización y control de las prácticas espaciales, al tiempo que sugiere la inexistencia a priori del espacio y remarca, más bien, su verdadera concreción a partir de las variadas formas de uso y apropiación:

“El espacio urbano no es un presupuesto, algo que está ahí antes de que irrumpa en él una actividad humana cualquiera. Es sobre todo un trabajo, un resultado, o, si se prefiere -y evocando con ello a Henri Lefebvre y, con él, a Marx-, una producción. Es una apropiación, nunca una posesión” (Delgado, 2002, pág. 97).

Delgado llama insistentemente la atención sobre las distancias y las intersecciones entre el *espacio geométrico*, por un lado, y el *espacio antropológico*, por otro; el espacio ideológico, esto es, el *espacio público* y el espacio de la vida cotidiana, de la experiencia, la situación y la interacción urbanas, a saber, *la calle* (Delgado, 1999).

Finalmente, David Harvey (2008) construye un profundo análisis sobre la transformación cultural hacia lo que se ha dado llamar *posmodernidad* (sociedad posindustrial), situando dicho cambio concretamente entre 1972 y 1973; y cuyo germen elemental así como sus expresiones más fundamentales se expresan en las contundentes transformaciones en la comprensión y del espacio y el tiempo; desde lo que sucede en el plano macroeconómico y en las economías domésticas en un escenario global, pasando por las experiencias de la vida cotidiana que ven como el espacio desaparece ante el aplastante régimen del tiempo (*la destrucción del espacio por el tiempo*), y hasta en las formas de expresión artística que los representan. El énfasis propuesto por Harvey sugiere que existe una relación necesaria entre la aparición de las formas culturales posmodernistas, el surgimiento de los modos flexibles de producción y acumulación de capital, y las nuevas formas de comprensión espaciotemporal en la organización del sistema capitalista.

Todas las formas, estructuras y relaciones con el trabajo y los medios de subsistencia, así como las condiciones mismas de la pobreza que consolidan en las franjas inferiores de la jerarquía social y en el lugar que estas ocupan, se proyectan en tanto experiencias espaciales concretas y cotidianas más allá de la evidencia superficial, formas específicas de relación y producción del espacio, calificadas ostensiblemente por los residuos y su

recuperación en lo que respecta al caso de estudio, no solo como medios del trabajo operado en el espacio colectivo de la ciudad, sino también como modos de vida en el hábitat íntimo y privado.

De allí que se pueda adelantar una hipótesis más, en esta ocasión con relación a las consideraciones sobre el espacio y delimitada al caso de estudio en particular:

Por un lado, la experiencia del trabajo en la calle como escenario de supervivencia mínima y en el espacio público como espacio jerarquizado y regulado, conlleva (hipotéticamente hablando) a la producción de un *espacio de subsistencia* a través del ejercicio de una práctica laboral informal y marginal que aparece como una suerte de deriva tan imprevisible como cotidiana, una trashumancia (entre la calle como escenario en disputa -la recolección- y el enclave de pobreza como refugio -lugar de la recuperación propiamente dicha-) en la que los actores devienen auténticos *recolectores urbanos* en un campo hostil, un territorio de exclusión que, no obstante, apropian y dominan en sus propios términos.

Dicha condición de recolector urbano no señala únicamente el ejercicio práctico de una operación determinada, sino especialmente su incorporación cotidiana en el espacio y el desarrollo de un *conocimiento experto* de la ciudad, de sus medios y sus residuos. En especial sobresale una especie de *conocimiento sensible* de los ritmos de la ciudad, en particular del ritmo urbano de producción de residuos y sus nodos funcionales. Sin embargo, llevar a la acción dicho conocimiento para llevar a cabo las múltiples tácticas de subsistencia que caracterizan la práctica laboral informal, implica la conformación de auténticas luchas por la apropiación del espacio.

Por otra parte, en lo que parece una especie de fase radical (sin que pueda aun verse su desenlace) de un proyecto migratorio fallido que ha conducido a una progresiva *desterritorialización* de los actores, respecto tanto del lugar de origen como del espacio habitado con el que las relaciones se erosionan y se deterioran físicamente cada vez más, se expresa la producción colectiva e individual de un espacio apenas *residual* que se

caracteriza en virtud de los múltiples y variados vínculos con los residuos urbanos y gracias a los efectos de la ausencia absoluta (específicamente la del Estado).

Su experiencia espacial cotidiana está repleta de operaciones de recuperación incorporadas, interiorizadas y, probablemente, hasta naturalizadas. De esta forma, consecuentemente, el espacio físico habitado y usado -incluida su unidad irreductible: el cuerpo- esta instrumentalizado por objetos recuperados, otrora residuos.

En este orden de ideas, la recuperación podrá ser vista como un modo de vida singular, más allá de la supervivencia económica, y los residuos como medios de cualificación física y representación del espacio.

Dentro de este escenario en torno a la recuperación de residuos, en el interior mismo de su propia dinámica, es clara la importancia de atender entonces a las centrales y específicas relaciones que se establecen con los residuos mismos, lo que los dota, de cierta forma, de una particular vida social y los implica en diferentes procesos de valoración y de creación o recuperación de valores.

2. Los residuos como unidad de análisis: antropología y arqueología de la basura

La incorporación de los residuos urbanos en tanto evidencia física y componente característico de la materialidad humana, así como de los procesos de desecho -y de *consumo* del desecho- en el análisis de la vida social es relativamente reciente (a pesar de la larga trayectoria de las ideas asociadas con la suciedad y la limpieza -pureza-). Sin embargo, las aproximaciones a la basura como elemento *cualificador* de la sociedad moderna y, por descontado, de sus lógicas mercantiles, ha brindado especiales frutos en los campos de la antropología y la arqueología.

Es claro que en la base de dichas aproximaciones se encuentra el importante legado del trabajo de Mary Douglas (2007) que, si bien en el momento de su publicación original -1966-

no fue precisamente bien recibido y mucho menos popular como la autora misma lo reconoce en el prefacio a la edición de los clásicos de Routledge de 2002, sentó unas bases fundamentales para el estudio sobre las basuras como una especie de espejo de la humanidad y del lugar de la idea de suciedad en la conformación y la transformación de la cultura y en los procesos de la clasificación y la descalificación sociales.

El trabajo de Douglas, luego de permanecer *dormido* durante un tiempo, se convirtió en altamente relevante para el *análisis del riesgo* que emergía en la década de 1970 en atención a la creciente preocupación por la contaminación que pronto dominó buena parte de la escena política y mediática.

Douglas comprende la suciedad (*dirt*) como una idea que se halla en el seno mismo de la organización humana por la vía de la clasificación, inherente al pensamiento racional. El uso de las ideas de suciedad y “contagio” y de los mecanismos clasificatorios que se deriven de este, permiten, de esta forma, desafiar o reafirmar un sistema cultural determinado:

“Si pudiéramos abstraer lo patógeno y la higiene de nuestra noción de suciedad, nos quedaríamos con la vieja definición de ésta como materia fuera de lugar. Este enfoque es ciertamente muy sugestivo. Supone dos condiciones: un juego de relaciones ordenadas y una contravención de dicho orden. La suciedad no es entonces nunca un acontecimiento único o aislado. Allí donde hay suciedad hay sistema. La suciedad es el producto secundario de una sistemática ordenación y clasificación de la materia, en la medida en que el orden implica el rechazo de elementos inapropiados” (Douglas, 2007, pág. 53).

Justamente, esta idea de *materia fuera de lugar* constituye un anclaje desde donde parte o hacia donde se dirige prácticamente cualquier reflexión teórica sobre la contaminación, el desperdicio o la inmundicia (Cohen & Johnson, 2005). Desde los fundamentos sobre la inmundicia, sobre la contaminación del espacio burgués y sobre las apestosas Londres y París del siglo XIX, hasta las reflexiones sobre un sucio modernismo productor incesante de residuos y *sobras* y la obsesión moderna con la caducidad de las cosas, parecen recurrir pertinentemente todas a esta idea fundamental. Para Douglas, la suciedad es aquello que desafía un orden clasificatorio cultural dado y, aunque su análisis se concentra especialmente en los estudios sobre la religión (las clasificaciones puro/impuro, contaminado/sagrado), la elemental potencia analítica de la idea permite su adecuación a

innumerables perspectivas sobre los más diversos asuntos relacionados con la producción y la designación de aquello que es residual, sobrante o potencialmente peligroso. De hecho, la autora misma elonga esta perspectiva, en su reflexión sobre el problema de la forma y lo informe, a las representaciones que se construyen sobre determinadas comunidades en ciertos “rituales de la sociedad”:

“[...] considérense las creencias sobre las personas que se encuentran marginadas. Son personas que de algún modo quedan fuera de la configuración de la sociedad, que no tienen lugar determinado. Puede ser que no estén haciendo nada que sea moralmente malo pero su posición social es indefinible” (Douglas, 2007, pág. 114).

De manera que la forma social en la que se encuentra no dispone de un lugar para él y le otorga su particular condición y localización marginales -transitorias en muchos casos-

Recientemente, Catherine Alexander y Patrick O’Hare (2020) han propuesto una clasificación general de las “antropologías de las basuras” que reconoce este potente legado pero que amplía y especifica tres categorías temáticas de aproximaciones sobre los residuos:

Una primera *simbólico-estructuralista*, la específica corriente impulsada por Douglas señalada anteriormente

“[...] shares with structuralists like Claude Lévi-Strauss the idea that prohibitions, taboos, and attachments have very little to do with the concrete thing that is prohibited, and much more to do with an interplay of symbols that reflect deeper organising principles of society” (O’Hare, 2019, pág. 3).

En esta dirección el residuo puede ser entendido como el producto de las interacciones entre lo sagrado y lo profano que se encuentran, precisamente, *estructuralmente atados*. De esta forma lo residual, la “materia fuera de lugar”, no alude tanto a una cualidad o una propiedad de los objetos físicos o las formaciones sociales como a un mecanismo relacional y social.

La segunda aproximación analítica consiste en una perspectiva *económica-materialista*, formulada inicialmente por Michael Thompson [1979] en lo que respecta a una posible teoría sobre los desperdicios (Rubbish Theory. The creation and destruction of value, 2017)

que, alejada de las reflexiones de Douglas sobre 'sociedades primitivas', surge del análisis del contexto urbano industrial burgués británico del siglo. Aunque recoge la influencia de Douglas en considerar que los objetos no contienen en sí mismos un estado intrínseco que los haga a unos ordenados y puros y a otros informes y residuales, extiende su aproximación siguiendo el flujo de los objetos a través de procesos de devaluación y revalorización observando que su posición en la dinámica de la vida social humana dista mucho de ser estática y determinada indefinidamente. Esta teoría del desperdicio surge que los objetos físicos (incluidas las personas en tanto tal) adquieren ciertas propiedades como resultado de los procesos de la vida social humana y de manera paralela (en cierta lógica de la retroalimentación cíclica) facilitan, permiten y soportan la vida social humana misma que, de no ser así, no sería posible. De esta forma, esta perspectiva pretende ser un marco para intentar comprender la circulación de los materiales -de los residuos- entre diferentes regímenes de valor y las interacciones y transformaciones que lo ajustan constantemente. La tercera categoría temática es denominada por Alexander y O'Hare como aproximaciones "More-Than-Human-Interspecies" (2020, pág. 3) o "-intersubjective-posthuman" (O'Hare, 2019, pág. 1). Se trata aquí de la indagación sobre las diferentes formas que adquieren los residuos en la vida social y sobre las relaciones que con ellos se establecen en los procesos de su producción, transformación y *consumo*, en las que incluso comporta diferentes formas de agencia derivadas de la recurrencia con la que los sujetos y las sociedades se encuentran en la administración de la basura y la suciedad (Hawkins, 2006). De esta manera, se vuelve la mirada etnográfica recurrentemente por un lado sobre el productor y el recolector de residuos en tanto agentes sociales y sobre el trabajo de la recuperación especialmente como práctica informal y marginal, y por otro lado sobre las condiciones físicas objetivas y las representaciones subjetivas que se crean en las relaciones directas con los residuos. En resumen:

"The fundamental question in symbolic-structuralist approaches to waste is why different things are considered waste in different cultures, to which the answer is culturally-specific classificatory systems. Economic-materialists shift the question to how the dynamics of waste flows link domestic and global industrial scales and answer it by examining waste flows in a globalised schema of reproduced inequalities. [...] The third thematic concern within social science waste studies is the

relationship between humans, other animals, and processes of wasting. [...] the creation of subjectivities through engagements with waste [...]" (Alexander & O'Hare, 2020, pág. 7)

Por su parte, Joshua Reno (2015), desde una perspectiva que atiende a la gestión de los residuos y a las intersecciones entre diferentes formas y circuitos de relaciones con ellos, dispone una revisión trasversal de diferentes discusiones emergentes desde las ciencias sociales al mundo de los desechos. Estos trabajos son agrupables bajo la clasificación de "discard studies" que, según el autor, a pesar de sus innumerables diferencias comparten el hecho de enfatizar sobre "the productive afterlife of waste" (Reno, 2015, pág. 558). Reno advierte que la investigación sobre en que se convierte todo aquello que descartamos, sus impactos y sus significados apenas ha comenzado.

La revisión de Reno lo lleva a una organización de las aproximaciones sobre los desechos con la que intenta perfilar la envergadura y la centralidad del fenómeno de la vida -social- de la materialidad desechada y de los procesos de administración de esta. Desde el análisis de la basura y la gestión de los residuos, pasando por el análisis de las relaciones (principalmente económicas y laborales) con los residuos y a través de ellos, para finalmente llegar a afirmar la atención sobre el papel activo de los seres y procesos no humanos en las dinámicas de gestión de residuos, en contra de la tendencia a imaginar las relaciones con los residuos como un problema exclusivamente humano.

El estudio de las condiciones materiales -físicas- de la basura y su administración en general se perfila inicialmente como un asunto de orden principalmente técnico respecto de la toma de decisión, el proceso y la disposición *final* de aquello considerado descartable. Allí, diversos autores coinciden en señalar con preferencia las ideas y disposiciones sociales acerca de la basura por sobre las técnicas individuales de su manejo, encontrando que las reglas de la clasificación median de manera fundamental en las formas como se administra la basura, pero al mismo tiempo dicha administración constituye un proceso por medio del cual se remodelan y se procuran orientar determinados ideales y esquemas de organización y clasificación sociales.

En líneas generales esta aproximación ha encontrado que la basura y las dinámicas sociales de su gestión demuestran que los servicios que se desarrollan en torno a ellas son fundamentales para la gobernanza de las ciudades, las industrias y las instituciones; son servicios que constituyen un derecho básico, un sector económico y una urgencia ecológica y que determinan sus procesos a través de sistemas de clasificación socialmente acordados que guardan importantes relaciones con otras estructuras de clasificación y división social más generales.

El punto de partida aquí proviene de una idea originaria de la ingeniería sanitaria que señala la existencia de diferentes *flujos* de residuos, lo que permite, a través de las diferentes cualidades y posibilidades de los residuos, pasar de los actos individuales de disposición a las formas colectivas de gestión.

Así, aparece el estudio de las prácticas familiares de disposición de residuos corporales (uñas, cabello, excretas) atendiendo a sus posibles usos rituales (Gell, 1998), forenses (Reno, 2012) o como recurso práctico en atención a actividades concretas (Guillet, 1983).

Más allá, la existencia agregada de este tipo de residuos puede hacer extensivas determinadas condiciones insalubres y pestilentes en ausencia de las condiciones básicas de infraestructuras para su gestión (Barnes, 2006) que acarrearán como resultado un incremento desproporcionado de la exposición a la enfermedad de ciertas poblaciones marginadas y, por ello, desprotegidas en términos de salubridad (Briggs & Briggs, 2006) con lo que también se refuerzan procesos de segregación espacial urbana y la creación de *periferias residuales*.

Pero aun incluso en donde existen sistemas organizados de eliminación y disposición de los residuos la gente continúa históricamente subsistiendo en sus extremos, desafiando el sistema y su organización legítima al tiempo que lo reafirma funcionalmente mediante prácticas que visibilizan aquello que debe ser descartado, evitado (Reid, 1991), (Pike, 2004); o incluso haciendo uso de los residuos en atención a objetivos de orden espiritual que les

otorgan, en situaciones determinadas, una función específica positiva y un sentido no marginal (Parry, 1982).

Respecto de los residuos sólidos municipales, destaca la preponderancia del papel que juega su infraestructura asociada en las transformaciones, la organización y la forma de las ciudades. Más aún, la infraestructura y las lógicas de los procesos urbanos organizados de gestión de los residuos sólidos municipales pueden ejercer influencias directas sobre la identidad personal y el juicio social (Hawkins, 2006).

Por otra parte, los diferentes tipos de materiales y flujos de residuos industriales han demostrado cómo algunos materiales que eran considerados subproductos residuales en diferentes momentos de auge de ciertas materias primas fueron paulatinamente reincorporados nuevamente como materias fundamentales en la producción (O'Brien, 2007). Pero los niveles de reutilización industrial de residuos son ínfimos comparados con los niveles de generación de estos, lo que ha dado ocasión a grandes debates académicos y políticos en torno a los problemas mundiales generados por la producción de productos considerados básicos (Little, 2014).

Pero esta aproximación un poco técnica, no responde a algunos de los intereses de los *etnógrafos de la basura* y de la gestión de residuos quienes no se conforman con saber por qué ciertas cosas o personas son clasificadas como sucias, contaminantes o residuales y, por ello, *desechables*, e intentan descifrar asuntos más profundos (es decir, menos visibles) de nuestras relaciones con los residuos.

De allí que algunos autores adhieran a estas indagaciones preguntas en torno a qué relaciones y capacidades específicas caracterizan a los materiales de desecho, su gestión y sus significados; quienes y en que instancias manejan los residuos y como se construyen a partir de allí diferentes relaciones de trabajo, poder y oportunidades económicas; y cómo circulan determinados desechos, de quien a quien, de donde a donde, y que importancia

tienen estos flujos para los específicos regímenes del desecho así como para determinados procesos globales y planetarios más generales.

“Cuando la infraestructura de la gestión de residuos está ausente las personas y los residuos pueden mezclarse de formas que amenazan la vida y la dignidad humana” (Reno, 2015, pág. 561). Destaca por su actualidad y dramática contundencia el caso de los campos de refugiados en los que los habitantes constituyen la *suciedad política* en el sentido que diera Douglas al término, por cuanto se encuentran a la espera de ayuda humanitaria de donde provenga en un estado de suspensión entre diferentes regímenes políticos para quienes son materia anómala (Malkki, 1995). En términos prácticos, bajo dichas condiciones coyunturales, los habitantes encuentran una mayor exposición a la enfermedad producto de los problemas de infraestructura para la remoción de los residuos (Habib, Basma, & Yeretian, 2006), además de encontrarse ante la confluencia entre la realidad objetiva de la vida en medio de los residuos y las representaciones descalificadoras que los condenan a la condición de seres humanos residuales en términos económicos y políticos. De esta forma, una condición de marginalidad social y política implica no solo una metáfora respecto de la condición residual en términos de ciudadanía sino también una relación directa (peligrosa e indigna) con los residuos en el marco de unas condiciones de mera supervivencia.

Por otra parte, atendiendo a que el cometido principal de la infraestructura de la gestión de residuos consiste en hacer desaparecer los residuos moviéndolos del lugar de su generación a otra parte, es fundamental poner en evidencia que para que de hecho los residuos se muevan a otro lugar, independientemente de lo que se haga con ellos, es necesario el trabajo humano.

En el escenario doméstico, la provisión de trabajadores principalmente migrantes (y en su mayoría mujeres) que se expongan ellos mismos a diferentes formas de polución para mantener limpios los entornos cotidianos de otros, es facilitada por las divisiones del trabajo con base en el género y la clase (Barbosa, 2007).

De igual forma, la recolección de residuos y el reciclaje informal en el espacio urbano constituyen prácticas con ciertas preponderancias raciales, de clase, de género y de edad (Norris, 2010), (Fredericks, 2012). En este como en otros casos en los que la exposición a los residuos es significativa o incluso hace parte de la vida cotidiana económica-laboral (recolectores, rebuscadores, poblaciones cercanas a vertederos, etc.) se afianza la posibilidad de la construcción de un estigma asociado a los residuos.

Lo fundamental respecto del trabajo con los residuos (directa y, si se quiere, manualmente), es que este no aparece solo como un mecanismo resultado del lugar que se ocupa en una estructura jerárquica determinada, sino también algo que se refuerza activamente en la práctica de la vida cotidiana mediante los procesos que convierten a personas y materiales, por diferentes vías, en residuos.

Pero la exposición a los residuos puede dar origen a otro tipo de procesos -creativos- mediante los cuales se obtiene cierto beneficio a través de la lógica de la recuperación que, a su vez, implica la realización de actividades que permitan extraer los residuos de los flujos del descarte e insertarlos en las cadenas del reciclaje. Dicha recuperación, en tanto dinámica de transformación de la materialidad, es posible gracias a la combinación entre la creatividad humana productiva, las cualidades específicas de los materiales y las condiciones del escenario social y físico en el que estos se interrelacionan (Bennett, 2010). El reciclaje informal, que hace parte de la economía informal urbana, constituye la forma más extendida y numerosa de reutilización de los residuos alrededor del mundo (Medina, 2007). Aun cuando las imágenes más populares correspondan a poblaciones lejanas y *exóticas* recolectando en los vertederos de las ciudades del llamado tercer mundo, el fenómeno no es ni mucho menos exclusivo de dicha parte del globo, como lo demuestran los casos del reciclaje informal de desechos por toxicómanos californianos sin hogar (Bourgeois & Schonberg, 2009), el de los obreros de clase media expulsados del mercado laboral oficial y abocados a los grandes vertederos de Michigan (Reno, 2009), el de los colectivos anarquistas alrededor del mundo que llevan a cabo diversas formas de

recuperación como una forma alternativa, coherente y contestataria, de obtención de recursos (Giles, 2014), o el de los chatarreros senegaleses de Barcelona que se ven abocados a ello como ultimo escenario posible de agencia y subsistencia (Porras, 2014), (Mendoza, 2014).

Es clave destacar que este grupo, los recuperadores informales, no se caracteriza solo por ser víctima de la explotación generalizada y que tampoco constituye un sector arrojado *fuera* de las estructuras productivas de la sociedad organizada, sino que se incorporan activa y productivamente en los flujos y circuitos económicos regulares (Brody, 2007), (Aguar & Ryan, 2009) dadas las comprobadas interdependencias entre las economías formal e informal y la creciente funcionalidad de esta última en la economía general agregada.

En lo que respecta a las formas operativas y funcionales otorgadas a los residuos existen diferentes tipos de relación y valoración de estos, desde los que son recompensados por su vertido en determinados lugares hasta los que llevan a cabo la recuperación con fines de lucro (Reno, 2009), (Lane, 2011). La relación con los residuos implica atender a las cualidades particulares de la materia en transición, pero el trabajo de la recuperación de estos es tanto material como representativo, lo que implica a su vez la apreciación de la capacidad de las cosas-residuos para ser transformadas productivamente y no solo para contaminar (Norris, 2012) lo que puede conllevar a diversas formas de re-creación de valores.

Por otra parte, el trabajo en la gestión de los residuos puede ser peligroso en términos de la amenaza de enfermedades, pero también en lo que respecta a las identidades sociales de los trabajadores a través del deterioro que produce el estigma y sus manifestaciones objetivas (Nagle, 2013), y por la vulnerabilidad que se genera en contextos con sistemas de regulación y protección laboral insuficientes por parte del Estado (Burrell, 2012). A pesar de esto, la intervención del Estado a modo de supuestas reformas orientadas a la protección

del medio ambiente y a la reducción de dicha vulnerabilidad de los trabajadores también suele amenazar el medio de vida de los recicladores, en especial de los que carecen de reconocimiento social, mediante sus restricciones y los mecanismos represivos de la regulación (Millar, 2012).

Otros trabajos merecen ser comentados en función de su relevancia metodológica y/o analítica respecto de la presente propuesta. Sus elaboraciones representan importantes aportes al estudio de los residuos en tanto cualidad específica -material- de las formaciones sociales, de sus impactos en las condiciones de vida urbana, y de las diferentes relaciones que con ellos establecen determinados grupos humanos.

La antropóloga norteamericana Robin Nagle (2013) lleva a cabo un interesante trabajo de campo de un elevado grado de implicación en el escenario y las condiciones de vida de su caso de estudio. Motivada por comprender quienes son realmente aquellos hombres y mujeres que limpian después de que desechamos y tiramos, Nagle comienza su trabajo de campo entrevistando comisionados, supervisores y acompañando algunos recorridos de recolección del departamento de sanidad de la ciudad de New York, pero luego lleva su aproximación empírica hasta el punto de convertirse en parte de la fuerza de trabajo (como antropóloga en residencia), obteniendo el entrenamiento y la licencia para conducir los camiones de recogida. Desde allí, la autora ofrece una perspectiva *desde dentro* que ofrece una compleja y al tiempo reveladora descripción en varias vías: Sobre ciertas formas de consumo-desecho discernibles y clasificables en términos de clase, cualificadas a partir de la evidencia que otorga su propia basura, dentro de las que destaca la enorme y variada cantidad de cosas en buen estado que desechan las personas más ricas, lo que brinda una especie de organización geográfica de las diferentes formas de consumo y del desecho como proceso de distinción. Esta lógica incesante de producción de residuos en tan inconmensurables cantidades se encuentra enraizada en la estructura misma del sistema económico capitalista que procura una rotación y renovación de bienes perpetua en aras del crecimiento económico y la acumulación de capital.

Por otra parte, Nagle logra hacer visibles las condiciones específicas del trabajo de los recolectores, los incontables riesgos a los que se enfrentan en términos de exposición a los residuos y a condiciones ambientales poco favorables; así como las formas de sus relaciones y parentescos, el complejo sistema de reglas interno más allá de la normativa laboral y las funciones de cada trabajador, la confusa y única jerga de los trabajadores, y la construcción de cierta identidad asociada al trabajo pero que es frágil por cuanto no deja de ser objeto de la invisibilidad social y de cierto estigma latente generalizado a pesar de su total formalización.

Finalmente, la autora enfatiza el impacto que generan los residuos y su gestión en las cualidades y la organización urbanas, y lo sustancial de su papel en la forma en que comprendemos la ciudad y nos relacionamos con ella.

De otro lado, Carl Zimring (2005) nos ofrece una exhaustiva revisión que pone en evidencia la envergadura histórica del fenómeno del reciclaje y de su significación social variable a través del tiempo. Concentrado principalmente en la sociedad norteamericana, Zimring encuentra evidencias de la existencia de la lógica del reciclado desde los siglos VIII y VII A.C. Avanzando rápidamente sitúa un importante momento de estas prácticas de reutilización en la producción de papel mediante el uso de textiles en la Europa medieval del siglo XII. Mucho más adelante, durante los siglos XVIII y XIX, perfila las evidencias de un naciente mercado de compraventa de textiles y chatarra (metales para reutilización), cuyo desarrollo implicó importantes efectos en el siglo XX en el sentido de hacer visible y accesible un sector altamente rentable que, hacia finales de siglo, en la década de 1990, ya se encontraba casi por completo monopolizado.

El surgimiento del trabajo de subsistencia en torno a la basura, según la aproximación de Zimring, tiene que ver con la búsqueda de una alternativa por parte de poblaciones pobres desprovistas de cualificación para integrarse en el mercado de trabajo. La actividad fue catalogada como sucia, peligrosa y de bajo estatus, y fue llevada a cabo inicialmente por inmigrantes europeos pobres. Paralelamente se enraizaron, por un lado, un sentimiento de desconfianza de parte de estos inmigrantes en torno a cómo lidiar con la basura de otros,

lo que reforzaba la percepción de la actividad como algo sucio y repulsivo; y, por otro lado, una acentuada falta de prestigio y reconocimiento social que no desaparecieron ni siquiera cuando la chatarra se transformó en mercancía y devino en un negocio altamente ventajoso.

De esta forma ofrece una interesante reflexión sobre los contextos y las condiciones que han dado pie a la transformación de la basura en un negocio informal; complementando el escenario que presentara Susan Strasser (2000) desde una perspectiva sociohistórica, sobre las específicas formas de vida de estos trabajadores (hasta la primera mitad del siglo XX) que encontraban en la basura su fuente de ingresos, al servicio de comerciantes mayoristas, mediante las actividades de recolección y recuperación, condicionados por el desprestigio asociado a los residuos y por una precariedad laboral que se mantiene a pesar de los visibles cambios del sector en términos de regulación o, tal vez, precisamente debido a ellos.

Desde otro punto de vista y poniendo su atención sobre otro tipo de materia residual, Tim Edensor (2005) explora los efectos desorganizadores que producen los escombros de las ruinas arquitectónicas industriales sobre el mundo material, poniendo en crítica, a partir de allí, nuestra ordenación normativa del mismo. Según Edensor la designación de ciertas cosas como ruinosas (concretamente las ruinas de las fábricas abandonadas) las clasifica en tanto objetos de desecho y demuestra el poder que algunos tienen para ordenar normativamente el mundo material. Sin embargo, las ruinas guardan un enorme potencial de reinterpretación gracias, precisamente, a su indeterminación en términos mercantiles y de uso. El proceso de *ruinización*, a través del deterioro progresivo de la materia en desuso y de la intervención de elementos no humanos sobre ella, carga al objeto arquitectónico desechado de nuevas cualidades formales disponibles a la experiencia estética de los nuevos visitantes y señala con cierto dramatismo hacia el pasado de aquellos afectados por el cierre de sus puertas. Aquí el objeto desechado es resignificado y tiene un potencial efecto transformador sobre el sentido sociohistórico del lugar en el que se encuentra.

Con miras a intentar develar lo que ocurre con la basura luego de que desaparece de nuestra vista y, por ende, de nuestra comprensión acerca de su verdadera existencia, haciendo énfasis, precisamente, en esa especie de ocultamiento silenciosamente acordado, Christof Mauch (2016) edita un texto que recopila múltiples aproximaciones a diferentes tipos de materiales, contextos y procesos de desecho agrupando autores de diferentes procedencias académicas y metodológicas. Los autores coinciden en indicar que existen importantes razones, asociadas con nuestras formas de organizar y clasificar el mundo, así como con el tipo de relaciones que esperamos idealmente construir con él, por las cuales intentamos mantener nuestra basura lo más lejos posible física y mentalmente. Sin embargo, la basura y ese proceso de ocultamiento que insiste en numerosas formas de deshacerse de ella cuenta muchas historias que han querido ser olvidadas y devela oscuros secretos acerca de nuestra sociedad del desperdicio. La basura, concuerdan los autores, jamás desaparece por completo; lo realmente importante es seguir sus trayectorias, sus transformaciones, las formas como reaparecen, en donde lo hacen y por mediación de quienes, como medio para obtener información sobre la forma en cómo vivimos y el lugar que ocupan realmente las basuras en nuestros modos de organización social y en ciertas particulares formas de vida.

Es importante reseñar también el fundamental trabajo de William Rathje (1945-2012), considerado precursor del estudio de la basura moderna como disciplina científica en tanto forma específica de arqueología que, haciendo uso adaptado de métodos tradicionales de la disciplina, podría brindar sustancial información acerca del comportamiento contemporáneo.

En 1973 Rathje da inicio al *Garbage Project* concentrado inicialmente en Tucson, Milwaukee y Marin County y que luego fue extendido, en 1980, hacia Ciudad de México, ampliando las posibilidades del análisis comparativo. El proyecto se orientaba fundamentalmente a proporcionar evidencias acerca del comportamiento del consumo contemporáneo mediante la recolección de muestras de los desechos dispuestos por unidades domésticas clasificadas inicialmente por el nivel de ingresos. Cada muestra representaba la totalidad de

los desechos domésticos dispuestos por las viviendas seleccionadas en determinado momento para la recolección municipal o privada.

La clasificación y el análisis de dichas muestras llevo a Rathje y sus colaboradores a elaborar interesantes conclusiones en torno a la producción de residuos y su relación con la tecnología alimentaria (especialmente en cuanto a sus sistemas de empaques y embalajes), sobre las relaciones entre dicha tecnología, los hábitos alimentarios y las condiciones nutricionales de los diferentes grupos, y sobre las relaciones entre el nivel de ingresos y las formas de consumo, en las que las tendencias no reflejan necesariamente una relación directamente proporcional sino que apuntan a diferentes condiciones y variaciones del consumo producto de trasformaciones culturales y situaciones sociohistóricas específicas que han hecho, por ejemplo, que el nivel de producción de residuos de las personas de ingresos medios sean superiores al de las personas de ingresos altos en un momento dado (Rathje, Phillips, & Restrepo, *El Proyecto Basura: The Archaeology of Industrial Transformation in Mexico*, 1984).

Posteriormente, en 1987, Rathje dirigió su atención a los grandes vertederos de las ciudades de los Estados Unidos. Mediante el uso de maquinaria especial extrajeron extensas muestras verticales en las que resultaban visibles diferentes “estratos” que permitían relacionar las muestras clasificadas con diferentes situaciones sociohistóricas que hacían comprensible determinadas tendencias, las concentraciones y disposiciones de los residuos dentro de la muestra señalaban directamente momentos y formas específicas del consumo. Rathje y su equipo del consumo que se demostraban a través de la evidencia empírica de la basura como, por ejemplo, el radical cambio en la tasa del uso del condón en la *era del sida* que se incrementó en alrededor de un 45% entre 1985 y 1987 (Rathje & Murphy, 1992). Las muestras eran auténticas capsulas de tiempo que contaban una historia cultural pasada y que revelaban un profundo desconocimiento acerca de lo que ocurre con las basuras en los lugares de disposición final y de los propios procesos de vertimiento; los materiales de construcción que se consideraban inexistentes en los vertederos representaban en realidad una importante proporción y diferentes tipos de materia orgánica que se creía se

descomponía con relativa rapidez se hallaban intactos en las profundidades sin aire de las montañas de basura.

A partir de estas múltiples y en ocasiones desconcertantes evidencias producto del extenso trabajo del *Garbage Project*, Rathje reclama la basura (*rubbish*) como una muy descuidada fuente sociológica y la *garbology* (término incluido en el Oxford English Dictionary) -la ciencia de la basura- como una muy descuidada herramienta metodológica.

El trabajo de Sebastián Carenzo (2011) es destacable por su especial atención a la materialidad de las prácticas de la recuperación en el caso de una cooperativa de cartoneros de la ciudad de Buenos Aires. Carenzo sigue las rutas de los objetos descartados como basura que, siendo apropiados por las prácticas de la recuperación, son reincorporados en nuevos ciclos mercantiles, resucitando así a la vida social en la que se generan nuevos vínculos y surgen nuevos valores y sentidos. Los residuos son así, objetos activos dentro de los procesos de producción y consumo y juegan un papel fundamental en la consolidación de los lazos sociales y las redes de que participan en sus flujos y transferencias.

Otros autores vuelcan su indagación en torno a las relaciones e interacciones con los residuos sobre diversas formas alternativas de recuperación y de generación de beneficios. Es el caso de Blanca Callén (2013) y su estudio sobre la recolección y la recuperación de residuos electrónicos como práctica innovadora y creativa de transformación y resignificación de los residuos, generada desde escenarios de informalidad laboral; Lara Houston (2013) que estudia las comunidades de reparadores de móviles en Kampala, Uganda y su práctica como una forma cultural inventiva que, a su vez, se adapta a una lógica más general de la prolongación de la vida útil de las cosas hasta el deterioro físico que haga imposible su funcionalidad propia de poblaciones de bajo poder adquisitivo; y Andrew Skuse (2005) quien estudia el sostenimiento de las relaciones de intercambio de mercancías y la extensión máxima posible de los valores de uso con particular atención al producto radio en Afganistán, sobre la apreciación simbólica de la tecnología y la incorporación de las

prácticas de la reparación como mecanismo que posibilita la maximización de los valores de intercambio.

De manera más reciente, puede verse un importante interés etnográfico por la recuperación de residuos como práctica laboral, por la figura misma del reciclador, por las transformaciones que los residuos mismos sufren y por las dinámicas socio-comunitarias que se instrumentalizan mediante las interacciones con ellos.

Es el caso de Rosalind Fredericks y su trabajo en Dakar, donde estudia cómo un proyecto de base comunitaria en torno a la gestión de residuos, a pesar de tener que confrontar una asignación generalizada sobre la práctica como un *trabajo sucio*, logra producir en sus dinámicas la construcción de cierta forma de comunidad, permite la implicación y la asociación de las mujeres en tanto población marginada y enfrenta directamente problemas asociados con la salubridad (2012). En la misma ciudad, posteriormente, analiza la forma como surgen disruptivamente determinadas relaciones (económico-laborales) con los residuos producto de las propias fallas de las infraestructuras oficiales para su gestión. Con ello, apunta a la concreción de una infraestructura total en la que sobresalen numerosas intersecciones que demuestran dramáticas inequidades que se expresan física, espacial, afectiva y corporalmente (2018).

Kathleen Millar (2018), por su parte, ofrece una detallada y elocuente etnografía sobre los *catadores* de Jardim Gramacho, el más grande vertedero de Latinoamérica hasta su clausura. Allí, logra ir más allá del trabajo de recolección de materiales reciclables como mecanismo informal de subsistencia, cuestionando las comunes concepciones sobre la basura y la informalidad misma, y develando las asociaciones que los trabajadores construyen entre su práctica cotidiana y sus ideas y expectativas respecto del buen vivir en medio de un contexto de extrema pobreza.

Nguyen Minh (2019) muestra como las mujeres de una comunidad migrante de Vietnam establece dinámicas y complejas relaciones y negociaciones laborales con grandes fuerzas económico-políticas a partir de la circulación de los residuos y a fin de reconstituirse socialmente. La recolección y recuperación, además de las transformaciones del valor que producen en tanto práctica social sobre los residuos, les permite una especie de restitución moral paralela a la construcción de ciertas identidades derivadas del enfrentamiento cotidiano con la precariedad y la estigmatización.

Finalmente, Anna Karin Giannotta (2020) apunta etnográficamente a las dinámicas de recuperación en tanto flujo particular de circulación de los residuos entre los recicladores informales y los nodos institucionales en Casablanca. De esta forma, Giannotta pone en cuestión y tensión los límites de la categoría misma de informalidad, da cuenta de estrategias y mecanismos elaborados por los recuperadores que los imbrican en interdependencias y procesos de gobernanza en los que distan mucho de ser agentes pasivos y revela ciertas intersecciones entre ambas instancias y múltiples interacciones entre diversos agentes del proceso a partir de una mirada sobre las infraestructuras informales de circulación de residuos.

Este vasto panorama en torno a las específicas circulaciones, relaciones y transformaciones de los residuos en la vida social humana implica una mirada al asunto del *valor* de las cosas -de los residuos- retornando a un plano más general y abstracto en una perspectiva que concilie puntos de encuentro entre las aproximaciones materialista y simbólica y que, lejos de pretender agotar un tema inabarcable, procure al menos una perspectiva pertinente.

Al antes mencionado flujo de los residuos -de las cosas- entre diferentes regímenes de valor es lo que Arjun Appadurai llama la “vida social de las cosas” (1991). Su aportación acerca de la *circulación de las mercancías*, a la que recurrentemente acuden los antropólogos, plantea inicialmente una importante precisión sobre estas (*commodities*) y la producción del *valor*. La noción de mercancía en la forma en la que la aplicara Marx en un sentido económico-

material concreto apunta a considerarla como “objects produced in order to be sold on a commercial market” (Graeber, 2001, pág. 31). El claro énfasis sobre la producción de estas apunta, al tiempo, a considerar que su valor surge del trabajo humano. Estos dos puntos de anclaje analítico, sugiere Appadurai, implican una importante limitación para el campo de la antropología pues hacen de las mercancías un fenómeno exclusivamente capitalista occidental. De esta forma, recupera el autor el punto de partida formulado por Georg Simmel en su *Filosofía del Dinero* (2013). Para Simmel el valor no reside en el trabajo de producción de las mercancías, sino que surge de las relaciones sociales de intercambio alrededor de estas. “En una palabra, el intercambio no es un subproducto de la valoración mutua de objetos, sino su fuente” (Appadurai A. , 1991, pág. 18). En ese sentido, el valor de un objeto se expresa entonces en el grado en que una persona lo *desea* y se mide por lo que está dispuesto a dar a cambio. Cualquier objeto, de esta manera, es una mercancía en cuanto sea imaginada y objetivada como *objeto de intercambio*. Siendo así, es comprensible pensar que cada sociedad humana disponga de alguna forma de intercambio y de allí, que surjan, en determinados contextos, específicos procesos de creación de diferentes tipos de valor intermediados por diferentes tipos de mercancías. Este enfoque permite, por un lado, poner el foco sobre actores y procesos específicos más allá de las estructuras y totalidades sociales y, por otra parte, seguir la *historia de vida* de objetos singulares y específicos en sus movimientos a través de diferentes regímenes de valor.

Aquí es importante tener presente que hay otras formas, otros modos de organización y otros mecanismos de significación de estas historias de vida de las cosas. Otra posible perspectiva sobre el movimiento de las cosas y las relaciones con ellas, complementaria a la anterior y su idea de la construcción del valor a través de las *interacciones e intercambios* (los usos y las trayectorias a las que se refiere Appadurai), puede conducir a poner el acento más sobre las formas (cotidianas o extraordinarias) como se relacionan los hombres y las cosas, ciertas cosas en concreto, y sobre la forma como dichas relaciones cualifican las experiencias y las trayectorias particulares de la vida social. Esto conduce hacia los intentos por capturar una biografía cultural de las cosas (Kopytoff, 1991) más orientada sobre el

análisis de los movimientos y transferencias de cosas *únicas* que no pueden ser comparadas con otras y que, por tanto, no construyen su valor como mercancías; o incluso intentar comprender, si es del caso, la vida subjetiva de ciertas cosas en determinados contextos de circulación e intercambio (Santos Granero, 2012). Esta perspectiva, como es claro, está más directamente relacionada con la seminal aportación de Marcel Mauss en el *Ensayo sobre el don* (2009) en el que devela el papel del intercambio y el valor en la configuración de las relaciones y modos culturales; las prácticas que crean el valor son en sí mismas valoradas y, así, proyectadas e impostadas sobre los objetos de valor(es), con lo que el objeto material es la expresión concretada de determinadas relaciones sociales. A partir de allí, Annette Weiner (1992) formula su reflexión en torno a lo que denomina *objetos inalienables* sobre los que, según sugiere, se construye una forma de valor *trascendente* o *absoluto*.

Volviendo al pertinente planteamiento de Appadurai, la perspectiva del autor sugiere poner en atención la forma en que las cosas fluyen por los circuitos mercantiles y a sus transformaciones en dicho movimiento, producido a su vez (creando una especie de ciclo) por las relaciones que dan forma concreta al valor y que son su motor.

*“A pesar de que nuestro propio enfoque de las cosas esté necesariamente condicionado por la idea de que las cosas no tienen otros significados sino aquellos conferidos por las transacciones, las atribuciones y las motivaciones humanas, el problema antropológico reside en que esta verdad formal no ilumina la circulación concreta, histórica, de las cosas. Por ello, debemos seguir a las cosas mismas, ya que sus significados están inscritos en sus formas, **usos y trayectorias**. Es sólo mediante el análisis de estas trayectorias que podemos interpretar las transacciones y cálculos humanos que animan a las cosas. Así, aunque desde un punto de vista teórico los actores codifican la significación de las cosas, desde una perspectiva metodológica son las cosas-en-movimiento las que iluminan su contexto social y humano”* (Appadurai A. , 1991, pág. 19).

Un asunto muy pertinente de la exposición de Appadurai frente al interés en torno a los residuos y a las prácticas de la recolección y la recuperación informal, tiene que ver con las vías por las que la mencionada circulación de las mercancías se desarrolla, develando, a la vez, el hecho de que la creación del valor es un proceso políticamente caracterizado y mediado, de forma que *“el flujo de las mercancías en una situación dada es un arreglo que*

se desplaza entre rutas socialmente reguladas y desviaciones competitivamente inspiradas” (Appadurai A. , 1991, pág. 33). Así, esta circulación, las trayectorias que siguen las mercancías, puede darse entre estos dos tipos de instancias y canales – políticamente determinados – que caracterizan y concretan a las relaciones y jerarquías del intercambio y al valor mismo. Las “rutas” indican los canales, los movimientos y las transferencias formales, reguladas, normadas soportadas por las infraestructuras oficiales. Las “desviaciones”, por su parte, hacen referencia entonces a los movimientos e intercambios mercantiles al margen de los mercados oficiales y de las cadenas productivas formales, es decir a los circuitos informales y marginales de circulación de las mercancías. Siendo así, esta distinción que al tiempo sugiere atender al flujo de las mercancías no solo dentro de uno de los escenarios sino también de un lado al otro de la clasificación (lo que mantiene a las dos instancias interconectadas) permite, primero, conciliar la perspectiva sobre el lugar de lo concebido como residual en los procesos de la clasificación social y cultural y aquella que considera sus específicos movimientos materiales, segundo, atender justamente a las intersecciones entre regímenes y entre las propias rutas y desviaciones que se dan por medio de los desprendimientos y las fugas de las mercancías de un lugar a otro, y tercero, iluminar los procesos de transformación del valor y de las cosas mismas en el curso de su trayectorias y sus usos y en los diversos intercambios más concretamente.

Esto conduce a considerar que las relaciones de intercambio no están limitadas a las esferas y estructuras del orden social hegemónico, ni a las restricciones del espacio social proyectado y limitado, y que estas relaciones se negocian bajo sus propias reglas en sus propios contextos específicos en donde se objetivan en determinadas prácticas, actores y cuerpos; de ello se deriva el hecho de que a determinadas condiciones sociales en las que se producen las mencionadas relaciones de intercambio, les corresponde un específico proceso de creación de valor, con sus reglas y sus jerarquías. En el caso de los residuos y, en particular de su recuperación (recolección e intercambio) informal, la idea misma de “desviación” permite pensar en los residuos como una especie de *mercancía desviada de valor marginal*; asunto que se espera sustentar más adelante con circunscripción al caso de estudio.

Por ahora, hay que decir que este interés por las relaciones con los residuos, por lo que ellos permiten y por lo que sucede con ellos, requiere una mirada en torno a cómo, por donde y a través de que medios se movilizan, que los contiene, donde se encuentran, como se extraen y se reinsertan bajo determinadas condiciones. En este apartado, esto deriva en una breve revisión de algunas ideas que se han considerado pertinentes para este trabajo desde la antropología de las infraestructuras que oriente y posicione la mirada sobre algunos asuntos específicos.

3. Sobre el flujo de las cosas: antropología de las infraestructuras

No faltan ahora aproximaciones sobre las infraestructuras que permiten comprender que han sido siempre centrales en algunos procesos y modos de organización sobre los que ha abundado indagación como la colonización geográfica y política, el desarrollo urbano y la administración de las ciudades, la pobreza, el extractivismo y el progreso, por mencionar solo algunos de gran talla. A través de lo que comúnmente llamamos infraestructuras, aunque no las veamos, sabemos que se concretan muchas de las relaciones, inclusiones y exclusiones de la organización social.

En el ámbito de los análisis sobre las grandes formaciones sociales e institucionales su uso ha sido básicamente metafórico, para referirse, en abstracto, a ciertos niveles determinados en la *estructura* general de la organización social y sus jerarquías. De allí la conocida distinción que describe la organización social, su desarrollo y su cambio histórico, particularmente en un plano institucional, a partir de la idea de la existencia de un nivel superestructural (las formas que adquieren los diferentes campos de la organización social: político, religioso, jurídico, etc.) y otro infraestructural (las relaciones de producción y las condiciones materiales sobre el terreno), dinámicamente integrados pero diferenciables.

Más allá de su uso metafórico, en el plano concreto de las relaciones sociales la noción de infraestructura señala inicialmente hacia la dimensión física de las prácticas sociales, hacia un tipo de cosa que junto a las herramientas las instrumentaliza y las soporta y que está principalmente orientada a favorecer su movimiento. El flujo de las cosas, las ideas y las personas es lo que mantiene el dinamismo de las relaciones sociales; resulta difícil pensar en alguna práctica social que no se encuentre mediada, soportada o canalizada infraestructuralmente. En este sentido, las infraestructuras son el sustrato a través del cual fluyen las relaciones, es la red misma sobre la que se expanden los flujos y las interconexiones.

Pero avanzando un poco más, la infraestructura, como concepto analítico, permite referirse a las formas como los grupos humanos agencian sus relaciones con el medio y entre ellos mismos. En este orden de ideas, es central comprender que a pesar de que puedan distinguirse el sustrato físico instrumental, las prácticas y los actores sociales en determinado momento sociohistórico, en una aproximación antropológica las infraestructuras señalan, evidentemente, un problema relacional.

Varios trabajos en este campo parecen coincidir en considerar como seminal la definición y caracterización que hacen Susan Star y Karen Ruhleder (1996). Esta perspectiva relacional sobre las infraestructuras propuesta por las autoras recoge y, en cierto sentido, surge de la consideración analítica y metodológica que formulara Yrjö Engeström (1990) acerca de la *usabilidad* de las herramientas como producto de las acciones humanas, de las interacciones específicas promovidas por actividades concretas. Star y Ruhleder establecen como punto de partida que:

“A tool is not just a thing with pre-given attributes frozen in time -- but a thing becomes a tool in practice, for someone, when connected to some particular activity [...] The tool emerges in situ. By analogy, infrastructure is something that emerges for people in practice, connected to activities and structures” (Star & Ruhleder, 1996, pág. 4).

Las infraestructuras, de este modo, no indican solo un sustrato previamente construido y mantenido como un background que hace las veces de *soporte* de las acciones. En tanto

concepto relacional las infraestructuras se concretan como tal cuando las condiciones físicas instrumentales son puestas en interacción con determinadas prácticas organizadas. De allí la insistencia en que las infraestructuras, al igual que las herramientas, no son un *qué* sino un *cuándo*.

En este orden de ideas Star y Ruhleder ponen el acento sobre la idea de que las infraestructuras no son una cosa preestablecida sino el resultado de un momento concreto de interacción. Así, según su propuesta, las infraestructuras se forman por una configuración entre ciertas dimensiones: se hallan *embebidas* dentro de otras estructuras, tecnologías y arreglos sociales; son *transparentes* al uso, no deben ser reinventadas para cada tarea y permanecen en cierto sentido *invisibles* como soporte de dichas tareas; tienen un *alcance* espacial y temporal significativamente extendido; son *aprehendidas* como parte de la pertenencia a grupos y comunidades determinadas; consecuentemente, las infraestructuras dan forma y adquieren una forma específica por las *convenciones* de una colectividad práctica; adquieren la mencionada transparencia a través de una relativa *estandarización* que las conecta con otras infraestructuras; no nacen y crecen de cero, se construyen sobre una *base* ya establecida y heredan de ella ciertos límites y capacidades; y, finalmente, su regular invisibilidad se ve contravenida cuando falla, se quiebra y debe ser *reparada*, lo que la hace, en muchas ocasiones, estruendosamente visible.

La configuración en la que se conectan estas dimensiones da forma a la infraestructura, pero justamente esto señala también la naturaleza ambigua y paradójica de las herramientas y las tecnologías que indica la variabilidad de las percepciones y las interacciones bajo determinadas circunstancias y en contextos específicos, de forma que a pesar de la aparente estabilidad de sus cualidades formales y funcionales, las infraestructuras se concretan de forma circunscrita y son objeto de constantes ajustes y modificaciones.

Conviene entonces, pertinentemente para fines analíticos y metodológicos, pensar las infraestructuras como procesos, como una especie de continuo relacional entre las prácticas sociales y los elementos que las instrumentalizan. Las infraestructuras se

constituyen en tanto tal a través de ese *ensamblaje*. “*I have found it helpful to think about infrastructure as a social-material assemblage; a process of making relations between bodies and things that is always in formation and always coming apart*” (Anand, 2012). Esta sugerencia remite de vuelta, sin duda, a la central idea, mencionada en un apartado anterior, sobre el hecho de que las prácticas sociales producen, fijan y significan el espacio. Se trata entonces de un proceso, de un continuo relacionar entre cuerpos y cosas, que media instrumentalmente las actividades humanas, dinámicas articulaciones que surgen en el curso de la vida social y que están en constante ajuste y reconfiguración. Pero este ensamblaje, como también otros autores señalan, no es siempre una relación libremente determinada y detrás de ella pueden esconderse múltiples intereses y factores (Dourish & Bell, 2007). Además, es claro que el conflicto es inherente a la dinámica propia e interna de estas relaciones con lo que, además de sus seguras fallas, fisuras y averías, es necesario considerar que en buena parte de las interacciones que se producen a lo largo de la extensión espacial y temporal de las infraestructuras, las partes puedan no encajar formal y funcionalmente de manera armónica, que lleguen a producirse entre elementos originalmente inconexos, de forma abrupta, forzada o derivada de presiones externas ineludibles, que incluso el ensamblaje sea en sí mismo una falla o disrupción infraestructural, o que esté desde un comienzo determinado al malfuncionamiento, un sistema diseñado para fallar (Gururani, 2017).

Con este importante referente como punto de partida Hannah Appel, Nikhil Anand y Akhil Gupta, junto a otros colaboradores, proponen una *caja de herramientas* (The Infrastructure Toolbox, 2015) para perfilar y tematizar algunas cualidades centrales de las infraestructuras y, con ello, brindar algunos elementos conceptuales que permitan pensarlas como objetos de estudio etnográfico, en sus capacidades metafóricas y materiales. “The tools in the toolbox we present here offer concepts and methods to draw infrastructure out of the background and into the foreground of ethnographic research and theorizing”. Algunas de las reflexiones sobre estas herramientas resultan especialmente pertinentes aquí:

Acreción: Nikhil Anand señala que las infraestructuras se acumulan, se entremezclan, se superponen y se erosionan en el tiempo por obra del trabajo material e ideológico sobre ellas. La sugerencia sobre estas *acumulaciones inestables* le permite añadir que las infraestructuras nacen de diversas formas históricas y relaciones tecno-políticas que raras veces son coherentes, que están caracterizadas y constituidas por diversas racionalidades políticas, y que en múltiples ocasiones no simplemente funcionan según se ha proyectado, sino que exigen constantes ajustes en su administración y frecuentes mantenimientos y reparaciones.

Emplazamiento: Catherine Fennell (2015) propone entender las infraestructuras como cosas que facilitan las relaciones con otras cosas, y de esta manera que su análisis no debe limitarse a las formas físicas concretas sino ampliarse para comprenderlas como algo que permite extender flujos, distribuciones y racionalidades. Sin embargo, las infraestructuras existen también a parte de su funcionamiento puramente técnico y sus cualidades y emplazamientos pueden ser analizados también desde sus componentes semióticos y estéticos (Larkin, 2013).

Multicapa: Antina von Schnitzler (2015) llama la atención acerca del hecho de que las infraestructuras se concretan de diferentes maneras y operan en numerosos registros simultáneamente. Facilitan y dan forma a los flujos de bienes, personas e ideas, así como también los ordenan y restringen, son, en definitiva, funcionales a determinadas circulaciones. De manera paralela son vehículos sígnicos y operan simbólicamente. Por supuesto propagan el espectáculo, lo que recuerda el ejemplar análisis de Debord sobre la televisión, y con frecuencia son usados como mecanismos éticos-estéticos-políticos. Este carácter multicapa es lo que hace de las infraestructuras un objeto y un concepto etnográfico tan productivo.

Forma y estética política: Para Brian Larkin (2015) la reflexión sobre la forma introduce el problema de la estética política de las infraestructuras, que hace parte de ellas tanto como su conjunto técnico-funcional. Para que un ensamblaje funcional exista y facilite determinada circulación este de *tomar forma*. Esta es a menudo muy compleja y difícil de

delinear en el sentido de establecer sus límites, no obstante, la forma de las infraestructuras señala un proceso a través del cual operan como dispositivos éticos, políticos y estéticos.

Reparación: La ruptura y la reparación (o sustitución) indican un momento crítico del proceso, una interrupción abrupta de las adecuadas relaciones y circulaciones de la que suele esperarse un carácter transitorio e incluso fugaz. No obstante, para Steven Jackson (2015), los momentos de avería son fundamentales respecto de su propio papel en el mantenimiento de las infraestructuras y la durabilidad de estas en el tiempo. Además, la atención sobre este momento permite iluminar la verdadera fragilidad y volubilidad en términos de su promesa de eficiencia y funcionalidad que se esconde detrás de su apariencia -formal- pesada y rígida. Apunta también al constante trabajo (en cierto sentido más visible que las infraestructuras mismas) que mantiene en determinadas condiciones el orden y los sentidos de los sistemas sociotécnicos. Esto permite acercarse analíticamente en una forma de “broken world thinking” (Jackson, 2015) en el que la dinámica de la reparación es central y mantiene al mundo físico y a las relaciones que este media en continua transformación. Atender a la reparación permite también llamar la atención sobre que la forma técnica (diseño) que se concreta en un momento dado no fija ni cierra el ciclo que configuran las infraestructuras, el valor y el significado, y que hace parte esencial de un continuo proceso de transformación de cualidades físicas-formales, de valores y de sentidos precisamente.

Existe ya un importante campo de estudios en torno a las infraestructuras y a sus papeles y relaciones en determinados procesos, así como a las condiciones en las que se producen y se usan orientadas a fines determinados. Las infraestructuras constituyen ensamblajes fundamentales para el funcionamiento dinámico del hacer social desde las más numerosas cotidianidades hasta los sistemas de relaciones a gran escala. Además, como sugiere Brian Larkin (2013), cada infraestructura y el complejo entramado que forman las interconexiones entre ellas opera simultáneamente en diferentes niveles y canales, desde los políticos hasta los poéticos, desde la concreción de un flujo, una dirección y una relación concreta hasta la conformación de imaginarios colectivos y grandes expectativas éticas y estéticas.

El análisis de las infraestructuras como sistemas físicos instrumentales deriva en ocasiones en trabajos que estudian el proceso mismo de implementación (proyecto político), diseño (determinación de la forma) y construcción de las infraestructuras, su irrupción en no pocas ocasiones abrupta, las consecuentes reacciones y adaptaciones locales a tal transformación del ambiente, del espacio y de las relaciones con determinados bienes, y la significación estética y el uso político de su desarrollo. Un ejemplar caso en el que se recopilan diversos estudios que giran en torno a las relaciones en los más diversos niveles con las carreteras en África resume: *“The road regime on the continent is thus still under construction, and it is made in more than one sense: physically, socially, politically, morally and cosmologically”* (Beck, Klaeger, & Stasik, 2017)

A partir del estudio etnográfico sobre la construcción de dos importantes carreteras en el Perú, Penny Harvey y Hanna Knox (2015) enfatizan el complejo proceso de actualización y reconfiguración de las infraestructuras y la potente modificación de los contextos (ambientales y sociales) por los que atraviesa, poniendo en evidencia variedad de interacciones entre las comunidades asentadas a borde de carretera, el personal encargado de la formalización y la construcción en sí misma en tanto “expertos” y las políticas de toda escala que enmarcan y viabilizan los proyectos.

Estas relaciones físicas, políticas y sociales con las infraestructuras también han dado ocasión a trabajos que indagan en específicas dinámicas de opresión y segregación socioespacial, de imposición arbitraria, de desplazamientos y transformaciones socioculturales forzadas que son proyectadas sobre el terreno, orientadas a diversos intereses a través de las infraestructuras, dando lugar a una multifacética violencia infraestructural (O’Neill & Rodgers, 2012).

Otros trabajos profundizan más en el específico papel del Estado en la promoción y la proyección de las infraestructuras como parte de procesos de gobernanza y, en general, de administración de las ciudades (de los recursos y de las personas). A partir de determinadas

posiciones y disposiciones estatales en torno a las infraestructuras se desatan innumerables conflictos sociales y disputas políticas, y se hacen visibles mecanismos concretos de la política pública y la creación de exclusiones que derivan en otras formas de imbricación con las infraestructuras. (Anand, 2015), (Bakker, 2010), (Barry, 2013).

En un plano más general, la centralidad de las infraestructuras en el llamado *desarrollo moderno* (y más allá) es indiscutible. El análisis de tal relación se expresa en un amplio espectro sociohistórico y geográfico, como es comprensible. En particular, puede apreciarse cierta predominancia, como también es comprensible, en el análisis de lo que podrían llamarse procesos infraestructurales norte-sur, esto es, concreciones derivadas de la penetración del desarrollo propiamente occidental en la economía política del sur global. En este nivel, el análisis sobre las transformaciones de las infraestructuras devela momentos críticos y de grandes desafíos respecto del crecimiento urbano y la forma en que en muchos casos dichas transformaciones acentúan una brecha social ya de por sí enorme, dificultan el acceso a bienes y operan como mecanismos de desposesión o desterritorialización. Las infraestructuras, en tanto formaciones materiales, sociales, estéticas y políticas, conllevan transformaciones en las experiencias cotidianas y las expectativas hacia el futuro; “they have long promised modernity, development, progress, and freedom to people all over the world” (De Boeck, 2013, pág. 93). Pero las formas que adquieren las trayectorias políticas de las infraestructuras y de su promesa son polivalentes y están lejos de concretarse físicamente de forma estable e igualitaria formando, en el caso de países de economías emergentes, “precarious assemblies” que ponen en cuestión aquella promesa y aquel desarrollo en tanto idea y como forma física contradictoria (Anand, Gupta, & Hannah, 2018, pág. 3).

La antes mencionada invisibilidad de las infraestructuras, y la ruptura y la reparación constituyen un punto de partida de importantes aportaciones que profundizan sobre la falla como un proceso complejo en sí mismo, sobre sus efectos materiales y políticos y sobre sus posibles causas, en muchos casos también políticas. Stephen Graham (2010) reúne una

colección de aportaciones que analizan en profundidad, para casos de estudio concretos, qué sucede cuando el flujo continuo y normal, que consideramos incluso natural y hasta aburrido, de las cosas que sostienen en cierto equilibrio el metabolismo elemental de las ciudades: agua, residuos, energía, movilidad y comunicaciones básicamente, se enfrenta repentinamente a una interrupción o disrupción originada por grandes sucesos desde ataques militares a desastres naturales. La alteración del metabolismo urbano general deriva en el surgimiento de numerosas tácticas de emergencia, el despliegue en extenso de otras infraestructuras temporales y grandes sacudidas económicas y una reorganización política subsecuente. En muchos de estos casos, desde los que surgen como eventos coyunturales hasta los que se caracterizan por ser una especie de disrupción continuada y premeditada, subyace un componente político que perfila además profundas desigualdades infraestructurales y una marcada direccionalidad de los poderes que se ejercen a través de la manipulación política (estética, mediática y física) de las infraestructuras.

Un poco más allá, AbdouMaliq Simone (2004) muestra como en ciertos casos los actores no son solo receptores de instrumentos técnicos que al ponerse en uso darán forma a la red infraestructural y que eventualmente fallarán y tendrán que ser reparados o repuestos. Sino que precisamente por la ausencia de estos, por no hallarse ellos dentro del alcance de la democratización del acceso que prometen las infraestructuras que nunca llegan, los actores se ven en la necesidad de producirlas desde el inicio y desde la base. En innumerables ocasiones y prácticas de la vida diaria las infraestructuras se hallan naturalizadas al punto de invisibilizar la complejidad real de sus usos y consumos, pero en otros casos los actores mismos levantan desde los cimientos las infraestructuras y las producen por sus propios medios bien como estrategia adaptativa o bien como parte de un saber cultural determinado. Simone propone que las ruinas que deja el acelerado y potente proceso de urbanización en Johannesburgo constituyen en sí mismas una infraestructura social altamente urbanizada en la que los residentes de sectores de medios escasos despliegan sus operaciones económicas y culturales. Al extender la noción de infraestructura a las personas (“people as infrastructure”) observa cómo los sujetos de ciertas comunidades marginadas son agentes y vehículos de intersecciones incesantes, flexibles y provisionales,

informales y sin regulación alguna sobre las lógicas funcionales de la ciudad, de forma que son ellos mismos quienes agencian las relaciones entre objetos, personas, espacios y prácticas.

Como se ha visto anteriormente las relaciones de producción, gestión, recuperación o consumo de los residuos contienen una dimensión infraestructural fundamental. Amy Zhang (2019) propone una relación más estrecha y, de manera similar a Simone, sugiere pensar en el trabajo con los residuos como una infraestructura que se objetiva en los cuerpos mismos de los trabajadores sanitarios chinos, inmigrantes invisibilizados por las campañas y programas promovidos por el estado y por la participación ciudadana misma.

“Waste work reifies a social division between urban residents who are eager to enjoy the amenities of a green city and rural migrants who perform much of the work of sanitation maintenance. Where recycling campaigns aim to create a motivated and environmentally responsible urban citizenry, sustainable waste management is, in reality, reliant on the labour of sanitation workers who recuperate recyclables not for the sake of the environment but out of economic necessity” (Zhang, 2019).

La modernización en este caso y el crecimiento urbano en general en tanto proceso de expansión de las infraestructuras implica una incesante dinámica de acumulación, colección y descarte de formaciones sociales y prácticas laborales a todo nivel.

En este marco, el presente trabajo se propone iluminar algunas de las intersecciones que se ven obligados a establecer los chatarreros senegaleses de Barcelona con las infraestructuras del espacio público y de la gestión formal de los residuos y reflexionar sobre cómo a partir de estas relaciones laborales se ven coparticipes de una especie de propia ecología del reciclaje que funciona bajo sus reglas y en sus términos y concretan por sus propios modos y agencias una nueva infraestructura complementaria y simbiótica, pero políticamente determinada y socioeconómicamente marginada.

Por otra parte, referirse al caso de estudio como *chatarreros* denota un interés etnográfico sobre lo que constituye su actividad urbana primordial que es, a la vez, el mecanismo fundamental de subsistencia económica y la práctica elemental de diferenciación (desde

fuera) e identificación (desde dentro). Esto hace necesaria una aproximación al menos básica a algunos rudimentos en torno a la economía informal especialmente concentrada en reconocer los modos de aproximación tradicionales

4. Sobre la economía informal y el trabajo negro

La economía informal urbana no es, a todas luces, un tema nuevo. La envergadura del fenómeno ha dado ocasión a numerosos estudios sobre sus características, sus causas estructurales y sus principales consecuencias agregadas. Más en detalle, abundan también los trabajos concentrados en las formas que adquiere el trabajo humano dentro de este régimen de informalidad laboral que, como advierte el antropólogo británico Keith Hart, se encuentra indefectiblemente atado a los grandes circuitos económicos oficiales ya que se produce en los vacíos dejados por el sistema de producción y acumulación capitalista y por la protección y regulación estatal; así, la economía informal y, por descontado, el trabajo que crece en su seno, conforma no una burbuja aislada fuera de la estructura general sino más bien una zona marginal -invisibilizada- ubicada en los extremos de las cadenas económicas formales, e incluso solo una variación (designada como *irregular*) producto de la organización formal del trabajo y de las categorías de la teoría económica que pretenden explicarla:

“The formal/informal dualism can have at least three constructions. First, the informal may be the variable content of the form; thus street peddlers of cigarettes invisibly complete the chain linking large foreign firms to consumers. Second, it may be the negation of formal institutions, whether tax evasion, shop-floor resistance or the world traffic in drugs. Third, it may be the residue of what is formal, that is more or less independent of it, not predicated on it, simply other: much of the Third World’s countryside is so alien to the urban-based, state-made economy that it would be nonsensical to suggest a dialectical relationship between the two. If we are to restrict the definition of ‘informal economy’ at all, it seems reasonable to concentrate on the first two constructions – the relatively unspecified content of an economic form and subversion of such a form, its negation. The informal economy can then be taken to be an economic variant of the general theory of formal organizations.”⁵

⁵ Fragmento de paper publicado por el autor en la página web oficial del libro *The Memory Bank: Money in an unequal world* (2000). Consultado el mes de marzo de 2017 en: <http://thememorybank.co.uk/papers/informal-economy/>

El fenómeno del trabajo informal, usualmente precario y en muchas ocasiones marginal no para de crecer, y no solo en el tercer mundo; las condiciones específicas en las que se desarrolla florecen, mutan o se adaptan en virtud de los grandes cambios (y las crisis) económicos estructurales y de las particulares coyunturas administrativas y políticas.

En las grietas, las fisuras y los extremos de dichas estructuras la informalidad laboral perdura; dependiendo en extremo y, al tiempo, mantenida al margen de aquellas, que son su causa fundamental y que son a su vez resultado y cualidad intrínseca de un sistema económico mercantil que parece estar en una especie de fase de erosión final producto de sus propias contradicciones. No obstante, la economía informal se hace funcional al sistema económico general, de allí su sostenimiento estructural.

En su trabajo sobre las actividades económicas de la sección de bajos ingresos de la fuerza laboral de Accra, Ghana (1973), investigación fundamental respecto de las aportaciones que la antropología ha podido hacer a partir de allí a la comprensión del fenómeno de la economía informal, Hart demuestra no solo algunas de las relaciones entre los sectores formal e informal sino especialmente el hecho de que este último resulta funcional para la economía en general. En su opinión, las actividades económicas informales no constituyen un sector pasivo e improductivo, sino que poseen la capacidad para generar crecimiento, al menos, en los recursos de los pobres urbanos y, de allí, en la economía general agregada. Se trata de la existencia de diversas “income opportunities” disponibles en el escenario de la economía completa, como unidad total; dentro de las cuales las actividades terciarias de la economía informal representan una importante mayoría, por lo que ésta se desarrolla más rápido que otros sectores y sus actividades tienen el potencial para generar crecimiento en los recursos de los pobres urbanos.

Los Frafras, población migrante concentrada especialmente en el sur de Ghana y que, al menos en el momento del estudio de Hart, engrosaba las filas de un subproletariado mayoritario, no solo se han incorporado a una estructura económica preexistente, sino que han ayudado a constituir un sector fundamental en el establecimiento y la cualificación del

sistema económico presente, en el que las “oportunidades informales de ingresos” constituyen un pilar fundamental.

Ubaldo Martínez Veiga (1989), quien ha llevado a cabo buena parte de su trabajo etnográfico en torno al empleo informal, es decir, trabajo remunerado pero sin vínculo contractual, trabajo *negro* o *en negro*⁶ según la terminología común y coloquial usada en España, el desempleo, y la pobreza experimentados por poblaciones migrantes en territorio español⁷, presenta una breve pero sustancial revisión histórica sobre algunos de los diferentes enfoques en torno al concepto de economía informal a partir del trabajo de Hart y de su sugerente cuestionamiento en cuanto a las capacidades que dicho sector tiene para generar crecimiento económico.

Martínez señala la importancia de distinguir los diferentes criterios por los cuales se establece la distinción entre los sectores formal e informal. Apunta al trabajo de Hart que señala la distinción entre oportunidades formales e informales de obtención de recursos dentro de un solo sistema económico general, en el que la variable clave consiste en el “grado de racionalización del trabajo” (Martínez Veiga, 1989), es decir, en si el trabajo es, o no, reclutado sobre la base de una remuneración fija permanente y regular, lo que marca una especial atención sobre las características de los trabajos como criterio de distinción de los sectores.

De una forma claramente diferente a la propuesta por Hart, los investigadores de la ILO (International Labour Office) presentan en su informe a raíz de la misión a Kenia de la OIT (1972), una aproximación que insiste más en las características de las empresas y sus escalas

⁶ No es motivo aquí discurrir sobre el origen y los usos de la expresión, pero es importante llamar la atención sobre la forma en que se recurre metafóricamente a un asunto de clarísima distinción histórica. Aunque es posible pensar en que tal denominación pueda referirse también al trabajo forzado a oscuras en la edad media o a la idea del ocultamiento y lo oscuro, la también común expresión “trabajar como un negro” enfatiza aún más esta posible lectura.

⁷ Para un estudio sobre las características del mercado de trabajo y las condiciones de la mano de obra migrante en España véase: Martínez Veiga, U. (2004) *Trabajadores invisibles: Precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*. Madrid, Catarata. Y para una revisión sobre las relaciones entre las condiciones de trabajo y las particulares formas de racismo en la sociedad de acogida de los migrantes véase: Martínez Veiga U. (2011) *Inmigrantes africanos: racismo, desempleo y pobreza*. Barcelona, Icaria.

(las de sus operaciones y de sus inversiones en capital y trabajo) en las esferas formal e informal. De esta forma, este trabajo construye una diversificación de los dos sectores proponiendo una definición multidimensional pero claramente dualista que aún hoy persiste, de las características de cada uno, que los hace aparecer casi por completo independientes y que además resulta muy confusa a la hora de la operacionalización conceptual para estudiar el asunto sobre el terreno. No obstante, el trabajo hace importantes aportaciones al considerar un énfasis sobre lo que llaman los “trabajadores pobres” (OIT, 2013, pág. 8), enfrentando los límites de las definiciones del desempleo - aquellos que no ganan absolutamente nada- en un escenario en el que no existe mecanismo alguno (seguro de desempleo) para paliar dicha situación. De esta forma, todos se ven abocados a ganar algo, así sea poco y de forma casual; lo que conlleva a considerar el papel que dichos trabajadores tienen dentro de la economía y la sociedad en general.

Otros trabajos, como los de Mazumdar (1975) dentro de las investigaciones promovidas por el Banco Mundial, Weeks (1975) y más tarde Portes (1983) han subrayado el papel que juega el Estado y su grado de implicación, como agente regulador y como ente administrador, en cada uno de los sectores y la importancia que dicha participación tiene para aclarar su distinción y sus proximidades tanto a nivel conceptual como en el plano de la realidad objetiva. Aunque con algunas diferencias, los autores coinciden en permitir reflexionar sobre la *protección* y la *regulación* estatal como variable fundamental que determina en definitiva lo que Portes llama unas particulares “relaciones de producción dentro de cada tipo de unidad económica” (Portes, 1983). La distinción aquí radica fundamentalmente en que el empleo dentro del sector formal se encuentra de cierto modo protegido, mientras que el trabajo dentro del sector informal no lo está, bien por la falta de *reconocimiento* por parte del Estado, o bien por verse al margen de la *regulación* establecida por este.

Si bien es claro que las actividades dentro del sector informal se encuentran en clara situación de desprotección, es importante distinguir, como lo sugieren Linn (1983) y Bromley (1979) en su estudio sobre los vendedores ambulantes de Cali, la *protección* de la

regulación; ya que la existencia de esta última no asegura la primera y, de hecho, suele tener efectos puramente negativos sobre las actividades informales y sus trabajadores, estableciendo en realidad un escenario regulado de forma restrictiva (y mantenido así, en ocasiones, por la vía represiva) en el que se vuelve muy difícil entrar y dentro del cual las oportunidades económicas tienden a decrecer y las posibilidades de agencia en su interior son cada vez más estrechas como efecto directo de las medidas impuestas.

Esto conlleva a considerar también la intrínseca tendencia estatal hacia la formalización total que se encuentra de frente con las propias lógicas de un mercado liberal que obliga a la desregulación y con el auge de las economías informales presionado por la precariedad creciente y la pobreza persistente.

Además de las precisiones sobre los criterios usados para distinguir y caracterizar los sectores formal e informal de la economía y el trabajo, es importante reconocer algunos de los principales *tipos* dentro de las diferentes actividades que conforman el sector informal específicamente y que, a su vez, dan origen a una amplia variedad de formas de denominación.

Per Jensen, Birgit Pfau-Effinger y Lluís Flaquer (2009) señalan la identificación histórica progresiva de diferentes modalidades de trabajo informal a partir de los hallazgos y los énfasis propuestos en su momento por diferentes investigadores y corrientes.

Así, recuerdan acertadamente que en la década de 1970, cuando apenas bullía la discusión sobre el concepto y se incorporaba sistemática pero lentamente en los proyectos académicos, las investigaciones feministas denotaron la importancia del *trabajo doméstico* -en particular el cuidado de ancianos y niños- en la reproducción social y en la forma desigual de la estructuración del mercado de trabajo, señalando la clara situación de desventaja de las mujeres en lo que respecta a las oportunidades laborales y su confinamiento a las actividades domésticas, a todas luces informales -desprotegidas y sin regulación- por la falta de reconocimiento de su importancia funcional y productiva. En muchas investigaciones posteriores y recientes el potencial productivo agregado del

cuidado familiar y otras labores domésticas ha sido repetidamente enfatizado y reivindicado.

En la década de 1980 un visible énfasis fue puesto sobre otras formas de trabajo informal que brindaban incluso la posibilidad de mirar hacia el surgimiento y desarrollo de dinámicas alternativas de economía de intercambio más allá de la economía capitalista de mercado, bien porque estas escaparan a sus lógicas gracias a su propia naturaleza o bien porque brotaran fruto de la relegación que experimentan ciertas poblaciones con respecto de dicho mercado. De esta forma, el *trabajo voluntario* y las “nuevas” formas del *trabajo de subsistencia* se integraron al análisis del sector informal urbano. Incluso, ya en la década de 1990, la promoción estatal del trabajo voluntario fue vista como una posible solución parcial a la crisis del mercado laboral de las sociedades europeas occidentales.

Otra de las formas mayoritarias, por decirlo así, de trabajo informal es la constituida por las innumerables variaciones del *trabajo no declarado* o *empleo informal*, es decir, trabajo remunerado basado en el mercado, pero en el que las relaciones laborales se establecen al margen de la regulación laboral y fiscal. Esta forma del trabajo informal ha sido más recientemente estudiada y ha ocasionado diversas intervenciones estatales. En las discusiones académicas y políticas, su desarrollo ha sido relacionado fundamentalmente con los crecientes problemas de la marginación socioeconómica, la desintegración social, el deterioro de los lazos de seguridad social, el repliegue de la asistencia y la protección estatal dado el desmantelamiento del Estado de bienestar, y las evidentes pérdidas en materia de recaudación de impuestos.

Por su parte Enric Sanchis y José Miñana (1988) consideran apropiado el uso del concepto de *la otra economía* para referirse al sector informal en general haciendo hincapié, al mismo tiempo, en la organización propia y el papel productivo de este y en las relaciones de interdependencia que mantienen con el sector formal:

“hay tantas formas de otra economía como formas de economía convencional, y ambas se encuentran ligadas hasta tal punto que éstas ya no son concebibles sin aquéllas. En consecuencia, formas de otra economía encontramos por doquier, y no pueden ser analizadas sin tener en cuenta sus íntimas vinculaciones con las formas de economía convencional en que se insertan” (Sanchis & Miñana, 1988, pág. 9).

Aunque la idea de una economía *convencional* y otra que no lo es, cuyas actividades se insertan en la primera, es cuestionable, la idea de *otra economía* ha coincidido con visible antelación a la sustitución del término *sector informal* por el de *economía informal* en las formulaciones de la OIT y los proyectos que impulsa desde 2002 (OIT, 2013), lo que claramente intenta evitar una visión compartimentada en sectores independientes de la economía en general y sugiere la necesaria ampliación analítica sobre el alcance, las dimensiones y la diversidad del fenómeno.

Partiendo de la base de la existencia de un extenso número de denominaciones en torno a esta *otra economía* y que, en gran medida, dependen de las vías, los métodos y los casos a través de los cuales se accede al análisis del fenómeno, los autores enfatizan que en lo que respecta a las relaciones con la fuerza de trabajo que se ocupa en este tipo de actividades se puede usar pertinentemente la idea de *trabajo negro*, usada ampliamente y en diferentes geografías e idiomas. Dentro de este trabajo negro propio de la otra economía se distinguen pues cuatro grandes grupos: 1. Actividades ilícitas e ilegales ante la ley (prostitución, tráficos, contrabando); 2. Actividades regulares dentro de la economía formal pero realizadas eludiendo la normativa laboral o fiscal (empleo informal o no declarado); 3. Actividades no registradas en las mediciones estadísticas oficiales (por defecto de la medición o por su propia naturaleza); y 4. Actividades que se han mantenido desde su origen fuera de la observación macroeconómica (intercambio de servicios profesionales, trabajo voluntario, producción de bienes para el autoconsumo, trabajo doméstico).

Con el más que evidente crecimiento histórico del fenómeno desde la década de 1970 y la multiplicación de su diversificación tanto en países de economías desarrolladas como en países en vías de desarrollo, se asistió a un continuo debate sobre sus causas y sus cualidades específicas principalmente, que iba registrando progresivamente diferentes formas de comprender ciertas porciones o características de dicha economía. Estas aproximaciones han dado origen a lo que se denomina *corrientes* o *escuelas* en torno al fenómeno que, a pesar de sus evidentes diferencias conceptuales y metodológicas, señalan,

por ello mismo, un principio de complementariedad analítica fundamental enraizado en la verdadera complejidad y magnitud de la economía informal global y de las formas específicas que adquiere en contextos determinados.

Martha Chen (2012) presenta una clara diferenciación de estas tendencias en la aproximación al estudio de la economía y el trabajo informal.

Así, una escuela *dualista* argumenta que el sector informal está compuesto por actividades marginales, diferentes e independientes respecto del sector formal, desarrolladas en un mercado de trabajo segmentado, y que proporcionan vías de ingresos para las poblaciones más pobres. Según esta corriente, las causas fundamentales del auge de la economía informal se encuentran en el desequilibrio entre el crecimiento de la población obrera y la tasa de empleo en la industria moderna, así como en un desfase entre las condiciones formativas de las personas y la estructura de oportunidades económicas.

Los *estructuralistas*, por su parte, comprenden que el sector formal y el informal se encuentran íntimamente relacionados, y conciben tanto a las empresas como a los empleados informales como elementos funcionales a los intereses del desarrollo capitalista ya que brindan bienes y servicios a muy bajo costo. Señalan además la importancia de la regulación estatal en materia de empleo y mercado.

Por otro lado, los *legalistas* centran su atención en las relaciones con el marco normativo y regulatorio. Según esta corriente la economía informal está conformada por microempresarios y trabajadores que, por diferentes motivos, deben evadir los costos, el tiempo y el esfuerzo del registro formal. Algunos argumentan además que la creación de un propio escenario extrajudicial y normativamente informal obedece en parte a las dificultades de operar en un sistema oficial hostil que es creado y transformado, según intereses particulares, por la asociación entre las empresas formales con sus intereses mercantiles y el soporte del Estado.

Finalmente, la corriente *voluntarista* también señala enfáticamente la deliberada evasión de impuestos y regulaciones por parte de las iniciativas informales, pero no culpan de ello al propio marco normativo y su carácter restrictivo y excluyente, sino que se concentra en

indicar que los negocios informales operan después de considerar estratégicamente las diferentes relaciones costo-beneficio de ambas modalidades. Esto los lleva a considerar la informalidad como un problema de competencia desleal que debería ser regulada (acaso extirpada) por el Estado.

Existe un cuerpo más en términos de corriente analítica frente a la economía informal pero que corre en cierta medida de manera independiente dadas las particulares características de las cuestiones de su interés. Se trata de los *ilegalistas*, que se aproximan a ciertas formas de economía informal como sector *ilegal y/o clandestino*. En el primero de los casos se refiere a actividades de producción prohibidas por la ley o llevadas a cabo por productores no autorizados; en el segundo señala actividades que podrían llevarse a cabo de forma legal bajo la regulación correspondiente pero que son ocultadas deliberadamente de las autoridades.

El estudio de los temas relacionados con el sector informal y la economía sumergida en España presenta un ligero desfase respecto de la producción científica internacional en general, muy a pesar de ser uno de los países del continente que ha experimentado las mayores y más profundas crisis económicas y políticas que han dado lugar a su consolidación. Sin embargo, como lo señalan Sanchis y Miñana (1988), a partir de la década de 1980 se ha sucedido un importante aumento de los estudios sobre el sector en España que pueden clasificarse en cuatro grandes grupos: 1. Los estudios de orden cuantitativo que heredan de la tradición anglosajona el interés por elaborar características agregadas que permitan a su vez perfilar en cierta medida la envergadura del asunto principalmente en términos de bienes, empleos e ingresos; 2. La aproximación fiscal, concentrada especialmente en evaluar los impactos de la evasión y el fraude fiscales y que tiende a orientar de cierta manera propuestas de orden político en torno a la regulación y el control de los mercados en beneficio de los intereses neoliberales; 3. Las investigaciones cualitativas que reclaman una tradición sociológica y antropológica de indagación empírica en la base y que, a partir de allí, encuentra las evidencias necesarias para comprender ciertas condiciones sociohistóricas determinadas; y 4. Los intereses fundamentalmente

teóricos que modelan aspectos visibles, característicos y destacables del sector sumergido pero que lamentablemente tiende por ello a fragmentar la complejidad relacional del fenómeno.

Posteriormente las aportaciones de otros autores como Martínez Veiga (1995) - (2004), Ruesga Benito (1997), Téllez Infantes y Martínez Guirao (2009) entre otros, proporcionan elementos descriptivos provenientes de análisis mucho más directos, sobre casos específicos. En ellos es posible encontrar un marcado interés por la comprensión del fenómeno de la economía informal y el trabajo precario en medio y ante un contexto de profunda crisis económica, así como una especial y recurrente presencia de las cuestiones de la migración, el trabajo doméstico y la perspectiva de género que caracterizan buena parte de las condiciones mayoritarias del trabajo negro en España.

Según Lluís Flaquer y Anna Escobedo (2009), poniendo el acento sobre la solidaridad familiar, la inmigración femenina y las transformaciones de los derechos sociales, sugieren que España es un caso muy especial que ilustra las cambiantes fronteras entre el trabajo formal y el informal. Según los autores, dichas fronteras fluctúan y se traspasan en función de los desafíos que proyecta sobre las personas un sistema económico aún muy frágil y cambiante, del desarrollo de nuevas estructuras y mecanismos políticos y legales (con sus arreglos regionales), y de la evolución de ciertas tensiones sociales como la inmigración y el desempleo.

Keith Hart (2009) explora la dialéctica formal-informal en las grandes transformaciones económicas y los discursos dominantes sobre el desarrollo durante las cuatro últimas décadas que comprenden desde la acelerada expansión del fenómeno y su estudio a principios de los años 70 hasta el estallido y los efectos de la gran crisis económica global de la década del 2000. Llama la atención sobre como esa oscilación entre estado y mercado implica transformaciones en los modos en que se distribuye y se regula el trabajo y sobre el

hecho de que la “globalización neoliberal” ha inducido a una enorme extensión y diversificación de las economías informales.

“[...] in the twentieth century capitalism took the specific form of being organized through the nation-state. ‘National capitalism’ was the attempt to manage markets and money through central bureaucracy. Its antithesis is the ‘informal economy’. Beginning as a way of conceptualizing the unregulated activities of the marginal poor in Third World cities, ‘the informal sector’ became recognized as a universal feature of the modern economy. Independence from the state’s rules unites practices as diverse as home improvement, street trade, squatter settlements, open source software, the illegal drugs traffic, political corruption and offshore banking. The issue of ‘informal economy’ is thus intimately tied up with the question of how long national capitalism can continue as the world’s dominant economic form” (Hart, 2009, pág. 14).

El trabajo de revisión histórico-política de Hart incita además a una necesaria adaptación de los conceptos y modelos de estudio a esquemas de aproximación más flexibles que permitan por un lado eludir la explicación dualista (diferente de las lógicas dialécticas que en parte caracterizan el fenómeno), así como las restringidas calificaciones abstractas y que permitan, por otro lado, dar cuenta de lo que está constituida la informalidad y no solo de lo que no es. Sobre casos concretos, esto implica una forma de aproximación que pueda adaptarse a las sutiles y constantes variaciones y a la forma en como la economía informal se construye desde el terreno, en la experiencia real de los trabajadores.

De una forma que realiza la aproximación etnográfica directa y próxima sobre las vidas reales de sujetos reales, sobre las formas específicas en que los trabajadores agencian sus vidas económicas, Susana Narotzky y Niko Besnier (2020) invitan a repensar la naturaleza de la vida económica desde las relaciones y producciones cotidianas de la “gente común [...] las clases medias-bajas y los trabajadores pobres”. Estos incluyen ahora, como no puede ser de otra manera, aquellos que usualmente han estado en la base de la organización socioeconómica y los que recientemente se vienen uniendo, personas que antes podían resolver relativamente bien sus necesidades y que hasta hace no mucho conservaban serias “expectativas de movilidad ascendente” que van resultando, de generación en generación, cada vez más improbables (Narotzky & Besnier, 2020, pág. 37). A partir del estudio de

numerosas aproximaciones antropológicas sobre las diversas formas en que esta gente común *se gana la vida* y sobre el significado que otorgan a la idea de “una vida que vale la pena vivir” (pág. 26), Narotzky y Besnier exploran las variadas formas mediante las que agencian sus necesidades inmediatas, persiguen ese ideal y se enfrentan paralelamente a momentos de crisis e incertidumbre, dan cuenta comparativa sobre cómo se construye la consideración de algo como *valioso* a partir de varios casos etnográficos, y reflexionan sobre la vida económica como un proceso cotidiano de reproducción social mediante el que las personas intentan pensar hacia el futuro. La persistencia y la expansión de las crisis económicas y de la pobreza sobre ciertas porciones de la población, cada vez más numerosas, no solo hace que se muten y se diversifiquen las formas de empleo y trabajo asalariado sino también que se generen complejos modos, redes, interacciones, “estructuras de aprovisionamiento” (pág. 23) variadas, específicas y circunscritas socioculturalmente, agenciadas desde la base por los actores mismos, formas de hacer social y económico cotidiano que están fuera del alcance de los modelos abstractos y que exigen atención a sus particulares texturas.

Desde este pertinente y sugerente posicionamiento, a partir del caso de los miembros de una cooperativa de trabajadores de la “economía popular” en Argentina, María Inés Fernández (2018) muestra como del enfrentamiento sostenido de las condiciones derivadas de la precariedad surge el desarrollo de prácticas creativas que fracturan, diluyen o se superponen a las fronteras entre lo formal y lo informal. La precariedad misma impulsa la organización y la creación de mecanismos propios de agencia que vinculan subjetividades históricas sobre el trabajo y la proyección futura en torno al mejoramiento de las condiciones a través de la participación bajo sus propios términos.

Esta perspectiva es de central importancia en términos de posicionamiento metodológico y táctica analítica para este trabajo pues invita a estudiar la naturaleza concreta de la vida económica de grupos específicos, en este caso uno considerado excluido o marginado, y a indagar sobre sus modos propios y los ajustes en dichos marcos restringidos en tantas

ocasiones ajenas, sobre las estrategias surgidas de la situación marginal para enfrentar las restricciones socioespaciales y hacerse a un lugar.

Este proyecto pretende en un primer nivel hacer un aporte a la documentación existente desde la antropología sobre las formas que adquiere el trabajo informal callejero en Barcelona en torno al que ya pueden encontrarse importantes aproximaciones a partir de diferentes casos y con motivo de muy diversos objetivos reflexivos: sobre los recolectores senegaleses y su tensa localización en la esfera del trabajo frente a un modelo hegemónico (Porras, 2015), sobre vendedores ambulantes – manteros subsaharianos –, su forma de organización en destino y su pertenencia a cofradías religiosas (Contijoch & Espinosa, 2018), y sobre los conflictos entre el cuerpo sexuado como forma laboral y el espacio urbano físico e ideológico (Motterle, 2018).

En concreto, a partir de un interés centrado principalmente sobre las relaciones espaciales, objetuales y materiales, se pretende comprender como está compuesta y organizada esta forma de trabajo informal (no reconocido), marginal (en el margen de la organización social) y de subsistencia. En este escenario, que bien puede ser considerado el más marginal en la organización socioeconómica urbana visible de Barcelona, el extremo grado de privación material y las restricciones en términos de acceso a bienes y servicios condicionan drásticamente la experiencia de la vida económica constriñendo a un reducido margen de localizaciones y posibilidades el campo de la agencia personal y colectiva y la posibilidad de toma de decisiones. Sin embargo, sus propias concepciones del trabajo, el enfrentamiento cotidiano de la precariedad y una indudable capacidad adaptativa, los chatarreros senegaleses logran desarrollar su propio modo laboral distinguido (y distintivo) en el que desarrollan un alto grado de experticia y que se ordena en función de sus propias lecturas del entorno y a través de sus propias reglas. Además, el *trabajo por la subsistencia* en torno a la recuperación de residuos da origen a muchos otros mecanismos alternos para el sostenimiento de su vida. Por otra parte, el seguimiento a la específica práctica informal de la recuperación de residuos metálicos permitirá iluminar algunas de las intersecciones con

los sistemas oficiales y los difusos límites entre formalidad e informalidad que se manifiestan en este flujo alternativo (disruptivo respecto del orden formal) de los residuos, sus formas de interdependencia con los circuitos económicos agregados y regulados, la forma en cómo a partir de dicha práctica se crea cierta colectividad fundamental por un lado y unos circuitos mercantiles complejos alternos pero complementarios, funcionales y productivos de otra parte, y unas dinámicas de intercambio fuertemente jerarquizadas, basadas en la explotación y una elemental pero radical abstracción del trabajo en las que se crea el valor marginal de la basura-mercancía extraída, transformada y vuelta a introducir irregularmente.

II

SOBRE EL MÉTODO Y EL CAMPO

Para procurar una aproximación que permita la consecución de los objetivos planteados se ha llevado a cabo un trabajo de campo etnográfico directo y participativo con un colectivo específico de chatarreros senegaleses que viven y trabajan fundamentalmente en el distrito de Sant Martí. Sin duda, este particular colectivo puede considerarse como un *caso de estudio* por cuanto es posible hacer aportaciones reflexivas a los relativamente amplios campos de estudio detallados anteriormente, a partir del abordaje empírico de algunos de los procesos y relaciones que componen sus modos cotidianos de vida. No obstante, como se verá, este colectivo en concreto comporta unas particularidades muy específicas que también señalan un proceso único y claramente circunscrito que, a su vez, permite seguir en parte unas de las trayectorias y alumbrar algunas de las condiciones de vida de unos hombres muy concretos con una experiencia muy singular dentro de un gran flujo migratorio y un amplio régimen económico-laboral informal.

Es probable que la honestidad (en este caso la reflexividad) que procuro mantener sobre mis opiniones, mi experiencia, mis interpretaciones y el real curso que ha seguido el trabajo de campo en esta investigación, no se adapte con precisión o no llene a cabalidad las expectativas más académicas -disciplinares- sobre el asunto. Así como tampoco, lo que fue posible hacer (esto es: a lo que tuve acceso y en lo que pude participar), resultaron hechos concordantes con lo propuesto inicialmente precisamente desde el ámbito académico. Y es que por lo general la realidad desborda, bien por exceso o bien por defecto, las pretensiones ordenadas del rigor intelectual que, no obstante, a posteriori, permiten producir cierto orden en aras de la inteligibilidad.

En todo caso, como se detallará a continuación, ha sido posible una aproximación etnográfica al objeto de estudio marcada fundamentalmente por una forma de observación-participación que me ha llevado a incorporarme en la vida cotidiana de la *Sunu Village*, la que sucede allí y la que surge de allí hacia el exterior, un pequeño enclave de

pobreza en el carrer Dos de Maig, 188, justo en el límite (frontera, borde, margen) de la Plaça de Les Glòries Catalanes y que he podido visitar desde finales de 2015 y hasta finales de 2018. Allí se localizó y se centralizó buena parte del trabajo metodológico en el que he podido asistir a múltiples relaciones e interacciones cotidianas en especial relacionadas con la recuperación de residuos, aunque también con algunas dimensiones de la vida social que tejen quienes allí coexisten. Pero, además, la etnografía claramente fija y localizada allí, también adquiriría un carácter móvil por cuanto me fue posible partir desde este lugar para seguir los diferentes cursos que adquiere esta forma de trabajo hacia la calle en el recorrido de recolección y en las dinámicas del intercambio.

Entre los años 2015 y 2016 se produce el *acceso inicial* al campo en el sentido de una primera fase de aproximación que permite, además de ir adquiriendo información fundamental sobre lo que sucede en el espacio compartido, por un lado, aclarar las específicas áreas de interés etnográfico en tanto asuntos concretos que componen la cotidianidad del grupo y del chatarrero precisando en parte sus localizaciones espaciotemporales, sus variaciones y su lugar dentro de las relaciones colectivas y, por otra parte, fortalecer determinadas relaciones con interlocutores específicos, afianzar la paulatina incorporación – participación – en la cotidianidad del colectivo y, con ello, depurar las técnicas de aproximación y las tácticas analíticas en la medida y en la forma en la que el mismo campo lo fuera perfilando o demandado según sus propias lógicas, en virtud de sus propios ritmos. Este acceso fue un proceso condicionado y, hasta cierto punto, orientado por las particulares condiciones de un colectivo en franca reducción y desactivación, por lo que era metodológicamente muy importante no ejercer presiones desde la investigación y reconocer que tomaría un importante tiempo *acceder* y, aún más, ganarme su confianza.

Específicamente el trabajo de campo orientado a las relaciones propuestas en esta investigación en concreto se ha desarrollado más directa e intensivamente entre septiembre de 2016 y septiembre de 2018 en lo que respecta a la concentración e incorporación cotidiana dentro de la *Sunu Village* y al seguimiento de los recorridos e

interacciones que parten desde allí, que se llevan a cabo a través de sus relaciones con el espacio público urbano y que retornan posteriormente de vuelta al lugar colectivo. A finales de ese último año, el colectivo sufre el tercer y definitivo desalojo (desahucio) del lugar; esto implicó un repentino e importante distanciamiento empírico que, no obstante, no limitó las posibilidades de un análisis circunscrito a las relaciones de interés y que, gracias al sostenimiento de ciertas relaciones y cercanías no impidió sostener la fase final del trabajo de campo de forma que fue también posible hacer visibles algunos elementos propios de la disgregación colectiva y la dispersión geográfica que producen este tipo de enfrentamiento con las instituciones.

A finales de 2019 fueron cerradas formalmente las operaciones centrales del trabajo de campo, aunque algunos contactos que se lograron sostener permitieron sostener relaciones, aunque pocas, durante la reconfiguración y el repliegue de pequeños grupos en dos lugares en concreto, en donde se llevaron a cabo actividades metodológicas complementarias muy concretas que se estimaron necesarias en la medida en que la sistematización, el análisis de la información lo requiriera. Este último proceso ha tenido lugar, junto con la escritura de este documento final, durante los años 2020 y 2021.

1. Contexto etnográfico

La llegada al territorio español de este grupo de *chattarreros senegaleses* (cuando aún no lo eran) hace parte de la masiva intensificación de la inmigración de comunitarios y extracomunitarios que vivió el país desde finales de la década de 1990 y especialmente a partir del año 2000, año en el que la legislación concede los derechos del Estado de Bienestar a partir de la inscripción padronal (que no requiere acreditar la regularidad de la ciudadanía en términos de residencia) y en el que se comienzan a ejecutar procesos extraordinarios de regularización. Es un momento, además, coincidente con una intensa tercera gran oleada migratoria desde el Senegal hacia territorio español y la *franja mediterránea*.

En términos generales, en España la inmigración experimentó un proceso de expansión relativamente estable y, aunque las proveniencias mayoritarias fueron cambiando, las características generales de los recién llegados no lo hicieron mucho: con independencia de su proveniencia, estos flujos se han feminizado ostensiblemente, están compuestos por personas en edad laboralmente activa (entre 20 y 49 años) y cuentan con una muy escasa formación con relación al mercado de trabajo en el contexto de acogida. Además, su principal motivación gira en torno a las oportunidades laborales y a las expectativas de mejoramiento de las condiciones económicas.

[...] la población nacida en el extranjero supone a principios de 2009 más del 13% de la población residente en España [...] De igual forma muestran los flujos migratorios de entrada a España lo que parece ser una gran capacidad de reacción ante los cambios en la situación normativa, puesto que no sólo coinciden los períodos de cambios legislativos con incrementos puntuales de los flujos, sino que además esos flujos se mantienen considerablemente en el tiempo (Miyar Busto & Garrido Medina, 2010, pág. 22).

La inmigración de subsaharianos concretamente, en términos agregados, solo ha tendido al alza desde el año 2000, año en el que se contabilizaban poco más de cuarenta mil en toda España aumentando en más de siete veces para el año 2014 (Saceda Montesinos, 2016), muy a pesar de lo que podría sugerir la gran crisis económica que detonó en 2008, que a pesar de la fuerte constricción que generó sobre el mercado laboral no logró desincentivar la migración. De hecho, por estos mismos años de gran flujo migratorio se produjo una fuerte radicalización del fenómeno de la migración ilegal particularmente desde el Senegal que alcanzó sus mayores cuotas en el año 2006 y a la que se denominó “*fenómeno de los cayucos*” (Jabardo, 2011, pág. 96).

Sencillamente no hay a donde ir; las condiciones que han motivado históricamente la emigración sostenida de millones de personas del continente africano poco o nada han cambiado: “*El continente padece un enriquecimiento sin desarrollo que ni los gobiernos autóctonos, ni las clases dirigentes que conforman las élites políticas, ni las organizaciones internacionales han sabido o querido solventar*” (García Fernández, 2006/2007, pág. 89).

Este proyecto de investigación se concentra en el caso de los chatarreros senegaleses de Barcelona y, en concreto, en un grupo de ellos que conviven diariamente en un predio que ocupan en el sector de Les Glòries con fines principalmente laborales y al que he denominado *Sunu Village*, tomando a préstamo la propia expresión de la comunidad.

Denominamos comúnmente *chatarreros* a un conjunto de individuos (aún está por verse si conforman una colectividad determinada) identificables dados algunos aspectos que pueden discernirse de una observación preliminar: su visibilidad en el espacio público, la ejecución de una práctica de trabajo informal en dicho espacio que da origen a su denominación y que consiste en la recuperación irregular (no sistemática ni organizada, además de informal) de residuos metálicos urbanos, su evidente condición marginal respecto de la estructura general de la organización socioeconómica, y una suerte de naturalización que parece tolerarlos silenciosamente que se mezcla con una clara falta de reconocimiento que refuerza la marginación por obra del abandono y la invisibilización.

La imagen común más clara de los chatarreros que aquí interesan es la de aquellos grandes hombres africanos que ejecutan el oficio de la recolección de residuos metálicos en la calle, en medio de un incesante movimiento inherente a dicha “táctica” de subsistencia. Haciendo uso de un carrito de supermercado, recogen chatarra y todo tipo de residuo metálico del andén o de algún rincón en algún barrio, de obras de demolición o remodelación, de almacenes o pequeñas factorías, y principalmente de los contenedores que hacen parte de la infraestructura oficial de gestión de residuos y en donde algún particular la ha dispuesto como *basura*.

Los chatarreros informales senegaleses se han insertado en el gran sector de la recuperación de residuos urbanos y, en particular, en el nivel inferior de lo que el Gremi de Recuperació de Residuos de Catalunya denomina *recuperadores particulares*. Sus actividades incluyen la identificación, la recolección, la clasificación, la limpieza y la venta de los residuos obtenidos principalmente de la vía pública, a través de donaciones de comercios y empresas, y producto de la generación de residuos domésticos propios. De esta

forma, este tipo de recuperador informal genera recursos económicos extrayendo los residuos sin clasificar, aunque relativamente ordenados por la infraestructura para la disposición, del circuito agregado del descarte e introduciéndolos, mediante sus acciones de transformación e intercambio, en el del reciclaje.

Hacia mediados del año 2012 en Barcelona, una gran cantidad de chatarreros senegaleses fueron objeto de una serie de sonados desalojos concentrados principalmente en el Poblenou y en Sant Adrià del Besos, donde ocupaban naves industriales que les servían de centros de limpieza y acopio, así como de lugar de vivienda. El resultado de una no muy larga pugna con el gobierno local de la época (Xavier Trias, demócrata neoliberal alcalde de Barcelona durante 2011-2015) fue su expulsión de las naves ocupadas y la desactivación de su intento de organización.

Aquí es importante indicar, como aclaración sobre las condiciones del trabajo empírico de campo, que al momento en el que doy comienzo a mi aproximación el colectivo se encuentra en una etapa en la que apenas logran recuperar cierta centralización espacial fundamental a la subsistencia económica asiéndose a un lugar igualmente marginal; el fracasado intento de organización y la consecuente dispersión geográfica detonada por el desalojo (y la numerosa repetición de estos) producen un marcado desgaste y los ha conducido a una especie de repliegue, a una actitud fuertemente renuente ante iniciativas exteriores interesadas en ellos y a adoptar una suerte de invisibilidad que encuentran coyunturalmente funcional, lo que dificultó el acceso inicial al campo y, a la postre, condicionó ostensiblemente la forma que adquirieron los procedimientos sobre el terreno.

Por otra parte, el ámbito geográfico de la investigación está delimitado, como ya parece obvio, a la ciudad de Barcelona, y el trabajo de campo estará orientado en torno a relaciones presentes en términos temporales. Sin embargo, es importante reconocer que una revisión histórica sobre algunas condiciones relacionadas con las trayectorias de estos hombres, así como con la construcción de ciertas expectativas y visiones de futuro serán, en su momento, relevantes.

De esta forma, el ámbito de la investigación sugiere que la aproximación empírica debe trabajar en el “presente etnográfico”. Es decir, un tiempo presente continuo que pretende reunir también acontecimientos pasados e ideas sobre el futuro en una operación de síntesis temporal; “[...] el valor de la síntesis radica en la fuerza del análisis del presente observable” (Douglas & Isherwood, 1990, pág. 38).

Es claro, para terminar esta delimitación, que el propio caso de estudio sugiere, a partir de sus intrincadas relaciones con el marco social en el que se desenvuelve, incluir en el ámbito de la investigación otras instancias que bien se encuentran relacionadas de forma que condicionan la particular experiencia y las condiciones específicas del caso o bien permiten complementar analíticamente la complejidad del fenómeno de la recuperación informal de residuos. En este particular se estimó que dichas instancias estarán contenidas en: 1. Las instituciones oficiales que organizan y operan la recolección y la disposición final de los residuos, 2. El marco normativo y legislativo en torno al trabajo, al uso del espacio urbano y a los residuos urbanos, y 3. Los circuitos económico-productivos de la chatarra y los electrodomésticos en los que se insertan los chatarreros y que están compuestos por diferentes organismos y empresas (públicas, privadas y mixtas) estructuradas de forma jerárquica y que expresan de cierto modo la magnitud del sector y concretan las interacciones específicas de los chatarreros con la dimensión formal.

El posicionamiento aquí promueve que esta particular antropología surja de la experiencia real y cotidiana de sujetos y comunidades singulares -marginadas en este caso- en contextos determinados -en principio extraños a estas-, así como de las relaciones que surgen entre estos y los marcos sociales en los que se desenvuelven, que los condicionan y que, al tiempo, ayudan a conformar. De esta forma, se propuso un modelo de incorporación al campo que condujo, gracias en parte al condicionamiento producido por los interlocutores mismos, a una aproximación adaptativa que permitió que la participación se diera bajo los términos propios de la realidad estudiada.

2. El caso, los interlocutores y los lugares

El específico colectivo que será caso de estudio en este trabajo, sin con ello pretender reducir su compleja humanidad, y los sujetos particulares que lo componen serán objeto de detalle a lo largo de la etnografía misma, en especial en el siguiente capítulo dedicado a su conformación y trayectoria. Sin embargo, es necesario delimitarlo en síntesis y precisar algunas de sus cualidades particulares generales e indicar la forma en que serán referenciados en el presente texto.

Se trata entonces de un colectivo de hombres senegaleses que arribaron a territorio español entre los años 2000 y 2010 como parte de la tercera gran oleada migratoria de este flujo sur-norte en concreto, muchos de ellos -las figuras centrales y de mayor jerarquía dentro del colectivo- llegados entre 2004 y 2008 por lo que hacen parte, dentro de esta gran oleada, del fenómeno concreto de la *crisis de los cayucos* que señalaba la reactivación masiva de la peligrosa ruta directa Senegal – Canarias en ese tipo de embarcación y que alcanzó cuotas dramáticas (y mediáticas) en el primer semestre de 2006.

Ya en destino han experimentado una considerablemente larga trayectoria que ha comenzado con un duro proceso individualizado desde la movilidad geográfica misma y el abandono institucional después de superadas las restricciones del tránsito y acceso a territorio español. Posteriormente, en Barcelona, que siempre ha estado en su mira como destino final, han conformado agrupaciones numerosas motivados fundamentalmente por las críticas necesidades de la supervivencia económica y por el establecimiento de ciertos lazos entre pares que permitan una mínima vinculación como colectivo cultural.

El colectivo ha experimentado unas tensas y conflictivas relaciones con las instituciones y la legalidad por sus modos de habitabilidad masiva ocupando ilegalmente grandes naves industriales en desuso y por sus formas laborales específicas que chocan con una absoluta inviabilidad en términos de reconocimiento y formalización.

De esta forma, un visible intento de organización y manifestación derivó en una potente desactivación política y en un progresivo proceso de disgregación del colectivo, de dispersión geográfica y de acumulativo deterioro de sus condiciones físicas y materiales de existencia.

Al momento de mi acceso al campo se trataba de un colectivo poco numeroso, en claro repliegue e invisibilizado, de entre 25 y 35 hombres que ocupaban un par de predios contiguos en el carrer Dos de Maig, 188, en el distrito de Sant Martí de Barcelona, como resquicio espacial ante la reciente coyuntura de masivos desalojos que tuvieron que enfrentar, en donde vivían algunos de ellos y donde todos centralizaban el trabajo de un modo colectivo y dinamizaban sus prácticas cotidianas de sociabilidad entre pares. Son hombres dedicados principalmente a la recolección y recuperación informal de residuos metálicos; con lo que, el espacio colectivo que dio localización y acceso etnográfico al caso operaba, además de como lugar de reunión, como centro del trabajo de limpieza y clasificación del material, una fase fundamental, como se verá, en su específica modalidad de trabajo de recuperación de residuos.

A las ocupaciones en las que se encontraban antes, durante su trayectoria previa a este trabajo de campo, las llamaré por sus nombres comunes usados en bibliografía y prensa. Pero hay dos ocupaciones más que mencionare en pocas ocasiones como *Casa Mayo* y *Casa Junio*, que conocí en la última etapa del trabajo de campo y que fueron los lugares en donde dos pequeños grupos se recluyeron después del tercer y definitivo desalojo de la *Sunu Village*, en lo que llamo la fase final del colectivo. Acudí allí varias veces después del cierre formal del trabajo empírico por asuntos de complementación y por motivaciones personales. A julio de 2021 estos pocos chatarreros aún permanecen en estas reducidas, menos numerosas y menos visibles ocupaciones, por lo que eludo señalar cualquier dato acerca de su localización.

A los hombres de este colectivo que fueron piezas claves e informantes principales para esta etnografía, por respeto a su propia decisión y para mantener el debido anonimato, me referiré usando letras en mayúsculas y números (salvo tres visibles excepciones) que construyo a partir de sus propios nombres, de la repetición de estos, de algún modo en el que son llamados y de la forma en que yo mismo he podido consignarlos y distinguirlos bajo mis propias limitaciones.

Kheraba: Mamadou Kheraba Drame fue un importante líder del colectivo de senegaleses de Barcelona en general. Promotor de varias organizaciones en torno a las artes musicales y la cultura senegalesa en general, finalmente también lideró la consolidación de un colectivo relativamente organizado y numeroso de chatarreros que adquirió cierta presencia política al encontrarse en medio de una coyuntura inmobiliaria que los puso en negociación con las instituciones. Kheraba logró consolidar, aunque transitoria e inestablemente, una chatarrería que centralizaba parte del trabajo de los chatarreros y aseguraba un cierto movimiento constante de compraventa y una organización que permitía una suerte de supervivencia colectiva; alrededor de “la tienda” como la llamaban algunos y del espacio que esta proporcionaba se dinamizaba el colectivo laboral y una pretensión de conformación de una cooperativa de reciclaje como alternativa con la que pretendían cierta formalización. Después de la desactivación de este esfuerzo cooperativista y de la manifestación política del grupo, y de la disgregación y dispersión geográfica del colectivo presionadas por el desalojo de los hombres de su lugar de vivienda y trabajo en julio de 2012, Kheraba abandonó Barcelona. En 2015, a partir de ciertas fuentes documentales y gracias a la colaboración de otros investigadores pude conocer parte de la experiencia de Kheraba y considerar que una especie de padrinazgo de su parte me resultaría muy importante para localizar algunos de los miembros de este colectivo en particular por el que ya estaba muy interesado, para centralizar y focalizar empíricamente de algún modo el comienzo del trabajo de campo sobre un tipo de actor social que para mí en ese instante aún era muy difuso y de difícil acceso. Contacté con él vía Facebook; encontré con ayuda su perfil y una vez establecida la relación en esta red me puse en

contacto por el chat. Solo fueron dos interlocuciones no muy largas, pero si muy precisas y, a la postre, fundamentales para lo que seguía. Fue muy sencillo: me presenté por extenso y manifesté mis intenciones de conocer el colectivo, de saber sobre su situación en ese momento y de comprender la forma en la que se ganan la vida a través de la recuperación de residuos; Kheraba, me hizo un par de preguntas más precisas sobre que estudiaba y de donde era, luego, muy amable y abiertamente, me dijo que quedaba un pequeño grupo con algunos de sus amigos del colectivo formado en las naves ocupadas anteriormente en el carrer Dos de Maig, 188, que preguntara por MC y que dijera que iba de su parte; me dijo que esto último era muy importante pues los chicos se encontraban, según me dio a entender, muy renuentes y cerrados por . Haciendo justo lo que me dijo, Kheraba se convirtió en una especie de *padrino invisible* para mí; aunque perdí el contacto con él, su breve respaldo me permitió un fundamental acercamiento inicial y fue uno de los factores claves para obtener licencia para acudir regularmente al lugar. En varas ocasiones después de mi presentación inicial, durante la interacción con algunos de los hombres de la *Sunu Village*, me fue preciso mencionar que había hablado con Kheraba y que había sido él quien me recomendó para acudir allí.

MC: Uno de los mayores hombres del colectivo, un hombre grande y fuerte que es reconocido por su experiencia prolongada en la ciudad, en las ocupaciones en las que se organizó el colectivo y de las que formó parte activa desde el inicio y por su resistencia y capacidad física frente al trabajo. Es también, sin embargo, uno de los hombres en los que se hace más visible la rudeza del trabajo y de la marginación socioeconómica en general. Fue el primer hombre con el que hablé en la *Sunu Village* y dada su constancia y la frecuencia e intensidad de su trabajo cotidiano fue uno con los que pude hacer más amplias y profundas observaciones y con el que sostuve importantes conversaciones, aunque casi siempre muy cortas por su propia forma de interacción. De cualquier forma, ha sido un referente e interlocutor fundamental a lo largo de todo el trabajo de campo, especialmente dentro del lugar colectivo.

AM: Ha sido quien me abrió la puerta del lugar, quien autorizó mi acceso y mi permanencia. Se convirtió rápidamente en mi interlocutor principal. Fue quien me dio acceso también a

los primeros recorridos de recolección y de venta en los que los acompañé y fue la persona con la que sostuve las más prolongadas y profundas interacciones. Se puede decir que hemos logrado construir una relación estable, duradera y recurrente que le proporcionó mucha continuidad y seguridad al trabajo de campo. Era el líder principal de la pequeña chatarrería que funcionaba en la *Sunu Village* y claramente uno de los pocos hombres que con el tiempo ha logrado una relativa estabilidad y un mejoramiento comparativo de sus condiciones materiales y físicas de existencia aún muy precarias.

MC2: Uno de los hombres más intermitente y menos constante dentro del colectivo. Un hombre disperso pero muy colaborativo dentro del espacio compartido. No habitaba allí y tenía otras formas de ganarse la vida que las combinaba con la recuperación de residuos, por lo que era difícil sostener el contacto o prever relaciones. No obstante, pude interactuar con él en diversas situaciones de recolección, transformación e intercambio muy particulares. Además, fue un importante interlocutor sobre las trayectorias anteriores a la conformación del colectivo en Barcelona y especialmente respecto de una fugaz relación previa característica de estas trayectorias que sostuvo con MC y AM.

US: Otra de las figuras líderes del colectivo y uno de los hombres de mayor edad y con más tiempo en destino. Un claro referente dentro del grupo con una remarcable habilidad para encontrar diferentes mecanismos que se suman como modos de ganarse y sostener la vida. Por mucho tiempo chatarrero y recuperador de residuos en general, pero encargado principalmente desde antes de mi llegada del punto más importante de preparación y venta de alimentos dentro del espacio colectivo. Las interacciones con US, como se verá, fueron decisivas para la forma que adoptó el trabajo de campo y fue uno de los hombres con los que pude sostener conversaciones prolongadas e interlocuciones sobre temas complejos y sensibles como la familia, el proceso migratorio, entre otros.

US2: Uno de los chatarreros miembros del colectivo que se desempeña como tal en la forma más típica y generalizada; recolector diario a pie de calle, constate e infatigable, de modos muy poco variables, podía encontrarlo siempre cada día en el espacio compartido durante la tarde en trabajo de limpieza y de vuelta a la calle para la venta. Uno de los hombres al que pude acompañar desde la construcción de su chabola dentro la *Sunu Village* (a su

llegada a la ocupación y en otras dos ocasiones producto de los desalojos que allí enfrentaron) y en varios recorridos de recolección en los que pude seguir de cerca sus relaciones y tácticas. A raíz de mi procedencia geográfica y de la imagen de una camiseta que llevaba yo puesta el día que nos conocimos formalmente (que logré presentarme y entablar por primera vez una charla) siempre fui *Machupichu* para él.

AB: Sin duda, *el gran recuperador*. De habilidades constructivas sin igual, AB contaba con una chabola sobresaliente estructuralmente y en equipamiento interior. Recogía y recuperaba de todo, reparaba, reconstruía y desmontaba casi cualquier cosa; intentaba especializarse en bicicletas, pero hacia todo tipo de cosas con residuos metálicos y objetos de segunda mano. Uno de los recuperadores que muy poca cosa deja de recoger por lo que fue uno de los que me permitió observar en mayor amplitud el alcance de los residuos dentro de sus prácticas cotidianas laborales, mercantiles y mucho más allá. Con él pude seguir itinerarios espontáneos y también programados, acudir a excepcionalidades de gran interés y sostener constantes conversaciones sobre diversos temas. Un hombre de un fuerte carácter y muy conflictivo sobre el que he podido observar un característico proceso de individuación y uno de los que expresaba más abiertamente su relación y representación con las instituciones, la norma y la legalidad.

BY: Otro de los hombres, junto con MC y AM, que compartieron tiempo y experiencia en la conformación colectiva previa con Kheraba. Un hombre que se distinguía mucho por intentar proveer y apoyar dentro del grupo a partir de cierta conciencia sobre las condiciones compartidas; de los más frecuentes en propiciar la alimentación colectiva en la que también a mí me invitaba a participar. Mientras que AM resultó clave para mi participación en la dinámica laboral-productiva dentro del grupo y me abrió espacio dentro de su intimidad misma, BY fue una persona fundamental para lograr mi integración en algunas de las dinámicas colectivas de sociabilidad por fuera de lo laboral como en la alimentación, las reuniones de descanso y conversación espontánea y ciertas actividades espontáneas de carácter ocioso y festivo. También fue uno de los chatarreros de los que pude aprender más en términos del oficio por su constancia en el lugar y por permitirme acompañarlo en determinadas ocasiones a su trabajo en la calle.

GB: Hombre proveniente de Gambia, expresaba una visible admiración y respeto hacia Kheraba, de allí que fuera uno de los hombres aún más firmes en creer en la colectividad y en el esfuerzo por formalizarse cooperativamente. Fue una persona clave para conocer importantes relaciones con el contexto de origen y diversas formas en que la recuperación de objetos de segunda permitía componer parte de las cosas que enviaban como remesas a sus familias. También un experimentado recuperador que tenía numerosos contactos que le permitían realizar recogidas más cerradas, cortas y ordenadas que también pude acompañar en ocasiones.

H1 y H2 o Los Hermanos: Un par de hombres inseparables, llegaban y salían juntos, trabajaban dentro de la *Sunu Village* uno al lado de otro y también compartían espacios privados. Me dieron a entender que son familiares muy cercanos. Uno más abierto que el otro a las conversaciones y preguntas, ambos fueron muy importantes para la observación detallada de las particulares formas y tácticas que adquiría el oficio en tanto relación de transformación de los residuos. Demostraban además una forma de trabajo muy dedicada y segura, al parecer, de sus objetivos; recurrentemente hacían alusión a su compromiso con la familia en el lugar de origen y con mantenerse siempre unidos. En definitiva, fueron clave para entender ciertas recurrencias en la forma en que los residuos componen la materialidad y la instrumentalización de su vida cotidiana.

El Viejo o El General: El hombre mayor de todo el colectivo. El desgaste prolongado lo había hecho ir variando la forma de trabajo de recuperación y venta de residuos a una menos exigente físicamente concentrada sobre electrodomésticos pequeños y bienes de consumo. Su amplio recorrido y su experiencia migratoria en general brindaron importante información a esta etnografía. Era un hombre amable y abierto, de fluido español al que todos llamaban *Viejo* y solo AM llamaba *General*, con el que fueron posibles múltiples conversaciones e interacciones en dinámicas cotidianas del mantenimiento del lugar colectivo en términos físicos y asistir a diversas formas de negociación e intercambio dentro del espacio compartido con algunos de sus pares y con otros hombres ajenos al colectivo, pero también otro tipo de relaciones más espontáneas y desinteresadas que surgían de las

coyunturas diarias y que incluso incluyeron la alimentación y la atención de heridas producto del trabajo.

SY: Finalmente, SY es un hombre con una experiencia migratoria y en destino muy diferente a los demás miembros del colectivo, pero es, a pesar de ello, muy cercano y sensible a sus condiciones. Es un hombre joven, de no más de 30 años, que migró a temprana edad y de forma legal, tiene familia en Montpellier y Barcelona y trabaja en diferentes cosas aquí y allá. No es chatarrero, pero cuando está en la ciudad, es muy frecuente dentro del espacio colectivo y muy querido por los otros hombres. No se dedica a la recolección y recuperación de residuos, pero no pierde oportunidad para dar aviso de alguna oportunidad o ayudar en procesos colectivos y colaborativos dentro de la *Sunu Village*. Con él fueron posibles muchos encuentros muy cercanos pues compartíamos hasta cierto punto un espacio fuera de la imperiosa necesidad laboral que experimentaban los demás dentro de la *Sunu Village*; esto permitió un acercamiento en el que construíamos una especie de mirada conjunta desde afuera, nutrida por su pertenencia al grupo, sobre las condiciones y las formas de vida del colectivo.

Por supuesto, muchos otros hombres componían este colectivo y muchas otras personas acudían cada día al trabajo colectivo en cierto sentido concentrado en la *Sunu Village*. De esta forma, numerosos hombres, relaciones e interacciones compusieron la dinámica colectiva que implicaba mi participación y observación etnográfica, de manera que son incontables los sujetos y los procesos cotidianos a los que pude asistir dentro y fuera de este espacio y que nutrieron las descripciones que aquí se presentarán. No obstante, la centralidad e importancia de los interlocutores mencionados es innegable y ha sido fundamental para la construcción de un contenido relevante.

Pero ya en la dinámica del acceso al campo y la interacción las cosas también adquirieron su particular forma; en este caso una forma derivada de la adaptación a los propios ritmos, tiempos y exigencias que el mismo colectivo hacía y mediante las que creaba, sin saberlo, las delimitaciones del estudio y los campos pertinentes de reflexión.

3. Del modelo al campo

En un principio, desde el escritorio, la estrategia metodológica pretendía acudir a ciertos procedimientos orientados rigurosa y ordenadamente. Es así como en un comienzo formulaba la intención de acceder empíricamente al fenómeno en cuestión desde dos frentes complementarios: primero, un seguimiento sistemático a los recorridos de los chatarreros, inicialmente de manera encubierta y posteriormente acompañando su ejecución, de forma que lograra abarcar ordenadamente una observación durante los diferentes momentos del día y los diferentes días de la semana para capturar todas las posibles variaciones del recorrido y poder dar cuenta de los elementos más funcionales y operativos del oficio. Segundo, la ejecución de una serie de entrevistas semiestructuradas que, en rigor, permitieran conocer de primera mano los discursos y las representaciones que los chatarreros elaboran sobre sus relaciones con las instituciones y la sociedad en general, sobre su vida cotidiana misma y en particular sobre su forma de subsistencia y las interacciones que esta implica.

Nada de esto, por fortuna, pudo ser exactamente así. Digo por fortuna pues ya he podido ver las limitaciones de las aproximaciones acartonadas que reproducen en sus operaciones y por sus influencias un escenario drásticamente artificial en el que los actores se ven obligados a sustraerse de su propia dinámica cotidiana. Y si bien, no es esta una investigación sobre un pueblo *exótico* y lejano que implique la permanencia absoluta y sin interrupción en la vida de la comunidad, el modo en que tuve acceso al caso de estudio y la forma como me incorporé a la cotidianidad del mismo, hicieron de la *participación observante* un asunto condicionado por el lento y simple proceso de la vida diaria sucediendo tal cual sucede repetidamente y orientó las interlocuciones de modo que las entrevistas se transformaron en conversaciones espontáneas y fluidas, aunque no por ello sin objetivos, de muy distintas formas y extensiones que acompañaban el devenir diario. De esta forma, el trabajo de campo fue orientado básicamente por una honesta intención explícita de incorporarme a la vida cotidiana de la *Sunu Village*, de conocer a sus gentes y

de tratar de aprender sobre su trabajo y sus relaciones y en cierta forma de aprehender su oficio. Por supuesto, privilegiar esta forma de aproximación, como se ha dicho, tomó un considerable tiempo pero fue así como fue posible una participación sostenida en el trabajo y en la experiencia diaria de estos hombres, dentro del espacio ocupado y afuera en las calles durante los recorridos; de allí, el establecimiento de relaciones interhumanas (unas más estables y sólidas que otras) que permitieron posteriormente sostener conversaciones mediante las cuales intentaba profundizar asuntos de interés en torno al trabajo, la calle, el espacio público, la ciudad, su condición marginal, sus estrategias de supervivencia, los sentidos sobre sus relaciones con el trabajo y los residuos, sus discursos sobre la formalidad y la legalidad, su propia vida colectiva, etc.

Pero de igual forma como las técnicas e instrumentos se depuraron (y hasta desaparecieron), el acceso al fenómeno de interés y a la delimitación de un caso de estudio no fue tarea fácil. El proceso hasta hoy ha podido nutrirse no solo desde varios frentes y formas de aproximación, sino también a partir de sus múltiples dificultades.

Después de definido el interés sobre el fenómeno de los chatarreros de Barcelona, me aboqué al centro de la ciudad para intentar verlos, seguirlos y contactarlos. De allí surgieron mis primeras observaciones consignadas, siguiendo (inicialmente de encubierto) el recorrido de algunos chatarreros, como también mis primeros problemas con la comunicación y la aceptación; mi interés por la actividad que estaban desarrollando me llevó a interpelar a varios de ellos en la calle, manifestándoles mis intenciones de *acompañarlos, seguir su itinerario y comprender su forma de trabajo*, pero fui rápidamente rechazado, en ocasiones de forma un tanto agresiva. Los chatarreros senegaleses llevan a cabo su oficio de forma muy acelerada, sin mayores interrupciones y en medio de una especie de intento por pasar desapercibidos, de mantenerse en cierta forma silenciosos a pesar de la disrupción espacial que encarnan, con lo que resulta comprensible el rechazo a cualquier forma de interacción ajena a su trabajo y a sus pares. Además, el lenguaje sigue siendo un importante obstáculo a la comunicación precisa y prolongada.

De las apresuradas pero nutritivas derivas callejeras en busca de chatarreros, pasé en poco tiempo a una búsqueda más sistemática de algún tipo de conexión que me diera acceso. En última instancia me fue posible contactar con Mamadou Kheraba Drame quien en lo sucesivo y prácticamente sin saberlo en el instante en que me dio sus indicaciones, se convirtió en mi “*padrino*” *virtual* (Hammersley & Atkinson, 1994)⁸. Kheraba es un hombre ampliamente reconocido entre los chatarreros y goza de un importante *valor social* entre ellos derivado fundamentalmente de lo que es una especie de capacidad y aptitud organizativa que impulsa al grupo a reunirse como pares culturales y a ordenarse, hasta donde les sea posible, laboralmente: “*cuando Kheraba está todo marcha bien, hay trabajo y estamos juntos... ¡y no hay tanto problema!*” decía GB a las puertas de la *Sunu Village* en enero de 2016.

A través de un contacto por redes sociales durante el mes de septiembre de 2015 de solo tres intercambios en una comunicación vía chat le exprese a Kheraba mi interés por conocer a los miembros de ese colectivo de recolectores de residuos y que, ya sabía yo, habían sufrido masivos desalojos anteriormente, y por aprender específicamente sobre el trabajo que llevan a cabo con los residuos y en clara relación con el espacio público de la ciudad de Barcelona. Pues Kheraba me indicó a donde ir y por quien preguntar. Además, me instó a que dijera directamente que venía de parte de él pues sabía que sería necesario y me facilitaría las cosas. Efectivamente, cuando acudí por vez primera al pequeño enclave de pobreza en donde me dijo que encontraría lo que buscaba me presenté, expliqué abiertamente mis intenciones pues he optado porque se sepa quién soy y a que vengo desde el principio, y finalmente mencioné que venía recomendado por él. Casi inmediatamente obtuve la aceptación necesaria para volver al otro día y comenzar mi viaje en la *Sunu Village*. Con Kheraba ha sido imposible sostener la relación salvo un nuevo contacto mío posterior con el que le agradecía su orientación y su respaldo desinteresado

⁸ Los autores, en su reflexión sobre el método etnográfico, aluden al *padrino* como una figura que ayuda al investigador en su contacto directo con los informantes. Es quien lo recomienda, lo presenta y lo pone en posición de interlocutor. Se trata de alguien que, por su cercanía y confianza con los sujetos de estudio (en ocasiones por su pertenencia) acerca al investigador al centro de agrupaciones y procesos que de otra forma permanecerían herméticas y selladas para él.

del que no obtuve respuesta; solo supe por otros investigadores que lo conocieron que se encontraba en Berlín ya desde 2015 o 2014.

Una vez allí, el 10 de octubre de 2015 a finales de la tarde cuando, ahora comprendo, la actividad laboral ya se apaciguaba y se sobreponía la sociabilidad básica, asomando la cabeza por la rendija de un portón improvisado con una estructura y una reja metálicas en la entrada del lugar colectivo, pregunté por MC como me indicó Kheraba. Varios hombres permanecían en frente mío mientras otros tantos entraban y salían; después de ser llamado, MC pasó por entre ellos y salió a mi encuentro, le dije (dirigiéndome a todos los que escuchaban y asistían a mi primer contacto) que estaba interesado en conocerlos, que tenía la intención de hacer una investigación sobre su trabajo y que había hablado con Kheraba quien fue quien me indicó que podría asistir allí y preguntar por él. MC no me rechazó, tampoco se permitió mayor cruce de palabras, simplemente asintió con un gesto desganado pero permisivo, se dio la vuelta y dio paso a AM que ya salía para integrarse e interpelarme. Después de volver a explicar mis intenciones y mi posición, motivado por las preguntas directas de AM acerca de qué era lo que me traía aquí y sobre quién me dijo que allí estarían, fui recibido con especial atención por su parte. Además de la recomendación de Kheraba, una coincidencia afortunada se sumó para facilitar esta relación: AM me preguntó de donde era y a mi respuesta reaccionó: *“¿de Colombia!? Un colombiano, también de Cali, conozco yo de Sevilla que me ayudó mucho”*. Una evidente cercanía parecía generarse rápidamente entre nosotros dos, y casi inmediatamente y en lo sucesivo AM se convirtió en mi portero⁹ y en mi informante principal.

A partir de allí comenzó un trabajo de campo comprometido con el aprendizaje de las formas generales que componen el trabajo y del oficio en particular como mecanismo clave para *estar allí participativamente* y con el desarrollo de una postura paralela orientada a una observación objetiva y sistematizada de lo que a mi alrededor ocurría y se expresaba

⁹ Ibid. El portero representa esa persona que “abre la puerta” permitiendo el acceso y la participación en prácticas y lugares en los que la voluntad propia de quien investiga no sería suficiente. Además, al menos en este caso, AM ha hecho con gusto las veces de interprete, acompañante y colaborador.

repetida o extraordinariamente. Y si bien las primeras aproximaciones han sido difíciles básicamente por mi extrañeza y mi ignorancia sobre sus formas de vida, además de por sus comprensibles reticencias, durante este tiempo he logrado establecer relaciones que me han permitido llegar tanto a los elementos funcionales más escondidos del oficio como a ciertas expresiones muy privadas de su forma de vida.

Todo el trabajo llevado a cabo allí ha sido registrado en caliente en diarios de campo dividido en dos secciones: una destinada al registro en detalle de las experiencias vividas día a día y otra en la que se consignan, se ordenan y se depuran a modo de transcripción, algunas de las conversaciones sostenidas. El diario ha sido sometido posteriormente a un proceso de análisis en el que la relectura de las notas, las descripciones y las transcripciones permitió encontrar y clasificar lo diversos asuntos en campos temáticos según lo que expresaran y se estimaran relevantes para acompañar y reforzar los argumentos sostenidos.

Gracias a este acceso ganado y que logré sostener y ampliar primero dentro del lugar que visitaba y posteriormente también en las *incursiones* urbanas propias del trabajo del chatarrero, ha sido posible adoptar cierta postura respecto del caso y de las “tácticas analíticas”¹⁰ a poner en marcha, en el sentido de las formas que adquiere la aproximación sobre el terreno orientadas y depuradas tácticamente a partir de las condiciones del contexto, del ámbito de estudio, de los modos de relación con los interlocutores y de los intereses investigativos mismos y que, en conjunto, conformaban un determinado posicionamiento metodológico.

En primer término, una decidida intención de aprender a participar exitosamente en la vida cotidiana de la *Sunu Village* y sus elongaciones urbanas, sometiéndome a sus propias reglas de juego y a participar en las actividades centrales que conforman el día a día del colectivo y de los interlocutores.

¹⁰ Sassen, Saskia. *La ciudad: espacio frontera de nuestra modernidad*. Ponencia pronunciada en las V Jornadas Internacionales Ciudades Creativas: Espacio Público y Cultura en Acción, el 5 de octubre de 2012 en Medellín, Colombia.

Segundo, un compromiso con la producción de un conocimiento modesto y circunscrito que ponga de relieve cualidades específicas que señalen o apunten a relaciones de mayor envergadura, y que dé cuenta de una alteridad de forma tal que se superen los límites del sentido común y de los acomodos teóricos siempre perfectibles. Intentando además evitar sociocentrismos y etnocentrismos mediante lo que podría denominarse como una *exotización* del mundo familiar (Guber, 2013). No obstante, dicha exotización podría ponerse en duda por lo que realmente tienen de exótico el fenómeno (ampliamente extendido, numeroso, cuya emergencia no resulta sorprendente y más aún característico de esta ciudad en particular) y los sujetos en cuestión (personas migradas hasta desde hace 20 años).

Tercero, entender que, si bien la diversidad se construye teóricamente como algo relevante desde la perspectiva del investigador para las descripciones y explicaciones que elabora, también señala la importancia de capturar las manifestaciones empíricas en las que descansa y se apoya y que son la materia prima de las relaciones y las representaciones que constituyen la vida social del grupo, así como el sustrato principal que da la textura de los resultados de la investigación.

Cuarto, el firme intento de que lo que sea consignado en estas líneas represente y respete la particular *perspectiva del actor*; que hace referencia, por un lado, al conjunto de acciones y nociones propias del contexto y que solo cobran sentido en cuanto constituyen ese universo social en particular y, por otro, al *sistema de referencia* compartido que articula dichas acciones y nociones (y sus sentidos asociados) a través de la propia actividad y representación de los actores. No obstante, este intento por develar la perspectiva del actor y elaborar una reconstrucción analítica del fenómeno a través de sus propios elementos, debe evadir también, como lo sugiere Loïc Wacquant(2012) , la tendencia a elaborar estereotipos idealizados. La fuerte crítica que hace Wacquant a la etnografía urbana y a sus errores recurrentes “desaciertos permanentes”, con referencia particular a las obras de Mitchell Duneier (1999), Elijah Anderson (2001) y Katherine Newman (2007), sugiere que estos incurren en el error de reemplazar los estereotipos sociales del sentido común que la etnografía debe combatir por figuras ideales que el etnógrafo hace surgir del mismo

escenario simbólico. El problema radica en sustituir su propia realidad por una “versión positiva de la misma figura social deformada” (Wacquant, 2012, pág. 105), a través de un ejercicio de interpretación al parecer orientado a una suerte de reificación de los actores, probablemente en contraposición a la tendencia en torno a la criminalización de la pobreza, pero que no logra eludir seguir reproduciendo formas de totalización estigmatizantes.

“Significativamente, los tres autores dan cuenta de su objeto de estudio de manera trunca y distorsionada debido a su persistente deseo de articular y aún celebrar las bondades intrínsecas –honestidad, decencia, frugalidad de los pobres de las ciudades norteamericanas. Para ello, Duneier ‘pasteuriza’ las acciones de los vendedores callejeros de libros y el impacto que ellas tienen en el vecindario, al minimizar o suprimir datos que mancharían la imagen beatífica que intenta mostrar; Anderson ‘dicotomiza’ a los residentes de los guetos entre buenos y malos, «decentes» y «callejeros», y se erige en vocero y defensor de los primeros, y Newman ‘glamouriza’ las destrezas y los actos de sus trabajadores con bajos ingresos, exaltando su sometimiento al trabajo servil como prueba de una innata devolución hacia la «ética del trabajo» decretada por el país. Los tres autores hacen de los pobres de las ciudades [...] ejemplos de la moral, en la medida en que quedan presos de la problemática prefabricada propia de los estereotipos públicos y los saberes políticos [...]” (Wacquant, 2012, pág. 9)

Por todo ello, así como por las condiciones específicas en las se ha dado el acceso al caso de estudio y la posterior incorporación en la dinámica diaria del lugar del trabajo colectivo, en el seguimiento y la observación detallada de las específicas actividades llevadas a cabo por los interlocutores, el trabajo de María Teresa Salcedo (2012) ha representado un modelo etnográfico muy útil, en especial respecto del proceder mismo del trabajo de campo y con atención al lugar de donde surgen los elementos fundamentales que ordenan las descripciones e interpretaciones: la interacción con los informantes bajo sus propias reglas y en el curso de sus propias prácticas.

En un claro interés por lo concreto e irrepetible, Salcedo promueve incorporar una lógica que se ajusta a lo inestable, a lo variable, a lo diverso y plural, a lo irregular, para posteriormente vehicular las descripciones e interpretaciones, como aquí se pretende, principalmente a través de lo que surge de las interacciones que se sostienen en medio de dicha inestabilidad, dentro de la vida cotidiana de unos informantes y unas prácticas

marginales, con sus ritmos y prioridades, por lo general muy dispares respecto de un estricto *diseño de investigación*.

Esta perspectiva cualitativa, que se basa fundamentalmente en las “premisas” del interaccionismo simbólico en torno a que 1, las personas orientan sus acciones sobre las cosas en virtud de lo que estas significan para ellas, 2, estos significados, a su vez, derivan de las interacciones sociales que las personas sostienen entre sí y 3, acciones y significados se “manipulan y modifican” mediante los propios procesos interpretativos personales y colectivos (Blumer, 1981, pág. 2), implica concederle un papel central a la adaptabilidad de las técnicas, otorgar un lugar privilegiado a lo inesperado y que el propio trabajo de campo no se someta a rutina alguna más allá de las que dicta una realidad inestable e insegura, un campo heterogéneo y discontinuo, como es característico de la propia realidad cotidiana del caso y de los fenómenos que articulan este trabajo.

La perspectiva que se sugiere y se adopta, además de incorporar una lógica interaccionista, por cuanto concede a la interacción social la fuente fundamental de toda situación humana y, en especial, de sus significados asociados, reconoce también y parte de la idea de que el trabajo de campo, como forma de interacción, implica hacerse partícipe de la construcción misma de la realidad social que estudia.

Una etnografía no surge de entrevistas o de observaciones de la vida cotidiana de la gente, realizadas con el único y limitado propósito de someter un producto a la academia. [...] Considero el acto de escribir una etnografía como una práctica corporal, en la que el etnógrafo incorpora formas de escritura y prácticas narrativas que son relatadas y actuadas en la interacción entre el etnógrafo y la comunidad (Salcedo, 2012, pág. 157).

Salcedo, en definitiva y en concreto, presenta bajo un prisma analítico muy amplio las formas como se re-crea *la cultura de la calle* a partir de la experiencia de los recicladores informales de basura de Bogotá, dentro de la que se inmiscuye y de la cual termina siendo artífice. Esta incorporación da importantes pistas sobre un posicionamiento determinado que permita profundidad y detalle específicamente mediante una aproximación que se permita no imponer ritmos, estructuras o escenarios artificiales, sino que abra la posibilidad

de que la información se construya a partir de la experiencia y las interacciones que surjan del y en campo.

Volviendo a la forma en la que se produjo mi acceso al caso concreto de estudio, al colectivo específico y a su lugar compartido en torno al trabajo, es preciso señalar la advertencia que desde ese primer día me hiciera AM: *“bueno, vuelve mañana, si claro, yo te muestro aquí [...] pero no vengas a hacer fotos y videos, ni que molestes mucho preguntando cosas [...] aquí solo queremos trabajar y ya está ¿entiendes? Si quieres venir a ver y aprender bien pero ya está”*¹¹.

Además de explícitas, las reticencias eran absolutamente comprensibles: el grupo se encontraba en una especie de repliegue, recién golpeado por un desalojo y el fracaso general de su organización laboral y su negociación con las instituciones, se recluía visiblemente reducido y en franco desinterés por cualquier forma de organización política. En el recién ocupado lugar al que acudía en ese momento ya no había lugar para interesados cronistas, activistas o académicos; de hecho, tampoco llegó nunca a ser de atractivo periodístico. Se trataba del remanente de un colectivo disgregado que se aferraba nuevamente a un lugar para reunir y centralizar su trabajo con fines de la supervivencia del día a día; agotado y en proceso progresivo de individuación no podían ya imaginar un futuro invisible y claramente no querían ser observados ni convertirse en el centro de una lucha de la que sabían que no sacarían provecho alguno, solo el desgaste. No había cabida, así, para intromisiones, ni tiempo para nada que no fuera necesario. AM fue claro y directo, por si hiciera falta, en precisar que no debía hacer ningún tipo de divulgación que pudiera afectarlos en el sentido de generar algún grado de visibilidad que en ese momento no deseaban y que recientemente habían comprobado como infructuosa y estimaban ahora como peligrosa; el uso de herramientas de audio y video fue, de entrada, prohibido, solo unas escasas fotografías fueron consentidas. Solo me tomo la libertad de mencionar la ubicación de la *Sunu Village* y hablo en tiempo pasado acerca de ella dado que ya no existe.

¹¹ *Sunu Village*, 10 de octubre de 2015.

De esta manera, en lo que respecta al acceso directo al grupo caso de estudio y al espacio del colectivo que son la fuente y la sede fundamental de esta etnografía, el modelo debía ser, en cierto sentido, informe. La pretensión investigativa se desestructuró metodológicamente en el campo, y opté por permitir que se fuera depurando adaptativamente a partir de las interacciones a las que me fuera posible asistir y en las que pudiera ir participando progresivamente. Se trataba entonces solo de acudir, sin perder de vista los objetivos claro está, e ir encontrando y produciendo los modos de interacción y participación en la medida en que fuera sumándome a la dinámica cotidiana del lugar. Es así como la *desestructuración* metodológica se convirtió en sinónimo de participación: en la medida en que mi postura y mi interpelación dentro del espacio colectivo se deshacían de técnicas conducidas desde afuera que en este caso podrían ser impertinentes y demandar una especie de suspensión espaciotemporal de las prácticas mismas que son objeto de estudio y que además eran desde un comienzo rechazadas por los interlocutores mismos (“demasiadas preguntas” decía AM), la incorporación a la cotidianidad del lugar era no solo cada vez más posible y fluida, sino también necesaria.

El trabajo de campo que comenzaba a tener lugar en la *Sunu Village* y que luego se elongara también a otras instancias de su vida cotidiana consistió fundamentalmente en el desarrollo en progresiva profundidad de una **observación** directa, repetida y detallada de las prácticas, relaciones e interacciones cotidianas que se sucedían allí dentro en especial sobre lo que tenía que ver con las dinámicas colectivas del espacio físico y social y con las relaciones de transformación de los residuos que componían parte de su trabajo diario y que instrumentalizaban un importante espectro de sus actividades reproductivas. Esta observación *in situ* y sostenida en ocasiones hacia parte de y en otras daba paso a una dinámica de **participación** en la cotidianidad de la *Sunu Village* que comenzó por mi incorporación en algunas de las prácticas de trabajo grupal y colectivo en la adecuación del espacio y las chabolas y en la recuperación de residuos (la limpieza y clasificación). Esta participación luego incluyó también llevar a cabo prácticas de limpieza, separación y clasificación por mi propia iniciativa y a través de mis propios medios de manera idéntica a

la de cualquier chatarrero de forma que me sumaba en el ritmo y el espacio del trabajo colectivo. Finalmente, esta “participación con observación” (Guber, 2001) también trascendió los límites del escenario propiamente laboral y se desarrolló en ámbitos relacionados con la sociabilidad básica del colectivo más allá de lo económico y material.

Después de transcurrido un importante tiempo de participación dentro de los límites del espacio ocupado en donde ocurría solo parte de su trabajo y habiendo ganado la confianza de un significativo número de los chatarreros que allí vivían y trabajaban me fue posible entonces seguir también sus itinerarios urbanos en atención especialmente a sus relaciones con el espacio urbano, con el marco normativo, con las infraestructuras del espacio público y de los residuos, y a sus intersecciones con el sistema oficial de gestión y con ciertas esferas formales del trabajo. De esta manera, luego de tener acceso al trabajo de limpieza (separación y clasificación básicamente pero también reparación) pude también asistir y acompañar, primero, los cortos y directos recorridos con destinación a la venta y las propias dinámicas y relaciones del intercambio y, segundo, los elongados e imprevisibles recorridos de recolección y otros mecanismos de abastecimiento más coyunturales y extraordinarios. Estas dos instancias también estuvieron caracterizadas fundamentalmente por una observación directa muy cercana en un proceso de acompañamiento del itinerario, por la participación en formas colectivas generales y frecuentes de recolección e intercambio, y finalmente por la ejecución misma de varias formas individuales de estas dos instancias del trabajo del recuperador en especial la venta del material como punto decisivo de su trabajo y escena de una intersección crítica (ilegítima) entre los regímenes formal e informal del trabajo en general y de la circulación de los residuos en particular.

A este carácter que adquirieron las prácticas de la participación – observación les sigue coherente y consecuentemente una forma adaptativa de las interlocuciones directas. Bajo las circunstancias ya comentadas y ante la clara determinación del alcance y la forma de los mecanismos de acceso por parte de los informantes mismos, las entrevistas no fueron justo eso en rigor. En un trabajo de campo por fortuna extendido temporalmente ha sido posible

y necesario dadas las circunstancias eliminar el artificio de entrevistas estructuradas y conducidas. Salvo contadas excepciones en las que se llevó a cabo alguna interlocución orientada por cierta lógica de organización estructurada en categorías ordenadas y de pregunta-respuesta en torno a temas muy concretos, este tipo de interacción consistió fundamentalmente en **conversaciones** que surgían espontáneamente o por un interés concreto de interlocución (de mi parte o de uno de los chatarreros) en medio de la dinámica cotidiana del lugar, del trabajo o de algún otro tipo de práctica, y que en la gran mayoría de los casos no representaban sustraerse de dicha dinámica sino por el contrario complementarla o reflexionar en torno a ella. De estas conversaciones, sumadas a las actividades de la observación constante y la participación, surgen la gran mayoría de los elementos que componen las descripciones de esta etnografía.

Es importante remarcar tres cosas que de esto se derivan:

Primero, el hecho de que acceder de esta forma, desde adentro, a todos los escenarios de la práctica laboral del chatarrero tomó un considerable tiempo y el desarrollo de algunas relaciones estables y la adquisición de ciertas habilidades mínimas que operaban como mecanismos de control tácito y silencioso que permitían profundizar (o no) el acceso a determinados niveles o esferas de la vida del colectivo.

Segundo, que si bien la práctica del recuperador de residuos puede esquematizarse instrumental y operativamente de una forma lineal que comienza con la *recolección*, pasa por la *transformación* (recuperación) y termina en el *intercambio*, la forma de acceder a través de su propio control sobre los espacios que abren y los escenarios en los que permiten la participación de extraños derivó en un orden en la aproximación de campo que no tenía tanto que ver con esa linealidad funcional sino más bien, por un lado, con una lógica del aprendizaje del oficio y, por otra parte, con un progresivo y acumulativo acceso etnográfico que iba de los escenarios colectivos a las formas más individualizadas del trabajo. De esta forma, mi aproximación en concreto se dio así: primero en las prácticas de la transformación al interior del espacio ocupado asistiendo cotidianamente, observando desde la posición privilegiada de quien puede estar allí sin necesidad de estar allí y

participando del trabajo colectivo y de algunas de las formas de sociabilidad básica como la alimentación o el descanso; después en los recorridos hacia la venta y las dinámicas del intercambio, fase *final* del trabajo del chatarrero a la que hice repetidos acompañamientos en los que pude observar en detalle procedimientos, jerarquías, relaciones e interacciones que también procuré por mi propia cuenta en ocasiones como académico y en otras más como proveedor, en ambas como investigador, pero siempre obteniendo resultados más profundos y detallados acudiendo a esta última forma en la que me incluía a mí mismo como partícipe del escenario; y finalmente en las prácticas de la recolección en la calle, la fase *inicial*, siguiendo itinerarios, acompañando los recorridos y las operaciones concretas de la recolección de residuos y otras formas esporádicas de aprovisionamiento. A pesar la estruendosa visibilidad de las operaciones de la recolección, el recorrido por las calles constituye una práctica en extremo individualizada (podría decirse incluso que muy personal, privada) y que se procura, al menos desde cierto momento y para este caso en concreto, mantener *invisible*. En términos empíricos esta instancia que corresponde al recorrido por las calles, a la operación diaria de la recolección, no fue accesible sino hasta después de haber pasado un tiempo y avanzar significativamente en la participación con el colectivo. El permiso para acompañar un recorrido es algo que cuesta ganar. De esta forma, la aproximación empírica a las prácticas de estos hombres ha ido del espacio compartido del trabajo colectivo, al espacio del intercambio y, por último, al espacio público del trabajo individualizado.

Tercero, esta particular experiencia de trabajo de campo conllevó entonces a una dinámica adaptativa de los modos de aproximación y a una muy característica itinerancia y alternancia entre el trabajo etnográfico localizado y con límites geográficos específicos, contenido en un espacio físico y social claramente delimitado (aunque inestable), y una práctica metodológica móvil, dinámica y extendida espacialmente, consecuente con las características del trabajo en la calle. Más allá, para ser preciso, la etnografía completa, en tanto forma metodológica de acceso al campo, estaba caracterizada, como no podía ser de otra manera, por el propio carácter efímero, transitorio e inestable de los fenómenos de estudio, del grupo y de sus condiciones espaciales, de forma que devino inevitable y

apropiadamente en una etnografía móvil, dúctil, adaptable, que aparecía y reaparecía, se intensificaba y tomaba forma según los propios ritmos y demandas de campo y de los interlocutores.

Adicionalmente a este trabajo que constituyó el eje central de la aproximación metodológica empírica se realizaron otras actividades que permitieron complementar, ampliar, complejizar y enriquecer o matizar la perspectiva sobre diferentes asuntos y sobre las que, en algunos casos, se brindaran detalles a lo largo de la etnografía:

- Observaciones sobre el colectivo de materos subsaharianos y su particular forma de trabajo informal callejero, así como en menor medida de los grupos de músicos de calle y artistas de la Rambla de Barcelona.
- Asistencia a eventos, presentaciones y sesiones colectivas con el Sindicato de Vendedores Ambulantes y la cooperativa Top Manta.
- Participación en reuniones llevadas a cabo con el apoyo y en la sede del Espacio del Inmigrante en el barrio El Raval en las que fueron convocados diferentes representantes de colectivos de trabajadores informales callejeros y que se adelantaron por iniciativa conjunta con los doctores Julián Porras y Horacio Espinosa a fin de conformar un grupo abierto de discusión crítica sobre los conflictos derivados de las específicas condiciones del trabajo informal en el espacio público. Estas sesiones tuvieron lugar en la primavera y el verano de 2016 respectivamente.
- Numerosas observaciones directas más distantes, encubiertas y cortas sobre las prácticas de la recolección de residuos ordenadas por barrios de los distritos de Sant Martí, Eixample y Ciutat Vella. Estas observaciones se hacían mediante la ubicación de un determinado punto estratégico y a la espera de la aparición de algún chatarrero por lo que gozaban de cierta aleatoriedad e imprevisibilidad. A partir de allí podía surgir bien la observación de repetidas apariciones en el mismo punto o bien el seguimiento de alguno de los itinerarios según se estimase pertinente y relevante. Estas observaciones permitieron complementar, brindando cierta

amplitud superficial, el profundo pero paulatino y lento acceso detallado y participativo al caso de estudio.

- Visitas a chatarrerías formales e informales y de diferentes tipos respecto de la escala y el alcance de sus operaciones y de los materiales centrales de su actividad como gestores e intermediarios ubicados en el distrito de Sant Martí, donde se realizaron observaciones detalladas de la dinámica de la compraventa de residuos, del intercambio monetario, de sus relaciones y sus jerarquías. Allí también se adelantaron, cuando fueron posibles, conversaciones cortas y puntuales con los operarios y algunos de los proveedores (chatarreros) que ayudaban a comprender la complejidad del proceso y algunas de sus significaciones.
- Visita a la planta principal Parque Central de URBASER en el Polígono Industrial de Motsolís, una de las empresas más grandes y de mayor cobertura respecto del sistema oficial de recogida y gestión de residuos en Barcelona. *Visita guiada: MENYS ÉS MÉS: Cap a una economia circular: Recollida entre bastidors*, el 23 de noviembre de 2017.
- Entrevista colectiva con trabajadores de la cooperativa Alencop acerca de su particular conformación, de la forma de trabajo, de sus principales dificultades y de sus relaciones con las instituciones, en septiembre de 2019.
- Entrevista con Jordi Macarro, director del área de Información y Comunicación de la Agencia de Residus de Catalunya el 8 de abril de 2019.
- Revisión y análisis de documentos informativos, divulgativos y normativos de la Agencia de Residus de Catalunya, del Área de Ecología, Urbanismo, Infraestructuras y Movilidad del Ajuntament de Barcelona, y del Gremi de Recuperació de Catalunya.
- Visitas a Punts Verds de los barrios El Poblenou, Font Pienc y Sagrada Família; así como a las Deixallerías de municipios cercanos: Molins de Rei, Pallejá y l'Hospitalet de Llobregat.
- Visitas a diferentes tipos de organizaciones e iniciativas relacionadas con los residuos y con objetos de segunda mano como Millor que Nou ("Servei

d'autoreparació i intercanvi de l'Àrea Metropolitana de Barcelona"), Restart Party y el Mercat dels Encants.

- Revisión y análisis de documentos legales y normativos divididos en tres categorías: extranjería y trabajo, espacio público y residuos. Aunque esta lectura crítica incluyó numerosos documentos se concentró respetiva y privilegiadamente en algunos de mayor pertinencia y relevancia así: la *Ley Orgánica 4-2000, de 11 de enero, sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social* y la *Ley Orgánica 2-2009, de 11 de diciembre*, que la modifica; la *Ordenanza Municipal sobre el ús de les vies i els espais públics de Barcelona* (15 enero 1999), la *Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público de Barcelona* (23-12-2005) y *L'Ordenança d'usos ciutadans de l'espai públic* (30-10-2017) que constituye una modificación y actualización de la anterior; y la *Ordenanza del Medio Ambiente* (2 de mayo 2011), la *Llei 6/1993, del 15 de juliol, reguladora dels residus*, el *Real Decreto 209/2018, de 6 de abril, por el que se aprueba el Plan Territorial Sectorial de Infraestructuras de Gestión de Residuos Municipales de Cataluña*, y la *Ley 22/2011, de 28 de julio, de residuos y suelos contaminados*, de cobertura nacional.
- Finalmente, se mantuvo también una revisión de artículos de prensa pertinentes al caso de dos maneras: primero organizando un archivo compuesto por tres diarios de circulación nacional y con clara cobertura de lo que sucede en Barcelona: El País, La Vanguardia y El Diario. Se organizaron y consultaron artículos relevantes a partir de 2010 de entre los primeros 150 resultados de la búsqueda en sus sitios web oficiales a partir de la palabra clave *chatarra*. Esta consulta, la clasificación y archivo fue realizada en septiembre de 2018 y permitió una revisión crítica del cubrimiento sobre los colectivos de chatarreros y sus diversas coyunturas especialmente de forma previa al comienzo de mi propio trabajo de campo cuando ya habían entrado, desde hacía relativamente poco, en el olvido mediático y político. Segundo, a partir de allí se sostuvo la incorporación y lectura de nuevos artículos mediante una revisión regular dentro del propio avance de la investigación que incluyó, además

de los anteriores, otros diarios como El Punt Avui, El Periódico, Catalunya Diari, El Mundo, Diari Ara, The Guardian, entre otros nacionales, locales e internacionales que permitieron mantener presente la existencia de otros colectivos de chatarreros, ciertas condiciones más amplias y generales, las coyunturas de otros grupos de migrantes senegaleses dedicados a otro tipo de trabajos e iniciativas (en especial los manteros de Barcelona y Madrid) y el sostenimiento de los flujos migratorios.

Para terminar (y dar comienzo), es importante referirme al orden del texto con relación a la aproximación metodológica al colectivo y a las relaciones de estudio.

El tercer y próximo capítulo, acerca de la trayectoria del colectivo y de los sujetos que lo componen, está nutrido por informaciones documentales previas al inicio del trabajo de campo y etnográficas obtenidas en diversos momentos entre finales de 2016 y finales de 2019.

A partir de allí, en los capítulos del 4 al 8, desarrollo el contenido en el orden mismo en el que los acontecimientos y las relaciones iban surgiendo de las interacciones paulatinas, progresivas y acumulativas durante el trabajo de campo. En el comienzo de la escritura final he procurado una linealidad instrumental concordante con una especie de organización externa del trabajo del chatarrero desde la recolección en las calles, a la transformación en la *Sunu Village* y finalmente al intercambio en bodegas de gestores intermediarios; sin embargo, he comprobado que dicho orden operativo no era más que artificial y que el principio y la lógica de la finitud a la que acudía resultaba muy impreciso respecto de un trabajo y una forma de relaciones con la materialidad que operan más como una totalidad continua que como un proceso lineal. Además, esta racionalidad impuesta, aunque perseguía honestamente cierta inteligibilidad a partir del orden y la clasificación, resultaba limitante respecto del verdadero amplio y dinámico espectro de las relaciones de interés. Por estas razones, posteriormente he abandonado deliberada y estratégicamente dicha linealidad y he optado por una organización del texto y los argumentos orientada por el trabajo de campo mismo, obedeciendo a los tiempos, el orden y la forma en que me iba siendo posible acceder a los diferentes asuntos de interés. De esta manera estimo haber

permitido mayor profundidad y *textura* en las descripciones e interpretaciones que elaboro y no haber sometido o limitado el campo de análisis y reflexión a una racionalidad instrumental reduccionista.

Finalmente y de manera consecuente, el noveno y último capítulo presenta lo que he llamado la *fase final* de la *Sunu Village*, coincidente con la última etapa del trabajo de campo y que incluye también informaciones construidas a partir de aproximaciones complementarias específicas posteriores para intentar dar cuenta del estado actual del colectivo de estudio y algunas condiciones relacionadas con este, pretendiendo al tiempo enfatizar en la continuidad de sus relaciones y, aunque resulte evidente, en que lo único que aquí termina es la etnografía misma.

III

TRAYECTORIAS

El caso del colectivo de hombres senegaleses dedicados a la recuperación informal de residuos en la ciudad de Barcelona es uno en el que, respecto a lo que atañe a sus experiencias territoriales, esto es, de relación con los espacios de origen, tránsito y destino se entrelazan diversas condiciones, procesos y experiencias que terminan por hacerlos engrosar las filas de una *fuerza de trabajo pura*; “a pure labor-power, with no guarantees, no protections, ready to be moved from place to place and job to job” (Federici, 2019). Una fuerza de trabajo individualizada pero infatigable a pesar de (o precisamente por) su precaria condición económica y la ausencia de un lugar de referencia y permanencia estable, condición esta última que caracteriza centralmente su experiencia y su lucha espacial en destino.

Presionados por ciertas obligaciones de parentesco, motivados por su propia concepción del trabajo y la construcción de ciertas expectativas que sobrevaloraban la realidad del contexto de destino, y reduciendo la incertidumbre gracias a una especie de *efecto llamada*, terminan enrutados en un proceso de flujo laboral intercontinental que, sin temor a equívocos, hace parte de las grandes cadenas de explotación transnacional que crean una fuerza de trabajo marginal y desprotegida en las grandes ciudades occidentales (Graeber, 2006).

La decisión de la migración tiene bases fundamentalmente económicas y las expectativas, en este orden de ideas, están orientadas al mejoramiento de las condiciones de vida de ellos mismos y de su grupo familiar en origen mediante el trabajo de alguno(s) de sus miembros en destino. De esta forma, las relaciones de parentesco y las obligaciones con el grupo familiar constituyen una base causal fundamental de la migración y de sus expectativas laborales.

En este caso, se trata de un colectivo particular de hombres senegaleses que, al momento del inicio de esta particular aproximación, habitan y trabajan principalmente en el distrito de Sant Martí y el barrio del Poblenou. Tienen entre 22 y 40 años y el tiempo que llevan en España es muy variado: algunos hasta 18 años y otros solo 4. Sin embargo, la mayoría de los hombres más visibles y con una aparente mayor jerarquía dentro del colectivo emprendieron su viaje entre los años 2000-2002 y 2010. Su origen específico dentro del Senegal también es muy diverso, así como su pertenencia étnica (Wolof, Fula, Diola, etc.), sin embargo, la mayoría expresa una adscripción espiritual (más que religiosa) al islam sufí predominante en su territorio. No se conocen desde el origen, ni han sido recomendados unos a otros, el colectivo se conformó en Barcelona por la fuerza de la cultura y la supervivencia.

A pesar de estas variaciones, la idea sobre la familia resulta, al menos en términos generales, muy homogénea. Y la forma en como esta idea se concreta en la experiencia personal y las relaciones de parentesco también comparte una concepción muy concreta: la familia como un “bloque”, para usar la propia expresión de US, uno de estos hombres. La familia funciona como una unidad total en la que los individuos no se conciben como sujetos independientes sino como partes de un conjunto funcional, y todos sus esfuerzos se orientan a las finalidades colectivas. Esta forma de comprender las relaciones familiares le confiere a cada cual un lugar muy específico dentro del grupo.

Esto crea entonces un conjunto de relaciones de parentesco que también representan una serie de obligaciones. La familia confiere a los adultos jóvenes responsabilidades y obligaciones orientadas al mejoramiento de la situación económico-monetaria del conjunto.

De esta forma, se consolida la idea misma de la migración como una posible fuente de oportunidades familiares para mejorar sus condiciones de vida en el lugar de origen. Mediante mecanismos internos de autoselección, la posible migración de hombres de entre

20 y 30¹² años principalmente, especialmente hacia territorio mediterráneo (España, Francia e Italia fundamentalmente), cristaliza esta oportunidad y define un futuro inmediato poco previsible y muy inestable sobre el que, no obstante, se depositan grandes expectativas. La idea de un futuro mejor se conecta fuertemente con la migración de modo que la movilidad social solo es vista como posible vinculada a la movilidad geográfica (Narotzky & Besnier, 2020).

Basados en motivaciones fundamentalmente económicas y en las expectativas de encontrar un trabajo relativamente estable y bien pago, el objetivo del proyecto migratorio consiste fundamentalmente en el envío de remesas, lo que usualmente se combina con el envío de pequeños electrodomésticos, ropa, juguetes y otros bienes de consumo.

Ya en destino, estos hombres han experimentado una radical transformación de sus modos de vida, de sus costumbres, de sus medios de subsistencia y de sus formas laborales. Nunca, ninguno de ellos, se había dedicado a la recolección de residuos.

La conformación de un colectivo que asegura la supervivencia de cada sujeto es el soporte fundamental. En él se desarrolla una solidaridad centrípeta muy fuerte que, no obstante, es altamente conflictiva, transitoria y reafirma su aislamiento social.

Dicha conformación, que se ha dado de una forma que parece combinar cierta espontaneidad coyuntural con una táctica elemental de la supervivencia colectiva y localización estratégica, los ha conducido a un proceso de masificación y a una experiencia laboral y territorial que los llevó a la visibilización organizada (no tanto por su propia iniciativa sino especialmente presionada por las medidas institucionales a las que tuvieron que hacer frente) y que, a su vez, derivaron en su propia desactivación político-económica y dispersión geográfica.

¹² Según María Miyar y Luis Garrido (2010) El 22% de los inmigrantes africanos que entraron en España entre 2000 y 2008 tenían al momento entre 25 y 29 años. Una contundente mayoría de toda la oleada se concentra en el tramo de 20 a 49 años.

En el caso de este colectivo en concreto objeto de mi investigación las condiciones materiales de existencia son en extremo precarias y las condiciones físicas de su entorno expresan con dramatismo los límites de la miseria en un proceso de deterioro progresivo que no parece tener final.

Dada su condición de ciudadanía irregular, la informalidad (e ilegalidad en ocasiones) de sus prácticas cotidianas de supervivencia, y la marginación socioeconómica y la relegación espacial de las que son víctimas, se trata de personas “fuera de la configuración de la sociedad” (Douglas, 2007, pág. 114), sujetos sin una posición definible, excedentes, residuales, experimentando, sin tregua ni remedio, una trayectoria que parece tender irremediabilmente a la concreción de su propia inexistencia.

1. Contexto

Este no es un trabajo sobre migraciones, sin embargo, algunas cosas sobre este complejo particular pueden ser mencionadas para poner el caso en contexto. Y hacer alusión a algunas de sus particulares experiencias permitirá además demarcar ciertas condiciones de su proceso de movilidad geográfica, abandono de su lugar de origen y establecimiento en el destino.

La emigración del África en general, así como el particular flujo migratorio del África subsahariana a territorio español, es un fenómeno *multicausal*. Y la enorme variedad de condiciones en las que se producen las específicas movilidades en ese escenario de multicausalidad refuerzan por un lado la utilidad clasificatoria de ciertas correspondencias y coincidencias sociohistóricas, pero por otro lado indican también el limitado alcance descriptivo de las grandes tendencias y la necesidad del detalle circunscrito. Por ello es necesario, así sea en breve, enunciar ciertas condiciones generales que aplican al caso por su particular localización espaciotemporal; pero también enunciar ciertas experiencias o

ideas específicas (personales, individuales) que, gracias a su singularidad, expresen el alcance de la verdadera conflictividad.

No obstante esta multicausalidad, existe un factor medular que cualifica al tiempo el fenómeno de los flujos migratorios en general y la migración de este grupo en particular que es su indudable relación con las condiciones económicas de los contextos de origen y destino. “Es una relación circular de causa efecto que se presenta ante nosotros como un bucle imperecedero”. A diferencia del fenómeno de los *refugiados* “el resto de movimientos poblacionales suelen derivarse de situaciones económicas deficitarias, y/o de un escalón significativo entre las economías de los países emisores y los receptores” (Sacada, 2015, pág. 52).

Las diferencias demográficas y socioeconómicas entre los países de Europa y los del norte del África, suelen ser los principales factores explicativos del fenómeno migratorio, con lo que puede hablarse de un fenómeno motivado por las presiones, necesidades y distancias económicas, y detonado por la desigualdad que ha consolidado un claro eje y dirección migratorio sur-norte.

Dado este sobresaliente carácter, desde el campo de la economía, y la econometría particularmente, se han desarrollado múltiples *modelos* descriptivos y explicativos orientados fundamentalmente a la construcción de caracterizaciones sociodemográficas de los grupos migratorios, a la descripción de ciertas características generales de los movimientos mismos, y al análisis de las motivaciones y los efectos de las migraciones dentro de este específico pero amplio espectro económico, lo que en ocasiones ha conducido también a la predicción de movimientos futuros (Faura & Gómez, 2001). En general coinciden en concluir que el surgimiento del fenómeno migratorio está asociado principalmente a la expectativa de mejora económica, con lo que las diferencias económicas entre los países constituyen el primer detonante y vinculante del proceso.

Con relación al lugar del factor económico en la decisión de la migración, Marta Saceda señala el importante hecho de que el nivel de desarrollo de las economías de países subsaharianos no logra “detentar los medios productivos necesarios con los que absorber la mano de obra existente” (Saceda, 2015, pág. 57) en un contexto de gran presión demográfica caracterizada por la juventud de su población que en numerosas ocasiones debe ocuparse en prácticas y puestos que no producen una retribución suficiente para suplir las necesidades familiares. Por su parte, España y Europa occidental en general, presentan unas condiciones casi diametralmente opuestas que por ello mismo sugieren una especie de *coincidencia migratoria*. Al eminente envejecimiento de su población se ha sumado un marcado distanciamiento de las poblaciones autóctonas respecto de cierto tipo de puestos u ocupaciones laborales. A pesar de la visible correspondencia y la irrefrenable movilidad que esta detona, los acuerdos políticos brillan por su ausencia; “en la práctica, estos puestos de trabajo han ido nutriéndose de la mano de obra inmigrante e ilegal que alcanzaba Europa sin control alguno. Ausencia de control fronterizo efectivo y explotación laboral de los inmigrantes sin papeles son las dos consecuencias que se extrae de dicha situación” (Saceda, 2015, pág. 58).

Siendo el factor económico el motor principal de los grandes flujos migratorios, sobre el terreno de la coyuntura cotidiana específica, la vida económica personal y familiar condiciona y caracteriza parte importante de la experiencia migratoria, especialmente en lo que respecta a las motivaciones, las expectativas, la incertidumbre, la decisión, y el propio carácter objetivo y los sentidos asociados a un proceso en muchos casos de indeterminada duración e improbable culminación exitosa.

Por supuesto, la antropología ha dirigido no pocas veces su mirada al fenómeno migratorio, por lo general concentrada en los *migrantes* más que en las *migraciones*. A los estudios sobre el fenómeno y sus actores, muchos de ellos inspirados en las aportaciones de Robert Park (1928), Louis Wirth (1927) y otros importantes autores de la Escuela de Chicago, se articulan reflexiones sobre el multiculturalismo, el mestizaje, la integración, el racismo y la

segregación socioespacial. Otros, en aproximaciones similares, añadiendo la potente herencia de Simmel (1986), (2012) procuran abordar asuntos relacionados con la condición política del extranjero, la construcción de la diferencia y los conflictos que de ella derivan (Delgado, 2006), (Santamaría, 2000), (Gupta & Ferguson, 1997)). En otros casos se procura la reconstrucción analítica de discursos y representaciones producto de los desplazamientos (Clifford, 1994); o se estudia el fenómeno migratorio en términos de movilidad, como travesía por el espacio y las jerarquías sociales que deja una huella objetiva (Tarrus, 2000); y hasta pueden leerse relatos de primera mano acerca de experiencias migratorias concretas que dan cuenta de las múltiples violencias derivadas de los regímenes fronterizos (Khosravi, 2021).

Sin embargo, a pesar de estos importantes matices que permiten profundizar en numerosas direcciones diferentes, en ocasiones se presenta ineludible dar cuenta etnográfica de las formas cotidianas que adquiere esta dimensión económica en grupos dados y señalar su importancia en el proyecto y la experiencia migratorios dada su eminente centralidad.

En última instancia, el mejoramiento económico-material (dinerario en concreto y privilegiadamente) de las condiciones de existencia se encuentra siempre en la base de los fenómenos migratorios en general; así como la experiencia de movilidad suele estar relacionada, consecuentemente, con la vida laboral y con ello (al menos para el caso de la migración de los países del sur global hacia los países occidentales desarrollados) bajo el dominio de las lógicas del mercado. En este específico eje sur-norte las condiciones de vida y el *bienestar* del que aparentemente gozan las personas (*todas*) en Occidente constituye una visión, un objetivo probablemente de carácter utópico pero que se juzga realizable en origen y que orienta la decisión y la movilidad misma. Esto, muy a pesar de que ese bienestar -exclusivamente material- esté asociado y dependa inexorablemente del reconocimiento y la incorporación de ciertas formas de organización social en general y del desenvolvimiento efectivo bajo determinados modos que rigen los procesos y relaciones económico-laborales que son en principio ajenos (propiamente occidentales) además de

casi por completo desconocidos, sobre los que versa una profunda ignorancia y una distancia sociocultural enorme, insalvable.

Así, el trinomio mercado-trabajo-dinero cimienta el proyecto migratorio y caracteriza su proceso. En el fondo, las lógicas propias del *sistema de vida capitalista* de la mercancía y la competencia (¡del progreso económico individual y colectivo!), por distante que parezca de los sujetos migrantes y sus lugares de origen, es el motor propulsor de la movilidad intercontinental y da forma específica al marco en el que la experiencia migratoria se desarrolla imponiendo sus propios límites, jerarquías y localizaciones. En un plano más amplio, pero igualmente objetivo, se trata del incesante movimiento internacional de mercancías y personas característico de un régimen económico basado en la sobreexplotación de los recursos, en el consumo masivo, y en la explotación de la fuerza de trabajo (Fabregat, 2001).

En efecto, también en esta particular etnografía los asuntos económicos sobresalían como motivante inicial y objetivo fundamental del proceso migratorio individual y familiar; de igual manera que aparecía el trabajo como mecanismo inmediato y fundamental en el proceso, como la vía ineludible para intentar alcanzar dicho objetivo. También, por supuesto, la vida económica y laboral (y en concreto el dinero), se hallan en el centro de la vida cotidiana en especial en aquellos casos, como lo es el que aquí se presenta, en los que el proceso migratorio no alcanza una verdadera culminación precisamente por la imposibilidad de construir cierto relativo equilibrio entre las expectativas y las realidades, y por las consiguientes condiciones de vida a nivel personal y social que este estado de cosas genera.

Algunas cosas fueron visibles en esta dirección, aunque en términos generales el asunto de la migración era un tema visiblemente evadido en tanto experiencia de movilidad geográfica y social y con relación a sus condiciones de ciudadanía especialmente, por ser cuestiones sobre los que ya han experimentado un particular desgaste y porque aún hoy son prueba (junto a otras) de su fallido intento.

AB es un hombre con un carácter recio y de hablar seguro y sin tapujos, oriundo de Mbour (entre Dakar y Sant Louis) donde se dedicaba a la actividad pesquera. Ahora sobrevive como chatarrero cuando es preciso e intenta dedicarse a la reparación y venta de bicicletas. Es un fuerte y hábil recuperador: recoge, limpia, vende, acumula, repara, rearma, construye a un ritmo y con una eficacia impresionantes. AB decía al respecto de sus motivaciones para migrar, con cierto aire de obviedad (que de hecho parecía intentar señalar lo tonto y obvio de mi pregunta), lo siguiente:

“[...] Para trabajar y ganar dinero vinimos, ¿si no que más? (mirando a AM como si le preguntara a él esperando cierta aprobación) [...] acá vinimos porque se podía ganar dinero y conseguir trabajo, el que te diga otra cosa es mentira [...] Yo era pescador, sí, pero eso cada vez estaba peor. Lo que pasa es que acá también es duro para ganarse cualquier cosa, porque hay que trabajar mucho y tienes la policía y todo eso... pero ¿qué más? [...]”¹³

Sobre la dedicación al trabajo, las capacidades para enfrentarlo y la indestructible decisión de seguir adelante con su propósito migratorio–laboral, H2 decía (con la aprobación gestual de H1) en una espontánea conversación sobre el trabajo: *“nosotros podemos aguantar lo que sea [...] lo que haya que hacer ¿sabes?”¹⁴*.

En cierta otra ocasión, durante la primavera de 2016, coordinamos entre varios investigadores y el Espacio del Inmigrante, en sus instalaciones del barrio El Raval, una reunión a la que acudieron también varios activistas interesados y miembros de otras asociaciones y en la que los invitados centrales compartían el hecho de dedicarse a alguna forma de trabajo informal callejero. Se trataba de una reunión en la que procurábamos un grupo de reflexión colectiva en torno a estas formas laborales y a las cuestiones que sus propios actores consideraran importantes sobre estas. A esa primera y prolija reunión asistieron transportadores de Rick Shaw, una prostituta (integrante del colectivo *putas indignadas*), manteros (algunos miembros del colectivo Top Manta y otros que aún

¹³ *Sunu Village*, 5 de julio de 2016.

¹⁴ *Sunu Village*, 17 de marzo de 2017.

trabajaban como tales), músicos callejeros miembros de un colectivo autorizado y formalizado (y por ello, como dejaron claro, enormemente conflictivo), camareras de hoteles (del colectivo Las Kellys), y un chatarrero invitado por mí: AM, quien ofreció una enorme resistencia para asistir y al final compartió algunas breves pero contundentes palabras sobre sus motivaciones, las expectativas y la experiencia real:

“Nosotros trabajamos duro, él sabe (señalándome a mí), el trabajo en la calle es duro [...] y a nosotros nos cuesta mucho ganar algo con la chatarra [...] pero igual lo que queremos es trabajar; nada más.

[...] aquí vinimos a buscar trabajo y para mejorar y poder enviar algo a la familia allá ¿sabes? Pensábamos que aquí había trabajo y que podíamos ganar algo de dinero y estar mejor [...] uno siempre piensa eso ¿no?”¹⁵

Su intervención terminaría con una fuerte sentencia que será reseñada más adelante, al final de este trabajo. Inmediatamente después de hablar, AM se levantó de su silla (estábamos sentados formando un amplio círculo de forma que podíamos vernos entre todos) visiblemente aburrido y tal vez un poco ofendido porque había sido casi que obligado a hablar -por lo que no pude evitar sentirme culpable dada mis repetidas insistencias para que asistiera y contara parte de su experiencia-. Salí rápidamente detrás de él y hablamos un poco en el pasillo, me dio a entender que no me preocupara, que todo estaba bien entre nosotros, pero que no le gustaban estas reuniones y se quería ir. Acto seguido me invitó a un piso en el mismo edificio donde estábamos y que ocupaban conocidos suyos (senegaleses también) con quienes bebimos, fumamos y reímos para después de no mucho tiempo irnos cada uno por su lado.

Por supuesto, muchos otros factores se suman como causas fundamentales de la específica y numerosa emigración del África, principalmente hacia los países del norte y sur occidente de Europa. Concretamente en el África subsahariana los conflictos armados, las violaciones de derechos humanos, la crisis climática y especialmente la inequidad en el acceso a ingresos, seguridad social-médica y educación conforman un conjunto de buenas razones para emprender el viaje y el proyecto (Rosa Luxemburg Stiftung, 2019).

¹⁵ Espacio del Inmigrante, El Raval, abril de 2016.

Por otra parte, es importante añadir a estas causas de la emigración africana (que terminan afectando la dimensión económica personal y familiar de los migrantes) las relaciones entre grandes intereses privados occidentales y las corruptas elites políticas locales quienes acumulan una enorme riqueza en medio de una profunda crisis económica generalizada y una pobreza acuciante. Estas relaciones, que en numerosas ocasiones tiene que ver con la explotación de los recursos naturales (abundantes en muchos países tropicales justamente) achican la atención del Estado y restringen las posibilidades de desarrollo económico local, sometiendo al continente a un empobrecimiento forzoso de un lado y un enriquecimiento (foráneo y de la oligarquía local) sin desarrollo del otro que terminan por presionar la emigración de grandes porciones de la población en busca de una vida mejor (García, 2006/2007). Un ejemplo especialmente pertinente para este caso es uno de los mencionados por Cristina García que involucra precisamente al Senegal y a España:

*“[...] desde que el presidente Abdoulaye Wade firmó concesiones de pesca con diversas firmas de grandes barcos extranjeros que saquean los caladeros, los nacionales se ven obligados a comprar una licencia de pesca que no pueden pagar, por lo que esta actividad ha dejado de ser su medio de vida. Del dinero pagado por las concesiones, nada llega a la población. **El mejor uso que los senegaleses pueden dar a sus cayucos es utilizarlos como transporte hacia las islas Canarias.** Esto ha alarmado al Gobierno de España, que ha optado por pagar a Senegal y Mauritania para que permitan la repatriación de los que llegan a las costas españolas. Todo ello revierte en más enriquecimiento para las oligarquías senegalesas, mientras la población se empobrece y desespera cada vez más.” (2006/2007, pág. 93)*

Según datos presentados por el diario económico *Expansión*¹⁶ y documentos publicados por el Comité de Desarrollo del Parlamento Europeo (Bernardini & Urbina, 2018), Senegal es un país con una tasa media de emigración correspondiente a cerca del 4% del total de su población. La migración senegalesa es mayoritariamente masculina con una contundente superioridad de casi el 62%. Entre el año 2000 y el 2019 el número de emigrantes senegaleses se ha casi que duplicado pasando de 394.614 a 642.654. De estos últimos,

¹⁶ Recuperado de:

<https://datosmacro.expansion.com/demografia/migracion/emigracion/senegal?anio=2019#geo0>

51.789 se encuentran en España, cuarto principal país de destino después de Gambia, Francia e Italia.

La encuesta *MAFE – Senegal en Europa* (Proyecto MAFE: Migrations between Africa and Europe)¹⁷ presenta un interesante análisis de datos útiles para poner algunos asuntos más en contexto. El estudio es especialmente pertinente pues coincide, no solo temporalmente, con el colectivo aquí caso etnográfico y que con seguridad hacía parte del universo del estudio. En 2008 se encuestaron a 200 personas en cada uno de los tres principales países destino en la UE (Francia, Italia y España): nacidos en Senegal, de entre 25 y 70 años y que hubieran entrado a Europa siendo adultos. Los dos principales factores – estrechamente relacionados entre si – que han intensificado la migración senegalesa a estos destinos son la demanda laboral en Europa y la inseguridad económica en Senegal que se tornó crítica en la década del ochenta debido a una profunda recesión económica y a la desregulación económica y liberalización de la política económica. Esto, sumado a la puesta en marcha de políticas migratorias restrictivas por el gobierno francés motivaron la intensificación de la migración hacia Italia y España y el surgimiento excepcional de dos nuevos destinos en concreto: Lombardía y Cataluña, que coincidía con la desregulación del mercado de trabajo en ambos países. La migración senegalesa (esencialmente económico-laboral como se ha visto) no se ha visto significativamente reducida a pesar del progresivo endurecimiento de las restricciones en las políticas migratorias y laborales, y el control fronterizo en origen y destino; “las cifras de migración no se vieron afectadas hasta que tuvo lugar la recesión económica de 2007, que supuso reducir las oportunidades de empleo en Europa” (Baizán, 2019).

Para el año 2008 cerca del 80% de los senegaleses en España eran menores de 35 años y llevaban allí, de media, entre 7 y 8 años. El origen y la situación socioeconómica de estos y sus familias al momento de su partida los ubica en una especie de estatus medio en el que se ven presionados a emigrar en busca de mejorar las condiciones materiales familiares,

¹⁷ Recuperado de: <https://mafeproject.site.ined.fr/en/>

pero aun así logran disponer de los medios necesarios para, al menos, emprender el viaje. En España el perfil educativo es significativamente bajo: casi el 50% con primaria incompleta y un 16% nunca escolarizado; en destino, ausencia absoluta de senegaleses que estuviesen estudiando. Un importante 13% de los senegaleses en España ha hecho tránsito en algún otro país africano diferente, lo que en parte explica el escaso arribo al país de destino por carretera. La gran mayoría (60%) han llegado a territorio español por avión, pero un significativo 26% había llegado por mar (el 92% de estos en patera o cayuco). Finalmente, debido a que estos datos se refieren al año 2008, no reflejan los efectos de la crisis económica por lo que en España más del 90% se declaraban en activo, con una importante preponderancia del tipo de empleo manual y un escaso 2% de empleos de alta cualificación. (González-Ferrer & Graus, 2012). En general entre las ocupaciones más recurrentes, que no parecen haber variado mucho hasta ahora, se encuentran las de peón agrícola, operario industrial, vendedor ambulante y recolector de residuos (Baizán, 2019).

Durante la década de 1990 España se consolida como un país de inmigración. En un proceso que surge a finales de la década de los setenta que coincide, entre otros, con el primer flujo de inmigración senegalesa, comienza a transformarse de país netamente emisor, como lo había sido hasta ese momento y desde la primera guerra mundial, en un país receptor con uno de los más apreciables flujos migratorios de Europa. Forma parte así del llamado “modelo mediterráneo”, junto a Italia, Portugal, Grecia y Malta, de “nuevos destinos migratorios” (Jabardo, 2011, pág. 88).

Ya a partir del año 2000 España ha tenido una de las tasas de inmigración más altas del mundo. Del año 2000 al año 2011 el porcentaje de población residente de nacionalidad extranjera respecto de la población total subió del 2,28% al 12,19%. En el año 2001 un total de 1.370.657 habitantes eran inmigrantes -el 3,33% de la población-, 317.242 de estos procedían del Continente Africano, un 23,15% de la población inmigrante; en el año 2012, el momento del pico numérico más alto, las cifras totales de la población inmigrante ascendían a 5.736.258 de los que 1.102.351 eran de origen africano.

A pesar de que siempre ha ido en aumento desde el año 2000 y hasta el año 2013, la población senegalesa en España sigue siendo significativamente minoritaria. No obstante lo que pueda parecer dadas las múltiples imágenes mediáticas que parecen relacionarlos con las ideas de “llegadas masivas” e “invasión”, para el año 2013 apenas representaba el 5,63 % del total de la población africana residente (Urdampilleta, 2015, pág. 451).

En términos generales (para cerrar y terminar de localizar el caso de estudio) se puede decir que la migración senegalesa a España ha experimentado tres grandes oleadas que son discernibles entre sí, pero cuyas variaciones y transformaciones siempre se dan sobre la base del carácter económico-laboral del objetivo y el proceso migratorios.

El inicio del primer flujo, hacia finales de la década del setenta, coincide entonces con procesos de deslocalización de la producción y desindustrialización, que en parte provocan el acelerado crecimiento de la actividad económica informal. Europa reorienta sus políticas migratorias durante esta época hacia medidas prohibitivas y la restricción de la migración laboral. Los nuevos países receptores del mediterráneo endurecen su política y su control fronterizo; España aprueba la primera ley orgánica sobre extranjería (LO 7/1985) que además de que “tenía un claro perfil policial [...] creó la situación jurídica del «inmigrante» y generó la categoría del «ilegal»” (Jabardo, 2011, pág. 88); de allí que la inmigración mediterránea en general, frente a una legislación fundamentalmente restrictiva, no pueda desligarse de esa clasificación marcada y caracterizada por la ilegalidad. Esta primera oleada estaba conformada fundamentalmente por varones de pertenencia étnica mandinga en su mayoría gambianos y senegaleses, aunque también incluía malineses y guineanos. Debido a su origen geográfico -el sur del Senegal- la mayoría eran de procedencia rural, lo que, sumado a la transición del desarrollo agrícola hacia una modalidad extensiva en el lugar de destino, explica su concentración geográfica y laboral en el Maresme catalán y en las actividades agrícolas respectivamente.

“Fue la regularización extraordinaria de 1991 la que destapó la importancia de las provincias de Barcelona y Girona, donde se concentraron más del 80% de las

peticiones de regularización de los inmigrantes (oficialmente) gambianos” (Vázquez, 2011, pág. 135).

A mediados de la década de los ochenta surge un nuevo flujo proveniente mayoritariamente de la zona de Dakar. En este predominan la proveniencia étnica wolof y la particular adscripción a la cofradía muridí que se desarrolla y sostiene en torno al dogma impulsado por Cheik Ahmadou Bamba y que resulta central en la conformación de redes de colaboración no solo espiritual sino también socioeconómica dentro y fuera de su propio territorio. Estos mourides orientan su proyecto migratorio hacia ocupaciones relacionadas con el comercio (fundamentalmente en el sector informal), lo que introduce nuevos cambios en el perfil migratorio, ahora compuesto por redes transnacionales de varones solos que en función de su movilidad geográfica y la precariedad de sus empleos no procuran (por retorno) ni aplican (por solicitud en destino) a la reagrupación familiar¹⁸.

La última gran oleada migratoria del Senegal a España da inicio hacia finales de la década de los noventa y acompaña, en sus primeros años, una significativa expansión del fenómeno en general. Entre 1998 y 2002 la inmigración en España creció un abrumador 318,2% y la senegalesa en particular un nada despreciable 164,9% (Vázquez, 2011). Posteriormente la cantidad de población senegalesa en España se mantiene en aumento constante, aunque con variaciones en el porcentaje del crecimiento interanual y un leve descenso en el año 2014.

La formulación de la Ley Orgánica de Inmigración y Extranjería 4/2000 a pesar de contener una notable serie de restricciones y mantener una especie de carácter vigilante sobre los que salta a la vista además el papel de “gendarmes de las fronteras” que los países del norte han impuesto a los del sur a través de la Comunidad Europea (Jabardo, 2011, pág. 88), también ha procurado un importante incentivo al registro de la población extranjera ya que

¹⁸ Robin, N. (1996): *Atlas des migrations ouest-africaines vers l'Europe 1985-1993* Eurostat-Paris, Orstom éditions. En: Vazquez, I. (2001). *El desafío estadístico de ser emigrante senegalés en España: un estudio comparativo de las fuentes secundarias en origen y destino sobre la inmigración senegalesa en España*. Migraciones, 127-155.

reconoce que “la inscripción padronal conlleva el derecho de acceso a servicios públicos gratuitos como la sanidad o la educación” (Miyar & Garrido, 2010, pág. 12), lo que produjo a su vez no solo un empadronamiento masivo, sino también -tal vez contradictoriamente a lo pretendido- un efecto de atracción para nuevas entradas que disminuía la indecisión y aligeraba las ideas sobre las posibles dificultades que traería la irregularidad.

Entre los años 2001 y 2004 el número de senegaleses registrados se duplicó y las entradas irregulares se dispararon inestimablemente. Durante la primera mitad de 2006 la situación se tornó dramática (y mediática) en lo que se denominó el *fenómeno* (o la crisis) *de los cayucos* que llevaba ya un tiempo (desde el comienzo de esta gran oleada) consolidando una nueva ruta entre Senegal y España. Surge un nuevo cambio en el perfil migratorio caracterizado por la orientación laboral, la ilegalidad del trayecto y la entrada, la mayoritaria concentración de varones entre 25 y 29 que se dedican en destino a actividades comerciales informales, y el endurecimiento de la vulnerabilidad social y económica en destino. En ese breve lapso más de 9000 personas del África occidental llegaban a las costas de las Islas Canarias, el 80% de ellos procedentes del Senegal (Jabardo, 2011). Según la Organización Internacional para las Migraciones durante todo el 2006 llegaron a España más de 41.000 personas, al menos 31.000 de ellas a las Islas Canarias.

Recientemente (2019) y desde 2016, según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) de la ONU, Senegal presenta un nuevo importante aumento de sus partidas hacia España. Los nacionales de los países de Guinea, Mali, Costa de Marfil, Gambia y Senegal componían mayoritariamente las llegadas en 2018 desde el África occidental por la Ruta Occidental del Mediterráneo en las que arribaron más de 58.000 personas. Según el estudio *Nueva Dinámica Migratoria en Senegal*, llevado a cabo por la OIM “La migración irregular a lo largo de la Ruta Occidental del Mediterráneo sigue siendo un fenómeno que afecta principalmente a personas jóvenes de sexo masculino (edad promedio: 31 años). [...]

Más del 70% cuenta con ingresos mensuales de entre 50.000 y 150.000 FCFA (entre 83 y 250 dólares), que proceden principalmente de actividades pesqueras y agrícolas”¹⁹.

El caso de estudio que aquí comienza a ser objeto etnográfico hace parte de este gran último flujo migratorio sostenido y, en especial, localiza a sus principales actores como integrantes de ese concreto estallido de procesos de migración especialmente difíciles bajo unas condiciones de vulnerabilidad extremas. Una vez llegados, después de *librarse* de las represiones derivadas de su condición de viajante *ilegal e irregular* y por lo general después de enfrentar una difícil situación de abandono, se dedican fundamentalmente a la recolección y recuperación informal de residuos metálicos. Dentro del grueso de la población senegalesa en España, este grupo hace parte de lo que parece el estrato socioeconómico más bajo. A pesar de su evidente espiritualidad y el manifiesto seguimiento de la obra y dogma de Ahmadou Bamba y sus sucesores, se hallan desvinculados formalmente de las cofradías por lo que no gozan del respaldo y la relativa estabilidad que confiere la pertenencia a una de estas específicas redes y con lo que consecuentemente experimentan una inestabilidad y fragilidad mayores. No obstante, la fuerza del sostenimiento cultural, la conciencia sobre la existencia de pares que comparten experiencias migratorias, así como situaciones similares de exclusión socioeconómica y segregación espacial en destino, y las premuras económicas individuales los llevaron a la conformación espontánea de un colectivo que, aunque inestable y visiblemente efímero, les permita asegurar al menos la supervivencia mínima.

2. La idea de migrar

La idea sobre la posible migración, sobre una migración en concreto: en el seno de una familia que señala sujetos específicos con nombres, cuerpos y vidas propias, tiene un evidente y pesado carácter económico. Aunque depende en gran medida de la decisión final

¹⁹ El más reciente estudio de la OIM sobre tendencias migratorias en Senegal explica el pico en llegadas a España (2019). <https://www.iom.int/es>

del sujeto migrante, se trata de un proyecto y un proceso familiar cargado de grandes expectativas materiales y obligaciones morales por un lado e innumerables dificultades por otro.

De otra parte, una vez abocados al proceso, la movilidad geográfica forzosa misma consiste en un brutal proceso de desterritorialización; es un abandono individualizado fáctico del territorio al que se está arraigado, de los modos de vida, de la propia posición y la red de relativas protección y seguridad; un desprendimiento que lanza por los aires cualquier posibilidad de construcción de un relato estable o de un control sobre la experiencia misma que permita auto-referenciarse espacialmente en medio de ella y no solo respecto de un tiempo pasado en un lugar abandonado.

A pesar de que es ya observable una transformación de las tipologías de familias en el Senegal hacia un modelo nuclear compuesto por padres e hijos, según la Agencia Nacional de Estadística y Demografía el 83% de los hogares son extendidos, compuestos por personas con distintos grados de parentesco; en un hogar senegalés hay, en promedio, 8,3 personas²⁰.

US es un hombre de 43 años que proviene de una familia de este tipo, con el que pude compartir espacios diferentes dentro de la cotidianidad del colectivo (especialmente la comida) y sostener algunas conversaciones que, aunque no fueron muchas si tuvieron la ventaja de tener lugar a lo largo de un amplio período del trabajo de campo.

Nacido en la Casamanza o Casamance, al sur del Senegal, US habla perfectamente las lenguas africanas wolof, diola, mandinga y fula; por supuesto domina el francés y tiene un fluido castellano; además, habla un poco de inglés y catalán. Insistentemente se declara ajeno a cualquier adscripción religiosa que en su región acumula una importante diversidad

²⁰ Agence Nationale de la Statistique et de la Démographie (ANSD) [Sénégal] et ICF. 2017. Enquête Continue du Sénégal, Quatrième Phase 2016: Rapport de synthèse. Rockville, Maryland, USA: ANSD et ICF.

entre musulmanes, cristianos y animistas. No obstante, es un hombre profundamente espiritual a juzgar por la forma en que parece basar su vida en sencillos principios elementales sobre la vida misma como una especie de poder superior, sobre la familia, el trabajo, la humanidad (*los hermanos*). La repetida idea de “todos somos hermanos” en la que cree firmemente, como tantos otros, implicaba a su vez una particular forma de relacionarse con todo tipo de personas (sin perder su afinidad obvia, claro está) en un *mismo nivel*, en una especie de *franja totalizadora* que US dominaba de una forma sobresaliente. Parecía que podía implicarse con cualquiera y siempre fluir cómodo en la relación sin variar demasiado su propio modo.

Cuando lo conocí ya no era chatarrero, también fue vendedor ambulante en repetidas ocasiones, pero lo cierto es que no hace parte de esa red; en ese momento lideraba una de las principales cocina-restaurantes de este particular colectivo desde su conformación inicial masiva y silenciosa, luego visibilizada por diferentes circunstancias y, llegado el límite, por ellos mismos de manera intencional. A esta fuente de ingresos que representaba la base fundamental, US lograba sumar otras actividades remuneradas, numerosas y diversas, aunque intermitentes. Le oí hablar de un gran trabajo de pintura alguna vez (que además recuerdo que se podía notar en sus manos y las puntas de sus zapatos), en repetidas ocasiones dijo hacer trabajos de jardinería, hacía de todo y conocía mucha gente, y constantemente entraba y salía haciendo negocios de compra y venta de diferentes cosas (especialmente electrodomésticos de segunda). Su carácter creativo y adaptativo, las habilidades manuales y la fortaleza física, la presión misma de las necesidades lo han hecho una especie de *superviviente ejemplar* al que, dentro de todo lo malo (comparativamente al menos dentro del colectivo) le ha ido bien al final. Claramente se trataba de un hombre al que se le confería un gran respeto y admiración dentro del grupo, en definitiva, gozaba de un especial *valor social* que se expresaba en la organización espacial y económica del grupo y en la forma en que él en particular se las arreglaba para sostener la vida (Cole, 2014). La verdad es que, al momento de conocerlo, las condiciones de vida de la mayoría

eran mucho más difíciles; US era ahora un privilegiado dentro de los marginados pero que se lo había tenido que ganar a pulso:

“yo he hecho de todo hermano” (y por la forma en que lo narra también le ha sucedido de todo) “al principio, cuando llegué fue muy difícil, no más la llegada... y luego muchos años con la chatarra es un trabajo muy duro [...] después que yo veo y conozco he hecho de todo, de todo trabajo he hecho yo hermano [...] en el campo estuve también por Girona una vez, pero siempre estoy aquí y pongo el chiringuito [...]”²¹.

Tiene 4 hijos con 3 mujeres diferentes y cuando habla de la familia que conforma su hogar, es decir, para la que debe proveer, incluye, además de a sus hijos y las madres de estos, a su propia madre, sus hermanos, cuñados y sobrinos. A su padre no lo menciona y cuando pregunté por él fue rotundamente eliminado con un “no tengo padre”, nunca pregunté más.

Lleva 17 años en España (a 2021) y hasta la última vez que lo vi (finales de 2019) conserva un permanente contacto con su familia y una fuerte vinculación espacial y cultural con su lugar de origen que salta a la vista en particular por tres cosas: la calurosa y comprometida forma en la que habla de la familia (de la suya y en abstracto), una habitual referencia (verbal y visual) al territorio de origen y por los objetos de los que dispone, usa y habita.

Respecto de estos últimos US es un claro portador de una indiscutible vistosidad, sonoridad y elocuencia material (que quizá algún conocedor pueda considerar *cultural*). Sus coloridas y características prendas de vestir, sus múltiples accesorios entre pulseras y collares que se combinan con bolsos *de marca*, y su propia apariencia física de fuertes facciones con una imborrable sonrisa y enormes rastas adornadas, no dejan a nadie inadvertido. Su chiringuito en la *Sunu Village* estaba repleto, sin vacío alguno más que en puertas y ventanas, de

²¹ Creo importante mencionar que esta particular cita es extraída de una conversación que tuvimos el 22 de mayo de 2019, unos meses después de ocurrido el desalojo (desahucio) definitivo del lugar que concentró buena parte del trabajo de campo de la presente investigación -la *Sunu Village*-. Ahora, en otro espacio ocupado al que denomino *Casa Mayo* unos pocos de los miembros de un colectivo antes numeroso, aunque siempre efímero, comparten con otros grupos un gran espacio visiblemente dividido por nacionalidades, en donde antes funcionara una discoteca en el barrio del Poblenou. Cuando US dice “aquí” es claro que hace referencia a los diferentes lugares objetivos en los que su historia reciente y la del colectivo mencionado han ocurrido. Ambos sabemos que hablamos del lugar en donde nos conocimos, de los anteriores a ese, tan determinantes y que se mencionaran en breve, y de este en donde ahora estamos al que volveremos al final de este trabajo.

objetos, adornos, imágenes, afiches, telas, banderas, y cientos de cosas más alusivas al África y sus habitantes, dentro de los que destacaban un considerable número de tambores, al menos en relación con el reducido espacio; algunos de ellos, pequeños o viejos y con alguna avería, de hecho colgaban de una esquina entre el techo y la pared y solo bajaban eventualmente en las ocasiones en las que se sumaban al ritmo muchos de ellos y los principales ya se encontraban al uso. Aunque un poco ajenas a los intereses centrales aquí perseguidos, son inolvidables las ocasiones en las que pude estar presente durante estos repentinos *subidones* colectivos de percusión. La comunicación verbal se anulaba casi por completo dentro del chiringuito de US, el sonido en aumento de los tambores invadía el lugar y engullía toda sensación, todo era sonido y vibración, sobreponiéndose en cierto sentido sobre el estímulo visual del gran televisor que permanecía siempre encendido sin volumen (el equipo de sonido simplemente se apagaba), sobre el calor a veces sofocante y sobre el potente olor a comida fuertemente condimentada. Como además de US al frente de la cocina yo era el único que me encontraba en ese preciso momento *trabajando*, podía permanecer de principio a fin en la sesión. El chiringuito se llenaba, unos comían, otros bebían y fumaban, otros tocaban y otros esperaban su turno para hacerlo, “tal vez a la siguiente” parecían pensar, sin saber si la presente franja de improvisación terminaría en algún momento. Unos entraban y otros salían, parecían turnarse tácitamente mientras intercalaban el ineludible y duro trabajo con un breve lapso de potente musicalidad espontánea (nada venía en pocas cantidades en aquel pequeño lugar). A pesar de su número, conseguir tocar alguno de los tambores por un tiempo durante estas *fiestas* era difícil, especialmente para mí, y a veces implicaba una amigable, aunque tensa negociación, por lo que decidí traer de vez en cuando uno de los míos.

Volviendo al asunto, al hablar de su familia y de La familia en Senegal US dice:

“En mi país las familias son grandes, no es como aquí, allá somos muchos y la mayoría siempre estamos juntos [...] viviendo en el mismo lugar, o si no pues allí mismo”. No hay un pleonasma aquí, con “el mismo lugar” US se refiere a la misma vivienda o terreno y con “allí mismo” señala un mismo territorio (pequeña región, barrio) de autorreferencia familiar. Sigue después: “[...] no es que cada cual va por su lado, tienes la familia y hay que estar unidos, juntos así alguno se vaya o tenga

que irse ¿me entiendes? [...] la familia es como un bloque y se van sumando y va creciendo...”²²

La elocuente gestualidad de US acompaña esta idea con una claridad visual inigualable, imposible de pasar por alto. En la sola aparente contradicción entre la realidad de una familia extendida con muchos grados de parentesco y la familia como un bloque sólido, fuerte, protector, parece desarrollarse un conjunto funcional muy claro respecto de sus relaciones y posiciones.

Más adelante, él mismo vuelve a la conversación y, hablando de la forma en que la familia va creciendo, lo explica y mucho más:

“[...] pues si tienes una mujer es para tener hijos ¿no? Así la familia crece y sobre todo la mujer se suma y es madre y entonces cada vez es más difícil viajar sobre todo para ellas. Las mujeres son las mares de la familia ¿entiendes?”²³.

El matrimonio es entonces, además de un medio de crecimiento y fortalecimiento familiar, un mecanismo de fijación territorial discriminado por género mucho más contundente e invariable sobre las mujeres dado su rol de *madres*, no solo de sus propios hijos sino en general dentro de la familia por extenso. Se trata de “las madres de la familia”. A su vez los hombres por lo general tienen la responsabilidad sobre las actividades familiares tradicionales de las que dependen materialmente y en general asumen la obligación de proveer económicamente por los medios que sean necesarios. Esto muestra una forma de composición y asignación de roles y responsabilidades de parentesco que seguramente pueda hacer parte de la explicación de la masculinización de la migración. Las responsabilidades de las mujeres en una clara división familiar tradicional productivo-reproductivo están altamente concentradas sobre los hijos, pero en este caso con una incidencia espacial muy clara, en un modo que exige la misma permanencia territorial fija, una condición que no parece ser condicionante en otros casos de grupos migratorios mayoritariamente femeninos, con hijos dejados en origen como el latinoamericano. La otra posibilidad, un viaje lleno de peligros e incertidumbres con hijos, representa un extremo

²² Casa Mayo, 22 de mayo de 2019.

²³ Casa Mayo, 22 de mayo de 2019.

muy radical, es una última decisión ante una situación desesperada que algunos tristemente deben afrontar pero que con total seguridad todos intentan evitar.

Bajo este modo general de organización y estando en medio de una incesante dinámica de necesidades sucesivas y acumulativas apremiantes que no se resuelve por los medios disponibles, aparece la idea de una posible migración de alguno(s) de los miembros del grupo familiar. Se visualiza, según expresan estos hombres del colectivo, como un medio de mejorar la situación que eventual y relativamente puede resultar positivo (respecto de lo monetario exclusivamente) por lo que pueden ver y oír en su propio entorno, aunque en realidad pueda tratarse de una “economía de apariencias” en el sentido de tratarse de unos posibles relatos en origen que “adornan la verdad” (Narotzky & Besnier, 2020, pág. 35) de la experiencia migratoria de la mayoría.

En todo caso, la idea puede surgir del sujeto migrante mismo dadas estas obligaciones de parentesco y en última instancia siempre depende de su decisión final, pero, según afirman, se trata de una idea (y un proceso a la postre) que implica y afecta a toda la familia, desde donde se construyen las expectativas y en donde se legitima la idea como una *oportunidad* e incluso la única. Los hombres adultos jóvenes se ven así abocados a las presiones propias, familiares y económicas de contemplar un eventual proceso migratorio.

En lo que fue accesible este tema con los miembros del colectivo, se confirmaban las motivaciones económicas del proceso que estaban conectadas de diversas maneras a tres cosas recurrentes: el compromiso con la familia, las dificultades crecientes en el origen y las expectativas que convenían en estimar la migración como una *oportunidad de mejoramiento*. A la postre, esta no fue mucho más que una distorsión aumentada de la realidad. Aun cuando el sistema de vida socioeconómico de las grandes ciudades occidentales les haya permitido encontrar resquicios y grietas inexistentes en sus lugares de origen, esta no ha sido la tierra de las oportunidades y las libertades para todos, ni antes

ni ahora, y mucho menos para ellos. Finalmente, a mi juicio personal, el costo ha sido demasiado alto, una vida.

Un sentido de responsabilidad familiar y compromiso económico con ella subyace en las expresiones de estos hombres sobre su familia. Sin embargo, dicha representación de responsabilidad y obligación también parece tener que ver mucho consigo mismos y con su posición en ciertas jerarquías (aquí y allá); tener la responsabilidad sobre ciertas cosas de un grupo familiar dado (con un número específico de personas, en un lugar determinado) y hacerles frente visiblemente es motivo de enorgullecimiento a nivel personal y mecanismo de clasificación social, no muy diferente de lo que pasa en tantos otros casos, pero con un especial atenuante en este, dada la distancia geográfica autoimpuesta y el alto costo familiar que implica migrar para poder proveer. Además, esta pertenencia familiar y el lugar al que remite juega un importante papel también en el sostenimiento de las vinculaciones simbólicas con el territorio y los modos propios, la familia mantiene objetivamente vivos, al menos para este caso, los lazos y los *arraigos social, espacial y cultural* (Del Acebo, 1993) del sujeto migrante. Estos hombres suelen expresar de diversas maneras ese sentido de la responsabilidad con la familia que también suele usarse con motivo de justificar y dar fuerza a su dedicación al trabajo y a la dignidad intrínseca de buscar la manera de proveerle.

SY, un hombre muy diferente a todos (migrante legal -desde muy temprana edad- con familia en Montpellier y Barcelona), no chatarrero, pero muy cercano al colectivo por iniciativa propia, señalaba uno de los detonantes centrales de la migración de un modo claro y sencillo: *“mira, todos ellos han tenido que venir porque tienen que ayudar y aportarle algo a la familia que está allá”*. En un escenario donde cerca del 67% de la población apenas subsiste con menos de 3 euros diarios²⁴ las dificultades son recurrentes y crecientes;

²⁴ Oxford Poverty and Human Development Initiative (2018). “Senegal Country Briefing”, Multidimensional Poverty Index Data Bank. Oxford Poverty and Human Development Initiative, University of Oxford. Disponible en: <https://ophi.org.uk/multidimensional-poverty-index/mpo-country-briefings/>

“ninguno vino porque quiera, yo es que vine la primera vez desde pequeño, pero allá es la pobreza”²⁵.

La idea de la migración al interior de la familia es vista como una oportunidad viable para buscar un mejoramiento en las condiciones materiales de existencia por la vía del trabajo de alguno de sus miembros en destino. El sujeto migrante se encuentra entonces frente a unas determinadas obligaciones de parentesco que debe asumir y la familia se halla a su vez en la construcción o definición coyuntural de ciertas expectativas respecto al proceso y de un arreglo de las posiciones y responsabilidades en origen ante la inminente falta de uno de sus miembros, uno sobre el que recaen las cargas de la tradicional *cabeza de familia*.

De esta forma, el carácter económico de la migración, de la idea y del proyecto, salta a la vista como motivante en forma de oportunidad de mejoramiento futuro y como detonante en forma de necesidad presente. *“tú tienes que conseguir el dinero como sea, ¿me entiendes?”* decía US refiriéndose a la concreta obligación económico-monetaria que le correspondía como hombre adulto, joven y padre dentro de la familia. Pero esta dimensión económica tiene otras importantes facetas y momentos dentro del proceso que plantean asuntos que no pueden ser resueltos aquí pero que vale la pena mencionar, como la empresa familiar que implica la consecución de los medios para financiar el viaje (que aunque ilegal -o precisamente por ello- muy costoso); o el hecho de que la migración individual puede derivar también, en casos concretos, en un alivio económico familiar; o el proceso de recomposición familiar producto de la ausencia física del hombre que migra y que obliga una reasignación de roles en los que sobresalen la importante administración generalmente delegada por el propio sujeto migrante de los recursos económicos que llegan ahora en forma de remesas y el hecho de que otros miembros deban asumir tareas nuevas para enfrentar las numerosas ocasiones en que estas no alcanzan para cubrir los gastos básicos; en 2016 se estimaba que el 31% de los hogares senegaleses está liderados por mujeres, producto especialmente de la migración masculina a Europa y Estados Unidos.

²⁵ *Sunu Village*, 18 de julio de 2016.

De cualquier forma, el contexto de destino, según el discurso mismo de estos hombres, se previsualizaba por la familia como un escenario de - ¿amplias? - oportunidades y de relativa abundancia material en el que confiaban que podían hacerse a un lugar que permitiera cumplir su objetivo. Además, también eran conscientes de un flujo migratorio sostenido producto de la existencia de labores ejercidas mayoritariamente por población migrante de los países no desarrollados, lo que produjo en ellos una especie de efecto que redujo la indecisión. También la familia tiene regularmente claridad sobre las dificultades que debe enfrentar el individuo que viaja y, según menciona el propio US, reconocen la posibilidad de que las cosas vayan bien o mal puesto que ya han visto historias de lo uno y de lo otro muy cercanas; en todo caso parece ser un riesgo que, dadas las condiciones, bien merece la pena correr hasta cierto punto y de determinada manera. No obstante todo esto, las expectativas presionadas por la necesidad e impulsadas por el deseo de bienestar crean una distorsión que seguramente los llevó a una sobrevaloración de lo que les esperaba o incluso de lo que fueran capaces de hacer y construirse por sí mismos. El mismo SY antes mencionado complementarí­a su anterior comentario tres años después en una conversación sobre estos asuntos y las condiciones actuales frente a las expectativas iniciales de este colectivo en concreto, en una cafetería al frente de otro de los últimos lugares que unos cuantos de ellos ocuparon después de su último desalojo de la *Sunu Village* y que pude conocer en la etapa final del trabajo de campo: “[...] *todos conocemos gente que ha venido. Ellos sabían que acá no era fácil, claro, pero tampoco se esperaban esto tan duro [...] es que a ellos la situación es muy difícil, uno siempre quiere tener suerte y mejorar ¿no?, pero a ellos no les mejora nada*”²⁶

²⁶ *Casa Junio*, 16 de junio de 2019.

3. La movilidad geográfica

Ahora bien, sobre la movilidad geográfica en si misma del colectivo con el que se ha hecho este trabajo no me es posible decir mucho. No deja de ser útil e interesante enunciar algunas de las razones de ello.

Los propósitos planteados en este proyecto no corresponden directamente a los asuntos relacionados con la migración, aunque estos últimos permitan poner en contexto (como se intenta en esta sección) al grupo y al trabajo mismo. Anudado a esto se haya el posicionamiento metodológico que orienta el trabajo empírico hacia ciertos procesos de su experiencia urbana en destino y el propio trabajo de campo que se ha desarrollado privilegiadamente en el seguimiento activo (*participativo*) de su cotidianidad. Ciertamente los asuntos relacionados con el viaje, o el “trayecto” como lo llamaran varios de ellos, no surgen espontáneamente en las conversaciones (como es comprensible), ni siquiera entre ellos, y de hecho se trata de un tema evadido que exige una interlocución absolutamente ajena a la cotidianidad.

Al intentar construir una idea relativamente clara o al menos una imagen mental del acto humano de migrar, de lo que ciertos seres experimentan durante el particular viaje (trayecto de un lugar a otro a través del espacio) al que se denomina *migrar* por sus características geográficas y especialmente por sus objetivos, empiezan a surgir interesantes interrogantes acerca de cómo se desarrollan la experiencia espacial misma y qué tipo de espacio se produce a partir de sus relaciones. Mucho se escribe sobre el *proceso migratorio* y potentes imágenes circulan relacionadas con sus más variadas condiciones. Sin embargo, es poco lo existente, para este caso al menos, frente a lo que atañe a dicho *proceso* en tanto experiencia concreta de la movilidad humana, es decir, en tanto experiencia espacial, física, corporal de relación con ciertos medios, vehículos, infraestructuras y territorios. Tampoco aquí han podido ser desarrollados en profundidad estos asuntos dada la específica circunscripción; no obstante, algunas cosas pueden

enunciarse a partir de ciertas realidades particulares que han sido accesibles en momentos muy concretos (interacciones específicas de observación, conversación y participación) que se dieron a lo largo de todo el trabajo de campo²⁷, intentando remarcar la idea del proceso como uno en el que se produce una contundente desterritorialización.

Como ya se ha dicho, ciertas condiciones estructurales de fondo y dinámicas contextuales especialmente de orden socioeconómico dieron origen a una potente oleada migratoria a partir de finales de la década de los noventa que alcanzó cuotas dramáticas en el año 2006. Se trata de un rango temporal que coincide con precisión con las fechas de salida y arribo de la gran mayoría de los hombres del colectivo de la *Sunu Village* y con las de todos los que han sido interlocutores especiales. Un momento de reactivación de la ruta occidental marítima de la migración Senegal-España en predominante uso de pateras y cayucos hacia las Islas Canarias.

Esta es la condición general que enuncia la forma característica central del viaje de estos hombres en particular. Sin embargo, las variaciones y condiciones específicas dentro de este gran marco son incontables y, en la gran mayoría de los casos, la travesía marítima a pesar de ser probablemente el paso más dramático y peligroso, el *último* y decisivo, está precedido por un largo viaje y/o un agotador proceso dentro del territorio africano.

Es el caso, por ejemplo, de H1 y H2, *los hermanos* como los he llamado para mí mismo en repetidas ocasiones pues durante todo el tiempo que pasan en el lugar del trabajo colectivo están juntos, uno al lado del otro en cada actividad que allí se desarrolla, en la comida, en el trabajo, en el descanso. Según contó uno de ellos, el que cruzaba conmigo algunas conversaciones significativas (el otro, aunque parecía de hecho más amable, en rara ocasión permitió pasar a temas más allá del trabajo, el espacio y los residuos), ellos vienen desde Ziguinchor en la Cassamance donde, dicen, “se habla bastante de Barcelona”, lo que a su

²⁷ Como se ha dejado claro, las conversaciones sostenidas no respondían a un itinerario temporal y temático preestablecido, sino que surgían en la interacción cotidiana, de forma que gozaban de cierta espontaneidad y se regían por los propios tiempos de dicha cotidianidad y en que los interlocutores mismos construían sus relatos.

vez no sorprende. Es de suponer que, dada la concentración geográfica desde el inicio de la inmigración senegalesa, Barcelona esté presente de diversos modos en las ideas y representaciones acerca de la migración en Senegal. Por otra parte, los hombres del colectivo manifiestan haber procurado llegar a esta ciudad por considerarla una de las de *mayores oportunidades*; a la postre esto ha sido así, pero ofreciendo para ellos no más que resquicios marginales dentro del sistema de vida occidental. Barcelona contiene, dentro de este reducido margen de acción con relación a su modo de vida actual, una serie de ventajas que hacen de la práctica del *chatarrero* a pie de calle una forma, no exclusiva, pero si característica de *lo urbano* barcelonés como se verá más adelante.

Retomando, según me fue posible comprender a partir de los breves relatos sobre el asunto, los hermanos salieron de Ziguinchor en 2007 sabiendo que “nuestro destino era Barcelona siempre”, pasaron varios meses en la zona de Dakar consiguiendo el dinero para lo que restaba de travesía, desde donde emprendieron luego un viaje de un par de días por tierra hasta Nuadibú, Mauritania. De allí, en patera a Gran Canaria ya en el año 2008.²⁸

Por su parte AB en 2005 (o 2006, no puedo asegurarlo con certeza por sus propias reticencias y desviaciones) enfrentó una ruta mucho más mortal. Después de salir de su natal Mbour, donde vivió y trabajó como pescador hasta el momento del comienzo de su viaje, llegó a Sant Louis. Al cabo de pocos días embarcó directamente rumbo Canarias en lo que seguramente fue una dura travesía de varios días (o semanas) en cayuco. AB refiere con exaltación la gran cantidad de gente que venía con él, pero habla con cierta propiedad (como hombre de mar), dando a entender con lo que decía y cómo lo decía, que él mismo conoce las claves para llevar a cabo el viaje exitosamente. Comenta que a ellos los subieron a un barco (seguramente Salvamento Marítimo) cuando ya estaban cerca de las islas y los llevaron a Tenerife.²⁹

²⁸ Extraído de conversación con H1 (con breves intervenciones y correcciones de H2) en la *Sunu Village* el 13 de febrero de 2018.

²⁹ Conversación con AB en la *Sunu Village* el 25 de noviembre de 2017.

Todos los miembros de este colectivo que fueron centrales como interlocutores en este proyecto han llegado a España por las Islas Canarias, usando rutas que van desde los cayucos con más de 100 personas desde el Senegal hasta las menos numerosas pateras desde Mauritania o Marruecos (un trayecto claramente menos peligroso) después de una también larga travesía por tierra que en muchos casos incluye temporadas de trabajo en difíciles condiciones para terminar de reunir el dinero necesario para pagar el trayecto *final*. Todos haciendo frente a un radical proceso de desprendimiento territorial forzado, aunque intencional.

MC fue la persona por la que debía preguntar una vez llegara por primera vez a la *Sunu Village* siguiendo la breve instrucción que me había dado Kheraba a quien ya me referí metodológicamente y a quién puedo considerar como mi “padrino” (*Hammersley & Atkinson, 1994*). Algo que resultó complicadamente estimulante, aunque incómodo en un principio, es que justo MC es probablemente el hombre de la *Sunu Village* que menos comprende y habla castellano y uno de los más renuentes a relacionarse con personas ajenas al colectivo. A estas condiciones que dificultaban la comprensión mutua, se le sumaban las reticencias de MC para hablar sobre sí mismo y la distancia o “asimetría social” (Castro, 2003) que claramente él veía entre nosotros y que alguna vez remarcó diciéndome como sentencia: “*somos muy diferentes tu y yo, tu no entiendes y yo no te entiendo*”³⁰ en una de las varias ocasiones en que simplemente finalizó de manera unilateral y contundente alguna de nuestras conversaciones. Además, algo común en muchos de estos hombres era muy marcado en el modo en que MC narraba sucesos o procesos de su vida de una manera temporalmente desordenada respecto de la linealidad histórica a la que al menos quien escribe está acostumbrado. No obstante, y aunque sobre su específica travesía quedan muchos vacíos, en la forma en la que en ocasiones se refería a ella (sin que pudiera aislarla y sustraer de ella los resultados actuales de su decisión) sobresalía una especie de extrañamiento que señalaba un difícil desprendimiento.³¹

³⁰ *Sunu Village*, enero de 2018.

³¹ Las siguientes informaciones sobre el particular caso de MC son construidas a partir de numerosas interacciones entre mediados de 2016 y finales de 2018 aproximadamente, aunque un par de conversaciones

MC es del centro sur del país, de muy cerca de Touba, la ciudad sagrada del Muridismo, probablemente (sus menciones, como su narración, no suelen ser precisas ni geográfica ni temporalmente) de la zona rural de Gassane, al sur de la región de Louga. Según él mismo, en el lugar en el que nació no se les permitía hablar francés, “*de donde yo soy, si hablas francés no puedes volver*”³², ¿acaso algún caso o forma de resistencia anticolonial? Como toda su familia, se dedicaba a la agricultura. El trabajo de la tierra les proporcionaba parte de lo esencial alimentario y los medios económicos necesarios. Pero dos cosas hicieron que MC decidiera abandonar su lugar de origen: la propia realidad de la pobreza material en un lugar en donde el trabajo tradicional ya no rinde lo suficiente y las oportunidades escasean, y la ilusoria expectativa de que seguramente podría ganar dinero para él y su familia si se iba a trabajar a España. Después de todo, en lo que a su propia experiencia respecta, la pobreza no remitió ni allá ni acá.

Es un hombre joven de unos 37 a 40 años, grande y fuerte. Uno de los dos hombres al frente de la pequeña chatarrería que centralizaba el trabajo colectivo en la *Sunu Village* como se explicara más adelante. Desde que llegué por primera vez allí su capacidad física y destreza manual para el trabajo eran apreciables y era claro que se trataba de uno de los veteranos del colectivo que gozaba de un particular estatus que le brindaba su experiencia, era un hombre al que se le reconocían el conocimiento y la destreza que ostentaba. Sin embargo, también MC era uno de los hombres en los que podía verse con mayor claridad la rudeza física y emocional no solo de ese trabajo en particular sino de toda la forma misma de su vida cotidiana: transitoria, inestable, vulnerable, y que, así, era muestra de una especie de *proceso migratorio inconcluso*.

Arribó a España entre 2005 y 2006 según dice. Decididamente no habla del viaje en sí mismo (menos de los diferentes trayectos en detalle), de las horas que duró, la ruta que tomó y el medio de transporte que usó o de cuánto tiempo, dinero y esfuerzo costó. Pero, más allá de esto, él se refiere a ese viaje como una suerte de terrible decisión y un suceso

concretas serán citadas. Ahora se les confiere un orden cronológico con motivos de inteligibilidad, pero la narración ha distado mucho de obedecer a una linealidad temporal de este tipo.

³² *Sunu Village*, noviembre 18 de 2016.

que lo alejaría indefinidamente de todo lo que podía considerar propio y cercano. “Desde el principio todo -estaba- mal [...] un viaje así y dejarlo todo así no va bien”. Después de un rato en silencio y con cierta comprensible conmiseración termina diciendo: “ahora mira... es lo que hay”³³ y continúa trabajando, acentuando con su gesto la expresión de quien no ha encontrado ni una pizca de lo que andaba buscando, pero si mucho de otras cosas que preferiría evitar y hasta olvidar.

El viaje en sí mismo es, a su juicio, el comienzo y el punto de inflexión crucial de una serie de acontecimientos en detrimento de su propia vida, en particular por lo que respecta a un *abandono* que él mismo produce y sufre al mismo tiempo:

“[...] es que lo dejas todo, ¡todo! Yo me fui para venir acá y ya no tuve más la tierra, mis cosas... y la familia ¿sabes? Ya ni me hablo casi -con ella-.

Desde que empiezo yo el viaje no sabes nada y todo es nuevo...y duro [...] si hay pobreza allá, pero de un momento a otro ya no tienes nada, eso es duro”³⁴.

Esta particular forma de MC de comprender su experiencia es contundente en sí misma y muy manifiesta en su caso, pero no es exclusiva por supuesto, se trata de algo recurrente y casi que compartido según lo que se expresa en general acerca de la movilidad geográfica en el lugar del trabajo colectivo en donde se asentó buena parte de esta etnografía.

El viaje, el trayecto, es la concreción objetiva y el momento preciso de un radical e indefinido desprendimiento territorial, a pesar de lo fuerte que pueda conservarse en el tiempo el *arraigo espacial* en tanto vinculación simbólica con el lugar de origen; la ineludible realidad de esta forma de movilidad geográfica expresa una intempestiva desposesión (que aunque no haya sido directa está claramente inducida estructuralmente por el contexto político-económico) y el brutal comienzo de un largo proceso de desterritorialización.

La categoría espacial expresa su amplitud; el lugar en concreto en donde se localiza la cultura específica es una especie de escenario dinámico que permite el despliegue de lo que es propio y conocido (y la consecuente creación de fronteras respecto a lo ajeno o

³³ *Sunu Village*, 18 de noviembre de 2016.

³⁴ *Sunu Village*, 30 de enero de 2017.

indebido), lo que al tiempo lo produce. Un viaje sin retorno claro, en extrema precariedad e incertidumbre, implica con seguridad una desterritorialización que comienza por el abandono de la red de seguridad, protección y posición, de la familia, de la tierra misma, de las costumbres y los modos propios, que continúa con la pérdida de las posibilidades de expresar, referenciar y hasta controlar su propia experiencia espacial, y que puede terminar, como en el caso de MC, en llevar al sujeto migrante de ser quien abandona algo (*todo* en este caso) a considerarse a sí mismo, y con razón, abandonado.

De otra parte, avanzando en la trayectoria que se describe, creo que con solo un poco de atención que se preste se puede coincidir en que no es posible hablar a ciencia cierta y con precisión de *la llegada* como un único y específico momento. Para el caso, la idea señala más bien un proceso (en ocasiones bastante largo y pesado) de introducción física en destino sin disponer del *derecho de admisión*. En efecto, la idea de la llegada indica sin duda una especie de espacio y momento liminal; un proceso intersticial entre el abandono de algo relativamente estable por una vía drástica y probablemente traumática y la entrada en un nuevo escenario repleto de aplastante novedad e incertidumbre en el que, no obstante, debe aprender a desenvolverse rápidamente.

El asunto suscita múltiples interrogantes que exigirían trabajos de campo específicos y circunscritos. Aquí me limitaré a hacer una breve alusión al hecho de que la llegada es un proceso en ocasiones bastante largo, en el que la situación del viajero está en transformación y sobre el que se han podido discernir, para este caso, dos estadios diferentes. De allí, puede hablarse, cuando menos, de una especie de *dobles llegada* que se desarrolla casi por completo fuera de su control y que, además, señala la transitoriedad del proceso y la condición efímera y hasta insignificante de la existencia misma de estos hombres que se reduce a una presencia física indeseada. La llegada, por otra parte, contrario a la que pudiera creerse, más allá de lo que respecta a un específico trayecto, no representa el final de nada; más bien muestra un elongado proceso que pareciera ser reflejo

de no haber llegado a ninguna parte en función de sus propias expectativas, necesidades y deseos.

El carácter ilegal de esta migración en particular, un fenómeno presente en todo gran proceso migratorio y al que contribuye el endurecimiento de las diferentes normativas relacionadas con el tránsito y la estancia (Sassen, 2013), también da forma característica a la *primera llegada* de estos hombres a territorio español. La migración ilegal (sin *papeles en regla* y por vías no autorizadas) implica la ausencia de determina condición de ciudadanía que a su vez deriva en una especie de pérdida inmediata (si alguna vez se tuvo), al arribo, del estatus de sujeto de derechos en el lugar de destino. La ya extrema situación de vulnerabilidad se ve agravada por la elusión de un proceso regularizado y la violación inexcusable de una ley.

“Estuvimos juntos más de tres meses presos en Tenerife”, decía MC2 dirigiéndose a mi mientras señalaba a AM y MC sin obtener corrección alguna, pero tampoco detalle ni ampliación. Cuando pregunté en otras ocasiones a AM por el suceso siempre eludió la conversación; ese día más tarde solo añadió “*es como dice MC2*” (llamándolo por su nombre claro está). En todo caso, poco mas es necesario añadir para tener una idea de las dimensiones del conflicto entre el Estado-Ley y el sujeto de derechos migrante detonado por la coyuntura de la movilidad geográfica y el arribo a destino. Sin duda se impone una cruda y fría realidad restrictiva institucional que se manifiesta sobre los cuerpos y las realidades física y espacial de estos hombres en el largo momento de su arribo, de donde es comprensible que surjan complejas representaciones en torno a las instituciones, la ley y la legalidad y más en concreto, para este caso, sobre los tristemente famosos Centros de Internamiento de Extranjeros, en donde estuvieron privados de su libertad, según MC2, “*por no tener papeles [...] ahí nos conocimos, luego nos volvimos a encontrar acá*”³⁵. Muchos tenían como *destino final* Barcelona y aunque los movimientos y estaciones eran masivos

³⁵ *Sunu Village*, 14 de febrero de 2017.

hasta ahora y se creaban ciertos lazos entre individuos, el trayecto era fundamentalmente un proceso individual hasta destino.

Aunque el marco normativo para el momento de su arribo contemplaba el reconocimiento de derechos y bienestar a través de la inscripción padronal, lo que sin duda produjo un efecto llamada, y a pesar de que ya se habían adelantado proyectos de regularización masiva (algo que Alemania no ha intentado por considerar que provoca justamente un aumento de la inmigración ilegal), lo que es posible afirmar es que el enfrentamiento real y directo con ese marco legislativo y con los mecanismos objetivos institucionales en el momento del tránsito, en el intersticio de la llegada, conlleva a que la dramática experiencia territorial de estos hombres se continúe aquí en la forma de un rechazo institucional preestablecido que se ampara en la violación de un ordenamiento específico y al que le sirven mecanismos restrictivos y punitivos como el internamiento y la deportación ante el recurrente fracaso de los mecanismos de contención en origen en los que, por supuesto, también participan los estados de los países destino.

La contradicción espacial se continúa con una *segunda llegada*, para quienes logran *alcanzarla*, que se expresa más en la forma de un *abandono a su propia suerte* que los invisibiliza y los hace institucionalmente inexistentes, problema de nadie, menos que delincuentes como fueron tratados a su llegada y que les mantuvo en un centro de internamiento seguramente como medida cautelar ante una orden de expulsión.

De algún modo u otro, por una u otra causa entre una cantidad importante de variables que no viene al caso detallar, han resuelto, esquivado, escapado o sencillamente *superado* ese control fronterizo. En realidad, puede decirse que muchos *han logrado* con el tiempo *ser abandonados* gracias al mérito de su aguante y persistencia (ya que no queda, llegados a ese punto, otra manera posible) y por el desbordamiento institucional mismo que no puede evitar las grietas por las que respira. En efecto, la entrada en funcionamiento de los CIE supuso un punto de inflexión legislativa muy contundente ya que implicaban la posibilidad

de privar de la libertad a alguien que no ha sido sindicado por ningún delito. Su propósito inicial era poner un freno a las llegadas y acelerar las expulsiones, pero lejos de conseguir estos objetivos han servido además como puente hacia una mayor vulnerabilidad en los inmigrantes después de su paso por ellos. El tiempo mayor de permanencia permitido es de dos meses, luego de los cuales, si no ha podido ser resuelta su devolución o no han podido ser identificados, los retenidos son puestos en libertad. Sin embargo, en esta nueva libertad no se les otorga ningún tipo de documentación que permita al menos su permanencia temporal en el país, no tienen derechos y tampoco pueden ser ya repatriados, de forma que una vez *libres* entran en un limbo de clandestinidad casi insalvable.

La experiencia territorial, al momento de este trágico parto institucional que les confiere una libertad invisible, ha sido una ausencia total de lugar que encontró sus límites con la *vida en la calle* como ha quedado claro que han tenido que enfrentarla muchos de los veteranos de este grupo “*al comienzo de todo, después de llegar si, en la calle porque no sabes dónde ir*”³⁶ como decía BY refiriéndose evidentemente a los primeros días en *la ciudad* posteriores a la entrada en territorio continental y una vez superado el control externo directo sobre su movilidad.

El proyecto y la decisión de la migración de estos hombres ha tenido sin duda un carácter familiar, aunque la última palabra siempre la tuvieran ellos mismos. No así, el viaje en si es una experiencia de la que nadie más puede dar cuenta, y el proceso migratorio un poco más en extenso incluyendo la entrada en destino y el tiempo del *asentamiento* inicial es un proceso *en solitario* en este caso. A pesar de que todos conocen historias (y leyendas) de éxitos y fracasos migratorios y en algunos casos conocían a algunas personas en los posibles destinos que consideraban, estos hombres viajaron solos, sin compañía más que en casos excepcionales, sin ser referidos o recomendados por nadie ni mucho menos recibidos por alguien más. Este grupo en particular es uno integrado por migrantes en solitario que se han colectivizado en destino por la fuerza de la cultura y la pobreza. Esta ausencia de una

³⁶ *Sunu Village*, 31 de enero de 2017.

red previa relativamente estable de colaboración sin duda dificultó enormemente el proceso de llegada en su momento.

A la partida en solitario le sucedió en muchas ocasiones un lapso de relaciones cercanas entre pares durante el tránsito y el enfrentamiento de los mecanismos del control de fronteras. No obstante, estos lazos son temporales e inestables y son abandonados por la propia forma del proceso personal desde origen que conlleva a una nueva individuación bajo la idea del *“cada cual por su cuenta”* que según el propio AM debió asumir, aun cuando le resultara extraño, pues era necesario al menos en ese momento. Esto sin duda lo condujo a una situación de elevada vulnerabilidad, una enorme incertidumbre y una vida extremadamente precaria al comienzo de su estancia.

AM dice sobre su *llegada*:

“Yo el primer lugar donde estuve fue en Sevilla [...] llegué solo, sí, y sin nada [...] ¡claro!, mucho después de salir de Senegal”

“sí claro, eso fue duro, no concia a nadie allá, acá sí, de gente que ya había venido, pero allá no, no, yo venía para acá [...] en la calle estuve como casi un mes o así hasta que un colombiano, ¡como tú!, de Cali, el me ayudó y me sacó... José Luís [...] él me mostró la chatarra allá, los metales y eso, pero allá era más difícil [...]”³⁷

Es claro que hay tantas experiencias como viajantes y que las formas de la *llegada a destino* y los planes que las orientan son innumerables. En general dentro de los hombres que conforman el colectivo al momento de yo conocerlo ninguno ha venido referido, ni acompañado ni respaldado por un grupo a la llegada. Algunos han tenido donde llegar desde el principio y había, aunque en algunos casos de forma incipiente, algún tipo de contacto inicial que daba cierta seguridad a su arribo. El problema radicaba en el casi inexistente control de lo que sucediera, del tiempo que tomara y de por qué ruta lo llevara el tránsito en el que se embarcaba cada individuo. Muchos otros apenas si sabían de la existencia de algún conocido y, más allá de estar al tanto de la formación de agrupaciones de migrantes connacionales en algunos lugares, no disponían de ninguna previsión, ni

³⁷ *Sunu Village*, 21 de julio de 2016.

contacto o soporte a la entrada más allá de la escasa asistencia social que lograban recibir. En todos los casos que me fue posible conocer hay un considerable tiempo lleno de sucesos imprevistos antes de poder llegar a un lugar donde asirse; la experiencia de no tener donde vivir es muy común y presiona la asistencia a pensiones y albergues o a la más dura vida en la calle. No obstante, como en muchos otros casos, la conformación de un grupo de compatriotas que crece y cambia constantemente, inestable y efímero, en el que los sujetos comparten la dedicación a una misma o similar labor, ha representado para ellos mantenerse a ras al menos con la línea de la supervivencia, una colectividad que confiere a sus miembros cierto relativo respaldo y seguridad. Esta vida *en la calle* expresa un período de transición en el que estos hombres realmente no tienen a donde ir. En los miembros de este grupo en particular esta situación ha sido casi que inevitable al arribo y se ha sostenido posteriormente en el tiempo de manera repetida (aunque no de forma regular claro está) especialmente por conflictos con las instituciones y propietarios privados derivados de su forma y lugar de habitabilidad que los han devuelto a la calle una y otra vez como se verá en breve.

Es interesante, por otra parte, respecto de la propia representación acerca de la trayectoria personal, esta forma de referirse y localizar *lo primero*. Como es claro, no se refiere a lo primero que le ha ocurrido o el primer lugar (pueblo, ciudad, institución) que pisó y en el que permaneció por algún tiempo, por más considerable que este haya sido. No es el tiempo lineal y el ordenamiento cronológico de los sucesos el que rige la construcción del relato sobre el viaje, el tránsito y la experiencia migratoria en términos de localización espacial. Esta es una de las concreciones que adquiere la antes mencionada forma no lineal de hablar sobre sus propias vidas que para quienes estamos acostumbrados a la artificialidad externa del tiempo histórico nos puede resultar *desordenada*. No siendo así, en realidad contiene su propio y coherente orden. Esta forma de construcción (ordenada, clasificada) de la narración sobre su propia experiencia espacial está orientada por la recurrencia a eventos, sucesos y lugares concretos que le permitan enunciar y significar su experiencia como suya propia, bajo su control, suprimiendo de paso los momentos-tránsito,

los tiempos intersticiales de indeterminación en los que esta se caracteriza por las decisiones de otros sobre él mismo. En este caso, por la forma en la que AM se refiere a su llegada, esta tiene que ver con un lugar en el que pueda referenciar haber llegado a cierta parte relativamente coherente con sus expectativas, un lugar en el que ha podido *comenzar a hacer algo* por su propia cuenta y en procura de sus propios objetivos tras haber superado un control de forma que le permite considerar cierto margen de acción y decisión *libre* (al menos aparentemente).

En todo caso, esta auténtica experiencia del *empezar de cero* (como quien ha sido depositado desnudo y solo en un nuevo mundo) está compuesta en parte por un duro proceso de desarraigo espacial objetivo, pero también sensible. Se trata no solo de no pertenecer a la geografía y la sociedad en la que se encuentra sino también de haber sido finalmente arrojado a una ciudad que no tiene espacio para él, ni físico ni social. Es una experiencia territorial del abandono que se expresa en la elemental *falta de lugar*: lejos de su propio territorio de identificación y acción, sin un espacio físico relativamente estable en donde asentar y ordenar su cotidianidad, y sin un lugar definible (ni visible a largo plazo) en la sociedad en la que pretende insertarse y que lo rechaza institucionalmente.

Finalmente, después de un tiempo en Sevilla haciendo lo que pudiera para sobrevivir, AM llegó a Barcelona en 2007 o 2008 donde, según el mismo, pocos días después de su llegada se instaló a una ocupación colectiva con otros africanos y se ha dedicado a la recolección de chatarra, aunque nunca antes había siquiera imaginado hacerlo; es un experimentado y fuerte recuperador que sabe cómo hacer el trabajo a pie de calle y también lograba administrar la pequeña chatarrería de la ocupación que conocí, muy hábil en la negociación y en el ordenamiento de sus actividades, marcadamente previsivo (es uno de los pocos que se aseguraba -y que podía *darse el lujo*- de mantener siempre una especie de stock de materiales y objetos intercambiables) pues conoce la rudeza de las temporadas bajas y a lo que pueden obligar (ha llegado al puto de tener que llevar a cabo coyunturalmente -dentro

de la coyuntura que ya es su vida- actividades de carácter ilícito para superar dificultades más allá de las acostumbradas que ya son muchas).

El auge de las economías informales callejeras, uno de los síntomas de la marginalidad urbana avanzada que señala Loïc Wacquant (2001), esta soportado en la base precisamente por prácticas marginales (sin reconocimiento ni integración) con retribuciones tan marginales que solo los marginados se las procuran. A una marginación operada por la restricción, que los cosifica y excluye mediante la reducción a una unidad: “ilegal” y que en algunos casos les significó el confinamiento, le continúa otra inducida por la desprotección en forma de abandono institucionalizado dada una ausencia de reconocimiento y legitimidad que los confina al margen de la organización social y económica.

En este escenario, el margen de los márgenes, la recolección informal de residuos se presenta como una opción (¿la última, la única?) para quienes migran solos y no tienen nada, dadas la proximidad y accesibilidad que permiten sus formas de disposición, circulación e intercambio.

Todos los hombres de este colectivo han vivido una trayectoria laboral migratoria ya en destino (bastante larga en el caso de las figuras más visibles) basada en prácticas informales, principalmente callejeras. Aunque sus recorridos son muy diversos y la ejecución de otras actividades es muy común en estas trayectorias, la mayoría expresa haberse dedicado casi desde el momento mismo de su arribo y la mayor parte del tiempo que llevan residiendo en España a la recolección y recuperación de residuos (a “*la chatarra*”) de una forma irregular y casi que *artesanal* (en el sentido de manual). Especialmente en Barcelona, donde el fenómeno es común y numeroso por múltiples razones que no ocupan aquí pero que van desde la importante concentración de inmigración ilegal, pasando por la alta disponibilidad de residuos producida por los acelerados ritmos del consumo, hasta las características topográficas e infraestructurales mismas de la ciudad, este grupo en concreto ha conformado una centralidad laboral de la recuperación de residuos que les ha permitido

una colectivización numerosa alrededor de ella (aunque siempre inestable y claramente transitoria) y, de esta forma, un cierto aseguramiento de la supervivencia individual; aunque poco o nada más que ello puesto que lo cierto es que el valor de cambio del producto de su trabajo es, precisamente, tan marginal que hace básicamente inviable la propia superación de su condición económica, mientras que la dedicación cotidiana solo reafirma la situación, la posición y la dependencia.

4. Organización y desactivación

Desde el comienzo de la mencionada tercera gran oleada migratoria Senegal-España alrededor del cambio de siglo, de cuotas alarmantes hacia el año 2006 y actualmente recrudescida (a 2020-21), y a pesar del carácter individual y solitario del proceso, ya en destino la conformación de grupos numerosos de africanos occidentales en ocupaciones en Barcelona ha constituido un fundamental recurso para enfrentar las dificultades que conlleva la exclusión socioeconómica y la ausencia de reconocimiento, como mecanismo de autoprotección y escenario de sus modos propios y su propia iniciativa en medio de la extrema coyuntura. Barcelona ha sido y seguirá siendo uno de los destinos prioritarios de esta migración, aquí, este tipo de agrupaciones datan del mismo inicio de la oleada y en su proceso pueden localizarse de forma relativamente clara algunos momentos y lugares importantes de la trayectoria del colectivo de interés etnográfico de este trabajo justo hasta el momento del comienzo mismo del trabajo de campo. De esta manera, durante el duro proceso de conformación de estas agrupaciones y del particular colectivo de chatarreros muchos de estos hombres que compartieron viaje e internamiento y que trasegaron individualmente un abandono compartido, volvieron a encontrarse para asentarse espacialmente y colectivizar su resistencia inicialmente económica pero después también política.

Aunque en cumplimiento de la ley de extranjería 4/2000 se venían concediendo estancias por excepciones humanitarias y se llevaron a cabo procesos de regularización, en

estos solo eran admitidas solicitudes de hasta 1999. Ante el desbordamiento de las llegadas y frente a la posible agrupación numerosa y organización de los inmigrantes que conseguían arribar a destino, la consecuente respuesta legislativa, proteccionista hacia un lado y excluyente hacia el otro, reforma la ley de extranjería vetando el ejercicio de derechos políticos (a la asociación, la reunión, la manifestación) a los inmigrantes y consiente medidas de expulsión y reclusión para inmigrantes sin permiso de estancia o residencia e incluso para quienes trabajen sin permiso aun cuando cuenten con la estancia legal³⁸.

En este escenario la agrupación se tornó, tal vez paradójicamente, más necesaria e imperativa, en principio por la elemental protección que confería. Como puede señalarse a partir de la reconstrucción etnohistórica que presenta Ixia Mendoza sobre las ocupaciones africanas en Barcelona (2014) y a partir también del propio trabajo de campo en y con una de ellas, es claro que constituyeron (aun lo hacen) una forma de mecanismo de autorreferencia espacial y producción cultural, de centro de agrupación, trabajo y subsistencia económica colectiva, y de lugar de resistencia y activación política. Ciertamente, como se verá más adelante, algunas de estas características se encuentran en plena desactivación o desaparición al momento de este particular trabajo.

Entre los años 2000 y 2001 en la Plaza Cataluña y en especial en su esquina noroeste se llevaron a cabo acampadas masivas de hombres nacionales de diferentes países subsaharianos principalmente, quienes en su mayoría terminaron su trayecto migratorio en Barcelona provenientes de puntos fronterizos y centros de internamiento. Según Xavier Rius Sant muchos de ellos “[...] *con billete pagado por el Instituto de Migraciones y Servicios Sociales y otras Administraciones Públicas, desde Ceuta, Melilla o Canarias [...] con órdenes de expulsión no ejecutables, a quienes junto con el pasaje de vuelo se les facilitan las habituales listas de lugares a los que se pueda dirigir en Barcelona*” (Rius Sant, 2007, pág. 206). Las acampadas crecían a medida que más hombres llegaban y acudían a la

³⁸ Ley Orgánica 8/2000, de 22 de diciembre, de reforma de la Ley Orgánica 4/2000, de 11 de enero, sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social. (23 de diciembre 2000). Boletín Oficial del Estado. Recuperado de: <http://www.boe.es/boe/dias/2000/12/23/pdfs/A45508-45522.pdf>

mediáticamente llamada “Black Corner” a pesar de que, por supuesto, no aparecía en las listas mencionadas. La plaza Cataluña ya era un punto de referencia desde antes, en la década de los 90, para migrantes en busca de trabajo por jornadas, en especial en la construcción o los campos; pero en esta ocasión la acampada acogía la llegada de muchos inmigrantes que realmente no tenían donde más dormir y a partir de allí pretendían la exigencia de que se resolvieran las órdenes de expulsión no ejecutables y se brindara alguna salida a su regularización administrativa para poder trabajar, el objetivo fundamental.

De la acampada y las negociaciones con Ayuntamiento de Barcelona, Generalitat de Catalunya y Subdelegación de Gobierno surgió un proceso de regularización que sin embargo, dejó por fuera, dadas los particulares requisitos exigidos por cada instancia, a una gran cantidad de hombres que, ante la inminente entrada en vigor de las modificaciones legales que impedirían su reunión y organización comenzaron una nueva respuesta de manifestación y ocupación llamada en su momento, primeros meses de 2001, “los encierros”, que consistieron en una especie de toma y *encierro* masivo en importantes iglesias de la ciudad: Santa María del Pi y San Agustín principalmente. Otra clara forma, como en el caso de la emblemática plaza Cataluña, de resistencia y demanda por la vía de la apropiación colectiva de espacios de visibilidad pública. Estos encierros desembocaron también en nuevos procesos de regularización, pero la ocupación de la plaza Cataluña no cesaba debido a las nuevas llegadas y el gran número de personas que no podían involucrarse en ellos por el no cumplimiento de requisitos.

Como lo expone Mendoza en la propia voz de Kheraba, desde allí surgió, aprovechando ciertas particulares coyunturas, la idea de una “salida laboral” al conflicto mediante la organización cooperativa en torno a la recuperación de residuos metálicos (2014, pág. 65). Pero, así como los reclamos de regularización que buscaban acceso legal al mercado trabajo básicamente, esta iniciativa también tuvo que huir ante la respectiva negativa de los permisos laborales y de asociatividad. El desalojo autorizado por el ayuntamiento tuvo lugar en agosto de 2001 y supuso para muchos un claro retorno a la clandestinidad más invisible.

En medio de la coyuntura se ocuparon brevemente otras plazas de la ciudad (Sant Jaume, Ramon Berenguer el Gran, André Malraux) finalmente, ese mismo año, se concretó la primera gran ocupación cerrada en la que este gran grupo de africanos, incluidos los muchos que comenzaban a dedicarse a la recolección de residuos y a ver en ello una oportunidad laboral, estuvo dinámicamente presente.

En busca de resolver colectivamente su situación habitacional, estos hombres (senegaleses principalmente) llegados recientemente de Canarias la mayoría, ocuparon los cuarteles generales de Sant Andreu, desmantelados en 1995 y ocupados posteriormente por inmigrantes marroquíes y latinoamericanos. Allí, estos hombres, a pesar de las duras condiciones físicas y materiales en las que malvivían y las dificultades con otros grupos o individuos, sentaron unas primeras bases de colectividad organizada y comenzaron a desarrollar iniciativas de orden artístico y musical. A pesar de que de allí no surgió una iniciativa colectiva centrada en la recuperación de residuos, muchos hombres ya se dedicaban a la recolección para sobrevivir. En febrero del año 2004 los cuarteles son desalojados definitivamente, en el diario *El País* se leía: “Del millar de habitantes que el recinto llegó a albergar el año pasado, en su mayoría inmigrantes en situación irregular, ayer apenas quedaba un centenar”³⁹

Muchos de estos hombres desalojados acudieron al Casal Popular de Ginardó, ocupado desde 1994, en donde se consolidaron las agrupaciones y asociaciones culturales y artísticas. Allí mismo, y hasta el año 2007 cuando fue desalojado, convivieron un sinnúmero más de indocumentados africanos dedicados de una forma absolutamente individualizada a la recolección de chatarra a pie de calle y comenzaban a surgir relaciones en torno a esta actividad que ofrecían otras oportunidades: *“y así, también con el tiempo porque uno pasa siempre y habla con gente y entonces a veces te decían que pasaras a recoger algo porque*

³⁹ Diario El País, 10 de febrero de 2004. Obtenido de:
https://elpais.com/diario/2004/02/10/espana/1076367625_850215.html

*la gente nos veía también y que necesitamos ¿sabes? Entonces así íbamos haciendo en la calle y otros ya después pusieron la tienda en la otra ocupa” recuerda AM sobre esos primeros años.*⁴⁰

En este punto, como prosigue Mendoza, Kheraba lideró la conformación de la Asociación Cultural Lukum Taka entre 2009 y 2011; inicialmente en un espacio cedido por el ayuntamiento en Fabra i Coats y posteriormente en un recinto fabril en desuso y por ellos ocupado en Consell del Cent, 550. Allí, la propia puesta a punto del lugar implicó un proceso de relación no solo con los residuos que se producían por la remodelación sino con el reciclaje mismo como estrategia de recuperación y adecuación del espacio, aun cuando allí no se promoviera este tipo de practica como forma de trabajo.

Paralelamente a la dedicación de muchos hombres a estas actividades artísticas y la realización de eventos y encuentros culturales y recreativos, también el colectivo dedicado a la recolección de residuos comenzó a tomar forma al menos en términos de aglomeración por las particulares presiones y marginaciones de un número creciente de hombres: *“desde que llegas ¿sabes? Hay que buscarse la vida, tienes que hacer algo para comer. Yo desde que llegué me puse con el carro y empecé con la chatarra ¿sabes? [...] Es que fue lo primero y no había más”* dice MC⁴¹. Aunque de manera inestable y precaria, la colectividad en torno a la chatarra generó su propio espacio y organización desde el 2009 en la ocupación de Badajoz; allí llegaron muchos de los desalojados de los cuarteles de Sant Andreu, de Guinardó y de Lukum Taka a los que posteriormente se fueron sumando otros recién llegados.

“[...] ahí ya nos empezamos a organizar y cada cual hacia lo suyo pero sabes estaba ya la chatarrería y estábamos en el barrio ahí y entonces cada uno recogía y vendía pero también adentro nosotros con la chatarrería y la tienda [...] y con Kheraba ¿sabes? ahí ya se quería hacer lo de la cooperativa con los contenedores y todo eso [...] pero allá estaba difícil porque

⁴⁰ *Sunu Village*, 16 de mayo de 2017.

⁴¹ *Sunu Village*, 30 de enero de 2017.

*siempre había mucho problemas*⁴² comenta AM recordando el que para ellos fue el inicio de su organización colectiva como chatarreros y la conflictividad característica de la coyuntura y del surgimiento de sus múltiples iniciativas.



Figura 1 *Entrada de la nave ocupada de Badajoz, 112, Barcelona.*
Fuente: (Mendoza, 2014).

La ocupación de este recinto, también conocido como *Bagdad* por un grafiti en la puerta de entrada (que puede apreciarse en la figura anterior) que era anterior y no correspondía con la ocupación de estos hombres en concreto, implicó un movimiento y una reubicación urbana claves y la conformación de una iniciativa decisiva, aunque seguramente plagada de transitoriedad como toda su experiencia territorial y de asociatividad hasta ahora.

Ubicada en el carrer de Badajoz, 112 en pleno Poblenou, los localizaba estratégicamente en una zona de importancia industrial histórica, de gran actividad comercial y transformación urbana y de concentración de buena parte de la actividad relacionada con la recolección, recuperación y venta de residuos metálicos a nivel de gestores formales y recuperadores informales de mediana y baja escala.

⁴² *Sunu Village*, 6 de febrero de 2017.

Allí se encontraban todos ellos: US, MC, AM, BY, AB y otros tantos a quienes conocí después, en el primer intento objetivo y organizado de conformación cooperativa. Este fue el primer lugar donde además de la recolección y limpieza individual de material recolectado para la posterior venta exterior en alguna chatarrería del barrio, se instalaron las primeras tiendas o chatarrerías internas que incluían la compraventa del material y el almacenaje. De esta manera se producía una forma de colectivización en torno al trabajo con un importante componente colaborativo que incluso derivó en una propuesta cooperativa que denominaron Associació Africana de Reciclatge que pretendía primero asegurar que todos lograran alcanzar los medios de subsistencia mínima y después alcanzar mayor autonomía y aumentar el margen de actividades realizadas en torno al reciclaje y, con ello, algunos niveles de ingreso. Es de suponer que de allí surgiera una importante tensión entre la transversalidad de la colaboración y el cooperativismo y la inevitable formación de jerarquías en el proceso de toma de posiciones, decisiones y responsabilidades.

Finalmente, a pesar de la participación y movilización de vecinos y asociaciones del barrio del Poblenou en contra del desalojo de Badajoz y en defensa de los derechos de migrantes y asentados irregulares, el desahucio se produjo el 9 de noviembre de 2011, aunque el impulso asociativo estaba ya en marcha y el ímpetu de los hombres por los aires.

Ya en Badajoz estos hombres conformaban una agrupación que se procuraba la vivienda, el trabajo y la alimentación dentro de las instalaciones. Funcionaban chatarrerías, cocinas-restaurantes, almacenes, zonas de trabajo de separación de materiales, habitaciones y zonas de esparcimiento y diversión. Pero es en *La Nave* en donde este modo de agrupación toma el carácter, el funcionamiento, la dimensión y las relaciones con el exterior (formal y normativo) como un auténtico gueto; conflictivo e inestable, transversal (*de libre entrada*) y fuertemente jerárquico al mismo tiempo, en donde se asegura de cierto modo la supervivencia pero se viven también todas las vulnerabilidades posibles de la pobreza y la

reproducción interna de innumerables prácticas laborales como iniciativas individuales de retribución marginal.

Poco tiempo después del desalojo de Badajoz un grupo de estos hombres decide ocupar una nave industrial en desuso ubicada en la carrer Puigcerdá, 127. *“yo abrí La Nave. Si, Puigcerdá, ¡con estas manos!”* recordaba con cierto orgullo MC mostrándome sus manos, ya visiblemente deterioradas. Liderados por Kheraba, los desalojados se mueven rápidamente en un intento por conservar su modo colectivo de subsistencia y seguir procurando una organización y un alcance mayor respecto de la recuperación de residuos; *“en Badajoz fue el principio, mucho trabajo allá y había que seguir, no nos íbamos a quedar en la calle otra vez”* termina diciendo, justificando su actuación.⁴³

Esta ocupación recibió los nombres de La Nave, Mount Zion, Afriklando y Cal África lo que refleja en parte que ha sido habitada por muchos y que fue escenario de variadas iniciativas principalmente laborales, pero también artísticas, culturales, recreativas, asociativas y hasta reivindicativas. Esto supuso una importante cantidad y diversidad de gentes y los subsecuentes conflictos y luchas jerárquicas que se sumaban a unas condiciones físicas que, como en cada caso, resultaban en extremo precarias e insalubres. *“And this Nave was far from simply a scrapyard. In addition to large industrial-sized rooms filled with raw materials such as copper wire or aluminium stripped from window blinds, there were bars, restaurants, a cinema, a bike repair shop, a hair salon, a tailor’s as well as some shops selling clothing and shoes to service the workers [...] also a place of great poverty and difficulty. Absent from the Nave was any reliable or fixed source of electricity (although they had managed to tap into an intermittent supply) or running supply of water. People slept amongst the scrap metal, often in cramped dark rooms, and washed themselves in the local public fountain down the road [...]”* (Barclay & Laudati, 2016, págs. 182-183)

⁴³ *Sunu Village*, 30 de enero de 2017.

En estas condiciones *La Nave* conformaba una especie de barrio en la que el trabajo (informal, claro está) desde adentro y hacia adentro generaba una microeconomía de la pobreza. Las variaciones y divisiones del trabajo alcanzaban límites marginales muy extremos pero que al menos les permitía mantenerse en la línea de miseria y alimentarse al menos una vez al día. No obstante, esto reforzaba también su aislamiento y se producía una especie de blindaje que dibujaba con mayor claridad las fronteras de la segregación y la reclusión espacial. Así, los habitantes de *La Nave* eran coparticipes de su propia marginación socioeconómica.

Pero *La Nave* también fue el estandarte, el punto máximo de la creación y la fijación territorial de una comunidad de apoyo y protección entre pares con valores comunes y en dificultades compartidas y, más allá, un espacio de congregación y resistencia que proyectaba la representación de la lucha por una vida mejor, el derecho a una vida digna.

El trabajo y la recuperación de residuos se consolidaron como elementos centrales articuladores del colectivo y esta se estableció masivamente como la actividad principal de generación de ingresos para sus miembros. La recuperación se tornó visiblemente en una forma característica de relación con el espacio y el chatarrero senegalés se hizo sujeto colectivo visible y marcado en tanto tal. Los trabajadores de *La Nave* eran los chatarreros y los grandes espacios eran las chatarrerías. El trabajo en torno a la recolección, recuperación y venta de residuos creció en amplitud y alcance y además surgieron de él algunas especialidades: *“No solo recoger y limpiar, la chatarrería era grande allí y otros con las bicicletas y teníamos container y empezó mucho la reparación de electrodomésticos también y con los vecinos [...] nosotros con la tienda ya estábamos más organizados, ahí teníamos de todo”* recuerda AM.⁴⁴

Manteniendo la estratégica ubicación geográfica respecto del distrito de Sant Martí la(s) chatarrería(s) también creció y el número de chatarreros con toda seguridad también se disparó. *La Nave* no se detenía, unos 200 chatarreros o más (de alrededor de 300

⁴⁴ *Sunu Village*, 6 de febrero de 2017.

habitantes) trabajando entre la calle y los patios por más de 12 horas al día llenaron el antiguo edificio fabril de una estruendosa y muy visible actividad constante. “[...] there is a constant coming and going of people. On any given day, various groups of *chatarros* can be seen filling a container – in all likelihood supplied by a firm that buys the product and then sells it on for use in the industry – and by many other individuals weighing materials at various points throughout the factory building, businesses that buy almost all the materials supplied by the reclaimers” (Porrás & Climent, 2018, pág. 543).

Por supuesto también *La Nave* tuvo que enfrentar la coyuntura de la que hacía parte. No era el único grupo de chatarreros, ni de ocupas, ni mucho menos de inmigrantes, pero este grupo en concreto ya había sido sistemáticamente reprimido y ahora se encontraba en el medio de un conflicto de intereses crítico y en un nivel de visibilidad insostenible. A partir del desalojo de Badajoz y hasta 2015, durante la administración de Xavier Trias un claro demócrata neoliberal, este específico colectivo de chatarreros senegaleses, que como los demás requiere ser insistente en su trabajo, en su localización urbana y su colectividad, fue repetidamente intervenido. El más duro golpe sin duda alguna, el que originó la desagregación definitiva en la que aún se encuentran, fue el desahucio definitivo de *La Nave* el 23 de Julio de 2013.

Los chatarreros no suelen ser perseguidos ni multados por el trabajo de recolección que realizan en las calles, aunque podrían enfrentar denuncias por infracciones que a nivel local definen la Ordenanza Municipal sobre el Ús de les vies i els espais públics de Barcelona⁴⁵ y la Ordenanza de Medio Ambiente⁴⁶ por la obtención no autorizada de residuos que se encuentran en la vía pública o en los contenedores, además de la contravención de las leyes

⁴⁵ Ordenanza Municipal sobre el ús de les vies i els espais públics de Barcelona (15 enero 1999) Butlletí Oficial de la Província de Barcelona. Núm. 12, pág. 2. Recuperado de: https://dibaaps.diba.cat/scripts/ftpisa.aspx?fnew?cido&bopb/1999/01/19990115/BOPB_19990115_032_04_0.pdf

⁴⁶ Ordenanza del Medio Ambiente (2 de mayo 2011) Butlletí Oficial de la Província de Barcelona. Recuperado de: https://dibaaps.diba.cat/scripts/ftpisa.aspx?fnew?cido&bopb/1999/07/19990730/BOPB_19990730_025_02_7.pdf

generales de extranjería (trabajo) y residuos. Alguna vez se aplica algún tipo de denuncia por usos indebidos puntuales del espacio público como AB que durante una misma semana en la primavera de 2019 recibió dos denuncias por usar la acera de enfrente de su vivienda (ya separado del colectivo) para reparar bicicletas mientras escuchaba música a alto volumen. Pero en general, con relación a la práctica de la recolección manual en la calle y de los contenedores no son increpados o denunciados. Sería una presión punitiva más que ante la situación de los trabajadores seguramente no convendría a ninguna de las partes y plantea la necesidad de un nuevo enfoque por parte de las instituciones.

No así, las ocupaciones masivas representaban un gran problema en especial por los intereses económicos relacionados con la transformación urbana del sector bajo la influencia del plan 22@ de transformación física y vocacional del sector y otras obras de desarrollo urbano relacionadas. Además, el funcionamiento ilegal de las chatarrerías ya implicaba un conflicto de considerable envergadura en el que participaban también la Agencia de Residus de Catalunya, los gestores privados formalizados y el Gremi de la Recuperació de Catalunya. La situación respecto de la ley de extranjería sobre el trabajo y la asociación de los *sin papeles* no se resolvía y no lo haría con estos hombres, muchos de los cuales ya habían sido rechazados en procesos de regularización anteriores. Finalmente, los intereses económicos, comerciales y turísticos principalmente, que implicaban procesos concretos de destrucción y creación propios del *desarrollo urbano*, hicieron que estos hombres se encontraran en medio de una coyuntura inmobiliaria y habitacional de desalojos presionados por propietarios privados, autorizados por la jurisprudencia, y ejecutados por las fuerzas del orden del Estado para recuperar los predios, demoler el edificio en este caso (en donde aún hoy -enero de 2021- no hay nada) y dar posibilidad a obras determinadas del plan de desarrollo territorial.

Esta situación y la particular coyuntura que formaba conllevó a que a esa relativa organización laboral que se procuraban tuvieran que añadir una determinada organización y visibilización política. El grado de organización puede ser cuestionable, pero lo cierto es

que se reunían y discutían colectivamente sobre su situación, se manifestaban, tenían representantes y negociaban con el ayuntamiento. Esto hizo del trabajo y de la vivienda componentes de una postura política reivindicativa mayor, más allá del oficio y del espacio concretos en los que se encontraban coyunturalmente.

Claro está, esto hizo proliferar otras relaciones que a la postre terminaron sumándose al desgaste propio de una lucha sin salida: abogados, asociaciones, fundaciones, otros colectivos, periodistas, militantes y, por supuesto, académicos buscando *comprender*, se sumaban al caótico proceso que desde el punto de vista de la lucha colectiva no llevó a ninguna parte.

En la negociación presionada por las manifestaciones contra las ordenes de desalojo que ya cursaban por procesos interpuestos por la Inmobiliaria Riana (propietaria del inmueble) el cooperativismo sobresalía como norte a donde todos miraban, y efectivamente se convirtió en un elemento silenciador como se verá. De esta forma, los habitantes de *La Nave* pretendían alcanzar una legitimidad institucional basada en el trabajo de recuperación de residuos; una legitimidad inviable en torno al trabajo (que no podían hacer) al oficio en particular (cuyas formas son irregulares e informales), a la vivienda y a la organización colectiva (también vetada para ellos) que ponía en evidencia cada vez más la transitoriedad del colectivo. Se trataba entonces de un claro enfrentamiento con la legalidad y una pugna de lejana solución entre la informalidad y la dimensión legislativa del Estado, entre el inmigrante ilegal trabajador de la calle y el marco normativo que no brinda más salida que la de la formalización total inalcanzable para ellos.



Figura 2 Concentración al frente de La nave ante el inminente desalojo.
Fuente: Diario El País, 18-07-2012⁴⁷

El conflicto en definitiva se resolvió por dos vías, una *inclusiva* y otra directamente represiva.

Esa medida de carácter inclusivo, pero tan limitado que resultó en cierta forma ruin frente a la inmensa mayoría *no incluida*, fue precisamente la cooperativista. El ayuntamiento de Barcelona encargó a Labcoop (cooperativa sin ánimo de lucro dedicada a impulsar proyectos de emprendimiento social cooperativo) la creación de una modalidad organizativa que permitiera la formalización de los chatarreros, pero ¿de cuántos de ellos? Finalmente nació la cooperativa Alencop que comenzó a operar en el 2015 con solo 15 de los chatarreros expulsados de La Nave (en una suerte de folclórica selección por inclusión de variada nacionalidad para hacer más grotesca la situación) y que posteriormente debía incluir otros 15 más. El proyecto hizo poco más que regularizar la situación de los cooperativistas puesto que implicaba una serie de restricciones geográficas, temporales y

⁴⁷ Tomado de: https://elpais.com/ccaa/2012/07/17/catalunya/1342553200_555820.html

técnicas que limitaron la cantidad, el tipo y la forma de las operaciones de recogida. Como cooperativa sin ánimo de lucro su actividad se orientó desde un principio a la recogida gratuita a domicilio de electrodomésticos y chatarra en general en los distritos de Sant Martí, Sant Andreu, Nou Barris y l'Eixample, incluyendo posteriormente servicios de vaciado de pisos y venta de electrodomésticos de segunda mano (una actividad que les costó años formalizar). La actividad de la recogida implicaba un importante factor de movilidad urbana que a su vez obligó a la creación de un vehículo adaptado sobre el que pudiera consentirse un uso apropiado del espacio. No obstante, el vehículo también tuvo sus efectos sobre las restricciones espaciales y las limitaciones del volumen, la forma y el peso de los materiales; más adelante, la incorporación de un camión para recogidas voluminosas -a nivel de empresas- se hizo necesario.



Figura 3 Operario de Alencop en triciclo eléctrico.
Fuente: Página web del Ajuntament de Barcelona⁴⁸

⁴⁸ Tomado de: https://ajuntament.barcelona.cat/sants-montjuic/es/noticia/alencop-recoge-electrodomesticos-y-chatarra-a-domicilio-2_714086

Según los propios cooperativistas también se hicieron varias solicitudes para obtener licencias para otras modalidades que permitan ampliar el alcance de sus actividades, pero tampoco han llegado a feliz término y las trabas y tiempos burocráticos parecen insorteables. Bajo estas condiciones restringidas y las dificultades de crecimiento e inversión las posibilidades de cumplir con las expectativas de autonomía de la cooperativa estaban lejos y el ayuntamiento ha tenido que mantener la inversión en la cooperativa para sostener su funcionamiento en un 75%, el 25% restante lo obtienen de su propia operación y de diversas maneras de la cooperación privada⁴⁹; el proyecto planteaba que la cooperativa por si misma llegara a generar al menos el 40% de la facturación mínima necesaria.

Luego de 5 años de funcionamiento sin crecimiento y con 17 cooperativistas fijos, el proyecto ya ha superado la línea de la inviabilidad y el ayuntamiento ha determinado no renovar el convenio a partir de 2020. La situación de los trabajadores es incierta, el retorno a la informalidad laboral es muy probable y una nueva dispersión individual de sus miembros es inminente. El diario *El País* iniciaba la nota con una sentencia emitida por uno de ellos: “No hay futuro”⁵⁰, el intento cooperativista ha fracasado también por esta vía.

Por otro lado, mientras la administración Trias prometía soluciones rápidas de vivienda y regularización para los afectados de este y otro desalojo prácticamente simultáneo en la carrer Pere IV, los desahucios se hicieron efectivos y los habitantes retornaron a la indefensión. Las medidas temporales de albergues y pensiones apenas si lograron favorecer a unos cuantos de manera muy transitoria pues no son apropiados para su actividad, la mayoría de estas personas retornaron a la incerteza y su característica vulnerabilidad y con seguridad se han visto forzados a acudir a otras ocupaciones tal vez *menos importantes* para la ciudad. Al eliminarse la centralidad laboral que la ocupación generaba y que permitía el acopio y el trabajo desde dentro a la espera de los mayoristas que luego acudían, también

⁴⁹ Información obtenida de una entrevista colectiva con cooperativistas en la sede de Alencop en septiembre de 2019.

⁵⁰ La chatarrería municipal cierra. Diario El País, 07 de mayo de 2020. Recuperado de: <https://elpais.com/espana/catalunya/2020-05-06/la-chatarrerria-municipal-cierra.html>

la presencia urbana de los chatarreros ahora desprotegidos se intensificó. Sin embargo, según publica el diario El País, un año después del desalojo solo se han regularizado 3 personas de las 240 que logró contabilizar la Asamblea Solidaria Contra los Desalojos días antes⁵¹.

La medida represiva del *desahucio* (como dicta la sentencia) que ciertamente no contaba con un plan serio de atención a los afectados, en definitiva, desembocó en un contundente impacto para la organización, para la colectividad y para la supervivencia individual misma de centenares de personas, expresándose fundamentalmente en la supresión definitiva del lugar de trabajo y subsistencia. Por un lado, efectuó una drástica **desarticulación política** que zanjó toda posibilidad de demanda y participación; la evidencia les demostraba contundentemente la ausencia de derechos, la imposibilidad de organización política alguna y la inviabilidad de su aspirada legitimidad institucional. Por otra parte, se produjo una difícil **desactivación económica** mediante la transformación drástica de la actividad laboral que venía con la pérdida del lugar. Y finalmente, condujo a una inevitable **dispersión geográfica** de las gentes, una doble ocupación (lugar de trabajo y lugar de vivienda separados) y una nueva individuación y desagregación de la colectividad.

Los cientos de chatarreros excluidos de la regulación se dispersaron por la ciudad retornando al anonimato y al abandono institucional, lo que, para muchos de ellos, por paradójico que parezca, representa una condición funcionalmente positiva frente al desastre que trae consigo la visibilización y la negociación con el Estado, ya que estas, ha quedado claro, no representan formas viables de superar su vulnerabilidad sino más bien amenazas que la incrementan. Hay una importante diferencia entre la “protección” y la “regulación”; ya que la existencia de esta última no asegura la primera y, de hecho, como en este caso, suele tener efectos claramente negativos sobre los trabajadores, estableciendo en realidad un escenario regulado de forma restrictiva en el que se vuelve

⁵¹ Fracasa el intento de regularización de los 240 africanos del Poblenou. Diario El País, 09 de julio de 2014. Recuperado de: https://elpais.com/ccaa/2014/07/08/catalunya/1404849844_394214.html

muy difícil entrar y dentro del cual las oportunidades económicas y las posibilidades de agencia tienden a decrecer (Bromley, 1979).

Podría decirse en últimas que los dos tipos de medidas, la inclusiva (la creación de una cooperativa) y la coercitiva (los desalojos y la segregación) desencadenaron procesos que condujeron a un mismo destino: la marginación definitiva y sin remedio del colectivo, una **invisibilización estructural** inducida que luego han tenido que revertir en una **invisibilidad funcional** a su subsistencia. Desde el punto de vista institucional el abandono parece camuflarse en una especie de agregación por olvido: la eliminación casi por completo del *problema* y la simulada *inexistencia* de estos hombres.

Estos son los mismos hombres de la crisis de los cayucos, quienes desde esos días enfrentan un interminable proceso de desterritorialización comenzado por el abandono del lugar de origen, seguido por el confinamiento y dramáticamente sostenido luego por los sistemáticos desalojos, en medio de una condición irremediable de marginación socioeconómica. Un colectivo que representa una fuerza de trabajo *pura* y sin derechos que asiste sin remedio y ayuda a producir mediante su infatigable esfuerzo su propia “muerte social” y el desperdicio de la vida misma de sus hombres (Patterson, 1985).

Después de asentarse temporal e individualmente por varios puntos de la ciudad y luego en ocupaciones grupales muy fugaces que fueron rápidamente desalojadas, una de ellas en una zona de espacio público y otras en pequeños lotes vacíos en el sector de Glòries, un reducido grupo de estos hombres desalojados de *La Nave* lograron ocupar un nuevo lugar en el mismo sector, una casa y un lote contiguo al que rápidamente denominaron, marcando en sus paredes y en las tablas de madera de sus chabolas recién construidas, ***Sunu Village***.

Allí el colectivo volvió a encontrar, a mediados de 2015, un lugar donde refugiarse, autoprotegerse e intentar continuar con su práctica laboral cotidiana de subsistencia, se trata de uno de los resquicios de la dispersión en donde facilitarse de nuevo, ya desgastados

y silenciados, la única actividad marginal que tienen a su alcance. De esta forma, una de las chatarrerías de *La Nave* procuraba su supervivencia conformándose de forma menos visible y numerosa. Este es el lugar de la invisibilidad funcional que, dada su estratégica ubicación respecto del trabajo, también tiene los días contados; su transitoriedad era, como se verá, absolutamente evidente.

Se espera, en conclusión, con lo ya expuesto sobre las características migratorias, sobre la idea en origen y la experiencia de la movilidad geográfica y sobre los modos de organización colectiva y la experiencia de desterritorialización de los actores en destino, iluminar parte del conocimiento sobre las dinámicas relaciones institucionales y espaciales de los sujetos migrantes y, en especial, sobre las trayectorias migratorias concretas -aun inconclusas- de estos hombres en específico, de unos de esos hombres llegados en los cayucos de principios de siglo.

Con miras al análisis de las relaciones con los residuos y con el espacio urbano en general, la trayectoria expuesta ha permitido entonces disponer de un contexto y un presente etnográficos en donde se localiza y de donde parte el presente trabajo.

La *Sunu Village* es el lugar donde nace y de donde surge esta etnografía. En lo sucesivo se busca y describe la cotidianidad, especialmente centrada en la práctica laboral de la recolección informal de residuos, de esta colectividad en deterioro, de esa vida en los bordes de la marginalidad socioeconómica en acción. A partir de las relaciones marginales que estos hombres construyen a través de sus prácticas cotidianas de subsistencia con el territorio, con el espacio urbano, con las infraestructuras y con los residuos mismos, las páginas siguientes procuraran dar cuenta de lo que sigue de esa *vida entre los restos*.

IV

LA *SUNU VILLAGE* Y LA RECUPERACIÓN DE RESIDUOS

Cuando llegué a la *Sunu Village* por primera vez, y durante muchos de los primeros días de mi trabajo de campo allí, mi presencia era absolutamente discordante, incluso impertinente, y con toda seguridad producía una distorsión y una contaminación de los sucesos que, además, enrarecía el lugar. Se trata, sin más (que no es poca cosa), de la inevitable y ya consabida afectación que produce la sola presencia del etnógrafo sobre la realidad que estudia; que además se agrava cuando decide exponer también sus intenciones.

Ya presenté como llegué allí y la forma en que gracias a ciertas condiciones muy específicas y algunos afortunados acontecimientos, a los que se les sumó también una que otra coincidencia, se me abrieron las puertas y me fue silenciosamente permitido comenzar a visitar el lugar con regularidad. Sin embargo, una vez allí, la frecuencia de mis visitas y la duración de mi permanencia en cada una de ellas fueron claramente fuera de lo normal para alguien ajeno al colectivo.

Muchas otras personas acudían al *patio* por diferentes razones: para vender o regalar algo, para comprar algo e incluso simplemente para saludar estando de paso. Un hombre cubano, al igual que algunos marroquíes y otros egipcios, dedicados también a la recuperación informal de residuos, entraban al *patio* de vez en cuando, sin una regularidad concreta, usualmente para hacer algún tipo de negocio con objetos o material recolectado. La *Sunu Village*, como se verá más adelante, además de ser un lugar de trabajo compartido, de sociabilidad y de *propiedad* de todos quienes trabajan en él, es también una pequeña chatarrería de baja escala y limitado alcance. También en ocasiones, mucho menos frecuentes, otro tipo de personas, vecinos del Poblenu (españoles y extranjeros), visitaban el lugar para proponer algún intercambio o solicitar servicios en unos casos y en otros tantos para simplemente integrarse en otro tipo de iniciativas del colectivo como la venta de

comida que preparaban allí mismo, la venta de bebidas o el desarrollo de simples prácticas de sociabilidad no institucionalizada.

Pero en ninguno de estos casos la frecuencia y la intensidad de su vista era tan prolongada como la mía. Y, mucho menos, ninguno de ellos importunaba constantemente con sus preguntas y su desmedido interés por comprender que era lo que pasaba allí y como hacían lo que hacían.

De esta forma, mi presencia allí, en tanto situación física sostenida era cuando menos extraña: un hombre pálido y escuálido parado en medio del *patio* “sin hacer nada” resultaba ser una imagen un tanto absurda. A mi alrededor la actividad era tan profusa, ágil y estruendosa que mi quietud inicial estorbaba.

Habiendo venido referido por Kheraba y gozando de cierto padrinazgo por AM, uno de los hombres del colectivo que ostentaba mayor jerarquía, yo gozaba también de licencia para estar allí; pero al carecer de un papel determinado y dado que prácticamente ninguno de ellos podía asignarme una posición y, mucho menos, podía comprender el sentido de mi presencia, un rechazo propiciado por ciertas formas de indiferencia e incomodidad era inevitable.

Sin embargo, mi propio interés, la exigencia de mis compromisos investigativos y hasta mi obstinación derivada de lo potentemente estimulante que me resultaba el lugar, me movían para volver allí cada día, aun cuando cada día pensaba que necesitaba que algo cambiara para poder *estar* de verdad.

Los días transcurrían como largos lugares marcados por una clara impertinencia; repletos de una actividad que aún se sucedía muy distante y por ello mismo incomprensible más allá de su evidencia formal. Yo me encontraba, con respecto de lo que pasaba allí adentro, inmóvil, inactivo, inútil, y aunque presente y fuertemente estimulado por todos los sucesos y actividades que podía empezar a capturar en sus detalles, absolutamente ajeno y a mucha distancia de cualquier forma de integración o participación.

Pero, a pesar del corto tiempo transcurrido hasta ese momento y de mi lenta incorporación a la cotidianidad de la *Sunu Village*, ya saltaban a la vista la importancia del trabajo en general y la particular centralidad de la práctica de la *recuperación* de residuos que debía ser indagada, ya que dejaba entrever un alcance más allá de lo que era evidente en la superficie. Además, dos asuntos intensificaban mi interés: mi hipótesis de que la *Sunu Village* constituía una especie de espacio dicotómico que enfrentaba sus condiciones físico-sociales con sus potencialidades culturales, y la compleja (y al tiempo sutil) variación de las utilidades, los valores y las significaciones de los residuos. Cosas que producto de otros procesos y otros consumos ajenos habían sido objeto de descarte, allí configuraban prácticamente toda la instrumentalidad cotidiana, desde la destinada a transformaciones e intercambios dentro de las prácticas de la vida económica en tanto mercancías hasta las que soportan en cierto grado la reproducción social, es decir, que hace parte de los procesos y transformaciones necesarios para sostener la vida.

De esta forma, la práctica de la recuperación adquiere una centralidad tal que la hace el norte y el destino de prácticamente todas las relaciones con las cosas: recuperar constituye un tipo de práctica que se incorpora en los planos productivo y reproductivo de la vida del colectivo y que se concreta en determinadas operaciones individuales de transformación de las cosas recolectadas.

Un particular y aleatorio día la mencionada impertinencia cambió radicalmente. Y cambió, debo decir, no por mi propia estrategia aunque sí gracias a que mi iniciativa me movió a aceptar las exigencias que me hacía día a día la *Sunu Village* y que, para fortuna mía, fueron directamente formuladas, como una especie de condición que debía cumplir para poder continuar con mi presencia, por uno de los hombres que ocupa una de las posiciones superiores dentro de la visible aunque indescifrable jerarquía del colectivo, quien en cierto sentido me obligó a tomar partido y a implicarme en lo que allí ocurría.

US llegó a España en el año el 2004 y, según cuenta, durante mucho tiempo trabajó como chatarrero. Con el tiempo y gracias a su especial habilidad encontrando formas diversas de

asegurar su supervivencia y de crear o aprovechar oportunidades, es decir, gracias a su particular capacidad de agencia que lo distingue claramente de los demás de sus pares, ha logrado dejar la dedicación exclusiva a la recuperación de residuos, se ha posicionado como una de las figuras líderes del colectivo, y ha llevado adelante una práctica alternativa pero medular dentro de la vida cotidiana de este. US era el encargado del punto más importante de preparación de alimentos y venta de bebidas dentro de la *Sunu Village*. Desde que yo aparecí allí nunca vi a US empujando un carro o limpiando material; además de llevar la cocina, siempre estaba en uno u otro negocio, sin pararse un momento, de aquí para allá, adentro y fuera del patio, conocido por muchos vecinos y trabajadores del barrio, muy dinámico en el sentido de generarse oportunidades para ganarse la vida. US siempre estaba dispuesto a ayudar en lo que fuera necesario dentro de la *Sunu Village*, con la construcción de una chabola, la conexión de la energía eléctrica, con labores varias en el *patio* y la casa, o alertando a sus compañeros sobre alguna alternativa de recolección o recuperación.

Este alejamiento de la chatarra (de la basura) y de la recolección informal que se permitía US suele ser visto y significado de manera positiva ya que generalmente está asociado a un mejoramiento de las condiciones materiales y, en otro plano, al establecimiento de cierta distancia -física y simbólica- con respecto de la *suciedad*. De esta forma US logra destacar, más que como un líder, como una especie de referente: sus condiciones materiales son mejores relativa y comparativamente; es un hombre respetado, a quien se le pide consejo, hábil y experimentado.

Con todo esto, US mostraba con claridad como la cooperación hacía parte de la cotidianidad misma de “ganarse la vida” (Narotzky & Besnier, 2020) haciendo parte de un colectivo que permitiera reforzar y orientar cierta centralidad que asegura la supervivencia bajo claras condiciones de inestabilidad e incertidumbre. Aún más, el lugar que ocupaba US, el desempeño de sus prácticas cotidianas en torno a la alimentación, el alejamiento de los residuos como recurso de la vida económica, y en especial sus relaciones con los demás hacían relativamente visible una especie de esfera en la que los hombres mismos se miden, se clasifican y se jerarquizan en la que él adquiriría un importante “valor social” (Graeber, 2001).

Pues bien, aquel día, mientras venía al *patio*, US se encontró en la calle una caja repleta de cables; por supuesto no dudó ni un momento en recogerla. Para suerte mía, él no pretendía convertir ese material en objeto de su propio trabajo y yo era el único que allí *no hacía nada*. Además, ahora que lo pienso, creo que US sabía que me haría un favor: entró al *patio* con la caja y casi sin siquiera saludar a nadie se dirigió rápidamente hacia mí, tiró la caja a mis pies y dijo: “*si quieres estar aquí tienes que trabajar*”.⁵² Desde ese día fui incorporando paulatinamente una forma de participación que resultó fundamental.

El gesto de US ya dejaba claro que el material era mío, sin embargo, me precipité sobre él rápidamente para asegurar dicha condición, muy a pesar de que realmente solo sabía en abstracto lo que debía hacer (separar y limpiar) pero no tenía claro cómo proceder a nivel práctico ni contaba con herramientas para intentarlo. Por supuesto, intercambiarlo o donarlo en el mismo estado, lo que sería rápido y cómodo, no era una opción (así algunos de los demás hombres demostraran cierto interés) pues ello me desentendería del llamado de US y de la oportunidad que me brindaba. Sabía que me encontraba ante una situación potencialmente importante, que mi perseverancia les había demostrado que realmente estaba interesado en aprender, que no pretendía dejar de asistir, que tal vez se dieron cuenta de mi disponibilidad para incorporarme honestamente en el día a día del lugar respetando sus propios ritmos y actividades, y que si dejaba pasar esta ocasión seguramente lo lamentaría más adelante.

Por suerte, AM respondió a mis evidentes interés e ignorancia acudiendo en mi ayuda casi de inmediato. El contenido de la caja era casi en su totalidad un enredijo de cables muy viejos, gruesos y trenzados, que por sus características y su estado podían ser limpiados con relativa facilidad (otra afortunada casualidad). No había más que golpear los cables contra el suelo usando un mazo que me prestó AM mostrándome cómo hacerlo; de esta forma, el recubrimiento plástico se resquebrajaba y luego se separaba manualmente del cobre con

⁵² *Sunu Village*, 13 de febrero de 2016.

un movimiento que no requiere mucho esfuerzo, solo perder la vergüenza y estar dispuesto a ensuciarse.

Repetí esta operación una y otra vez durante algo más de tres horas, ralentizando el trabajo hasta donde más pude mientras gozaba del placer de estar allí haciendo algo útil y, sobre todo, similar a lo que los demás hacían. A partir de este momento pude percatarme de cómo mi disposición, mi actitud y mi distancia empezaban a relajarse y a encontrar una especie de momento de incorporación activa que me dejaba estar etnográficamente adentro, pero sin pretensiones más allá de la cotidianidad elemental. De igual forma, los hombres del colectivo también comenzaron a tranquilizarse respecto de mi presencia, algunos por cierto interés en permitirme una estancia agradable o productiva a mis propios fines como AM y el propio US, otros mediante una especie de combinación entre desinterés y aceptación pasiva, y otros porque sencillamente ya no les representaba el mismo objeto de burlas y críticas.

Al terminar amontoné mi material limpio junto a una mesa donde AM mantenía algunas herramientas, el control de una báscula y un cuaderno. Luego, toda esta actividad también me permitió aportar mi debida cuota en la limpieza general del espacio colectivo cuando ya empezaba a oscurecer. Al final, vendí allí mismo el material al propio AM; no porque quisiera o necesitara hacerlo, sino porque era claro que era lo que procedía.

En última instancia, el suceso además de permitirme condiciones muy prácticas para estar allí durante ese día en particular me indicó una de las más pertinentes vías para lograr un importante progreso metodológico respecto de la participación. Mi incorporación en la vida económico-productiva del lugar, compartiendo las actividades laborales cotidianas, aunque fuera en cierto sentido de manera tangencial y esporádica, era clave.

Pero más allá, respecto del interés central que precisamente es el objeto mismo de alcanzar dicha participación, este acontecimiento y el hecho de que yo lo suscitara a partir de ese día en repetidas ocasiones, me fue mostrando la contundente centralidad del trabajo (como proceso y como campo jerárquico) en la conformación del colectivo mismo, en las

relaciones entre sus miembros, en las dinámicas de uso del espacio y, por supuesto, en la cotidianidad de la vida económica entendida en sentido amplio como todos los procesos que permiten sostener económicamente la vida.

En definitiva, el trabajo funciona como una especie de eje alrededor del cual se articula prácticamente toda la experiencia de estos hombres en el contexto en el que se encuentran, desde sus expectativas iniciales, pasando por su experiencia espacial-informal-marginal cotidiana en el plano personal, y hasta la conformación de una colectividad que les permita mantener, aunque de forma efímera, transitoria y conflictiva cierta agrupación cultural mediante la que aseguren la supervivencia y el sostenimiento de ciertos lazos entre pares. La participación silenciosamente acordada en la dinámica vida económico-productiva colectiva es clave para sostener su propia existencia y, además, constituye un criterio fundamental a través del cual los individuos mantienen (o no) la adscripción activa y la posición dentro de él. De hecho, el trabajo de recuperación de residuos en concreto, la experticia en su realización y el relativo éxito que proporcione, funciona como un mecanismo de distinción y clasificación dentro del propio grupo.

1. La *Sunu Village*: espacio y lugar

La expresión *Sunu Village* es tomada en préstamo de un simple pero significativo (nada simplista) grafiti hecho por ellos en el propio lugar (y en varias ocasiones) y que posteriormente he podido ratificar como una forma de comprender el lugar del colectivo y de significar dicho lugar como *propio*. Allí dominaban sus modos, sus ritmos, sus formas cotidianas; las relaciones con los otros, con el espacio mismo y con el trabajo estaban allí profundamente marcadas por sus propios códigos y normas a pesar de la extrema coyuntura en la que se encontraban, de la escasez característica y de que se constituía fundamentalmente a partir de la recuperación de residuos.

De otra parte, según la idea más difundida e incorporada en el moderno Senegal (Sénégal en francés), el término que da nombre al país deriva etimológicamente de la expresión wólof *sunu gaal* que quiere decir “nuestra canoa”. La idea sugiere un tipo de unidad

territorial muy fuerte. Sunu quiere decir literalmente “nuestra, nuestro”, pero su significado es asociado también a un lugar determinado y a unas gentes específicas. Con *Sunu Village* no solo querían dar a entender que este lugar es “nuestra aldea” sino también que aquí habita su pueblo, que este es una especie de *territorio Sunu*.

*“Aquí es donde trabajamos y donde hacemos las cosas como sabemos. Nadie sabía ser chatarrero antes de venir, nadie trabajaba en esto en Senegal, pero acá tenemos que hacerlo [...] Aquí en el patio nos organizamos nosotros mismos [...]”*⁵³ decía US, refiriéndose al trabajo principalmente pero también al establecimiento de ciertas jerarquías internas y a otras relaciones más de orden reproductivo como la alimentación.

La *Sunu Village* era un escenario marginal, temporal y espacialmente inestable, transitorio, contenedor y contenido, al mismo tiempo, de la relegación social y la pobreza extrema, por un lado, y del desarrollo de los modos propios entre pares, por otro. Dicha contradictoria condición expresaba además con una gran elocuencia las distinciones, pero también las interdependencias, entre el espacio geométrico y el espacio antropológico: el primero físico, medible, material, limitado; el segundo vivido y producido por la propia experiencia social localizada (Merleau-Ponty, 1975), (Delgado, 1999).

La *Sunu Village* estaba cargada de un sentido de temporalidad efímera muy claro, derivado de la realidad visible del contexto más amplio en el que se encuentra, como lo expresaba MC:

*“Desde que entramos aquí sabíamos que tenemos que irnos. Igual siempre nos sacan de donde estemos, pero aquí lo sabemos desde siempre”*⁵⁴.

Como una especie de terrible coincidencia, la *Sunu Village* era un espacio residual que en tanto lugar de la colectividad de hombres igualmente residuales tiene fecha de caducidad. Se trataba de un espacio que, habitado por hombres sin derechos, no era más que una suma

⁵³ *Sunu Village*, 21 de mayo de 2017.

⁵⁴ En la esquina de la cuadra de la *Sunu Village*, carrer Dos de Maig con carrer del Consell del Cent, 29 de julio de 2017.

de metros cuadrados que el desarrollo urbano asume, para seguir con las correspondencias más allá de lo lingüístico, como objeto de recuperación en sí mismo.

La *Sunu Village* se encontraba en el área de influencia del macroproyecto de transformación urbana del Poblenou denominado como el Plan 22@Barcelona, que implica una gran transformación urbanística y vocacional de las zonas industriales del barrio con los inevitables efectos sobre las zonas residenciales del mismo. Hoy en día es visible la imposición de un barrio (cada vez menos barrio) en el que proliferan las grandes edificaciones destinadas a oficinas que se justifican por su importante aportación al desarrollo tecnológico y comunicacional, y los lugares de oferta de servicios al turismo masivo que producen un paisaje tan confuso como frío.

Aunque la *Sunu Village* no se encontraba dentro de los suelos delimitados por plan en el barrio del Poblenou (de hecho, técnicamente, como ya se dijo, el lugar no se encontraba dentro de ese barrio), otra gran obra que, aunque independiente, estaba indudablemente asociada al desarrollo urbano del sector, implicaba la inestabilidad espacial de estos hombres y la consabida temporalidad limitada del espacio colectivo.

La gran obra del parque y el intercambiador vial de Les Glòries los hacía plenamente conscientes de su vulnerabilidad territorial. El avance de esta gran obra, promovida para la libre movilidad y el beneficio ambiental de *todos*, no era más que la cuenta regresiva para una nueva segregación territorial sobre estos hombres que, claramente, no hacen parte de *todos*.

A pocos metros de las obras en ejecución, los hombres de la *Sunu Village* tenían claro que no podrían resistir allí por mucho tiempo y que, como en *Badajoz* o en *La Nave*, su espacio estaba destinado a desaparecer, pero ahora, a diferencia de allí, no les cabía duda alguna acerca de la inminencia de ello.

La *Sunu Village*, tal y como la conocí hacia octubre-septiembre de 2015, ocupaba dos predios diferentes: *la casa*, en donde se establecían múltiples habitaciones y donde prevalecía el carácter privado e íntimo de las mismas; aunque también allí, en las primeras áreas desde la calle hacia adentro, se encontraban un par de espacios colectivos: el lobby

en donde se disponían elementos como un espacio de reunión y de uso colectivo - temporal y el espacio de cocina, comedor y reunión que administraba US. Y *el patio* que era un lote contiguo a la casa, en donde antes había una edificación a juzgar por las evidencias físicas (un muro, una esquina con azulejos y un sifón de baño que era lo que quedaba) y en donde estos hombres concentraban el lugar de trabajo colectivo, algunos espacios de reunión y donde disponían de pequeñas habitaciones individuales tipo chabolas, construidas por ellos mismos, de forma marcadamente individual pero, al tiempo, colaborativa, y que funcionaban como habitaciones, sitios de descanso y reunión, y lugares de almacenamiento.

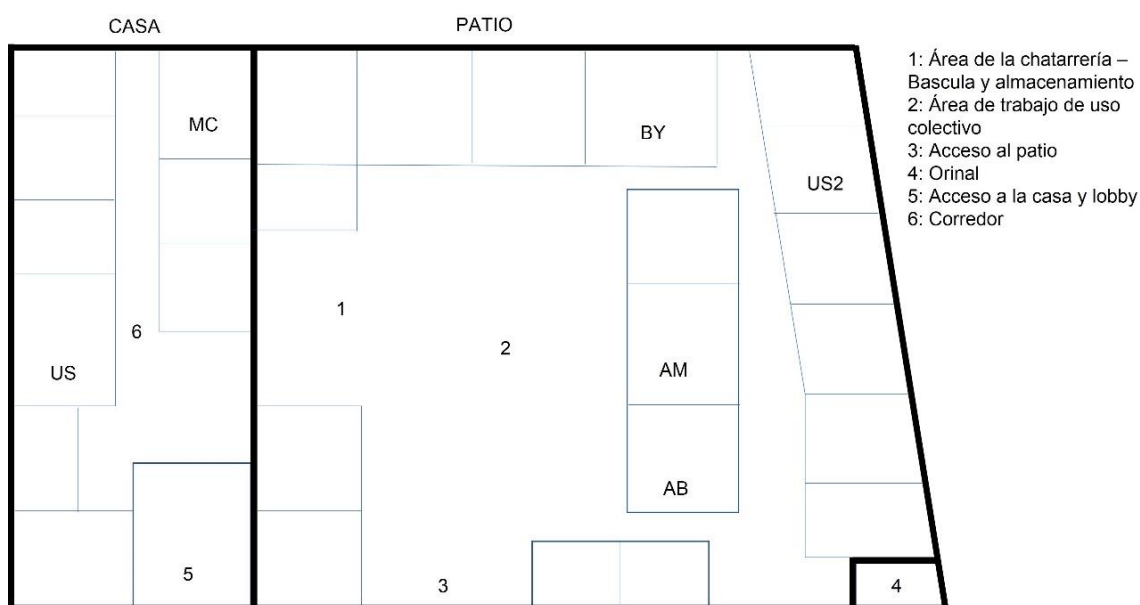


Figura 4 Plano esquemático de distribución de La Sunu Village a enero de 2016

La figura anterior muestra esquemáticamente la organización interna de la *Sunu Village*. Como es comprensible y se describirá adelante, esta organización y distribución era cambiante y se transformaba seguidamente gracias a varios factores concretos que hacen parte de su característica transitoriedad y precariedad física. No obstante, permite ilustrar ciertos elementos de su composición general. En letras están señaladas las chabolas privadas de algunos de los interlocutores principales.

Lo primero que okuparon fue el *patio*, durante la primavera de 2015, en donde construyeron rápidamente una pequeña chabola de madera para instalarse rápidamente, “*apenas entramos trajimos cosas y montamos esa de ahí* (señala una chabola del fondo que luego fuera el lugar privado de BY) [...] *y ahí guardamos cosas, lo de la tienda* (la chatarrería) *y empezamos a ocupar*”⁵⁵ recuerda MC; unos cuatro días después ocuparon la casa. Los primeros en llegar, los que abrieron la casa, delimitaron el lote y pusieron en funcionamiento la chatarrería y un restaurante fueron MC, US, BY y el mismo Kheraba, reconocido líder del colectivo de chatarreros y de la comunidad de senegaleses en Barcelona. Una semana después llegó AM, y otros tantos de los hombres de migración prolongada con los que ya existieran relaciones y cierta colectividad desde *La Nave* fueron rápidamente atraídos por la centralización y colectivización entre pares que propiciaba el lugar y la recuperación relativamente rápida de un espacio que permita la ejecución completa de su actividad laboral cotidiana.



Figura 5 AM en la *Sunu Village*, febrero de 2016. Foto por el autor.

⁵⁵ *Sunu Village*, enero de 2016.

El hecho de que estos dos espacios integrados pero diferenciados fueran sustancialmente reducidos (comparativamente frente a sus ocupaciones anteriores) respondía a la estrategia, o mejor a la táctica adaptativa, de *ocupar* espacios más pequeños y conformar colectividades más reducidas después de la desactivación que operó sobre ellos. Luego de que salieran de *La Nave* (Puigcerdá 127) y de que fueran dispersados de sus concentraciones masivas en Les Glòries, estos hombres, desgastados por todo el proceso, llegaron a la conclusión de que debían ocupar lugares más pequeños en donde seguir operando, centralizando el trabajo y sosteniendo la colectividad que asegura buena parte de su supervivencia, pero bajo cierta forma táctica orientada a reducirse y con ello reducir las complejidades de los conflictos derivados de la ocupación masiva y adoptando cierta medida que los hiciera menos visibles hacia el exterior. Esto a pesar de tratarse de un *nuevo* lugar colindando directamente con la gran obra de transformación de la Plaça de les Glòries Catalanes. Se trataba de la fórmula de convertir aquella invisibilización estructural en la invisibilidad funcional que orientaban a sus propios fines y que los hacía copartícipes de su propia marginación. Luego de ser desactivados políticamente, desalojados sin ver resuelto su problema de habitabilidad y dispersos geográficamente requerían volver a propiciarse un espacio donde seguir ejecutando el trabajo del que dependían a diario, pero intentando reducir la confrontación que resultaba de la ocupación masiva y, en cierto sentido, descontrolada e incontrolable.

Desde el punto de vista físico-espacial la estrategia pasaba, por supuesto, por ocupar predios más reducidos, que no fueran instalaciones industriales de propiedad privada, donde permanecieran un poco más en el anonimato a donde fueron relegados, y en las que controlaran un número menor de habitantes, lo que a su vez implicaba una especie de *segregación interna de la oportunidad*.

Efectivamente, lo primero que llama la atención después de haber tenido una idea de su forma de colectivización masiva y numerosa anterior, es el tamaño de ambas ocupaciones, decididamente reducidas, menos vistosas, menos ruidosas, incluso estrechas e insuficientes, pero situadas estratégica e invariablemente en la misma zona de oportunidad y vulnerabilidad.

La casa nunca logró conocerla en detalle, se trataba de un espacio que, después de cierta primera zona, ya expresaba una intimidad muy marcada. Era absolutamente claro el límite que separaba los espacios colectivos de los espacios privados dentro de la casa. A pesar de la fuerte tendencia a llevar una dinámica cotidiana colectiva, el hecho de proveerse un espacio privado dentro del escenario general colectivo resulta de mucha importancia. De hecho, la lógica de esta disponibilidad de microespacios privados dentro del espacio colectivo genera cierto tipo de distinción y afianza las jerarquías internas; la posesión, la apropiación y el dominio del espacio colectivo que en realidad no es un espacio abierto y disponible para todos en su totalidad sino un espacio comunitario dividido y jerarquizado, expresa posiciones muy concretas.

La entrada de la casa era un pórtico con dos puertas laterales que siempre permanecían abiertas. Estas daban acceso a una especie de lobby (5) en el que los hombres ubicaban sillas, sillones y demás con el fin de disponer de un primer lugar de reunión cercano a la calle, en el que también hacían ciertas cosas como organizar sus herramientas u objetos personales, preparar grandes paquetes de ropa, juguetes y otros objetos para enviar a sus lugares de origen, y otras actividades generalmente espontáneas o esporádicas y que no están directamente relacionadas con la recuperación de materiales.

En el fondo, en la pared izquierda de este espacio abierto, había una entrada en la que siempre mantenían una tela colgada a modo de cortina-puerta y luego de la cual, después de doblar nuevamente y de inmediato a la derecha, se abría un extenso pero estrecho corredor (6). Se podían ver, a pesar de la oscuridad permanente, un sinnúmero de puertas a lado y lado de este corredor; pero recorrerlo no era solo un problema físico sino especialmente un problema de pertenencia. Me costó varios meses pasar del lobby y nunca llegué más allá de la primera entrada a la izquierda.

Esta primera entrada daba acceso a un lugar física y socialmente central dentro de la vida cotidiana del colectivo. Se trataba, precisamente, del espacio que US disponía para el uso colectivo y que él mismo administraba, pero el que también usufructúa, apropia y privatiza. En realidad, era un solo gran espacio dividido en tres áreas: un salón, la cocina y el espacio

privado (dormitorio, almacén, etc.). Allí funcionaba entonces la cocina que atendía y administraba US, en la que de tanto en tanto ayudaban otros hombres del colectivo pagados por él mismo; y aunque en otros puntos de la *Sunu Village* también se preparaban alimentos para atender necesidades alimenticias personales y grupales, esta cocina funcionaba como el principal núcleo alimentario del colectivo. El pequeño salón de allí adentro era un espacio reducido, cerrado y con cierto carácter íntimo, muy propio de la vida *interna del colectivo* más allá de las actividades de orden económico laborales; de hecho este espacio, ya que se encontraba físicamente distanciado del lugar de trabajo de forma que se aislaba de cualquier contacto visual, auditivo, olfativo con estas prácticas, les permitía a estos hombres un respiro dentro de la dura jornada y un distanciamiento también social que los involucraba en otras dinámicas de sociabilidad del grupo que ayudaban cotidianamente, en cierto sentido, a mantener la moral en alto y recomponer el cuerpo mismo, sus energías y su ánimo. El salón no era más que un conjunto de sillas, sillones y bancos organizados contra las paredes formando un cuadrado dejando solo el espacio de la entrada; en el centro una mesa baja con todo tipo de cosas encima, especialmente bebidas, platos y lo necesario para fumar. Alrededor junto a las sillas y en las paredes o en el centro al lado de la mesa, según la temporada, algunos ventiladores o calefactores. También, como no podía faltar en cualquier espacio de la *Sunu Village*, un gran equipo de sonido que no dejaba de sonar y, elevado sobre una de las paredes un televisor en silencio también encendido la mayor parte del tiempo. Llamaba mucho la atención los múltiples comentarios sobre lo que se veía en la pantalla así no se escuchara nada, la mezcla del sonido del reggae o música popular con la imagen de un partido del Barça o alguna película resultaba cuando menos extraña. De cualquier forma, se trataba de un espacio de sociabilidad desinteresada, en donde se daban relaciones más bien espontáneas que demostraban los lazos entre los individuos más allá de la premura de la supervivencia económica colectiva, un espacio donde alejarse por un momento de la ruda vida laboral cotidiana e, incluso más allá, abstraerse respecto de la realidad urbana de la no pertenencia social. Esto, además de los evidentes beneficios físicos que brindaba un lugar de descanso,

sosiego y tranquilidad, hacían de este espacio un punto fundamental en el sostenimiento de la dinámica cultural del grupo.

La tercera área, el espacio privado de US, era sencillamente impenetrable, y los elementos estaban dispuestos de tal forma, así como los sujetos ocupaban determinados espacios gracias a la localización de los muebles y las divisiones improvisadas, que todo configuraba una especie de gesto objetual y corporal que denotaba con claridad el carácter del espacio y las diferentes posibilidades e imposibilidades de acceso según de quien se tratara.

El cierre definitivo de la casa como parte del primero de tres desahucios que tuvieron que enfrentar en la *Sunu Village*, clausuró buena parte de las posibilidades de disponer de escenarios alternativos de sociabilidad, más allá de la dinámica de supervivencia económica que ocupaban la mayor parte del tiempo, la dedicación y el esfuerzo. Por supuesto, también impidió que mi participación llegara a un nivel más profundo en la vida que allí se producía y a un lugar de *penetración espacial* mayor.

El patio era el lugar en donde se centralizaba la vida laboral cotidiana colectiva como punto de organización y partida y durante la fase de la transformación del material previamente recolectado. Es el lugar en el que se producen las prácticas de interés central de esta sección y el que me fue posible conocer más en detalle.

Se trataba de un lote contiguo a la casa, con el piso de tierra; lo único que quedaba allí como prueba de que antes había existido algún tipo de edificación eran un par de muros (uno frontal y otro lateral) incompletos y un pequeño lugar esquinero con azulejos y un sifón donde muy probablemente antes había una ducha y que ahora usaban todos como orinal (4).

En el centro del *patio*, tendida hacia el costado izquierdo, se disponía la chatarrería (1) que administraban AM y MC. Esta no era más que una báscula en el piso, una mesa con un par de sillas en donde generalmente se encontraban el cuaderno donde llevaban una especie de inventario de lo que se iba comprando y el control de la báscula, y un espacio de almacenaje separado del resto solo por una reja con una puerta improvisada.

Alrededor de este lugar, dejando un relativamente amplio espacio libre de trabajo en el centro del *patio* (2), se disponían las chabolas⁵⁶ que cada uno de ellos construía a base principalmente de madera y plástico (evidentemente el material metálico no aparecía más que en forma de pequeño insumo) obtenidos, de igual forma, a través de prácticas de recolección y recuperación.



Figura 6 US2, H1 y H2 trabajando en La Sunu Village, octubre de 2017. Foto por el autor.

A pesar del evidente carácter colectivo de la *Sunu Village* como unidad total, las chabolas, su disposición espacial, el entramado que el conjunto de ellas generaba como una especie de *mini-barrio* y su forma de construcción, expresaban el carácter privado de cada una y producían un uso consecuente con dicho carácter. Cada una de ellas era adecuada según las particulares necesidades y conveniencias, por supuesto a partir de materiales y elementos antes desechados y por ellos recolectados, recuperados y reusados, lo que al final terminaba por conformar ambientes en una especie de collage objetual y espacial, en

⁵⁶ La RAE la define como: “f. Vivienda de escasas proporciones y pobre construcción, que suele edificarse en zonas suburbanas”; a lo que para este caso es importante sumar que dicha pobre construcción se realiza a base de materiales de desecho recuperados, y precisar que en el particular no se trata de una zona periférica o suburbana sino precisamente de una zona céntrica en transformación y que alberga una buena parte de operaciones formales e informales de gestión de residuos a mediana y pequeña escala.

donde las relaciones físicas entre las cosas no estaban dadas por ningún tipo de interés compositivo o comunicativo sino orientadas casi exclusivamente (a diferencia de imágenes, posters y ese tipo de elementos) por la necesidad de obtener un conjunto altamente funcional en un espacio reducido y mediante recursos extremadamente escasos. Sin embargo, aun así, la proliferación de objetos era constante, cada espacio aparecía como una colección funcional de infinidad de elementos de cualidades formales muy disímiles, de manera que cada chabola se encontraba repleta de cosas hasta el punto de que apenas si quedaba espacio para desplazarse; lo que a su vez decía mucho de la práctica de la recuperación más allá de las finalidades económico-monetarias y la situaba no solo en el centro de las prácticas productivas sino también de la vida cotidiana por fuera de estas. De cualquier forma, por regla general, las chabolas funcionaban como lugar de almacenamiento y espacio privado tipo habitación, y como tal los usos eran diversos. Algunas de ellas eran también adecuadas como pequeños chiringuitos y casi todas disponían también un pequeño lugar destinado a la reunión.

Es justo señalar brevemente ciertas cualidades físicas ambientales. La *Sunu Village* nunca cesaba de sonar y estaba siempre emitiendo un indescifrable pero inconfundible olor. Por las diversas fuentes que las generaban y que solo se detenían cuando caía la noche y la mayoría de los hombres se marchaban, estas dos formas de percepción parecían indisociables allí adentro. A las innumerables variaciones de ruidos producidos por la práctica misma de la limpieza, que pueden ir desde simples golpes de martillo o maso hasta el ensordecedor uso de una maquina eléctrica con un disco de corte para metales duros, se sumaban los incontables equipos de sonido encendidos a todo volumen en los que se puede escuchar música desde el reggae hasta algunas variaciones de la tradicional senegalesa o alguna prolongada intervención de uno de sus líderes espirituales⁵⁷. En efecto, en todo momento (sin exageración alguna) cada chiringuito y algunas de las chabolas (en cuyo interior hablar a tono bajo era sencillamente imposible) tenían sus equipos de sonido

⁵⁷ Muy frecuentemente Sheik Mouhamadou Fadilu Mbacké, uno de los hijos y sucesores de Ahmadou Bamba, el teólogo musulmán morabito más importante del Senegal, creador de la escuela denominada Muridismo

encendidos a gran volumen, en muchas ocasiones también alguno en la zona abierta del *patio*. El resultado era una especie de caos auditivo (al menos para alguien tan ajeno como yo) al que se le superponían también las potentes voces de estos hombres, que en ocasiones hablan entre ellos en un tono que podría confundirse con el de una acalorada discusión y en otras tantas alguno de ellos podía sostener el uso de la palabra aireada, asegurándose de que todo el *patio* escuchara, por largos períodos de tiempo.

El penetrante olor a metal que se despedía por el trabajo con los mismos y el que se generaba por una acumulación incesante de cosas de todo tipo que superaba por mucho la frecuencia con la que el material residual de los procesos de limpieza era retirado del *patio* se sumaban en la producción de una especie de microespacio olfativo muy particular y ciertamente muy potente.

El *patio* era sin duda alguna, además de un lugar de recuperación de residuos, un espacio de gran acumulación de residuos, en el que además de ello y consecuentemente se vivía en medio de una muy profusa suciedad física. Paradójicamente, el lugar que alberga y permite el trabajo de limpieza se cualificaba en gran medida por la gran cantidad de suciedad que producía. Las condiciones físicas en general del lugar eran las que se podían esperar de la confluencia entre residuos humanos y residuos materiales: además de caracterizarse como un espacio igualmente residual al que fueran relegados producto de los procesos de marginación que les restringe el acceso a recursos, la *Sunu Village* era el contenedor de innumerables privaciones y limitaciones que se objetivaban en las condiciones materiales y físicas del entorno, en la inseguridad de sus condiciones de habitabilidad, en una insalubridad extrema e indigna de una vida entre la contaminación y la suciedad físicas, y en la ausencia total de servicios y bienes básicos para la vida.

Retomando, el conjunto general era entonces una muy pequeña chatarrería rodeada de unidades privadas tipo chabolas, vinculadas por un espacio colectivo de trabajo. La centralidad del trabajo en la conformación del colectivo, en el sostenimiento de sus lazos y modos, y por supuesto en el aseguramiento de la supervivencia individual mediante la colectivización misma, quedaba de manifiesto no solo en la ejecución de las prácticas y en

las dinámicas de las relaciones, sino también en la composición física y material del entorno compartido. La división y el uso privado y colectivo de los diferentes espacios le daban forma específica al grupo sobre el terreno; la existencia y la conformación misma del lugar adquirirían una importancia medular en la adhesión de cada sujeto al grupo y en la composición misma de un colectivo relativamente compacto y transparente, aunque fuertemente jerarquizado. También en ese uso y en la disposición de cada lugar dentro del espacio general y de cada individuo respecto de esos pequeños lugares, se expresaban dichas jerarquías; los hombres con un mayor poder de decisión y con cierta evidente jerarquía socioespacial ubicaban sus chabolas en lugares privilegiados dentro de este reducido y repleto espacio.

La importancia colectiva del lugar era y sigue siendo evidente; más allá de permitirles los medios y las oportunidades tácticas de asegurar la supervivencia individual en medio de unas condiciones materiales propias de una pobreza extrema, les permitía también disponer de un escenario de expresión y relación bajo sus propios términos; un enclave de pobreza urbanamente céntrico pero aislado de cualquier pertenencia y representación con respecto de la ciudad y el barrio en donde se encuentra, en el que a pesar de dedicarse a algo totalmente ajeno a sus actividades en el contexto de origen, se dinamizaban colectivamente en sus propios modos; hasta cierto punto se evidenciaba además un particular arraigo espacial pues el lugar operaba funcional y simbólicamente también a modo de refugio.

Pero la *Sunu Village*, como cualquier espacio urbano social y físico, se transformaba por un lado de forma adaptativa, espontánea y sobre la marcha, y por otro de manera estratégica y premeditada. En este caso en particular, también presionada por otras transformaciones circundantes (que colindaban) o englobantes (que le superan, le engullen y le hacen desaparecer) y mecanismos de la política pública y el desarrollo urbano que la afectaron directamente. Además, en este caso, se trataba de un proceso de cambio constante, a una velocidad increíblemente (aunque comprensiblemente) acelerada y que sostenía una única dirección invariable hacia el deterioro material y una especie de *erosión social interna*. En

concreto, las transformaciones físicas de la *Sunu Village* en el tiempo objetivaron de forma dramática el proceso de deterioro material y social del colectivo.

Los motivos de estos cambios eran diversos, aunque más o menos evidentes y, en cierto sentido, agrupables; conllevaron a su vez a modos muy concretos de transformación física y social por cuanto eran procesos que cualificaban la forma y las relaciones del colectivo y las condiciones materiales en las que este desarrollaba su actividad cotidiana.

Precisamente, en el interés por tratar de comprender y describir la *Sunu Village* como un complejo particular de relaciones entre sus formas sociales y sus condiciones espaciales que se re-producen en una lógica de *influencia mutua y recíproca*, podría decirse que las vías por las que este espacio se transformaba se originaban desde dos dimensiones discernibles pero coexistentes: una relativa a las interacciones sociales y otra relacionada con las transformaciones físicas.

Fue posible advertir ciertos cambios, más bien al modo de ajustes, en la composición social en tanto relaciones materiales y jerarquías producto principalmente de los conflictos internos por el uso del espacio y de las constantes negociaciones entre ellos que hacían parte de su dinámica laboral cotidiana. En este sentido también surgían más excepcionalmente y de forma poco previsible, ciertas variaciones en las relaciones laborales y productivas que derivaban principalmente de la inestabilidad económica que presiona una estrategia de la adaptabilidad constante. Ciertas variaciones eran apreciables por el refinamiento de las formas laborales de alguno de los miembros del colectivo o por la incorporación de alguna variante alternativa de trabajo que conlleva algún ajuste de determinadas relaciones de intercambio.

Los mencionados *conflictos* por el uso del espacio señalaban el establecimiento de relaciones dinámicas que hace parte de una especie de constante espacial dentro del proceso de apropiación que es tan colectivo como individual y que se expresa en sucesos concretos de transformación física.

Cierto día, durante la primavera de 2018, AM, quien ostenta cierta jerarquía social que se manifestaba en la forma en que usaba y disponía del espacio en una franca y legítima autoridad para aprovecharlo y transformarlo, llegó al *patio* empujando una vieja furgoneta (Renault Express modelo 95 o 96) ayudado por BY, que había obtenido de una negociación con un vecino a no muchas cuadras de allí. En principio, el hallazgo de AM fue tomado con cierta gracia por la mayoría de los hombres y algunos de ellos incluso lo ayudaron a terminar de entrarla al patio y ubicarla en frente de su chabola. Durante algunas semanas, mientras AM decidía que hacer con la furgoneta, fue frecuentemente usada como lugar de reunión, en donde descansar, fumar y tomar algo. Sin embargo, debido a que el espacio abierto colectivo no era propiamente amplio sino más bien reducido respecto de la acumulación de variedad de cosas y de las necesidades espaciales para el trabajo de limpieza y clasificación, otro de los hombres, que en algún momento también había disfrutado de esta rareza, se enfrentaba a las limitaciones y dificultades que la presencia de este gran objeto le originaba. AB es uno de los hombres más hábiles y fuertes del colectivo, y hace alarde de un carácter aún más fuerte. Como la mayoría, se dedica a la recolección y recuperación de metales, pero también ocupa gran parte de su jornada laboral en la reparación y venta de bicicletas; tenía muchas de ellas de todo tipo dentro de su chabola y afuera en frente de ella, frecuentemente llegaba al *patio* con alguna más (jamás logré persuadirlo para que me dijera como las obtenía). El trabajo de AB se veía entorpecido por la presencia de la furgoneta, así como el acceso mismo a su espacio privado, lo que originó un conflicto con AM que terminó incluyendo a muchos más y dividiéndolos temporalmente sobre lo que se debía hacer y, más allá, sobre la forma en que cada cual podía o debía usar el espacio colectivo. En su punto más álgido, el conflicto comenzó su proceso de resolución mediante el desmontaje de la furgoneta, que inició el propio AM cortando a trozos la carrocería con una herramienta eléctrica, y al que prontamente se sumaron muchos otros; la participación colaborativa en el trabajo operó como mecanismo de recomposición de las relaciones.

Retomando, a esta dinámica de conflicto y negociación entre los miembros del colectivo, se sumaba una frecuente variación sutil respecto de los actores partícipes de la realidad

cotidiana del lugar. Si bien el colectivo de hombres senegaleses es el que da origen, cualifica la forma y produce el espacio colectivo como unidad total general, otros sujetos acudían y frecuentaban el lugar por diferentes razones y variando mucho en breves lapsos de tiempo, lo que hacía que el espacio social se encontrara sobre esa influencia altamente cambiante. Algunos hombres marroquíes, otros tantos de origen griego, algún latino de vez en cuando (un cubano de gran estatura frecuentó el lugar durante al menos 5 meses), locales vecinos del Poblenuou (principalmente jóvenes con motivaciones ajenas a lo laboral y económico), en ocasiones alguna mujer prostituta, etc., iban participando de esa configuración social variable y transitoria que hacía parte de la dinámica conflictiva del espacio y que se sumaba como una especie de textura añadida a la complejidad de las relaciones del colectivo con otros actores sociales.

En este punto es importante destacar en breve que las relaciones que este colectivo establece con otros de origen diferente pero dedicados a prácticas laborales similares es apenas tangencial. Probablemente a diferencia de lo que ocurría en *La Nave*, la *Sunu Village* era un lugar exclusivamente senegalés. El lugar no era compartido con otros chatarreros y las relaciones que allí se establecían con ellos se originaban fundamentalmente en el interés de los otros por acudir, e implicaban solo relaciones de intercambio. De manera similar a lo que ocurre en la calle durante el proceso de recolección, parecía existir una especie de división y asignación espacial tácita y silenciosa que pone a cada cual en su lugar.

Como es evidente, todo esto tenía una expresión espacial, material y objetual en el entorno de la *Sunu Village*, pero, además, por otra parte, hay otros procesos que producían directa y contundentemente un estado cambiante de transformación física que, a su vez, producían un efecto que cualificaba en parte las condiciones sociales.

Las dos principales fuentes de esta constante transformación física eran los residuos mismos y los mecanismos de la política de protección de la propiedad privada, concretamente los desalojos, o “desahucios” como lo expresan las sentencias, y que hacen parte de un proceso de desposesión sistemático del que estos hombres son víctimas desde los orígenes de su colectivización como ya se ha visto.

En la *Sunu Village* el flujo de “residuos”, de la calle hacia adentro, de allí hacia la calle de nuevo, limpios y clasificados, era incesante y voluminoso. Además, al interior, la circulación de estos era constante, producto de las diversas relaciones de intercambio, las actividades mismas del trabajo de limpieza y la incorporación de algunos de ellos como elementos que instrumentalizan variadas prácticas cotidianas.

La *Sunu Village*, desde un punto de vista ajeno y distante respecto de su propia realidad (incluida, por supuesto, la perspectiva de un investigador privilegiado), estaba absoluta y totalmente constituida y cualificada físicamente por residuos, solo con excepción de los elementos constructivos de la *casa* y el orinal del *patio*. La sola afirmación, por supuesto, pone en cuestión la idea misma de residuo aplicada a este contexto en particular. Pero, de cualquier forma, lo que importa en este punto es establecer que todas las características y condiciones formales e instrumentales de la *Sunu Village* eran materializadas, por sus propios actores, mediante innumerables cosas que, en su mayoría, han sido recuperadas por ellos de procesos de descarte de formas de consumo y producción ajenas. Y este flujo incesante de residuos que se convierten en mercancías o en herramientas de trabajo o en objetos de uso, caracterizaba la dinámica constante de transformación física del lugar.

Por otro lado, uno de los factores más importantes en la cualificación de las condiciones físicas y materiales de la *Sunu Village* en tanto espacio físico y social, y en tanto colectivo, fueron los desalojos. Estos, por supuesto, también han sido uno de los principales mecanismos que presionan un debilitamiento de la colectividad y de algunos lazos al generar una desactivación económico-política del grupo y una dispersión geográfica de los sujetos por presión individualizados.

El desalojo es un proceso al que ya se han tenido que enfrentar en muchas ocasiones. Podría decirse que, aunque siempre representa enormes dificultades, están en cierta medida acostumbrados a él y saben cómo asumirlo mientras sucede e inmediatamente después de su ejecución. Particularmente en la *Sunu Village*, la estrategia de los hombres implicaba no oponer demasiada resistencia para que el proceso se diera de la forma más rápida posible y así seguir pasando relativamente desapercibidos, manteniendo esa invisibilidad que les es

funcional pero que se expresa como estructural precisamente a través de este mecanismo en tanto forma repetida de desposesión espacial, y para recuperar lo más pronto que les fuera posible. Además, desde que llegaron allí, para todos era evidente que se trataba de una ocupación con fecha de caducidad; la temporalidad del lugar estaba claramente limitada, su transitoriedad era evidente desde el principio de la ocupación, mucho más que en cualquier otro caso anterior. La proximidad física de la *Sunu Village* a Les Glòries y la coexistencia temporal con el proceso de transformación urbana de esta señalaban su inminente desaparición: *“aquí todos sabemos que de acá nos van a echar [...] eso es más importante que nosotros, ya nos lo han dicho [...]”* afirmaba AM señalando la obra en proceso mientras la mirábamos desde fuera en el andén de en frente del *patio*, en diciembre de 2017.

El primero de los desalojos (que no me fue posible seguir de cerca) operó especialmente sobre la casa. Después de ausentarme por algunas semanas, cuando volví, la encontré clausurada. La puerta principal, así como un par de ventanas laterales que daban al *patio*, habían sido selladas de manera definitiva con ladrillos y cemento.

“Nos sacaron y de una vez empezaron a tapar todo porque sabían que volveríamos [...] flipamos ¿sabes?, no alcanzamos ni a sacar las cosas, cada cual cogió lo que pudo [...] por poco y cierran con nosotros dentro [...]” comentaba US con una impotente indignación; *“yo perdí muchas cosas ahí, a ellos no les importa, es una pena porque cada vez estamos menos y peor [...] por lo menos logré sacar el yembé ¿sabes?”*⁵⁸.

En su caso concreto, por fortuna, también ocupaba otros lugares en el centro de la ciudad donde pudo llevar cosas antes y donde generalmente pernoctaba; la mayoría en cambio se vio en mayores aprietos y en un claro recrudecimiento de su condición inestable y transitoria.

Este desalojo finalmente eliminó por completo lo poco que quedaba de la coexistencia de los espacios de vivienda y trabajo; varios de los que allí vivían no volvieron nunca más, otros siguieron la estrategia que ya algunos habían iniciado antes: ocupar dos lugares diferentes

⁵⁸ *Sunu Village*, noviembre de 2016.

y geográficamente distantes, uno para vivir y otro para trabajar, lo que acentuaba aún más el carácter efímero de la comunidad.



Figura 7 Fachada de la casa después del primer desalojo, 28-03-2017. Foto por el Autor.

La entrada fue tapiada y toda la fachada fue pintada de blanco, como si de *limpiar* la zona se tratara. Sobre ella, no mucho después, alguno de los hombres dibujó una característica y recurrente síntesis gráfica de Ahmadou Bamba.

El segundo desalojo fue directo al *patio*. Avisados, los hombres sacaron sus cosas más *valiosas* y que podrían sufrir daños o perderse durante el operativo (elementos de cocina, herramientas, objetos y materiales almacenados, electrodomésticos funcionales, colchones

y mantas, ropa y otros objetos personales, etc.); sabían de antemano que el material de construcción de las chabolas y otras cosas potencialmente útiles quedarían allí. Los hombres, sin oponer resistencia alguna, simplemente se marcharon a esperar, muy cerca del lugar, a que se ejecutara el procedimiento que implicaba, no solo sacarlos del *patio* sino derrumbar todas las chabolas. Así sucedió y, “solo dos horas después” de que se marcharan los funcionarios y operarios del desalojo, tal como lo relataba US2 en noviembre de 2017 entre ciertas risas con las que intentaba, al tiempo, burlarse de ellos y hacer sobresalir sus propias cualidades, “AM ya tenía otra vez el chiringuito montado”. A él le siguieron prontamente el resto (aunque después de cada operativo siempre alguien terminaba marchándose definitivamente, la base del colectivo se mantenía, así como la mayoría de sus miembros), construyendo sus propios espacios privados, remontando la cocina algunos de ellos y dando nueva forma al lugar a partir de los restos que dejaba la destrucción producida por las operaciones inmediatamente posteriores al desalojo. Al margen, si bien ya era evidente su habilidad, resistencia, fortaleza y destreza para los trabajos manuales, esta rápida reocupación y reconstrucción demostraba el admirable alcance de sus habilidades constructivas.

No sería el último desalojo que tuvieran que enfrentar allí y, como es claro, estos representan un severo proceso de transformación física del espacio, de reajuste impositivo de sus relaciones funcionales y simbólicas con el espacio mismo, de la modificación del sentido que confieren al lugar y la significación de su experiencia territorial en un contexto ya hostil, y finalmente un proceso general de disolución del colectivo. Todo el mencionado proceso de transformación física y social expresa con contundente claridad una acelerada dinámica de deterioro progresivo y acumulativo del colectivo en tanto tal y de la experiencia particular de cada uno de los hombres que se proyecta en la realidad objetiva de sus condiciones materiales de existencia.



Figura 8 Secuencia que ilustra el deterioro físico progresivo. Fotografías en ángulo y dirección similares en 2016, 2017 y 2018 de izquierda a derecha. Fotos por el autor.

La *Sunu Village* condensaba entonces una fuerte contradicción entre cierta forma de apropiación y pertenencia espacial motivada por algunos lazos visiblemente fuertes a pesar de la dinámica conflictiva y cambiante del lugar y por la necesidad del sostenimiento económico (propio y familiar) que empujan juntos hacia una colectivización espacial manifiesta, por un lado, y la extrema pobreza y relegación social por el otro. Allí se expresaba, al mismo tiempo, el lugar que se significa y cualifica como propio y que, para el caso, operaba también como una especie de refugio en cierto grado protector y como un facilitador en términos operativos e instrumentales de la vida laboral cotidiana de una parte; y la “descalificación social” (Paugam, 2007) que, además de convertir a los hombres mismos en residuos, sin lugar, sin posición, sin reconocimiento -participante oculto-, los empuja también a una vida entre los restos.

La lógica de la marginación social puede ser aquí entendida como un proceso que ubica a ciertas personas en los *bordes* e incluso más allá, del otro lado de cierta forma social inalterable por sus medios y que los expulsa de determinados *centros* como medida para conservarlos bajo determinada autoridad y un específico orden (Mezzadra & Neilson, 2013). Esa dinámica de la marginación consiste entonces, al menos en parte, en un *delineamiento limítrofe*, una práctica de clasificación social que dibuja y proyecta los bordes, los márgenes, definiendo y ubicando gentes y espacios.

“To say that the practice of bordering - of delineating what is right and what is wrong, what is in and what is out - produces margins, means essentially to state that through bordering specific spaces and people are produced as well” (Lancione, 2016, pág. 1).

En el caso de la *Sunu Village* y sus habitantes esto pudo verse concretado al menos por cuatro vías de pertinente referencia aquí: 1. Con respecto del mercado laboral, dadas su expulsión del circuito económico-productivo oficial y la imposibilidad de reinsertarse en él; 2. Con relación a las esferas del consumo, manteniéndose al margen también de los elementos e infraestructuras más básicas para una vida digna; 3. Por cuanto experimentan en sus vidas cotidianas el repliegue del Estado y la inhabilidad para acceder a los beneficios de la asistencia social, y 4. Una marginalidad física que se expresa, por un lado, en la segregación espacial-residencial y, por otro, en la decadencia de su entorno físico laboral y habitacional cualificados casi en su totalidad por residuos. De esta manera, esta forma de vida

“Corresponde ya a una sociedad que ha dejado de ser integral, que renunció a incluir a todos sus integrantes y ahora es más pequeña que la suma de sus partes. La ‘clase marginada’ es una categoría de personas que está por debajo de las clases, fuera de toda jerarquía, sin oportunidad ni siquiera necesidad de ser readmitida en la sociedad organizada” (Bauman, 2003)

Aunque resulte un tanto crudo, se puede afirmar entonces que los “residuos humanos” (Bauman, 2005), que lo son en tanto sujetos desprovistos de lugar político y económico en la estructura social en la que se encuentran y donde ejecutan sus prácticas económicas, se enfrentan además a procesos sistemáticos de desposesión material respecto de los espacios que habitan, por un lado, y como resultado de sus directas relaciones con los *residuos urbanos* de los que son poseedores temporales, por otro parte. Ambas formas residuales confluyen en una misma experiencia social cualificándola y condenándola. Los residuos son entonces el mecanismo de supervivencia, el contexto de la experiencia, y la destinación misma de unas vidas constituidas por y en los restos sociales y urbanos de una sociedad orientada hacia un progreso marcadamente desigual.

Hay pues una analogía clara entre residuos materiales y residuos humanos: personas y materia fuera de lugar, descalificados, en proceso de deterioro, ocultados, signados como aquello que carga con la disrupción, lo inadaptado, lo informe, marginados de un orden aprobado y considerado legítimo e ideal.

Más allá, en la vida cotidiana de estos hombres la analogía se concreta objetivamente, hace referencia certera y específica sobre cualidades compartidas, la mencionada confluencia y vinculación entre unos y otros ya no es metafórica ni abstracta, la vida real se desarrolla en los márgenes de un orden social que la dictamina como superflua, sobrante, irreversiblemente residual en donde los residuos materiales devienen medios de vida y recursos de supervivencia económica. Sin más, se trata de residuos humanos que viven y entre los residuos urbanos y que *dan forma* a su vida a partir de los restos que deja un orden social respecto del que están marginados.

Pero de esta manera, este específico proceso de marginalización en el que se vinculan residuos humanos y materiales no caracteriza a los marginados y sus espacios como desprovistos de capacidades y que no pueden más que vivir sometidos a las predeterminaciones de la lógica que les confiere sus específicos lugares y condiciones residuales. Lo que sucedía allí mismo en los bordes, en la *Sunu Village* en concreto, puede pensarse como una dinámica cambiante, inestable y transitoria espacialmente, pero al mismo tiempo prolongada respecto de la inevitable vinculación entre residuos, de relación y transformación físico-social, un proceso de “ensamblaje” (Lancione, 2016) y afiliación entre lo propiamente humano y la materialidad – en este caso sobrante de otros procesos– en el que desarrollan bajo sus propios medios (no reconocidos y sin ningún tipo de asistencia), con los recursos y accesos escasos y limitados propios de los márgenes, mecanismos de aprovisionamiento y transformación con los que logran sostener la vida.

2. Limpieza, Reparación, Construcción: la recuperación de las cosas

A pesar de la referencia directa y constante, en especial en esta sección, a la *Sunu Village* es importante recalcar el carácter móvil de esta etnografía y, de paso, evitar que se lea una fijación exclusiva en términos metodológicos por mi parte y en términos empíricos en lo que respecta a las relaciones que se describen.

Por un lado, su experiencia espacial en general y su práctica laboral en concreto no están limitadas a márgenes físicos fijos. El trabajo de estos hombres implica un amplio

movimiento geográfico como se verá más adelante y, como se ha visto antes, las localizaciones de su colectividad también mueven sus centros y son móviles en sí mismas en un escenario urbano extendido y difuso.

Por otra parte, aunque ocupen transitoria e intercaladamente escenarios discernibles, las prácticas laborales específicas de estos hombres, en tanto mecanismos de acceso a recursos, se dinamizan con sus respectivos ajustes operativos a través de todos los espacios en los que se desarrollan y están orientadas por principios tácticos transversales: por ejemplo, la limpieza y clasificación de materiales puede suceder en la calle tanto como en el espacio compartido, así como la valoración de los objetos que ocurre en los contenedores, durante el recorrido de recolección y en el patio es un proceso constante y sostenido de determinación de la potencial utilidad o el valor de las cosas.

Pero aún más, desde otro punto de vista complementario más general, resulta importante recordar también, en clave de la movilidad característica de la experiencia de estos hombres, que se trata de inmigrantes ilegales que bajo sus condiciones socioespaciales de marginación en destino solo pueden ocupar espacios de un modo igualmente irregular e inestable que es característicamente efímero en términos físicos y espaciales y marcadamente transitorio en términos temporales. Además, como se ha dicho, estos hombres en concreto se han visto presionados a multiplicar los espacios que ocupan y a dividir y distanciar geográficamente los lugares de vivienda y de trabajo, así como a la reconfiguración desagregada de agrupaciones menos numerosas. De esta manera, la *Sunu Village* era un escenario que les permitía una referencia espacial y temporal apenas transitoria, muy vulnerable y principalmente orientada a sus relaciones con los residuos como objetos de intercambio.

Habiendo planteado este carácter general móvil, pero procurando el énfasis específico que permite comprender lo que ocurría en este espacio en concreto y que hace parte fundamental de la vida económica del colectivo, es importante empezar por señalar que la *Sunu Village* era el lugar compartido que aseguraba la supervivencia económica individual; allí se centralizaba el trabajo elemental y allí mismo este engendraba sus múltiples

variaciones. Todo el trabajo diario de recorrido se coordinaba y partía desde allí; allí mismo volvían todos a continuar con lo que empieza en la recolección por las calles y debe seguir con la limpieza: la separación y clasificación por material. Como todos confluían allí, el trabajo se compartía en cierto sentido y el trabajo de unos propiciaba el de otros.

Aunque en la limpieza dentro del patio participaban todos y muchos se ofrecen ayuda mutua en diferentes ocasiones, cada chatarrero determinaba qué hacer con lo que ha recolectado por su propia cuenta. No obstante, todos ayudaban a mantener una microeconomía de subsistencia compartida. Además de lo que cada cual limpia para ganar su propio beneficio recurriendo al intercambio más rentable, otras cosas y materiales se vendían allí, o simplemente abrían diferentes desviaciones.

En este escenario, la recuperación se erigía como la actividad central de la vida cotidiana de estos hombres en tanto chatarreros y también respecto de muchas otras dimensiones de su día a día. Para utilizar la tradicional clasificación, la recuperación es una práctica productiva y reproductiva.

En la *Sunu Village* prácticamente todo era recuperado. Con muy pocas excepciones como los alimentos⁵⁹, ciertos objetos personales (algunos traídos desde Senegal) o algunas prendas de vestir, todas las cosas: los bienes de consumo, los materiales e insumos, los objetos y herramientas de trabajo, y por supuesto las potenciales mercancías, llegaban allí gracias a actividades diferentes a intercambios económicos previos. Todo es obtenido a partir de prácticas de recolección-recuperación en cuanto las cosas son extraídas de diferentes circuitos del descarte y sometidas a prácticas de restitución-recuperación en el sentido de dotarlas de nuevo de determinado *valor* orientado a sus necesidades, en el

⁵⁹ Aunque en algunas esporádicas ocasiones algunos aprovechan circunstancias muy específicas y coyunturales para obtener alimentos por vías diferentes al intercambio económico, es posible decir que estos hombres no dedican prácticamente ningún esfuerzo a la práctica del reciclaje de comida, común y sistemáticamente realizado por otros grupos en la ciudad. De hecho, incluso nunca vi a ninguno de ellos participar o interesarse siquiera por las actividades de la Xarxa de Aliments del barrio (Poblenou).

sentido del potencial valor que contienen, que las reviste y que permanece latente producto de las transformaciones de las que son objeto.

De esta forma, la recuperación de residuos (que precisamente por la posibilidad, la intención y el acto de la recuperación, no lo son tanto) implica una especie de retorno de las cosas, de restitución de sus anteriores o de nuevos valores de uso y de cambio. No se trata ya solo de un trabajo de recolección e intercambio inmediato de residuos (inviabile monetariamente, además), sino de su transformación objetiva y premeditada.

Recuperar implica transformar y reorientar las cosas hacia una destinación específica más allá de la limitación generalizante del residuo. De hecho, recuperar, para estos hombres en concreto (sujetos marginales en la ejecución de una modalidad informal de la práctica) consiste en transformar esa aparente condición de lo residual como inservible mediante operaciones concretas que permiten que las cosas en cuestión dejen de ser residuos y se inserten funcional, mercantil y hasta simbólicamente en otras direcciones y propósitos.

Los residuos son objetos de un descarte que suprime unos valores y restringe el marco de otros pero que no con ello elimina por completo sus potencialidades materiales (físicas y económicas), que en la práctica son restituidas por transformaciones en tanto formas de recuperación de sus capacidades utilitarias, funcionales e instrumentales por un lado y de intercambio por el otro.

De esta manera, la condición de residuo no señala en el plano de la realidad concreta a determinado tipo de cosa *des-socializada*. Solo en el fugaz e imprecisable momento del desprendimiento, la cosa desechada es realmente *basura*, algo que no sirve para nada. Una vez el descarte se sucede, los residuos entran en infraestructuras especiales que soportan otras relaciones, otros consumos y otros intercambios en los que, claro está, adquieren un carácter alterable, indefinido y susceptible a múltiples reorientaciones y transformaciones. Esta “indeterminación” (Alexander & Sanchez, 2019) característica de los residuos, anudada a las potencialidades que su misma condición les confiere, caracteriza en parte el proceso

de su *recuperación*, permite una relación que las ajusta, las adapta, mantiene su variabilidad e incluso una nueva versatilidad adquirida, al tiempo que permite abrir nuevos canales para la producción de valor (Kesküla, 2019).

Por ahora, para soportar esto empíricamente y poder volver sobre ello más adelante, es preciso especificar las formas generales que adquiriría la práctica de la *recuperación* al interior de la *Sunu Village* y a través de actividades específicas. Estas pueden ser, a pesar de sus innumerables variaciones, clasificadas en tres tipos que, a su vez, cualifican las cosas mismas que son objeto de recuperación y que pueden describirse brevemente debido a su elemental desarrollo en la cotidianidad que los sujetos y el colectivo construyen.

Por un lado, se puede observar una modalidad de recolección y recuperación de cosas orientadas a la producción autónoma del espacio de habitabilidad individual y colectiva (esto fue visible allí en la *Sunu Village*, es verificable en el caso de las ocupaciones anteriores y lo he podido comprobar en los otros dos espacios que conocí posteriormente). Es la forma menos constante, por lo general coyuntural (por un hallazgo excepcional y/o por algún tipo de urgencia que presione su búsqueda como después de un desalojo o en función de alguna reparación), aunque siempre potencialmente presente en el recorrido de recolección. En este caso los chatarreros recogen elementos que estiman que pueden usar para la construcción o el mejoramiento de sus chabolas o de alguna zona común del espacio compartido. Elementos de madera y de plástico, usualmente de grandes dimensiones son recuperados con dicha finalidad en un plano constructivo. En esta categoría también es posible considerar, además de los estructurales, elementos que se integran a estas finalidades habitacionales en el plano objetual como colchones, bases de camas, sofás, sillas, mesas, cortinas, etc. Se trata de los residuos “voluminosos” según la clasificación del sistema oficial de gestión de residuos en Catalunya que implican unas específicas formas de disposición que permiten al chatarrero hacer uso de ciertas frecuencias y regularidades, aunque no pocas veces son encontrados también con ocasión de una mala disposición dentro o al lado de los contenedores. En este caso, las cosas recolectadas son recuperadas

mediante prácticas constructivas, de mantenimiento y compositivas que las restituyen funcionalmente con la finalidad de mejorar las condiciones espaciales de habitabilidad.

Otra forma de recuperación característica del lugar, pero mucho más regular que la anterior es una concentrada casi exclusivamente en bienes de consumo que bien se destinan a la venta o bien, según las necesidades, se reparan para el uso personal y colectivo. En esta categoría se encuentran básicamente los electrodomésticos (como su nombre lo indica objetos eléctricos de uso doméstico), algunos aparatos eléctricos y electrónicos, algunos objetos de uso que instrumentalizan prácticas básicas de la vida cotidiana como menaje de cocina o herramientas, y las bicicletas. Prácticamente todos los chatarreros aprovechan la oportunidad de reparar algún electrodoméstico puesto que representa una oportunidad de disponer de un bien de consumo funcional o bien de aprovechar diversas oportunidades de intercambio de este. Durante el recorrido de recolección los chatarreros valoran las posibilidades frente a este tipo de residuos y, cuando lo ameritaba, los llevaban al *patio* para su reparación y puesta a punto. En este caso la recuperación implica entonces un trabajo técnico de reparación que, en el plano más instrumental mejora en lo posible su apariencia y cualidades formales, devuelve la funcionalidad elemental del objeto y, con ello, su utilidad potencial, en el sentido del contenido de un posible valor de uso.

Pero como se ha dicho, esta reparación puede orientarse también a algún tipo de intercambio con lo que la recuperación como trabajo de reparación y restitución funcional constituye el detonante de un proceso de producción de un valor de cambio determinado como ocurre también, de forma exclusiva, en la siguiente modalidad de recuperación.

La *limpieza* es la forma de recuperación de las cosas que ocupa el lugar central de la práctica laboral de los chatarreros. Consiste en las actividades de separación de los materiales y su posterior clasificación. Y aunque no todas las cosas recolectadas la requieren, la limpieza y la clasificación consecuente constituyen las operaciones fundamentales para proporcionar cierto margen de utilidad relativamente significativo. Por regla general, las cosas que demandan dicha actividad son aquellas que posteriormente generarán una situación

económicamente más favorable en el intercambio. La limpieza, término adoptado de la propia jerga de los chatarreros, es una especie de operación de descomposición, desmontaje, desintegración de las partes de las cosas desechadas y que antes habían sido, igualmente de manera intencionada y orientada funcionalmente, compuestas, montadas, integradas en una unidad objetual determinada. Cuando las cosas están compuestas por varios tipos de materiales y, en especial, cuando algunos de ellos carecen de valor en el mercado de los metales, la limpieza es necesaria para procurarse el mayor beneficio económico posible. De hecho, en el segundo de los casos, no realizar la separación implica una muy significativa reducción del valor de cambio del material útil. La siguiente figura muestra los precios (que se actualizan frecuentemente) establecidos en una de las bodegas de un gestor oficial de residuos del Poblenou. Se puede apreciar, por ejemplo, la gran diferencia entre los diferentes tipos de cobre limpio y el cobre con recubrimiento (cobre pvc), así como varios ajustes hechos a mano en el margen derecho (todos a la baja, valga recalcar) presumiblemente producto de la fluctuación del precio de mercado.

ARTICULO	Precio KG	
ACERO INOXIDABLE	0,50 €	
ALUMINIO CACHARRO	0,50 €	
ALUMINIO LATAS	0,25 €	
ALUMINIO PERFIL	0,70 €	
BATERIAS	0,45 €	
COBRE 2º	3,70 €	
COBRE BERRY	4,20 €	
COBRE CALDERIN	3,00 €	
COBRE PVC	1,00 €	0,90
LATON	2,50 €	2,16
PLOMO	1,00 €	
TARAS	0,18 €	
RADIADORES	1,50 €	
HIERRO MELE	0,14 €	0,13
LAVADORAS, SECADORAS		
LAVAVAJILLAS, ESTUFAS		
HORNOS, MICRONDAS,	0,10 €	

Los precios son orientativos y están sujetos a confirmación

Figura 9 Esquema de precios de un gestor de residuos el 28 de mayo de 2019. Foto por el autor.

El trabajo de limpieza, individual pero realizado de forma espacialmente colectiva, demuestra el desarrollo de particulares habilidades y destrezas; implica en ocasiones la dedicación de muchas horas y de un gran esfuerzo físico; y, respecto de determinadas cosas en particular, demanda la depuración de ciertas técnicas y el uso de herramientas muy concretas. En cualquier caso, la limpieza se orienta entonces a recuperar las cosas en tanto materiales a través de un proceso de separación hasta unidades indivisibles para descartar unas e intercambiar otras discriminadas y clasificadas, lo que a su vez implica la ejecución de operaciones diversas, adaptativas, recursivas y en ocasiones forzosas para obtener el material limpio.



Figura 10 Varias formas y momentos del proceso de limpieza y clasificación. Fotos por el autor

En la figura anterior se muestran algunas de las diferentes formas que puede adquirir el trabajo de limpieza en función de la composición, los materiales y las cualidades formales de los objetos de recuperación. Sección A: US2 seccionando partes de un objeto con un disco de corte en una herramienta eléctrica. Sección B: H2 y BY separando partes y clasificando manualmente y con el uso de herramientas básicas. Sección C: Resultado de la limpieza de alambre de cobre mediante el uso de un cuchillo de cocina llevada a cabo por mí mismo.

En conjunto, estas prácticas específicas completan un escenario en el que la recuperación, en tanto proceso de transformación de las condiciones, la utilidad y el valor de las cosas, constituye el mecanismo fundamental de la instrumentalización de sus prácticas y de sus vidas cotidianas, en las que los residuos mismos cualifican prácticamente toda esa experiencia instrumental de relación con la materialidad.

La Sunu Village era el remanente de una resistencia tácita que aún necesita indefectiblemente de un núcleo espacial en donde se organice el trabajo colectivo y se dispongan los medios para que este sea posible, en donde se promuevan y en cierto sentido se fijen algunos de los mecanismos de abastecimiento y en donde se conforme un punto de encuentro para la sociabilidad entre pares en un contexto extraño y hostil.

Entonces, además de ser el punto de los encuentros no acordados entre algunos de los sujetos de esa cantidad creciente de chatarreros africanos, en este caso particular de un grupo de ellos con un proceso de migración de larga data y protagonistas de las grandes organizaciones pasadas y de la resistencia en el proceso de dispersión geográfica de estas, este espacio colectivo era el lugar de donde partía el recorrido diario, en donde se realizaba el trabajo de limpieza que le sigue, en donde todos separaban y clasificaban, donde algunos vendían, otros almacenaban, y desde donde otros tantos emprendían el recorrido final hacia el intercambio definitivo.

Una vez el recorrido diario (o varios de ellos) finalizan, el chatarrero llegaba al lugar como un espacio propio y compartido en donde podía llevar a cabo, en medio de un ambiente cercano y hasta ocioso, las operaciones siguientes a la recolección de las cosas en la calle.

Para ser más justos con el oficio, la llamada *limpieza* trata nada más ni nada menos que de la *recuperación de las cosas y sus materiales*. Un proceso que en algunos casos es imprescindible para el intercambio posterior y que, en todos los casos, representa el verdadero margen de utilidad para el chatarrero. En su propia opinión, la recolección no es lucrativa, la venta del material tal cual ha sido recolectado no paga el esfuerzo, ni el tiempo invertido, y ni siquiera cubriría las más elementales necesidades básicas diarias, la limpieza, en este reducido marco de oportunidades y de valores marginales que representan los residuos a esta escala, es sencillamente ineludible.

La limpieza *Sunu Village* puede hacerse con objeto de diferentes destinaciones individuales, aunque en ella pueden confluir diferentes formas de colectividad laboral.

AM y MC, en la *Sunu Village*, disponían la base fundamental para el funcionamiento sostenible del lugar, la chatarrería o “la tienda” como algunos la llamaban.

Vale la pena un breve paréntesis relacionado que indigna y permite enfatizar ciertas cosas relacionadas con el lugar: El consejero de Interior Felip Puig (CiU), en julio de 2012 haciendo referencia a *La Nave* justo en medio del proceso mediante el que, según él, “tarde o temprano” los Mossos de Escuadra devolverían la edificación a su propietario, se refería a esta iniciativa de centralización y adaptación precaria y marginal del trabajo así: “han cronificado en un espacio privado una actividad lucrativa que es el reciclaje de chatarra” (Baquero, 2012) marcando el proceso como algo negativo, una enfermedad que por su propia iniciativa, en medio de innumerables privaciones y las restricciones a la ciudadanía que pesan sobre ellos, han convertido en crónica. Con ello, desestima las condiciones que han producido, no solo el surgimiento, sino también la persistencia de dicha práctica marginal y además hace aparecer de forma distorsionada una actividad que en este caso lejos de ser “lucrativa” produce utilidades tan marginales que apenas si permite la

subsistencia en un espacio con violentas privaciones infraestructurales (el acceso a servicios y bienes básicos para la vida) como lo había sido *Bagdad*, lo era *La Nave* en ese momento y lo fue después *La Sunu Village*.

Retomando, ellos invertían esfuerzo, trabajo e incluso dinero en poner en funcionamiento la báscula y la zona de trabajo y almacenamiento y, en parte como negocio en parte como mecanismo de cooperación, la disponían para comprar el material que sus compañeros y cualquier otro recolector esporádico llevaran. De esta forma ellos, algunas de las figuras jerárquicas que mantenían el lugar en funcionamiento (en lo que respecta a la chatarra claro está), vivían de su propia recolección de materiales valiosos obtenido de diferentes maneras y del material sobrante que sus pares les venden. Una chatarrería de muy baja escala con una clara jerarquía en la que AM aparecía como propietario y administrador de los medios, las mercancías y las utilidades y MC como una especie de legítimo *socio* que generalmente se ocupaba el trabajo más duro, y en la que coyunturalmente se involucraba de lleno (tiempo de trabajo y esfuerzo físico) alguien más a cambio de dinero, parte del material recuperado o incluso la alimentación y bebida durante el día.

La relación de estos dos y otros como US, *Los hermanos* y BY son de larga data, se han creado lazos muy fuertes en el tiempo a través de la trayectoria compartida desde el arribo a Barcelona como destino migratorio y, en especial a partir de la ocupación y el trabajo colectivos.

“[...] ya son muchos años... uffff no sé, yo desde 2008 y acá en Barcelona allá en Badajoz, antes... desde eso nos conocemos y trabajando y viviendo, si, todos [...] siempre nos reunimos entre nosotros y pues tratamos de estar juntos, es normal, cada uno está con los suyos”, recordaba AM al respecto.⁶⁰

En la relación laboral-económica cotidiana en concreto entre MC y AM era muy visible además una suerte de codependencia jerárquica que se evidenciaba en la forma en que

⁶⁰ *Sunu Village*, 19 de junio de 2017.

comparten los medios y mecanismos de abastecimiento cotidianamente y en la distribución de las actividades concretas y la administración de los beneficios.

De allí que *la Sunu Village* fuera un lugar de compraventa de material. AM almacenaba todo este material de poco valor para venderlo posteriormente en grandes cantidades. Ya no sucedía como en la organización más numerosa de las naves anteriores cuando sostenían contactos más estables y recurrentes y en donde disponían grandes contenedores que iban llenando para su posterior recogida por parte de gestores de mayor escala.

En la *Sunu Village*, más reducido el número de hombres, el volumen y el alcance de su actividad, esta operación implicaba un contacto con algún otro recuperador con vehículo tipo furgoneta o, la mayoría de las veces, con un transportador al que solo se le pagaba por ello y que llevaba la carga a bodegas periféricas en donde este tipo de material fuera recibido. En concreto, en una gran operación colectiva se cargaba un camión de chatarra propiamente dicha (material metálico de reducido valor mezclado y sin limpiar), material que era llevado a una gran nave de recuperación, a todas vistas informal, en Sant Adrià del Besos (esto será objeto de mayor detalle más adelante).

Sin embargo, la mayoría del material que cada uno de los chatarreros llevaba a *la Sunu Village* se destinaba a la clasificación y el almacenamiento particular. El recorrido es individual, por lo que la destinación del trabajo en el *espacio colectivo*, a pesar de dicho carácter, es también individual. Todos llegaban a limpiar allí, pero nadie estaba obligado a vender allí mismo. Cada cual destinaba usualmente una porción de su recolección para venderle a AM y otro tanto, lo más valioso, lo conservaba para su intercambio particular diario.

Puede decirse que la limpieza en *la Sunu Village* era un trabajo que todos llevaban a cabo allí porque sencillamente necesitan disponer de un lugar en donde realizarla y, más allá, porque el hecho mismo de procurarse este tipo de espacios tiene como finalidad añadida a los beneficios operativos inmediatos, concebirlo, usarlo y apropiarlo como el núcleo

legítimo de reunión y agencia; es un espacio en donde se propician los medios instrumentales para el oficio y en donde se re-crean como colectivo.

Entonces, estas operaciones y, en general, todo el proceso de limpieza se lleva a cabo siempre de la misma manera; es tan ineludible como invariable (a diferencia del recorrido) pero, según las condiciones y necesidades específicas de cada chatarrero, se orienta a diferentes destinaciones: 1. La venta dentro del espacio colectivo, en este caso a AM, quien disponía todo lo comprado en una gran zona de almacenamiento general; 2. La clasificación y el almacenamiento en unidades (chabolas) particulares; o 3. La clasificación y organización para un recorrido final, destinado al intercambio individual, el mismo día de la recolección.

Entonces, la *Sunu Village* era como una vuelta al taller en casa; el lugar donde se consolidaba la sociabilidad entre pares y donde se realizaba el trabajo fundamental de limpieza, clasificación y almacenamiento. Con la recuperación el chatarrero transforma física y materialmente las cosas recolectadas, de forma que, en cierto sentido, reinicia el ciclo nuevamente; restituye funcional y/o mercantilmente las *cosas inservibles* y, con ello, las enruta nuevamente en ciclos de trabajo, de uso, de consumo y de intercambio.

Las adaptaciones específicas de los residuos, de las que son objeto en estos nuevos ciclos y relaciones, se describirán en detalle más adelante, ahora es importante señalar que el asunto de fondo de la relación se sustenta sobre la *indeterminación o ambigüedad* intrínseca de los residuos que permite entonces que el chatarrero desarrolle, por su propia agencia, el mecanismo de abastecimiento de la recuperación de las cosas como una relación con los residuos a través de la cual les restituye o re-crea sus cualidades formales, funcionales y mercantiles.

La idea de la indeterminación permite atender a los residuos más allá de su función en la lógica de la clasificación social que se representa clásicamente en forma de una dicotomía entre lo sucio y lo limpio, el orden y el desorden, la forma y lo informe, etc.

“Waste matter often appears as indeterminacy, a form that can be terrifying because it suggests dissolution and indecipherability, something that is either unknowable or uncanny in its hints at previous forms. In some cases, but not all, the seeds of value

transformation can lie in that very indeterminacy” (Alexander & Sanchez, 2019, pág. 3).

De esta manera, la indeterminación en general de los residuos que aparece en concreto como un modo de “undetermined futures or directions” (ibid.) de una materialidad dada; sustenta en este caso un espacio y una interacción que permiten a su vez ciertas transformaciones mediante las que el chatarrero moviliza las cosas del residuo al valor. Así, el proceso mencionado es también uno de *recuperación del valor* en sí mismo. Se trata de un “proceso valorativo que transforma desechos en mercancías” (Perelman, 2009) durante la recuperación (el reciclaje) entendida, desde el punto de vistas de las cosas mismas, como una especie de itinerario de la materialidad. En este sentido, la recuperación de las cosas y los materiales es un momento y una interacción decisiva, operada por los recicladores - chatarreros- mediante sus propios y restringidos mecanismos que devela a los residuos como un tipo particular de materialidad en la que unas formas de valoración y valor mueren mientras otras nacen (Thompson, 2017), un proceso alternativo de “regeneración del valor” a partir de la basura (Reno, 2009).

Pero además, como se detallará más adelante y como lo reconoce Francisco Martínez “Decisions to abandon or rehabilitate are always informed by value judgements, not simply by the cost of time, money or effort required” (2017, pág. 349). Las transformaciones específicas que se operan sobre los residuos y sus múltiples destinaciones dentro de la vida económica de los chatarreros están orientadas en el fondo por prácticas de valorización de las cosas que se producen a través de lo que Jane Guyer llama “performances de intercambio” (2004) en diferentes escalas de valor y en múltiples gradaciones. Estas performances incluyen variedad de formas de valorización que se desarrollan tanto dentro como fuera de las lógicas de mercado y que por ello pueden acarrear, por un lado, un juicio que produce una calificación medible, una estimación de la *compensación* posible en un intercambio económico-monetario posterior o, por otra parte, un tipo de relación más *comparativa*, perteneciente a otro “régimen de valor” (Appadurai A. , 1991) donde este es

inconmensurable y depende de la incorporación de los residuos en una esfera diferente a la propiamente productiva.

Esto ilustra la mencionada orientación de la práctica de la recuperación bien con fines mercantiles de intercambio o bien con finalidad de instrumentalizar la vida cotidiana misma, y el carácter doble de esta en tanto forma de abastecimiento y como mecanismo de la reproducción social en un sentido amplio que incluye todos los procesos involucrados en “ganarse y sostener la vida” (Narotzky & Besnier, 2020). La específica destinación final (siempre transitoria) de los residuos mismos, desde un punto de vista meramente instrumental, está condicionada por una combinación entre las particulares capacidades productiva y adaptativa del chatarrero y las cualidades concretas de los materiales; no obstante, dicha combinatoria se encuentra siempre restringida a y las condiciones del escenario social y físico en el que estos se interrelacionan (Bennett, 2010).

3. Residuos: Medios, Bienes, Mercancías

Joshua Reno señala: “One consequence of widespread interest in practices of ‘consumption’ in material culture studies has been disregard for the wide assortment of human activities devoted to things of no immediate use: the used-up, the rotten, the broken, or the unwanted” (Reno, 2009, pág. 29).

No obstante, como ya hemos visto, en especial bajo la circunscripción del caso que aquí nos ocupa, los residuos son objeto de múltiples transformaciones objetivas y prácticas de recuperación del valor a diferentes escalas y con diferentes destinaciones (Alexander & O’Hare, 2020). Estas transformaciones son en sí mismas formas de consumo en tanto relaciones directas, compartidas y depuradas colectivamente con la materialidad en función de la instrumentalización de determinadas prácticas cotidianas (Miller, 2012).

Pero entonces, descendiendo un poco a un plano más concreto ¿qué es un residuo? Pareciera una pregunta con respuesta obvia, pero una definición utilitarista resultaría, por

su propia lógica y su limitado alcance, insuficiente o al menos imprecisa para la presente reflexión. Lo cierto es que

“Depending on context and perspective, waste is (at least): the antithesis of value, that which enables value, irredeemably toxic or sterile, a resource by another name, an unrecoverable residue, not yet productive, disgusting, forgotten, or abandoned” (Alexander & Sanchez, 2019, pág. 3).

Es claro, con lo dicho hasta ahora, que los residuos señalan un tipo de cosa en particular que carga consigo la potencialidad de la indeterminación que abre la disponibilidad de transformaciones y destinaciones que restituyan o creen procesos de valoración, distinguiéndose así, aunque en ocasiones de forma muy sutil, de las ideas de desperdicio, desecho y basura que apuntan hacia una irremediable ausencia de valor y están constituidos en la práctica por residuos *irrecuperables*.

Como cualquier otra cosa, los residuos carecen de valor, utilidad o significado por sí mismos; lo que implica que su condición en tanto tal deriva de una relación social específica que se establece con ellos y, más concretamente, una en la que las cosas experimentan una transformación radical de su estatus (precisamente en esos mismos términos de valor, utilidad y sentido). De manera similar a lo que ocurre con las herramientas (Engeström, 1990) y con las infraestructuras (Star & Ruhleder, 1996) podría pensarse aquí en que la condición de residuo es una que se da de manera temporal, en un momento dado por una interacción determinada, de forma que, siguiendo a Engeström y su *“when is a tool”*, podemos más bien mirar hacia *cuándo* una cosa se hace residuo, cuándo deja de serlo y en qué se convierte.

Esto indica entonces que la condición de desperdicio en tanto *materia inservible* se alcanza solo dentro de esa relación que señala el específico acto de *tirar* (que además es transitoria, restringida y fugaz) y que esta puede casi que coexistir, solaparse o verse sustituida inmediatamente por otras que le confieran a la misma cosa un sentido y un valor sustancialmente diferentes y que lo convierten en un residuo recuperable.

Para ser precisos el residuo, en definitiva, solo lo es, socialmente hablando, en ese breve instante del descarte. Solo en el fugaz momento en el que la cosa aún se encuentra atada a la significación que le confiere aquel que se deshace de ella (aun cuando en el ámbito privado posiblemente haya sido durante mucho tiempo solo *basura acumulada*) y en el que se ejecuta la práctica del *desprendimiento* y el *abandono*. En ese instante la relación entre la cosa y quien la desecha se interrumpe definitivamente. Pero precisamente, producto del acto mismo, surgen inmediatamente otras relaciones no solo potenciales o latentes, sino activas, funcionales y que incluso adscriben una relación de propiedad sobre el residuo que, por ello, ya no lo es más.

Con esto, la condición de residuo podría asimilarse a un estado liminal ambiguo – la indeterminación ya mencionada – objetivo y real, pero incontenible espacial y temporalmente, por el que la cosa atraviesa en un proceso de transformación de su valor, su utilidad y su sentido producto de su circulación hacia nuevas relaciones con otros agentes de su intercambio, su uso y su significación; proceso durante el cual, como es evidente, puede experimentar drásticas transformaciones físicas y funcionales. Resulta francamente muy impreciso pensar en una supuesta muerte social de las cosas derivada del acto (o las múltiples ocasiones) por el que se les convierten en residuos de una muy concreta relación; tal simplificación socava la complejidad real del proceso sociohistórico. Si bien cada específica relación instrumental o estética con las cosas tiene límites temporales, y si bien producto de las operaciones implicadas en dichos límites se pueden producir en ocasiones transformaciones que desintegren la composición física original de esas cosas, la vida social de las mismas no se detiene, puesto que esta no depende de su propia inercia (mucho menos de una agencia de la que no disponen) sino del sucesivo establecimiento de interacciones sociales funcionales con ellas o con sus partes. Cuando el motor de un refrigerador es extraído, cortado y descompuesto en busca del preciado cobre en su interior, es innegable que el motor (ese motor) ya no existe más como tal; pero el acto no suspende la *vida social* de la cosa en cuestión, puesto que esta no está atada a la cosa como ente abstracto e independiente, sino que señala las relaciones sociales que su proceso de transformación permite y provoca.

De esta forma, aunque a partir de ciertas aproximaciones específicas el residuo encarna en abstracto la ausencia de valor, como sugiere Jonathan Frow que escribe: “Waste is the degree zero of value, or it is the opposite of value, or it is whatever stands in excess of value systems grounded in use” (2003); lo cierto es que, en el plano de las relaciones concretas con ellos, se trata de una circulación que implica, lejos de una pérdida o una ausencia, un movimiento (o varios) de un régimen de valor a otro, y con ello un cambio en la utilidad y en la significación de las cosas-residuos durante el curso de su vida social, en el proceso de sus transformaciones producto de las múltiples interacciones de las que son objeto (Appadurai, 1991); la basura de unos, en un extremo, es el tesoro de otros al lado opuesto (Reno, 2009). Efectivamente, el acto de desprenderse de algo y desecharlo, el proceso mediante el que se convierte y el estado que adquiere como residuo no señalan final alguno, más que el que implica la transformación de sus valores.

Así, llegando al caso que etnográficamente nos ocupa aquí, los chatarreros, en la ejecución de su práctica más cotidiana y generalizada no se encuentran, de hecho, recuperando cosas o materiales abandonados o que se hallen en un curso de descarte sin utilidad ni valor. Precisamente, en cuanto la cosa desechada es depositada en los elementos de la infraestructura de los residuos dispuestos para la organización de su gestión, que son provistos por el Ayuntamiento de Barcelona para este caso, los residuos automáticamente pasan a ser de propiedad de la empresa oficialmente concesionada para su recolección y tratamiento. Los chatarreros senegaleses de Barcelona no extraen residuos del circuito del descarte para incorporarlos en uno del reciclaje; extraen residuos de un sistema formal de gestión, para el que ya tienen un potencial valor cuantificable, para transformarlos por su cuenta y reintroducirlos más adelante nuevamente en la cadena de circulación oficial, separados y clasificados, y así obtener un beneficio monetario basado fundamentalmente en operaciones de limpieza que no se producen en la fuente de generación, que se anticipan al tratamiento a nivel industrial-formal y que en ese grado de separación solo realizan ellos. En cierto sentido, podría decirse que estos hombres recuperan mercancías para

transformarlas en otras mercancías que les permitan su usufructo, aun cuando este sea marginal.

Pero en este caso en concreto los residuos, que no lo son tanto como hemos visto, no solo conforman el conjunto de mercancías con las que estos hombres se incorporan al mercado de trabajo y a una larga cadena económica de circulación. La ya mencionada centralidad de la práctica de la recuperación diversifica las potencialidades de las cosas recuperadas que, además de ser mercancías, son también objetos de trabajo y bienes de consumo.

Un breve ejemplo que considero llamativo puede resultar útil a fin de ilustrar ciertas transformaciones (en este caso no físicas) que experimentan las cosas a través de algunas de las actividades que conforman dos prácticas que las someten a determinadas circulaciones y que señalan direcciones opuestas. Se trata de dos prácticas laborales muy disimiles entre sí, pero que comparten el hecho de ser realizadas mayoritariamente por población migrante subsahariana y de clasificar como *informales* (e incluso como ilegales bajo determinadas posibles lecturas). Esto permite, a su vez, aunque no sea el interés central de la presente reflexión, poner en evidencia nuevamente las interconexiones entre lo informal y lo formal en lo que realmente conforma una sola gran red urbana de intercambios y circulaciones mercantiles.

Se busca entonces, aunque implique un ejercicio de generalización, dejar abierta una posible comparación describiendo muy someramente algunas precisas transformaciones que experimentan las cosas, en tanto mercancías, que constituyen los bienes de obtención e intercambio de los chatarreros y los manteros de Barcelona.

Pues bien, estos últimos, por norma general, obtienen los objetos que conforman su inventario a través de una operación absolutamente legal de compra al por mayor en un almacén formalmente constituido, usualmente de propiedad de personas de origen chino y ubicado en Badalona o Sant Adriá del Besos. La procedencia y la forma de entrada de estos productos sale, hacia atrás, del presente alcance, aunque seguramente también ofrezca

interesantes y conflictivas peculiaridades. Lo cierto es que, hasta aquí, la adquisición y posesión de dichas cosas por parte de los vendedores ambulantes (que durante estas operaciones no lo son en sentido práctico) es claramente legítima, no solo a sus propios ojos, sino bajo los marcos de las formalidades institucionales. Luego, cuando el objeto hace parte de los artículos de venta y, sobre todo, cuando es dispuesto sobre la manta como variación del punto de venta de carácter informal, no permitida, irregular y perseguida por la regulación sobre los usos del espacio público, sobre la protección de la competencia leal (léase legal) y sobre los derechos de la propiedad empresarial⁶¹, el objeto en sí mismo es *ilegalizado* por la práctica que lo hace incluso susceptible de decomiso. Ahora la cosa esta revestida inevitablemente de cierta ilegitimidad y, aunque su utilidad no se modifique, el valor de cambio se ajusta consecuentemente y sin duda sus alcances en tanto significativo ya no serán los mismos que se esperaban dentro de las rutas de circulación previstas. En manos del matero la cosa jamás recuperará su *formalidad mercantil*, ha sido ilegalizada definitivamente e incorporada en una *desviación*, y en caso de que sea objeto de intercambio en el marco de esta relación trabajo-consumo dicha condición no hará más que reforzarse, por más que pase a ser parte, ya no de la mercancía irregular de un vendedor informal, sino del conjunto de bienes de un japonés aficionado del Barça; no es lo mismo comprar la camiseta de Messi en la botiga oficial del Passeig de Gracia que en una manta en Barceloneta.

Por su parte, el modo de adquisición de las cosas (basura-mercancía) llevada a cabo por los chatarreros, al extraerlas de los contenedores que hacen parte de la infraestructura oficial de la gestión de residuos que solo pueden ser manipulados por las empresas formalmente concesionadas, se encuentran en la realización de una práctica no autorizada que, además,

⁶¹ Los manteros, como si fuera poco que tengan que lidiar con la persecución de su práctica en sí misma, también son frecuentemente señalados y presionados por las organizaciones de comerciantes formales, y por las grandes compañías manufactureras que, viendo amenazada su marca y reclamando la irregularidad de canales de comercialización no autorizados (claro, sin que les importe el contrabando masivo inicial), han llegado incluso a interponer denuncias formales. Uno de los fundadores del Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes y miembro activo de la iniciativa Top Manta (quienes, valga decir, ya no son manteros) comentaba entre risas e indignación en una reunión a la que pude asistir, que había sido demandado por una de estas grandes compañías por una deslumbrante suma de seis cifras.

bajo cierta perspectiva, podría considerarse incluso como un hurto, ya que una vez dentro del contenedor la cosa tiene un propietario. Aunque lo que ocurre con las cosas dejadas como residuos a pie de los contenedores o en otros lugares del espacio público pueda ofrecer ciertos matices, en el marco de la forma generalizada mencionada antes, la cosa es, al contrario que en el caso de los manteros, ilegalizada en el momento de su adquisición: la recolección. Si bien se trata de un proceso de recuperación que bien podría juzgarse positivamente desde varias perspectivas sobre las condiciones ambientales urbanas, la cosa recolectada entra en una *desviación* paralela al circuito oficial e institucionalmente ilegítima en la que en muchos casos experimenta importantes transformaciones físicas. Sin embargo, por la propia lógica instrumental de la dependencia de este circuito aparentemente marginal y solo ilusoriamente aislado respecto de la cadena oficial de circulación, después de ejecutadas las actividades de separación y clasificación que aseguran el beneficio posterior, las nuevas cosas que componen ya no los residuos recolectados sino las mercancías recuperadas, restituyen su legitimidad mercantil mediante el intercambio. Al contrario que en el caso de los manteros, la venta final legaliza la cosa al introducirla de nuevo en la *ruta* formal mediante un proceso y unas relaciones que serán descritas más adelante con atención específica al intercambio.

Pues bien, a lo largo de su circulación social, las cosas (en este caso *residuos*) experimentan innumerables transformaciones en sus valores y significaciones a medida que van cambiando de localizaciones, en cuanto se van moviendo de un régimen de valor a otro y son objeto de determinadas posesiones, institucionalmente legítimas o no.

Esto hace de la recuperación de residuos, como iniciativa por cuenta propia y por fuera de los marcos de la regulación burocrática, un escenario disponible, una posibilidad latente en medio de un contexto en el que los marcos legítimos de integración y acción social son inexistentes y una oportunidad inmediata que, siendo prácticamente la única, no pueden desaprovechar.

Bajo estas circunstancias, la centralidad ya mencionada de la práctica de la recuperación en la vida cotidiana de estos hombres se encuentra motivada igualmente por las condiciones expresadas de la circulación urbana de los residuos y por las posibilidades que ellos mismos, haciendo uso de su remarcable recursividad, aunque bajo marcos físicos y sociales de acción fuertemente restringidos, son capaces de generar a partir de propiciarse una dinámica interacción con ellos, unas determinadas interacciones y vinculaciones propiamente *marginales* en tanto “ensamblaje” social-material precario y sin reconocimiento (Lancione, 2016) pero con el que logran al menos sostener la vida.

La recuperación, en esta forma laboral particular y en este modo de vida de subsistencia en el que los residuos conforman casi la totalidad del inventario instrumental de las prácticas sociales de este colectivo, implica una especie de negación funcional de la condición residual misma. Cuando se atiende a las condiciones físicas de los modos de vida de estos hombres, la idea misma de que viven de, con y en medio de los residuos se torna imprecisa o al menos exclusiva de un breve momento. Si bien, como se ha dicho, se ven abocados a constituir sus prácticas reproductivas y productivas con el contenido material residual de la vida social de un contexto en el que están, pero del que no hacen parte, este contenido, los residuos, una vez en sus manos ya no lo son más. Y no se trata aquí de la lógica instrumental general de la circulación urbana de la mercancía-basura-mercancía, sino de un caso en el que la anticipada y rápida transformación de los residuos adquiere una remarcable dimensión muy amplia y, al tiempo, muy particular.

En el proceso de recuperación llevado a cabo por los chatarreros senegaleses, incluso antes de que la cosa recolectada sufra algún tipo de modificación física o uso específico, y gracias precisamente a su propia acción e intenciones, la basura es algo en lo que, por nuevas formas de valoración y de valor surgen (Thompson, 2017). En las precisas palabras de Francisco Martínez (2017), con las que sintetiza una evidente conclusión de muchos trabajos en este campo de estudio, “waste is not the end”.

En conclusión, lo que comúnmente se señala como residuo, producto de las prácticas de recuperación de los chatarreros, puede ser al menos: a. un objeto del trabajo, de la acción y la transformación sobre él destinada a la recuperación de un cierto valor que le permita devenir en mercancía, la principal finalidad del trabajo de transformación de los residuos es la producción de valor mediante el intercambio; b. una herramienta de trabajo o medio de producción que instrumentalice las prácticas de transformación; o c. un bien de consumo en sí mismo que se integre a la materialidad del entorno físico en tanto soporte de las actividades de la reproducción social; de allí la importancia de la recuperación como práctica cotidiana y de los residuos mismos como mecanismo instrumental. Estas posibles diferentes destinaciones de los residuos son alcanzadas mediante los procesos de transformación descritos anteriormente y que componen en conjunto la práctica agregada de la *recuperación*: la construcción, la reparación y la limpieza, y que conllevan al tiempo prácticas de revalorización, restitución funcional y resignificación.

La práctica regular de la recolección de residuos de los chatarreros está orientada y estratégicamente caracterizada a fin de transformarlos y clasificarlos de forma que adquieran condición de mercancías frente a un sistema de circulación establecido y con el cual puedan entablar relaciones de intercambio. La basura-mercancía es la cualidad fundamental que reviste a los residuos objeto de su recuperación. Se trata de la intervención y el ajuste elemental que implica su práctica laboral cotidiana. Los residuos, durante el breve tiempo que lo son por lo que corresponde a su localización en los lugares destinados al descarte (independientemente de la propiedad legal sobre ellos), son al tiempo los potenciales objetos de trabajo de los chatarreros, quienes harán de ellos mercancías de su propiedad (acaso ilegítima), objetos de trabajo, transformación, intercambio y beneficio. Las “prácticas de la valoración de las cosas” (Narotzky & Besnier, 2020) y las transformaciones concretas de recuperación – física y material, esto es, funcional y mercantil – están fundamentalmente dirigidas de manera prioritaria a la posible conmensurabilidad de un valor que puedan calcular. Pero estas prácticas también se encuentran fuertemente condicionadas por el restringido marco de acción en términos de

acceso a recursos y a diferentes niveles de intercambio en donde, justamente, producir el valor (Graeber, 2001) y por el reconocimiento mismo de la utilidad y el valor marginales (Guyer, 2004) que les corresponden a los residuos en su particular modo y nivel de interacción con ellos.

Pero la recolección y la recuperación también tienen finalidades orientadas a la instrumentalización de la vida cotidiana. Los residuos son, en una abrumadora cantidad, bienes de consumo. Todo el entorno físico privado del colectivo está constituido por objetos y materiales que hasta el momento de su recolección eran residuos, o materiales residuales propiedad de alguna empresa privada a la que le corresponde determinado contenedor del ayuntamiento, u objetos descartados de propiedad indeterminada ubicados en algún lugar del espacio público y que son susceptibles de reparación y restitución de sus cualidades formales y funcionales básicas. Desde los elementos con los que construyen sus chabolas, pasando por los electrodomésticos y objetos de mobiliario con los que las adecúan, hasta algunos bienes de uso personal como el vestido, todo ha sido objeto de recuperación, todo ha sido antes un residuo. Estos son, en tanto recurso espacialmente disponible, la principal fuente para la obtención de los bienes de consumo instrumentalmente necesarios. Y ya que el descarte en las sociedades occidentales privilegiadas, en términos generales, no depende tanto del deterioro o la inutilidad de las cosas como de las posibilidades de recambio motivadas, más que por las necesidades, por el deseo y la prestación social, la disponibilidad de estos potenciales bienes es muy significativa, lo que caracteriza de manera muy específica a los recolectores de residuos en grandes ciudades occidentales *prósperas*. Si bien estos se ven en la necesidad de instrumentalizar su materialidad cotidiana a través de los residuos, en parte gracias a los resultados de los excesos propios de la sociedad de consumo y en parte gracias a su propia capacidad adaptativa, no les falta nada; en este estricto sentido los chatarreros logran proveerse de prácticamente todo lo físicamente necesario para sostener su vida cotidiana, aunque en general en unas condiciones muy claras de precariedad, inseguridad e insalubridad y en el restringido borde de las utilidades marginales que proporcionan los residuos.

Finalmente, aunque aparente cierta redundancia, de los residuos no se obtienen solo los objetos del trabajo que los transformará en nuevas mercancías; también de allí se procuran los medios, los instrumentos, las herramientas que posibilitan e instrumentalizan dichas actividades de transformación y recuperación. El uso de diversas herramientas en las diferentes fases del trabajo de los chatarreros demuestra también un hábil mecanismo de adaptación y recursividad material. Todos los objetos de los que se valen como herramientas en su trabajo han sido a su vez objeto de recolección, recuperación o intercambio. Aunque pueda parecer simple, la implicación es profunda: los instrumentos de trabajo de los recolectores informales de residuos fueron residuos que en muchos casos requirieron actividades de reparación y modificación que transformaron radicalmente su utilidad.

4. Revalorización, restitución funcional y resignificación de los residuos

A riesgo de elaborar un listado vacío de contenido, creo ilustrativamente útil enunciar algunos de los diferentes objetos que componen cada una de las categorías mencionadas anteriormente, residuos en algún momento y convertidos en otra cosa por obra de la acción y la significación de los chatarreros.

Dentro de las mercancías se encuentran: todo tipo de chatarra, cables, aparatos eléctricos y electrónicos, cualquier objeto metálico bien conserve su forma original o no (persianas, puertas, perfiles, tuberías, láminas, estructuras de diferentes tipos, etc.), partes de aparatos, y electrodomésticos no funcionales.

Los bienes de consumo conforman una mayor variedad de objetos: láminas de madera; tejas de cinc, plástico o asbesto; materiales cerámicos y de gres como ladrillos, tejas, baldosas y azulejos; mobiliario de todo tipo: sillas, sofás, sillones, butacas, camas, colchones, cortinas, mesas, armarios, cajoneros; electrodomésticos varios: lámparas, equipos de sonido, calefactores, estufas, ventiladores, televisores, refrigeradores; otros

objetos de uso como la ropa, las mantas, el calzado, las mochilas; pequeños instrumentos utilitarios como platos, cubiertos, elementos de cocina, ceniceros; las bicicletas que usan para su propia movilidad y los teléfonos móviles de los que disponen y que cambian con una frecuencia alarmante.

Mientras que por su parte, los instrumentos de trabajo conforman un grupo más especializado de cosas que suelen ser todas indispensable pero que igualmente han sido recuperadas en algún momento y que incluyen: unas prendas de vestir particulares que pueden ser sometidas al deterioro que la actividad implica; los guantes y la mochila sin los que no salen al recorrido; dentro de esta una cadena, un candado, un cuchillo y algunas otras herramientas que varían según cada individuo (cortafrío, alicate, destornillador, martillo o maso, etc.) y que son las mínimas básicas frecuentemente necesarias en la recolección; las innumerables herramientas que utilizan para la limpieza dentro del *patio* que incrementan en número y especialidad las mencionadas anteriormente; el característico instrumento metálico lineal alargado con forma de gancho en uno de sus extremos (adaptado por ellos mismos) del que se valen para revolver el contenido de los contenedores y ayudarse a extraerlo si es del caso; y, por supuesto, el carro de supermercado (ahora de la calle) que empujan diariamente, el más esencial de los instrumentos de trabajo y aquel que, sin duda alguna, los caracteriza exógenamente como chatarreros.

El listado de cosas que otrora fueran residuos y ahora instrumentalizan las prácticas sociales de estos hombres, desde las dinámicas laborales hasta la cualificación del hábitat privado, ofrece una evidencia contundente acerca de la importancia fundamental de los residuos en su vida cotidiana, principalmente como mercancías, pero también mucho más allá de estas; muy a pesar de que dicha condición haya sido adquirida por una relación que se han visto forzados a establecer por la marginalización que experimentan en el sentido de un proceso de reclusión y limitación de su propio marco de acción. Evidentemente, el inventario de cosas-residuos de las que disponen y el amplio alcance funcional que les confieren, también

refuerza aún más la centralidad elemental de la práctica de la recuperación como el principal mecanismo para procurarse la subsistencia económica y para proveerse de los medios materiales cotidianos básicos. En este sentido, este caso da forma a un modo de *reproducción social* a través de los residuos que ilustra claramente la diferenciación política y económica en torno a “recursos comunes” y el lugar que les corresponde en el orden del acceso a ellos (Harvey, 2004).

Todos estos objetos, en procura de convertirlos de residuos en otra cosa e incorporarlos a ciertas prácticas y destinaciones, son expresamente conducidos por procesos de transformación que ponen en valoración y someten a cambios objetivos específicos las posibilidades y las condiciones de su funcionalidad, su utilidad, su valor y su sentido.

Dada la centralidad de los residuos, de su recuperación, y del consecuente proceso de redireccionamiento y relocalización, es justo formular que estas formas particulares de interacción con ellos que desarrollan los chatarreros, desde la práctica de su recolección, pasando por su transformación física y hasta su consideración como potenciales mercancías, comportan unas lógicas transformantes de la revalorización, la restitución funcional y la resignificación.

La *revalorización* trata del reconocimiento y la restitución de un posible valor social o mercantil aun latente en la cosa-residuo: tiene inicialmente la forma de un proceso instrumental e individual de *valoración*, de consideración de su potencial para readquirir valor, y posteriormente se concreta en cuanto la cosa efectivamente, producto de su transformación (básicamente la reparación o la limpieza para este caso), logra volver a contener valores de uso y/o de cambio positivos a los intereses de quienes la han hecho objeto de su trabajo. Esto señala además dos asuntos característicos: primero, la temporalidad del valor de los residuos y sus aceleradas y en, en ocasiones, radicales transformaciones y segundo, el hecho de que aquello que los chatarreros consideran *valioso* en diferentes escalas o esferas de valor, específicamente en lo que respecta a los residuos, está fuertemente vinculado a su capacidad para conservar o transformar su *valor*

social, entendido como el modo en que estos hombres valoran las cosas en sus diversas circulaciones temporales y localizaciones espaciales (Munn, 1992).

La *restitución funcional* se refiere específicamente a la transformación de la que es objeto la cosa recolectada, mediante la cual adquiere nuevamente, en este contexto, potencialidad operativa e instrumental derivada de la readquisición de condiciones formales y funcionales *suficientemente óptimas*. Esto se produce mediante operaciones de reparación que bien permiten su *reutilización* (conservando su utilidad original) o bien posibilitan una reorientación funcional que hace uso adaptativo de sus cualidades físicas originales ahora reestablecidas. También hacen parte de esta forma, además de los procesos orientados a la reutilización, aquellos propios del *reciclaje*, puesto que transforman la condición residual de la cosa recolectada para obtener nuevas cosas potencialmente funcionales a otros procesos mediante las operaciones de limpieza, separación y clasificación.

La *resignificación* de las cosas es al tiempo un potenciador y un resultado de todas las formas de relaciones con los residuos. Consiste en el proceso de construcción de sentidos y significaciones sobre los residuos, sobre los procesos de su transformación y sobre los resultados de estos que pueden caracterizarse como alternativos o paralelos a las significaciones generales construidas por el conjunto de la sociedad y por los mecanismos considerados legítimos de circulación de los residuos. Estas nuevas significaciones implican entonces una especie de contrasentido o reconstrucción opuesta del sentido general que se corresponde con las posibilidades utilitarias y mercantiles aun latentes en las cosas que los chatarreros no solo pueden, sino que deben encontrar y hacer renacer. Por supuesto, los residuos en sí mismos, cuando aún aparentan serlo, ostentan una condición que claramente los incluye dentro de aquellas cosas de las que la sociedad en general desea alejarse y desprenderse, y que es contenedor de un sinnúmero de males e informante del lado peligroso y oscuro de la clasificación social, el de la *suciedad* y la *anomalía* (Douglas, 2007), aquello que ensucia, que no encaja o no sirve. Sin embargo, para los chatarreros muchos de los llamados residuos sencillamente no lo son; tienen un sentido general, por el

contrario, positivo, asociado a las ideas de oportunidad latente y de recurso disponible en medio de una privación generalizada. Con una especie de ineludible sentimiento contradictorio entre el desánimo por llevar una vida entre los residuos y cierto orgullo sobre sus capacidades para proveerse de donde pocos más podrían hacerlo, H1 dice:

“Nosotros vivimos de eso (los residuos) [...] ¿Qué es lo que pienso? Pues, ¿qué quieres que te diga?, yo saco de la basura lo que puedo para vivir [...] y siempre pillo algo... la gente tira cosas que todavía sirven o que yo puedo vender y así me gano la vida [...] mucha gente no es capaz, pero nosotros sí”⁶².

Pero esto, además de demostrar el reconocimiento propio de su condición y, al tiempo, de sus capacidades adaptativas y recursivas, permite señalar nuevamente la relación objetiva entre los residuos humanos y los residuos materiales en un plano ya no de la interacción y la proximidad físicas sino en uno relativo al valor de los residuos en términos del trabajo y el esfuerzo que debe ser empleado para procurar algún beneficio a partir de ellos.

El hecho de que estos hombres sean los únicos capaces de realizar el trabajo que hacen y extraer valor del residuo apunta precisamente a que nadie más, no solo no sabe o no puede, sino que no está obligado a hacerlo. Las mercancías no pierden dicha condición por el hecho de ser tiradas, el proceso de descarte y abandono si bien implica una pérdida específica de valores no provoca una deseconomización de las cosas. Sin embargo, dicha pérdida de valor deriva de una consideración de las cosas como materia residual que distancia a su poseedor de la posibilidad de someterlas a nuevas transformaciones dado que en este punto se trata de un valor marginal que aparece como insuficiente para detonar actividades orientadas a un nuevo intercambio (Guyer, 2004). De manera más sencilla, las personas no venden sus residuos por cuenta propia porque no les *sale a cuenta*, es decir, porque no representa beneficios suficientes en términos del posible valor resultado del intercambio y en consideración del trabajo previo que implicaría. El trabajo del chatarrero a pie de calle, inmigrante africano ilegal, no tiene valor para un ciudadano europeo en general puesto que el beneficio que de este puede extraerse es inferior al esfuerzo y el tiempo que demanda.

⁶² *Sunu Village*, 16 de septiembre de 2017.

Este trabajo que no resulta provechoso para la mayor parte de la población es realizado por los chatarreros quienes reconocen el valor marginal de los desechos que, además, la mayoría de la población ignora. No solo eso, sino que en el contexto de privación material y marginación socioeconómica en el que se encuentran, su oportunidad, en muchos casos la única, los obliga a abastecerse, al menos, a través de procurarse dicho valor marginal.

De esta manera aparece nuevamente la analogía, esta vez en forma de la relación entre el valor marginal de las cosas desechadas y la marginación de los recolectores informales: los chatarreros reconocen y procuran el valor marginal de los residuos porque ellos mismos son marginales y llevan a cabo una actividad igualmente marginal en términos de la legalidad institucionalidad que no los reconoce como ciudadanos, les restringe el acceso a otras esferas laborales y los condena a recuperar lo que para otros carece de valor.

El conflicto entre informalidad y legalidad se expresa aquí en la marginación de seres que son ellos mismos residuales en términos sociales, que no tienen un lugar legítimo definible en la organización social, que los confina al trabajo con los residuos materiales y a la subsistencia por la vía de la recuperación de un valor marginal.

Finalmente, la recuperación de residuos en toda su amplitud, en este caso, constituye un mecanismo de aprovisionamiento transversal que se mueve entre *esferas* de valoración (Bohannon, 1959) mercantilizadas y no mercantilizadas, como se ha visto. Se proyecta como una estrategia que permite a los chatarreros encontrar recursos en un escenario de profunda escases y concretar las transferencias y relocalizaciones que estimen necesarias; no obstante, este mecanismo tiene también el efecto de delinear y reforzar su propia condición marginal en tanto forma de desvinculación social que no reconoce “función productiva” alguna a los sujetos y sus prácticas (Smith, 2011). Con ello, su dependencia respecto de los residuos y su valor y utilidad marginales se estima irremediable.

V

LA OTRA SUNU VILLAGE

Pero también dentro de *la Sunu Village*, además de la batalla cotidiana personal por la recuperación de las coas que les permite *soportar la vida* en sentido amplio, se libraba otra lucha. En este caso se trataba de una lucha interna por la apropiación del espacio social, derivada del trabajo, la experticia y las jerarquías.

Dichas jerarquías tienden a hacerse, aunque con cierto disimulo, regularmente visibles, puesto que de alguna manera requieren objetivarse para poder ordenarse. En particular llamaba la atención, por un lado, la importancia que juegan las posiciones y los lugares ocupados individualmente en el espacio físico interior, como si por medio de una coreografía tácita que imprime ciertos constreñimientos sociales básicos (Goffman, 1993) los individuos se organizaran en diferentes puntos que otorgan diferentes grados de visibilidad y diferentes privilegios en orden a la disponibilidad del espacio, a la acción misma dentro de él y al acceso y control de recursos. Y, por otra parte, la relevancia de algunos objetos de propiedad individual que denostaban jerarquías simbólicas a través de amuletos o imágenes de ídolos del islam sufí senegalés, que tienden a representar cierto conocimiento espiritual en quien las posee. O ciertas jerarquías operativas proyectadas a través de objetos relacionados con el trabajo, como algunos bienes de difícil recuperación y que ahora son utilitarios domésticos o materiales que demuestran particulares habilidades en el oficio (y que solo unos pocos logran conseguir).

Pero especialmente, dentro de *la Sunu Village*, la báscula y el cuaderno donde se iba anotando lo que se pesa y se compra, eran denotativos de una posición jerárquica privilegiada. Es el caso de AM, MC que ostentaban la propiedad y el control de dichos objetos (que en ocasiones delegaban temporalmente a algunos muy cercanos a ellos como MC2 y BY), que demostraban con claridad, incluso a un recién llegado, quien poseía un mayor control y poder de decisión sobre lo que allí dentro sucede. Además de denotar la mencionada jerarquía y posición, estos dos objetos y las actividades concretas de su uso

funcionaban como un nodo central alrededor del cual se organizaba espacialmente la actividad colectiva en una especie de orden concéntrico. Por supuesto la báscula, sus elementos constitutivos (cables, medidor, superficie de apoyo) han sido objeto de recuperación, por lo que constantemente deben ser ajustados y reparados. El control del cuaderno era aún más diciente sobre la *propiedad* del espacio, del negocio interno y de las relaciones de intercambio que allí se producían. En suma, se trataba de dos simples objetos con una potente carga simbólica en la organización del grupo derivada en parte de su centralidad funcional operativa.

Pero más allá de la organización jerárquica que se proyecta objetivamente en las condiciones físicas de la organización espacial como una suerte de “espacio social reificado” y en los objetos de los que hacen uso, la conformación de un campo de luchas al interior de *la Sunu Village* tenía que ver con la apropiación de un espacio que es más social que físico (Bourdieu, 1999).

Por más que allí aconteciera una forma de agrupación y de trabajo colectivo, por más que todos estuvieran dispuestos a entregar parte de su producción diaria para la supervivencia de la comunidad, y por más que estando allí todos se entregaran a una forma de supervivencia conjunta, también surgían y se objetivaban unas formas de lucha interna que propendían, no tanto por el control de determinadas áreas del espacio, sino por las jerarquías respecto de quienes determinaban lo que sucede o no en dicho espacio y, más aún, por la forma en como a través de estas jerarquías se ordenaba el microespacio social que constituyen allí adentro.

Son estas las inevitables luchas por la apropiación del espacio social. Una vez proyectado objetivamente en el espacio físico el espacio social general en el que se encuentran inmersos estos hombres, se desata una lucha por la apropiación del espacio residual que les queda y al que deben dar forma.

Después de cada recorrido y en medio de cada día de limpieza, los chatarreros pugnaban en cierto sentido por una ubicación privilegiada en la organización socioespacial de *la Sunu Village*; era una especie de lucha acordada y absolutamente transparente, que tenía como objetivo conformar y proyectar aquellos sujetos y sus modos ideales de recuperación y de limpieza, en suma, de la subsistencia.

Estos modos, si bien tiene como eje central la recuperación como mecanismo de aprovisionamiento fundamental también se expresan en otras variaciones relacionadas pero discernibles.

1. Otros objetos y otros residuos

Además de las formas recurrentes y características de las relaciones con los residuos, algunas otras cosas pasan con los estos, con algunos de ellos al menos. Como se ha dicho, algunos se incorporan como bienes para la reparación o materiales de construcción, pero otros tantos son objeto de diversas negociaciones en las que se establecen relaciones con otros grupos y sujetos. El colectivo de chatarreros senegaleses tiende a ser muy exclusivo y ajeno a relaciones estables con otros; sin embargo, esporádicamente se suceden intercambios extraordinarios con miembros de otros grupos en los que ambos obtienen cierto beneficio. Esto suele ser coyuntural y muy específico, no hay una regularidad que permita una determinada descripción relativamente estable, pero cabe remarcar la disposición que el grupo tiene y que permitía especialmente el lugar del que disponían para este tipo de intercambios. Sin que pueda usarse para generalización alguna es posible mencionar a un hombre egipcio en particular, del que nunca supe el nombre, que acudía al *patio* en busca de objetos *valiosos*, cosas exclusivas, extrañas, antigüedades u objetos con funcionalidades muy específicas que seguramente sabía cómo vender en mercadillos de segunda mano. Interpelaba a casi todos en el patio, entraba a algunas de las chabolas, revisaba sus cosas, en ocasiones resultaba incluso un poco atrevido y siempre ponía un precio a todo. Usualmente solo conseguía comprar muchas menos cosas que por las que preguntaba. Su presencia fue recurrente durante un tiempo y, además de procurar esta

particular forma de negocio con los residuos entablaba en ocasiones interacciones más allá de ello.

Pero tal vez una de las situaciones más llamativas que pude observar dentro de este tipo de intercambios extraordinarios incluía una clara predestinación de la recuperación y el almacenamiento efectuados por estos hombres y la expectativa de ciertos personajes ajenos al colectivo, pero, en ese justo momento, con cierta jerarquía dominante sobre ellos. En vista de un acuerdo claramente establecido de forma previa, el 14 de octubre de 2017 llega al *patio* una furgoneta blanca de la que se bajan (y esto aun es inexplicable para mí y se aleja de los alcances de esta investigación) una mujer negra de inmensas proporciones, muy bien vestida y llena de joyería dorada en sus manos, sus orejas, y su cuello. Detrás de ella dos grandes y simples hombres blancos que sin duda alguna eran originarios del este de Europa. Por qué iban juntos y de qué manera habían establecido esta relación jamás pude saberlo, ni por inferencia, ni por deducción y mucho menos por increpar directamente a los involucrados que se negaron a hablarme de ello (y de cualquier otra cosa). La mujer entró al *patio* dando indicaciones claras y seguras (órdenes) en wolof, a lo que varios de los hombres del colectivo obedecieron: entraron al fondo de las chabolas y comenzaron a sacar televisores (seguramente reparados) que, con la ayuda de los dos hombres blancos dispusieron en el interior de la furgoneta hasta llenarla por completo. No entendía de donde podían salir tantos televisores, pero era seguro que se trataba de un encargo preestablecido. La mujer sacó dinero de su bolso y pagó a AM; una vez se marcharon, este se dispuso a dividir el dinero entre los involucrados en una compleja y ruidosa relación en la que cada uno reclamaba lo suyo en función del número de televisores que había recuperado y que determinaban lo que le correspondía. Luego de que los pagos se resolvieran (no sin dejar algunas inconformidades claro está) y se disolviera el barullo, AM me comentó que de allí se dirigirían al puerto de donde los televisores saldrían seguramente hacia un mercado de segunda en algún país africano. La exportación de residuos y de electrodomésticos de segunda mano de Europa a África (por vías que parecen ofrecer no pocas irregularidades en cuanto a su formalidad y legalidad), es un proceso constante que

parece dejar producir importantes utilidades económicas y representar una muy viable opción para el traslado geográfico de los problemas e impactos ambientales por generación de residuos. Probablemente uno de los casos más alarmantes lo represente el gigantesco vertedero electrónico de Agbogbloshie en Acra, Ghana, y los mercados de segunda mano que le colindan. Este caso permite señalar la amplia complejidad de las formas de abastecimiento en las que se involucran estos hombres dentro de la recuperación y la circulación de los residuos urbanos y, por supuesto, pone en evidencia las limitaciones de mi propio trabajo que no puede dar cuenta de muchas otras relaciones, redes y transferencias.

Pero, en definitiva, lo que es de remarcable interés aquí es el hecho de que en la *Sunu Village* todos estaban dispuestos a cualquier tipo de interacción comercial mediada por los residuos y a establecer ciertas relaciones de transformación y comercialización con ellos que finalmente redundaran en algún tipo de beneficio material. Se trata entonces de una amplia relación abierta, adaptativa y recursiva con los residuos en la que el lugar representa una especie de centro de operaciones individual y colectivo y un punto de referencia para otros grupos e individuos. Sucesos como el anteriormente descrito demostraban entonces que la *Sunu Village* no constituía una suerte de microcosmos cerrado y autosuficiente sino más bien un nodo más dentro de una amplia red de transferencias e intercambios imposible de capturar en toda su complejidad bajo los límites de la presente investigación.

Pero, así como las relaciones productivas con los residuos se diversifican para ampliar de cierta forma las posibilidades de agencia a partir de estas, también surgen otros tipos de iniciativas para sumarlas en el esfuerzo de paliar la pobreza y asegurar una mínima subsistencia. De esta forma, algunos hombres del colectivo establecían otro tipo de actividades económicas en la *Sunu Village* haciendo uso de su central ubicación y de la aparente seguridad de la que gozan allí adentro por una especie de hermetismo que construyen. Una característica *solidaridad centrípeta*, la conformación interna del espacio en tanto lugar colectivo y también el aislamiento producto de la segregación y la exclusión

territorial que experimentan, terminaban por consolidar dicho hermetismo como una suerte de sensación de seguridad transitoria y de impenetrabilidad que, evidentemente, no era más que aparente.

Movidos por las necesidades económicas que se expresan en sus condiciones materiales de existencia y en las cualidades de sus capitales físico, humano y social básicos, y en procura de mejorar su disponibilidad dineraria, muchos han ido progresivamente encontrando otras fuentes de ingresos paralelas que permitan incrementar la escasa retribución económica que brinda la recuperación informal de metales. Al modo en el que advertiera Wacquant (2001), en este caso se reproduce un modelo en el que la marginalidad urbana presiona un proceso en el que las prácticas de los marginados se mueven lenta, progresiva e inevitablemente de la informalidad a la ilegalidad y, de allí, a ciertas prácticas delictivas que terminan por reforzar la exclusión social e incrementar la marca estigmatizante sobre los sujetos y el espacio colectivo como referente.

Es así como ciertos individuos del colectivo, contraviniendo incluso sus propios principios morales, pero acorralados por una pobreza galopante sin tregua ni remedio, entran en un circuito de compra y venta de objetos robados. Si bien la práctica de la recolección informal de residuos por sí misma ya se enfrenta no solo a un problema de ilegitimidad sino también de ilegalidad, esta nueva modalidad los involucra como agentes activos dentro de cierto circuito delictivo. En este tipo de circuitos y para el caso de los chatarreros, sobresalían las bicicletas como un objeto de amplia circulación, de relativamente *fácil adquisición* y de alta demanda. Los conflictos internos por este tipo de modalidad de comercialización eran constantes dada la cuestionable procedencia, por un lado, y la ocupación del espacio físico y la demarcación simbólica del espacio social que implicaba por otro lado. El número de bicicletas reparadas, en stock, en reparación, recién introducidas y otras tantas despiezadas como si se tratara de *las donantes*, llegaba a ser abrumador (superando en ocasiones las 30 unidades, sin contar las de uso particular), hasta el punto de que cierta zona del *patio*

adquirió durante un tiempo una apariencia física que no dejaba duda alguna acerca de su vocación.

Numerosos intercambios de este tipo tenían lugar allí e implicaban una amplia variedad de objetos generalmente de forma excepcional a diferencia del caso mencionado. Pero otro tipo de práctica que también se sostuvo con regularidad los acercó a una posición significativamente más peligrosa. Se trataba de la venta de bebidas alcohólicas en algunas chabolas dispuestas como pequeños bares improvisados (chiringuitos) y la venta de dosis personales de hachís y marihuana. El afianzamiento y la regularización de estas actividades produjo un particular marcaje del espacio que se hacía evidente por la afluencia de múltiples sujetos de diferentes procedencias y por lo general ajenos a la actividad central de la recuperación de metales. El espacio se tornaba mucho más diverso por la llegada y la permanencia de proveedores y consumidores, y esto lo hacía profusamente más visible, en especial porque conllevó a que acudieran regularmente muchos vecinos del barrio, en especial jóvenes y en muchos casos menores de edad, que no solo se abastecían allí, sino que disfrutaban también de estancias prolongadas. Como era de esperarse, en última instancia la incorporación de estas prácticas reforzó la ilegitimidad estructural e institucional del colectivo y su consecuente deterioro. Durante mediados del año 2018 un operativo policial entró al *patio*, incautó una numerosa cantidad de dosis y, por si fuera poco, se encontró con la presencia de varios vecinos, entre ellos una menor de edad que se encontraba encerrada con uno de los chatarreros dentro de su chabola, lo que puso a varios de estos hombres en serios aprietos legales de los que desconozco su proceso y radicalizó por un tiempo las tensiones entre miembros y los conflictos sobre lo que se podía y no se podía hacer en el espacio compartido.

Pero más allá de estas particularidades excepcionales, aunque sostenidas, que señalan un proceso acumulativo de marginación tan potente que lleva a los sujetos ya dedicados a una práctica extraña (la recuperación de residuos) a incorporar otras actividades aún más radicales y extremadamente opuestas a sus concepciones de origen, el conjunto conlleva a

otro interesante fenómeno que, aunque no sea de interés profundo de este trabajo, es preciso mencionar. Se trata de la creación y el fortalecimiento de una especie de red informal de solidaridades e intercambios, en la que el barrio juega un papel fundamental como sector que centraliza y acumula prácticas diversas y numerosas, a pesar de que algunos de los miembros de dicha red (como los chatarreros) no desarrollen ningún tipo especial de vinculación territorial en términos de “arraigo social o cultural” (Del Acebo, 1993) sin trascender más allá de una relación estratégica instrumental exclusivamente espacial, centrada en el espacio específico del barrio como contenedor de los medios, recursos y relaciones para “ganarse la vida” (Narotzky & Besnier, 2020) que incluye más que los estrictamente monetarios aun cuando este sea medular en especial bajo las condiciones de precariedad extrema de los chatarreros.

El conjunto de prácticas que llevan a cabo los chatarreros y sobre las cuales la *Sunu Village* representaba un eje medular, se incorporan en una especie de solidaridad mecánica a otra variedad de actividades con las cuales terminan conformando una red de relaciones productivas, aunque informales respecto de la clasificación y la designación oficial y regular, que en última instancia dan forma a una suerte de sistema que complementa y depende del formal (Hart, 2009). Asistiendo a la cotidianidad del patio, del colectivo, de las transferencias e intercambios durante sus recorridos urbanos era posible ver una red en la que diversas formas de ganarse la vida se interconectaban.

Los trabajadores informales en general *dan forma* a un sistema de interacciones cotidianas, orientadas a finalidades económicas monetarias en el que se producen intercambios en amplias relaciones desde las de subsistencia mínima en unos casos hasta las de simple aumento de los beneficios para otros. Esta “red de relaciones” estaba fuertemente caracterizada, en el plano de las transacciones concretas, por un individualismo centrado en el propio proyecto que está ostensiblemente condicionado por el “campo de posibilidades” sociales y físicas restringidas (Velho, 2013). No obstante, para sostener el

dinamismo de la red, además de los detonantes derivados de la necesidad y la penuria, ciertas formas de adaptabilidad, organización y solidaridad colectiva parecían necesarias.

Pero lo cierto es que al seguir el itinerario de relaciones cotidianas de los chatarreros se podía ver la integración de muchos en un campo de discriminaciones y posiciones en torno a actividades o procesos *céntricos* alrededor de los que se creaban también “contextos marginales” dentro de la propia red de relaciones informales y que implican el desarrollo de acuerdos relativamente estables pero también el surgimiento de variados mecanismos coyunturales y adaptativos a modo de “makeshift reactions” (Lancione, 2016). En esos casos, como lo representa el de los chatarreros, las personas se ven obligadas a integrarse y desarrollar sus propios modos de interconexión dentro de la red informal, pero lidiando, negociando e intersectándose día a día al tiempo con el marco normativo y legal en el plano de las relaciones concretas con prácticas formales (Datta, 2016).

Especialmente en estas relaciones que ensamblan en un mismo proceso modos formales e informales de abastecimiento se hacen visibles jerarquías muy rígidas y subordinaciones invariables que muestran, en el plano concreto de las relaciones de intercambio, una profunda desigualdad en las relaciones económicas y una violenta *cadena de explotación* (Graeber, 2006).

Empíricamente hablando, los trabajadores informales, los recuperadores de residuos en concreto, y los trabajadores formales (los diferentes comercios y negocios con los que los primeros interactúan en el ejercicio práctico de su actividad laboral cotidiana) establecen entre ellos ciertos tipos de relaciones que los convierten en interdependientes unos de otros.

La separación entre el sector formal y el sector informal de la economía es solo aparente, se trata en realidad de la circulación de las mercancías y de los movimientos de estas de un régimen de valor a otro dentro de una sola gran trama económica urbana (Hart, 2009).

Este punto neurálgico hace visible la extensa cadena de explotación a la que los chatarreros se encuentran atados y la unidad total que constituye la enorme red del flujo de residuos urbanos. Además de poner en evidencia la interdependencia de ambos sectores de la economía, que se concreta en esta especie de red barrial, hace visible también el hecho de que esta no se haya desprovista de jerarquías y subordinaciones, y que no se trata de una red alternativa e independiente, sino de un sistema con su propio orden (y su característica inestabilidad) pero que hace parte de un único y gran entramado económico total profundamente desigual en el que afloran diferentes oportunidades de ingresos (formales e informales) que se interconectan entre sí (Hart, 1973). Las prácticas informales surgen y se conectan en las *zonas grises* que deja el marco formal dentro de la economía urbana agregada; en el contexto del neoliberalismo de la desregulación y la liberación de los mercados estas zonas se multiplican y se dispersan geográficamente (Harvey, 2008), se amplían constantemente hacia nuevos contextos sociales y refuerzan el surgimiento de prácticas y formas de vida precarias en sus márgenes.

Entonces, en el curso de la dinámica laboral cotidiana, los chatarreros en tanto tales establecen este tipo de relaciones en el sentido de *actor* funcional y productivo, aunque marginado, que procura conexiones que conforman una especie de red informal visible dentro de la economía agregada y atada a la formal, en al menos tres escenarios discernibles: 1. En la práctica de la recolección, transformación y venta de metales (la actividad medular de su vida económico-productiva cotidiana) y de algunos bienes de segunda. En estas los chatarreros promueven relaciones de intercambio con gestores oficiales, bodegas informales y otros intermediarios a los que acuden para la venta de lo recolectado y recuperado, material limpio; con algunos negocios (talleres y pequeñas empresas de manufactura) y vecinos con los que establecen acuerdos previos de beneficio mutuo en el que los chatarreros brindan una especie de servicio de recogida o eliminación de los residuos a cambio de poder disponer de ellos gratuitamente; y con algunos sujetos particulares o miembros de otros colectivos y, por extensión, con ciertos mercados (el mercado de Los Encants específicamente) con los que intercambian ciertos objetos

específicos hallados durante la recolección de forma extraordinaria. Este conjunto de actores como nodos localizados conforman, en sus relaciones, una red en torno a la recuperación de residuos que no ocupa aquí describir en toda su dimensión pero que es remarcablemente importante para situar la práctica del chatarrero. 2. Esas otras prácticas alternas antes mencionadas que los hacen caminar por la cornisa de la ilegalidad, implican relaciones altamente inestables (potencialmente *explosivas*) y por completo coyunturales (no profundas y menos aún significativas culturalmente) con miembros de otros colectivos y particularmente con vecinos de diversas procedencias. Y 3. Otras relaciones cotidianas que se producen principalmente durante los recorridos de recolección e intercambio (especialmente a la vuelta de este último) extienden la red incorporando bares, restaurantes y otros negocios donde los chatarreros acuden para satisfacer consumos alimenticios y recreativos principalmente, y en los que logran establecer relaciones para su propio beneficio intentando eludir el gasto de la utilidad generada en la recuperación de metales, como por ejemplo con la obtención de alimentos destinados al residuo pero aun comestibles de bares o panaderías o la compra de tabaco al menudeo.

Como ya resultará evidente, la *Sunu Village* y sus miembros constituían un actor activo y un referente central en la conformación de esta red de relaciones informales, no solo por las evidentes necesidades que el sistema le ayuda a suplir sino también por lo que como colectivo brinda al mantenimiento de esta particular forma asociativa.

2. La *Sunu Village* más allá de la basura

Pero la *Sunu Village* no era solo una chatarrería y estos hombres no son solo chatarreros. Además de que este lugar constituía el centro en el que concentraban buena parte de sus prácticas operativas de supervivencia, es allí también en donde se autoidentificaban como parte de un colectivo en el que, a pesar de su transitoriedad e inestabilidad, construían ciertos lazos claves de amistad que son fundamentales para afrontar la crisis y la necesidad más allá de la economía monetaria que es igualmente insegura; la amistad representa un

importante anclaje ante esta incertidumbre (De L'Estoile, 2014). Este era el único lugar del que disponían en donde realmente reproducían parte de sus modos culturales, en el sentido de que vivían bajo sus normas, se relacionaban en orden a sus principios elementales y mantenían algunas de sus tradiciones cotidianas. Muchas cosas más sucedían en la *Sunu Village* además del trabajo de limpieza.

Más allá de la práctica laboral y de todas las iniciativas destinadas a la supervivencia económica y al intento por mejorar las condiciones materiales de existencia, en la *Sunu Village* también se vivía una cotidianidad que revestía toda esta ruda y obligada (e incluso abnegada) dedicación, de una textura muy particular que evidentemente proviene de su origen pero que, aún más allá, parece intensificarse por la propia experiencia de lejanía, de desarraigo y de desterritorialización.

La *Sunu Village*, a pesar de las condiciones físicas, la relegación territorial y el deterioro espacial que expresan una pobreza urbana propia de comunidades marginadas en las grandes ciudades occidentales, tendía a cualificarse de forma interna en cierto sentido herméticamente a través de sus lógicas y dinámicas exclusivas. Era en cierto sentido un escenario de los propios modos, de los propios ruidos, de las propias formas, así tengan que desarrollarse en un contexto extraño, bajo unas condiciones imprevistas y en la ejecución de unas prácticas extrañas (aun cuando hayan llegado a dominarlas excepcionalmente). De forma que se trataba de un escenario un tanto distópico (en el sentido de indeseado e indeseable), era un espacio en deterioro en medio de un contexto en pleno desarrollo urbano, cualificado por la confluencia entre la coyuntura inevitable que los reúne y una identidad colectiva que se ajusta en virtud de las condiciones del contexto en términos de acceso a recursos y establecimiento de lazos sociales.

Algunas particularidades específicas creo que son un buen recurso para explicar cómo esto se dinamizaba; algunas en las que, por supuesto, yo estuve inmerso o pude acceder directamente.

Además de la sociabilidad básica que acompañaba fluidamente el desarrollo del trabajo de *limpieza*, afloraban algunas sencillas dinámicas e interacciones de gran significación. Los hombres de la *Sunu Village* se llaman y se tratan entre sí como *hermanos*. Pero no solo entre sí, sino que también lo hacen extensivo a otras personas ajenas al colectivo que acuden al lugar, incluido yo mismo por supuesto. Si bien su significación de la familia como un “bloque” (descrita en un capítulo anterior) incluye la distinción de relaciones y posiciones específicas, y si bien distinguen también claramente los lazos de sangre o adscripción familiar de otro tipo de relaciones fraternales, la idea de hermano trasciende sin límites estas restricciones y clasificaciones moviéndose transversalmente entre ellas. Por supuesto, no puede desestimarse el hecho de que el término posiblemente derive también de un ajuste lingüístico adaptativo con el que se exprese una forma cotidiana y prosaica de referirse a los otros, análogo, por ejemplo, al término *tío* en España. Sin embargo, en este caso se trata de hombres que llevan algunos hasta más de 15 años en territorio español y que de hecho usan también, discrecionalmente, los términos *tío* y *amigo* para referirse a los otros en determinadas circunstancias. Además, en varias de las ocasiones en las que pudimos hablar sobre el trabajo, la experiencia migratoria o las relaciones entre ellos y con otros colectivos AM, AB y MC mencionaron la idea de que “todos somos hermanos” para referirse a una suerte de igualdad natural (e incluso moral) que trasciende la clasificación social artificial. De esta forma, una especie de espiritualidad muy apegada a cierta naturalidad en la que la raza, si bien es un factor de identificación cultural, no opera como un mecanismo de distinción social (muy a pesar de las exclusiones raciales que deben enfrentar), caracteriza su comprensión sobre todos los seres humanos como hermanos. Precisamente, no fue de manera inmediata sino después de un tiempo de acudir al *patio* y de ganar al menos un poco de su confianza y respeto, que el propio AM comenzó a decirme hermano en los saludos y conversaciones, hasta llegar a llamarme “hermanito mío”. Progresivamente puede percatarme que con el tiempo algunos otros hombres del colectivo también me dispensaron el elogio que, además, era claro que venía acompañado de cierta apertura y aceptación. Cierta día cualquiera, en mayo de 2017, en el interior de la furgoneta

que AM había llevado al *patio*, pude entablar una conversación al respecto con él y con AB, en la que además surgió una interesante distinción que me resultó sorpresiva pero aclaratoria:

Yo: *¿Pero entonces, le dicen hermano a cualquier persona?*

AM: *No, a cualquier persona no... aunque si todos somos hermanos en la tierra, pero a cualquiera no.*

Yo: *¿Y a un hombre blanco?*

AB: *¿Qué importa el color?, ¿Por qué ser negro es malo? Aquí hay mucho racismo todavía... Pero, además, tú no eres blanco.*

Yo: *¿No lo soy?*

AM: *¡Claro que no!... A ti te falta mucho color eso si (risas), pero no eres blanco. El hombre blanco está aquí, y también llegó allá. Tu eres inmigrante, como nosotros. El blanco no entiende como tú, el blanco solo se ve él, solo existe él.*

Como parte de todas estas formas de autoidentificación y de reforzamiento de los lazos que los unen como colectivo en medio de un contexto que no solo les es extraño sino que los hace extraños dentro del escenario del que hacen parte, el *patio* se conformaba como el lugar del encuentro, de la reunión, el espacio de la colectividad y los modos compartidos, en donde se reconocen como pares y ratifican, no solo sus actuales condiciones de vulnerabilidad (igualmente compartida), sino también algunos de sus modos de sociabilidad e interacción elementales.

Las elocuentes formas gestuales que adquieren sus saludos, por ejemplo, dan muestra de esa particularidad cultural que los une. Estos operan como uno de los mecanismos mediante el que recrean y afirman sus lazos, que eran posibles a través de esa referencia espacial colectiva que la *Sunu Village* permitía en términos de supervivencia económica pero también de pertenencia e identificación cultural.

Como es comprensible, las afinidades y cercanías entre los miembros del colectivo de chatarreros y también con otros hombres senegaleses que frecuentaban el *patio* como SY se producen discrecionalmente entre algunos más que con otros. Esto se deja ver superficialmente en las relaciones cotidianas entre todos ellos (unos más cercanos entre sí que con otros, otros con más confianza en unos cuantos, etc.) y, en el caso de existir un

fuerte vínculo, se expresa clara y contundentemente en sus saludos. Una primera forma general de saludar consiste en llevarse la palma de la mano al propio pecho después del apretón o del choque de puños, que transmite una especie de confraternidad y que se utiliza en otras ocasiones a modo de gratitud o afecto. Más allá, el saludo entre *hermanos* con una vinculación profunda entre sí, en la que suele existir una forma de gratitud general, respeto y admiración mutua (como entre AM y SY, MC y MC2, US y BY, etc.), le supera llegando casi al plano de la devoción y una suerte de reverencia recíproca. A la expresión verbal protocolaria (pero que solo se produce en estos casos, al menos dentro de este colectivo) de un saludo en el que se intercambian una primera bendición tradicional seguida de preguntas y buenos deseos sobre la salud, el trabajo y la familia⁶³, le acompaña una particular reverencia que consiste en un apretón de manos prolongado durante el cual la mano del otro es llevada a la propia frente, a lo que el otro responde de inmediato y de igual forma. El gesto se repite varias veces incluyendo el incremento progresivo del número de toques con la mano ajena en la propia frente. La reverencia parece terminar tácitamente, en medio de una visible alegría por el encuentro, cuando los honores se han dispensado suficientemente.

Pero quizás uno de los momentos más relevantes en la conformación cotidiana del colectivo más allá de la necesidad económica y que suele incluirlos a todos sin excepción es el momento de la alimentación compartida. Este momento también consiste en uno en el que las jerarquías se manifiestan y se refuerzan, ahora más allá del plano laboral-económico, y durante el que ciertas distinciones internas se hacen visibles. Como ya se sabe, en la *Sunu Village* se preparaban alimentos y cotidianamente los hombres del colectivo se dirigían a una de las chabolas-chiringuitos para comprar y comer su ración personal en cuanto les era posible. Sin embargo, no existía un día en el que a todos los hombres les vaya bien. No solo por una solidaridad de mera supervivencia colectiva que construye cierta conciencia sobre

⁶³ El saludo comienza, como es comprensible, con la expresión *As-salām 'alaikom* y la inmediata respuesta *Wa 'alaikom as-salām* propia de todas las lenguas árabes e incorporada por todas las tradiciones musulmanas. Las siguientes frases, igualmente formalizadas en esta especie de protocolo espiritual del saludo, son expresadas en la lengua vehicular, en este caso el wolof.

las propias necesidades y dificultades, sino también por un sentido sobre el alimento y la alimentación como algo que hace parte de sus modos particulares de hacer y entender las relaciones, la comida colectiva era también, más que frecuente, cotidiana. La dinámica es sencilla, pero por un lado demuestra cierto compromiso y lazos fuertes de amistad dentro del grupo y por otra parte dinamiza la inclusión de los hombres en una jerarquía. Generalmente sin dar aviso alguno de los hombres que considera que ha tenido un buen día y que por ello puede proveer algo para el beneficio colectivo, encargaba a una de las cocinas una gran bandeja de alimento, generalmente compuesta por un arroz con trozos de pollo, zanahoria y repollo, fuertemente condimentado y con una generosa dosis de una salsa picante preparada allí mismo. Aquel mismo que había encargado la bandeja volvía a la cocina para retornar al *patio* con ella y disponerla para compartir. De inmediato, todos los hombres entienden la invitación que se les hace e incluso el derecho que esta les confiere para avisar a algunos otros de los suyos. La comida era compartida en una reunión circular alrededor de la bandeja en un proceso visiblemente alegre de interacción, que decididamente deja a un lado las dificultades económicas; el trabajo no hace parte alguna de la mesa, ni a modo de conversación. Sin embargo, el derecho a un puesto alrededor de la bandeja no solo dependía de una adscripción por origen compartido, en un par de ocasiones pude ver como un chico senegalés que aparecía muy esporádicamente y siempre en visible estado de drogadicción y embriaguez era relegado de la participación y, en el mejor de los casos, solo podía disfrutar de un plato que le servían por aparte manteniéndolo al margen de la reunión, en este caso las jerarquías se mostraban potentes y las acompañaba una especie de juicio moral sobre los modos que consideran positivos. De igual manera, también pude ver como pasaban todos los hombres del *patio*, llamados y señalados específicamente para unirse a la reunión alimentaria, desfilando frente a mi (según mi forma de percibir el suceso) sin que nadie encontrara motivación alguna para convidarme; casi como si se hubieran puesto de acuerdo para ello, en realidad sucedía de forma muy *natural* dada mi falta de pertenencia, se trataba de esa especie de código oculto o acuerdo social tácito y silencioso que hace a unos parte y a otros no. En la medida en que mi participación se acrecentó y comencé a trabajar dentro del *patio* (no como etnógrafo,

claro está, ¡como chatarrero!), respetando sus modos, sus principios, sus propias formas, sin pretensión alguna de imponer ninguna lógica o iniciativa, me hice digno de compartir el alimento colectivo.

La primera vez, debo decir, como toda primera vez, estuvo dotada de imprecisiones vergonzosas. Pasado el mediodía del 11 de junio de 2017, BY salió de una de las chabolas del fondo con una gran bandeja plateada repleta de esa mezcla descrita (y deliciosa). Como tantas otras veces, solo pude quedarme quieto y atento a la inmediata movilización de los hombres desde todas las direcciones dentro del *patio* hacia aquella mesa. Ese día había estado destrozando un motor de un ventilador y un par de balastos en busca del preciado cobre en su interior, mediante un proceso en el que lo único rescatable fue mi indestructible determinación, ya que mi torpeza y lentitud se llevaron todos los honores. Pues bien, ya sentado en una silla al lado de la báscula, asistí nuevamente a la conformación de esta reunión y pude ver como los hombres empezaban a comer. Luego de unos interminables 5 o 10 minutos, el propio BY se levanta de su silla y me hace un gesto con su mano invitándome a unirme. No me cabe duda de que el hecho de mantenerme en principio alejado fue un gesto que quería dejar clara mi distancia y mi condición de invitado extraordinario. No obstante, no dudé ni un momento en aceptar la invitación que fue bien recibida por algunos como AM y US pero que produjo cierta indignación en otros a juzgar por sus rostros. Comprendí que BY gozaba de un derecho de propiedad sobre el alimento que, después de su invitación, me permitía estar allí. Pero aun hacía falta una impertinencia más: una vez en el círculo vi que la mayoría usaban cucharas o tenedores, por lo que mi primer impulso fue buscar uno de ellos; luego de un incómodo momento durante el que esperaba que apareciera de la nada una cuchara o surgiera alguna otra forma de participar activamente del proceso, el propio BY me increpó: “*qué! ¿Es que no puedes comer con la mano?*”. Sentí una profunda vergüenza por no saber sumarme con fluidez, al tiempo que me recriminaba a mí mismo internamente puesto que esto no debería resultarme extraño y mucho menos difícil dada mi propia experiencia de vida. Me sacudí internamente para liberarme del embotamiento y el nerviosismo, dejé de esperar una especie de iluminación y retorné a la observación detallada, al aprendizaje, a la participación con observación de la

que habla Guber (2013). De esta forma, pude identificar una particular técnica que no fue difícil repetir y que me permitió dejar de ser el centro extraño de atención para pasar a ser uno más compartiendo los alimentos, no solo ese día sino otros tantos, no solo por iniciativa ajena sino también por la mía. Claro está que el gesto de BY y los demás era una forma de aceptar mi participación cotidiana dentro del patio, aun cuando no fuera parte del colectivo, pero esta aceptación, también es claro, se llevaba a cabo a partir de mi inclusión en una jerarquía determinada en la que se me asignaba una igualmente clara posición a través de esta forma particular de comensalidad.

En medio de estas dinámicas, de las formas de fortalecimiento de lazos y declaración de las jerarquías y de la característica conflictividad derivada de la inestabilidad y la transitoriedad del lugar y de la organización grupal misma, volviendo sobre las prácticas laborales cotidianas, los hombres desarrollan colectivamente unas ideas muy particulares sobre el trabajo y sobre la comunidad que se dinamiza en torno a este. Dicha particularidad se soporta esencialmente sobre las ideas de que solo el trabajo decidido y dedicado puede proveerles los medios de subsistencia, y sobre el hecho indefectible de que tal trabajo, por más individualizado que parezca en sus operaciones funcionales, se consiente y realiza colectivamente. *La Sunu Village* es el lugar en el que han sido atomizados e individualizados, y al tiempo, el único escenario en donde les es posible la relativa organización que resulta imprescindible para su modo de vida, por ello, el lugar privilegiado donde se construyen estos sentidos asociados al trabajo.

3. El trabajo colectivo y los sentidos del trabajo en los márgenes

Primero, recordando lo señalado anteriormente respecto de las expectativas sobre el mejoramiento de las condiciones familiares de vida y en particular sobre las obligaciones morales que se crean en torno a la migración laboral, se construye un sentido sobre el trabajo asociado a la *esperanza*, un sentido construido desde origen y vinculado a la movilidad geográfica como único recurso para llevar adelante actividades económicas que permitan eventualmente “proyectar hacia el futuro” (Narotzky & Besnier, 2020); este caso

es uno de los que atestiguan como para muchas sociedades la movilidad geográfica se estima imprescindible para la movilidad social y configura un conjunto de expectativas y obligaciones particulares (Cole, 2014); de allí que el trabajo mismo y las personas que logran sobresalir a partir de este (por ejemplo US como se ha visto) sean depositarios de un importante *valor social* para el colectivo. El trabajo constituye para estos hombres ese mecanismo elemental a partir del cual se pretende alcanzar un proceso de mejoramiento de las condiciones materiales de vida, por lo que se deposita sobre este un sentido persistente orientado por la esperanza aún bajo el reconocimiento de sus propias restricciones, aunque en muchos casos, como se irá viendo, aparezca una comprensible idea de fracaso sobre la experiencia migratoria en general.

Establecidos ya en Barcelona, relativamente organizados y habiendo creado algunos fuertes lazos entre ellos, dedicados cotidianamente a la recolección y recuperación de residuos como forma fundamental de trabajo se crean también otros sentidos sobre la marcha.

En cierta ocasión SY llegó apresurado al *patio* trayendo un aviso, cosa que era común en él, como si tuviera una especie de cualidad que atrajera grandes sucesos de potencial utilidad para los chatarreros: había una gran máquina abandonada a puertas de una nave aparentemente desocupada. A parte de la particular forma de transportarla hasta el *patio*, que implicó amarrar cuatro carros y todo un gran esfuerzo entre varios para montarla y un trayecto especialmente complejo y asistido por muchos en colaboración, lo que ocurrió luego con ella allí adentro fue llamativo por otras razones, más allá de que por sí misma la realización de una operación de recolección colectiva y numerosa ya es bastante inusual.

Una vez dentro del *patio* era evidente que nadie sabía que era lo que teníamos en frente. Se trataba de una gran máquina incompleta con una estructura pesada de hierro pintado de rojo que hacía de soporte de muchos otros componentes mecánicos, eléctricos, electrónicos que se hallaban sobre esta y que estaban todos perfectamente ensamblados entre sí. A transportarla se ofrecieron varios, más de los necesarios de hecho, aunque todos fueron claves a la hora de subirla sobre los carros y, luego en el *patio*, bajarla de ellos. Una

vez en la puerta del *patio* todos (realmente todos) acudieron a ayudar para llevarla al centro, bajarla de los carros y comenzar a indagarla. Muchas fueron las ideas acerca de qué tipo de máquina era, aun cuando ninguna esperaba estar realmente en lo cierto. De la misma forma como muchos estuvieron dispuestos a ir por ella y transportarla sin pretender de antemano obtener un beneficio por ello, todos se lanzaron sobre ella una vez estuvo descargada en el *patio*; varias conductas y sentidos se combinaban ahí: la novedad de algo coyuntural y pocas veces (o nunca antes) visto que señalaba el hecho de que su práctica aún les propicia sucesos extraordinarios; la eminente posibilidad de sumarse en una experiencia de trabajo colectivo que, solo por ese hecho, ya cada sujeto parece saberse y sentirse satisfecho a juzgar por la visible forma desinteresada y colaborativa de involucrarse; el hecho de que cada individuo sabe que si participa del trabajo que se dispone colectivamente esto redundará en un beneficio general que al final del día, si bien puede que no se exprese materialmente para cada cual en forma de dinero, se verá retribuido en la alimentación compartida y en la generación de un ambiente de sociabilidad muy positivo para todos; la forma en como sumarse al trabajo, no solo colectivo y compartido por dedicarse al mismo tipo de práctica al tiempo que comparten un espacio que sostienen gracias a ella, implicó en este caso compartir además la cosa objeto de recuperación y que produjo una especie de asociación funcional silenciosa muy poco común en un trabajo que por regla general es muy fuertemente individualizado; y, por supuesto, en suma, el hecho de que el trabajo en general no es solo el mecanismo de la supervivencia mínima sino también el factor clave que los reúne y que mantiene la mayor parte de su cotidianidad colectiva.

Pues bien, los que estaban en trabajo de limpieza lo dejaron a un lado para integrarse, los que no estaban haciendo nada por la razón que fuera se sumaron sin dudarlos, los que estaban atendiendo cocinas y chiringuitos también salieron a ayudar, los que se dedicaban a otras modalidades menos pesadas como el general y el viejo pues también acudieron, los que como AB estaban en sus modos más especializados como la reparación de bicicletas o electrodomésticos pues también lo dejaron para más tarde con el fin de sumarse, no solo a un esfuerzo colectivo destinado a la supervivencia material, sino también a una oportunidad

comunitaria de trabajo que a la postre fortalece al menos ciertos lazos colectivos. Por supuesto, el más impertinente de todos, el etnógrafo, también hizo el intento.

Pues todos compartieron sus herramientas en la empresa, todo tipo de ellas fueron necesarias, la maquina tenía tantas partes que todas las llaves disponibles fueron usadas, sobraban manos. Parecía que también se libraba una competencia silenciosa para ver quien desarmaba más partes, quien lograba acudir con la herramienta especial con la que determinada sección de la máquina podía ser desmontada. Unos, como AB y BY, con muchas herramientas en sus bolsillos, se movían rápidamente alrededor de la máquina desmontando una parte en cada lado; otros, como yo, disponiendo solo de una llave que habíamos podido adquirir ante tal arremetida, dábamos vueltas a la máquina buscando alguna pieza que pudiéramos intervenir.

El resultado, en suma, fue un proceso colaborativo de desmantelamiento y clasificación con el que estos hombres se demostraban a sí mismos en tanto colectivo la centralidad del trabajo y la forma en cómo este, asumido de una particular forma solidaria (hacia adentro), les permite asegurar cierta supervivencia individual pero compartida y, además, fortalecerse en tanto grupo. Pero también, quedó absolutamente claro, el suceso los acercó tanto en la realización de una misma labor (el desmontaje hasta donde fuera posible de las partes que componían la indescifrable estructura) que enfatizó fuertemente, a través de detalles concretos (como el privilegio sobre herramientas, las indicaciones que unos daban a otros, las decisiones sobre donde ir depositando el material y las habilidades expresas elocuentemente), el proceso de mantenimiento de ciertas jerarquías muy firmes que es usualmente más silencioso.

Estos sucesos, por extraordinarios que fueran, señalaban ciertas constantes y determinadas significaciones relativamente estables y compartidas que estos hombres construyen a partir de sus experticias cotidianas más recurrentes en un contexto extraño, en la ejecución de una práctica igualmente extraña, pero recurriendo a sus propias formas de concepción

sobre el trabajo. El trabajo se depura instrumentalmente por una coordinación entre los medios disponibles, las cualidades físicas del espacio y los materiales, las posibilidades del contexto social, y su propia concepción moral en torno a este.

Como se ha ido viendo, el trabajo de estos hombres, aunque constituye una unidad infraccionable en tanto proceso, adquiere diferentes formas, requiere diferentes tipos de operaciones e implica diferentes formas de relación con el espacio y con las cosas en general (especialmente los residuos, claro está) según los diferentes momentos de los que se compone. Instrumental, operativa y funcionalmente se trata de tres instancias claramente discernibles que ya han sido distinguidas: la recolección, que constituye el trabajo en la calle, el proceso que es la fuente que origina y condiciona los procesos sucesivos; la transformación, que engloba diferentes formas de la recuperación de las cosas propiamente dicha y que, en este caso, ocurría fundamentalmente en el espacio colectivo de la *Sunu Village*; y el intercambio, que incluye la vuelta a la calle de una forma sustancialmente más predefinida y las operaciones de compraventa.

A pesar de que evidentemente las formas en las que el trabajo se significa derivan, en cierta medida, de llevarlo a cabo en cada instancia y en cada espacio diferenciado, el proceso de consolidación de ese sentido, que se alimenta a diario con la exposición espacial y compartida de cada experiencia particular (las que a su vez están previamente condicionadas), sucedía principalmente en la *Sunu Village* y gracias a la colectivización que esta permitía, pero también gracias a la marginalización de la que ella misma era prueba. Esto es especialmente distinguible para el caso de los sentidos asociados al trabajo en la calle (recolección) y en el espacio colectivo (transformación). Se trata de la construcción de sentidos sobre el trabajo en los *márgenes*, en los bordes ocupados por prácticas y formas de vida marginales que establecen sus propios “ensamblajes” precarios e inestables (Lancione, 2016).

Allí en la *Sunu Village* fue posible distinguir significaciones sutilmente diferentes sobre el trabajo que se corresponden a estas dos grandes instancias que hacen parte de la labor cotidiana: la recolección en la calle, en la que la anormalidad y la ilegalidad afirman la ausencia del reconocimiento del trabajo y de los hombres mismos como sujetos de derecho; y la transformación, la limpieza en el patio, en la que la dicotomía cotidiana entre la pobreza infranqueable y la dedicación ineludible al trabajo ponen a prueba sus más arraigados principios.

Ahora bien, también es posible verificar que, a pesar de las diferencias entre estos sentidos y a pesar de las diferencias entre ellos mismos respecto de su origen dentro del Senegal y algunas concepciones sobre cómo enfrentar la labor diaria, las significaciones conferidas al trabajo reposan en general sobre una misma, simple (no simplista) y compartida moral del trabajo. Esta moral tradicional, traída de origen y sostenida en destino, al confrontarse con la realidad objetiva a la que deben enfrentarse, somete una compleja contradicción entre el trabajo como un área de organización (hacia adentro) ordenada a través de sus principios morales de origen, y el trabajo como objeto de persecución y descalificación (desde fuera) inducida por las condiciones socioeconómicas del contexto de destino.

El ser chatarreros en la práctica y los valores compartidos sobre la idea misma de trabajo en general, funcionaban como eje central en la conformación y el relativo fortalecimiento del colectivo y de ciertos lazos en concreto; alrededor del trabajo se ordenaba la coexistencia de la que depende la subsistencia, el grupo se organizaba, aunque transitoriamente y de forma muy inestable y se daba sentido a sí mismo en torno a una supervivencia posible solo en condiciones de cercanía y agrupación y en la necesidad misma de trabajar para subsistir que los reúne.

No que los chatarreros no hagan nada más, pero hablando de trabajo y a pesar de lo que ciertas perspectivas puedan considerar, cuando se trata de pobreza el trabajo es central,

pero, en este caso, no por su ausencia sino precisamente, por lo contrario, por su excedencia.

La práctica laboral del chatarrero representa un claro *desordenamiento* de las formas reguladas y controladas en un sistema hegemónico laboral dado, y constituye también una amenaza para la ordenación espacial de la ciudad. No obstante, por fuerza de sus particulares modos y convenciones, y muy a pesar de que se trate de una práctica a la que han sido arrojados, absolutamente ajena a lo que solían hacer, también dicho trabajo (cualquier trabajo) es considerado colectivamente como legítimo. Dicha legitimidad, para ellos, no reside en una legalidad, una oficialidad y una formalidad que, de hecho, ni siquiera comprenden en su complejidad en el contexto actual, sino más bien en un juicio moral sobre la dedicación, la disposición y la propia ejecución de una labor *honrada* y hasta *virtuosa* en sus propios términos. A esto, con el tiempo, sumaron la idea de *derecho* más propia de la sociedad a la que arribaron y en la que aún son extraños, pero de la que incorporan hasta cierto punto esa lógica de la *igualdad de derechos* a pesar de que también tienen claro que, por razones más allá de su comprensión (y más allá de esa misma lógica) *ellos* no hacen parte del *todos*. Así lo expresaba AM en la *Sunu Village*, en noviembre de 2017:

“Trabajar es la única forma de ganarse la vida [...] y respetándonos todos, porque todos somos hermanos y todos intentamos hacer lo que podemos sin quitarle nada a nadie. Nosotros queremos trabajar, así sea en esto, porque nosotros no vamos a robar ni queremos que nadie nos regale nada. Yo no entiendo por qué es prohibido o por qué dicen que no puedo hacerlo [...] Nosotros vinimos aquí por eso, para trabajar... (pausa prolongada y pensativa) y tenemos derecho ¿o no? [...]”

Esta confrontación, en la que de un lado se demandaba en cierto sentido la posibilidad de inserción y participación y, del otro, se propiciaban mecanismos de represión y exclusión, constituye el punto de inflexión en donde se manifiesta la contradicción entre el trabajo como elemento central que los reúne y los organiza (desde dentro) y el trabajo como mecanismo de descalificación (desde afuera). Pero más allá, esta concepción sobre el trabajo como fundamento moral, además de ser un mecanismo que los refuerza internamente ante las dificultades, es también un modo de expresión o un discurso hacia

afuera: se trata de un modo de autorreconocimiento coyuntural compartido que se soporta sobre la base de una identidad individual y colectiva que no está asociada al “orgullo por su oficio” (Quinteros, 2011) pero se encuentra vinculada al trabajo por cuanto este permite una relativa consciencia de la propia condición marginal compartida y vehicula la lucha personal por la supervivencia y la dignidad (Frigolé, 1997). Esta relación con el trabajo fortalecía buena parte de su organización política anterior y de su discurso frente a las instituciones y se conservaba después de su desactivación y aun en el proceso de disgregación del colectivo como forma reivindicativa que no disimula su expresión.



Figura 11 *Black Chatarra: cartel elaborado por los chatarreros y dispuesto en la entrada del patio de la Sunu Village, 28-11-2017, Barcelona. Foto por el autor.*

La contradicción objetiva entre el trabajo como justificante de una identidad moral y el trabajo como factor detonante de la persecución, la *anomalización* y la desactivación, que cristalizan, ambas y al tiempo, en una misma experiencia laboral, no hace más (ni menos) que reforzar la distancia social, es decir, el paulatino alejamiento de las posibilidades objetivas (y visibles para ellos) de inserción *formal* en la estructura social. Se presenta así el trabajo como fuente de una identidad moral y su encuentro con la reivindicación de su legitimidad que se choca de frente ante la inviabilidad institucional que margina y designa

su práctica específica como irregular e indebida. El trabajo es entonces la fuente de una contradicción insoslayable e irremediable, es en sí mismo objetiva y simbólicamente contradictorio.

En la calle y el espacio público

La calle constituye el escenario en donde se despliega la dimensión *pública* (en el sentido de expuesta) de la actividad laboral de estos hombres. Ya que en términos generales la calle es la fuente, en ella deben operar como auténticos recolectores urbanos a través de un proceso tan recurrente como indeterminado, y tan experto como desarraigado. En este caso, las necesarias relaciones con el espacio urbano en procura de la supervivencia implican una serie de condiciones contradictorias que terminan por cualificar la práctica laboral y lo que sobre ella misma piensan.

Primero, el recorrido consiste en una forma paradójica de experiencia del espacio: una deriva tan segura como impredecible. *“nunca se sabe, solo sabes que hay que salir temprano, a veces tardas dos horas y a veces pasas el día entero y no encuentras nada. Lo único fijo es que hay que salir”* expresa AB⁶⁴. El recorrido es algo no solo seguro sino sencillamente ineludible. No obstante, más allá de unos pocos aspectos como la hora de salida o la dirección inicial, nada de lo que acontece puede ser previsible; el resultado final de la jornada de trabajo es completamente desconocido al comenzarla. La incertidumbre marca, no solo el inicio de un día de trabajo, sino el trabajo mismo como algo sobre lo que solo se sabe que debe hacerse, que va a ser largo y duro, y que a pesar de ello no marcará ninguna diferencia significativa.

La calle y el recorrido son, además, el lugar y la práctica de una individualización total que expresa una extrema marginación en tanto forma de dispersión geográfica y desarraigo territorial. Como decía MC: *“en la calle cada uno hace lo que puede y va por su propia*

⁶⁴ *Sunu Village*, 21 de octubre de 2017.

*cuenta*⁶⁵. Aquí la individualización extrema del *sálvese quien pueda* sumada a una invisibilidad estructural y social silenciosa que hace como si no pasaran mientras pasan, hacen del trabajo en la calle una experiencia solitaria y sensiblemente marginal.

En la calle el trabajo consiste fundamentalmente en una estrategia espacial de supervivencia. Sin embargo, al mismo tiempo, su trabajo y el significado que le confieren se caracterizan sustancialmente por un dominio experto y sensible de la calle, de sus ritmos, sus movi­lidades y sus cualidades física, de la infraestructura dispuesta para la administración de los residuos y de las basuras mismas, que coexiste con una esa clara conciencia sobre la condición marginal en la que se encuentran. Decía AB con cierto tono altivo e incluso desafiante:

*“Yo no me dejo ver y voy rápido siempre [...] pero siempre logro dar la vuelta y volver con algo [...] nosotros ya aprendimos... así digan que es ilegal nosotros sabemos cómo hacerlo [...] así vengan y me pongan denuncias acá yo no les voy a pagar nada... ¿Cómo me van a cobrar? Si yo sé que no soy nadie, pero sé cómo trabajar, no como ellos.”*⁶⁶

Para los chatarreros no es un secreto que su práctica se halla en los márgenes de lo ilícito, y que hace parte de aquello que no puede ser ordenado y que, por ello, para subsistir, requiere mantenerse *sumergido*. La desacreditación social y la ilegitimidad institucional marcan la forma como experimentan el trabajo día a día. Sin embargo, lo que ellos llaman “trabajo honesto” goza de una especie de legitimidad intrínseca, el trabajo es valioso por sí mismo, y aunque la forma en como este se juzga deriva en parte también de la funcionalidad material objetiva que puede distinguirlos internamente, ellos mismos son reconocidos entre sí como valiosos porque son “trabajadores”. Esto muy a pesar de que el sujeto trabajador sea objeto de dicha desacreditación y experimente, en la ejecución misma de su práctica, una profunda desterritorialización entendida como un proceso de “precarización territorial” (Haesbaert, 2013), es decir, de agotamiento estructural, premeditado y sistemático de sus posibilidades territoriales de acción social. En cierto sentido, de hecho, todos estos procesos provocados desde afuera pueden inducir el reforzamiento de un

⁶⁵ A pocas cuadras de la *Sunu Village* durante un recorrido de recolección el 10 de septiembre de 2017.

⁶⁶ *Sunu Village*, 2 de diciembre de 2017

sentido positivo sobre la legitimidad del trabajo precisamente por la contradicción misma a la que someten. Al respecto US2 decía en el patio, en enero de 2018:

“Nosotros estamos trabajando, es lo que hacemos, nada malo. Solo trabajamos en lo que podemos... y eso no está mal. Yo no quiero recoger basura, pero me toca... y es mi trabajo y hago lo mismo que las empresas que recogen y separan ¿o por qué es distinto?”

En el patio

La dispersión urbana que produjeron las medidas coercitivas sobre el colectivo y su movilización condujo a su vez a una doble ocupación: el lugar de la vivienda y el lugar del trabajo colectivo por separado. Este último, ahora mucho más pequeño y muchísimo menos numeroso, alberga la gran contradicción entre ser al mismo tiempo el territorio de la pobreza y el único espacio de pertenencia colectiva, el lugar de la exclusión estructural y de la identificación cultural; dicotomía que en últimas también permea la forma como se comparte y se comprende colectivamente el trabajo que allí se realiza.

Las actividades en y desde el *patio* parecen moverse desde la práctica laboral individualizada hacia el sentido del trabajo colectivo.

En la calle el trabajo es “invisible” y completamente individual; en el *patio* ese modo operativo y ese sentido cambian diametralmente y, no solo la jornada se vuelve compartida, sino que el trabajo mismo se torna cooperativo y la vida económica del colectivo adquiere cierta disposición hacia una forma de solidaridad interna.

Al trabajo colectivo en el *patio* le antecede una forma totalmente opuesta de trabajo individualizado. De esta forma, los sentidos sobre el trabajo, entre el *patio* y la calle, se mueven en medio de una dualidad insalvable entre la cooperación y solidaridad expresas, y la individuación estratégica.

El *patio* cumplía ciertas funciones instrumentales: organizaba el trabajo al inicio del día, centralizaba el trabajo después de la calle, permitía la cooperación y la solidaridad entre

pares, contenía el trabajo individual y generaba un trabajo colectivo que mantenía el propio espacio, permitía la disposición de los medios para las diferentes prácticas de transformación, etc. Todos iban al *patio* al comienzo del día, donde encontraban sus medios de trabajo y compartían el inicio de la jornada; desde allí cada uno partía hacia su recorrido. Paulatinamente todos iban volviendo al *patio* que permitía reunir el trabajo individual y que contenía en sí mismo una variación colectiva que aseguraba su *mantenimiento*. Todos trabajan de forma individual pero también sostienen la forma colectiva que para algunos es en ocasiones su propia labor individual.

El *patio* también disponía los medios instrumentales (espacio, objetos) para asegurar la mayor retribución posible en el intercambio mediante la limpieza. Este es un modo particular de recuperación que ejecutan los chatarreros senegaleses: mientras muchos otros se limitan a la recolección y la venta sin transformación, estos incorporan la limpieza a modo de separación total y clasificación, como un modo de recuperación discriminada de los materiales hasta las unidades indivisibles, que redundaba en un beneficio mayor que, aunque leve, importante en su economía marginal del día a día.

El *patio*, lo que sucedía dentro de él y cómo sucedía, jugaba un papel fundamental en la construcción de las ideas colectivas más generales sobre el trabajo. Allí era posible organizarlo y significarlo bajo sus propios términos y condiciones. Aquí parecía invocarse una ética ajena y ya extinta de dedicación al trabajo que lo entiende como la única vía digna de *ganarse la vida*, aunque la solidaridad y las formas de cooperación en torno de él parecen señalar más una relación que da valor al trabajo por la dedicación y la honradez de su realización, por su modo colaborativo, y por cierta forma de valoración dentro de este marco de ideas que guarda un relativo grado de independencia respecto de sus características formales y de los beneficios materiales que produzca o deje de producir.

Allí se compartían y se ostentaban los resultados del trabajo anterior, de forma que se le confería al espacio cierta función clasificatoria. También se hablaba del trabajo en curso, de

cómo hacerlo y en ocasiones se desarrollaban ciertas comparaciones a modo de competición. Además, durante esta jornada, el tema del trabajo en tanto virtud moral era expuesta y especialmente movilizada por las figuras preminentes del colectivo, quienes deben reafirmarlo precisamente durante dicha labor. Resulta muy interesante, además de la concepción del trabajo honrado (que impide explícitamente ciertas prácticas como el robo) como medio de virtuosismo que confiere cierta forma de legitimidad y jerarquía, la importancia conferida a las habilidades y capacidades físicas.

Sin embargo, los repetidos enfrentamientos con la política pública y, en particular, con los asedios y desalojos, también han terminado por afectar el sentido que se construía allí adentro sobre el trabajo.

El desalojo opera como un mecanismo más de *deslocalización* en términos de la pérdida de referencia y anclaje territorial colectivo específico, y, en este caso, de incremento de la inestabilidad e indeterminación de su lugar social y espacial que, además, vehicula en parte la pérdida del control sobre su propia vida económica – laboral y el sometimiento a una cadena de explotación y a sus medios y recursos marginales, lo que en definitiva concurre en una contundente alienación.

En el caso de estos chatarreros, el desalojo ha conllevado a la extrema individualización del trabajo (más allá de la calle en donde es “natural”) que, a su vez, acarrea un deterioro aun mayor de las condiciones materiales de existencia, dada la imposibilidad espacial de sostener los lazos de solidaridad (que únicamente encuentran con sus pares). Esto señala de nuevo, en su dimensión privada (intima), el lento proceso de desterritorialización, ahora colectiva (y particularmente laboral), que hace parte de una suerte de desintegración cultural general.

El *patio* era también el lugar de la pobreza y la miseria materiales. El lugar donde cristalizaban los procesos de marginación. Uno de los lugares donde se proyecta con mayor rudeza la ausencia total del Estado propia y central en lo que Wacquant llama el nuevo

“régimen de marginalidad urbana avanzada” (2012); un pequeño “enclave de pobreza” en medio de la próspera y modélica Barcelona en transformación que no tiene lugar *productivo* para ellos.

De esta vulnerable condición se desprende entontes también una inevitable asociación entre la colectivización en torno al trabajo, necesaria para la supervivencia y acorde a sus principios, y la ilegitimidad de esta misma en tanto agrupación humana localizada, de forma que el trabajo pasa también a ser objeto de revisión. Dicha ilegitimidad, aunque impuesta y ajena, marca irremediabilmente el sentido que le confieren al trabajo, revistiéndolo de una especie de frustración derivada de la conciencia sobre el escaso valor de su práctica en la organización formal de la sociedad del trabajo en la que se encuentran y reforzada por el valor marginal concreto que producen a través de los intercambios en los que se involucran.

“Nosotros tenemos que trabajar duro todos los días... cada cual por su cuenta [...] y yo sé que tengo que trabajar en esto porque es lo que hay... este trabajo es duro ¿tú que crees?, pero hay que hacerlo... alguien tiene que hacerlo ¿no? Pero a nadie le importa.”⁶⁷

Pero finalmente, es importante remarcar también el hecho de que si bien la supervivencia es una responsabilidad individual y cada sujeto debe propiciarse a sí mismo los medios para alcanzarla a través de su propio esfuerzo y dedicación, el sentido general del trabajo está cubierto siempre por un principio de solidaridad y colectividad que, en la práctica, especialmente dentro de la *Sunu Village*, se expresaba en la forma de un trabajo compartido y colaborativo.

Un particular suceso en el que me vi involucrado (o mejor, que yo mismo sin querer propicié), a pesar de su carácter coyuntural y extraordinario, reafirmó en mi propia experiencia buena parte de este sentido y esta disposición.

A finales del mes de diciembre de 2017 caminaba por el municipio de Molins de Rei cuando encontré, en la entrada de un almacén en remodelación, una caja de cartón repleta de

⁶⁷ Conversación con AB en la *Sunu Village* el 9 de febrero de 2018.

cables de cobre (aun con el recubrimiento plástico por supuesto). Sabiendo ya que si acudía al *patio* con este hallazgo para trabajar en su limpieza pasaría un día activo y participativo, no dude en preguntar si podía llevármelos. Por fortuna, los operarios de la remodelación me respondieron afirmativamente indicando que incluso les haría un favor. Así fue como al día siguiente, el 28 de diciembre exactamente, llegué al *patio* con la caja de cables y algunas herramientas de mi propiedad. Le mostré a AM lo que traía, incluyendo la herramienta; él, amablemente me dijo que ninguno de esos instrumentos me serviría para pelar los cables y separar el cobre; fue muy enfático, de hecho, en advertirme que no utilizara un bisturí (cúter) que llevaba conmigo; se dirigió a su chabola, salió con un cuchillo de cocina y me enseñó la técnica específica, me prestó la herramienta y se dedicó a lo suyo mientras yo me dispuse al trabajo que yo mismo me había propiciado. Pasaron varias horas (eran muchos cables y evidentemente yo no sobresalía por mi habilidad) presionando con el cuchillo en cierta inclinación cada cable contra mi pierna derecha y jalándolo hacia arriba para pelarlo parcialmente en sentido longitudinal, extrayendo luego manualmente el plástico restante. En cierto momento AM tuvo que salir y yo continué repetidamente con la operación hasta que me encontré con un tipo de cable compuesto: uno muy grueso y rígido que en su interior contenía tres cables más delgados y que luego me enteré con creces de que no valía la pena limpiar. Al observarlo supe que si separaba los tres cables interiores podría limpiarlos uno a uno y decidí usar el bisturí para abrir el recubrimiento grueso y llegar a ellos (si, el mismo bisturí que AM me había advertido no usar). Puse el cable sobre el suelo y realicé un brusco movimiento con el bisturí que siguió de largo cortándome profundamente el dedo meñique de la mano izquierda. Estuve a punto de desmayarme, sangraba mucho y no podía creer lo que pasaba; además del daño físico que me había provocado no podía dejar de pensar en que había estropeado un productivo día de trabajo (chatarrero y etnográfico). MC y BY me miraban con una especie de desaprobación mezclada con burla y cuestionaban la licencia que AM (que aún no había vuelto) me había conferido para estar y trabajar allí. Pero en medio de todo este desafortunado suceso surgieron cosas que, a la postre, me resultaron significativas. Un par de ellos vertieron varios chorros de sus cervezas en mi herida para limpiarla y otros dos, los más mayores, *el viejo* y *el general*, acudieron

preocupados a limpiarme, curarme y cubrir cuidadosamente mi herida. Finalmente, cuando ya no me quedaba nada más que descansar e intentar recuperarme, los mismos MC y BY, que ya habían terminado sus propias labores, se dispusieron a continuar con el trabajo que restaba por hacer con el material que yo había llevado, como si, además de un principio de cooperación elemental los moviera el hecho de que aquello no podía dejarse sin hacer. Al rato volvió AM y me sentenció con un certero “te lo dije”. Al final de la jornada, vendí todo el cobre limpio allí mismo a AM, incluido el que había sido limpiado por MC y BY quienes lo habían dispuesto en el mismo lugar donde yo había comenzado a acumularlo; se negaron a aceptar que compartiera mi retribución con ellos pues se trataba de “mi material”, como ellos mismos me lo dijeran, con el que solo hicieron lo que debía hacerse.

A pesar de la extrema individuación y de la compleja situación laboral y económica por la que cada uno de estos hombres atraviesa a lo largo de su experiencia migratoria y en la dinámica cotidiana de la supervivencia día a día, el trabajo es un proceso colectivo y colaborativo que goza de una legitimidad y un valor intrínsecos que se proyectan en su realización concreta y en la forma de las relaciones que se producen a través de este. Pero este trabajo en concreto, así como las condiciones generales de vida caracterizadas por los residuos también implican una relación directa con la suciedad que no reposa solo en la profusa evidencia física residual y que también se desarrolla colectivamente.

4. Chatarrero y suciedad

Es evidente que los chatarreros se hallan inmersos no solo en unas prácticas laborales y de habitabilidad consideradas ilegítimas sino también en unas relaciones con lo que debe ser expulsado (materia residual) y no debe ser visto, con aquello que señala directamente a lo indeseado, a lo inapropiado, a lo que no debe ser. Es claro que la proximidad con los residuos, con la materialidad considerada residual y sucia (o que ensucia) en un contexto socioespacial orientado al orden y la higiene, les procura su descalificación y refuerza su distanciamiento respecto de la estructura social en su conjunto.

No obstante, a pesar de su propia disposición al *trabajo sucio* (y duro), estos hombres, como seguramente tantos otros trabajadores, construyen sus propias relaciones con lo residual y las encaran a través de formas concretas que, de hecho, coinciden mucho con la distinción social más generalizada en torno al distanciamiento respecto de la suciedad por fuera del ámbito laboral que, para este caso, es uno al que se han visto absolutamente obligados.

Si bien resultaría francamente excesivo hablar de una supuesta *identidad chatarrera* puesto que empíricamente tal cosa no ha sido visible en todo su sentido, si es posible enunciar un proceso de establecimiento de unas relaciones operativas y simbólicas que encadenan a su vez una particular lógica, esencialmente colectiva, de autoidentificación con sus propias prácticas, con los objetos mismos de su trabajo y su designación.

Podría decirse que esta autoidentificación se produce originalmente como una forma reivindicativa mediante la que en su momento de organización y manifestación expresa realizaron visibles reclamos sobre sus derechos al trabajo, la vivienda, la asistencia social básica y la ciudadanía. Pero posteriormente a la ya mencionada desactivación en la que su intento de visibilización política desembocó, esta dinámica de la autoidentificación no desapareció a pesar de su debilitamiento colectivo y la dispersión geográfica de sus miembros. De hecho, no parece extraño sugerir que el reforzamiento del proceso de marginalización estructural que pesaba sobre ellos y algunos de sus múltiples efectos, presionaron justamente el sostenimiento de dicha autoidentificación como parte de los mecanismos a los que debían acudir para conservar al menos el reducido espacio de participación económica que habían encontrado y en el que se han hecho expertos.

En el marco de las condiciones materiales de existencia, de la organización colectiva y del acontecer general de sus prácticas cotidianas en las que se encontraban durante el tiempo en el que esta específica aproximación etnográfica se llevó a cabo, esta suerte de identificación autorreferencial se expresaba como una forma de construcción de una

legitimidad grupal que, al tiempo que permitía cierta distinción interna, no dejaba de reclamar un merecido reconocimiento social de su existencia, pero que sobre todo operaba en el fortalecimiento de una especie de moral interna positiva especialmente sobre el trabajo pero también sobre ellos mismos como sujetos de derecho.

La autoidentificación con el oficio, independientemente de lo *valioso* (o no) que pueda considerarse, opera instrumentalmente como una forma de externalización y exposición de las habilidades, de la experticia, de la fortaleza, del conocimiento y la sensibilidad aprehendidas, que sin duda tiene una funcionalidad positiva en el plano simbólico de la distinción y la jerarquía dentro del grupo y también en un plano operativo respecto de sus propios objetivos, límites y alcances materiales.

Por otra parte, los residuos mismos también representan una fuente de identificación por cuanto, asociados al oficio en general, constituyen la prueba irrefutable de su dominio. No son escasas las ocasiones en que cierto tipo de residuo recolectado y transformado es objeto de alarde. Los residuos, lo que denota su recolección y su posesión, constituyen la objetivación que concreta positivamente la condición individual como recuperador.

Finalmente, a pesar de que técnicamente la chatarra representa la categoría de clasificación de material metálico menos valioso en términos económicos, estos hombres reconocen el término asociado de manera general a los lugares donde venden todo su material (chatarrerías) e incluso al tipo de iniciativa que algunos de ellos mismos intentaron promover en el espacio colectivo. De igual manera, no es para ellos un secreto que son llamados chatarreros por las instituciones, por la prensa, por la sociedad en general, por los académicos. De esta forma y con la firme convicción de la legitimidad intrínseca del trabajo más allá de su clasificación estructural, ellos mismos se identifican (hacia afuera y hacia adentro) como chatarreros. En este caso, independientemente de lo que en el plano técnico señale el término, la enunciación y la designación que confiere permite una autoidentificación colectiva que hace frente a su condición, que se siente digna y legítima,

y que no cesa de reclamar un reconocimiento social mínimo al menos en la forma de un elemental respeto. Con una claridad y una decisión contundentes GB me decía:

“¿Por qué crees que seguimos aquí? ¿Por qué? ¡Dime!... porque nadie más hace lo que nosotros hacemos. ¡Nadie más es capaz! [...] Si, todos nosotros somos chatarreros ¿y qué?, pero respeto hermano, vivir y dejar vivir...”⁶⁸



Figura 12 ¡Respect!: La entrada de la Sunu Village poco después del tercer y definitivo desalojo y a punto de la intervención que conecta la calle Dos de Maig con la obra de Glòries, Barcelona, 08-10-2018. Foto por el Autor.

Efectivamente, después de estar cotidianamente con ellos y participar en algunas de sus prácticas, se puede afirmar sin duda que los chatarreros despliegan habilidades y esfuerzos a unos niveles más allá de lo imaginable. Pero lejos de la romantización exótica, estos niveles son alcanzados realmente por la presión que ejerce una marginación extrema que somete a una vida indigna e injusta, una vida entre los restos en la que las personas y los

⁶⁸ Sunu Village, 9 de febrero de 2018.

residuos se relacionan, se mezclan y se imbrican de formas peligrosas y amenazantes no solo para la salud y la vida misma sino también para la dignidad humana (Reno, 2015).

No se trata de que nadie más sea capaz, sino de que nadie más se ve obligado y a nadie más le *sale a cuenta* en función de la relación entre los costes y los beneficios marginales. Los chatarreros se dedican a esta actividad en parte porque ellos mismos se encuentran en una situación igualmente ambigua que la de los residuos, ellos en términos de ciudadanía y los segundos en términos de utilidad y valor.

El trabajo del chatarrero, de aquel que vive de los residuos en general, representa sin duda el fondo de la organización económica mercantil urbana en términos de reconocimiento (y desprotección), de precariedad económica y del entorno físico, de restricción en acceso a recursos y de explotación laboral.

Más en concreto y como se verá para este caso, en el intercambio el trabajo carece por completo de valor y el valor que se produce y se transfiere a su mercancía es apenas marginal.

Por otra parte, se trata particularmente de este tipo informal, irregular e ilegítimo de relación con los residuos. Son conocidas y hasta aplaudidas las medidas de gestión y recuperación de residuos formales, oficiales, *limpias* en términos de asepsia y de reducción de la proximidad. La forma tecnificada y automatizada goza del privilegio de un juicio social positivo inducido en parte por mantener los residuos fuera de la vista y lejos del contacto, a diferencia de la forma manual de la recolección y la recuperación informal, que trasgrede las normas sociales del contacto y la distancia. En este caso se trata de una relación que se hace visible en las múltiples formas anómalas y despreciables mediante las que estos hombres intervienen en las infraestructuras, escudriñando con su propio cuerpo dentro de los contenedores de basuras, eliminando por completo la distancia normal que se debería mantener con los residuos, haciendo suyo el desperdicio ajeno, llevándolo consigo a casa.

De esta forma, quienes trasgreden estos límites instrumentales de la buena conducta, de lo apropiado, lo limpio y ordenado, serán asociados al residuo no como un recurso (como en el caso de los sistemas formales) sino como escenario de la suciedad.

De esta manera, los residuos y en especial las relaciones que algunos se ven obligados a establecer con ellos más allá de su producción y el consiguiente desprendimiento y alejamiento se encuentran ubicados en el escenario de lo que llamamos tabú. Partes de nosotros mismos, productos de nuestras propias prácticas, pero cuya función en la lógica sociocultural de la clasificación es la de establecer los límites de lo permitido y señalar lo indebido (Douglas, 2007).

Consecuentemente, a quienes establecen este tipo de relaciones inapropiadas y por fuera de los márgenes de la normalidad y la moralidad social, el consumo de los residuos como forma de materialidad de la vida cotidiana (Miller, 2012), les cae el peso de una sanción social que usualmente no repara en sus propias condiciones específicas pero que procura un deterioro desde afuera de la propia identidad social del otro producto del juicio sobre el atributo del que goza, al que ha sido reducido, que es objeto de menosprecio y desprestigio, y que constituye el *estigma* en las representaciones sociales generalizadas sobre él (Goffman, 2001).

En efecto, los residuos y las personas que viven de y entre ellos están irrevocablemente asociados a las ideas de suciedad y de ausencia de valor, sin embargo, como se ha visto en este caso los residuos son objeto de particulares transferencias y transformaciones del valor que desafían la aparente ausencia. *“For people who are not involved in waste management, waste is often associated with dirt and something without value. On the contrary, people who do work in waste management, attach different values to waste as waste shapes their lives”* (Brugman, 2018). Se trata pues de la *recuperación del valor* de las cosas que han sido convertidas en materia residual de algún proceso mediante las transformaciones que permite su ambigüedad e indeterminación características (Alexander & Sanchez, 2019).

Pero aparte de esta recuperación del valor que vincula a estos hombres operativamente a una materialidad dada en la que los residuos *dan forma* a buena parte de sus vidas cotidianas, los chatarreros demuestran un decidido interés por una especie de desmarcaje objetivo y simbólico respecto de la suciedad física y de lo que esta representa. Con cierta indignación y frustración BY, un hombre fuerte y seguro, expresaba parte de sus ideas al respecto:

*“La gente cree que puede tratarnos de cualquier forma por lo que hacemos y porque somos negros. A mí no me da vergüenza ensuciarme o hacer lo que tenga que hacer para vivir, pero así sea chatarrero o mantero o lo que sea no soy menos que nadie y soy igual que cualquiera [...] yo trabajo duro para ganar lo poco que tengo...”*⁶⁹

Aunque resulte un poco coloquial esto también puede comprobarse a través de la observación de simples conductas y actitudes cotidianas.

Por una parte, desde el momento de su organización masiva en *La Nave* estos hombres dejaron claro que no son chatarreros por gusto, ni porque sea lo único que saben hacer, ni mucho menos porque sea algo que hacen *naturalmente* desde su lugar de origen. Aun después de su dispersión y en pleno proceso de disgregación de su colectividad y de radicalización de las condiciones materiales que objetivan la marginalización y pobreza en las que viven, concuerdan en el interés por adquirir otro tipo de localización e incorporación socioeconómica que les permita el deseado abandono de la práctica de la recuperación informal de residuos. Ser chatarrero no es fácil y está muy lejos de ser una práctica que proporcione satisfacción o beneficios significativos que la hagan atractiva. No es más que el último recurso de unos de los hombres ubicados en los últimos eslabones de las cadenas económicas. Si bien desarrollan un reconocimiento positivo sobre su práctica (sobre el trabajo en general y su legitimidad intrínseca) y sobre la consideración que tienen acerca de los residuos mismos en tanto recursos (especialmente en un contexto de abundancia de estos), estos no constituyen un escenario deseable y representativo de quienes son.

⁶⁹ *Sunu Village*, 26 de mayo de 2017.

Pero más allá, este distanciamiento respecto de la suciedad objetiva y en tanto forma de representación se demuestra también en sus modos personales recurrentes y sostenidos y en las conductas que procuran en torno al cuidado personal y de sus entornos privados. La etnografía hace visibles estos fondos; aunque no se traten más que de simples conductas *normales* y comprensibles, permiten hacer evidente que estos hombres no viven una vida exclusivamente entre residuos y apegados inexorablemente a la suciedad y, con ello, profundizar en las imprecisiones de la reducción y la clasificación.

A pesar de que prácticamente todos los objetos que instrumentalizan su pequeño espacio privado e íntimo han sido residuos recuperados, la propiedad sobre los mismos y el cuidado de que son objeto demuestran una disposición por la conservación y el buen estado. Sus espacios privados son mantenidos en un estado de limpieza consecuente a su condición en tanto tales; y muestran con claridad un intento por mantenerlos lo más distantes posible del deterioro físico y de la acumulación de material residual y de suciedad en general que se produce en el espacio compartido producto de sus propias características físicas y del trabajo que allí se desarrolla.

Como es apenas normal, y en especial en un trabajo como este, después de la jornada laboral estos hombres, como tantas otras personas después de sus propias jornadas, recurren a una elemental práctica de limpieza corporal. Contrario a lo que el reduccionismo clasificatorio podría hacer creer, resalta la visible importancia que confieren a la limpieza de sus cuerpos y el detallado cuidado de su apariencia, de la eliminación de los restos de suciedad, de su olor (al final del día la mezcla de olores de perfumes podía ser abrumadora), del buen estado de su cabello, etc.

Especialmente quienes abandonan el *patio* (la mayoría cada día) cambian sus prendas de vestir, otra cosa habitual y apenas corriente. Pero, de hecho, en su caso, la preocupación por el impecable estado del vestido es remarcable: sus prendas lucen siempre limpias, casi

como nuevas, llenas de llamativos colores o de una blancura inmejorable, zapatos u otros elementos muy vistosos y en perfecto estado son un conjunto en general objeto de cierto aire ostentoso.

En definitiva, específicamente respecto de su relación física corporal y espacial con la suciedad y la limpieza, unos son estos hombres durante el trabajo (en la calle y en el *patio*) y otros son fuera de él, en el breve pero fundamental tiempo cotidiano en el que no son chatarreros que, muy a pesar del interés de esta etnografía, es el escenario en el que seguramente son más ellos mismos.

Finalmente, es importante remarcar que ninguno de estos hombres teme ensuciarse y que están dispuestos a enfrentar las más duras condiciones, pero al tiempo no creen que haya nada *sucio* en lo que hacen. De hecho, algunos de ellos llegan incluso a considerar, porque a pesar de la extrema coyuntura en la que viven no se les escapa a su propia reflexión, que lo que hacen implica una particular forma de aportación a las condiciones de vida urbana. Con una innegable precisión AM decía:

“Casi todo lo que ellos recogen (señalando con un movimiento de su mano a los demás hombres trabajando en el patio) es basura [...] está en los contenedores o en la calle... acá lo traemos y lo limpiamos [...] nosotros limpiamos la basura y luego la vendemos.”⁷⁰

Seguramente sin proponerse una explícita confrontación de las categorías, pero caracterizando de manera diametralmente opuesta sus prácticas y con una indudable certeza, ellos mismos conciben y denominan a su trabajo de recuperación de las cosas, bienes y materiales, el trabajo de separación y clasificación en el *patio*, como la *limpieza*.

No obstante, en las dinámicas y relaciones que implica el intercambio monetario como destinación primordial última del proceso de recuperación de residuos, los chatarreros encuentran otra infranqueable barrera que, precisamente por la impenetrabilidad con la

⁷⁰ *Sunu Village*, 28 de diciembre de 2017.

que restringe su participación y por la subordinación a la que los obliga dentro de una cadena económica jerárquica de transferencias mercantiles en la que experimentan una clara de explotación , los ata aún más e irremediamente a las relaciones marginales con los residuos.

VI

EL INTERCAMBIO Y LA PRODUCCIÓN DEL VALOR MARGINAL

La recuperación de residuos constituye, para el caso de los chatarreros senegaleses de Barcelona, el principal y fundamental mecanismo de aprovisionamiento material en el sentido económico por un lado y físico por el otro.

Mediante operaciones concretas de transformación estos hombres conducen ciertas formas específicas de recuperación del valor de las cosas desechadas de modo que les permite el abastecimiento de algunos recursos, herramientas y bienes de consumo. Pero su práctica está orientada prioritariamente a la recuperación de residuos en tanto mercancías, con destinación a favorecer determinadas relaciones de intercambio que permitan su mensurabilidad dineraria, es esta en últimas la razón fundamental que los empuja a una vida entre los restos.

De esta forma, los chatarreros, en tanto comunidad marginada (ilegal, sin papeles) abocada a una informalidad laboral irresoluble, requiere del desarrollo de una intromisión forzosa e ilegítima en el circuito de circulación y transferencias de los residuos-mercancías mediante la que puedan operar una desviación de sus flujos e infraestructuras oficiales a las suyas propias y, una vez allí, bajo su posesión y *propiedad* (¿ilegítima?) transformarlos, limpiarlos y clasificarlos para reintroducirlos nuevamente en el circuito general del descarte y la gestión urbana de residuos y obtener así un beneficio económico.

Se trata entonces del desarrollo de una práctica en el margen de los sistemas formales oficializados, regulados y normados que, en su fase de intercambio, produce un valor tan marginal que solo se torna necesario para poblaciones marginales como esta.

Así, el intercambio, consiste en una relación en la que se concreta y objetiva la condición marginal generalizada: de la mercancía, del valor, de los costes y beneficios, del trabajo abstraído hasta carecer de valor y de los sujetos mismos.

En términos normativos, el sistema oficial de gestión de residuos urbanos crea un conjunto de disposiciones, requisitos y procedimientos que regulan las prácticas de posesión, transporte y transformación de los residuos de forma que se crea un marco que, bajo el previo cumplimiento de los trámites de autorización respectivos, autoriza ciertas prácticas y gestores y paralelamente genera las consecuentes restricciones sobre procedimientos que se hallen por fuera del cumplimiento de las condiciones mínimas. Esto es apenas comprensible por la naturaleza misma que contiene una norma y una ley.

Sin embargo, es igualmente remarcable que el marco normativo, en conjunto con las condiciones infraestructurales dispuestas para los procesos de gestión, conforman un conjunto compacto, rígido y, hasta cierto punto, impenetrable. En lo que atañe específicamente a los residuos sólidos inorgánicos, más allá de la incorporación particular a través de la figura del *gestor* de residuos regulada por la Agencia de Residus de Catalunya, otras iniciativas de aprovechamiento y recuperación parecen enfrentar una inviabilidad institucional infranqueable, como se ha visto ya con el caso de Alencop en el campo concreto de los metales y los electrodomésticos de segunda mano, muy a pesar de los niveles de producción de residuos y de la importante participación porcentual de los “recuperadores particulares” -informales- (Gremi de Recuperació de Catalunya, 2014) en el agregado general catalán.

Por otra parte, el marco normativo crea también un conjunto de responsabilidades en torno al manejo, las transferencias, los tratamientos y la disposición de los residuos que deben ser acatadas por los productores, los poseedores y los ciudadanos en general. En el plano institucional, específicamente respecto del papel de estos últimos, la participación se promueve a través de la idea de la “corresponsabilidad ciudadana” que, a pesar de su

innegable importancia, aparece como un discurso que sugiere una especie de deseconomización de las cosas una vez se convierten en residuos que en realidad es solo aparente.

En efecto, las cosas desechadas, en el momento mismo del descarte y el abandono, además de la progresiva pérdida de utilidades y valores derivados de su consumo, experimentan una rápida y radical transformación de su valor. Pero si bien este particular movimiento de un “régimen de valor” (Appadurai A. , 1991) a otro implica una importante y visible pérdida de valor en términos de comparación y cálculo, no se produce realmente una deseconomización de las cosas producto del descarte o por obra de su inclusión en otro circuito de movildades y trasferencias. Los residuos son mercancías, las cosas desechadas no pierden tal estatus, sino que experimentan una transformación y se incorporan en un régimen donde su valor es marginal (Guyer, 2004). La pérdida de unos valores concretos para quien posee las cosas y luego las convierte en residuos no elimina la intercambiabilidad mercantil; más allá, tal transformación deriva en la posibilidad de la creación de nuevos valores a partir de nuevas relaciones (Thompson, 2017). Los chatarreros, a su modo, comprenden la condición mercantil de los residuos, reconocen el valor donde muchos no ven más que basura, entienden el modo general de circulación de los residuos más allá del conocimiento popular, saben encontrar su modo particular de participación y, en concreto, simplemente saben dónde y cómo vender algunas de las cosas que se tiran en los contenedores o se desechan de múltiples procesos urbanos.

Pero la práctica del chatarrero a pie de calle implica una movilidad más de las cosas entre regímenes de valor, una que se demuestra marginal (e indebida). De su poseedor original al sistema oficial de gestión (contenedores) y de allí, por la fuerza, al circuito vehiculado por los chatarreros, la circulación del desecho lo lleva a una esfera de valoración en donde posteriormente deviene mercancía marginal producto de unas relaciones de intercambio inmodificables, inalterables por la acción del recuperador, fuera de su control y

fuertemente jerarquizadas, en las que se produce el mencionado valor marginal y mediante las que el sujeto mismo afianza su propia explotación y su condición marginal.

Las transformaciones de los residuos a través de estas movi­lidades y trasfe­rencias entre diferentes regímenes que ajustan su valor a partir de relaciones concretas muestran también la existencia misma de una dinámica de *intercambios marginales*.

En lo que respecta al último intercambio en el que participan y promueven los chatarreros, es decir, la venta del material limpio y clasificado en bodegas de gestores de residuos de mayor escala, se produce una transferencia que conecta objetivamente la dimensión informal de la recolección y la transformación con la esfera formal de la recuperación. El intercambio opera aquí como una especie de *lavado* del material que lo reconvierte: de recolectado y recuperado ilegítimamente a mercancía legal dentro de los circuitos económicos formales mediante la compraventa. Esta específica transferencia demuestra las conexiones e interdependencias entre los actores del circuito de circulación de residuos, la integración de todos ellos en un mismo entramado general y la particular posición subordinada y vulnerable del chatarrero quien acude en esta relación a una violenta explotación, a la abstracción total (radical y elemental) de su trabajo, carente de valor.

1. Los residuos en el sistema oficial y el discurso de la *deseconomización*

Barcelona genera alrededor de dos millones de toneladas de residuos al año. Según el ayuntamiento se trata de unos 1,35 kilogramos por persona al día de residuos domésticos (para 2019)⁷¹. Actualmente la recogida selectiva, el sistema que permite destinar y medir el aprovechamiento de los residuos, se encuentra alrededor del 38%. El progreso estimado no ha alcanzado las expectativas iniciales y actualmente se propone cumplir al menos la

⁷¹ Obtenido de: <https://ajuntament.barcelona.cat/ecologiaurbana/es/servicios/la-ciudad-funciona/mantenimiento-del-espacio-publico/gestion-de-limpieza-y-residuos/recogida-de-residuos-domiciliarios> (fecha de consulta: 26/11/2020)

Directiva Europea sobre tratamiento de residuos domésticos y alcanzar una recogida selectiva del 55% para el 2025.

A pesar de las dificultades que esto representa, Catalunya ostenta el hecho de poner en marcha un sistema de gestión de residuos avanzado y pionero respecto del ámbito nacional y comparativamente frente a las demás comunidades autónomas. A partir de la implementación de la *Llei 6/1993, del 15 de juliol, reguladora dels residus*, Catalunya se encamina institucionalmente en un modelo de gestión de residuos acorde a las exigencias del desarrollo urbano que se proyecta a partir de esa época para Barcelona especialmente y a lógica discursiva de la administración del espacio, los recursos y de una ciudadanía responsable con un proyecto de ciudad *sostenible e incluyente*.

La mencionada ley (modificada parcialmente por la Ley 15/2003 del 13 de junio y por la Ley 9/2008 del 10 de julio), las medidas que adopta y los actores que involucra, implica una relación fundamentalmente entre las instituciones, las empresas y la sociedad civil. Esta relación procura en última instancia, mediante la implementación y los ajustes de los modelos (administrativos y operativos) orientados por la ley, el establecimiento de una red estable y productiva de gestión de los residuos. Para ello se hace imprescindible el establecimiento sobre el terreno de una infraestructura que, en términos físicos y de procedimiento, controle las disposiciones y acumulaciones, conduzca los movimientos y restrinja las transferencias, que sea “transparente” en el sentido de su claridad y acceso al uso e “invisible” en términos de su incorporación a la cotidianidad ciudadana y de ocultación de su funcionamiento y complejidad (Star & Ruhleder, 1996) en aras de la conformación de unas relaciones dirigidas por la regulación y sostenidas en la cotidianidad colectiva de las relaciones con los residuos.

Con motivo de la celebración de los 20 años de la promulgación de la mencionada ley, la Agencia de Residus de Catalunya (ARC) publica un libro titulado “*De residuo a recurso. 20 años de gestión de residuos en Cataluña*” (Gil & Balasch, 2013) en el que se condensa,

mediante una amplia participación de todo tipo de aportaciones (políticos, empresarios, miembros de asociaciones, académicos, etc.), la consolidación en el tiempo de los elementos característicos del sistema, en un formato que evidentemente pretende hacer hincapié en sus numerosas virtudes.

Para remarcar el asunto de la relación señalada, vale la pena mencionar la caracterización de las políticas de residuos desde el Gobierno de la Generalitat que desde la constitución del Parlamento de Cataluña comienza a elaborar su propia legislación medioambiental y que, según menciona el Consejero de Medio Ambiente (1991-1996) Albert Vilalta González en el citado texto (pg. 50-52), para el caso de la ley del 93 incorpora directivas establecidas por la Unión Europea y algunos de los principios formulados en la *Cumbre de la Tierra* de 1992⁷² como la corresponsabilidad y solidaridad, la prioridad a la prevención y la conservación del patrimonio, y el incentivo de soluciones y políticas *ad hoc* respecto de cada territorio, cada tipo de productor y cada residuo mismo. El momento, además, no podía ser más oportuno en particular por el proyecto de transformación y desarrollo urbano en el que por la época se encaminaba la capital catalana.

Pero también el nuevo modelo orientado originalmente por esta ley y aún vigente refuerza mediante su ordenación criterios como *“La responsabilidad del productor; la prevención, minimización, reciclaje y disposición de los residuos; la subsidiariedad; la autosuficiencia y la proximidad; y el control de calidad de los gestores autorizados [...]”* (Gil & Balasch, 2013, pág. 51) lo que pone en evidencia el proyecto de un sistema organizado de gestión controlada y regulada en términos de participación y procedimiento.

Sin dejar de reconocer las innumerables ventajas en términos ambientales, de sostenibilidad, de organización urbana y de formalización y control del trabajo, es importante ver que de forma paralela a la protección que la normativa proporciona en

⁷² Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo llevada a cabo en Rio de Janeiro del 2 al 13 de junio de 1992.

términos generales, el modelo implica también la posibilidad de un desconocimiento por parte de las instituciones de las particulares condiciones de los trabajadores que, en este caso, deben enfrentar una condiciones que ameritarían especial consideración y preocupación formal.

De otra parte, el modelo que se comienza a formar a partir del soporte de esta ley y los principios específicos en los que se basa derivan inevitablemente (por la naturaleza misma de lo normativo) especialmente por lo que respecta al control de los flujos de los residuos en tanto materia peligrosa, contaminante, sucia, en la organización de una circulación que se mantenga asegurada, inalterable, cerrada y hasta, en cierto sentido, bloqueada. La regulación crea, necesaria y visiblemente en este caso como consecuencia de los “imperativos organizacionales” diseñados, desigualdades infraestructurales muy marcadas, enormes dificultades de acceso y participación para algunos sectores de la población, y la expulsión formal de algunos actores determinados por la ausencia (inviabilidad) de su reconocimiento (Stowell, 2018).

Por su parte las empresas, en tanto beneficiarios directos del nuevo modelo de gestión formulado en 1993, se encaminan en un proceso de incorporación y negociación. Ya en el 2013, en su aportación al mencionado texto, Xavier Riba Mas presidente del Gremi de Recuperació de Catalunya celebra la creación de la ley y el trabajo conjunto con la ARC para su implementación, pero señala con gran énfasis el “trabajo por hacer” en una dirección muy específica: “[...]las promulgaciones de leyes comportan agravios comparativos entre los que las queremos cumplir y los que viven de no cumplirlas”. A renglón seguido, después de sugerir con visible imprecisión que todos aquellos que sobreviven por fuera del marco oficial determinado por la regulación en realidad viven gracias al hecho de no obedecerla (lo que además implica una generalización atroz), formula su sentencia sobre la debilidad legislativa y sobre su lugar de víctimas frente a competidores desleales que hacen lo que quieren: “Pero lo que son las cosas, ahora los grandes competidores son los que incumplen las diferentes leyes. Vivimos en un país con buenas leyes, pero con dificultades para hacerlas

cumplir. Especialmente a los que no quieren entrar en el sistema. De hecho, con la crisis actual la situación se ha vuelto insostenible.” (Gil & Balasch, 2013, pág. 78).

Si se pone en consideración que al momento de publicación del texto (y de esta específica *denuncia*) la recolección y recuperación informal de residuos hace visible su significativa dimensión y que, para el caso de Barcelona, los recuperadores (especialmente los chatarreros subsaharianos) se encuentran en plena visibilización de su conformación masiva y su movilización política enfrentando paralelamente, además, los mecanismos de los que están siendo víctimas en el momento, durante la administración Trias, por los desahucios en favor del desarrollo urbano proyectado, el señalamiento de Riba los incluye indudablemente. La postura ofrece suficiente evidencia sobre un blindaje y una especie de hermetismo proteccionista del interés privado que es claramente legítimo en el sentido de la defensa de la legalidad pero que acusa sin distinción toda modalidad no regulada en una aproximación que solo parece reconocer las pérdidas o ganancias en términos de mercado.

De cualquier forma, esta dinámica tensión entre las instituciones y las empresas, en la que las modalidades informales (no reguladas, que operan por fuera del marco normativo) se establece como un factor origen de conflicto por hallarse precisamente al margen de la regulación, da cuenta también de la gran cadena económica de la circulación de los residuos que aparece, más que como una cadena lineal y unidireccional como una gran red de interconexiones y oportunidades. El conflicto entre los extremos formal e informal se expresa fundamentalmente respecto de la participación de estos últimos en procesos de intercambio que generan algún tipo de retribución económica producto de operaciones institucionalmente ilegítimas y que posiblemente constituyen una pérdida en la participación productiva de los primeros dentro de un sector y sobre unos recursos que por definición les compete y son de su propiedad.

No mucho tiempo después, en abril de 2014, la Revista del Gremi de Recuperació de Catalunya publica un artículo de fondo titulado “Recuperadores: la dificultad de ser legal en

un sector cada vez más complejo”⁷³ en el que justamente presenta esta situación en tanto una especie de desventaja comparativa, a modo de denuncia, y demandando la intervención de los entes gubernamentales en procura de la “construcción de un futuro más justo y sostenible”. Agrupando en una misma categoría (imprecisión inaceptable por parte de quienes conocen de primera mano la amplitud del sector y las incontables variaciones en tipo, escala y alcance de los gestores mismos) a las empresas y sistemas ilegales, los robos a gran escala, las actividades no autorizadas llevadas a cabo por empresas legales, y la “recogida a pie de calle” realizada por recolectores “particulares o informales” (la utilización de los términos como sinónimos resulta un tanto atrevida), señala la “injusticia que sufre el sector” indicando radicalmente -y seguramente de forma apresurada- que “hoy en día, resulta más rentable ser ilegal que legal”. Acierta el documento, eso sí, en señalar las dificultades que implica el cumplimiento de la normativa dentro del sector formal (seguramente repleto de formalismos burocráticos y tasas, cánones y demás) y el vacío administrativo producido por la inspección que se lleva a cabo solo sobre quienes constan en los registros de los entes reguladores. Sin embargo, sin miramientos sobre las condiciones en las que afloran estas *otras* modalidades, las señala como “malas prácticas” que procuran un “intrusismo” frente al que deben luchar, como si a lo que llaman “el sector” fuera un dominio territorial y de recursos de exclusividades y privilegios otorgados legítimamente. El Gremi, así como la Federación Española de la Recuperación, consideran las actividades de *los particulares* como ajenas al sector y, especialmente en términos de intercambio, conciben como ilegal la compra de material a los mismos. Definen varios tipos de particulares que van desde “el auténtico particular”, personas que entregan (venden) a almacenes residuos generados en el propio hogar, hasta los “informales” que incluye a los chatarreros y que asocian a personas en situación de marginalidad y vulnerabilidad (Gremi de Recuperació de Catalunya, 2014). De cualquier forma, la preocupación es siempre la participación en términos de mercado y la consecuente fuga económica que representa la existencia de los particulares. El motivo de la denuncia está claramente relacionado con lo

⁷³ Recupera No. 84 – abril 2014. Revista del Gremi de Recuperació de Catalunya - Agrupación Nacional de la Recuperación (ANR). Pg. 6-13

que estos generan y que depende, en un plano muy general, de la extracción del material del circuito oficial del rechazo y la orientación a sus propias relaciones de intercambio en uno del reciclaje. Según el texto, el Gremi encargó un estudio en 2011 en torno a la recuperación particular de residuos metálicos que determinó que las actividades más recurrentes de los particulares incluyen la identificación, la clasificación, el transporte y la venta de los residuos. “Las principales fuentes de obtención de estos son la vía pública, los residuos domésticos propios, y las empresas y comercios a través de donaciones” lo que deja en evidencia la centralidad conflictiva del recolector informal o chatarrero. Según el documento se trata de un mínimo (para la fecha) de 53.459 personas en Cataluña que aportan, luego de su actividad irregular y mediante su conexión nuevamente con el sistema oficial, un 22% del total de los residuos metálicos recuperados que representaba a la fecha, nada más ni nada menos que un volumen de compra a particulares que llegaba a los 141.805.686 euros.

Las dificultades del conflicto crecen cuando además se reconoce, como también se hace en el mencionado documento, aunque de manera apenas tangencial, el impacto positivo de las actividades de los particulares que en materia ambiental deriva principalmente de la realización manual de las prácticas y en materia de eficiencia está relacionado con las operaciones de limpieza y clasificación que producen una reincorporación del material en un significativo grado de pureza (discriminación por materiales separados). Esto, precisamente, como se podrá concluir más adelante, ilumina también, al menos en parte, el hecho de que las relaciones de intercambio que se establecen concretan una auténtica cadena jerárquica de explotación. No obstante, el documento peca de la ausencia del reconocimiento de las verdaderas condiciones en las que estos hombres se encuentran y, preocupado solo por los dividendos que dejan de percibir, los describe como “chatarreros ilegales que prefieren permanecer sin darse de alta, motivados por la posibilidad de mantener ayudas sociales o de, simplemente, pagar menos impuestos” (Gremi de Recuperació de Catalunya, 2014, pág. 10), en una generalización y un reduccionismo erróneo y peligroso.

La reducción y la marginación a la que las instituciones, las empresas privadas y sus relaciones someten a los chatarreros están claramente marcadas por las expectativas que construyen en materia de intercambios productivos. Al final del documento, instan a la administración municipal a que se encargue del cierre de los ilegales y que promueva algún tipo de regularización para los recolectores a pie de calle en un burdo intento por demostrar una falsa preocupación que más bien demuestra un interés por que su regularización los incorpore en la cadena de forma que puedan sacar rédito de su aportación.

Pero ahora bien, consecuentemente y tomando distancia de las formulaciones oficiales, a partir de lo que es visible desde el terreno (con las evidentes limitaciones de este caso en específico) y, claro, desde cierta lectura crítica, los resultados de la implementación del modelo de gestión originado con la ley del 93 y su adaptación en el tiempo, permiten distinguir cuatro elementos fundamentales para su constitución, su afianzamiento y su funcionamiento cotidiano: la consideración del residuo como un recurso, la recogida selectiva incluida, claro está, la infraestructura que la soporta, la figura del gestor, y la corresponsabilidad ciudadana.

El primero de ellos alude a una forma de consideración general que, en definitiva, en tanto principio fundamental, direcciona los esquemas administrativos y orienta los modelos operativos de la gestión de los residuos. Dicha consideración representa un importante punto de inflexión en la administración de las relaciones institucionales con los residuos urbanos que a su vez implican la determinación de unas específicas fases y un concreto orden del proceso que conduce a cierta linealidad específica en sus intercambios. Esto genera un ordenamiento legal claro de los procedimientos al tiempo que otorga, mediante la determinación de un orden legítimo (que asume como suyo el curso *ideal* de la vida social de los residuos posterior a su descarte inicial), la responsabilidad de su generación a la sociedad civil y la productividad de su gestión a la iniciativa privada. El modelo comienza por la planificación de los procesos y la prevención en la generación, asunto que genera grandes dificultades especialmente en Barcelona por su vocación turística y comercial.

Posteriormente incorpora la recogida selectiva que consiste en el proceso de recoger separadamente diferentes fracciones de los residuos municipales; según la propia ARC “El aspecto básico de la recogida selectiva es la selección que los ciudadanos y los comercios realizan de los productos recuperables y que, posteriormente, la Administración se encarga de gestionar”⁷⁴, aunque realmente el alcance de la gestión realizada por la administración se limita a la contención mediante los elementos de infraestructura que dispone y a la inspección de los gestores registrados que recuperan, transforman e intercambian, empresas privadas o mixtas concesionadas para tal fin. Después de la recogida sigue el proceso de valorización y posible reciclaje que tiene numerosas vías que abarcan desde el campo industrial hasta el agrario. Y, por último, establece el tratamiento final para los residuos especiales y aquellos que no pueden ser reintegrados en cadenas de reciclaje. El estricto ordenamiento del proceso crea, por supuesto, ciertas legitimidades, adecuadas adscripciones y oficiales concesiones; pero su propia rigurosidad instrumental, que también se propone limitar la intromisión de acciones indebidas generando exclusiones reconocidas aunque indirectas, produce paralelamente la posibilidad de su existencia especialmente provocada por la subsidiariedad del proceso y por la directa ausencia de reconocimiento de las poblaciones que se ven obligadas a desarrollar este tipo de prácticas.

Los otros tres elementos son indisociables entre sí e indican un plano de operaciones más instrumentales. El funcionamiento en la calle del sistema depende, además de muchos otros factores internos seguramente, de la interrelación funcional entre ellos, que tiene una evidente orientación hacia facilitar el flujo y los intercambios de los residuos, los cambios de un poseedor a otro, el movimiento de un régimen de valor a otro, en especial de uno en donde prima el uso a otro donde domina el cambio.

La recogida selectiva requiere, por supuesto, una estricta definición que evidentemente no puede obedecer más que a las propias condiciones físicas de los residuos en tanto objeto de descarte o rechazo. Pero la clasificación precisa y discriminada es indicativa también de

⁷⁴ Obtenido de: http://residus.gencat.cat/es/ambits_dactuacio/recollida_selectiva/

su propia importancia ya no solo en función de determinar una vía apropiada de descarte y tratamiento final sino de facilitar las diversas posibles operaciones con los residuos como recursos de otros procesos, o darle forma al proceso mismo de descarte como operación productiva. Por supuesto, la estricta discriminación que exige la recogida selectiva beneficia, al mismo tiempo, directamente a los recuperadores formales designados propietarios de los residuos mediante la concesión oficial de su gestión (recolección, transporte, tratamiento), e indirectamente a los recolectores informales que sacan provecho no solo de la disposición separada sino también de la conciencia ciudadana sobre esta.

La recogida selectiva obliga una discriminación muy precisa que combina el tipo de productor y el tipo de material. Esta clasificación conlleva entonces a la creación de un sistema de disposición-recolección orientado a favorecer el flujo ordenado y separado de los residuos. Algunas fuentes de producción implican operaciones muy especiales como las que generan residuos sanitarios; otras, aunque muy específicas, precisan de sistemas concretos pero recurrentemente usados como en el caso de los escombros y residuos de la construcción; y otros tantos, aquellos que representan el mayor volumen y frecuencia en la producción de residuos, los llamados *residuos municipales*, conllevan a la creación de toda una infraestructura pública para orientar la adecuada disposición y favorecer la recolección separada por parte del privado autorizado. Esto expresa la relación práctica y operativa entre las instituciones y la empresa privada en términos generales; las primeras encargadas de disponer los elementos de la infraestructura pública y de administrar los mecanismos de control, mientras que las segundas se encargan de la operación de recogida y gestión posterior. No obstante, es importante destacar la compleja división y colaboración público-privado que, por un lado, deriva en la subcontratación de servicios privados dados los elevados costes y complicaciones que implicaría la creación y la administración de empresas públicas y, por otra parte, conlleva al establecimiento de contratos muy variables y específicos que en ocasiones dan forma a relaciones y entidades mixtas.

Como es evidente, esta última es la dimensión más cotidiana y más directamente relacionada con la recolección informal. La enorme diversidad de residuos incluidos en la recogida selectiva es la causa fundamental de la creación del sistema que todo ciudadano está obligado a conocer y respetar, y de la que subsisten los chatarreros por intromisión y anticipación.

La figura del gestor, por su parte, se crea a fin de responder al principio de subsidiariedad limitando el ámbito de responsabilidad de la administración a la disposición y el mantenimiento de la infraestructura para las operaciones del descarte (contenedores y nodos de disposición final específica como *punts verds* y *deixalleríes*) y al registro e inspección regular de los propios gestores que deben responder a una serie de requisitos y buenas prácticas.

La denominación señala un tipo de actor empresarial privado genérico que tiene concesión, mediante previo registro y bajo el cumplimiento de ciertas obligaciones legales, para la captación, el transporte, el almacenamiento y el tratamiento de los residuos según sea autorizado en virtud específica de su capacidad instalada y del alcance de sus operaciones.

De esta manera, el modelo de la integración de gestores de residuos deriva en la creación de una amplia red de transferencias e intercambios en la que estos operan como nodos específicos que, dentro del marco regulador, pueden ajustarla y diversificarla relativamente en función de las diversas modalidades y alcances de cada uno. Esta red configura entonces cadenas de transformación e intercambio en las que pueden aparecer diferentes niveles y escalas en el acceso y el tratamiento de residuos y diferentes esferas de valoración.

Precisamente en virtud de la enorme cantidad de variaciones en la producción de residuos y en la clasificación de los mismos, los gestores, aunque cobijados todos por una misma regulación y registro general, también conforman un amplio abanico de variaciones en virtud de sus especialidades con relación a los tipos de residuos que gestionan, y a las

operaciones concretas que llevan a cabo (en una amplia posibilidad combinatoria que puede ir de las actividades exclusivas de transporte a la implicación en toda la cadena desde la captación hasta el tratamiento final) que a su vez definen una localización específica en la red de flujos mercantiles y una escala en la dimensión de su participación.

Conscientes de ello, aunque específicamente la contratación de las empresas para la recogida esté a cargo de los ayuntamientos, la ARC concibe el modelo del gestor como uno que permite, a través de la liberación del sector a las condiciones del mercado, a la iniciativa y la operación privada, la conformación progresiva de una extensa *red de gestores* interconectados por el flujo mismo de los residuos que conlleva la creación de un importante sector productivo en la economía urbana autonómica que, además, genera una significativa fuente de creación de empleos directos⁷⁵.

No obstante, si bien esta red de gestores se encuentra normada formalmente y por sus características produce una especie de autorregulación interna, no logra contener la creación de modalidades informales que surgen a modo de apéndices dependientes en los pequeños vacíos que no logra cubrir. La separación en la fuente no alcanza aun las cuotas esperadas; la enorme variación y frecuencia de la producción dificulta asegurar una disposición final masivamente apropiada, en particular en algunos tipos de materiales numerosos pero que requieren un descarte muy específico (como lo es el de los metales y los electrodomésticos); algunas de las propias características del modelo de gestión formal resultan problemáticas como la imposibilidad de llevar a cabo una minuciosa separación y clasificación hasta unidades indivisibles de material dada la escala de recolección, los efectos ambientales (“colaterales”) que seguramente produce el sistema mecanizado a base de vehículos motorizados y especialmente debido a que los costes marginales del proceso hace inviable tal nivel de discriminación a esta escala.

⁷⁵ Información obtenida de entrevista a Jordi Macarro, director del área de Información y Comunicación de la Agencia de Residus de Catalunya, realizada el 8 de abril de 2019.

Todos estos factores, además de la propia iniciativa de quienes no encuentran más medios de subsistencia, de una u otra manera permiten el sostenimiento de esas *otras* modalidades desarrolladas al margen de la normatividad denominada formal y, en ocasiones a sabiendas y en otras tantas inconscientemente, aprovechan la ventaja comparativa que la grieta del sistema les permite crear aun cuando esta no les permita superar su propia condición marginal. Pero es que, precisamente, para el caso en concreto de los chatarreros informales, dentro de ese vasto escenario de gestores es donde se halla uno de los factores-actores fundamentales para su existencia y su supervivencia, aquel que representa, ni más ni menos, el enlace con la dimensión formal de la cadena de circulación de los residuos y que permite su retorno, el agente con el que se concreta el intercambio retributivo. Dada su particular ubicación respecto de este caso se trata de un agente que bien puede denominarse *intermediario*; un tipo de gestor de mediana escala que realiza operaciones de intercambio de material (principalmente metálico) que, en términos generales y en la modalidad de mayor interés a este estudio, compra a los recolectores informales y posteriormente vende dentro del circuito a gran escala de recuperación industrial. Para el caso específico de Barcelona, este tipo de gestor puede identificarse con cierta claridad especialmente dentro del distrito de Sant Martí, se trata de bodegas de mediano tamaño, constituidas simplemente por grandes contenedores de material discriminado, una zona de pesado, una amplia zona libre de circulación y trabajo (separación) y una oficina en la que se llevan a cabo los pagos durante la jornada. A partir de una sencilla observación pueden distinguirse variaciones importantes entro de este grupo de intermediarios que están relacionadas fundamentalmente con el volumen de material que pueden gestionar, con el tipo de materiales en los que concentran la mayor parte de sus operaciones y con su constitución formal o no; la informalidad no es exclusiva de los recolectores de a pie, se halla presente en múltiples niveles en la cadena agregada de circulación de los residuos incluidos estos intermediarios de mediana escala, y se encuentra también en la forma que adquieren las relaciones de intercambio concretas. Con mucha frecuencia y, de hecho, como parte de su actividad cotidiana lo que sucede en las bodegas de este tipo de intermediario se mueve compleja y sutilmente entre la formalidad de actividades reguladas

y la ilegitimidad de los intercambios irregulares e incluso ilegales. Como se verá, se trata del punto exacto de conexión entre la informalidad laboral de los chatarreros y la formalidad mercantil de los residuos.

Por otra parte, el sistema formal general requiere también de la definición y la reglamentación de ciertas obligaciones y responsabilidades sobre los actores cuyas prácticas constituyen la fuente de generación de residuos. De esta forma, se apega al concepto de “responsabilidad ampliada del productor” que, al distinguirlo como aquel que genera residuos derivados de sus actividades productivas, le confiere el deber de, además de considerar en la gestión de su producto lo que puede ocurrir con él en cuanto se convierta en un residuo, lo insta además a incorporar medidas previas relacionadas con los posteriores procesos de reciclaje, disposición de materiales, reúso, etc.

Pero dentro de esta misma dimensión, aun cuando no se traten de actividades productivas y por ello no puedan ser obligadas ni gravadas de la misma manera, también se ubican las actividades cotidianas domésticas y las del comercio al menudeo o a baja escala (tiendas, pequeños supermercados, etc.). Sobre estos también se cargan una serie de responsabilidades fundamentales para el funcionamiento agregado del sistema. Cecilia Montero Mórtola sugiere que sobre este y otros sectores pesa una lógica de la inculpación que además de señalar responsabilidades externas dificulta el riguroso estudio del fenómeno de la generación y la circulación de los residuos: “[...] *identifiqué las contradicciones que se esconden tras la inculpación de distintos sectores de la población. Se les atribuye desconocer un comportamiento cívico porque no se plantean acciones factibles, tanto de políticas públicas como domésticas, para su erradicación real. Se dibuja una tapa de cubo de basura histórico-social aún muy arraigada: la inculpación, la cual no permite la investigación del contenido del cubo*”. Seguidamente reconoce también que dicha lógica y la postura general de las instituciones en defensa de una responsabilidad ciudadana que inculpa al propio ciudadano, al tiempo que ofrece una suerte de modelo instrumental y moralmente ideal, produce complejas contradicciones: *“Las primeras contradicciones*

parten de las instituciones que influyen de manera desigual en la vida doméstica, industrial y rural provocando respuestas diferentes. No obstante estas contradicciones, se oye un tono sensibilizado en los ciudadanos con cambios palpables. Aun así, otros se encuentran por completo ausentes por esas mismas contradicciones institucionales, entre ellas, la sobrecarga de tareas al ciudadano” (Gil & Balasch, 2013, pág. 133).

Se habla, se promueve e incluso se regula la llamada *corresponsabilidad ciudadana*. El compromiso activo de los ciudadanos es fundamental para asegurar el funcionamiento previsto del sistema, en especial en lo que concierne a la recogida selectiva, pero también indirectamente en el sostenimiento de la dimensión pública del proceso. La estricta definición de los tipos de residuos, su clasificación y la especificación exacta de su modo legítimo (obligatorio) de descarte conforman el principal factor de incorporación de esta responsabilidad atribuida. En definitiva, la corresponsabilidad ciudadana se concreta fundamentalmente en la separación en la fuente, la disposición discriminada del descarte y el silencioso pago de las tasas concernientes. El conjunto parece implicar al ciudadano en un proceso que, de no ser por él, no podía sostenerse y en el que los residuos parecieran ser objetos y materiales *deseconomizados*. De esta manera, el discurso de la corresponsabilidad ciudadana invisibiliza el valor económico de los residuos presuponiendo que los beneficios marginales que podrían extraerse de ellos son insignificantes para el ciudadano medio, que tampoco encuentran ningún tipo de compensación económica por su participación en el reciclaje y se ven realmente presionados a hacerse responsables de trabajar (separar, discriminar y disponer en contenedores adecuados) a cambio de nada o a sentirse motivados por cuestiones sustancialmente abstractas para ellos -al menos a corto plazo y en su entorno próximo e inmediato- como el *bien común* o el *medio ambiente*.

La producción de residuos como un supuesto proceso de desprendimiento y de eliminación del valor crea una especie de ilusión generalizada (es decir, en todos como productores de residuos) de la *deseconomización* de las cosas. Además, las tasas que se cobran a los ciudadanos relacionadas con la gestión de los residuos refuerzan ese enmascaramiento

indirecto sobre la dimensión productiva de esta al hacer parecer que se trata de una operación que requiere inevitablemente un financiamiento colectivo por la vía tributaria. En el caso de Barcelona las medidas tributarias enfatizan la idea de esta especie de sector de circulación de cosas sin valor y, de hecho, parecen llegar a un exceso que corre el riesgo de socavar el objetivo de una participación ciudadana libremente comprometida.

No es ningún secreto que las obligaciones que deben cumplir las empresas que desean poner un producto en el mercado incluyen cierto gravamen relacionado con los costes asociados a su posterior desecho (y muy especialmente al de sus envases y embalajes); pero adicionalmente, para el caso, a las ya existentes “tasa de cloacas” (alcantarillado) y la “tasa metropolitana de tratamiento de residuos” (TMTR – cobrada por el Área Metropolitana de Barcelona) que fueron incrementadas a principios del 2020 se suma, a partir del mes de julio (en plena crisis sanitaria-económica), la nueva “tasa de recogida de residuos municipales” generados en los domicilios particulares (incluida en el recibo del agua) que, según la información del ayuntamiento “es un tributo ambiental destinado a la correcta gestión de los residuos domésticos que se generan en la ciudad” y “prevé mejorar el tratamiento de los residuos e incrementar la recogida selectiva”⁷⁶. Por supuesto, las críticas y reclamos no se han hecho esperar. Jordi Giró, presidente de la Confederación de Asociaciones de Vecinos de Cataluña, ha manifestado incluso en una queja formal a título personal ante al ayuntamiento que la nueva tasa implica la duplicación de un pago que ahora se carga en el recibo del agua y que desde 1990 se encuentra incorporada en el Impuesto de Bienes Inmuebles (IBI)⁷⁷.

Pero, en definitiva, aun cuando los residuos continúen siendo mercancías -potenciales al menos-, para la ciudadanía en general tienen un valor marginal demasiado bajo que no

⁷⁶ Tomado de la página web del Ayuntamiento de Barcelona:

<https://ajuntament.barcelona.cat/ecologiaurbana/es/servicios/la-ciudad-funciona/mantenimiento-del-espacio-publico/gestion-de-limpieza-y-residuos/recogida-de-residuos-domiciliarios/tasa-residuos>

⁷⁷ Información extraída del artículo titulado “¿Paga Barcelona dos veces por la tasa de recogida de residuos?” de Jordi Subirana en el diario digital Metròpoli Abierta del 26/09/2020, consultado el 27/11/2020 en: https://www.metropoliabierta.com/informacion-municipal/barcelona-tasa-residuos_31425_102.html

amerita ni su conservación ni el coste del trabajo que implicaría venderlos (limpiarlos, clasificarlos y transportarlos). Esto se traduce en un discurso oficial de la administración en términos de deseconomización, de invisibilización del valor económico como resultado de los bajos beneficios marginales que podrían llegar a producir, un beneficio que, en una escala reducida e individual, solo se ven obligados a reconocer y a perseguir los marginados, los *no ciudadanos* (sin papeles, sin reconocimiento) que no cuentan con otra opción que invertir allí su trabajo.

La administración y gestión oficial de los residuos crea un sistema de privilegios restringidos que, sin embargo, no logra contener el surgimiento de iniciativas irregulares que nacen en sus grietas o en las zonas que no logra cubrir. Veremos como una de ellas se procura sus específicas relaciones funcionales de intercambio gracias, justamente, a sus propias inercias y a los espacios que bien saben aprovechar del sistema oficial y sus escasas ausencias.

2. El trabajo para la venta y las relaciones de intercambio

En esta sección, como detonante reflexivo, quiero exponer por extenso una experiencia personal que, como se verá, resultará aquí muy pertinente y que consiste en una especie de *performance etnográfica* en torno a la específica modalidad de la recolección y el intercambio de residuos llevada a cabo por los chatarreros informales a pie de calle.

A lo largo de todo el trabajo de campo y en este ejercicio analítico–descriptivo–interpretativo, no he podido evitar reflexionar (en ocasiones directamente en otras de forma más indirecta) acerca de la *participación*. Evidentemente la noción nunca podrá ser literalmente ejecutada, ni siquiera en aquellos casos en los que el investigador hace parte del caso y está inmerso en el plano personal dentro del fenómeno de estudio (o tal vez justamente menos en estos casos). La incorporación en la vida cotidiana de *los otros* siempre será tangencial, como justamente lo demuestra el hecho de que deban ser

denominados de tal forma. Por supuesto, no juzgo negativamente esta condición; tomar objetiva distancia resulta asimismo necesario que participar atentamente.

Pues bien, como ya he dicho en otras ocasiones, mi participación con el colectivo y en sus prácticas cotidianas, se produjo de una forma *irregular* respecto de la propia manera en la que ellos las organizan. El trabajo de campo, como se detalló en el capítulo dedicado a la aproximación metodológica, me permitió incorporarme primero a las actividades de la transformación, asistir luego a las dinámicas del intercambio y, finalmente, acompañar las prácticas de la recolección (lo que podría considerarse linealmente como la primera fase del trabajo). De esta manera, la ejecución por mi parte de ciertas actividades y operaciones laborales-productivas, así como mi participación en la cotidianidad del colectivo mientras ellos (y hasta cierto punto yo mismo también) se dedicaban a sus propias prácticas, se desarrolló sin responder estrictamente a la linealidad laboral que describe el movimiento de los residuos dentro de su actividad: de la calle y los contenedores al patio y de allí a las bodegas de venta, y sin mayor o especial consideración de la destinación operativa de las actividades cotidianas: el intercambio, dada la imposibilidad de participar (de experimentar en carne propia y cotidianamente) de su necesidad.

Por esta razón, y otras tantas relacionadas más con una especie de ausencia en la experiencia que no tenía que ver con una insuficiencia metodológica sino con un impulso (o un llamado) de orden personal, decidí procurarme una experiencia de campo *final* que me permitiera acercarme más directa y sensiblemente a unas partes del proceso que siempre fueron de difícil acceso. Llevé material al patio, trabajé en la limpieza ahí adentro, también vendí el producto de mi trabajo allí mismo, y en otras ocasiones conseguí material como excusa para llevar a vender a alguna chatarrería (gestor) y atender a lo que allí sucedía. La siguiente figura muestra dos de los recibos de mis varias incursiones en esta forma de intercambio mediante la venta de material en uno de los lugares de mayor recurrencia de este colectivo de chatarreros senegaleses. Toda la información de la que dispongo acerca de esta relación de intercambio es igualmente importante: observaciones,

conversaciones, los innumerables intentos fallidos por entablar alguna entrevista formal con propietarios (todos renuentes excepto los informales), y la participación incorporándome como proveedor. También, por supuesto, acompañé recorridos de recolección y de intercambio, así como asistí en repetidas ocasiones a la propia operación de compraventa motivada por los chatarreros en las bodegas de intermediarios.



Figura 13 Recibos de venta de material en una bodega (chatarrería) de gestor formal del Poblenou en mayo y julio de 2019.

Pero aun así decidí finalmente hacer yo mismo y por mi cuenta un recorrido que combinara la destinación última del intercambio y la práctica misma de la recolección sin pasar, dadas las evidentes limitaciones metodológicas, por una fase prolongada de limpieza (en la que ya participaba más cotidianamente) y llevando a cabo un trayecto que puede decirse *a medio camino* entre el aleatorio y prolongado recorrido de recolección, y el breve y directo recorrido con fines al intercambio económico. De esta forma, he incorporado un recorrido previo de recolección y de destino inmediato a la venta, actividades de separación y

limpieza simples in situ y la integración en un nivel de participación más profundo y extenso en la dinámica de las relaciones que implica este espacio de *intercambios marginales*.

Evidentemente, en términos de organización y disposición de los procesos, mi iniciativa contiene cierta artificialidad, pero también proporcionó la posibilidad de un acercamiento directo, profundo, en carne propia, sobre algunas de las condiciones del particular trabajo cotidiano de estos hombres que en la observación son apenas visibles pero que la experiencia permite indagar un poco más.

Reconociendo la distancia que implica la realización de esta práctica por una única vez y, sobre todo, atendiendo al hecho de que la he realizado por mi propia cuenta, es clave reconocer aquí que se trata de un ejercicio experimental, performativo-reflexivo y estético. En rigor, no ha sido un proceso de participación en las prácticas de y con el caso de estudio, sino un experimento de ejecución de esas mismas prácticas intentando emular las características operativas e instrumentales y las condiciones del trabajo individualizado llevado a cabo por los chatarreros senegaleses.

Pues bien, durante algún tiempo mientras planeaba esta experiencia (y sobre todo mientras perdía el miedo), fui recogiendo y acumulando algún material metálico en mi propia casa. Producto de un par de mudanzas e ir aprovechando ocasiones acumulé suficiente material como para tener el carro medianamente lleno, como si fuera el resultado de una recogida excepcionalmente productiva. Al final disponía ya de más de 15 kilos de alambre de cobre aun recubierto de pvc que tuve la fortuna de encontrar olvidado en una mudanza y diversas piezas de latón, aluminio y hierro que me permitirían disponer desde el comienzo de un material para la venta suficientemente voluminoso que implicara además el uso del carro de supermercado y que me aseguraba poder sostener posteriormente un proceso más prolongado y complejo de intercambio. Pero es muy importante señalar también la artificialidad de comenzar un recorrido por las calles con el carro ya lleno, y con una cantidad y variedad demasiado afortunada, por lo del cobre específicamente como se verá,

que aunque me permitieron incorporarme a ciertas relaciones y procesos de manera idéntica distaban mucho del volumen, la calidad y los beneficios medios de los chatarreros.

Inicialmente el objetivo era hacer un recorrido corto, dentro del mismo Poblenou, hacia el intercambio usando por mi propia cuenta y a través del espacio urbano el carrito de supermercado. También logré hacerme con uno de estos, aunque considero que no es conveniente detallar la forma en como lo obtuve ni las peripecias para llevarlo hasta casa. Conforme pasó el tiempo (y salimos del primer confinamiento general por la emergencia sanitaria del COVID-19), mientras intentaba definir un punto de inicio para el recorrido (el punto destino ya era claro), fue llamándome la atención la oportunidad de hacer un recorrido más extenso en el que pudiera involucrar también actividades de recolección. Puesto que vivo en un municipio fuera de Barcelona ciudad, el plan consistía en cargar mi coche con el material y el carro de supermercado para ir hasta cierto punto de la ciudad y, desde allí, desplazarme hasta el punto de venta. La posibilidad de un recorrido de recolección me sedujo a pesar de las variadas dificultades que me ponía en frente, no tanto las físicas y operativas como las relacionadas con incorporar un papel que en principio no me correspondía y que, todo hay que decirlo, me obligaba a despojarme de mi propia posición con todo lo que ello implica. Ciertamente, en clave goffmaniana, para llevar a cabo el experimento era menester adoptar el papel de un personaje no antes interpretado, ubicarme en un lugar del escenario nunca antes ocupado, disponerme en un lado de las relaciones que nunca había ocupado, y utilizar la utilería que instrumentaliza la práctica de una forma hasta ahora ajena (Goffman, 1993).

Como en ocasiones sucede, un asunto totalmente inconexo, pero, no obstante, con un poder condicionante contundente, terminó por ayudarme a eliminar los últimos rastros de indecisión. Por normativa ambiental mi coche (un usado de casi 20 años) no puede entrar en Barcelona; perfecto, pues entonces mi recorrido comienza en Santa Coloma de Gramanet (al otro lado del río Besós, límite noreste de la ciudad) y culmina en el Poblenou, en la chatarrería de un gestor oficial en el carrer de Tànger.

Pero antes de describir algunos detalles del proceso, precisar un elemento más sobre las condiciones del experimento: en el recorrido me acompañó una persona muy cercana y colega que mantuvo la distancia y me colaboró de una forma invaluable con varias formas de registro que, por un lado, me permitió desentenderme de esas operaciones para concentrarme exclusivamente en el proceso y, por otro lado, me proporcionaron un material que me permitió una posterior relación analítica entre lo que ella sensible y objetivamente consignaba y me comentaba a posteriori y lo que yo mismo capturé a partir de mi propia experiencia.

Por supuesto, no se pretende aquí producir ningún tipo de generalización concluyente derivada de esta única, experimental y artificial experiencia. Sin embargo, no es desestimable para reforzar algunas ideas ya mencionadas y otras sobre los énfasis concretos de esta sección que han sido construidas a partir de todo el trabajo de campo. En este sentido, la experiencia que se describe sirve a modo de un contexto muy pertinente de enunciación de algunas cosas ya señaladas sobre las que vale una nueva mención, de ciertas consideraciones que se desarrollaran en lo sucesivo sobre las que también se cuenta con la observación de los actores en cuestión, y de algunas cuestiones operativas e instrumentales que de esta manera pueden ser descritas con cierta minuciosidad.

Así fue como me desplazé con el coche cargado de *chatarra* desde La Floresta hasta Santa Coloma de Gramanet, dando la vuelta por el norte atravesando Sant Cugat del Vallés, Cerdanyola del Valles y entrando brevemente a Barcelona por Trinitat Vella para pasar inmediatamente sobre el Río Besos a Santa Coloma. Llevaba, a parte del carro de supermercado que ofreció no pocas dificultades, varias piezas de perfilería metálica tan largas que ocupaban todo el coche de luna a luna, un gran cesto plástico circular repleto de cable de cobre, varias piezas y partes de hierro y de cobre principalmente, un motor de algún tipo de máquina, un tubo de escape de un coche, un viejo patinete, una larga varilla de hierro que luego usaría también para revisar el contenido de los contenedores, hasta una vieja máquina de fumigación que luego preferí dejar a un lado (al lado de un contenedor

precisamente) al comienzo del recorrido, y una mochila cargada de ropa de cambio, herramientas y algo para comer y beber. Entonces descargué todo del coche y cargué el carro de una forma ordenada, amarrando incluso algunos elementos largos que sobrepasaban por delante y por detrás las dimensiones de este. Me costó mucho encontrar una plaza de aparcamiento, por lo que tuve que preguntar en bares y panaderías cercanas, desde donde luego se dieron cuenta de la extrañeza de mi actividad: sacaba chatarra de un coche para ponerla luego en un carro de supermercado al modo de un chatarrero que evidentemente no lo era. Esto causó cierto interés y una natural curiosidad en varios vecinos de bares y negocios.

Sin más, comencé el recorrido en el que a escasos 30 metros después, en la esquina de la cuadra donde dejé aparcado mi coche, encontré mi primera parada de contenedores. Era como un aviso prematuro de lo que me esperaba, de lo que procuran día a día, sin desearlo, los verdaderos chatarreros, la repetida e incesante revisión visual y escrutinio físico de cada contenedor gris (resto) que se encuentran a su paso. Mientras cargaba el carro al lado de mi coche vi pasar a dos chatarreros en la misma dirección que revisaron los mismos contenedores. Sin embargo, no dejé de hacerlo, como me he dado cuenta de que ninguno lo hace. La lógica que determina que en los residuos de otros se encuentran los recursos de algunos es una que se basa no solo en la posible utilidad o revalorización de las cosas dadas sus condiciones físicas objetivas, sino también en la relación que con estas establecen las particulares necesidades materiales del recuperador individual en un momento determinado. De allí que un contenedor casi nunca se dé por descartado a priori, salvo condiciones excepcionales, a pesar de saber que ha sido anteriormente escudriñado por alguien más.

De esta manera, revisando cada contenedor gris que me era posible y atendiendo a algunas interacciones favorables, empujé el carro cargado previamente e incrementando su contenido gracias a estas acciones, en un recorrido muy lineal y predeterminado de unos 11 km. que me tomó algo más de tres horas y media, desde las 10:00 hasta las 13:50

aproximadamente, hora en la que llegué al lugar del intercambio en donde pasé unos 30 minutos más. Partiendo desde Santa Coloma de Gramanet, cerca de la estación de metro, paso sobre el río Besòs para entrar en el distrito de Sant Andreu. Atravieso en dirección oeste el barrio Baró del Viver por la zona del polígono industrial del Besós. Luego, dirigiéndome hacia el suroeste, en un sentido oblicuo con respecto a la línea de mar, atravieso los barrios de Sant Andreu de Palomar y La Sagrega. Luego giro en dirección perpendicular al mar, atravieso el barrio Sant Martí de Provençals, cruzo la Avinguda de Les Corts Catalans para entrar en el barrio Provençals del Poblenou para llegar, después de cruzar la Avinguda Diagonal, al barrio del Poblenou, el que atravieso dirigiéndome nuevamente hacia el oeste para llegar finalmente al barrio El Parc i la Llacuna del Poblenou en donde encuentro mi destino.

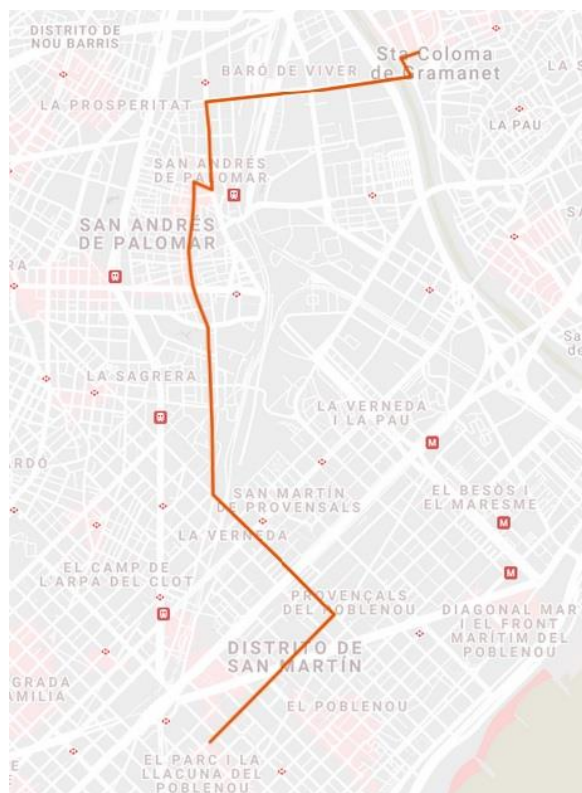


Figura 14 Diagrama lineal (sin detalle de pausas y desviaciones sin carro) de recorrido experimental final, Barcelona, 02-12-2020

Hay que decir, aunque parezca evidente, que empujar el carro de supermercado por las vías peatonales principalmente (aunque también en ocasiones por los carriles vehiculares y los destinados para bicicletas -y ahora también para patinetes-) no es en lo más mínimo una tarea fácil; aunque el objeto sea usado aprovechando las mismas cualidades físicas originales que logran adaptarse funcionalmente, la singularidad de este uso adaptado y las exigencias de la recontextualización del objeto mismo derivan en la creación de un contexto de uso y unas condiciones instrumentales muy exigentes. Queda de inmediato claro que adquirir dominio sobre la herramienta toma tiempo, práctica y el desarrollo de cierta sensibilidad espacial; no fueron pocas las dificultades que encontré a pesar de que el carro que usaba se encontraba en muy buenas condiciones comparativamente (se trataba de un carro prácticamente nuevo, recién salido del supermercado y que no había sido desechado). De igual forma queda en evidencia que el éxito de los recorridos de recolección e intercambio, y en particular el gasto físico y temporal que demandan, pueden condicionarse significativamente por el estado físico del carro, por el grado de dominio de este fundamental instrumento y, claro está, por la táctica espacial que reconoce recorridos, nodos, sectores favorables, direcciones apropiadas.

Al principio me costó mucho controlarlo (porque no sería honesto decir que llegué nunca a dominarlo), pero una vez había avanzado suficientes cuerdas como para saber que no había vuelta atrás y cuando logré despojarme de la ansiedad inicial que se combinaba con una especie de vergüenza y con la dificultad para consolidar el sentido de lo que estaba haciendo a pesar de haberlo planeado con antelación, pude objetivar relativamente las dificultades instrumentales y acudir mentalmente al recuerdo de mis propias observaciones sobre los chatarreros. Por lo general, la mejor forma de llevar el carro es empujándolo diagonalmente desde uno de los costados y, sobre todo, como si de un arte marcial se tratara, adaptar esta forma de conducción del vehículo no luchando en contra de las características topográficas y del espacio construido que producen ciertas fuerzas adversas al movimiento, sino utilizándolas en favor de este.

Voy hablando solo, intento con ello procurar cierta sensación de control. Hace frío, pero también golpea un sol picante. Apenas en el primer kilómetro de recorrido me enfrento a dos puentes (el Pont de Can Peixauet y el Pont de Potosí – Carrer de Palomar). Las dificultades que me ofrecen me obligan rápidamente a depurar mi técnica emulando aquellas formas observadas. Los recorridos son, indudablemente, no solo un enfrentamiento contra el espacio social de la norma y la normalidad, sino también una intensa lucha contra el espacio físico que no ofrece facilidades.

Rápidamente sobresale la casi total ausencia de interacción social directa y acordada. Prácticamente toda interacción es apenas tangencial (aunque en ocasiones de gran importancia para el chatarrero), fugaz, derivada de la coyuntura económica del chatarrero y cualificada por la coyuntura espacial que la práctica produce. La forma en cómo desde esta perspectiva se puede apreciar el paso de las personas, en ese momento nada más que transeúntes, reafirma una especie de inexistencia tácita de la particularidad irregular. Una especie de paradójica invisibilidad social recubre la estruendosa presencia física de la actividad. Pero esta aparente invisibilidad muestra varias caras; a pesar del carácter coyuntural y en cierto sentido *anormal* de la práctica, la ausencia de interacción física, verbal, gestual o visual hacen parecer al chatarrero, apenas por un acomodo aparente, como un viandante más. Por supuesto, esto no aclara tantas cosas como preguntas hace surgir. Sin duda, parece construirse una especie de naturalización al respecto de una práctica que ofrece no pocas evidencias de irregularidad e inadaptabilidad. Producto de las múltiples formas en que esto se hace visible en las prácticas de los chatarreros, pero también en esta de carácter extraordinario, se puede decir que las reacciones ante ella (una práctica y unos hombres que además ya ni siquiera aparecen en agenda política alguna) se desarrollan de una manera casi que absolutamente individual. Gracias a una apreciación más allá de las generalidades, atenta también a los gestos, los ademanes, las actitudes, podría decirse que la mencionada naturalización no se expresa con motivo de un arreglo social unívoco, sino que adquiere variablemente las formas de indiferencia, distanciamiento por rechazo *natural (normal)*, aceptación despreocupada, e incluso solidaridad espontánea

surgidas de un juicio que podría decirse individual dada la evidente ausencia de una postura colectiva generalizada.

Ciertamente, de hecho, creo importante reconocer cierta regularidad (aunque no muy numerosa) en la solidaridad frente al chatarrero y sus evidentes dificultades. Durante mi extraordinario recorrido fui llamado en alguna ocasión, mediante un silbido, por un trabajador de un taller que me vio pasar y creyó oportuno ofrecerme algo que tenían para tirar. En este caso se trataba de un aparato de refrigeración de grandes dimensiones que no pude aceptar puesto que para poder sacar algún provecho de él debía ser sometido a un largo proceso de limpieza que no podía llevar a cabo. En otro momento también fui alertado por un peatón, visiblemente acelerado, acerca de un material tirado en una calle perpendicular a la dirección de mi recorrido y que no dudé en recoger. Además, en la práctica misma de la movilidad, francamente difícil con un carro cargado rumbo al intercambio, fueron repetidas las ocasiones en que los arreglos inmediatos con transeúntes y vehículos me dieron prioridad o simplemente favorecieron mi actividad, no faltó tampoco aquel que se disculpó por entorpecerla sin intención como un gesto en el que se podía reconocer cierta solidaridad ante la vulnerabilidad y dificultad ajenas.

Sin embargo, las cualidades instrumentales y el carácter social de la práctica en tanto forma de movilidad, de uso del espacio urbano colectivo, de interacción con las infraestructuras, y de modalidad de trabajo social, permiten remarcar nuevamente las extremas individuación e individualidad en las que se producen la práctica de la movilidad misma, las operaciones concretas de la recolección, el recorrido con destinación específica del intercambio, y la experiencia laboral-espacial en general. La solo aparente redundancia procura distinguir entre una individuación inducida estructuralmente mediante la falta de reconocimiento social y la atomización socioespacial que produce la marginación, y una individualidad táctica autoproducida a sabiendas de su evidente utilidad funcional.

Hacia la mitad del recorrido se pueden ya percibir físicamente, en el propio cuerpo sensible que hace las veces de vehículo e instrumento, algunas sobresalientes cuestiones instrumentales. Existe una importante diferencia entre el recorrido de recolección y el destinado al intercambio; en medio de los dos se encuentra el lapso en el que se lleva a cabo un recorrido con el carro cargado de material recogido rumbo a la limpieza. En este caso he saltado la limpieza y puesto de inmediato, juntos, los recorridos de recolección y el de destino al intercambio, lo que puso en evidencia la negociación laboral cotidiana entre la imperiosa necesidad de elongar el recorrido inicial a fin de favorecer los hallazgos y la ineludible táctica de reducir al máximo posible los recorridos con el carro lleno, en especial el destinado al intercambio. Que tan corto pueda ser el primero y que tan pronto pueda darse el segundo es, de cualquier forma, un asunto de contundente aleatoriedad e indeterminación, las que, a su vez, junto a una visible vulnerabilidad individualizada, cualifican ostensiblemente la experiencia espacial en general.

En un plano más operativo que termina influyendo en esa lógica del recorrido y que como fin último siempre tiene el intercambio que es considerado, claro está, desde la recolección misma como proceso de valoración es posible apreciar también las evidentes ventajas que proporciona la ciudad de Barcelona por algunas de sus características espaciales: las topográficas del terreno, por un lado, y las físicas-materiales del espacio público construido, por otro, que en conjunto facilitan relativamente la fluidez de los recorridos. A estas, por supuesto, se les suma ineludiblemente el dominio de los instrumentos de trabajo (del carro en especial), el conocimiento de las infraestructuras y el *know how* sobre los residuos mismos, y esa ya mencionada apropiación experta y sensible en el uso del espacio urbano.

No obstante el posible control que, aunque ilegítimo, se pueda llegar a adquirir sobre estos medios por parte de los chatarreros, se puede reafirmar nuevamente la inestabilidad de la práctica en general de la recuperación informal de metales. Como ya había podido observar anteriormente, esta particular experiencia permitió confirmar de nuevo los altos costes marginales de la actividad que se hacen visibles en los recorridos y en la limpieza. Se pasa

mucho tiempo sin recoger nada, se revisan demasiados contenedores sin encontrar nada, se camina excesivamente por muy poco, y se procura un proceso de intercambio recurrentemente por una muy escasa retribución con relación al trabajo invertido. Como decía, casi a la mitad de mi recorrido, aún no había encontrado nada nuevo a parte de lo que ya llevaba como respaldo.

A esta misma altura pude experimentar también el encuentro fortuito con otros chatarreros. Estos encuentros me suscitaron una especie de problema ético derivado de encontrarme haciendo algo que no me era necesario en términos económicos y que posiblemente dificultaba las cosas a quienes para los que si lo era. En todo caso, pude experimentar de primera mano algo ya observado en las prácticas de los chatarreros senegaleses que tiene que ver con una suerte de familiaridad y de reconocimiento entre pares (una especie de conciencia sobre la situación compartida), que al tiempo expresa una clara distancia práctica funcional entre trabajadores por saberse, de cierta manera, competidores. Un sencillo criterio de orden de llegada privilegia la revisión de los contenedores al sobreponerse iniciativas y los *cruces* también tiene a producir un ajuste o redireccionamiento del recorrido.

Acercándome al tercio final del recorrido pude acumular algunas recolecciones valiosas o, al menos, no despreciables. Un par de pesados tubos de hierro dejados en plena calle y sobre los que me advirtió un peatón, una serie de utensilios de cocina sacados de un contenedor, una silla tipo escolar también extraída de uno de ellos y algunos elementos - partes de cosas destruidas y desechadas- obtenidos de los grandes contenedores especiales de residuos de la construcción (demolición, remodelación) completaban mi carga.



Figura 15 El autor hacia la fase final del recorrido, Barcelona, 02-12-2020.
Foto por: Anna Karin Giannotta

El desgaste físico ya era más que evidente, las enormes dificultades de una práctica laboral de alta exigencia se hacen sentir; los problemas con una carga cada vez más difícil de contener, y la compleja interacción con el espacio y con las infraestructuras caracterizadas formal y funcionalmente hacia usos muy específicos, hacen muy visible (lo hacían cada vez más conforme avanzaba espacial y temporalmente en dicha experiencia) la particular forma adaptativa de este uso en concreto, uno que se ve obligado a someter un desbordamiento funcional (casi que insolente) de las propiedades de dichos medios para orientarlas al favorecimiento de las finalidades propias de una actividad irregular: el intercambio mercantil de residuos. La seguridad sobre las posibilidades de vender el material que se encuentra, se recolecta, se recupera mediante la limpieza y se transporta en varias ocasiones, motiva este uso del espacio y sus objetos constitutivos más allá de sus propios límites y restricciones funcionales.

Específicamente el recorrido con destinación a intercambio está dotado de una unidireccionalidad espacial muy concreta; en cuanto este momento pasa a ser, además de la finalidad última, el próximo destino, el recorrido se marca con absoluta claridad invariable. Una especie de paradoja surge cuando a la necesidad de recoger y acumular la sustituye la necesidad de deshacerse lo más pronto posible de aquello incesantemente buscado para poder crear sentido y valor sobre lo trabajado.

El recorrido en general del chatarrero, sus variaciones, las relaciones concretas con el espacio urbano y con las características físicas de la ciudad, serán objeto de mayor detalle más adelante, en una sección relacionada con la específica práctica de la recolección.

Por ahora, como el intercambio no sucede, en ningún caso, como una simple operación de compraventa desprovista de peculiaridades y complejidades jerárquicas, este tampoco fue el caso. La llegada a la bodega del gestor intermediario, en este extraordinario caso y en la práctica recurrente del chatarrero, representa la entrada en la etapa final de la cotidianidad laboral pero el comienzo de un breve e intenso lapso de despliegue de operaciones e interacciones subordinadas muy específicas.

La llegada misma implica una entrada que demanda un importante nivel de seguridad sobre lo que se está haciendo. Nadie se encuentra en disposición de enseñar a nadie lo que tiene que hacer; la bodega es un escenario en el que todos parecen obligados a un mínimo de conocimiento sobre las cosas (los materiales), habilidad en la clasificación y destreza manual. Al entrar con intención de venta, cada hombre debe hacerse ver y reclamar un espacio en el turno para el intercambio que tampoco se consiente que dure más de lo necesario.

La bodega está plena de actividad en ese momento, muchos chatarreros se aglomeran esperando a pesar su propio material, otros tantos se encuentran depositando todo en los recipientes correspondientes, algunos incluso aprovechan para limpiar allí mismo, y otros

tantos, después de la venta se encuentran simplemente en una especie de sociabilidad desinteresada en un visible estado de tranquilidad posterior. Sobresale la ausencia de comparaciones o competencias, aunque nadie regala nada y las medidas de los pesos y sus retribuciones son muy precisas y escrutadas.

Lo que allí sucede es básicamente el peso del material discriminado, la disposición de este según su clasificación y la obtención del dinero correspondiente.

Mi particular experiencia puede ser útil para describir el proceso paso a paso. Una vez adentro me ubico en un lugar esperando turno junto a varios más para el pesado del material. El pesado puede hacerse de diferentes maneras que varían según el material y la forma que se estime más eficaz para realizarlo rápidamente, nadie tiene tiempo que perder y las cargas son muy variables. El criterio fundamental es pesar todo discriminadamente. En mi caso, para facilitar y agilizar el proceso dado que a primera vista traía mucho hierro, primero fue pesado el carro entero cargado, luego me dirigí al lugar donde todo este tipo de material debe ser dispuesto (un gran contenedor metálico), para posteriormente pesar de nuevo el carro, la diferencia era el peso total del hierro aportado. El operario encargado de consignar el peso me prestó un imán, que siempre llevan consigo, para distinguir el material ferroso. Luego voy pasando por las diferentes basculas (unas más grandes que otras) cada material discriminado, mi ignorancia al respecto salta a la vista ante el dominio que sobre ello tienen los demás sujetos allí presentes. Luego de pesados todos los materiales y de disponerlos en el lugar que les corresponde en la bodega, el operario remite a una pequeña oficina un formato (figura siguiente) en el que ha consignado manualmente cada peso en la categoría que le corresponde.

Nombre: _____
 Vehículo: _____
 Matrícula: _____
 N.º **120342**

	BRUTO	TARA
ACERO INOX		
AL. CACHARRO		
AL. CARTER		
AL. PERFIL 1.º		
AL. PERFIL 2.º		
BATERIAS		
CALAMINA		
CU. BERRY		
CU. 2.º		
CU. CALDERIN		
CU. PVC		
LATÓN		
PLOMO		
RAD.AL./CU 2.º		
TARAS / MOT. ELECT.		
HIERRO MELE		
CHAPAJO		
BUTANO / EXTINTOR		
NEVERA / LAVADORA		
TV. / RUEDA		

Figura 16 Formato de peso del material aportado por proveedores para venta.

El intermediario lleva un registro de los proveedores (del que desde mi primera venta yo mismo ya hacia parte,) y con el insumo que le proporciona el operario introduce los pesos por código de material en un sistema informático que finalmente proporciona una factura de compra que determina el valor final del cambio. En este caso, un gestor formal registrado que ha aumentado su tecnificación, con dicha factura se procede a una máquina que lee un código de barras y entrega el dinero correspondiente. Como puede apreciarse en la figura siguiente, la factura detalla el gestor (nombre, CIF y código), un numero de proveedor, el número de identificación, el nombre, la dirección, el tipo de vehículo empleado y los datos de la compra (artículo -material-, código, peso y valor) e incluso una declaración de legalidad de los materiales. Un impresionante detalle elaborado formalmente sobre un trabajo, un trabajador y una relación irregulares y *oficialmente inexistentes*.

Al final, regalé mi carro a un chatarrero que trabajaba en una esquina junto a unos contenedores, en la misma cuadra de la bodega del intermediario, limpiando material producto del desmontaje de un aparato eléctrico de grandes dimensiones; abandonando así el personaje y el papel por un día interpretados a modo de variante participativa, pero con la certeza de la contundente inevitabilidad de la necesariamente excesiva dedicación a la práctica por parte de los chatarreros.

Entonces, además de ciertos detalles enunciados sobre los recorridos, la recolección y la destinación última en dirección al intercambio a partir de esta experiencia participativa, algunas cosas deben concluirse sobre la lógica general del intercambio y sobre lo que esta constituye en la práctica del chatarrero.

En estricto orden, una cosa más queda después de la limpieza, un proceso que es aparentemente tan sencillo como fundamental. El intercambio es la operación final del circuito informal de la chatarra que crean los chatarreros senegaleses y en el que tienen injerencia. A pesar de que la cadena general de la recuperación de metales sea, a todas luces, mucho más extensa, es aquí donde el ciclo *finaliza* y todo vuelve a comenzar para estos hombres. Se trata del momento definitivo y la instancia última que constituye el objetivo fundamental de todo su oficio: el intercambio del material por dinero.

Pero, a pesar de la posible generalidad regular, dicho momento y sus interacciones ostentan importantes variaciones y cada una de ellas implica operaciones previas que, aunque mucho menos extensas y exigentes que las anteriores, son igualmente importantes y definitivas.

Luego de limpiado y clasificado el material, este se encuentra dispuesto para incorporarse a lo que cada chatarrero estime como ideal en términos de un intercambio favorable económicamente.

Una vez los hombres llegan al patio y comienzan la limpieza, dan inicio también a un proceso de clasificación orientado funcionalmente al intercambio, a la venta del material y la obtención de una retribución dineraria, y que puede ostentar visibles variaciones en función de lo que les ha sido posible recolectar.

Algunos objetos recuperados y que aún conservan cierta funcionalidad operativa son revendidos a través de ciertas rutas poco recurrentes, generalmente por contactos directos e inmediatos, rebuscadores que buscan algo para hacer negocio en otras partes, fundamentalmente en el mercado de los Encants. Los chatarreros venden o canjean estos objetos a otro hombre que intentará venderlo para, a su vez, lograr algún margen de utilidad. Estos pueden ser sujetos muy diversos, de diferentes nacionalidades, pero también incluyen hombres senegaleses de edad relativamente avanzada y que antes habían sido chatarreros y ahora se ganan la vida con la venta ambulante o el intercambio en mercadillos.

Muchos de estos objetos también son incorporados en una especie de mercado interno. Los objetos se van almacenando hasta que se acumula una especie de stock suficiente para que venga alguien conocido y los compre, al por mayor, para enrutarlos en grandes cantidades hacia un mercado sumergido de electrodomésticos de segunda. El destino geográfico de estos flujos es aún muy confuso (por los límites empíricos de la presente investigación y no por ningún tipo de indeterminación propia de lo que ellos hacen); al parecer muchos se destinan a una especie de caravana de venta en el continente africano. Otra buena parte de los objetos recuperados, como ya se ha dicho, simplemente se incorporan al sistema instrumental de la vida cotidiana de *la Sunu Village*.

Por otro lado, el material limpio, por su parte, puede acceder básicamente a dos rutas de intercambio: o es vendido allí mismo y almacenado como chatarra propiamente dicha (material genérico mezclado), o clasificado y ordenado para su venta directa (y diaria) por cada chatarrero en bodegas formales cercanas que compran material discriminado. La distinción depende fundamentalmente del material. Latón, aluminio y algunas piezas

menores de hierro suelen ser vendidos allí; mientras que el cobre, el acero y otras variaciones más valiosas son conservadas para el intercambio individual en estos centros de acopio formal.

Lo que todos los chatarreros venden allí mismo es almacenado hasta que se acumula una cantidad significativa para llevar a bodegas periféricas más grandes que compran material mezclado a un precio mucho menor. Concretamente, cuando dispone de una cantidad significativa de material, AM llama a un contacto que viene con un camión negro que entra al patio y que todos ayudan a cargar por un costado con sus propias manos (otra jornada corta, pero intensiva, de trabajo colectivo). Luego el camión se dirige hasta una gran nave industrial en Sant Adrià del Besos haciendo (al menos en la ocasión que puede acompañarlo) una extensa ruta evitando grandes vías principales. Allí opera una gran bodega, informal a todas luces (irregular, no autorizada), de compra y almacenamiento de chatarra para recuperación a gran escala y en donde se vende por peso todo este material mezclado. El camión entra a una báscula, es pesado, luego pasa a una zona interior en donde se realiza el trabajo de vaciado y se amontona el material sin discriminar (otro momento, esta vez final, de trabajo duro y acelerado que en cierta ocasión tuvimos que hacer solos MC2 y yo mismo, aunque en el trabajo de carga hubieran participado alrededor de 12 personas). Luego el camión vuelve a ser pesado, esta vez de salida; la diferencia determina el valor monetario del intercambio. A su regreso al patio, el conductor presenta a AM el recibo de compra, cobra su parte y se va. Luego, el propio AM reparte entre algunos las ganancias; lo que usualmente deja muy inconforme a MC quien manifiesta trabajar muy duro por tan poco y se enfrenta a AM por considerarse timado.

Pero en su forma más regular, el intercambio implica una vuelta a la calle, igualmente solitaria y vulnerable, para un recorrido final que difiere sustancialmente del recorrido inicial de la recolección. En este caso se trata de una forma de flujo por el espacio aún más acelerada que la primera, en extremo decidida, sin titubeos, sin errabundeo, directa y precisa, siempre en busca de la ruta más corta y simple que lleve desde el patio de limpieza

a la bodega de venta. La experiencia del espacio sigue pasando por una apropiación experta y depurada, pero en este caso se trata de una experticia diferente en términos formales que ensancha el espectro del re-conocimiento urbano.

En cuanto acumulan el material recolectado y ya limpio, los chatarreros lo llevan discriminado, lo pesan uno a uno, lo ubican donde se les indique y luego pasan por la caja para ser liquidados. Un proceso absolutamente claro, bastante silencioso en términos de interacción, muy marcado en términos de precariedad y explotación, y claramente formal por lo que respecta al comprador.

Estas pequeñas bodegas céntricas -la mayoría de ellas formales- pueden comprar una cantidad muy variable de materiales y objetos, sus recibos muestran una amplia discriminación de materiales; prácticamente todo lo que los chatarreros recolectan podría ser vendido allí, siempre y cuando haya sido separado y clasificado.

En síntesis, objetos y material recolectado y clasificado, acceden a diversas rutas mercantiles en la fase última del proceso de recuperación. El intercambio constituye el momento fundamental en el que se crea el valor y en el que el material adquiere un equivalente monetario que constituye el objetivo instrumental de todo chatarrero. De allí que cada cosa recuperada acceda a una ruta específica en donde el chatarrero pueda llevar al máximo posible el cálculo y su equivalencia.

Pero sobre lo que sucede en general en las bodegas de los *gestores de residuos* es importante mencionar además que se trata de una figura oficial-formal que compra material irregularmente recolectado, en una operación-relación claramente no autorizada pero abierta y libremente ejecutada en la que además se expresan unas rígidas jerarquías y se concreta la marginación y la explotación.

Esto produce un escenario profundamente contradictorio que se complejiza aún más cuando se suma la evidencia de la subordinación y marginación del trabajo que pesa sobre los chatarreros: se trata de una abstracción extrema y radical, su trabajo carece por completo de valor, pues su retribución económica depende exclusivamente del precio de cambio del material recolectado por peso⁷⁸; una cifra muy susceptible a rápidas variaciones y definida desde un mercado bursátil del que ni siquiera conocen su existencia, de forma que se concreta una relación que produce un fetichismo del trabajo tan radical como *elemental* que borra por completo todo rastro de trabajo social concreto y que a su vez conlleva a un desperdicio y una pérdida esencial del tiempo de vida mismo (Patterson, 1985), un trabajo sin sentido ni propósito más allá de la subsistencia mínima. Hablando a puertas de una bodega de un intermediario, AM se expresaba con una claridad abrumadora sobre el asunto de una forma que aclaraba su conciencia sobre la propia alienación:

*“Siempre hay que trabajar mucho, siempre, así es esto. Pero igual no importa si tardas poco o mucho en recoger y en limpiarlo todo, lo que importa es el peso y el material, aquí a nadie le importa el trabajo ¿entiendes? [...]”*⁷⁹

Esta instancia concreta entonces una importante intersección con el sistema oficial y formal. Una vinculación que cierra un circuito irregularmente creado, al margen de lo normativo, detonada por el chatarrero, pero en la que el gestor participa activamente a sabiendas de los beneficios que de ella (en repetido número) puede obtener. Esta nueva intersección reintroduce el material en sus canales de circulación oficial, pero en el desarrollo de una relación de intercambio en la que las jerarquías, las distribuciones y las subordinaciones expresan una profunda desigualdad que ninguna de las partes parece poder resolver y en la que las mercancías (los residuos en este caso) y el dinero, no los hombres ni el trabajo, son los actores principales.

⁷⁸ A modo ilustrativo sobre la marginalidad del valor y los beneficios vale indicar aquí que fue posible verificar que el precio de compra del cobre pvc (uno de los materiales más *valiosos*) de un mismo gestor intermediario era de 1 euro por kilo (e incluyó unja bajada a 0,90) durante el primer cuatrimestre del año 2019 y de solo 1,10 euros el día de la venta personal que aquí se expuso llevada a cabo en diciembre de 2020, con lo que la marginalidad económica general se objetiva aún más.

⁷⁹ El Poblenu, 23 de enero de 2018.

3. Re-mercantilización

En una dirección consecuente frente a la transformación de las cosas a través de las prácticas de la recuperación que conllevan a su *restitución funcional*, el proceso de intercambio llevado a cabo por los recolectores informales constituye una especie de dinámica de *reincorporación mercantil* respecto de la circulación formal.

A pesar de que el discurso oficial sobre la recuperación se encuentre deseconomizado, los residuos continúan siendo mercancías, aunque de valores y utilidades marginales tan bajos que parecen cerca de su desaparición. Para ciertos sujetos marginales estos posibles beneficios hacen de los residuos la fuente de recursos y de la recuperación el mecanismo de abastecimiento. Este mecanismo, aunque informal y anormal, logra extraer los residuos del circuito formal para transformarlos y reinsertarlos nuevamente mediante el intercambio, con lo que se produce materialmente el valor marginal. Hay allí entonces una especie de re-formalización de las cosas desviadas antes por los chatarreros a través de un intercambio marginal e informal, oculto e inexistente en el que la propia cosa residuo domina las relaciones y enmascara toda dimensión social detrás de ella (el trabajo) al tiempo que se recobra el reconocimiento de su valor económico.

El proceso del intercambio hace saltar a la luz un contexto más amplio en el que se encuentra inscrito y una lógica subyacente al proceso general de recuperación de residuos. Por una parte, aparece el proceso de recuperación particular al que se dedican los chatarreros senegaleses y que constituye, en cierto sentido, un momento inicial de la gran cadena de la recuperación. A esto se suma todo lo que resta de esta gran cadena y que se asoma con pretensiones disimuladas, pero con absoluta claridad en las dinámicas del intercambio. El conjunto deja a la luz un gran flujo económico-productivo que, en términos agregados, es absolutamente formal, y dentro del cual los chatarreros se ubican en su *extremo marginal*, una especie de eslabón periférico marginado y, de cierto modo, regulado desde el centro formal del que depende.

Esta gran cadena de recuperación formal, no obstante su legitimidad, incorpora eslabones en un extremo que es absolutamente marginal pero que no por ello se queda al margen sino más bien *en* el margen, lo que resulta al menos paradójico, dado el papel preponderante que juegan en esas *primeras* y fundamentales fases del proceso (la captación y la discriminación por tipo) aquellos que ocupan dicho extremo: el trabajo del chatarrero aporta material, durante las primeras fases de recirculación de los residuos, en un importante grado de pureza (separación y clasificación: limpieza) que los sistemas oficiales mecanizados no logran alcanzar dados los costes marginales del proceso, y a un coste ambiental significativamente reducido por las propias características técnicas del proceso.

No obstante, el chatarrero es tan marginal como incorporado (aunque no asimilado). Se encuentra claramente inserto dentro de una cadena productiva, anclado al sistema económico monetario que la regula y lo explota, pero en su zona residual, donde el reconocimiento social es completamente ausente y en donde la retribución al trabajo no puede ser más que precaria.

Por otro lado, en este proceso de recuperación de objetos y materiales metálicos subyace una lógica de la restitución funcional y la reincorporación mercantil de las cosas que muestra evidencias acerca de los límites entre lo informal y lo formal dentro del proceso, y sobre cuándo y cómo se trascienden dichos límites.

La recuperación alude a una operación funcional que cambia el estatus físico de las cosas, pero más allá de esto supone también una destinación hacia la reincorporación mercantil de las mismas que cambia el régimen de valor y el estatus de intercambiabilidad.

En la recolección las cosas se restituyen a nuevos ciclos de uso y consumo, el chatarrero resitúa aquello valorado previamente como inútil dentro de un nuevo escenario funcional,

en el que nuevas formas de uso surgen y nuevos consumos son posibles. Por su parte, con el intercambio acontece una especie de reincorporación estructural de las cosas a las esferas del mercado, devienen en mercancías legítimas; la cosa es restituida, revalorada y reinsertada en un nuevo régimen de valor. En suma, las cosas pasan por un proceso de marginalización en la recolección inicial a una *ruta* formal en el intercambio (Appadurai, 1991).

Lo que acontece es una suerte de re-creación de dinámicas de intercambio (que crean valor), por fuera de los márgenes de la oficialidad, mediante la reincorporación de cosas que habían sido estimadas como residuos, desperdicios o basuras, a nuevas relaciones de trabajo, de consumo y de comercialización.

Ahora, este proceso es posible gracias a las *redes de intercambio*. La conformación de nuevas redes de contacto o la incorporación a redes de intercambio ya existentes es fundamental para cada chatarrero. Una vez claras dichas redes, el material fluye de una actividad informal y sumergida a otras instancias debidamente formalizadas dentro de la misma gran cadena económico-productiva; de la recolección informal en las calles, pasando por la limpieza en el *patio ocupado*, hasta la pequeña bodega o la gran nave que formaliza el proceso legitimando institucionalmente las cosas y su valor. De esta forma, gracias y a través de estas redes, y en particular gracias a la centralidad de la figura del intermediario (gestor), el material obtenido irregularmente y el trabajo informal son *lavados* mediante una operación que hace que los materiales obtenidos a través de actividades de recuperación irregulares entren en circuitos de recuperación oficiales; la red permite la formalización de lo informal y con ello la legitimidad de su propio extremo marginal, con las cosas como vehículo y la recuperación como su objeto.

Como se ha visto antes, las diversas vías del intercambio implican ciertas variaciones en las formas particulares del trabajo de recuperación de residuos y en las tácticas que se empeñan para realizarlo. Evidentemente, las variaciones en la recuperación (materiales

valiosos, electrodomésticos, chatarra propiamente dicha, otros objetos para intercambio irregular, etc.) implican diferentes actores y jerarquías en las relaciones de intercambio, que es importante señalar, aunque me haya sido imposible comprender.

En su forma más básica y elemental, el intercambio, la venta del material recuperado y clasificado, es un proceso, final en la labor del chatarrero, que alimenta aún más las complejas contradicciones en las condiciones objetivas del trabajo y en los significados que este grupo en particular construye sobre él. En este escenario se expresan las enmarañadas contradicciones de la sociedad de las mercancías y el valor, y se manifiesta claramente la abstracción total del trabajo social.

El chatarrero debe enfrentarse a la informalidad y la ilegalidad propias de su condición y de su particular forma de trabajo. Sin embargo, no encuentra inconveniente en el intercambio del material recolectado, lo hacen, como se ha dicho, en empresas y bodegas debidamente autorizadas, la cadena de la explotación se expone aquí con poco disimulo. El chatarrero asiste entonces a una especie de “lavado” del material por parte de un intermediario que restituye la oficialidad mercantil de una cosa que antes había sido recuperada irregularmente. Se pasa de una desviación (irregular, informal) a una ruta (oficial, formal). La re-mercantilización de las cosas aparece entonces como un proceso de cambio de la informalidad a la formalidad, de la ilegalidad a la legalidad, pero que es exclusivo de estas, no del trabajo y menos aún del trabajador. Se trata entonces de la oficialización del material mediante la salida de dicha desviación en la que fue previa y forzosamente introducido y en donde fue transformado, y la entrada en una infraestructura formal de circulación.

Esa suerte de restitución de la oficialidad mercantil de las cosas que es el proceso de intercambio en este contexto, sumada a la ausencia total de valor sobre el trabajo de recuperación que llevan a cabo estos hombres, marcan una segregación socioeconómica muy clara, delinea los márgenes con precisión. Al mismo tiempo, se crean unos lazos entre

la formalidad y la informalidad que rayan con la extrema dependencia de los marginados y desposeídos y se traza una frontera infranqueable que radicaliza la desigualdad.

La profunda contradicción que aquí parece inherente al fetichismo de las mercancías en un sentido “elemental”, en el plano de la experiencia particular crea una especie de frustración compartida frente al trabajo.

“Nuestro trabajo no vale nada [...] una miseria es lo que ganamos, y cada día lo mismo... ¡o menos! Pero hay que volver y seguir [...] Mira, todos estos hermanos llenan la chatarrería todos los días para que ellos ganen dinero y nosotros seguimos igual [...]” sentencia AB a la salida de un intercambio poco provechoso para él.⁸⁰ ¿Cómo puede estarse tan cerca y tan lejos de algo al mismo tiempo? Las contradicciones creadas por las condiciones en las que se producen ciertos intercambios mercantiles hacen posible que dos eslabones colindantes puedan expresar tan desiguales condiciones dentro de una misma cadena económico-productiva.

El intercambio bajo estas condiciones tiende a fortalecer el sistema de jerarquías establecido y a asegurar el lugar de cada cual dentro de la estructura general. El trabajo tal cual es llevado a cabo por los chatarreros senegaleses tiene asegurado su lugar marginal. Los hombres lo saben, lo que hacen no los conduce a ninguna parte, no hay movilidad social posible, y la incertidumbre y la indeterminación se afincan en el sentido que construyen sobre el trabajo y sobre sus vidas en general.

La dirección final de este movimiento, de la *desviación* a la *ruta*, detonada y mantenida por el trabajador recolector, es parte fundamental que soporta (u oculta a modo de chantaje) la radical abstracción del trabajo y la extrema precarización que padecen los recolectores informales: el trabajo carece por completo de valor, la basura-mercancía domina las relaciones y determina su retribución.

⁸⁰ El Poblenu, 7 de febrero de 2018.

Falta ver entonces el proceso que mueve dicha desviación, las operaciones y relaciones iniciales de la intromisión forzosa del chatarrero mediante las que se aproxima y extrae sus recursos. La recuperación informal aparece como un apéndice adherido a los circuitos formales de circulación, atado a sus zonas grises y ocultas. Este proceso, en tanto mecanismo de aprovisionamiento, es detonado en las calles mediante las prácticas de la *recolección*, el otro punto exacto, idéntico y opuesto al intercambio, en donde se produce la imbricación entre regímenes de valor formales e informales, es lo que podría decirse la fase inicial del abastecimiento en donde, en cierto sentido, comienza la producción del valor marginal.

VII

ESPACIO: RECORRIDO, RECOLECCIÓN, APROPIACIÓN

La imagen de un hombre negro africano empujando un carro de supermercado cargado de residuos por las calles de Barcelona, por algunas de ellas en particular al menos, parece haberse *naturalizado* en varios sentidos y por varias causas aparentes que van desde las estructuras institucionales hasta el arreglo social cotidiano generalizado.

Por supuesto, esta sugerencia acerca de una supuesta naturalización de un hecho social considerado hoy por hoy en cierto sentido “anómalo” requiere cierta explicación. Al menos una explicación que aclare el sentido y el contenido de tal idea en este contexto en específico y con respecto al caso en concreto que aquí nos ocupa, así no pretenda justificarla ni, mucho menos, legitimarla teóricamente.

El enunciado, ciertamente, podría estar profundamente equivocado; se requeriría un trabajo diferente del que aquí se presenta para resolver exhaustivamente la duda que plantea. Sin embargo, pareciera, por un lado, que la *invisibilidad* de estos hombres, producto de la desactivación política y la dispersión geográfica presionadas estructuralmente, los incorporara silenciosamente a un escenario de la cotidianidad urbana que termina por asimilarlos irreflexivamente como una especie de forma de borrarlos de la conciencia colectiva; dicha inexistencia es una condición que han alcanzado como resultado del abandono institucional que, paradójicamente, al olvidarlos los agrega; y, finalmente, se trata también de una naturalización casi involuntaria que despliega la cómoda idea de que esto es lo que estos hombres hacen, lo que saben hacer y lo que es “natural” a su condición y a sus modos particulares de vida; nada más lejos de la realidad.

Entiendo aquí entonces esta *naturalización* de la recolección informal y del recolector de residuos en dos sentidos muy específicos para el caso comprobados a través de la etnografía y que se expresan durante su jornada de trabajo en la calle: uno que se puede entender

como estructural y otro que señala una suerte de *acuerdo social tácito, silencioso* o lo que llama Michael Taussig (2010) un “secreto público”, del que nadie quiere hablar y al que pocos les interesa reconocer abiertamente su existencia, pero en el que todos participan y del que algunos se benefician.

La primera es una especie de naturalización institucional que se produce por el abandono derivado del paso atrás que dio la administración en materia de asistencia social respecto de la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran estos hombres y que ya habían denunciado. Luego de las medidas adoptadas, descritas anteriormente, los chatarreros subsaharianos dejaron de ser un asunto de la agenda de la administración pública gracias a que dichas medidas lograron silenciarlos y desagregarlos de forma que su existencia, ahora *poco problemática* para el *desarrollo urbano*, devino en una naturalización favorable a la negativa -silenciosa- de la asistencia y que se vio favorecida además por la necesidad estratégica en la que se vieron estos hombres de retornar a la invisibilidad. De esta manera, se trata aquí de una condición que han adquirido, la de la invisibilidad, la inexistencia social y esta especie de naturalización estructural, gracias a los procesos del “régimen de marginalidad urbana avanzada” (Wacquant, 2001) a los que se enfrentan y frente a los que sucumben; en particular al alargamiento de la distancia de la desigualdad social, al repliegue del Estado de Bienestar y a las dinámicas de precarización y estigmatización espacial.

La segunda es una naturalización mucho más difícil de señalar empíricamente pero que resulta igualmente evidente e innegable. Se trata de una suerte de acuerdo social tácito que, promovido por lo que divulgan los mecanismos institucionales, acude a la comodidad de lo que resulta agradable (Galbraith, 2008) y, ayudado por la propia táctica del chatarrero de tratar de ser lo menos visible posible, de afectar lo menos posible las condiciones *normales* del espacio que ocupa y usa, desarrolla un arreglo que promueve la eventual presencia del chatarrero como algo “natural” al paisaje urbano, algo que incluso puede llegar a pasar inadvertido a pesar de su estruendosa visibilidad. “Pasan a nuestro lado con

sus carritos de la compra cargados de chatarra oxidada y ni les vemos; la miseria se ha vuelto familiar” escribía Ernesto Ayala-Dip en columna de opinión del diario El País⁸¹.

Las condiciones y las prácticas en las que estos hombres se encuentran, si bien constituyen el centro del análisis de esta etnografía y aparecen a simple vista como un fenómeno lamentable pero regular, son una especie de coyuntura sostenida producto del afianzamiento de su fallida experiencia migratoria, pero distan mucho no solo de sus condiciones de vida en el lugar de origen sino también de sus propias expectativas respecto del contexto de destino y del trabajo en general. En ese sentido, ya es claro que esta etnografía trata, no de un grupo cultural en el desarrollo de sus modos tradicionales en sus propios dominios, sino de una comunidad marginada y desterritorializada enfrentando una especie de *coyuntura prolongada* que se ha instaurado en su cotidianidad pero que no por ello deja de ser excepcional.

Esta aclaración resulta especialmente importante en este punto para evitar partir de la idea -errónea pero muy posible- de que la forma de trabajo y subsistencia que se describirá a continuación hace parte de sus modos de vida culturalmente acordados. y para matizar que se trata en realidad de una condición coyuntural y en cierto sentido obligada que, no obstante, asumen acudiendo a sus propios principios, a sus modos de hacer (ahora adaptativos), a sus particulares concepciones especialmente sobre *el trabajo* en abstracto, y a los mecanismos, no solo instrumentales (claramente restringidos), sino también culturales en tanto modos de “ganarse la vida” (Narotzky & Besnier, 2020) de los que disponen para hacer frente a dicha coyuntura laboral y económica. Se trata así, no de una práctica laboral incorporada y desarrollada culturalmente, sino de una práctica de subsistencia que, a pesar de ser extraña, encaran a través de una mezcla entre sus propias lógicas y la característica habilidad para adaptar-se algunas de las ajenas.

⁸¹ El País, 27 de noviembre de 2013. Obtenido en: https://elpais.com/ccaa/2013/11/26/catalunya/1385489510_833827.html

Esta práctica, en la que estos hombres encuentran cierto resquicio para asegurar su supervivencia diaria y que luego se ha convertido también en la práctica a la que se encuentran inevitablemente atados, ha implicado drásticos cambios no solo laborales y productivos respecto de su cotidianidad en el lugar de origen sino también respecto de sus modos generales de comprender y relacionarse con el espacio y los medios de trabajo. No obstante, de algún modo, sus propias lógicas, aptitudes y principios persisten y caracterizan la forma particular en la que enfrentan su nueva condición.

De esta forma, se trata entonces de la creación, forzosa y adaptativa, de un nuevo modo de vida en el que crean mecanismos concretos para sostenerla, producen nuevos medios y adaptan los anteriores a un contexto diferente y a condiciones extremas y cambiantes. Estas condiciones son propias, por un lado, de la *crisis* que atraviesan familiarmente y que los obliga a migrar y a alterar su contexto de vida y, por otro, de la *crisis* sostenida experimentada en destino derivada de su marginación social y la imposibilidad de insertarse formalmente en el mercado de trabajo. De esta manera, la inestabilidad y precariedad de los medios de vida y la incertidumbre cotidiana propia de la *vida económica al día* hacen de la experiencia de estos hombres una crisis en continuo con un margen de acción violentamente restringido. El caso de los chatarreros senegaleses de Barcelona confirma la caracterización de “los períodos de crisis” que proporcionan Narotzky y Besnier; estos

“[...] exponen la fragilidad de las estructuras económicas de manera particularmente dramática. Al mismo tiempo conducen a las personas -cuando no las obligan- a crear nuevos medios de vida y a adaptar los anteriores a condiciones cambiantes. Las crisis indican una ruptura en la reproducción social, un desajuste entre las configuraciones de cooperación que solían funcionar, y producen expectativas y obligaciones particulares y una configuración diferente de oportunidades y recursos” (Narotzky & Besnier, 2020, págs. 29-30).

Uno de los hombres de mayor edad de la *Sunu Village*, *el viejo* le decían, aunque AM (y solo él) lo llamaba “El General” (nunca logré entender por qué), ya había sido chatarrero durante mucho tiempo e incluso, por temporadas, alternaba la manta y el carrito. Ahora, debido al desgaste físico y el cansancio propios de la edad y del trabajo que ha tenido que hacer, se dedica a *rebuscar* pequeños electrodomésticos u otros bienes de consumo de segunda (incluso comprados a sus compañeros senegaleses dentro del espacio compartido) para

revenderlos en el Mercat dels Encants, algo que le proporciona muy poco margen de utilidad y le hace cada día más difícil la subsistencia. *El viejo* expresaba de la siguiente manera este profundo cambio y algunas de sus sensibles implicaciones:

“Yo vine a España antes que todos ellos, no conozco a ninguno desde Senegal, yo sí sé que algunos se conocieron mientras venían, pero todos nos conocimos aquí [...] cuando nos juntamos para trabajar

[...] Yo estuve mucho tiempo solo y trabajé en los campos también pero después ya aquí sí, ya cuando empezaron a llegar muchos y a reunirse y organizarse pues yo también me junté, porque así es más fácil, así nos ayudamos cuando a alguno no le va bien y además estamos juntos y así no se siente uno tan lejos [...] Yo no conocía a ninguno de ellos, pero son mis hermanos ¿entiendes? y desde antes ya sabía que ninguno de ellos había sido mantero y menos chatarrero ¿entiendes? Ninguno era vendedor ambulante ni recogía chatarra de la basura [...] Solo los niños, a veces, recogen basura para vender

*[...] Ellos eran pescadores o trabajaban la tierra o en la construcción o eran vendedores, pero ninguno era chatarrero [...] Hemos tenido que aprender todo nuevo y cambiar todo, la familia, la tierra, el trabajo ¿entiendes? Aquí todo es diferente, lo dejamos todo y toda la vida cambió [...]*⁸²

Además de experimentar un drástico cambio en su cotidianidad y en sus prácticas laborales que los empuja a incorporar por la fuerza de la supervivencia unos nuevos modos de vida, estos hombres se ven inexorablemente involucrados en una gran cadena económico-productiva ajena y extraña pero que los vuelve dependientes de su extremo marginal. Nada hay de natural, de propio o de tradicional en su condición actual; muy poco queda, de hecho, de libre agencia o decisión en un marco de acción tan restringido.

En este proceso se genera además una pérdida del reconocimiento y la posición social. Fuera de su contexto, en donde sus modos y sus códigos no caben y casi que no significan, se encuentran en una condición de posición social indefinible, y la práctica a la que se han abocado implica cierta forma de desprestigio que ellos mismos reconocen. Mantienen muy claras y firmes sus ideas sobre la dignidad intrínseca del trabajo, pero saben haber perdido su estatus y su sentido sociales para ellos mismos, para su sociedad de origen y para la

⁸² *Sunu Village*, 8 de abril de 2017.

comunidad local; los chatarreros están ubicados en el margen inferior de la estructura jerárquica de la comunidad senegalesa en Barcelona y España. US2 lo expresaba mejor:

“Allá no éramos ricos ¿sabes? Pero teníamos todo [...] en todas partes es difícil, para todo el mundo ¿sabes?, pero en Senegal no era así (US2 gesticula mucho y señala repetidamente a su propio entorno) [...] y aquí ya no somos como allá, solo estamos nosotros, sin familia ni nada y ni siquiera entre nosotros aquí. A mi allá me conocía todo el mundo ¿sabes? [...]”⁸³

En Senegal estos hombres no tenían mayor relación con los residuos urbanos que la de generadores a partir de sus prácticas domésticas o laborales cotidianas. No obstante, es llamativo como se vieron o bien en la situación de “sobrar” en su contexto de origen y con relación a las expectativas que sobre ellos se depositaban (resultar una carga familiar y no cumplir con poder cumplir con las responsabilidades económicas por los medios de los que disponían), o bien su presencia fue *sacrificable* en virtud de las necesidades, las obligaciones de parentesco, y las expectativas del grupo en general sobre las oportunidades que eventualmente brindaría el contexto de destino. Por otra parte, es claro de que se trata de “seres humanos residuales” con relación al sistema económico global dominante (Bauman, 2005) y en su cotidianidad en el contexto socioeconómico de destino. De esta forma, estos hombres son algo así como *sujetos social y territorialmente residuales*. Las relaciones que este grupo marginado desarrolla con los residuos son tanto metáforas precisas como realidades concretas.

Ya en Barcelona establecen rápidamente una relación de extrema supervivencia con los residuos urbanos; una relación en la que, a pesar de no haberla experimentado antes, desarrollan una acelerada experticia. Se ven inevitablemente presionados a asumir una forma de trabajo de subsistencia absolutamente coyuntural que, de manera irregular, los relaciona de forma dependiente e infranqueable con los residuos y que implica una compleja imbricación con el espacio urbano y con las infraestructuras que desborda sus destinaciones y sus límites funcionales.

⁸³ *Sunu Village*, 19 de junio de 2017.

Esta especie de contradicción que se expresa en el drástico cambio del contexto de vida y en la imperiosa necesidad de crear un modo nuevo no se detiene allí, caracteriza también la particular experiencia laboral y, en concreto, la que tiene que ver con el trabajo en la calle.

El régimen de informalidad en el que se insertan es uno constituido, en lo que puede considerarse como su escalón más bajo, por prácticas laborales *callejeras* de subsistencia (Pfau-Effinger, Flanquer, & Jensen, 2009). En este nivel la informalidad ya dista mucho de ser un fenómeno oculto, subterráneo, invisible u oscuro; por el contrario, se vuelve *público*, acontece en lo público y se hace profusamente visible, se despliega abiertamente en el espacio, con, a través, sobre y a pesar de él.

Y, finalmente, a pesar de su condición irregular y anómala esta particular forma de trabajo implica el desarrollo de depuradas técnicas y tácticas particulares y de una vinculación experta y sensible con el espacio urbano; a pesar de la disrupción que representa la práctica y de la experiencia de desterritorialización en la que se encuentran los actores, se desarrolla paralelamente una fuerte apropiación espacial. Mas allá, las interacciones que se propician en la recolección informal de residuos y las intromisiones e interrupciones, forzosas e ilegítimas que desarrolla sobre el espacio y los sistemas que lo instrumentalizan derivan en una especie de ecología alterna del reciclaje, adaptativa y que genera sus propios ritmos y relaciones, que es simbiótica al sistema oficial de recogida de la ciudad y que crea su propia infraestructura.

En este capítulo se describirá uno de los tres grandes momentos de la práctica laboral cotidiana de estos hombres, el primero de ellos si ordenamos dicha práctica de un modo lineal instrumental. Se trata de la práctica de la recolección de residuos y, con ello, de las relaciones que esta implica con las infraestructuras y con el espacio urbano en general.

1. Marginalidad, trabajo en las calles, visibilidad y apropiación

La *nueva pobreza urbana* no es una cuestión exclusiva del gueto negro, ni de la cité, ni siquiera aun de la universalmente llamada *periferia urbana* de las grandes ciudades. La marginalidad se atomiza y se extiende creando “enclaves de pobreza” (Wacquant, 2001) en los que se concentra, pero de forma desplegada en toda la extensión urbana y que además se extienden y se muestran cotidianamente como una especie de *territorios de exclusión en movimiento* intentando conectarse con las cadenas económicas formales por las prácticas mismas de la subsistencia de los pobres. Producto de los incesantes flujos migratorios, la precarización del mercado laboral y los efectos de dispersión que tienen las políticas públicas represivas, estos enclaves se reproducen de múltiples formas y tamaños, y a lo largo y ancho del tejido urbano.

Dicho proceso de marginación constituye parte de la proyección objetiva de las contradicciones inherentes al trabajo, las mercancías, el valor y el capital que, en medio de su oscura lógica económica, no cesa en “la producción de ‘residuos humanos’ o, para ser más exactos, seres humanos residuales” (Bauman, 2005) abocados a procesos coyunturales y adaptativos de creación de nuevos modos de vida que permitan al menos sostener su subsistencia.

Se trata de los parias de la modernidad que se ven convertidos, cual mercancías obsoletas, en auténticos residuos. Esta alusión dista mucho de ser solo metafórica: la producción de *residuos humanos* implica un proceso acumulativo y cambiante de marginación sostenida; dicho proceso arroja a las personas a una zona por completo residual respecto del *sistema social organizado*; allí donde aquellos que son recludos ya no sirven para nada, “ni siquiera para ser explotados” (Jappe, 2009) y donde en muchos casos deben sostener su vida a través de una estigmatizante y peligrosa cercanía (productiva y reproductiva) con los residuos urbanos.

El “régimen de marginalidad urbana avanzada” del que habla Wacquant (2001) está caracterizado fundamentalmente por el recrudecimiento de la desigualdad social en un contexto de avance productivo y prosperidad económica global; por la “mutación” del trabajo en términos de eliminación de empleos y de degradación de las condiciones básicas de los escasos restantes; por el repliegue de la asistencia, su conversión hacia la vigilancia y el control, y el achicamiento en general del Estado de Bienestar que junto con las fuerzas del mercado modelan la desigualdad; y por la conglomeración y la concentración espacial de la pobreza a áreas irreductibles a las que no se debe ir y de las que no se puede escapar con lo que se reproduce un “penetrante estigma territorial”.

Independientemente de los términos que se usen para designar este régimen y a los grupos de personas sobre los que opera (infraclase, nueva pobreza, exclusión social) devela sus signos en las ciudades de los países avanzados con estruendosa evidencia:

*“Hombres y familias sin hogar que bregan vanamente en busca de refugio; mendigos en los transportes públicos que narran extensos y desconsoladores relatos de desgracia y desamparo personales; comedores de beneficencia rebosantes no solo de vagabundos sino de desocupados y subocupados; la oleada de delitos y rapiñas, y **el auge de las economías callejeras informales** (y las más de las veces ilegales), cuya punta de lanza es el comercio de la droga; el abatimiento y la furia de los jóvenes impedidos de obtener empleos rentables, y la amargura de los antiguos trabajadores a los que la desindustrialización y el avance tecnológico condenan a la obsolescencia; la sensación de retroceso, desesperación e inseguridad que ganan las barriadas pobres, encerradas en una espiral descendente de ruina aparentemente imparables, y el crecimiento de la violencia etnorracial, la xenofobia y la hostilidad hacia los pobres y entre ellos” (Wacquant, 2001, pág. 170)(la negrita es mía).*

La más reciente y aun sostenida crisis económica mundial y la expansión numérica y geográfica de la pobreza urbana han reforzado este proceso de marginación que a su vez ha mantenido e incrementado esta expansión de las economías informales. En este contexto de crisis e incertidumbre, en el que para muchos la idea de un futuro mejor o simplemente de mejoramiento de las condiciones de vida está inevitablemente atada a la movilidad geográfica, se acontece el desarrollo de variadas y complejas formas para vida económica, de encontrar recursos cada vez más difíciles de adquirir y de proyectar un

posible futuro (Narotzky & Besnier, 2020). La vida económica en estas circunstancias incluye entonces la participación en enmarañadas redes de aprovisionamiento, el desarrollo de múltiples dinámicas de reciprocidad, transacciones económicas a diferentes escalas, la conformación de colectividades de cooperación y apoyo y, por supuesto, las prácticas laborales mismas – informales, callejeras – que se ubican en el centro de ese conjunto de formas mediante las que estas poblaciones intentan “salir adelante” (Palomera, 2014).

Producto del trabajo de observación que se ha llevado a cabo en las calles de Barcelona he podido comprobar que bajo estas condiciones la marginalidad misma produce a su vez, en los trabajadores de la calle, una potente dependencia respecto de la vida económica urbana en general y más en concreto, según el caso, respecto de determinados circuitos formales de intercambio y circulación. Esta dependencia se dinamiza precisamente a través de las prácticas informales y en medio de los difusos límites entre unas y otras expresando sus contradicciones y, en especial, sus conexiones, en las que en el caso de los chatarreros en particular se produce además una codependencia producto de un mutuo beneficio que, no obstante, es marcadamente desigual, justamente marginal.

Entiendo aquí que la marginación no constituye un proceso de expulsión de un sistema agregado y general; no es en precisión una forma absoluta (total) o completa de dejar *por fuera* -excluir- a alguien de una esfera, un escenario o un campo social determinado. Esto podría considerarse incluso, al menos para el caso, fetichista, en el sentido de que una supuesta exclusión de ese tipo vela la verdadera codependencia y el fehaciente hecho de que la marginalidad misma y el régimen de informalidad en el que se insertan buena parte de los marginados son en parte producto de la organización socioeconómica jerárquica, de la clasificación y la discriminación que esta demanda, y de los circuitos económicos mismos en los que la acumulación se ve favorecida por la creación de sus propios márgenes.

Los trabajadores informales callejeros, marginados de los beneficios y los privilegios, paradójicamente, se encuentran conducidos a una dependencia casi absoluta de los grandes circuitos económicos a los que se unen por la fuerza de la subsistencia, con los que

les es preciso sostener buena parte de sus relaciones de subsistencia-explotación y, por supuesto, en los que participan de manera *productiva*. A través de sus prácticas informales, no reconocidas, precarias se conectan productivamente con estos circuitos creando una especie de zona marginal en la que, a pesar de su presumible aporte, el valor y el beneficio son también marginales.

Las calles de Barcelona, además de su exuberante belleza arquitectónica, su promesa de orden e higiene y su diversidad inclusiva (la de los ciudadanos) también devela una profunda fragmentación y una muy visible desigualdad socioeconómica en la que la distancia social no puede ya contener las superposiciones e interconexiones; muestra con cruda evidencia, al mezclarlos en *lo urbano*, a los que están dentro, a los que están fuera y la distancia que los separa, y deja aparecer un amplio panorama de marginalidad económica, segregación espacial e informalidad laboral, concretamente de trabajo callejero de subsistencia, buena parte del cual es llevado a cabo por inmigrantes sin papeles de diversos orígenes dentro de los que desde al menos 10 años destacan los africanos subsaharianos.

Muy a pesar de lo que proyectan múltiples imágenes e imaginarios de un *modelo de ciudad* comprometido con el ideal “ciudadanista” de la democracia ahora y para todos, el orden y las virtudes cívicas (Delgado, 2016), este panorama es vasto – amplio espacial y geográficamente – y numeroso.

Considero importante señalar brevemente un par de estas variaciones para mencionar ciertos elementos importantes de este *tipo* de trabajo informal que se caracteriza fundamentalmente por un particular localización y forma de uso del espacio público, y sus relaciones colectivas con las instituciones. Esto interesa respecto del contexto laboral específico en el que se desarrolla la práctica particular del chatarrero en tanto sujeto que hace parte de gran cumulo de población que desarrolla buena parte de su vida económica en los márgenes irregulares de la organización social y bajo unas condiciones de segregación

espacial que a pesar de desterritorializarlos, en el sentido de restringir y dificultar su propia experiencia socioespacial, los conduce a una cotidiana e inevitable apropiación forzosa (y en ocasiones por la fuerza) del espacio; sin trabajo, sin papeles, sin reconocimiento, invisible, ¡ilegal!, no tiene más remedio que hacerse espacio, hacerse público. Esto permitirá señalar al menos brevemente algunas de las tensiones particulares que se generan entre lo formal y lo informal derivadas de algunas de estas prácticas, de sus cualidades particulares y de sus tácticas espaciales, sin el ánimo (ya que no viene a lugar) de resolverlas en detalle. Estas breves descripciones, enfocadas sobre ciertos aspectos muy concretos, son fruto del trabajo de observación directo propio, de diversas las conversaciones sostenidas con diferentes trabajadores de la calle en reuniones llevadas a cabo con otros investigadores y con el apoyo del Espacio del Inmigrante y el colectivo Top Manta, y de la revisión de algunos documentos normativos y de prensa.

La prensa local y nacional publicaba por los meses de septiembre, octubre y noviembre de 2015⁸⁴ noticias y opiniones sobre la presentación de un informe por parte de la teniente de alcalde Laia Ortíz sobre la “venta ambulante ilegal” en la ciudad de Barcelona, y sobre la constitución del primer Sindicato Popular de Vendedores Ambulantes, conformado autónomamente el 10 de octubre de ese mismo año por *manteros* de origen subsahariano. El informe, así como su presentación y lo manifestado por Ortiz en su primera reunión con los *manteros*, dejaban clara la importancia de abordar el asunto socialmente y no solo a través de medidas policiales aun cuando lo define como “ilegal”. El mismo documento aseguraba que existen alrededor de 400 vendedores ambulantes en Barcelona y que no existen elementos para estimar que se organizan a través de mafias. No obstante, hoy por hoy, el sindicato y organizaciones que lo apoyan como el Espacio del Inmigrante o Tras La Manta, siguen denunciando la persecución y el abuso policial, y la estrategia punitiva de la política pública que no mengua; además, también han sido presentados como una

⁸⁴ Por ejemplo: La Vanguardia 17/09/2015

<https://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20150917/54435322650/barcelona-deteca-395-vendedores-ambulantes-ilegales.html>; El Mundo 16/10/2015

<https://www.elmundo.es/cataluna/2015/10/16/562103fee2704eb6538b465c.html>; El País 11/11/2015
https://elpais.com/ccaa/2015/11/11/catalunya/1447246455_620601.html

organización delictiva y criminal (es decir, de carácter internacional) que opera a modo de mafia a través de sus estructuras de organización religiosa, esto según un artículo de prensa del diario El Periódico del 24 de febrero de 2019⁸⁵ que dejaba entrever que además de ser perseguidos por su particular trabajo en tanto forma comercial y el uso irregular del espacio mediante el que lo llevan a cabo, son también señalados como peligrosos en virtud de su adscripción y participación en determinada organización religiosa, de la que no desean prescindir puesto que, además de permitirles sostener su actividad religiosa, representa un importante apoyo de colectivización en torno a la sociabilidad entre pares y al trabajo mismo en destino. El sindicato y sus repetidas negociaciones con el ayuntamiento no ha logrado producir ni una salida viable al “problema” de las ventas ambulantes, ni opciones dignas e incluyentes que permitan al colectivo normalizar su situación. Mientras tanto y ante la coyuntura actual que los criminaliza, el sindicato sigue luchando por el reconocimiento de los derechos civiles de los manteros, organizando con cierta regularidad manifestaciones pacíficas como el “mercadillo rebelde” que concentra un gran número de ellos en un espacio reducido (por lo general en la Rambla de Barcelona) con el objetivo de hacerlos visibles, de generar cierta conciencia y cohesión entre ellos y con otros vendedores y, de paso, lograr un buen día de ventas a través de la práctica misma como forma de manifestación pacífica.

El trabajo del matero consiste en la venta ambulante (semi-estacionaria para ser precisos) de diferentes tipos de productos, dentro de los que destacan las prendas de vestir y accesorios “de marca” en el espacio público de la ciudad orientada principalmente hacia la población turística. De allí se desprenden tres asuntos de interés aquí: los productos, el *espacio público* y las otras prácticas (la turística y la comercial de tipo formal principalmente). Los manteros obtienen sus productos, imitaciones y falsificaciones de grandes marcas comerciales, mediante una transacción regular (legal) en establecimientos formales de venta al por mayor generalmente ubicados en Badalona o Sant Adrià del Besòs

⁸⁵ Consultado en: <https://www.elperiodico.com/es/sociedad/20190223/cofradia-islamica-senegalesa-mouride-domina-top-manta-espana-7256308>

y muy comúnmente de propiedad de familias de origen chino como he podido comprobar en varias visitas a la zona⁸⁶. Sobre la forma en que se producen, se movilizan y se comercializan este tipo de productos no es posible ofrecer detalles aquí, sin embargo, el hecho de que los manteros sean perseguidos no solo por la irregularidad de su práctica laboral sino también por la de los productos (marcas) que ofrecen señala ya grandes interrogantes en torno a la tensión entre lo formal y lo informal derivada de la *autenticidad* del producto y del consecuente valor que se construya en los diferentes intercambios de los que es objeto. En reunión sostenida con varios manteros, académicos e investigadores con motivo de proponer una réplica a la nota de prensa del diario El Periódico mencionada arriba, uno de ellos (que aquí llamaré simplemente LA) comentó al respecto que habían recibido una denuncia por varios cientos de miles de euros interpuesta por una gran marca en razón de una supuesta violación de derechos de propiedad, *“nosotros compramos legal [...] ¿por qué nos dicen que (la mercancía) es ilegal y nos denuncian por la marca a nosotros?”*. En este caso, el flujo al que los manteros someten las mercancías implica una especie de ilegalización de estas al moverlas de un cauce mercantil aparentemente regulado y autorizado a uno que no lo es. Es claro también que el mantero hace visible un fenómeno de mayor escala sobre las diferentes producciones y circulaciones de mercancías que lo convierte de paso en una especie de chivo expiatorio. Según ellos mismos esta es una de las razones que motivó la creación de una marca propia, Top Manta, que incluso fue lanzada con apoyo y seguimiento mediático de la plataforma Play Ground el viernes 6 de abril de 2018 y que les ha permitido a varios de ellos, miembros del Sindicato, dejar de ser manteros en sentido estricto y con ello escapar de la difícil situación en la calle en materia de represión policial.

⁸⁶ Una de estas visitas tuvo lugar durante un taller-“deriva” orientado por Francesco Careri en el invierno de 2016 en el que pudimos visitar de una forma marcadamente estética los “límites” de la ciudad y “penetrar” en algunos de estos comercios y sus zonas privadas, en donde, una vez adentro, es fácil identificar toda una conformación colectiva y un modo de vida propio y singular ajeno a las costumbres locales, cerrado sobre sí mismo y muy hermético, como blindado frente a la posible influencia *externa* del contexto de acogida (Careri, 2002).

Pero sin duda la característica por la que la venta ambulante informal en general, y la de los materos africanos en particular que es especialmente numerosa y extensa, es sistemáticamente reprimida en el escenario de lo urbano es la relacionada con el uso del *espacio público*. El término matero señala directamente al objeto que usan para disponer y exhibir sus productos, generalmente sobre el suelo. La manta es modificada de forma que se dispone en ella una cuerda sujeta a sus cuatro esquinas que les permite recogerla cerrándola sobre si misma de forma casi instantánea para permitir cierta forma de almacenamiento y transporte, pero especialmente para facilitar su huida en caso de control policial y evitar detenciones y decomisos. La práctica, si bien es ambulante en el sentido de que se instala y se desmonta al principio y al final de cada jornada, requiere necesariamente de estaciones relativamente prolongadas para la exhibición y venta que además se realiza en numerosos grupos que ocupan amplia y temporalmente puntos estratégicos de la ciudad como imperativo táctico espacial. La búsqueda de la oportunidad de venta implica entonces que se solape y comparta espacios y tiempos especialmente con las actividades turísticas de ocio, recreación y recorrido por la ciudad. Con esto, la actividad de los materos aparece como una práctica especialmente disruptiva en materia del orden espacial de la ciudad, pero sostenida por una de las principales vocaciones urbanas de Barcelona. En clara contravención de varios marcos normativos como la *Ordenança sobre l'ús de les vies i els espais públics de Barcelona* y la *Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público de Barcelona* que directamente prohíbe la “venta ambulante” salvo “autorizaciones específicas”, los materos despliegan sus puestos en grupos numerosos y en amplias zonas de gran concurrencia y flujo peatonal, de forma que se enfrentan de cara no solo con las restricciones legales sino también con las del espacio ideológico y estético-político que promueve el orden y la formalización institucional. Paradójicamente quizás los materos también enfrentan una lucha cotidiana con el espacio mismo, con su conformación material particular que restringe y direcciona los usos y que, no obstante logran subvertir a través de un proceso de apropiación que incluye la identificación de lugares estratégicos, el desarrollo de tácticas espaciales adaptativas y de enfrentamiento de las regulaciones y persecuciones policiales, y la

transformación temporal misma del espacio mediante su incorporación en la dinámica de lo urbano cotidiano del itinerario turístico barcelonés. Finalmente, también hay que destacar que su práctica, la forma de uso del espacio urbano que esta implica y las relaciones con los marcos formales los ponen en conflicto (a veces silencioso a veces manifiesto) con otros comerciantes, hosteleros, restauradores y habitantes vecinos de los barrios que frecuentan que, de hecho, han conformado una “Plataforma de afectados por el Top Manta” que manifiesta perjuicios provocados por una actividad que “no es positiva absolutamente para nadie”, que desconoce o como mínimo no se interesa por la situación de vulnerabilidad y precariedad en la que se encuentran los materos, que presiona insistentemente al ayuntamiento para que tome medidas de erradicación y que celebra, léase bien, los operativos para “combatir la presencia de ventas ambulantes”⁸⁷.

El mismo LA comentaba, “¿por qué unos si pueden y otros no, por qué a nosotros nunca no?”; otro interesante señalamiento que, aunque no puede ser resuelto aquí, señala hacia las complejas tensiones entre los trabajadores informales y la institucionalidad estatal de la formalización y sobre la legitimidad (o no) diferencial que se construye sobre el uso del espacio por parte de unos u otros.



Figura 18 Manteros y puesto de venta autorizado en Plaza Catalunya, Barcelona, 17-11-2017. Foto por el autor. Foto por el autor.

⁸⁷ Diario La Vanguardia, Barcelona, 01-08-2019: Plataforma de afectados por el top manta pide que no se ataque el operativo con "intereses partidistas". Obtenido en: <https://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20190801/463805289358/plataforma-de-afectados-por-el-top-manta-pide-que-no-se-ataque-el-operativo-con-intereses-partidistas.html>

Probablemente uno de los grupos con mayor número de colectivos *organizados y formalizados* sea el de los músicos de la calle. Justamente de allí se deriva que se trate de un caso que invita a pensar sobre las relaciones con las instituciones y sobre las diferencias entre la formalización o regulación y la protección o el reconocimiento que se concretan en la propia experiencia económica cotidiana de los trabajadores. Lo que llamamos *la calle* se amplía en este caso e incluye aquí diversos puntos de las estaciones del metro y una serie de lugares específicos claramente demarcados y *custodiados*, poco que ver con el *espacio público* de lo colectivo y lo espontáneo y tal vez mucho con el de lo ideológico, el del orden y el control.

A partir de lo expresado por los propios músicos se puede decir que estos grupos experimentan una determinación territorial tan restrictiva que opera como una especie de *segregación espacial formalizada*. Diferentes colectivos, en diferentes grados y formas de organización, como el de músicos del metro, el de músicos de la calle y el de músicos del *Park Güell*, acuden a esta normalización que más que reconocerlos los invisibiliza aún más. Se trata de grupos de músicos que se ven en la obligación de llevar a cabo negociaciones en las que se hallan en clara desventaja, por su propia necesidad y el deseo mismo de obtener la autorización formal para trabajar con el Ayuntamiento de Barcelona. “*Al principio uno cree que es lo mejor ¿sabes? Para evitar que te persigan y te decomisen la guitarra y para que te dejen trabajar si te ven que llevas el carné y tienes permiso*”⁸⁸ dice AL, uno de los músicos implicados; pero en el plano de la realidad cotidiana, para lograrlo, deben aceptar que se les determinen restrictiva y restringidamente los puntos (muy escasos), las franjas horarias (en extremo reducidas), los decibeles máximos, los instrumentos permitidos y hasta el repertorio, para poder llevar a cabo su actividad. Desde el año 2004 el proyecto Música al Carrer intenta regular la actividad de los músicos de calle en el distrito de Ciutat Vella, el único de la ciudad en el que se les autoriza a trabajar. Aunque según el ayuntamiento se planeaba incrementar el número de puestos y adicionar algunos fuera de Ciutat Vella, para el 2017 solo 118 músicos contaban con la licencia y debían coordinar entre

⁸⁸ Espacio del Inmigrante, abril de 2016.

ellos, junto con el Centre Cívic Convent de Sant Agustí, el reparto mensual y semanal de emplazamientos y horarios en los escasos 21 puntos autorizados, en los que cada uno solo puede tocar o cantar dos horas al día y no más de cinco días a la semana. Luego de presentarse a concurso, habiendo demostrado cumplir una serie de requisitos mínimos relacionados con la calidad y la experiencia musical, son seleccionados por sorteo y la situación a partir de allí, según los propios miembros de la asociación de músicos, “no mejora y ni siquiera dignifica”. Según AL, se han producido muchos conflictos internos derivados de las presiones a las se ven sometidos por la escases de espacios y las restricciones directas sobre las condiciones laborales y las características específicas de la actividad musical, “[...] cada semana hay un problema entre nosotros por los espacios y los turnos [...] y trabajar así es triste para los artistas [...] y es imposible ganarse la vida así”. La regulación está lejos de permitir el desarrollo libre de su propia actividad y más bien reprime la dignificación misma del trabajo al tiempo que lo abandona y lo somete a la desprotección absoluta formalizada.

«Los músicos nos constituimos como asociación⁸⁹ a finales del 2014 para poder sentarnos con el Distrito. Había el rumor de que el Ayuntamiento planeaba cobrarnos por primera vez una tasa por ocupar la vía pública, como ya hace con las estatuas humanas, por ejemplo [...] Algunos, muy pocos, tocan por puro arte. La mayoría es porque no tienen otra manera de ganarse el pan y muchos están viviendo por debajo del umbral de la pobreza»⁹⁰.

Podría hablarse aquí de una especie de *informalidad formalizada* en el sentido de que se trata de un proceso que si bien establece una lógica reguladora esta no logra convertirse en un mecanismo que los actores puedan usar como apoyo para crear una base laboral sólida o insertarse como trabajadores en un circuito económico formal, más bien puede verse como un proceso en el que se les abandona formalmente a la precariedad del libre mercado de la calle, al tiempo que se les *contiene* en lo que es claramente una práctica espacialmente controlada. De esta forma, ayuda a mantener a la práctica de forma casi insuperable en la

⁸⁹ Se refiere a la Associació de Músics i Intèrprets de Carrer (AMIC).

⁹⁰ Fragmento de entrevista realizada por el diario El Periódico a uno de los miembros de AMIC, obtenida en: <https://www.elperiodico.com/es/ciutat-vella/20150217/licencia-para-tocar-en-la-calle-3945856>

franja de las actividades sin protección y con ingresos marginales y no a salir de ellos al tiempo que, niega la condición y los derechos de los trabajadores:

“por eso nosotros no somos trabajadores, somos parte de la cultura de la ciudad, pero no nos reconocen como trabajadores, ni ahora con los progres, yo lo he dicho muchas veces [...] todos tenemos que buscar trabajo y hacer otras cosas obvio, pero los que no consiguen pues tienen que seguir en la calle, un rato con el carné y el resto del día en donde pueda, haciendo muchas otras cosas con la música y diferentes también, pero tocando en la calle y muchos tienen miedo de que les cojan el instrumento y les quiten el permiso o algo pero igual salen, sí, porque si no que...”⁹¹

En estas reuniones que hicieron parte de una iniciativa – informal valga decir – que se denominó “la calle para quien la trabaja” entre trabajadores de la calle, investigadores y activistas sociales se confirmaba que la regularización puede representar una base muy fundamental para la actividad económica de algunos trabajadores en particular pero que es por principio y alcance discriminatoria y selectiva, restringida por los términos institucionales y de carácter punitivo con frente a su posible contravención. La tensión informal (trabajador de la calle) – formal (en el sentido de en cumplimiento de las leyes) se expresa en un manifiesto control espacial y ambiental de la música y los músicos de la calle, sobre las cualidades mismas de la participación de estos últimos en la dinámica urbana cotidiana de una de las zonas de mayor interés turístico y comercial de la ciudad y sobre quienes pueden hacerlo y sobre quienes se refuerza la prohibición.

Esta dinámica discriminatoria de la selección restringida de actores autorizados y del constreñimiento espacial de su actividad propia de los proyectos de regularización también la experimentan cotidianamente otros colectivos. Por ejemplo, la Asociación de Amigos, Vecinos y Comerciantes de la Rambla y la Plaza Catalunya (quienes también se han manifestado abiertamente como afectados por el “top manta”) ha presionado la creación de un proyecto de normalización (y reducción) de las prácticas de los artistas de La Rambla que se vienen dando desde el año 2006 como parte de la implementación de la “Ordenanza de Civismo”. Primero los pintores, después los caricaturistas y las estatuas humanas quienes

⁹¹ Espacio del Inmigrante, abril de 2016.

para tal fin conformaron la “Asociación República de las Estatuas Humanas de la Rambla de Barcelona” y que fueron muy activos en su negociación, se sumaron a esta regularización que ha implicado cierta normalización respecto especialmente de los lugares específicos, los horarios y el tipo de actividad que puede desarrollarse en dicho espacio, indicando por supuesto y al mismo tiempo quienes no pueden hacerlo. De esta forma las condiciones de los acuerdos han ido cambiando con cierta *regularidad electoral* y con el Plan Cor, iniciativa liderada por la Asociación antes mencionada, que constituye el plan de usos propio de La Rambla que propone implementar una serie de medidas en cuatro años a partir de 2012 aprobadas por consenso en el Ayuntamiento, se encaminó, en lo que respecta a la regulación de los artistas y a pesar de su expresa negativa, hacia la reclusión espacial de sus prácticas concentrándolas todas en el tramo final -en dirección al mar- del paseo, el establecimiento de límites en su número y el control sobre los requisitos y cualidades mínimas exigidas (Porras & Espinosa, 2016).

Los artistas de la Rambla, a pesar de su identificación y carné, no logran ascender de las franjas del trabajo informal precario y marginal; su reconocimiento no implica más que la regulación restrictiva de su actividad, el control de su aparición espacial y, con ello, de su vida económica-laboral, pero en ausencia absoluta de un reconocimiento institucional que proporcione algún grado de protección. La regulación no está necesariamente vinculada al reconocimiento y menos a la protección y de hecho puede producir la creación de fronteras mucho más difíciles de flanquear en términos de movilidad social (Bromley, 1979). En el caso de Barcelona concretamente ha tendido además a una invisibilización institucional por ocultamiento repetida como señalan Julián Porrás y Horacio Espinosa (2016): “Desde el gobierno del tripartito, con la regularización de actividades en la Rambla y la implantación de la Ordenanza de Civismo de 2006, la institucionalidad ha aprendido cómo ordenar para ocultar, para olvidar”, señalando el fracaso histórico de la regularización en tanto procesos de inclusión o descarte de formas de hacer y trabajar en la ciudad que ha conducido al abandono legítimo y al ocultamiento de la precariedad y la vulnerabilidad de los invisibilizados.

Como ya se ha mencionado anteriormente para el caso concreto de los chatarreros senegaleses en medio de la coyuntura del masivo desalojo de “La Nave” y la creación del fallido y ya extinguido esfuerzo cooperativista Alencop, las iniciativas de regularización de este tipo de prácticas de *actividad callejera irregular* conllevan al establecimiento de una serie de restricciones geográficas, técnicas, temporales que derivan justamente del sometimiento al control de la práctica en tanto forma concreta de uso del espacio y sus recursos. Pero también respecto de la demarcación selectiva y discriminatoria de los límites entre los que están dentro y los que están fuera, los que pueden hacerlo sometidos a unas reglas y los incontables que serán legalmente perseguidos si lo hacen por su cuenta.

Esta lógica de la formalización y la expectativa que se le asocia de mejoramiento de las condiciones laborales y económicas, la selección reducida y por principio discriminatoria de los proyectos de regularización, y la contención y restricción espacial que establecen no parecen hacer mucho más que reforzar la fragmentación de determinadas formas de vida económica y mantener la marginación socioeconómica y el carácter de irregular, anormal e ilegal de quienes quedan, justamente, al margen de la inclusión y con ello más atados a la informalidad.

Los que quedan en calle, las mayorías, sin embargo y, por ende, se ven abocados a una especie de apropiación *institucionalmente desterritorializada* en el sentido de ser una restricción legítima de la experiencia y las posibilidades de agencia espacial de los actores marginados que se embarcan en una lucha diaria y cotidiana contra la norma y contra el espacio mismo. No obstante, en esta forma de apropiación forzosa, en el sentido de desbordar y superponerse sobre las funcionalidades proyectadas del espacio físico y sus medios constitutivos, se desarrolla una vinculación profunda con el espacio, en cierto sentido experta respecto a sus formas, medios, instrumentos, infraestructuras y sensible respecto de sus flujos, sus dinámicas y sus estéticas.

En estas condiciones la informalidad laboral expresada en su forma radical de trabajo en las calles se exhibe necesariamente sin disimulo. El número, la expansión y la innegable visibilidad de estas actividades las pone sobre el terreno de la cotidianidad espacial urbana de la ciudad, esta informalidad ya no parece tener nada de oscuro, de oculto, de indefinido, de “negro” en lo que respecta a su marginal condición espacial.

Es el caso, por supuesto, de los recolectores informales de residuos que encuentran en las propias dinámicas intrínsecas de la ciudad la fuente inagotable de recursos de trabajo, de objetos susceptibles de valorización e intercambio y en la apropiación del espacio y las infraestructuras un principio instrumental concreto para su obtención y, a la larga, para el sostenimiento de la vida en el marco de su actividad laboral no regulada y bajo la designación y localización marginal que restringe con violencia el acceso a los recursos básicos (Smith, 2011).

Aquella imagen del hombre negro empujando un carro de supermercado cargado de residuos por las calles de Barcelona a la que me refería al inicio y que ilustra con claridad la siguiente figura en sus cualidades físicas y su manera de aparecer, usar y mezclarse en el espacio, expresa con contundencia la concreción, en una experiencia singular, de la marginación socioeconómica y la relegación espacial que precisamente lo obliga a esa visible apropiación individualizada y disruptiva -en el sentido de alterar el orden físico y normativo- del espacio y que se describirá más adelante.



Figura 19 Free Tour: US2 en inmediaciones de Plaza Catalunya y La Rambla, Barcelona, 31-10-2019. Foto por el autor.

Pero esta imagen también es la objetiva representación de las contradicciones inherentes a un sistema socioeconómico basado en la competición, las mercancías y el consumo que crea profundas brechas de desigualdad material y condena a algunos al excesivo trabajo emparejado con la extrema pobreza. Los residuos humanos de los que hablaba Bauman (2005) se hacen sujetos sociales concretos, visibles, cotidianos (nada nuevos de hecho), y su proximidad con los residuos urbanos, que no es en absoluto una coincidencia sino una consecuencia, pone de manifiesto su realidad objetiva socializada espacialmente en la vida urbana cotidiana.

También creo justo decir que esta representación constituye una metáfora perfecta de la organización de la *sociedad de consumo*, una paradoja extrema y absurda de sus excesos.

El hombre excluido del consumo empuja ¡un carro de supermercado! en busca de residuos en medio de quienes gozan de sus privilegios. Los residuos son productos del proceso de “consumición” (Bataille, 1987), creados por el desprendimiento y el abandono de las cosas cuando, como resultado de los múltiples desgastes a los que el mismo proceso los somete, ya no proveen o representan algún tipo de utilidad o cuando esta es demasiado marginal para quien consume y, transformados, se hacen objetos de descarte; para el recolector, por el contrario, los residuos constituyen la base fundamental de sus medios de subsistencia, la recolección es la actividad central de sus modos adaptativos para sostener la vida en un escenario general de informalidad plagado de restricciones en el que el acceso a bienes y recursos es cada vez más difícil de alcanzar, se experimenta una sostenida incertidumbre (Procoli, 2004) y se produce una esfera de consumo brutalmente limitada y residualmente caracterizada.

El despliegue espacial de la actividad laboral del chatarrero -solo una de sus partes, valga decir de antemano- demuestra una irrupción ilegítima en términos normativos y forzosa en términos físicos e instrumentales, una intromisión en los procesos de producción y circulación -de residuos- contenidos y dirigidos por las infraestructuras oficiales, fuertemente consolidadas en las grandes ciudades occidentales, pero, como se verá, no impenetrables. Esta irrupción espacial pública devela sin duda las elongaciones de la *sociedad del consumo*, permite distinguir con claridad la radicalización de las exclusiones propias de la diferenciación que muestra al mismo tiempo a los habilitados para el “despilfarro” que fortalece las posiciones (de clase) y marca los ideales de bienestar en términos de clasificación social (Baudrillard, 2009) y a los que sobreviven de forma precaria e indigna entre y de la basura, que también con ello refuerzan su propia marginación (Venceslao & Delgado, 2017), pero que se mezclan durante el consumo en la ciudad, durante la vida urbana.

El consumo es, al mismo tiempo, un acto particular, un proceso relacional y un acuerdo social de clasificación (Bauman, 2003), (Sennett, 2006). De esta forma, si se entiende

entonces que hace parte también de los mecanismos de “aprovisionamiento” de las personas (Narotzky, Provisioning, 2012) y se atiende, como es el caso de este proyecto, a las prácticas de consecución de recursos de subsistencia que se mueven en los márgenes de los marcos económicos formales y que depende del plano de oportunidades del que las personas dispongan, entonces “el consumo comienza donde termina el mercado” (Douglas & Isherwood, 1990).

Esto permite considerar las dinámicas del descarte, los procesos de recuperación y las relaciones de transformación del desecho como formas particulares de consumo y como parte del elongado consumo de las cosas en términos de intercambios y transformaciones.

Así, el descarte es un proceso de intercambio en cuanto movilización de las cosas de un régimen de valor a otro. En este nuevo régimen el consumo no se diluye, sino que se transforma, aparecen otros actores y se crean nuevas formas de consumo caracterizadas en parte por dicho movimiento y por la transformación del valor de las cosas desechadas. Los residuos, transformados, siguen moviéndose, siguen siendo mercancías, objetos de intercambio y valor, y son objeto también de otras formas de consumo, otras formas de aprovisionamiento algunas de ellas, precisamente, derivadas de las restricciones que la llamada sociedad de consumo impone sobre algunos miembros de la población urbana que deben proveerse sus lugares de habitación, sus instrumentos de trabajo, sus vestidos, en ocasiones su comida a partir de los residuos de otros consumos y a través de las prácticas de la recolección y la recuperación.

Los chatarreros senegaleses de Barcelona, recolectores de residuos *a pie de calle*, es decir, *a mano y andando*, desplegados espacialmente en franca relación abierta y estratégica con la ciudad, con sus infraestructuras y con los residuos, producen su propio modo de consumo: una manera incorporada y depurada de relacionarse con la materialidad que le rodea y que le es disponible, prácticas cotidianas de usar las cosas, *vinculaciones* - “attachments”- específicas y auténticas con las cosas que mantienen y transforman

relaciones y valores (Miller, 2012). En su caso esta materialidad es característicamente residual, lo que, más allá de la subsistencia mínima, no puede hacer más que reafirmar la condición marginal dentro de la estructura socioeconómica general y el *consumo de mercado*⁹².

2. El trabajo en la calle: La recolección informal de residuos

La primera y una de las partes más esenciales del oficio del chatarrero en el sentido de que consiste en una actividad que, extrayéndolos de su cauce formal, inicia otro circuito de circulación de los residuos, sucede en la calle. El espacio público urbano constituye el escenario de las oportunidades para el chatarrero, el lugar donde cada uno de ellos puede dar comienzo al ciclo de recuperación que les es preciso para asegurar su supervivencia.

La ciudad, con sus excesivas lógicas productivas y con el consumo exacerbado que parece instaurarse casi como una especie de principio cultural, se aparece como la gran generadora de residuos y, con ello, de las necesidad y oportunidades de su recuperación. El espacio público urbano, a través de sus infraestructuras y sus sistemas de gestión, dispone estos residuos de manera relativamente organizada para la recuperación formal, pero al tiempo, dejando visibles y en ocasiones inevitables ausencias en donde aflora la práctica informal, en donde el marginado encuentra un resquicio para la participación y para la elaboración de sus mecanismos propios.

⁹² El consumo de estos hombres depende de formas de aprovisionamiento que se mueven al margen del mercado. En particular, la *recolección-recuperación* de residuos constituye la forma central de aprovisionamiento para sostener la vida económica, para sostener la cotidianidad física reproductiva y para trabajar. Allí, la participación en los circuitos del mercado del consumo se reduce a unos mínimos que ni siquiera incluyen la electricidad, el agua, la vivienda o el vestido y se limitan casi exclusivamente a la alimentación. A lo largo del trabajo de campo pude comprobar otras formas de obtención de recursos y, en especial, la increíble amplitud de los residuos en la instrumentalización de la vida cotidiana de estos hombres. Residuos obtenidos por la vía de la recuperación informal, transformados por su propia agencia y acción directa, y consumidos en sus específicas maneras.

Es allí, en la calle, y en particular en el espacio público normatizado, ordenado y jerarquizado en donde la ciudad que se concibe se encuentra cara a cara con la ciudad que se practica (Delgado, 2002). Es allí donde, además, los límites entre lo formal y lo informal se diluyen en uno y solo un gran sistema económico agregado.

El itinerario cotidiano de los chatarreros y sus relaciones con y a través del espacio urbano que usan y apropian conlleva una dinámica en la que el espacio ordenado, el espacio público de la norma, orientado (proyectado) a determinados usos considerados legítimos, se transgrede a través de prácticas insolentes, disruptivas, ilegítimas que lo apropian por encima de estos límites y que, en última instancia, constituyen parte de las experiencias que lo producen en tanto espacio físico, social y mental (Lefebvre, 2013).

De igual modo, la práctica cotidiana de este “trabajo informal de subsistencia” (Pfau-Effinger, Flanquer, & Jensen, 2009) da cuenta de cómo las formas oficiales y autorizadas de la recuperación de residuos coexisten con las dinámicas irregulares y marginales imbricadas todas ellas en una misma gran cadena económico-productiva en la que, en lugar de distinguirse un sector informal y otro formal alejados y ajenos, se consolidan en su lugar formas diferentes de lo que Keith Hart llamaba “income opportunities” pero que se encuentran dentro de una misma cadena económica agregada pero jerarquizada (Hart, 1973).

La calle es entonces el escenario donde las grandes dicotomías estructurales se concretan; pero lo hacen como parte de una experiencia socioespacial determinada que también expresa profundas contradicciones. *“Hay que salir todos los días [...] a veces va bien y a veces no, pero hay que salir [...]”*. “Hay que salir” decía repetidamente MC con cierto aire de resignación cuando salía del patio con su carro, expresando con ello una condición importante de la práctica de la recuperación como forma de relación con el espacio urbano y que tiene que ver con una especie de dialéctica intrínseca a ella: su inevitabilidad que coexiste con su imprevisibilidad. El recorrido, prácticamente diario, es tan obligatorio,

seguro y circunscrito como indeterminado e impredecible en principio. Se sabe a ciencia cierta que debe ser realizado, en qué zona de la geografía urbana ocurrirá y la forma general en la que debe ser desarrollado; sin embargo, no se tiene idea alguna de cuánto durará, ni sobre el contenido mismo, el éxito o el fracaso de la jornada. De esta forma, la incertidumbre se siembra sobre una férrea determinación al trabajo.

Específicamente, en términos georreferenciales, el colectivo de chatarreros senegaleses concentra su hábitat y sus centros de trabajo alrededor del barrio El Poblenou. En realidad, aunque seguramente sea pura coincidencia, ellos como colectivo han ocupado predios en diferentes barrios de los distritos de Sant Martí y Eixample pero no en el Poblenou: “La Nave”, la que fuera el lugar central de la ocupación masiva y la organización-movilización reivindicativa en la carrer de Puigcerdá, 127, se encuentra realmente en el barrio de El Besos i El Maresme; antes de esta, “Bagdad”, donde se originó la idea cooperativista, estaba ubicada en la carrer de Badajoz en el barrio de El Par i la Llacuna del Poblenou; y La *Sunu Village*, lugar desde donde surgió y donde se concentró buena parte de esta etnografía, está ubicada en El Clot (distrito de Sant Martí) justo en una de las calles en las que hace frontera con el barrio Sagrada Família (distrito de l’Eixample) en el carrer Dos de Maig. Sin embargo, varias condiciones como la centralidad de este barrio en particular dentro de la vida social del distrito en general, la larga vocación industrial y obrera anterior y, por supuesto, el hecho de que se encuentren allí concentrados varios puntos de compraventa de chatarra, como en general en todo el distrito de Sant Martí, los ha convertido a estos hombres, finalmente, en “los chatarreros del Poblenou”.

Allí mismo, como se ha dicho, se encuentran ubicadas la mayor parte de las bodegas (oficiales -gestores- e informales) a las que acuden para vender el material recolectado. Sin embargo, los recorridos diarios se desarrollan, muy variablemente en la mayoría de los casos, por casi la totalidad del distrito de Sant Martí (exceptuando pequeñas partes del este donde nunca llegué en su compañía), muy buena parte del distrito de Ciutat Vella (a excepción solo de la zona a margen de costa donde aparecen esporádicamente), y

prácticamente todo el distrito del Eixample. Con menor frecuencia, en ocasiones más excepciones, los hombres de este colectivo en concreto llegan hasta el sur de los distritos de Gracia y Horta-Guinardó y algunas zonas del oeste del distrito de Sant Andreu.

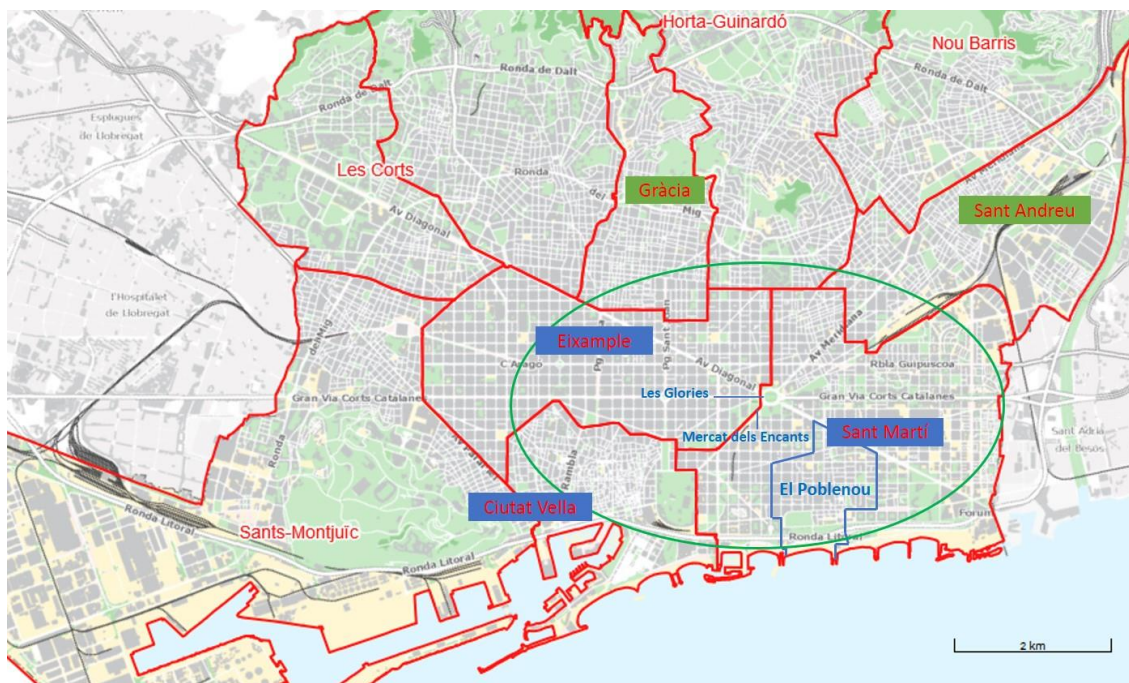


Figura 20 Plano de Barcelona: Principales zonas aproximadas de recolección de los chatarreros senegaleses del Poblenou – Elaboración propia sobre la base de un plano de la ciudad extraído de la página web del Ajuntament de Barcelona (www.barcelona.cat).

Otros recolectores de residuos que pueden identificarse como grupos de connacionales son menos céntricos y numerosos que los subsaharianos. Aunque en ocasiones puntuales (por motivaciones individuales) entablan algún tipo de relación coyuntural con los africanos o se encuentran dentro de una misma zona, pueden distinguirse con claridad, además de sus características fenotípicas, por el uso de diferentes vehículos. Esto sin duda deriva en diferentes movilidades y otro tipo de posibilidades espaciales y geográficas en términos de acceso y alcance, así como formas diferentes de llevar a cabo la recolección misma que en definitiva termina demarcando las experiencias espaciales de unos y otros.

Esta variación de los vehículos y las movilidades expresa una especie de división geográfica concéntrica de los recolectores informales: los chatarreros *senegaleses* con carros de

supermercado en las zonas céntricas y dentro de un perímetro, aunque amplio gracias a la topografía de la ciudad, limitado. Los que podrían denominarse *Magreb* con vehículos modificados, usualmente bicicletas con un cajón a remolque. Y los *romaníes* que hacen uso de furgonetas y otros vehículos a motor y llevan a cabo un tipo de recolección a mayor escala comercial y de servicios y accediendo a zonas domésticas más perimetrales.



Figura 21 Recolector magrebí en el distrito de Gracia, Barcelona, 31-03-2020. Foto por el autor.

Esta singularidad desarrolla una suerte de conciencia colectiva que reconoce la existencia de unos y otros y que se proyecta sobre el terreno de forma que se concretan acuerdos silenciosos sobre el uso del espacio. Así, sin interacción directa alguna, los diferentes colectivos se asignan y respetan determinados espacios de trabajo en el agregado de la geografía urbana.

El colectivo de chatarreros senegaleses de la *Sunu Village* solo establece relaciones con personas ajenas al colectivo de forma particular e individual. No existe un contacto ni ninguna forma de negociación con otros colectivos. Sin embargo, se puede percibir la forma como el uso del espacio se encuentra delimitado por el reconocimiento de esas otras colectividades y por el respeto mutuo a su “derecho de subsistencia”, de forma que cada colectivo parece operar dentro de una zona específica y reconocida, estableciendo una especie de asignación territorial mediante acuerdos silenciosos pero objetivos y operativos,

y desarrollando cada uno sus propios mecanismos de aprovisionamiento y tácticas de movilización.

Breve digresión sobre el vehículo del chatarrero

Uno de los objetos centrales en la actividad de los chatarreros, con toda seguridad el más importante de ellos, es el *carro de supermercado*, que bien podría llamarse *carro de recolección* o *carro de chatarrero* por la localización y la función que desempeñan en este contexto y que es del presente interés, pero que para fines comprensivos seguiremos llamando así aludiendo (lo que es importante también en este punto) a su utilidad original, a sus funciones y usos previstos en el diseño y la producción, y a la casi segura proveniencia inicial de cada uno de ellos en este caso. Los carros son también objeto de recuperación, son usualmente vehículos desechados o donados pero que conservan aún, especialmente gracias a sus cualidades físicas y materiales orientadas a la larga duración y la alta intensidad (repetición) del uso, una funcionalidad que se puede considerar como suficientemente óptima. Las reparaciones, adecuaciones, adaptaciones y hasta la personalización son constantes. Parece haber suficientes carros, francamente nunca pude ver a un chatarrero sin carro e intentando conseguir uno, pero sin duda no se desaprovecha la oportunidad de sustituirlo o renovarlo; así, los carros también son obtenidos en ocasiones producto de aprovechar una mala disposición o una posibilidad de obtenerlo fácilmente: *“estaba ahí, alguien lo olvidó ahí al lado”* -de un supermercado- me explicaba SY cierto día mientras entraba con un carro casi nuevo (y vacío) al patio.

Este objeto en particular, tanto como ningún otro, es fundamental e imprescindible en dos de las tres instancias del trabajo de los chatarreros, la recolección y el intercambio, y debido a sus funciones para procurar esta última también suele favorecer la clasificación, la organización y cierto almacenamiento temporal durante la limpieza. En ocasiones (casos muy aislados, sujetos no miembros del colectivo) puede encontrarse el uso de un objeto

sustituto que, valga decir, inevitablemente debe compartir cualidades relacionadas con la movilidad y el transporte.

Instrumento de trabajo que usan básicamente para transportar las cosas recolectadas durante el recorrido y, luego, el material limpio para el intercambio, el carro, sabiéndolo pero sin proponérselo, los caracteriza como chatarreros frente a la identificación y distinción social (como la manta al mantero, como el delantal al camarero y el casco al obrero).

Todos los carros del *patio* comparten una especie de origen intermedio: todos han sido un carro de supermercado en algún momento y seguramente durante la mayor parte de su vida útil, puesto que ese específico objeto que es usado por los chatarreros, en esa conformación física-funcional concreta, no es producido con ningún otro tipo de destinación funcional ni comercial (otra cosa muy distinta son los carros de compra domésticos). No obstante, las formas de adquisición de dicho objeto por parte de estos hombres son tan variadas (y algunas expresamente inmencionables) que resulta imposible cualquier tipo de generalización al respecto. Según lo expresan ellos mismos, algunos han sido objetos de recolección y posteriormente reparados, otros han sido obtenidos por donación de algún vecino (que a saber cómo se hizo con él), otros tantos son simplemente adquiridos por la numerosa disponibilidad que con el tiempo de colectivización de la práctica se genera y que a su vez posibilita relaciones de trueque, intercambio o donación que no son poco comunes entre ellos dados sus fuertes principios de solidaridad: “¿tú lo conoces?, mi primer carro me lo dio Kheraba hace muchos años [...] ¡Kheraba is the King!”, decía BY en octubre de 2015, cuando recién comenzaba a visitar el lugar, y algunos otros han sido conseguidos mediante el aprovechamiento de determinada oportunidad en el lugar de su uso habitual bien asistiendo afortunadamente a su descarte y recambio, o bien sencillamente siendo hurtados de una ocasión excepcional. Cada carro parece tener una historia particular, incluso una “biografía cultural” específica (Kopytoff, 1991) que bien valdría la pena conocer.

De cualquier forma, este particular objeto es extraído de su escenario original con la intención de relocalizarlo y ajustar la dirección de su destinación operativa. A las operaciones de ajuste y reparación que le siguen a ese proceso de descontextualización las sucede una expresa recontextualización física, operativa y funcional.

De allí deriva una forma de *consumo* del carro en tanto relación material colectivamente depurada (Miller, 2012) que conlleva el desarrollo de particulares habilidades y destrezas en especial en lo que concierne a la adaptación de la movilidad a las características físicas del espacio urbano como se detallará en esta sección. Además, como herramienta al uso, es decir, que se constituye en tanto tal a partir de la interacción funcional que se propicia (Engeström, 1990), desemboca en la creación y acumulación de ciertos conocimientos técnicos específicos: sobre la fragilidad del carro plástico o las dimensiones y el peso del carro *ideal*, por ejemplo.

El carro es objeto de una restitución funcional orientada a fines específicos que incluso se percata y es sensible ante la necesaria adaptación operativa a un nuevo entorno de funcionamiento: el espacio urbano. Con ello, el carro es así, nuevamente, contenedor y facilitador de una funcionalidad instrumentalmente idéntica a la anterior, pero de un valor de uso radicalmente diferente, no solo en su contexto, sino también en su contenido: dicho valor ya no está asociado al consumo privilegiado sino al trabajo marginalizado.

A estas restitución funcional y revalorización les sigue la concreción espacial de las prácticas que conducen a la construcción de un sentido a partir de la experiencia que genera la específica relación. Muchos factores se interrelacionan en este proceso. Dentro de este colectivo en concreto, a diferencia de lo que ocurre con otros chatarreros, el carro es de propiedad particular y poseerlo deriva en un cuidado de este que además ratifica el derecho de pertenencia al colectivo y su espacio; recuerdo que AM me increpaba insistentemente en repetidas ocasiones que si quería “aprender de verdad” debería tener mi propio carro.

El carro por supuesto juega un doble papel en el proceso de significación al ser un elemento distintivo que propicia el marcaje exógeno y permitir al tiempo la demostración de un dominio y adscripción endógenos.

Pero específicamente sobre el terreno, en la experiencia del espacio vivido en la que el uso de las cosas se concreta, el carro es objeto de una relación experta y sensible sin igual. Más allá del visible desarrollo de una particular y hábil técnica en su uso, sobresale la estratégica forma con la que este provoca un casi perfecto acople operativo entre las cualidades funcionales del carro y las propiedades físicas del espacio que, a pesar de la sabida recontextualización forzosa, los hace parecer como partes dinámicamente integradas de un mismo sistema. Al mismo tiempo que el carro parece funcionalmente integrado al espacio gracias al depurado uso de que es objeto, a pesar de la evidente anomalía que representa, este constituye además una especie de extremidad del propio cuerpo del chatarrero, por cuanto ambos conforman una unidad indisociable como parte activa de esa infraestructura alternativa y paralela de circulación de residuos que producen.



Figura 22 Carro de chatarrero en el distrito Eixample, Barcelona, 21-09-2019. Foto por el autor.

Volviendo y delimitada, hasta donde es posible, la geografía donde estos hombres operan, el oficio de los chatarreros senegaleses está compuesto por tres instancias claramente diferenciadas. La primera de ella es la *recolección de las cosas*, que sucede bien en el sitio de *disposición intermedia* de los residuos urbanos, o bien en el lugar de generación de estos. En el oficio del chatarrero la anticipación es un factor clave; en numerosas ocasiones el metal (en bruto o en forma de objetos a limpiar), así como otros tipos de objetos de menor recurrencia y rutas muy diferentes, es recuperado en el lugar, e incluso en el momento mismo en el que se genera como residuo.

En términos probablemente muy esquemáticos, pero necesarios a la comprensión, el proceso de recolección de residuos que llevan a cabo estos hombres sucede, en general, de tres maneras predominantes y diferentes entre sí en virtud del tipo de generación y de la forma de disposición del material

Los contenedores

En realidad, la recuperación de metales de los contenedores del ayuntamiento implica sacar algo del contenedor muchas veces menos que obtenerlo de sus alrededores inmediatos. En todo caso, el sistema de contenedores de residuos permite al chatarrero acudir a puntos concretos en donde, por obligación, los residuos deben ser dispuestos. De allí que puedan aprovechar cierta organización general de los principales lugares de disposición intermedia dispuestos para la llamada “recogida selectiva”⁹³, lo que les permite cierta regularidad y optimización.

⁹³ A partir de la elaboración de la “Llei 6/1993, del 15 de juliol, reguladora dels residus” publicada por el Parlament de Catalunya y encargando su administración y aplicación a la Agencia de Residus de Catalunya, se formula un sistema de gestión de los residuos urbanos que se basa principalmente en la *recogida selectiva* (contenedores específicos por tipo de material y recogida según tipo de generación bien sea domiciliaria, comercial, puntos verdes y voluminosos, mercados y otras recogidas especiales), y en la creación de la figura de los *gestores de residuos* (particulares que, mediante la debida autorización, pueden llevar a cabo diversas actividades de recuperación y gestión). Posteriormente ha sido incorporado a este modelo un principio clave de *corresponsabilidad ciudadana* (que implica la “participación ideal” y necesaria de los ciudadanos en la disposición apropiada de los residuos).

En términos muy generales, el sistema de gestión de residuos de Barcelona está constituido por diversas instancias y agentes que completan una red amplia de relaciones de circulación de materiales que les permite disponer de un mecanismo bastante eficiente en términos de circulación y recuperación; aun cuando existen ciertas cuestiones a las que resulta muy difícil acceder ya que dependen de gestores oficiales privados como la exportación de residuos a otros países. El sistema funciona a partir de la lógica de la recogida selectiva del residuo doméstico y comercial para la que se dispone un sistema infraestructural de contenedores diferenciados: azul para papel y cartón, verde para el vidrio, amarillo para envases domésticos (latas y plásticos), marrón para residuo orgánico, y gris para el llamado *resto* -pañales, polvos y material no incluido en otra categoría- que representa el contenedor de revisión obligada en la recolección del chatarrero.

A estos se les suman contenedores especializados para residuos de la construcción y otras fuentes como los residuos hospitalarios. El sistema de disposición se completa con los Puntos Verdes, las Deixallerías y otras instalaciones de gestión de residuos que facilitan la disposición clasificada de materiales y objetos que no pueden ser desechados en los contenedores como aparatos electrónicos, aceites, menaje de cocina, etc. Los *gestores de residuos* (empresas privadas) se encargan de la recogida en los lugares de disposición y del proceso de gestión a partir de allí, que incluye la separación, la clasificación, la compactación, procesos de regeneración de materia prima, la incineración y la venta de materiales a la industria.



Figura 23 Contenedores de recogida selectiva en El Poblenou, Barcelona, 19-09-2020. Foto por el autor.

Las operaciones formales de recolección de los residuos dispuestos en los contenedores, concesionadas por el ayuntamiento y controladas normativamente por la Agència de Residus de Catalunya, son llevadas a cabo por diferentes empresas a las que se les ha otorgado el permiso de operación y, con ello, la propiedad sobre los residuos que, como bien ellos saben, lejos de ser cosas *deseconomizadas*, a pesar de haber entrado en una condición de pérdida de sus cualidades funcionales, es decir, de su valor de uso, mantienen su condición mercantil, en tanto adquieren, ahora en otros canales, las potencialidades de un nuevo valor de cambio. Para los chatarreros no hay diferencia alguna entre una y otra empresa, y esta asignación diferencial que se establece por concurso y licitación no genera ningún tipo de modificación en su estrategia de recolección ya que todas ellas se rigen por unas condiciones básicas establecidas e inmodificables en cuanto a los horarios, los tiempos, los espacios disponibles, y las exigencias instrumentales condicionadas por la disposición de la red de contenedores municipales y las características físicas de los mismos. La relación institucional determina que el ayuntamiento dispone los elementos de la infraestructura pública destinados al descarte y la empresa privada provee el servicio de recolección a cambio de la autoridad sobre la gestión posterior.

En todo caso, a modo de paréntesis, visualizar la relación de empresas concesionadas por distritos permite esquematizar una parte de la dimensión de la red y la participación de empresas privadas de gran escala

Relación de distritos de Barcelona y empresas concesionadas encargadas de las operaciones de recolección de residuos

DISTRITO		
No.	Nombre	Empresa Encargada
1	Ciutat Vella	FCC Medio Ambiente
2	Eixample	FCC Medio Ambiente
3	Sants-Montjuïc	CESPA, filial de FERROVIAL SERVICIOS
4	Les Corts	CESPA, filial de FERROVIAL SERVICIOS
5	Sarrià-Sant Gervasi	CESPA, filial de FERROVIAL SERVICIOS
6	Gràcia	FCC Medio Ambiente
7	Horta-Guinardó	CLD – Grupo Sorigué
8	Nou Barris	CLD – Grupo Sorigué
9	Sant Andreu	URBASER
10	Sant Martí	URBASER

Urbaser, de origen español y actualmente de propiedad china, es una empresa internacional con presencia en al menos 25 países. FCC, Fomento de Construcciones y Contratas, o simplemente “Fomento” como la llaman los empleados de los vehículos de recogida y los barrenderos de calle, es un grupo empresarial con sede en Barcelona y con presencia en al menos 34 países que logra, a través de sus múltiples filiales, participar en todo tipo de proyectos de infraestructuras y servicios públicos. CESPA es una de las filiales de la empresa multinacional Ferrovial que, en más de 15 países, desarrolla negocios desde la administración de aeropuertos, pasando por la construcción de autopistas, hasta la prestación de servicios de recogida y gestión de residuos. CDL es la empresa encargada de

la línea de negocio de gestión de residuos del Grupo Sorigué en Barcelona que incorpora también otras grandes áreas como la construcción y la ingeniería de materiales.

El panorama presenta un abanico no muy amplio numéricamente, pero si muy robusto de grandes empresas que desarrollan rentables líneas de negocio y generación de riqueza que, no obstante, generalmente pasan desapercibidas y que son, en el oficio del chatarrero, absolutamente desconocidas en su particularidad y reducidas todas a la unidad operativa que debe ser burlada y anticipada.

Pero volviendo a la práctica concreta del recolector informal, el contenedor es objeto de un escrutinio rápido y acelerado, pero al mismo tiempo muy hábil y experto. Se limita casi exclusivamente al contenedor gris, salvo contadas excepciones en las que se hace visible la presencia de algo recuperable en otro de ellos. Es una simple operación en la que abren el contenedor y revisan primero visualmente en su interior y luego con una vara o gancho largo que se usa como herramienta para remover su contenido y poder valorarlo en totalidad se extraer lo que sea necesario. Es importante remarcar que, en este sentido, está práctica de la recolección manual que requiere de una proximidad directa con los residuos es también una especie de intromisión forzosa en el interior mismo de una infraestructura en principio cerrada a la extracción que, en tanto forma de interacción con la materialidad, compromete la percepción sensorial y el cuerpo mismo del recolector que en numerosas ocasiones puede verse *dentro* del contenedor.



Figura 24 Chatarrero senegalés revisando contenedores de resto, Barcelona, 01-12-2018

La práctica del oficio del chatarrero que se lleva a cabo en la calle es particularmente individual (solitaria incluso) y demanda una movilidad no solo constante sino muy dinámica y apresurada, influida, por un lado, por las particulares exigencias de la práctica de la recuperación y, por otra parte, por la condición informal que ostentan. Esta individuación extrema y la estratégica movilidad han promovido el fortalecimiento de un conocimiento muy hábil del espacio urbano, de una “táctica”, en el sentido que las comprendiera Michael De Certeau en tanto forma adaptativa y recursiva de uso del espacio en condiciones de disponibilidad reducida de medios y recursos que, no obstante, constituye una práctica que tiene una especie de efecto “espacializador” (De Certeau, 1996) y que los dota de cierta fluidez que se acopla muy orgánicamente al ritmo y las actividades de la ciudad, y de una experticia física en la manipulación de los objetos de su interés, desde las infraestructuras de la gestión oficial (los contenedores) hasta los residuos mismos.

En la ruta diaria, los contenedores son siempre los más imprevisibles respecto de su contenido específico, aunque no se suele encontrar en ellos algo que salga de los márgenes del relativamente pequeño desperdicio doméstico y comercial de baja escala, y que no

conlleva (por desconocimiento, por la distancia o por el volumen reducido de lo desechado) una disposición más especializada. No obstante, también junto a los contenedores o en sus inmediaciones suelen encontrarse grandes electrodomésticos (neveras y lavadoras) o numerosos restos de muebles o pequeñas remodelaciones domésticas que clasifican como *voluminosos* y tienen unos días de disposición en las zonas públicas y una operación de recogida específicos. Como se verá más adelante, también la mala disposición por parte de los productores (comerciales o doméstico) de ciertos residuos, la mayoría de las veces al lado mismo de los contenedores, opera como una especie de ausencia o vacío del sistema oficial que favorece al chatarrero.

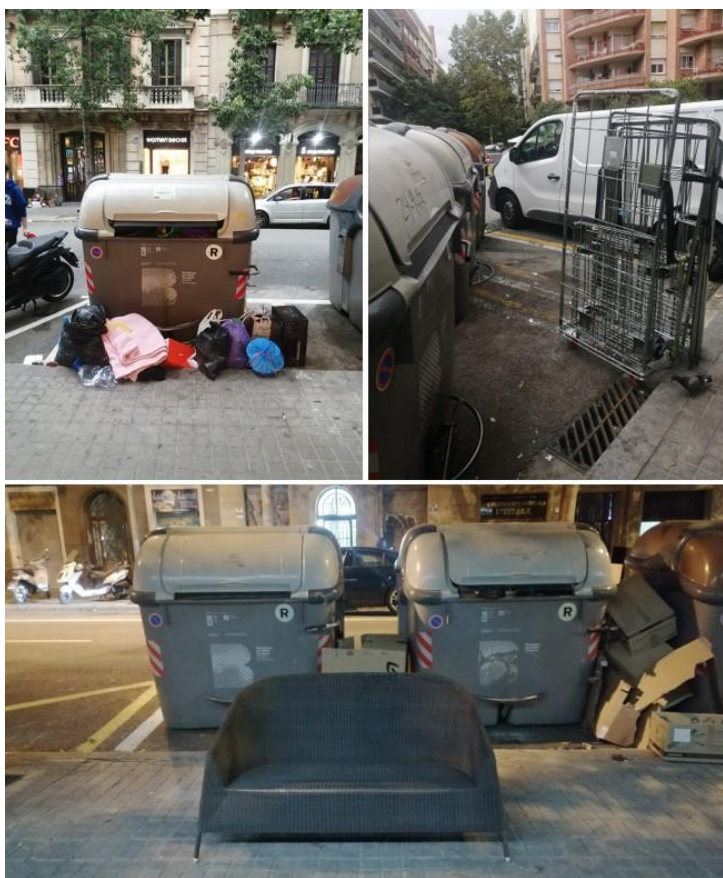


Figura 25 *Voluminosos y otras disposiciones en zona de contenedores.* Foto superior derecha por Anna Karin Giannotta, fotos superior izquierda e inferior por el autor.

Los contenedores son la fuente de recuperación que representa un grado más complejo de ilegalidad o a-legalidad. Independientemente de lo que en ellos se encuentre y sea “recuperado”, el proceso mediante el cual se sustrae algo de su interior podría constituir, posiblemente, una especie de hurto. Los contenedores son propiedad del ayuntamiento y

este ha concesionado institucionalmente la operación de recogida a empresas específicas que, además, aseguran el cumplimiento de determinado proceso posterior a la recolección. El chatarrero senegalés se anticipa con sorprendente habilidad a la recolección formal, realiza su propia recolección sin previa autorización, sustrae el material para su beneficio particular y no se encuentra integrado en ninguna cadena formal de tributación.

Las obras

La incesante lógica de la “destrucción creativa” que formulara Joseph Schumpeter respecto de su teoría del desarrollo económico, de la mutación constante de la economía, de su base industrial, de sus formas concretas y de los mercados a través de la innovación y el progreso tecnológico (McCraw, 2013), es sustancial también a la elemental idea moderna de que el mundo puede y debe cambiarse, y con ello señala directamente a una dinámica propiamente urbana. Mas recientemente, en el marco del dinamismo, la acelerada variabilidad y la volatilidad de los mercados del trabajo y del consumo, y bajo las políticas neoliberales heredadas de la doctrina del desarrollo, comprometidas con el emprendimiento individual y privado, y orientadas al estímulo de la inversión, la total mercantilización y el consumo masivo y en masa (Harvey, 2008), esta lógica se concreta en el plano de la realidad urbana de forma que la constante transformación constituye también la expansión y diversificación de los tipos y escalas de las inagotables fuentes de residuos-recursos para la recolección, procesamiento o recuperación que tuvieron como origen la industrialización urbana y que ahora se encuentra extendidas a prácticamente todas las prácticas y por toda la geografía urbana aunque conserve ciertos centros de mayor intensidad. Hoy por hoy es difícil sostener que realmente los resultados de esta lógica económica, motor del capitalismo, generen más prosperidad que los estragos que causa y los despojos que produce.

En la ciudad de Barcelona, en el espacio urbano cotidiano y en concreto en la forma arquitectónica construida, esta lógica se expresa incesantemente; desde el llamado *desarrollo urbano* de transformaciones a gran escala o la *regeneración* de amplias zonas que

implican usualmente largos procesos, desalojos y demoliciones, pasando por las obras importantes de mediana proporción sobre diferente tipo de edificaciones y llegando hasta las innumerables pequeñas y rápidas obras o trabajos que generan esporádicamente y en un corto periodo de tiempo una cantidad considerable de cierto tipo de residuo. La constancia, la multiplicación y la expansión geográfica de estos procesos y puntos espaciales concretos de generación hacen que las obras de construcción, remodelación o demolición sean otra de las fuentes principales de recuperación para los chatarreros senegaleses.

En concreto, en esta modalidad la recolección suele darse bien de contenedores especializados o bien directamente de la fuente misma de generación. En cualquiera de los casos el acceso a los recursos implica, la mayoría de las veces, algún tipo de negociación o concertación con las personas encargadas de la obra (cuidadores, obreros, etc.). En otras pocas ocasiones la recuperación se hace sin el consentimiento de los encargados y de manera encubierta.



Figura 26 BY a la espera y trabajando junto a una obra en proceso en el distrito de Sant Martí, Barcelona, 01-12-2018. Foto por el autor.

La propia obra de construcción es más complicada de seguir; aunque dispone grandes cantidades de material, este está por lo general custodiado y sus residuos también se

generan y disponen de formas menos accesibles, en *microespacios en progreso* que son auténticos territorios vedados para los recolectores y, en principio, para cualquier persona ajena a la obra misma.

En las obras de remodelación y demolición la recuperación de los chatarreros por lo general se concreta concertadamente dentro de los tiempos de la obra misma; en las pausas, en los intervalos, en las áreas que van quedando *vacías* y durante el cese de actividades diario o definitivo; rara vez, por más que quiera, el chatarrero tiene opción de compartir lugar de trabajo con los operarios o de situarse justo detrás de ellos y su operación. A pesar de tratarse de una modalidad de recuperación casi inmediata, el espacio-tiempo está jerarquizado. Son muy visibles las relaciones de subordinación dispuestas por los mismos chatarreros a fin de ganar el favor de operarios y encargados en las obras.

También constituye esta una modalidad de recolección *típica*, como puede apreciarse en la siguiente imagen, que en algunas ocasiones se realiza de manera grupal y colectiva. Por aviso o previo conocimiento de algún proceso de este tipo, varios chatarreros pueden dirigirse al mismo tiempo al lugar indicado y llevar a cabo operaciones de selección, recolección y transporte conjuntas.



Figura 27 Chatarreros subsaharianos en grupo a la espera en frente de una obra en El Raval, Barcelona, 20-02-2019. Foto por el autor.

De cualquier forma, recuperar de una obra de este tipo constituye un importante logro en la economía de la inmediatez en la que viven los chatarreros, puesto que constituye un hallazgo y una oportunidad extraordinaria, aunque se presenta con cierta regularidad, que complementa sustancialmente el trabajo más sostenido en términos de repetición y duración de la recolección por rutas más regulares de la práctica cotidiana y dado que conlleva usualmente la obtención de una utilidad por encima de la media diaria.

Recolección espontánea-programada

Las dos formas de recuperación anteriormente mencionadas ostentan una especie de prioridad y jerarquía en las actividades cotidianas de los chatarreros. Sin embargo, existen otras tantas variaciones de la recuperación que, aunque cada una de ellas es poco recurrente, acompañan regularmente al eje de actividades fundamental, completándolo. Estas “sutiles” aunque visibles variaciones exigen cierta adaptación específica de las prácticas, los procedimientos y las operaciones prácticas, además de engrosar significativamente el conjunto de tácticas espontáneas de supervivencia.

Los chatarreros, como he mencionado, gozan de una especie de *visibilidad de baja escala*; es decir, dadas las condiciones objetivas de su existencia y su oficio, su presencia y su trabajo son claramente visibles en el entorno más próximo. Esto es bastante diferente a una visibilidad estructural que los reconozca, así como mucho menos implica asimilación institucional alguna. Sin embargo, dicha visibilidad permite que los vecinos del barrio, incluidos pequeños comercios, bares y restaurantes cercanos, encuentren en los chatarreros una vía idónea para deshacerse de ciertos tipos de desecho. El chatarrero representa entonces una opción cercana (de escala zonal), fiable y simple ante la necesidad eventual de desechar, lo que da pie a una especie de *recuperación barrial*.

Esta recuperación barrial tiene una forma estabilizada mucho menos presente pero interesante. Se trata de un recorrido cerrado con destinos precisos marcados por el sostenimiento de ciertas relaciones de interés y beneficio mutuo, en las que muchas veces

la solidaridad constituye un importante detonante. El chatarrero visita negocios, pequeñas empresas, zonas de vecinos conocidos y demás en un recorrido muy preestablecido y mucho más claro; establecida una especie de red con numerosos actores del entorno barrial que implica cierta forma de reconocimiento social, los pocos chatarreros que lo alcanzan logran establecer unas rutas siempre diferentes, pero más estables. En este caso la atención a cualquier oportunidad de recuperación se mantiene activa pero la aleatoriedad se disipa y, en virtud de sus resultados puede permitir alejarse del contenedor y, hasta cierto punto, de la incertidumbre misma del recorrido.

Dentro de estas dinámicas residuales de la propia práctica marginal de la recolección informal de chatarra, entendida como una convención generalizada, hallamos otras variaciones como la participación informal en vaciados de pisos; el canje de otros objetos (usualmente ropa, accesorios y otros textiles) por metal; la participación en redes de intercambio de cosas, mercancías y dinero, alrededor de las dinámicas que produce el Mercado de los Encants de Barcelona; y la venta de electrodomésticos, especialmente televisores, y bicicletas de segunda mano.

Estas variaciones más radicales implican la conformación de distintas rutas o, más bien, desviaciones, atendiendo a la distinción que hace Appadurai (1991) subrayando el carácter normativo y acordado de las primeras, y la novedad y la irregularidad imprevistas de las segundas. Estas desviaciones en particular son, además, muy diferentes en términos de transformación y valor (intercambio) a las que sigue propiamente la *chatarra* en el curso cotidiano de *la Sunu Village*, desde las formas de recuperación hasta los canales de intercambio.

De otra parte, una innumerable cantidad de cosas son recuperadas, como podrá imaginarse, para la propia *Sunu Village*. El recorrido es un proceso siempre atento a la obtención de beneficio. La búsqueda es principalmente económica, pero los chatarreros llevan siempre una especial atención sobre todo aquello que pueda servir

instrumentalmente a la casa, al colectivo y a su propia chabola (a su propio “*chiringuito*” como le dicen varios de ellos). Pocas cosas en *la Sunu Village* han sido compradas; la recuperación es también un proceso mediante el cual estos hombres obtienen los instrumentos y los materiales para asegurar su supervivencia instrumental mínima.

De esta forma, es clave aquí señalar que la centralidad de la práctica de la recolección-recuperación de residuos no se encuentra dada exclusivamente por la dinámica productiva, sino que está consolidada por las cosas mismas, por el hecho de que los residuos urbanos son para ellos objetos de trabajo, bienes de consumo y mercancías; de forma que la práctica misma, podría decirse, es tanto productiva como reproductiva.

En síntesis, se podrían decir entonces que la práctica de la recolección-recuperación informal de residuos urbanos combina ciertas características y habilidades con determinadas condiciones de contexto de forma que se concretan unas relaciones e interacciones particulares: La anticipación resulta ser una condición fundamental de primera mano y, en algunas ocasiones, la capacidad de negociación debe sumarse como complemento para asegurar la adquisición del material a recuperar. Por otra parte, una especie de *irresponsabilidad ciudadana* que consiste en una disposición inadecuada de los residuos por parte de los ciudadanos les resulta sumamente beneficioso a los chatarreros que además encuentran también en la solidaridad vecinal otro punto de anclaje territorial que permite ampliar el margen de las posibilidades de trabajo. Y finalmente, la adquisición de ciertas capacidades como la inmediatez, una especie de sano oportunismo, la variabilidad y la adaptabilidad son cruciales para dar forma a una práctica concreta que se depura además a través de un uso y una apropiación expertos y sensibles del espacio.

De esta forma, es remarcable la centralidad que ocupa la práctica de la recuperación de residuos dentro del colectivo. Como se verá, la recuperación no es solo una práctica instrumental que asegura su supervivencia cotidiana. Se trata de una forma de relación

simbiótica con el espacio y con los residuos urbanos medular a su coyuntural forma de vida productiva y reproductiva.

3. Recolección informal de residuos y apropiación por desterritorialización

La recuperación informal de residuos en general como parte fundamental de una práctica laboral de subsistencia, y el recorrido como el mecanismo específico de movilidad urbana que la vehicula, constituyen entonces una unidad total en tanto forma de experimentar el territorio, se trata así de una modalidad de experiencia espacial específica.

Esta experiencia espacial, que dista mucho de ser fortuita, sino que se prevé y está claramente orientada a fines específicos a pesar de su aleatoriedad e imprevisibilidad cotidianas, implica una concreta forma de usar el espacio, sus cualidades físicas y sus elementos materiales constitutivos.

El recorrido diario, como se detallará más adelante, en el marco de esta práctica laboral de subsistencia, es un proceso necesario, inevitable, absolutamente obligatorio. Se trata de una parte ineludible del proceso, recurrente y cotidiana que, no obstante, respecto de la forma específica que adquiera, su duración y sus resultados, es casi totalmente impredecible:

“cualquier cosa puede pasar cuando sales ahí afuera [...] puede que encontremos un montón de cosas a la vuelta o puede que nos pasemos el día andando sin pillar nada ¿sabes? [...] por eso hay que hacer las cosas bien [...] uno tiene que moverse rápido y andar por donde conoce, yo ya conozco y se cómo andar y a donde ir... y ya tienes donde parar ¿sabes? Te conocen también [...] pero si, en esto nunca se sabe, es cada día, cada día”

De esta forma me advertía AM, mientras tomábamos café temprano en la mañana antes de salir a uno de los recorridos en los que me permitió acompañarlo, el 26 de febrero de 2018, sobre esta aleatoriedad y este escaso control sobre lo que pueda suceder “ahí afuera”. Pero también señalaba con cierta claridad la importancia sustancial que tiene el adquirir una

especie de conocimiento sobre el funcionamiento general del sistema formal de gestión de residuos, y sobre el espacio urbano mismo que requieren, de alguna forma, dominarlo.

En primera instancia se encuentra el principio clave de la anticipación. Se trata de una fórmula sencilla y elemental: anticiparse a las operaciones de recogida de los sistemas formales y oficiales de gestión. Para beneficio del chatarrero, Barcelona produce residuos a una velocidad y a una frecuencia que les permite no tener que esperar demasiado y poner en riesgo la anticipación. *“Antes, cuando estaba en Sevilla, era un poco más difícil porque había menos y tenía que esperar y yo apenas estaba empezando [...] aquí ya conozco y casi siempre encuentras algo si sabes buscar”* dice el mismo AM al respecto, empezando el recorrido. Hay que recordar, como se dijo anteriormente respecto de sus *trayectorias*, que Catalunya y Barcelona son un destino muy repetido en la migración irregular desde Senegal hacia territorio español. Esta ciudad en concreto y sus incesantes y numerosas dinámicas comercial, industrial y turística representan un destino que se estima de mayores posibilidades y en donde, como han comprobado los chatarreros, las largas y complejas cadenas económicas y de circulación de mercancías crean áreas de posible agencia aun cuando sean en extremo marginales. Estas condiciones, concretadas en la realidad material y espacial de la ciudad, dispuestas en una estructura urbana accesible como es el caso de Barcelona por su topografía y el diseño de sus calles y sistemas de circulación, facilitan la adaptación física y en términos de movilidad y acceso a recursos de la práctica del chatarrero.

De esta forma, salta a la vista el desarrollo de un conocimiento al menos básico del sistema de recogida oficial, de sus mecanismos y sus tiempos. Por las zonas por las que suelen trabajar estos hombres, el sistema oficial opera en horas nocturnas, los senegaleses salen a carrear desde la mañana y hasta bien entrada la tarde por lo general, intentando aprovechar lo que en el día se vaya produciendo de residuo doméstico y comercial en una especie de operación anticipada *exprés* de recogida casi inmediata a la generación.

A esto se suma el reconocimiento de cierta conducta ciudadana contraria a lo postulado y requerido por la agencia de residuos y por las operaciones mismas de la empresa privada concesionada. Se trata de la mala disposición de residuos que requieren recogidas especiales más esporádicas o que, sencillamente, no pueden ser recolectadas por estos sistemas dada su inapropiada disposición. Buena parte de lo que el chatarrero senegalés recoge durante el recorrido está constituido por residuos que debían originalmente disponerse en *deixalleríes* o en *punts verds*, por lo que el conocimiento de los alcances y límites de las operaciones del sistema oficial les resulta fundamental con relación a sus propias posibilidades de recuperación.

En este punto podría señalarse además que, desde cierta perspectiva un tanto positiva sobre el trabajo que llevan a cabo estos hombres, su práctica constituye un ajuste necesario a los problemas de mala disposición de los residuos que no puede resolver el sistema oficial dada la estricta instrumentalidad de sus procedimientos y los límites de sus herramientas y elementos infraestructurales. De este modo, continuando con esta perspectiva, el chatarrero realiza un importante aporte a la organización final y agregada del sistema en tanto totalidad y también a las condiciones medioambientales y de sostenibilidad de la ciudad misma. De forma más certera incluso, esto ha parece ser corroborado desde un punto de vista cuantitativo focalizado exclusivamente sobre el porcentaje de recuperación de los chatarreros en el agregado total, aunque también sobre las características mismas del material recuperado: el trabajo de campo ha permitido comprobar que el oficio manual del chatarrero, la baja escala de alcance de su actividad en términos de volumen y la forma de intercambio en la que participan que crea un valor en extremo marginal, conllevan la necesidad ineludible de obtener material *limpio*. Esto hace que los recolectores a pie de calle, informales, sean los que insertan materiales en los circuitos de circulación de los residuos en un mayor grado de pureza, inalcanzable por los medios de la recolección tecnificada a gran escala a lo que debe sumarse en reducido impacto ambiental de su práctica y el bajo coste energético. Por otra parte, como se verá más adelante, el propio Gremi de la Recuperació de Catalunya reconoce, al menos desde 2014 por lo que he podido

comprobar, el importante porcentaje de participación de los recolectores “particulares”; recientemente, durante una semana de crisis migratoria en Ceuta en la que arribaron cerca de 8000 personas, la cadena de noticias RAC1 afirmaba que los chatarreros recogen más del 20% de los residuos metálicos recuperados en Catalunya en un trabajo extenuante por el que obtienen menos de un euro la hora⁹⁴

Pero, continuando con lo que ocupa el asunto central aquí, además de este conocimiento básico pero elemental de los mecanismos del sistema oficial de gestión de residuos, se encuentra, en segunda instancia, el imperativo territorial.

Así como la recolección de alimentos posterior a las operaciones privadas de cosecha por parte de los espigadores, que con admirable elocuencia logra mostrarnos Agnès Varda, a pesar de ubicarse temporalmente en polos opuestos con relación a los sistemas oficiales, el recorrido y la recolección de residuos urbanos también implica para el chatarrero una forma de uso específica del espacio; aún más, un conocimiento experto y sensible del mismo que termina por conformar una especie de *know how espacial*.

El uso concreto y cotidiano del espacio físico durante el recorrido diario demuestra una hábil fluidez, una continuidad y un ritmo acelerados y constantes que se mantienen durante jornadas que pueden llegar a ser en extremo prolongadas, y una clara determinación que incluso podría confundirse con una especie de forma abusiva o agresiva de uso del espacio físico. El uso mismo de ciertos elementos urbanos (incluidos los contenedores claro está), durante las rápidas paradas para ejecutar la recolección propiamente dicha, devela unas habilidades evidentes en las que se aprovechan las capacidades físicas personales muy distintivas de estos hombres. Las largas jornadas, los esfuerzos físicos extremos y mantenidos día a día, y la actitud física y moral con la que se enfrenta un trabajo muy

⁹⁴ *La realitat dels ferrovellers a Catalunya: menys d'un euro l' hora per recollir ferralla*. Redacción, 23-05-2021. Obtenido de: <https://www.rac1.cat/programes/via-lliure/20210523/493900764749/ferrovellers-catalunya-ferro-recollida-immigrants-ceuta-porras-thiakh.html>

pesado y socialmente descalificado, hace de estos hombres los únicos capaces de afrontarlo y sostenerlo.

El aprovechamiento táctico de ciertas características físicas de este entorno urbano en particular, como la topografía plana, las esquinas de manzana achaflanadas, las rampas de acceso a los andenes, la red de carriles bici, el adecuado funcionamiento del sistema de semáforos y cebras, e incluso el previsible y ordenado modo de circulación de peatones y vehículos, develan el desarrollo de un particular saber espacial en procura de las condiciones necesarias para la ejecución de sus operaciones prácticas. Una especie de saber hacer y de saber usar a pesar de tratarse de una práctica funcional e instrumentalmente ajena a las condiciones físicas del entorno urbano proyectado. En la práctica del uso cotidiano, estos hombres y sus particulares usos, desbordan los constreñimientos físicos y las limitaciones funcionales del espacio concebido, en cierto sentido sometiéndolo a sus necesidades mediante sus propias habilidades adaptativas. También, como es claro, aprovechan ciertas cualidades de la forma urbana y se ven beneficiados por ciertos procesos implicados en su transformación. Es el caso, por ejemplo, de la adaptación de la forma urbana de Barcelona a las exigencias de la diversidad funcional para favorecer el acceso y la movilidad inclusiva, como parte de las nuevas políticas lideradas tras el impulso del movimiento 15M (Sánchez, 2017). Ordenadas por normativas consensadas y aprobadas bajo unos límites de tiempo determinados y unas especificaciones precisas, las medidas (en lo que aquí nos interesa) implicaban transformaciones concretas que permitieran el fácil acceso a la red de andenes de personas en situación de discapacidad visual y a vehículos con ruedas, en principio y fundamentalmente para personas con movilidad reducida, pero favoreciendo al tiempo otros vehículos – aparte de las sillas de ruedas – y otras prácticas, entre ellas, sin duda, la de los chatarreros.



Figura 28 *Secuencia de chatarrero en recorrido usando el andén, la rampa y el carril y semáforo peatonales, Barcelona, 15-03-2018. Foto por el autor*

El conjunto de estas condiciones y de las relaciones espaciales permite entonces no solo un acceso relativamente dinámico y expedito de las actividades del chatarrero al espacio físico, sino también la incorporación al flujo agregado de movilidades urbanas, el chatarrero produce su espacio de circulación compartiendo infraestructuras físicas y direcciones con otras movilidades. Esto sugiere, es claro, un conflicto de relevante interés que no se puede resolver aquí pues no fue asunto indagación más allá de la descripción de la propia movilidad del chatarrero, sobre las intersecciones físicas, ideológicas o estéticas entre movilidades, sobre el problema de sus *legitimidades*.



Figura 29 *Chatarrero y ciclista en el Poblenou y chatarrero senegalés sobre el andén del CCCB en El Raval, Barcelona, 2018. Fotos por el autor*

Pero este uso del espacio también abarca una dimensión un tanto intangible, aunque objetiva y claramente perceptible. Esta forma acelerada, decidida y experta de uso del

espacio físico se produce en el desarrollo de una incorporación visiblemente sensible al ritmo de la ciudad y al flujo de la vida urbana. Su práctica, si bien estruendosa y estéticamente anómala respecto del espacio que ocupa y usa, aparece también integrada al gran flujo de las movilidades humanas en el espacio urbano, con una habilidad que por momentos hace olvidar que se trata de hombres extraños, en un contexto ajeno, y en el ejercicio de una práctica laboral coyuntural espacialmente anormal.

Sin temor a caer en la sobreinterpretación, se trata de un uso sensible del espacio-movimiento que les permite incorporarse fluidamente en su flujo y desplegar sus tácticas específicas sin alterar drásticamente el orden preestablecido y sin verse obligados a una adaptación forzosa contracorriente.

Aún más, ese espacio del orden, de la conducta ciudadana considerada apropiada y legítima beneficiaria del espacio mismo, conforma un espacio ideológico que también es, en un nivel menos objetivo de la conciencia práctica, asumido y enfrentado por los chatarreros; esta vez a través de una forma de uso que podría denominarse como un *uso por evasión*, pero que igualmente expresa cierta forma de comprensión y adaptación táctica.

El despliegue espacial de los mecanismos operativos de una práctica anómala al orden dominante y a sus principios de control e higiene puede considerarse como una auténtica “apropiación insolente” del espacio público de la ideología neoliberal que en realidad lo hace exclusivo solo a la dignidad de los *buenos ciudadanos* (Delgado, 2016).

Las restricciones sociales e institucionales impuestas por este espacio son hábilmente enfrentadas por los chatarreros a través de diferentes formas de uso del espacio que incluyen condiciones funcionales básicas como su acelerada fluidez y la individualidad absoluta en la realización de sus prácticas. Pero también destaca la conciencia y el uso objetivo de la invisibilidad de la que han sido víctimas producto de los mecanismos de la política pública que los han confinado al anonimato y al olvido. Se trata de una forma de *invisibilidad funcional* que saben aprovechar para sus propios fines, revirtiendo en cierto

sentido la exclusión propia de la mencionada condición de anomalía espacial que ostentan; la invisibilidad en este punto constituye un principio táctico activo que permite enfrentar y superar los obstáculos de este espacio ideológico en el terreno del uso práctico.

Todo este conjunto de prácticas y usos objetivos del espacio físico, sensible e ideológico, expresan con claridad un conocimiento experto y sensible, no solo de la ciudad como constructo físico, sino también de *lo urbano* en tanto forma de vida. El reconocimiento de las características y condicionamientos del entorno deriva en un aprovechamiento táctico de las relaciones espaciales que, dentro de los límites de la marginalidad y la precariedad socioeconómicas, les permite a estos hombres el desarrollo cotidiano y sostenido de sus prácticas laborales de subsistencia que implican, a su vez, unos usos y unas vinculaciones funcionales, operativas y simbólicas con el espacio en las que el espacio mismo, a pesar de su potencia excluyente, logra hacerse propio.

Se trata entonces de una vinculación profunda, funcional y simbólica, que devela una particular forma de apropiación espacial. A pesar de sus innumerables constreñimientos y restricciones el espacio físico, ideológico y simbólico logra ser visualizado, comprendido, adaptado y transformado, esto es, en suma, apropiado (Vidal & Pol, 2005). Esta vinculación y la apropiación objetiva concreta del espacio constituyen entonces un mecanismo táctico de *aprovisionamiento* desarrollado a partir de la propia iniciativa y en los propios términos de los actores (Narotzky, 2012), (Narotzky & Besnier, 2020), a pesar de las incontables restricciones del espacio mismo y las limitaciones propias de la precariedad experimentada.

Sin embargo, esta profunda relación y vinculación con el espacio es brutalmente impersonal, despojada de cualquier forma de cuidado o preocupación y con un sentido marcadamente negativo.

Consiste más bien en una experiencia de apropiación que concreta y expresa al mismo tiempo una particular desterritorialización progresiva. Es la proyección cotidiana, en el

marco de su práctica laboral, de la “precarización territorial” (Haesbaert, 2013) de estos hombres en un contexto extraño que los segrega y los margina, aun cuando se pueda dar el lujo de mantenerlos a la vista. El recorrido cotidiano si bien demuestra una clara apropiación espacial, expresa también una forma de relación territorial precaria, radicalmente marginal y desigual.

Apropiarse del espacio, de las infraestructuras y de los residuos mismos es imperativo, pero se hace en medio de una lucha constante contra las instituciones, contra la norma, contra los mecanismos de la política pública, contra la sociedad en su conjunto y sus formas de estigmatización y descalificación, y contra el espacio mismos en tanto escenario de la ideología dominante que los excluye y como constructo físico que objetiva su constreñimiento y su segregación, como forma material con la que se proyecta el aislamiento y la distancia social que los ubica en los márgenes de la organización jerárquica.

Toda la práctica y la experiencia espacial que se desarrollan en el curso de las actividades laborales de los chatarreros senegaleses están constituidas casi que exclusivamente por meras *tácticas de supervivencia* que distan mucho de las posibilidades de agencia estratégica de las que podrían disponer colectividades favorecidas, según la distinción que elabora sobre ello Micheal DeCerteau (1996). Sus operaciones son puramente tácticas adaptativas, forzosamente ideadas en las escasas grietas de las que disponen gracias a su propia inventiva y capacidad recursiva.

Probablemente la mayor y más clara evidencia de esta condición se demuestra a través de su relación, no tanto legal e institucional, sino cotidiana y espacial, con los marcos normativos a los que deben hacer frente y que nunca se encuentran a su favor. En términos generales dos “tipos” de norma social son los que estos hombres deben enfrentar y frente a los cuales nunca salen bien librados.

Por un lado, está la norma institucional, el contenido legal escrito que los ilegaliza y los convierte en una especie de fenómeno ilegítimo y digno de merecedor de las medidas de persecución y eliminación. Sin temor a equívocos se trata de una práctica laboral marginal indeseada, a la que han tenido que recurrir en ausencia total de otras posibilidades porque *“no hay más remedio, ¿Qué más podemos hacer? Uno trata de hacer otras cosas, pero sin papeles no hay trabajo, sin trabajo no hay papeles ¿y entonces qué? Hay que comer, hay que hacer algo para poder vivir”*, expresaba con una claridad devastadora BY.⁹⁵

La ley de extranjería no los reconoce como ciudadanos y les limita hasta el nivel absoluto sus posibilidades de trabajar; la ley de residuos y las diversas disposiciones que reglamentan su gestión identifican su práctica como una forma irregular que pervierte el sistema en general y que desvía materiales y utilidades de forma irregular hacia un mercado informal percibido como incorrecto y económicamente desviado; y la normativa relacionado con los usos ciudadanos del espacio público los designa como una práctica irregular, inadmisibles e incluso inmoral.

Por otra parte, la norma socio-moral que distingue lo que es correcto y permisible de lo que se halla en los lugares de lo indigno y lo indeseable, los descalifica y los segrega por su relación con los residuos y la ejecución de una práctica percibida como anómala. Esto produce el afianzamiento de un fuerte distanciamiento y una mayor dificultad de inserción en las redes sociales y económicas a través de la vía de la “descalificación social” (Paugam, 2007).

Dado el conjunto de situaciones en las que se relacionan las formas de apropiación espacial que desarrollan los chatarreros en el curso de su experiencia espacial y las condiciones contextuales e institucionales a las que deben hacer frente, es posible afirmar que su forma particular de vinculación y experiencia espacial constituye una suerte de *apropiación por desterritorialización* en la que a pesar de desarrollarse progresivamente una vinculación

⁹⁵ *Sunu Village*, 17 de mayo de 2018.

comprensiva y sensible cada vez más profunda con el espacio se produce al tiempo un desarraigo territorial cada vez mayor respecto del espacio social y físico en el que se encuentran.

VIII

LA INFRAESTRUCTURA DE LA SUPERVIVENCIA URBANA

Este no es un caso en el que se estudien el desarrollo de infraestructuras en países africanos y las relaciones que dichas comunidades establecen con ellas en sus propios contextos. En este caso se trata de un colectivo de hombres africanos que hacen uso de las infraestructuras físicas (de unas muy en particular) de la ciudad de Barcelona y desarrollan unas particulares formas de moverse y de comprender el espacio en procura de su supervivencia mínima. No se trata entonces de la imposición de unas infraestructuras que desconocen las necesidades reales y los modos de existencia propios de las poblaciones para las cuales se destinan como supuestas herramientas del progreso social que lleva occidente al resto de mundo; ni de la emergencia de nuevas infraestructuras en esos contextos y a través de los mecanismos propios pero que tienen como base esa misma lógica occidental de la instrumentalización “desarrollada” de las prácticas y las diversas movi­lidades; sino de las relaciones que un colectivo migrante y marginado se ve abocado a establecer con las infraestructuras de ciudades desarrolladas, en principio extrañas y ajenas a ellos y sus modos específicos de hacer y comprender la realidad física y material. Se trata de extranjeros que nunca dejan de ser inmigrantes y que sostienen indefinidamente una especie de condición de *anomalía espacial*; son gentes “exóticas” que usan unas infraestructuras materiales ajenas en un contexto extraño, “*exotizándolo*” al tiempo en dicha operación de supervivencia extrema e irregular.

Para el caso se pueden discernir dos infraestructuras pertinentes que, no obstante, están íntimamente imbricadas entre sí en la experiencia particular y cotidiana de los chatarreros senegaleses, pero que pueden diferenciarse para fines comprensivos: la infraestructura de los residuos, de su administración y gestión, de sus flujos y transferencias urbanas; y la infraestructura urbana del espacio público diseñado, proyectado y administrado.

En ese proceso que constituye su práctica laboral cotidiana, estos hombres desarrollan un conocimiento experto y sensible de la ciudad, de la calle, y de la infraestructura del espacio público, despliegan una relación con ésta que conlleva una particular e imperiosa forma de moverse que si bien adquiere ciertas variaciones, está caracterizada en general por el uso y la apropiación directa del espacio físico y sus cualidades materiales, por una extrema individuación, una acelerada aleatoriedad y el uso táctico-funcional de la invisibilidad social que se les ha impuesto.

Por supuesto, dado el particular objeto central de su trabajo, también (y al mismo tiempo) llevan a cabo un uso especializado de la infraestructura urbana de gestión de residuos, especialmente en lo que respecta a los elementos físicos que la instrumentalizan, pero también frente a la dimensión operativa de su funcionamiento. Este uso único, particular y especializado de la infraestructura de la gestión de residuos incluye, claro está, a los residuos mismos, respecto de los que desarrollan una especie de saber, en este punto, especialmente como objetos de trabajo, pero también en tanto mercancías y bienes de consumo que son *estatus* que adquieren los residuos en otras instancias de la relación que con ellos se establecen y en otros momentos de la propia organización operativa lineal del trabajo.

Pero estas infraestructuras solo prexisten a las prácticas que las usan en algunas de sus características físicas, solo en algunos de los medios y elementos materiales que instrumentalizan la movilidad de personas y residuos respectivamente. Las infraestructuras del espacio y de los residuos en realidad se concretan, y de hecho adquieren cualidades que permiten que sean denominadas así, solo en la medida en que su dimensión física instrumental es completada por los actores y sus prácticas.

Desde esta perspectiva podríamos atrevernos a distinguir entre la *infraestructura física*, que está constituida por los elementos materiales que instrumentalizan las dinámicas funcionales y operativas de los flujos y movimientos al interior del sistema, y la

infraestructura como proceso en sí misma, que hace alusión a la dinámica cambiante del ensamblaje entre la dimensión instrumental y las prácticas de los actores que las usan y las significan.

Aún más allá es posible considerar, en ciertos casos muy concretos como este, que los actores, las personas en la ejecución de ciertas prácticas constituyen ellos mismos la infraestructura. Son ellos, su experiencia espacial, su corporalidad y las características físico-operativas concretas de sus oficios quienes soportan, al menos en parte o en una porción clave, el flujo y el movimiento que la infraestructura está destinada a facilitar.

De esta manera, es posible afirmar entonces que se asiste en este caso a la creación objetiva de una infraestructura particular. Esta se concreta, al mismo tiempo, de forma paralela, superpuesta, entrelazada, complementaria e incluso simbiótica a los procesos en los que se forman las infraestructuras oficiales del espacio urbano y de la gestión de los residuos, a pesar de que se constituye en el proceso de una especie de flujo temporalmente “desviado” de los residuos.

1. La infraestructura de los residuos: de la infraestructura excluyente al *know how* de las basuras

Es posible partir aquí del reconocimiento, que en realidad no trasciende por mucho el sentido común o la “sabiduría convencional” de la que hablaba Galbraith en *La sociedad opulenta* (2008), de que las infraestructuras físicas y las políticas que determinan sus usos y su administración, crean delimitaciones y exclusiones por principio, que son aparentemente infranqueables y que coinciden, no casualmente, con las fisuras de la fragmentación social, con la relegación, la marginación estructural y la descalificación de ciertas porciones de la población.

De forma consecuente y proporcional, estas delimitaciones privilegian y favorecen con exclusividad la gestión de los residuos y, con ello, los específicos usos legítimos de las

infraestructuras públicas a ciertas iniciativas particulares que son concesionadas de manera oficial para tales fines. El modelo es uno claramente neoliberal en el sentido de la privatización que mediante un mecanismo de control estatal (ley) que implica el cumplimiento previo de requisitos mínimos inalcanzables para unos cuantos, aunque se encuentren organizados y autorizados⁹⁶, libera la prestación de un servicio público y los intercambios de residuos a las reglas de mercado aun cuando mantiene en alza las tasas de participación tributaria ciudadana.

En este sentido, la pregunta no es tanto si la democracia falla cuando fallan las infraestructuras sino más bien si determinadas condiciones y procesos infraestructurales son democráticos en sí mismos. De hecho, lo que podemos ver con claridad es que la atención sobre las infraestructuras devela precisamente las enormes desigualdades y fragmentaciones socioeconómicas en términos de acceso, movilidad y calidad, el condicionamiento político de las mismas (Beck, Klaeger, & Stasik, 2017) y las múltiples violencias que se producen a través de su carácter lineal y diferencial (O'Neill & Rodgers, 2012). Las infraestructuras, entendidas como el proceso de relación entre los actores y la materialidad que instrumentaliza sus moviidades (Star & Ruhleder, 1996) demarcan con mucha claridad la diferenciación social y económica. En particular, el modo en que las diferentes personas establecen sus relaciones con las infraestructuras físicas de circulación de los residuos deja ver las distancias socioeconómicas, la distinción en materia de acceso a recursos y condiciones materiales de existencia y el lugar marginal de algunos que deben procurarse medios adaptativos y forzosos a través de estas mismas infraestructuras.

El caso de la infraestructura de la gestión de los residuos en Barcelona no es una excepción a pesar de las variadas formas aparentemente altruistas con las que se divulga en el discurso oficial progresista la propia infraestructura en particular (su funcionamiento, el compromiso de los *productores conscientes*, los innumerables beneficios de la red de *gestores*, y la

⁹⁶ Aquí se hace evidente, recordando el caso de Alencop, la importante distinción entre regulación y protección.

necesaria participación en ella de los *ciudadanos de bien*) y con las que se proyecta el imaginario en general de esta, la ciudad ideal, la ciudad modelo.

La Llei 6/1993, del 15 de juliol, reguladora dels residus, marca un antes y un después en la definición de una política que permita orientar las medidas, los mecanismos y los actores involucrados en la administración y la gestión de los residuos urbanos.

En el año 1991 se crea la Consejería de Medi Ambient que modifica la anterior Junta de Residuos de organismo autónomo a empresa pública. Desde allí se formula esta ley y posteriormente, en el año 2003, se crea la actual Agencia de Residuos de Cataluña, encargada ahora de su administración, ejecución y control.

Mediante esta ley se establecen definiciones generales y principios fundamentales en materia de gestión de residuos, algunos de ellos incorporados a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente y el desarrollo, la llamada Cumbre de la Tierra, celebrada en el año 1992 en Rio de Janeiro, coincidente con el inicio de un proceso de transformación política, vacacional y urbana sin precedentes en Barcelona puesto en marcha a partir de la celebración de las Olimpiadas.

Además, se dan los primeros pasos en la estructuración de un sistema integrado de gestión de residuos en el que prima el principio de la *disposición clasificada* y la *recogida selectiva*. En este sistema el conjunto de contenedores diferenciados y otros puntos de disposición especializada como los punts verds y las deixalleríes, que conforman una especie de sistema integrado por las operaciones de recolección, son fundamentales. Estos principios y este funcionamiento requirieron la incorporación posterior de la llamada *corresponsabilidad ciudadana*, necesaria para una adecuada disposición de los residuos, separados en la fuente y debidamente clasificados para su posterior recolección.

Por supuesto, esta ley también establece las responsabilidades de la Generalitat y de la Agencia de Residuos de Catalunya en materia de organización y control; así como las diferentes tasas, tributos, precios públicos, infracciones y sanciones según las diferentes responsabilidades adquiridas.

En general “[...] la nueva Ley 6/1993, de 15 de julio, reguladora de residuos, aprobada por el Parlamento de Cataluña, hacía hincapié en criterios generalmente aceptados como: la responsabilidad del productor; la prevención, minimización, reciclaje y disposición de los residuos; la subsidiariedad; la autosuficiencia y la proximidad; y el control de calidad de los gestores autorizados condicionados a registro, contingenciación, fianza y seguro.” (Villalta, 2013, pág. 51)

Precisamente, respecto de este último punto cabe decir que tal vez la más importante medida adoptada por esta ley y que representa además un logro invaluable y uno de los elementos característicos del modelo de administración para la actual Agencia de Residuos de Catalunya es la creación de la figura del *gestor de residuos* y la definición de los contenidos mismos del proceso de gestión: la clasificación, la valorización, el reciclaje y la disposición final.

Refiriéndose al desarrollo que ha permitido la ley 6/93 en general, pero particularmente la implementación de la figura del gestor, Jordi Macarro, director del área de información y comunicación de la Agencia de Residuos de Cataluña, en entrevista realizada el 08/04/2019, dice:

*“[...] Cataluña se emplazaba a ser una región en donde se podía invertir con seguridad y esto es un tema que ha funcionado y funciona. Actualmente tenemos un tejido de más de 900 empresas de gestión de residuos en Cataluña, que mueven una facturación de cerca del 6% del PIB de Cataluña. Es decir, es un **sector económico** que ha creado 25000 puestos de trabajo directos, más los indirectos; pasó de ser un sector marginal en el año 1985 a lo que es hoy, que es un sector económico que es capaz, por sí mismo, de generar riqueza [...]”*

Muchos beneficios se hacen visibles en materia de organización, gestión y aprovechamiento de los residuos, así como en términos de organización urbana e impacto ambiental. Sin embargo, sobre el terreno, en la calle, la infraestructura oficial en conjunto es restrictiva y excluyente por principio, blindada a otras iniciativas ciudadanas fuera de sus términos,

cerrada sobre sí misma, diseñada y orientada a favorecer ciertos intereses económicos privados más que socioambientales pero preocupada, claro está, por alcanzar los estándares impuestos por la Unión Europea. De allí que el discurso político y mediático institucional en torno a las medidas y mecanismos de control sobre el papel de las empresas y la participación del conjunto de la población esté soportado sobre las ideas de la responsabilidad ambiental, la cultura ciudadana y la sostenibilidad urbana. Lo que, por otra parte, vela y calla con una fachada deslumbrante lo que se sabe de la gestión términos de negocio, de generación y acumulación de riqueza y en cuanto a las posibles destinaciones geográficas finales de los residuos mismos.

La infraestructura de los residuos constituye un mecanismo de la *tecnopolítica* de la administración neoliberal de las ciudades, entendida como el uso político de los elementos técnicos infraestructurales, al servicio de los grandes intereses capitalistas. La precisión reglamentaria y operativa respecto de toda la cadena del sistema de gestión de residuos hace saltar a la vista los privilegios otorgados por un lado y las restricciones infranqueables por el otro. Todos aquellos que lleven a cabo operaciones de recolección, regeneración (transformación) y reciclaje *informal* quedan absolutamente excluidos del sistema oficial, independientemente de que el conjunto de sus trabajos pueda verificarse como funcionalmente positivo a las condiciones medioambientales, a los procesos mismos de clasificación y recuperación, e incluso a la acumulación final y agregada de capital por los grandes empresarios.

La organización general del sistema y en particular la externalización de los procesos de gestión, medida mediante la que la administración se permite abandonar su participación directa en un problema público otorgándole concesiones de operación a privados, imponen barreras infranqueables para aquellos que no disponen del capital, de la capacidad instalada, ni de los medios legales para incorporarse al registro de gestores. La medida de regulación de los gestores de residuos y el establecimiento de un protocolo y un sistema de registro y control, por más que pueda considerarse necesario desde un punto de vista

político y administrativo, al mismo tiempo ha destinado al olvido y a los márgenes de la informalidad y la ilegalidad a un importante número de trabajadores que se ven obligados a encontrar fisuras y vacíos en donde puedan, de cierto modo, insertarse irregularmente en el flujo oficial de los residuos y someterlos a sus propias *desviaciones*.

Sobre este asunto es importante precisar algunas cosas relacionadas con la propiedad de los residuos y que constituye una más de las restricciones institucionales que los chatarreros deben enfrentar pero que, al mismo tiempo, deja ciertos vacíos que en parte permite la silenciosa (aunque estruendosa) existencia de su práctica y hacen comprensible la ausencia de una persecución directa por su trabajo en las calles.

La normativa relacionada con los residuos y, en especial con su gestión, incluye fundamentalmente la *ley 22/2011, de 28 de julio, de residuos y suelos contaminados* de cobertura nacional; y la *ordenanza de medio ambiente* elaborada por el ayuntamiento para el término municipal de Barcelona.

Establecen de primera línea unas definiciones de los términos muy precisas y, por ello, restringidas, como es de esperarse en un documento de este tipo. Estas definiciones se encuentran claramente orientadas a marcos formales de relaciones de producción, posesión y tratamiento de los residuos, y a consolidar la estructura oficial de organización a nivel institucional, empresaria e industrial. Esto último se ve reforzado además por el establecimiento de una estructura de “jerarquías de residuos” relacionada con la prioridad normativa respecto de los procesos de tratamiento: a) Prevención; b) Preparación para la reutilización; c) Reciclado; d) Otro tipo de valorización, incluida la valorización energética; y e) Eliminación.

Es más que evidente y comprensible la ausencia total del reconocimiento de la existencia misma de prácticas ajenas a las que allí se regulan. En concreto, la recolección informal de residuos no es contemplada en absoluto y no figura de manera alguna ni en estos ni en ningún otro documento normativo o regulador. Este desconocimiento intencionado es

plenamente comprensible pues en caso contrario la regulación de la práctica sería ineludible. Evidentemente, tampoco se encuentra dentro del listado de exenciones de los requisitos de autorización, aun cuando no se formule una prohibición expresa sobre las actividades que la conforman.

Se trata entonces de una relación laboral-productiva-económica con los residuos, la de los chatarreros, que además de haber sido incorporada como una coyuntura sin remedio por la fuerza de la supervivencia, es también sistemáticamente eludida institucionalmente y relegada a través de un mecanismo que presiona su desvinculación y su desintegración por medio del desconocimiento y la formulación de una normativa orientada a específicas formaciones que dejan por fuera de toda posibilidad a ciertos grupos humanos.

El establecimiento de los criterios normados para la producción, posesión y gestión de los residuos, que a su vez implica la ilegalización de otras prácticas y relaciones, pasa por la determinación del momento específico del fin de las responsabilidades de productores y poseedores iniciales, asegurando de cierta manera el abandono y la pérdida de la propiedad; por el establecimiento de un “régimen de autorización de actividades de producción y gestión” que concreta los alcances y los límites de los autorizados para llevar a cabo las operaciones de recogida, transporte y tratamiento; y por la definición de un marco de concesiones que establece una determinada propiedad y ciertas responsabilidades sobre los residuos.

En general es visible que además de establecer un marco normativo regulador, el conjunto de medidas crea exclusividades en las relaciones con los residuos y responsabilidades en la producción de estos orientadas también a favorecer dichos privilegios.

No obstante el favorecimiento de estas formas y actores autorizados, las restricciones normativas que de allí emanan, y los obstáculos instrumentales que anteponen las cualidades físicas y de funcionamiento de los elementos que configuran la infraestructura oficial, la práctica de la recolección y recuperación informal de residuos logra desbordar

todos estos límites y hacerse un espacio que, aunque marginalmente, se encuentra vinculada al sistema formal, del que obtiene su escaso beneficio y al que incluso hacen un importante aporte en forma de material separado, limpio y clasificado.

En efecto, podría decirse que los espacios que los chatarreros logran ocupar en la cadena de circulación urbana de los residuos derivan no solo de la ejecución de prácticas ilegítimas o ilegales que se anteponen temporalmente a las operaciones formales, sino también de las fisuras que se producen al interior mismo del sistema, de sus propios límites y sus inevitablemente estrictas formas de funcionamiento.

Los materiales metálicos existen en una gran diversidad y aunque tal vez no al nivel de los plásticos y los celulósicos (del papel a la madera) abundan cotidianamente. Por esta misma razón es comprensible que, así como componen buena parte de los bienes de consumo doméstico, de los materiales de los objetos de uso comercial, de los insumos de la construcción, etc., también hagan parte del conjunto de residuos más numerosos. Sin embargo, es claro que la frecuencia de su descarte, la variabilidad de su tipo, y la irregularidad de sus formas y volúmenes, impliquen formas de disposición más especializadas y no hagan viable (además del evidente problema espacial) la existencia de un contenedor específico. Situación similar ocurre con los electrodomésticos y materiales voluminosos como la madera que también son objeto de gran interés de los chatarreros. Según dicta la Ordenanza de Medio Ambiente de Barcelona, los televisores y monitores, otros aparatos eléctricos y electrónicos, cables, chatarra, y metales diversos deben ser dispuestos en puntos verdes, puntos verdes de barrio o puntos verdes móviles; la madera, electrodomésticos grandes y electrodomésticos con CFC⁹⁷ solo son admitidos en los puntos verdes (PV de zona).

Es evidente que este modo de disposición no es siempre cumplido y, de hecho, es a menudo contravenido especialmente por los productores de residuos domésticos y comerciales de

⁹⁷ Los CFC son unos compuestos organoclorados que por su potencial efecto negativo a la atmósfera terrestre implican que los electrodomésticos que los contengan, como los frigoríficos, requieran un tratamiento especial.

baja escala. Independientemente de las razones que motiven la mala disposición que altera la *corresponsabilidad ciudadana* que les demanda el sistema, una posible mezcla entre irresponsabilidad y solidaridad ya mencionada, anudada a la posibilidad física de realizar el descarte rápida y fácilmente dentro o al lado de los contenedores, crea una visible disponibilidad de medios y recursos para iniciativas alternativas. Si a esto se suma el hecho de la organización espacial y temporal de las operaciones formales de recogida a gran escala que requieren cierta linealidad, el mantenimiento de una periodicidad regular y, sobre todo, no desarrollarse de forma paralela a las actividades de producción (y en general no aparecer siquiera durante el tiempo diurno de vida urbana), la disponibilidad de los residuos da pie a la aparición de unas prácticas de recolección espontánea, irregular, adaptable, individualizada, y que puede sacar provecho de situaciones extraordinarias en el sitio y en el momento de generación.

La infraestructura oficial de gestión de los residuos urbanos es una compleja red de transferencias, flujos y direcciones con diferentes nodos especializados y orientados funcionalmente a una disposición final selectiva, de forma que la separación comience en la fuente y se mantenga a lo largo de los procesos de descarte o de recuperación según sea el caso. La infraestructura, podría decirse, “comienza en casa” y sigue a través de los contenedores destinados a la recogida selectiva doméstica, pasando por los puntos verdes y deixallerías (que orientan y clasifican materiales para su reciclaje), hasta las grandes incineradoras u otros puntos de eliminación “definitiva” o hasta las grandes instalaciones privadas (de alguna de las empresas de FCC principalmente) que ejecutan “operaciones de regeneración” autorizadas.

La separación y la clasificación son la clave inicial en el gran negocio de las basuras y depende fundamentalmente del productor, bien se trate de residuos domésticos, comerciales o industriales. La recolección manual directamente del lugar de disposición, bien sea aprovechando una forma inadecuada en la que este haya sido realizado o anticipándose a los procesos oficiales y extrayendo así los residuos de una *ruta* oficial para insertarlos en su propia *desviación* informal (Appadurai, 1991), representa el eslabón más marginal de la red (o maraña) infraestructural total, un apéndice adherido forzosa e

ilegítimamente donde operan bajo sus propios términos y donde, al final, sus intercambios -la mayoría de ellos relaciones directas con los gestores oficiales- crean un valor marginal que solo ellos, los marginados del sistema, se ven en la necesidad de proveerse.

Ahora bien, en términos empíricos la práctica laboral cotidiana de los chatarreros se inserta en una infraestructura formal de los residuos que no logra preverla ni contenerla a pesar de las determinaciones físicas y los constreñimientos legales.

La intersección de su práctica en la infraestructura y el flujo oficial de los residuos se produce de dos formas simultáneas, en una especie de paso del orden al desorden: por anticipación y por disfuncionalidad del sistema que se han mencionada antes pero que vale la pena remarcar. Es simple, se trata, primero, de la anticipación a las operaciones oficiales de recogida selectiva o especializada (en los contenedores o demoliciones o remodelaciones, etc.) y, segundo, del aprovechamiento de una especie de falla sistémica y sistemática sobre la que puede acusarse a la “irresponsabilidad ciudadana”: los chatarreros recolectan materiales y cosas que han sido dispuestas inapropiadamente en la operación privada del descarte y que permiten la adhesión de prácticas informales y desviadas en estos flujos. Esta inadecuada disposición de los residuos, valga decir, en ocasiones contraviene conscientemente la corresponsabilidad que se le demanda para convertirla en una especie de solidaridad espontánea hacia los trabajadores informales o en una relación de mutuo beneficio. Podría decirse así, que la infraestructura oficial se fisura desde adentro.

AM describe con claridad esta solidaridad vecinal:

“[...] muchas veces vienen los vecinos y traen cosas allá o nos piden que vayamos a su casa a sacar algo que ya no usan o que quieren tirar, pero prefieren dárnoslo a nosotros porque saben que vivimos de esto [...] en el barrio todos saben que somos los chatarreros y ellos nos dan cosas en lugar de tirarlas y nosotros les ayudamos, así ellos no tienen que sacarlas ni llevarlas lejos [...]”⁹⁸

Pero más allá de esta solidaridad mutua o de la simple mala disposición de los residuos para beneficio del recolector informal, que al mismo tiempo representa una especie de

⁹⁸ El Poblenu, durante un recorrido hacia el intercambio el 17 de abril de 2018.

disfuncionalidad del sistema oficial, los chatarreros senegaleses también deben acudir a una especie de uso táctico de la infraestructura de los residuos respecto de sus dimensiones física y operativa. El conocimiento del funcionamiento general del sistema, de las formas y los tiempos de los recorridos de recogida selectiva, y de los límites mismos del sistema les permiten a los chatarreros no solo anticiparse a los procesos oficiales frente a los residuos regulares dispuestos apropiadamente, sino también interceptar ciertos residuos antes de que sean llevados a puntos de disposición y clasificación más especializados como los puntos verdes y las deixallerías.

Por otra parte, el uso mismo de los elementos físicos de la infraestructura, especial y particularmente de los contenedores, pone de manifiesto una trasgresión de sus características formales y funcionales, y el desarrollo de ciertas habilidades específicas que deben lidiar y superar los límites impuestos por las cualidades físicas mismas de estos elementos. Lo que prima es favorecer una ágil recolección: los contenedores (los de resto especialmente) son escrutados rápidamente, en ocasiones ayudados por algún tipo de herramienta que les permita remover el contenido. Sin embargo, en muchas ocasiones recolectar algo del interior de un contenedor puede implicar girarlo, voltearlo, acostarlo o hasta introducirse dentro de él. La recolección es el objetivo fundamental y los recolectores harán lo que sea preciso si el material así lo amerita.

De cualquier forma, el trabajo de los chatarreros senegaleses, a pesar de su irregularidad y su informalidad, no se encuentra aislado (no puede estarlo) del sistema oficial de gestión de los residuos y en particular de las condiciones infraestructurales destinadas a la recogida selectiva. En definitiva, se trata de una sola gran red de circulación y transferencias de residuos sobre la que se solapan y se entrecruzan diferentes infraestructuras creando también zonas marginales y relaciones de explotación en dichos márgenes. Los chatarreros participan en la circulación oficial, pero en el extremo marginal: viven entre la expulsión (apenas aparente) y la dependencia extrema, en una suerte de incansable esfuerzo por adherirse a la infraestructura oficial como quien se sube a un tren en movimiento.

Este trabajo, ubicado en los márgenes de lo residual y atado a una relación de dependencia informal con los residuos, consolida la condición superflua y excedente del grupo respecto de la sociedad en su conjunto. Los residuos humanos se ven abocados, no por casualidad, a una relación marginal y segregada con los residuos urbanos como único escenario posible de acción y participación (informal) en la sociedad del trabajo y las mercancías.

Pero las relaciones con los residuos no portan solo sentidos residuales, a pesar de indicar, sin duda para este caso, una localización residual y marginal en la estructura social en su conjunto. La forma particular de práctica laboral que llevan a cabo los chatarreros (auténticos *recolectores urbanos trashumantes*) tiene el poder, no solo de restituir los residuos en mercancías, es decir, de dotarlos nuevamente de intercambiabilidad mediante su extracción del circuito del descarte y su introducción en el circuito de la recuperación a través del movimiento de los mismos entre diferentes infraestructuras físicas y regímenes de valor, sino que también (y esto si es específico a este grupo en particular) los residuos constituyen objetos de trabajo y bienes de consumo cotidianos. Las prácticas cotidianas de estos hombres (desde el trabajo hasta la alimentación, pasando por la indumentaria, el transporte y la propia vivienda) se hallan mayoritaria y sustancialmente instrumentalizadas por lo que antes, por un brevísimo tiempo quizá, fueran residuos urbanos.

Los residuos encarnan la descalificación social y las relaciones con ellos vuelven a los sujetos copartícipes de su propia marginación. Al tiempo, los residuos son objeto de ciertos usos y transformaciones, podría decirse “expertos”, que incluyen su extracción de determinados causes e infraestructuras y su incorporación en otras, y que expresan además un refinado dominio del mundo de las cosas, de sus flujos y circulaciones, de sus posibilidades funcionales, de sus características formales, y de sus innumerables resignificaciones. Se trata de un conocimiento práctico y un dominio especializado que además confiere cierto prestigio al interior del colectivo.

Finalmente, es importante precisar un asunto medular de esta relación que los chatarreros establecen con la infraestructura física y operativa de los residuos, con los residuos mismos y con la propia infraestructura que ellos mismos concretan a través de sus prácticas. Esta relación tripartita entre las prácticas de la recolección y recuperación informales y dos formas infraestructurales entrelazadas pero diferenciables, está basada en el movimiento de los residuos que estos hombres facilitan, orientan e impulsan; una especie de *movimiento inter-infraestructural* que caracteriza la relación simbiótica que establecen con los sistemas preexistentes. Un movimiento al que se someten los residuos-mercancías de una infraestructura a otra, de un régimen de valor a otro y luego de vuelta. Las fases inicial y final del trabajo central de los chatarreros representan opuestos complementarios respecto de la dirección de este movimiento.

En la primera de ellas el chatarrero recolecta el material de manera irregular, no autorizada, informal; material que ha sido dispuesto discriminadamente por el productor que se encarga de la operación del descarte y clasificado para su recogida selectiva. En este proceso, al tiempo que el trabajador mueve el material de su circulación dentro de una infraestructura formal a una informal, lo ilegaliza, modificando su ruta oficial e introduciéndolo en otro circuito, esta vez *desviado* respecto de los sistemas regulares y considerados legítimos.

Ya dentro de esta desviación, en los procesos propios de esta infraestructura paralela e ilegítima, el objeto-cosa-material es transformado de forma que pueda adquirir *condiciones mercantiles óptimas*, fundamentalmente (aunque no exclusivamente) a través de la separación hasta unidades indivisibles, la limpieza y la clasificación.

Posteriormente, con objeto de establecer las relaciones de intercambio que son el objeto final de toda la práctica laboral de la recolección-recuperación, el chatarrero acude nuevamente a uno de los nodos operativos del sistema formal para reinsertar las cosas, ahora discriminadas, limpias y clasificadas, y obtener por ellas una determinada retribución

medida su tipo y peso. Se trata pues de un nuevo movimiento de los residuos, inducido por la fase final del trabajo de los chatarreros, de la infraestructura ilegítima en la que se encontraban desviados hacia una formal de nuevo dentro de la infraestructura oficial.

Este característico uso y conocimiento de los residuos y de las infraestructuras por las que fluyen se consolida entonces mediante las hábiles tácticas de las que hacen uso los chatarreros para: 1, anticiparse a los mecanismos formales y anteponer su propia práctica de la recolección; 2, extraer los residuos de sus rutas oficiales e introducirlos en sus propias desviaciones; 3, transformarlos mediante operaciones de división, limpieza, reparación, reúso, discriminación, clasificación, etc. en las que demuestran unas depuradas experiencia y experticia; y 4, reintroducirlos en las rutas formales a través de relaciones de intercambio en las que, si bien experimentan una fuerte abstracción y una marcada subordinación, logran conectarse nuevamente a la cadena agregada de generación de valor. Estos últimos dos, temas de los capítulos siguientes.

Finalmente, volviendo a la práctica concreta de la recolección como una forma de interacción infraestructural, podría decirse que el momento conector, la intersección concreta durante las actividades del recolector entre la infraestructura de los residuos y la infraestructura del espacio acontece con la extracción del contenedor y el llenado del carro, el movimiento de las cosas de una infraestructura a otra. El contenedor es objeto de escrutinio rápido y los residuos mismos son objetos de una ágil valoración básicamente instrumental y material, es decir, un proceso de valoración acerca de su potencial valor como objetos de uso o como objeto de intercambio. Una vez afuera los residuos van siendo paulatinamente dispuestos y ordenados, atados, superpuestos y estabilizados con ayuda de herramientas con las que los chatarreros cargan a diario y fundamentalmente en consideración de la movilidad.



Figura 30 US2 después de recolección en obra, Plaza Catalunya, Barcelona, 31-10-2018. Foto por el autor.

2. La infraestructura urbana: una forma particular de moverse

Para empezar con una relación llamativa, aunque tangencial, de los chatarreros senegaleses y las infraestructuras del espacio urbano, cabe mencionar que sus centros de trabajo y de relativa organización social, los predios y edificaciones en las que se producen las ocupaciones colectivas son ellos mismos, en abstracto, objetos de recuperación, una que concentra sus esfuerzos iniciales fundamentalmente en el desalojo de sus *ocupantes ilegítimos*. El desarrollo de la infraestructura urbana en Barcelona, volcado especialmente sobre vocaciones turísticas y mercantilistas (Mansilla, Marcús, Boy, Janes, & Aricó, 2019), deriva en la acumulación de beneficios espaciales de acceso y recursos por un lado y un

irrefrenable proceso de desposesión territorial por el otro, de *desterritorialización* en tanto experiencia objetiva de la precariedad espacial.

Este colectivo en particular ha tenido que enfrentar y paliar los efectos de las medidas que sobre ellos han sido ejecutadas promovidas por las exigencias de los proyectos de desarrollo urbano que afectan directamente los barrios y distritos donde viven y trabajan. En particular, el barrio del Poblenou se encuentra en una prolongada fase de regeneración urbana que progresivamente va modificando su tradicional vocación mixta entre residencial e industrial por una decididamente orientada a las actividades turísticas masivas y de emprendimiento tecnológico. En ese proceso, la recuperación de edificaciones por acción conjunta entre los intereses privados y el soporte democrático y legal del Estado ha pasado en repetidas ocasiones (algunas descritas anteriormente, otras más adelante) por operaciones de desalojo sobre el colectivo de chatarreros senegaleses destinadas a *liberar* determinados terrenos para la posterior construcción de elementos que se sumen a la gran infraestructura del desarrollo.

De esta forma, el desalojo, y detrás de él la construcción de infraestructuras, opera como un mecanismo objetivo y de acción sobre el terreno de la desactivación política y la marginalización estructural que, más que expulsar, invisibiliza; la pérdida del lugar, del anclaje espacial y la referencia territorial ayuda a producir la erosión del colectivo laboral. Como bien acertó Mike Davis, “los pobres le temen al progreso” (2007), y bien hacen.

En el caso de los chatarreros subsaharianos, el desalojo ha conllevado, además de la dispersión geográfica, a la extrema individualización del trabajo que, a su vez, acarrea un deterioro aun mayor de las condiciones materiales de existencia, dada la imposibilidad espacial de sostener los lazos de solidaridad que necesitan desarrollar con sus pares. Esto señala, en su dimensión privada (intima), un lento proceso de **desterritorialización colectiva**, que parece hacer parte de una especie de desintegración cultural general.

Sin embargo, a pesar de estas condiciones, en la práctica laboral cotidiana de uso y apropiación del espacio público urbano y de sus cualidades y elementos constitutivos, es decir, en la práctica diaria y objetiva de la infraestructura del espacio, se pone de manifiesto que la dinámica cualidad “espacializadora” de las prácticas sociales (De Certeau, 1996) rompe las delimitaciones funcionales del espacio proyectado por la fuerza, aunque al mismo tiempo enfatiza y refuerza la marginación. Las luchas por la apropiación del espacio no hacen más (ni menos) que abrir un espacio de agencia particular pero marginal que ayuda a consolidar el lugar de cada cual en la estructura social en su conjunto. El campo de luchas particular en el que asume su parte, a saber el escenario del trabajo, de la vida económica-productiva y la supervivencia elemental, y el campo de fuerzas jerárquicas resultantes se concretan en el “espacio social reificado” (Bourdieu, 1999); un espacio tan simbólico como objetivo que se expresa, para el caso al menos, en el acceso (en tanto grado de proximidad o distancia física y social) y en la forma en la que unos y otros usan las infraestructuras (en tanto mecanismos facilitadores o sistemas excluyentes) que, cualquiera sea el caso, permanecen siempre penetrables, aunque sea por fuerza del abandono y en procura de una supervivencia material mínima.

En términos muy generales, el objeto de cualquier infraestructura de movilidad es facilitar, justamente, el movimiento de algo y, con ello, permitir determinadas conexiones: personas, bienes, información. En el caso de la infraestructura del espacio público se trata de la movilidad de innumerables cosas y personas a la vez. Una suerte de intermodalidad de la movilidad se hace necesaria operativamente; favorecer la movilidad, así a secas, se convierte en principio rector de buena parte del proyecto de desarrollo urbanístico, de modo que la movilidad incluyente (para todos -para ciertos *todos* claro-) y extensiva (en cualquier momento a cualquier parte) parece una de las marcas distintivas de esa ciudad modelo que domina el destino, la forma y el contenido de ella misma.

En efecto, en el caso de Barcelona el diseño mismo de la forma urbana y de los elementos específicos que instrumentalizan esa infraestructura del espacio de la movilidad pública parecen funcionar como una máquina bien aceiteada que nunca se detiene. Si bien el

abrumador flujo turístico colma casi por completo ciertas zonas y espacios específicos de la ciudad y aparenta que en cualquier momento hará colapsar las infraestructuras y los medios dispuestos a las diferentes movi­lidades, la máquina sigue siendo suficiente, nunca se agota y parece tener siempre lugar para alguien más.

Esta forma urbana y las cualidades concretas de los diversos componentes de la infraestructura del espacio público pueden caracterizarse en términos generales como operativamente muy específicos y claramente funcionalistas. Su propósito es conducir el *adecuado* desarrollo de las prácticas urbanas y, precisamente, no solo favorecer sino incluso incentivar la movilidad hasta el punto de evitar que las personas se detengan.

En cierto sentido, esta característica que se concreta en las cualidades específicas de la infraestructura física permite, gracias a sus cualidades formales abiertas (por el imperativo de la inclusión) y muy a pesar de su especificidad funcional, la adhesión e incorporación de prácticas no previstas que logran, no obstante su condición irregular y anómala espacialmente, hacer un uso fluido de las infraestructuras y adaptar de forma relativamente fácil su práctica informal a las condiciones físicas del espacio y a la dinámica de su movimiento.

Aún más, en el caso de los chatarreros senegaleses los usos del espacio desbordan sus destinaciones funcionales. Las necesidades de supervivencia superan las restricciones operativas orientadas por la forma urbana de la infraestructura física.

Estos hombres llegan a desarrollar un auténtico conocimiento experto y sensible de la ciudad, bajo sus propios términos claro está puesto que se encuentran en una condición en la que se mezclan la irregularidad en términos de extranjería, la informalidad de su práctica laboral y la radical precariedad de esta. No obstante, el chatarrero logra comprender la ciudad como el recolector el campo, sensibilizado y usando tácticamente los tiempos, los flujos, las dinámicas, los ejes y los puntos neurálgicos, las rutas, los ritmos, las direcciones; en general la forma como se mueve la ciudad y las lógicas en las que palpita.

Más concretamente, el chatarrero hace un uso específico y experto dentro de sus propias exigencias de la calle y sus materialidades específicas: la red de carriles bici, la red de andenes, la ordenada trama ortogonal, las esquinas de manzana achaflanadas, las rampas de acceso a las aceras, el sistema de semáforos y cebras, el flujo vehicular y peatonal previsible y ordenado, etc. En definitiva, las cualidades formales de la infraestructura urbana del espacio público de Barcelona favorecen en términos instrumentales y operativos la movilidad de los chatarreros, de sus prácticas y, específicamente, de sus carritos, permitiéndoles solaparse sobre las prácticas “regulares” en la cotidianidad del espacio-flujo.

En concreto, puede decirse que los chatarreros desarrollan claramente dos formas paradigmáticas y diferenciables de moverse por el espacio, a través (y haciendo uso) de la infraestructura urbana, en interacción física directa con sus elementos y sus cualidades formales específicas. Estas dos formas de movilidad responden respectivamente a las exigencias impuestas por dos instancias -los dos extremos- particulares de su práctica laboral cotidiana: la recolección y el intercambio.

En la primera modalidad general, orientada a la recolección, se da un tipo de *movilidad semi-estacionaria* podría decirse. Una forma ágil de moverse pero que no demuestra prisas y que hace tantas paradas como sea necesario. Es cierto también que las detenciones son evaluadas con cuidado y ejecutadas de forma que causen la menor visibilidad posible; su movilidad y sus estacionamientos procuran no interrumpir otras movilizaciones y, sobre todo, no hacerlos visibles al control institucional. Aquí sorprende en ocasiones el uso de las normas de tránsito, de la circulación por la derecha, del respeto del sentido de las vías, etc.

Van en una especie de tanteo espacial que casi raya con lo aleatorio. Aunque el recorrido es absolutamente seguro, la forma de este es muy variable; se trata de una instancia indeterminable e imprevisible, aunque cotidiana e inevitable. De esta manera, su forma de moverse en la infraestructura física del espacio es altamente cambiante, no se encuentra

predeterminada salvo decisiones de partida muy generales acerca de hacia qué zona iniciar el recorrido o sobre el área geográfica general en la que pretenden *pasear* determinado día. Este recorrido, en tanto forma particular de moverse por la ciudad sucede como un elongado serpenteo mediante recorridos intencionalmente extensos por calles principales -aunque no grandes vías- donde saben que encontrarán cierta linealidad y una repetición relativamente regular en los contenedores u otras fuentes de generación y disposición menos frecuentes pero conocidas. Dentro de este marco general, esta movilidad también resulta visiblemente aleatoria, altamente susceptible a rápidos ajustes motivados por los diversos encuentros que idealmente componen y condicionan el recorrido. Estos ajustes producen un lapso dentro del recorrido en el que la dirección o el estacionamiento pierden su aleatoriedad y adquieren cualidades y características estables; para luego de enfrentado o superado el motivo de la decisión volver al *deambuleo susceptible*.

Por norma general, estos ajustes constantes en términos de dirección o estacionamiento responden a: 1, oportunidades directas -no previstas- de recolección de materiales u objetos mercantilizables; 2, oportunidades de recuperación de residuos como objetos para su reuso en tanto bienes de consumo; 3, el surgimiento de algún otro tipo de forma de oportunidad que se sume a la lógica de la supervivencia; 4, las detenciones intencionales con objeto de descanso, alimentación o similares que pueden incluir breves momentos de sociabilidad no institucionalizada con pares, vecinos, etc.; y 5, el enfrentamiento (usualmente por evasión) de riesgos derivados de sus relaciones con la norma y los mecanismos de la política pública que la proyecta y ejecuta: la ley de residuos, la ley de extranjería y las ordenanzas de usos del espacio público básicamente.

Aunque esta es la forma más recurrente del recorrido de recolección, también es importante volver a mencionar aquí que eventualmente el recorrido desaparece en tanto movilidad aleatoria en busca de oportunidades inciertas, y adquiere la forma de un trayecto rápido, lo más corto posible, hacia un lugar concreto en donde saben (usualmente por un aviso de alguien que frecuentaba la *Sunu Village*) que recientemente ha aparecido una

situación de descarte “valiosa” o que se encuentra en curso un proceso que puede representar una oportunidad extraordinaria como una demolición o remodelación. Este recorrido generalmente implica considerables esperas que con cierta frecuencia y en el caso de que se esté siendo ejecutado de forma grupal se combina con movimientos cortos alrededor en los que alguno de ellos busca alguna otra oportunidad. Puede además cerrarse inmediatamente después de modo que el trayecto de vuelta termina en el lugar de donde partió (el patio), o derivar en la continuación de un recorrido más amplio (generalmente por el fracaso de la excepcionalidad), o puede conducir directamente a uno de los puntos de intercambio frecuentados.

Unos pocos chatarreros, de los que en el caso de este colectivo solo hace parte AM, desarrollan de forma estable y recurrente otra forma de recorrido más cerrado mencionado anteriormente y que exige el desarrollo de ciertas relaciones y conocimientos en los que la experiencia es fundamental. El recorrido marcado por agentes concretos de generación de residuos que él conoce y con los que procura entablar relaciones relativamente estables define una movilidad más precisa, menos amplia y más segura, menos frecuente y, por lo general, relativamente exitosa. Determinar en qué momentos pasar por cada lugar, una itinerancia relativamente ordenada, el sostenimiento de unas relacionarse con los otros y un claro dominio y comodidad espacial caracterizan también la forma (y el ambiente) en la que se desarrolla el recorrido. Aunque todos los chatarreros están siempre en disposición de acudir a lugares donde se genere una producción de residuos numerosa y específica, bien sea coyunturalmente -obra, vecino- o bien sea de carácter constante -pequeña industria-, la definición de uno o varios recorridos concretos que conectan este tipo de puntos fijos de forma regular es francamente excepcional. Aunque en cierto sentido se trata de una modalidad ideal pues permite una considerable reducción de la extensión del recorrido, una regularidad que en últimas aplaca un poco la incertidumbre y un distanciamiento del contenedor y, con ello, la reducción de la proximidad con otros residuos; requiere también del establecimiento de relaciones que exigen tiempo, experiencia y experticia y que pocos productores están dispuestos a establecer

De cualquier manera, las tres formas de esta modalidad de recorrido destinado a la recolección de residuos, la *dinámica*, *variable* y *susceptible*, el *de dirección concreta sobre excepcionalidades*, y el *recorrido cerrado*, componen juntos la experiencia de movilidad urbana del chatarrero en tanto *recolector urbano*. Es un recorrido no solo instrumental y operativo como forma de usar las infraestructuras, se trata de un tipo de movilidad espacial particular en la que la infraestructura del espacio urbano opera como sustrato (soporte) y vehículo, y la infraestructura de los residuos (incluidas todas sus aleatoriedades e imprevistos y, por supuesto, los residuos mismos) orienta las direcciones, estacionamientos, recorridos y duraciones.

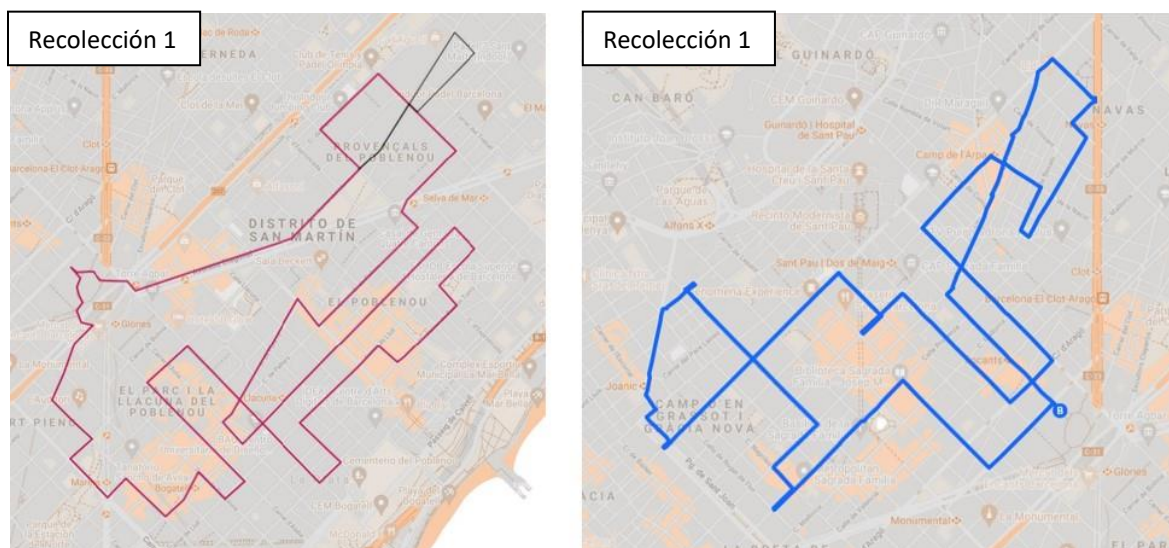


Figura 31 *Recorridos dinámicos de recolección*

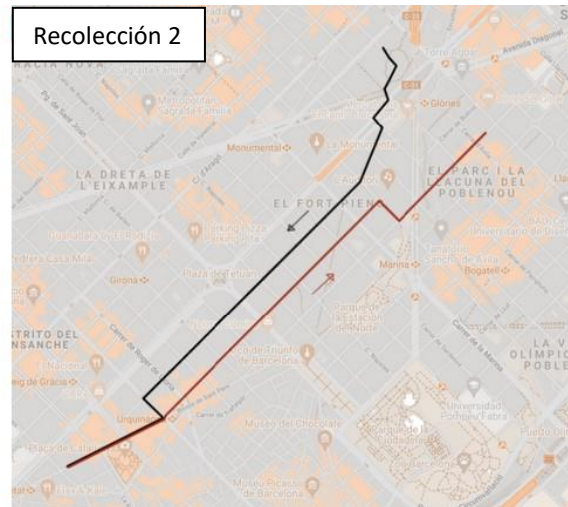
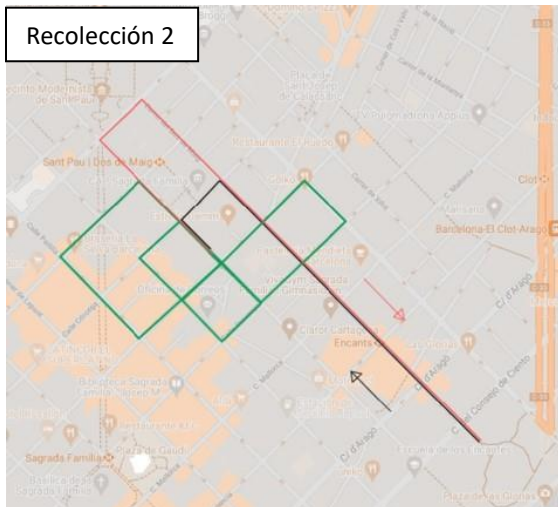


Figura 32 Recorridos directos de recolección

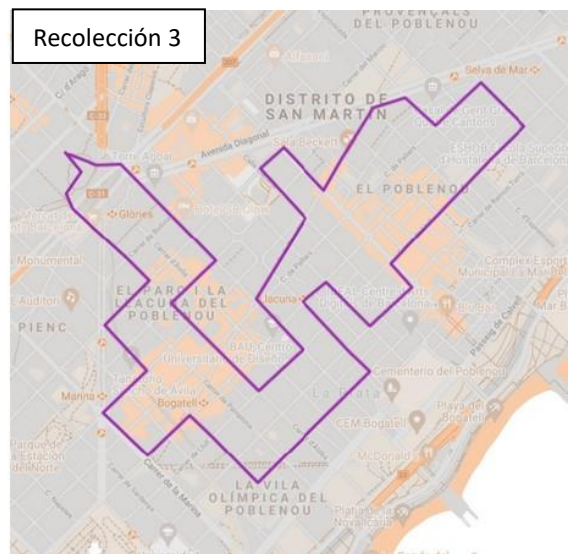


Figura 33 Recorridos cerrados de recolección

En las **figuras 31, 32 y 33** se pueden ver esquemáticamente las tres variaciones mencionadas de movilidad dentro de esta modalidad encaminada a la recolección:

Sobre el primero y más frecuente se muestran con claridad la susceptibilidad y variabilidad mencionadas en dos recorridos llevados a cabo por el mismo recolector en diferentes días. Se ilustra la amplitud geográfica de su radio de acción. También es posible advertir cierta aleatoriedad interna en cada recorrido en el que están presentes y muy visibles los numerosos ajustes en la dirección y la orientación. Sin embargo, también se puede reafirmar la clara intención de generar recorridos extensos que se desarrollen en torno a

ciertas zonas y vías considerables “principales” para el oficio. De esta forma, se puede decir sin caer en contradicción, que el recorrido del recolector urbano también goza de cierta *estabilidad* respecto de la forma de movilidad que demanda y del hecho de que se trata siempre de un itinerario cerrado.

Sobre el recorrido directo que acude a situaciones excepcionales de recolección puede apreciarse la linealidad y la clara dirección, las distancias pueden variar mucho, pero la forma del movimiento dibuja linealidades muy precisas y estratégicamente reducidas. En uno de los casos puede verse también la concentración alrededor del punto de destino (línea verde) y el retorno al lugar de partida; en el otro se aprecia una mayor extensión lineal y el retorno directamente al centro de intercambio.

Y sobre el recorrido cerrado con detenciones específicas y programadas puede apreciarse la estabilidad y la seguridad de los trayectos y un mayor control sobre la extensión y el ordenamiento del itinerario.

En la segunda de las dos formas generales o modalidades de movilidad urbana de los chatarreros, la destinada al intercambio, estos cambian clara y contundentemente su elongado recorrido y su ligero, aunque al tiempo pausado desplazamiento, por una forma marcadamente más dinámica y apresurada, concreta y específica respecto de su destino que, al tiempo, marca un modo de uso de la infraestructura del espacio público en el que esta se simplifica y casi adquiere la condición de mera superficie.

En función de la triple dimensionalidad de la práctica laboral del chatarrero, que contiene en su unidad total las prácticas específicas de la *recolección*, la *transformación* (la recuperación de las cosas, propiamente dicha, en tanto mercancías), y el *intercambio*, cuando el recolector vuelve a la calle para dar fin al ciclo mercantil que le compete y a ese breve espacio de la vida social de los residuos que le fue posible aprovechar, sencillamente ya no es más un recolector, y en este otro momento ajusta su movilidad condicionado por

las exigencias derivadas de tener que asumir ahora un rol algo más parecido a un vendedor con mucha prisa que necesita, cuanto antes, deshacerse de su mercancía.

En este caso, el recorrido está predeterminado como la ruta más corta, más rápida y ya conocida para ir desde el lugar del trabajo de limpieza y clasificación a uno de los puntos de intercambio. La decisión sobre a qué lugar acudir también se toma antes de volver a la calle y depende esencialmente, como es comprensible, del tipo de *mercancía* de la que disponga el chatarrero; aunque en ocasiones también se presenta un criterio de solidaridad y beneficio común que influye en la decisión de vender material u objetos a un bajo precio a otros chatarreros, o dentro del lugar de trabajo colectivo o en alguna bodega ilegal donde las personas apenas si subsisten.

De cualquier forma, la cantidad, el tipo y la calidad de material en bruto (limpio y separado) son los criterios centrales con los que el chatarrero decide su destino final y, en definitiva, orienta su recorrido en esta instancia.

Ya que el lugar de transformación, la *Sunu Village*, se encontraba (como ahora las nuevas ocupaciones) intencional y estratégicamente cerca de las bodegas de compra, separación, clasificación y almacenamiento intermedio de corta duración, las rutas hacia ellas son muy precisas y están convenientemente claras. Independientemente de que lo expresen o no, esto salta a la vista en cuanto se asiste a este recorrido y pueden observarse sus cualidades en tanto forma de movilidad.

La forma de movilidad es claramente segura, sin titubeos ni dudas; ya no es un errabundeo cerrado y altamente susceptible, se trata de un recorrido corto, unilineal y difícilmente alterable. A pesar de que se eluden obstáculos físicos y riesgos sociales (como en ocasiones el paso por la Comissaria de Mossos d'Escuadra o la Guàrdia Urbana del distrito de Sant Martí), se evitan también al máximo recorridos innecesarios, simplemente se ejecuta la ruta más corta. En tanto uso de la infraestructura del espacio se trata de una forma de moverse

directa y decidida que la usa casi exclusivamente como soporte valiéndose, al tiempo, de las cualidades físicas que la ordenan como los pasos peatonales, los carriles bici, los lugares abiertos, el sistema de semáforos, etc., para alcanzar la mayor celeridad posible. Si el recorrido durante la recolección resulta difícil de seguir por la agilidad con la que se mueven y con la que ejecutan las operaciones concretas de extracción de los residuos, el recorrido que tiene como destino el intercambio es una actividad que, para realizarla de esta manera, solo ellos parecen capacitados; en ocasiones el carro, que ya de por sí suele estar defectuoso y resulta muy difícil de controlar, acumula un peso y unas dimensiones muy considerables y la operación misma de la movilidad ofrece una dificultades muy considerables que pude comprobar. Si bien la infraestructura de la movilidad urbana en Barcelona, el relativo orden que provee, y la topografía misma de la ciudad confieren ciertas ventajas, la tarea, después de haber acumulado ya todo el desgaste de la recolección y la limpieza, requiere un enorme esfuerzo físico y unas muy visibles habilidades en el manejo de los objetos (residuos y vehículo) y en el uso del espacio; la rapidez y la destreza con la que se ejecuta este recorrido es, no solo impresionante, sino admirable y, en la práctica, con un ritmo imposible de seguir.



Figura 34 *Chatarrero senegalés cerca del Poblenou, Barcelona, 2019. Foto por el autor.*

Es claro que también en este momento los chatarreros mantienen buena parte de su sensibilidad con el espacio, aquella que les permite incorporarse en el flujo de la movilidad urbana, pero priorizando ahora un uso operativo de la infraestructura marcadamente

funcionalista e instrumental; en esta instancia no hay nada que encontrar o descubrir, el destino está claro y la infraestructura solo debe permitir llegar a él.

La rapidez en la movilidad es la prioridad en esta fase de la operación; por un lado, debido a un comprensible deseo de finalizar la extenuante y prolongada jornada laboral y de obtener el escaso ingreso diario que por lo general necesitan para cuestiones elementales como la alimentación, y, por otro lado, debido a que se trata de un momento de la práctica laboral que representa en cierto sentido un mayor grado de informalidad e ilegalidad y en el que son aún más visibles, por lo que procuran desaparecer con rapidez. El riesgo que representa esta operación, además de las ventajas de encontrarse cerca de los centros de intercambio como la disminución del esfuerzo físico y la reducción de su estruendosa presencia en el espacio público, explica en parte las zonas en donde se ubican sus centros de reunión y trabajo colectivo y las cualidades mismas de esa particular y adaptativa forma de moverse por el espacio.

Sobre este particular y durante uno de estos recorridos que me permitió acompañar, AM decía mientras salíamos del patio: *“vale, acompáñame, pero tenemos que ir muy rápido, no te quedes atrás [...] ahora es mejor que no nos vean o pasar sin hacer tonterías y así todos tranquilos [...] ya de vuelta paramos por un chupito [...]”*⁹⁹

Esto, además de señalar la importancia de la rapidez en la movilidad y la conciencia que tienen sobre su visibilidad y la irregularidad contextual de su práctica laboral y de esta fase en concreto, también indica que esta movilidad particular no funciona como un ciclo estable y cerrado como el recorrido de recolección, sino que se trata de un trayecto unilineal en el que ida y vuelta adquieren diferentes formas y sentidos. La ida es rápida, segura, decidida y con un objetivo único e invariable. La vuelta es un recorrido despreocupado, ligero, igualmente corto, pero visiblemente más tranquilo y con una movilidad más lenta y relajada en la que, además, por lo general, se lleva a cabo alguna detención con finalidad independiente de lo laboral que puede variar desde la alimentación hasta la sociabilidad

⁹⁹ 13 de marzo de 2018.

ociosa en algún bar cercano; se trata aquí casi de un viandante común y corriente, con la salvedad de que este lleva un carrito de supermercado, ahora vacío.

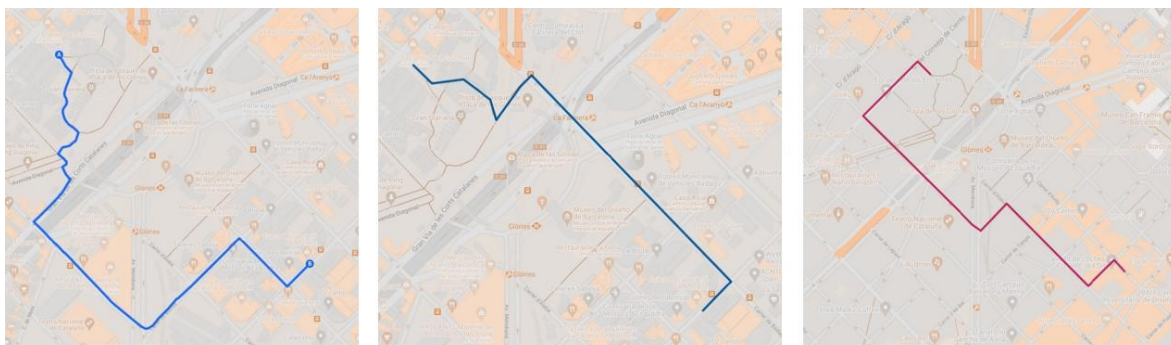


Figura 35 Tres recorridos desde el patio a dos diferentes puntos de intercambio en el Poblenuou.

La figura anterior muestra, en tres rutas a puntos diferentes de venta del material, la linealidad y el intencionalmente corto recorrido de la movilidad con destinación al intercambio, en diametral oposición a la movilidad desarrollada en el recorrido de recolección, y permite completar el escenario geográfico de las operaciones de movilidad urbana de los recolectores, visualizando además su estratégica ubicación.

Ahora bien, estas dos son formas paradigmáticas de movilidad de los chatarreros senegaleses en tanto tales, es decir, en la ejecución de su práctica laboral y particularmente en el desarrollo de dos de sus fases. No obstante, dentro de estas formas, que podrían verse como “tipos”, el contenido puede ser enormemente variable; la forma concreta de cada recorrido es tan particular que puede llegar a no repetirse nunca de manera exacta, especialmente en la recolección. Esto es más o menos evidente, pero además hay otras tantas variaciones que no solo tienen que ver con el contenido y las particularidades específicas de uno de estos dos tipos, sino que representan otras formas de movilidad que son, por completo, excepcionales.

Se trata de modos de moverse promovidos por situaciones extraordinarias y que implican el uso de ciertas cualidades relacionadas con la adaptabilidad, la inventiva, la iniciativa y, en algunos casos, hasta cierta dosis de ociosidad.

A modo de ejemplos puedo mencionar de nuevo el día en que AM y BY llevaron hasta el patio una pequeña furgoneta que empujaron desde el garaje de un vecino a unas 6 u 8 cuabras de distancia y que después de un par de semanas y varios conflictos internos por el uso del espacio fue cortada en pedazos; o la ocasión en la que cinco o seis de ellos fueron juntos por una gran maquina indescifrable abandonada a puertas de una nave industrial que parecía desocupada y, haciendo uso de cuatro carros atados entre sí, la llevaron hasta el patio en donde fue objeto de trabajo de todos, tenía tantas piezas y uniones que faltaron herramientas para tantas manos interesadas. Evidentemente, estas situaciones excepcionales demandan formas igualmente muy particulares de moverse por y de usar el espacio. Algunas de estas pueden incluso resultar bastante extrañas y radicalmente ajenas al contexto físico de la ciudad y a su propia práctica laboral, pero en todas ellas destaca la habilidad y la inventiva de estos hombres y la forma adaptativa y táctica de apropiación espacial.

SY es uno de los hombres que frecuentaba la *Sunu Village* pero que no es chatarrero. Ostenta cierta condición privilegiada pues migró en 2005 legalmente a Francia, donde aún tiene familia; se mueve entre Barcelona y Marsella, trabajando aquí y allá de forma legal como empleado de almacenes y en estaciones de servicio según cuenta. Especialmente acá en Barcelona ha desarrollado un lazo muy fuerte con este colectivo, acudía casi todos los días e intentaba ayudar a algunos de ellos económica y moralmente. SY no se dedica al oficio de chatarrero, pero ayudaba en lo que podía cuando estaba en el patio si alguien así lo requería, y expresaba que *“cuando vengo para acá siempre voy mirando a ver si me encuentro algo para traer”*. En una ocasión, durante un caluroso 10 de agosto de 2018, SY llegó a la *Sunu Village* apresuradamente, con su rostro empapado en sudor, y agitadamente avisó a algunos de los hombres que allí se encontraban acerca de una demolición cercana. AM y AB, sin pensarlo dos veces, tomaron sus carros y salieron prácticamente corriendo hacia el lugar indicado; yo corría detrás casi sin poder seguir el ritmo a pesar de no llevar carro conmigo. El trayecto de ida fue dramáticamente apresurado; al destino llegamos sudando y resoplando, pero la oportunidad parecía ameritarlo. Además, cuando se trata de

situaciones extraordinarias como esta, su propia dinámica y los intereses particulares de un sinnúmero de recuperadores informales, hacen que tiendan a desaparecer rápidamente. Se trataba efectivamente de una demolición que recién había terminado; aún había algunos operarios recogiendo herramientas y cerrando una especie de perímetro. Una vez nos acercamos, el encargado de custodiar la obra salió rápidamente al paso y con sus gestos y postura corporal bloqueó las evidentes intenciones de AM y AB. Estos intentaron comenzar una negociación con el encargado procurando que les permitiera entrar y extraer algún material de entre los escombros. El encargado ni siquiera entró en la negociación, su negativa fue rotunda e invariable; argumentaba que no se lo permitían, que precisamente ese era su trabajo, no dejar entrar a nadie, y que además resultaba peligroso para ellos, sin reparar en que se trataba de un riesgo que están siempre dispuestos a correr. Al menos 30 minutos pasaron AM y AB intentando convencer sin éxito al encargado, señalándole desde afuera algunas cosas que según ellos eran fáciles de obtener; otros 15 o 20 minutos pasaron en una de las esquinas de la cuadra, desde donde aún se veía la obra, estudiando, también sin éxito, otras posibles formas de acceder. Al fin, aceptaron el fracaso de la correría, diciéndose entre ellos y diciéndome a mí mismo que definitivamente no obtendrían nada de allí. Como ya estaba a punto de entrar la noche decidieron volver de inmediato al patio, pero no sin antes sacar algo de provecho o, mejor dicho, no sin sacar provecho del recorrido de vuelta.

Mientras armaban un par de cigarros, uno cada uno, conversaban en wolof de lo que luego me di cuenta era el plan de vuelta. En realidad, acordaban una competencia y establecían unas pocas condiciones: sería una carrera por la carrer Dos de Maig hasta su intersección con la carrer del Consell del Cent, en total unas 5 o 6 cuadras desde donde estábamos. También definieron, entre ellos, mi lugar en todo esto: ya que el carro de AB estaba en mejores condiciones y ya que es uno de los hombres más hábiles de la *Sunu Village*, sumado al hecho de que mi presencia allí se debía exclusivamente al apadrinamiento de AM, mi lugar estaba dentro de su carro. “Móntate” dijo AM, y ante mi visible incompreensión repitió: “móntate, móntate” señalando el interior del carro. Motivado por el impulso a vivir lo que

fuera que ocurriera durante mi trabajo de campo, así lo hice. Tengo que decir que fueron unas emocionantes, aunque aterradoras cuadras; bajamos a toda velocidad como llevando al extremo el juego de todo niño con sus padres alguna vez en el supermercado. Su control del carro era admirable, corrían empujándolo para ganar velocidad y después subirse por completo a él y recorrer otro trozo de esta manera, intercalando estas dos formas en repitas ocasiones. Ahora su uso del espacio urbano y de las infraestructuras, en este caso la de la movilidad vehicular, demostraba, además de una especie de compenetración que las hacía suyas (propia de las relaciones que se establecen durante el juego), una insolencia extrema, una irrupción forzosa de sus medios sobre la materialidad urbana aún más excesiva que la regular, y una transgresión del orden y la norma mucho más allá de lo usual que en este caso estaba motivada por una especie de necesidad por llevar su experiencia cotidiana de la movilidad urbana incluso a los escenarios y las prácticas del disfrute ocioso.

En ese momento quedaba claro para mí que sus particulares y siempre variables relaciones con las infraestructuras y con el espacio urbano en general, no parecen conocer limitaciones y están dispuestas a superar, bien por la necesidad material o bien por el deseo, los constreñimientos físicos y morales que pretenden ordenarlas.

Ya al final del trayecto, en la meta, AM redujo la velocidad drásticamente; antes de que pudiera detenerse por completo yo salté fuera del carro y pasaron por mi mente, en fracciones de segundo, los peligros en los que nos pusimos. Voltee a mirar a AM y ante mi rostro pálido por el miedo me pidió disculpas y agregó: “[...] pero ganamos”, absolutamente seguro de que había valido la pena. Segundos después arribó AB, quien reía a carcajadas a costa de nuestro espectáculo, estrafalario incluso para ellos, ese fue su premio, también él había ganado.

Pero más allá, y retornando al centro del análisis, en estas formas generales de moverse y de *completar* la infraestructura urbana, e incluso en las más extraordinarias, se recrean indistintamente dos tácticas fundamentales que se encuentran, además, profundamente influidas por sus condiciones en términos de irregularidad ciudadana e informalidad laboral:

La extrema individualización: La calle y el recorrido son el lugar y la práctica de la individualización total que expresa una extrema marginación. “*En la calle cada uno hace lo que puede y va por su propia cuenta*” sentenciaba MC al frente del patio, saliendo a hacer un recorrido.¹⁰⁰ Aquí la individualización extrema del *sálvese quien pueda*, sumada a una invisibilización estructural y una invisibilidad social silenciosa que hace como si no pasaran mientras pasan, hace del trabajo en la calle una experiencia solitaria y sensiblemente marginal; la incorporación cotidiana a la infraestructura del espacio público es un auténtico proceso de desterritorialización, es la entrada en el territorio de la exclusión objetiva, el lugar significado como el terreno de la desarticulación y la impertinencia (*e impertenencia*); el espacio en el que experimentan objetiva, radical y contundentemente la condición del inmigrante ilegal, es la arena del trabajo. En la calle el trabajo consiste fundamentalmente en una táctica espacial de supervivencia; la *calle* y las *basuras*, los dos elementos materiales que instrumentalizan sus movimientos y los cualifican físicamente, concebidos como medios y mecanismos del trabajo cotidiano, podrían ser considerados entonces, en conjunto, como la infraestructura física de la supervivencia urbana cotidiana.

La invisibilidad funcional: los chatarreros senegaleses de Barcelona han incorporado funcionalmente la invisibilidad estructural de la que fueron víctimas. Si bien la invisibilidad ha sido inducida, también parece ahora dirigir buena parte del contenido de sus tácticas laborales cotidianas y constituye un mecanismo objetivo y funcionalmente positivo para sus propios fines, e incluso un principio fundamental de relación con el espacio en ese uso experto, especializado y sensible de la calle en tanto infraestructura física. La lucha por la supervivencia urbana que resulta en una lucha por la apropiación del espacio y sus objetos constitutivos (contra las instituciones, contra las empresas, contra la norma y contra el espacio mismo) revierte el sentido del mecanismo de la invisibilización estructural y lo convierte objetivamente, aunque por fuerza del abandono, en invisibilidad táctica y funcional. Se asiste así, entonces, a una dinámica de apropiación laboral del espacio que

¹⁰⁰ *Sunu Village*, mayo de 2018.

expresa al tiempo la dimensión pública de un proceso de **desterritorialización individualizada**.

Al igual que con los residuos, la infraestructura urbana del espacio público y la *gestión* de los usos ciudadanos permitidos, constituye la concreción física de una tecnopolítica administrativa que contiene y conduce las prácticas y los cuerpos mismos de forma que respondan a grandes intereses capitalistas de acumulación, en este caso, especialmente relacionados con la vocación turística de la ciudad. No obstante, como hemos visto, las prácticas informales logran desbordar en el uso cotidiano los límites de las determinaciones funcionales de las infraestructuras físicas, creando formas alternativas de *ensamblaje* entre las formaciones sociales y las condiciones del espacio que ocupan y usan, a pesar de que constituyan en cierto sentido *anomalías espaciales*.

3. El ensamblaje total

Bajo los principios propios de la lógica de las infraestructuras, simplificando esquemáticamente lo que sucede en términos de movibilidades, por el espacio público y por la infraestructura de la gestión de residuos urbanos fluyen los trabajadores y las cosas descartadas respectivamente, ambos residuos, con la dramática diferencia de que las cosas descartadas se encuentran, al menos instrumentalmente, en donde corresponden, mientras que los chatarreros senegaleses en el espacio público de Barcelona son auténtica *materia fuera de lugar*, “personas que de algún modo quedan fuera de la configuración de la sociedad, que no tienen lugar determinado [...]” (Douglas, 2007, pág. 114).

Bajo estas condiciones, las relaciones con la infraestructura del espacio público urbano y con la infraestructura de los residuos, refuerzan la consolidación de una forma infraestructural particular derivada de todas estas interacciones e interconexiones marginales. En este caso, las infraestructuras física predispuestas (diseñadas) para los usos públicos orientados y considerados legítimos y adecuados, son, en cierto sentido, sometidas por las prácticas de supervivencia que las apropian y, de algún modo, las violentan,

orientándolas adaptativamente a sus propios fines y al tiempo manteniéndolas *tácticamente intactas*, como si aquella transformación insolente de la recolección de residuos urbanos no hubiera ocurrido o, al menos, hubiera sido *invisible*; mientras se encuentra realmente al cubierto bajo la propia infraestructura que produce mediante la práctica laboral que, en tanto experiencia espacial, conduce y soporta el ensamblaje total entre las partes.

Si bien hasta este punto se han puesto en consideración las infraestructuras principalmente como sistemas instrumentales físicos por los que fluyen personas y cosas, es posible advertir, a partir de este específico caso, las dinámicas cambiantes que las producen, que les dan forma y que las transforman cotidianamente y, de esta manera, concebirlas en tanto procesos. (Star & Ruhleder, 1996), (Anand, Gupta, & Hannah, 2018).

La infraestructura como un proceso, señala una especie de continuo específico de relación entre las prácticas sociales y los elementos que las instrumentalizan. En este orden de ideas, es posible pensar en un proceso de ensamblaje en el que las infraestructuras de los residuos y del espacio urbano se completan mediante las prácticas del trabajo informal de los chatarreros.

Así, se asiste entonces a la producción de una infraestructura muy particular, paralela y al margen, independiente dada su naturaleza informal pero dependiente funcionalmente y a través de la propia transformación que produce, constituida por el ensamblaje entre los elementos materiales de las infraestructuras oficiales, los residuos mismos y las prácticas informales de recolección y recuperación. En este proceso de relación se concreta entonces la *infraestructura de la supervivencia urbana*.

Esta infraestructura paralela, alternativa, improvisada ante la tecnificación del sistema oficial pero depurada bajo sus propios procesos y alcances, se concreta de ciertos modos y en el desarrollo de ciertos procesos que la caracterizan:

- Emerge *in situ*, por la acción humana que conecta actividades y estructuras. No se da por relaciones unilineales determinadas y determinantes, ni de forma conducida circunscrita a determinaciones funcionales, se concreta por la acción de los sujetos desde la base de sus prácticas urbanas y las interacciones que se desarrollan en su curso.
- Se encuentra, en cierto sentido, incrustada o embebida dentro de otras estructuras y arreglos sociales mayores de orden urbano y político que la condicionan en términos de la forma que adquiere y de la lógica de su funcionamiento espacial y temporal.
- Hace uso adaptativo de la transparencia de las infraestructuras preexistentes y es en sí misma transparente como relación instrumental y táctica con determinadas materialidades urbanas, aunque, al mismo tiempo, buena parte de su complejidad permanece invisible por las relaciones institucionales que los ocultan y por su propia iniciativa funcional del chatarrero.
- Tiene un alcance espacial y temporal restringido. Se trata de una infraestructura de supervivencia circunscrita y limitada al ya restringido escenario de acceso a recursos y experiencia territorial de actores socioeconómicamente marginados. Sin embargo, sus constantes dispersiones, sus forzosas conexiones con *lo formal* y su característica fluidez y maleabilidad implican que al mismo tiempo se trate de una infraestructura que aparece, desaparece y reaparece formándose de manera dispersa en una amplia geografía urbana.
- Se trata de una infraestructura aprehendida y en la que se participa como resultado de la pertenencia a un grupo en concreto, integrado en este caso por sujetos que comparten ciertos modos culturales, una forma de trabajo y una situación marginal.
- No posee una forma estable determinada, ni se despliega uniformemente por el espacio; es el resultado de continuas adaptaciones, superposiciones y reparaciones.
- Crea sus propias estandarizaciones y regulaciones, pero la producen y le dan forma los sujetos en la práctica cotidiana. Bajo el restringido marco de posibilidades crea un conjunto de términos compartidos, pero en la práctica individual requiere de una

capacidad adaptativa frente a las cambiantes condiciones y a la necesidad de superponerse o adelantarse a otros procesos infraestructurales -formales-.

- No se basa sobre si misma; se entremezcla, se acumula y se superpone al conjunto de infraestructuras que componen la ciudad de forma característicamente inestable y precaria.
- Les permite a los chatarreros construir y plantear un nuevo flujo orientado a sus necesidades materiales. Constituye un constructo que permite el emplazamiento de su práctica en el espacio en un sentido funcional y posibilita sus interacciones iniciales (recolección) y finales (intercambio) con las infraestructuras oficiales.
- Aunque de manera indirecta, toma forma en parte por los condicionantes políticos que restringen y limitan la participación de los actores en la estructura social en su conjunto. La concreción misma de esta infraestructura opera también en otros registros más allá del plano instrumental que favorece operativamente ciertas prácticas, también conforma un conjunto de marcada contundencia estético-política que pone de relieve, en la visibilidad del espacio público, la clasificación, la descalificación y la fragmentación sociales.
- Es un conjunto relacional, dinámico, fluido, cambiante y progresivamente adaptativo que es objeto de constantes ajustes y reparaciones sobre la marcha. Característicamente precario en términos físicos y materiales e inestable y transitorio en términos espaciales.

Por otra parte, en un plano menos concreto pero igualmente objetivo, el ensamblaje final entre la infraestructura física de los residuos (incluidos, claro está, los residuos mismos), la infraestructura física del espacio público y las prácticas laborales informales, termina por establecer una especie de relación marginal entre las gentes, las prácticas y las materialidades en la que se produce esta infraestructura de la supervivencia, caracterizada por la desterritorialización y la condición marginal de los actores y las prácticas que la concretan, por su aleatoriedad, informalidad e inestabilidad, y por la ilegitimidad social e institucionalidad, por un lado, de los procesos por los que se produce, es decir, el trabajo

informal y la apropiación *indebida* del espacio público y, por otro lado, y, por otro lado, de su existencia misma como infraestructura paralela no autorizada, entrometida y que da forma a una desviación mercantil en la que los intercambios obedecen a otro *régimen de valor* en otras jerarquías.

Además, la dimensión física de esta infraestructura se completa por la asociación forzosa de materialidades destinadas funcionalmente a fines inconexos (el carro de supermercado y los andenes o carriles bici, los contenedores y la recolección manual, etc.) pero que son, por la fuerza de estas prácticas insolentes y disruptivas de apropiación del espacio en procura de la supervivencia, adaptados de forma que permiten un ensamblaje final funcional, aunque anómalo a las representaciones originales del espacio proyectado.

El ensamblaje final se produce entonces por la acción-transformación ejercida por los chatarreros en el desarrollo de las operaciones prácticas de su actividad que implican la apropiación del espacio, de las infraestructuras físicas oficiales y de los residuos mismos. De esta forma, en el curso y bajo las condiciones de las prácticas laborales cotidianas, hombres y materialidades entablan unas relaciones dinámicas, de influencia mutua y recíproca, mediante las que dan forma a la mencionada infraestructura.

Sin embargo, el resultado dista mucho de la estabilidad, claridad e invariabilidad características de las infraestructuras formales y oficiales. Comprensiblemente y, por el contrario, en este caso se trata de un ensamblaje final irregular, inestable, temporal y altamente cambiante; su funcionamiento y los resultados y destinaciones de sus flujos resultan impredecibles, y sus cualidades físicas y operativas son igualmente variables, por lo que se trata de una infraestructura transitoria que nace, se deshace y se rehace constantemente en virtud de las particulares coyunturas diarias.

Dado esto, es posible ir un poco más allá y asegurar que la formación de esta infraestructura de la supervivencia urbana no solo obedece a este ensamblaje social-material entre

prácticas y elementos-condiciones materiales que las soportan e instrumentalizan, sino también al papel específico de los hombres (de sus cuerpos social y físico, de sus actos, sus operaciones y concepciones) dentro de esta, e incluso como parte constitutiva de ella.

En el caso de los chatarreros son ellos mismos quienes permiten e instrumentalizan, haciéndola posible, la movilidad de los residuos dentro de esta especie de *ecología informal de circulación de residuos desviados* respecto de los modelos oficiales de la administración de la ciudad, del espacio de movilidad ciudadana, de la gestión de los residuos y de la circulación general de las mercancías.

De esta manera, los chatarreros en sí mismos conforman una importante y fundamental porción de esta infraestructura informal, marginal y precaria. De hecho, es posible asegurar que ellos mismos son la infraestructura.

De manera similar a como lo propusiera AbdouMaliq Simone (2004) para el caso de ciertas porciones de la población en Johannesburgo, en este caso esta infraestructura paralela y simbiótica surge sobre los restos de la organización social urbana y en las grietas y vacíos de las infraestructuras oficiales, de forma que facilita interconexiones económicas y culturales entre habitantes marginados. En esta infraestructura la colaboración económica entre personas es fundamental para establecer interconexiones flexibles y móviles y con ello dar forma a una trama que permite el desarrollo de cierta forma de vivir y usar la ciudad.

“These intersections [...] have depended on the ability of residents to engage complex combinations of objects, spaces, persons, and practices. These conjunctions become an infrastructure—a platform providing for and reproducing life in the city” (Simone, 2004, págs. 407-408).

De esta forma, las personas mismas constituyen, junto a la materialidad instrumental y las interconexiones mismas, la infraestructura.

En el caso de los chatarreros senegaleses de Barcelona, son ellos quienes extraen, cargan, mueven y direccionan este flujo alternativo de residuos; son ellos quienes facilitan las conexiones entre espacios, elementos materiales, actores y prácticas en una red de relaciones marginales a la que dan forma a través de su práctica laboral de supervivencia y de su experiencia espacial en particular.

Aún más, a diferencia de las personas encargadas del funcionamiento de los sistemas oficiales, los chatarreros no son meros operarios que activan la movilidad dentro de la infraestructura, son soportes y vehículos ellos mismos de dicha movilidad y son agentes que establecen directamente ciertas conexiones entre instancias que permiten el mantenimiento del flujo de residuos a través de los intercambios que propician.

Son ellos mismos la infraestructura de principio a fin; con sus propias manos y haciendo uso de sus propios medios materiales, que ya de por sí son adaptaciones funcionales distintas a sus destinaciones originales pero que aprovechan sus calidades físicas elementales, extraen los residuos de los elementos y los circuitos de la infraestructura oficial y los incorporan (por la fuerza) a su propia infraestructura ilegítima, dentro de la que estos fluyen por su acción directa, casi literalmente en sus lomos. Y solo gracias a ellos los residuos siguen su particular desviación y son finalmente reinsertados nuevamente en la infraestructura oficial en la fase final de su operación. En cierto sentido, la infraestructura de la supervivencia urbana constituye una interrupción, una especie de corte o un apéndice de la infraestructura oficial en el que los chatarreros se insertan ellos mismos como canal y vehículo estableciendo una suerte de lapso espacial que interrumpe solo temporalmente la presencia de los residuos en las rutas formales en las que vuelven a depositarlos posteriormente.

De esta forma, esta infraestructura irregular crea una especie de zona marginal e ilegítima pero que, a pesar de ello, no se encuentra al margen sino atada a la infraestructura formal y al agregado de la cadena económico-productiva oficial respecto de la que, de hecho, en

la experiencia cotidiana, estos hombres experimentan una dependencia tan irresoluble como fundamental.

4. El espacio de la subsistencia

En general, la ciudad moderna occidental como la conocemos hasta ahora es una fuente inagotable de residuos. Hoy por hoy también constituyen ellos mismos una importante fuente de recursos; los residuos se mueven, se transforman, se intercambian. En torno a los residuos, ciertas poblaciones ubicadas en lo más bajo de la organización social y abocadas a la precariedad extrema, se procuran los medios para una subsistencia económica y física mínimas. En los extremos *inferiores* de las grandes cadenas oficiales de la recuperación de residuos urbanos es posible encontrar atadas modalidades de informalidad laboral, subempleo, autoempleo y rebusque que expresan con el dramatismo propio de lo residual (de la imagen de un ser humano hurgando en la basura, viviendo entre los restos) la marginalidad socioeconómica, la segregación espacial y una suerte de racismo ambiental en lo que respecta al acceso a recursos y a la proximidad o distancia respecto de los residuos urbanos mismos que señala, en cualquier caso, unas específicas condiciones de vida y un lugar en la clasificación social.

Pero en ese mismo proceso, por la misma fuerza y al menos para este caso de estudio, se produce la conformación de modos propios de agencia y reproducción social adaptativa. Se produce una específica estructura de aprovisionamiento con un eje vertebral en la recolección de residuos pero que incluye en general una lógica de la oportunidad que detona diferentes interconexiones, relaciones, negociaciones e intercambios. Es una especie de ecología informal del reciclaje que crea su propia infraestructura de distribuciones y aprovisionamientos y produce su propio espacio de relaciones.

De esta manera, el recorrido de recolección de residuos en concreto y en tanto experiencia espacial constituye en sí mismo un proceso que da forma a un auténtico *territorio de*

marginación pero que ya no se encuentra alejado (al margen, en las periferias) de la estructura socioespacial urbana en su conjunto sino entremezclado y superpuesto sobre esta, constituyéndola, caracterizándola. Al tiempo, se trata de un proceso simbiótico de relación que se integra a una red mayor preexistente de circulaciones e intercambios (de personas y cosas) a través de relaciones conflictivas, pero en las que establece sus propias dinámicas de funcionamiento, produce sus propias instrumentalizaciones y agencia sus propios intercambios y transformaciones.

El recorrido (“viaje” o “ruta” según las expresiones de los chatarreros) hace referencia a ese tránsito urbano en procura de la subsistencia; a esa especie de nomadismo laboral que implica una movilización geográfica y temporalmente extensa, que se despliega objetivamente en el espacio público. Se trata, ni más ni menos, de la ida y la vuelta por la ciudad, por la calle, en busca de oportunidades de recolección y recuperación de residuos y otros mecanismos de supervivencia.

Aunque puede presentarse coyunturalmente en cualquier momento del día, la mayoría de los hombres de *la Sunu Village* comenzaban su recorrido temprano en la mañana, pero no antes de que la ciudad *despierte*. Alrededor de las 9:00 o 10:00 horas y habiendo dispuesto todo (carro, herramientas y otros elementos como cadenas, candados y cuerdas) desde la noche anterior y durante las primeras horas de la mañana mientras comparten el café, comienzan el recorrido desde el mismo patio en donde terminaría mucho más tarde.

Las rutas de recolección y el tiempo de su duración son muy variados, aunque siempre significativamente extensos, y el proceso goza de cierta espontaneidad intuitiva muy característica que lo hace muy poco regular como se ha visto. El recorrido expresa un conocimiento experto y sensible muy depurado de las cosas recuperadas, de las pocas herramientas que usan y de las infraestructuras de la ciudad; sin embargo, esto no conlleva una ventaja competitiva en materia de intercambio ya que su ingreso diario, que depende exclusivamente del peso del material que logren recolectar, puede llegar a ser inferior a los 8 euros y en muy rara ocasión supera los 30, luego de una jornada de trabajo que en la mayoría de las ocasiones supera las 13 horas. Como se verá más adelante, ni la dedicación

temporal ni el esfuerzo invertido son transferidos en el intercambio a las mercancías, por lo que se puede decir que estos carecen de valor; en el intercambio se crea un valor marginal restringido exclusivamente a una equivalencia por tipo y peso de material que abstrae por completo el trabajo humano concreto y que no se limita, como también se verá, al recorrido y la recolección.

Probablemente lo más llamativo e intrigante del recorrido tiene que ver, precisamente, con propias contradicciones internas. En tanto proceso, el recorrido es, en la mayoría de las ocasiones, tan ineludible, seguro y recurrente, como imprevisible e irregular en el sentido de su propia forma. De igual manera, el recorrido del chatarrero como práctica laboral resulta más marginal en cuanto más intrincado se encuentre dentro de flujos e intercambios de la cadena formal, puesto que de la forma dicha incorporación deviene su carácter irregular en el sentido normativo y en términos espaciales. Y, en virtud de su objetividad física y socioespacial, es un proceso de apropiación extrema, disruptiva pero profunda del espacio que, al tiempo, se encuentra absolutamente desterritorializada por la ausencia del reconocimiento social y la falta de una significación territorial positiva.

Y si bien la práctica de su oficio genera cierta forma de autoidentificación y podría incluso valorarse positivamente desde cierta perspectiva en términos socioambientales, al tiempo, el recorrido por las calles es el proceso de objetivación pública de una forma cotidiana de ganarse la vida que los reafirma en un lugar marginal y segregado en la estructura social y en el orden urbano.

Ninguno de ellos da muestras de haber vivido un momento en el que pudiera decidir ser chatarrero o no. Unos pocos cuentan que su trayectoria ha variado entre la manta y el carro, poco más allá, salvo casos excepcionales en los que, como ya he mencionado, algunos se han ocupado en otras labores como la agricultura (“en los campos”) o la construcción, en todos los casos antes de arribar a Barcelona. Todos parecen sometidos a dicha práctica, no solo por las restricciones normativas que los mantienen en los márgenes de lo informal,

sino también por una especie de autorreconocimiento de su propia condición marginal. Paradójicamente, y en especial durante el recorrido, los chatarreros se definen como tal, reforzando la imposibilidad de su asimilación y la condición marginal de su existencia, pero, al mismo tiempo, su diferencia, su condición de “otredad” en un contexto extraño y hostil.

Por otra parte, llama la atención el hecho de que su necesaria dedicación al trabajo diario y el hecho de que esta dedicación en particular este obligada a una interacción tan directa y disruptiva con los sistemas e infraestructuras formales, deriva en un reforzamiento del carácter irregular de su oficio en general e incluso de la ilegalidad de algunos de sus procedimientos. Ante los selectivos y fallidos intentos cooperativistas de organización y la inviabilidad política de la integración formal de sus prácticas (y de ellos mismos como ciudadanos), su dedicación diaria al recorrido de recolección como forma de integración socioespacial enfatiza el carácter que reviste de irregularidad e informalidad (en el sentido de algo informe) sus actividades diarias y hasta su propia existencia pública. Esto es, en la práctica, infranqueable. El éxito del chatarrero es directamente proporcional a la irregularidad del acto que se lo propicia. Mientras el chatarrero más se implica en la recuperación informal de residuos, más se integra, sin reconocimiento, en los grandes procesos de recuperación formal e institucional (por lo general privada), con lo que, a pesar de su contribución, afianza su localización marginal dentro del proceso general.

La propia ejecución cotidiana de su oficio, en lugar de propiciarle un lugar en el que sea reconocido socialmente, y paradójicamente gracias a hacerlo visible, tiende a situarlo en el extremo oculto de una cadena económico-formal que se presenta como completa y autosuficiente. La realidad, por incómoda que parezca, es que los chatarreros senegaleses recogen residuos, los limpian y clasifican hasta unidades indivisibles de material en un grado de pureza inigualable (que, de facto, ningún otro gestor proporciona) y los venden en depósitos autorizados; con ello, en realidad se encuentran incorporados en un agregado económico-productivo general de circulación de residuos en el que, no obstante, la específica “oportunidad de ingresos” (Hart, 1973) que les brinda su forma de incorporación

restringida deriva en intercambios que no producen más que un valor marginal y ayudan a dar forma a un auténtico régimen de explotación.

Pero a pesar de la *informalidad* de su oficio, la marginalidad de su condición y los conflictos que de ello derivan, para sobrevivir, todos tienen que estar dispuestos a librar una batalla en y por el espacio urbano, eso es el recorrido, una lucha en movimiento que consume y transforma al espacio urbano, sus medios y las cosas que lo conforman.

*“Tú no puedes hacer que estas estudiando o que viniste a mirar, a nadie le importa eso [...] Tu y yo estamos aprendiendo el uno del otro, pero si tú quieres aprender tienes que ganarte un carro y hacer una ruta”.*¹⁰¹ Tal era la sentencia de AM con la que me indicaba, al menos, un par de cosas: que la forma de aprehender su oficio es desde adentro y en carne propia, y que dicha labor exige una forma directa de apropiación espacial instrumental y funcional, que la “ruta” es el componente detonante clave de su forma de sostener la vida. Paradójicamente, sobre el terreno, su labor depende de la capacidad de apropiarse instantáneamente del espacio y sus recursos, de consumirlos en el sentido de un modo colectivo particular, ajustado y depurado, de relacionarse con la materialidad (Miller, 2012), pero también de la habilidad de permanecer desvinculado o desarticulado del primero de ellos y de desprenderse ágilmente de los segundos.

Esta doble condición genera una relación con el espacio igualmente dicotómica. El chatarrero cristaliza en su recorrido diario una apropiación funcional y simbólica del espacio que resulta fundamental para su éxito. Su actividad implica que haga suyo el espacio que recorre, que se mueva con absoluta propiedad a través de sus grandes flujos y entre sus estrechas grietas, los escasos escenarios espaciotemporales fuera del alcance de la norma y, no menos importante, que se apropie de los medios instrumentales (las infraestructuras del espacio público y de la gestión de los residuos básicamente) dispuestos en dicho espacio, que los comprenda y los use eficazmente, e incluso que sepa cómo adueñarse de

¹⁰¹ *Sunu Village*, 6 de noviembre de 2016.

ellos. No obstante, el carácter de su actividad y algunas de sus condiciones más estructurales en términos normativos, le obligan también a desarrollar una especie de desapego total por ese espacio que soporta su subsistencia. El “arraigo espacial” (Del Acebo, 1993) experimenta aquí una ida y vuelta entre la identificación y la vinculación funcional, por un lado, y la desterritorialización y la imposibilidad de una adscripción real por el otro.

Pero más allá, es clave reconocer entonces que justamente presionados por las restricciones en acceso a recursos y por las innumerables privaciones de ese territorio segregado de marginación social y espacial en el que habitan y al que producen cotidianamente, haciendo uso exclusivamente de su propia agencia estos hombres logran desarrollar sus propios *mecanismos de abastecimiento*. El recorrido constituye el eje central de este particular mecanismo que es objeto aquí, la irrupción disruptiva sobre el espacio y la infraestructura física de los residuos, la extracción de estos de sus contenedores oficiales y de su legítima posesión y propiedad, y su movilidad arbitraria, la de ellos y la de los residuos, desarrolladas por sus propios medios y canales.

De esta forma, a partir de lo que se ha visto hasta ahora se puede concluir que la práctica espacial de los chatarreros hace visible un proceso en el que se produce una especie de ecología del reciclaje paralela y superpuesta, entremezclada, en cierto sentido autónoma pero simbiótica y dependiente respecto de los sistemas oficiales, que consiste, sobre el terreno de los márgenes invisibles, ocultados y lejos de la retórica del ecologismo político-moral, en un sistema adaptativo que funciona bajo sus propios ritmos y que establece, aunque característicamente efímeros e inestables, ciertos equilibrios y ciertas reglas específicas en el proceso.

Esta ecología, en tanto sistema de relaciones marginales y adaptativas, da forma también a una especie de espacio en movimiento, absolutamente apropiado del lugar en el que se conforma, pero profundamente desarraigado de él al mismo tiempo; un espacio practicado y significado cotidianamente pero invisible a la sociedad en su conjunto, como una especie

de burbuja o conducto invisible por el que solo se mueven los parias y sus residuos; un espacio atado y dependiente pero producido al margen de las instituciones y en los márgenes de la organización social; un espacio ubicado en el fondo de la estructura jerárquica de la organización social y sin posibilidades y medios para ascender o insertarse formalmente; un espacio residual al sistema socioeconómico hegemónico que carga con el peso de la descalificación social. Al mismo tiempo, es un espacio de cohesión interna, el escenario de sus propios modos y la lucha por la supervivencia en un contexto que, sin éxito, intenta expulsarlos a toda costa. Se trata también del espacio ganado, el espacio que se reclama y se conquista por la fuerza de la apropiación decidida, directa e indebida del espacio, el espacio que, aunque marginal, es producto del ejercicio cotidiano del derecho a la ciudad aun cuando sus medios y mecanismos se consideren ilegítimos.

Allí, en esa zona marginal pero integrada, es donde se crea la mencionada *infraestructura de la supervivencia urbana* como una forma particular y específica de relaciones con la materialidad y de producir el espacio a través de los residuos y la recolección. Donde las “representaciones del espacio”, por principio exclusivas y restringidas, ven desbordados sus propios límites y son sometidas más allá de sus destinaciones funcionales; bajo la *intromisión* de la “práctica espacial” (Lefebvre, 2013), estas representaciones son transformadas, redirigidas y puestas al servicio ya no de actos rutinarios naturalizados sobre los que ya -casi- nadie piensa (andar, tirar la basura...) sino de la supervivencia mínima por unos actores colectivos concretos. Se asiste así a un específico proceso de producción de un *espacio de subsistencia* que configura una experiencia espacial radicalmente marginal en términos de relaciones físicas con el medio instrumental y de reconocimiento y participación socioeconómica.

Se trata del espacio social y físico, práctico y simbólico, de una vida entre los restos en el que los hombres, emulando por la fuerza de su experiencia marginal la condición de su objeto de trabajo, se convierten ellos mismos en un resto.

IX SER UN RESTO

A modo de epílogo etnográfico

Desde un punto de vista estrictamente temporal la presente etnografía estuvo delimitada y en cierto sentido enmarcada por el nacimiento, la vida y la muerte de la *Sunu Village*. Como se ha ido viendo, esto condujo entonces a que, de forma paralela al interés central sobre las relaciones con los residuos, las infraestructuras y el espacio urbano, se asistiera también al proceso de disgregación del colectivo que ha sido caso de estudio y al deterioro de sus condiciones físicas y sociales de vida.

No obstante, a pesar de esta especie de dispersión y atomización del colectivo laboral, lo cierto es que lo único que concluye aquí es la etnografía, en el sentido de un seguimiento objetivo que pretende reunir inteligiblemente una realidad ya de por sí compleja, transitoria y dispersa.

Por esto se hace necesario señalar al menos brevemente lo que puede considerarse como una *última fase* de esta particular ocupación, lo que ha ocurrido con el colectivo después de la *Sunu Village*, algunas de sus condiciones actuales de vida y lo que pueda concluirse sobre su particular condición residual.

Al final, volviendo a la experiencia espacial en términos de desterritorialización con la que comenzaba esta etnografía, a la *Sunu Village* también le llegó la hora de desaparecer y dispersarse por la explosión del desarrollo urbano, aun cuando este deje a la vista sus restos. Los restos de la *Sunu Village*, que a su vez constituía los restos del orden socioespacial dominante, aún (abril 2021) se encuentran allí emplazados, enclaustrados pero visibles en medio del nuevo espacio *incluyente*, como una especie de dramático recordatorio de la miseria de algunos que no solo se encuentran al margen del desarrollo y

el progreso, sino que además deben soportar los efectos de su lógica destructiva-creativa (Harvey, 2008). “Los pobres le temen al progreso” (Davis, 2007), no solo en el tercer mundo, y bien hacen.



Figura 35 Fachada de la Sunu Village deshabitada, clausurada y ya finalizada la obra de la calle, 22-04-2021. Foto por el autor.

1. El desalojo definitivo y la disgregación final

La *Sunu Village* estaba ubicada justo en una de las calles donde la importante obra de transformación de la Plaça de les Glòries Catalanes se *integra* a los barrios colindantes de El Clot y Sagrada Familia. Esta primera calle del carrer Dos de Maig, por lo que puede apreciarse, hace parte de un espacio destinado a la obra misma en el que esta se limita a la adecuación de la vía para permitir llegada vehicular ocasional pero especialmente para convertirla en un acceso peatonal al parque. La siguiente figura muestra el estado de la

circulación peatonal y las paradas de transporte público a mayo de 2021¹⁰². La figura azul (de mi propia elaboración) ubica la *Sunu Village* y permite ilustrar su crítica localización respecto del área de influencia de la obra.

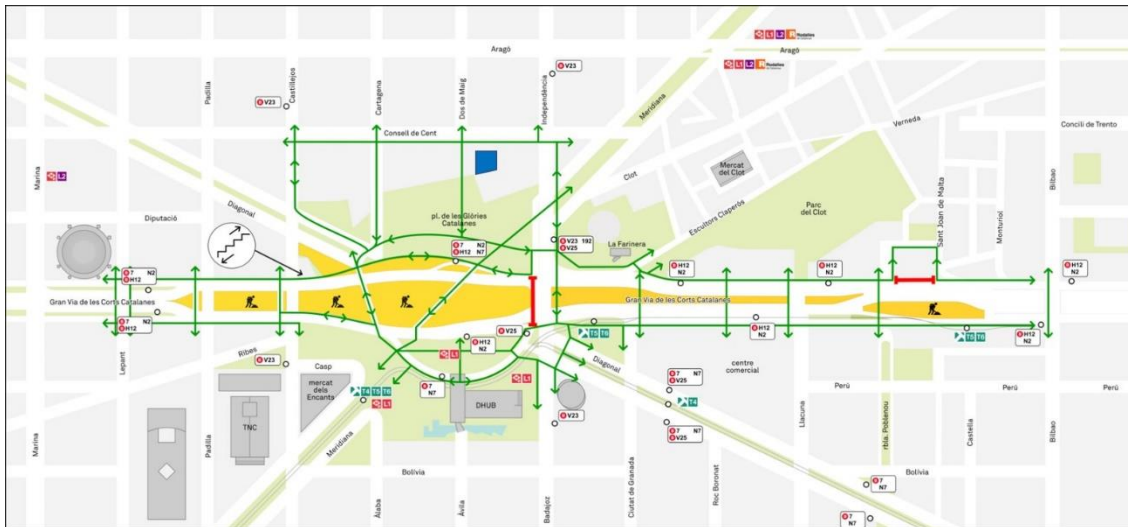


Figura 36 La obra de Les Glòries y la *Sunu Village*.

El enfrentamiento con las medidas que presionan su dispersión geográfica y el abandono de los lugares colectivos y que en parte respaldan procesos de desarrollo urbano no son una cosa nueva para ellos. Ya en anteriores ocupaciones hicieron frente a desahucios motivados por el plan de recuperación de predios como parte del proceso de transformación del proyecto 22@ que implica un cambio en la forma urbana y la vocación de una importante zona del distrito de Sant Martí para orientarla a las actividades del turismo de masas y a las empresas de comunicaciones y tecnología. En función de que estos hombres se ven obligados a ocupar los restos transitorios de la ciudad en transformación, este enfrentamiento parece inevitable.

En este caso, el proyecto de Les Glòries en general es un proceso de transformación urbana de gran envergadura y múltiples propósitos. De manera central se trata de un proyecto de mejoramiento de la movilidad urbana a diferentes escalas y modalidades; en concreto se

¹⁰² Fuente: Ajuntament de Barcelona. Obtenido de: <https://ajuntament.barcelona.cat/glories/es/mobilitat/#post3399>

propone convertir y sustituir un nudo vial de superficie en un espacio para las personas. Ello implica la construcción de un nuevo sistema de carriles, intercambiadores y túneles para la movilidad vehicular y la creación de un parque a nivel de calle para el esparcimiento y el tránsito peatonal. Al encontrarse en un punto neurálgico donde se cruzan importantes vías de la ciudad (Avinguda Diagonal, La Gran vía de les Corts Catalanes y Avinguda Meridiana) la obra pretende ser una especie de nuevo centro de la ciudad que permite la interconexión entre diferentes sectores y vocaciones urbanas. El parque de Les Glòries en concreto, que en el discurso institucional se promueve como “el nuevo pulmón verde de la ciudad”¹⁰³ incluye (o incluirá pues algunos elementos se encuentran aún en proceso) una gran área de césped, pequeños espacios que reproducen bosques mediterráneos a escala, jardines, áreas de juego infantil y juvenil, zonas para mascotas y paseos peatonales.

Pero más allá de los innumerables beneficios para *todos*, las específicas obras de este componente del proyecto han derivado en un nuevo proceso de desposesión territorial de los chatarreros como sujetos y colectivo marginados dada su crítica e inviable proximidad espacial y la inexistencia de un reconocimiento mínimo que al menos sea consciente de su existencia y plantee alternativas de solución para ellos; este grupo de chatarreros, a pesar de estar allí o justamente por ello, no son más que objeto de expulsión, no hay plan alguno que los contemple. Se trata aquí de un conflicto visible que pone en tensión al espacio y el ambiente como un escenario de “valores en competencia” (Narotzky & Besnier, 2020). El lugar es entonces el escenario de un enfrentamiento desigual entre diferentes formas de valoración y producción del espacio: por un lado, como medio de subsistencia y por otro, como recurso patrimonial y comercial; los hombres adquieren así un carácter residual, un valor social marginal.

En este caso no resulta justo ni preciso hablar de un tercer desalojo presionado por esta coyuntura en el sentido de una operación concreta de desahucio ejecutado en un día en particular. El tercer y definitivo desalojo que han tenido que enfrentar allí ha sido un largo

¹⁰³ Obtenido de: <https://ajuntament.barcelona.cat/glories/es/gfase/nou-parc-de-les-glories/>

proceso de marginación espacial inducido por diferentes instancias de una forma menos precisa pero muy contundente que terminó por expulsarlos paulatina y progresivamente y no mediante un gran operativo instantáneo.

Aproximadamente desde principios de 2018 y hasta finales de ese año, en vista de que la primera parte del parque de Les Glòries debía abrir (como lo hizo) en el mes de abril de 2019, se produjo una especie de conflicto silencioso y, en cierto sentido, *informal* con las instituciones. Los Mossos de Escuadra (la policía autonómica) acudían frecuentemente para increpar a los hombres e instarlos a abandonar el lugar: “no, pues nos dicen que tenemos que salir de aquí, que esto es parte de la obra esa y que ya no podemos estar acá, pero nada más, no hacen nada [...]” decía BY al respecto durante el proceso en julio de 2018. De manera paralela, la obra misma continuaba su avance establecido sin previa negociación o interlocución con los afectados de modo que ejecutaba una especie de presión física continuada y acumulativa por la imposición espacial del proyecto. Esta presión silenciosa institucionalmente pero que expresaba con poco disimulo una fuerte violencia infraestructural (O’Neill & Rodgers, 2012) y una clara ausencia de reconocimiento de la existencia misma de estos hombres, conllevó a una fase de degradación interna muy potente; el deterioro físico y social del colectivo y su lugar se aceleró de forma dramática e irreversible. Ante esta forma de expulsión progresiva los habitantes mismos de la *Sunu Village* fueron inducidos a un proceso de degradación física y abandono paulatino del lugar; la acumulación de residuos se incrementó motivada por el deterioro mismo del lugar y por el desinterés en torno a su conservación, el propio descuido de los hombres ante la inminente expulsión que creó una radical desvinculación respecto del lugar se mezclaba con un drástico incremento de la insalubridad haciendo del lugar un espacio ya no solo transitorio y efímero sino además degradado y peligroso.



Figura 37 El interior de la Sunu Village en el último periodo, en claro deterioro y cuando aún era usado por unos pocos chatarreros, 05-07-2018. Foto por el autor.

De esta manera, los chatarreros fueron presionados a un abandono progresivo y muy individualizado del lugar. Lo obra finalmente los expulsó, uno a uno y lentamente, sometiendo al colectivo y a los sujetos a unas nuevas disgregación y dispersión geográfica y a una mayor individuación. Desde el punto de vista institucional esto se suma sin duda al proceso general de desactivación política e invisibilización estructural al que han sido sometidos sostenidamente. Desde mediados de 2018 los hombres comenzaron a abandonar el lugar y a buscar refugio en otras ocupaciones de connacionales, en nuevos espacios aún menos numerosos, o incluso en lugares de ocupación individual, en un proceso que puede considerarse como la continuación radicalizada del largo proceso de desterritorialización del que no parecen poder escapar en el sentido de “precarización territorial” (Haesbaert, 2013), de restricción de su posibilidad espacial de acción y participación.

Ya para comienzos de 2019 no quedaba allí ningún chatarrero senegalés, aunque para el mes de abril de 2021, el mismo mes en el que la primera fase de la obra del parque fue

abierta al público, aún están allí los restos acumulados de la ocupación anterior como en una especie de pequeño vertedero en medio del nuevo espacio perfectamente ordenado y limpio. Aun sin conocer las causas de que estos restos no hayan sido removidos aún, su permanencia es una tétrica imagen que representa con claridad la extrema marginación socioespacial de los excluidos del progreso.



Figura 38 *El interior de la extinta Sunu Village, 22-04-2021. Foto por el autor.*

Coyunturalmente, durante un tiempo, los hombres de este colectivo frecuentaban y se encontraban cotidianamente, en medio o hacia el final de su jornada laboral, en un bar cercano en el carrer Cartagena al que, después de lo sucedido también acudí en repetidas ocasiones. La tensa inestabilidad de su particular condición espacial ahora marcada por la indeterminación y unas potentes incertidumbre e incomodidad, era más que evidente, una nueva crisis en medio de la crisis más general y sostenida se hacía visible y debía ser enfrentada.

Varios de estos hombres, al dispersarse, se incorporaron a otras agrupaciones de chatarreros en otros lugares según me ha explicado AM. De varios de ellos sencillamente no volvía a saber más. Y unos cuantos, visiblemente agotados por las dificultades originadas en la colectivización, han decidido seguir por su cuenta individualmente. Es caso de AB, probablemente el hombre de carácter más fuerte y conflictivo de todo el colectivo que pude conocer. A comienzos del 2019 pude conocer -desde fuera- su nuevo lugar de residencia y trabajo, muy cerca de la *Sunu Village*; allí se dedica fundamentalmente a la reparación, el montaje y la venta de bicicletas, aunque no deja de ocuparse de la recuperación de residuos en general y combina su actividad principal con múltiples formas de recolección, transformación y venta de residuos y objetos de segunda mano. Ya el 10 de abril de ese año pasamos, junto con una colega muy cercana, por el frente de su casa. Se encontraba trabajando en la puerta, sobre el andén, desplegado en franco y amplio uso de este como si de una parte de su taller se tratara. Cuando comenzamos a hablar nos muestra dos denuncias que le han interpuesto, una por ruido y otra por el uso indebido de la acera, en ambo casos han sido ciertos vecinos, que sabe quiénes son, quienes han alertado a la policía y solicitado su intervención. En cierto momento aparece otro vecino, en una actitud claramente calurosa y afectiva, que le lleva un poco de comida en un recipiente plástico; AB dice que este le regala comida frecuentemente y que se la lleva bien con la mayoría. Después de conversar un rato y ante el comienzo de la lluvia, AB nos invita a pasar a su casa. Debemos mover varias cosas a fin de hacer espacio para poder pasar de la puerta y hacernos un lugar adentro implica también reacomodar numerosas cosas. El lugar es pequeño y está absolutamente repleto de todo tipo de objetos y materiales. AM, entre risas y con gran gesticulación lo recuerda así: “él era así desde allá en el gueto... AB es un cabrón, ese lo recoge todo, todo lo que pilla lo recoge, todo, todo”¹⁰⁴. Efectivamente hay de todo allí y poco espacio queda para las personas. Muy cerca los tres, compartimos comiendo todos del mismo recipiente. AB es uno de los hombres que más enérgicamente se quejaba de su situación en Barcelona, en especial recalca constantemente y promovía un “respeto” que consistía simplemente en que lo dejaran trabajar, en que no se *metieran con él* pues él no

¹⁰⁴ *Casa Junio*, 13 de mayo de 2021.

lo hacía con nadie. En su nuevo lugar manifiesta esto de forma expresa y abierta (como se aprecia en la figura siguiente en donde, sobre la puerta de su casa, de arriba abajo se puede leer: *Mbour* -su ciudad natal- *Senegal*, *Respecto* -respeto- y la expresión *vivir y dejar vivir*), pero, además, no duda en explicarnos que está *mejor* así, solo, que todo resultaba más difícil en el gran grupo, que la mejor opción para él era irse de allí por su cuenta, aunque sigue en contacto con muchos de ellos. AB es un hombre excepcionalmente fuerte y hábil, y la experiencia acumulada le permite ahora distanciarse de la colectividad en torno al trabajo, puede asegurar su subsistencia (aunque poco más que eso) por su propia cuenta y así lo hace, sabe muy bien y expresa con claridad que no hay futuro en el trabajo colectivo, “no se puede seguir trabajando ahí todos juntos”.

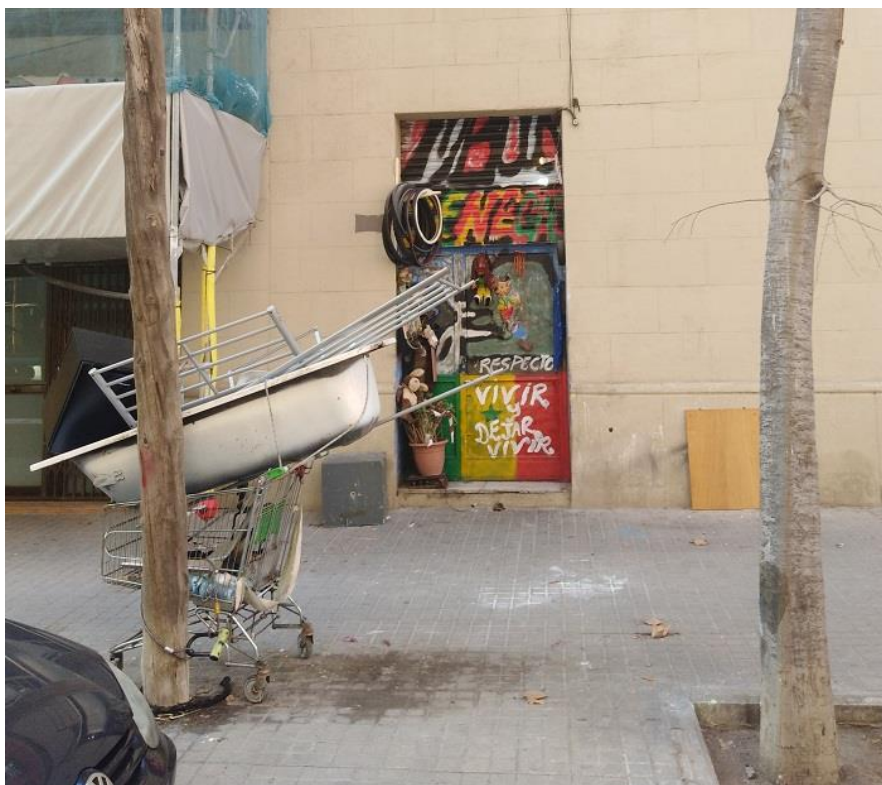


Figura 39 Fachada de la vivienda y taller de AB, 19-02-2019. Foto por el autor.

No obstante, para muchos otros mantener activos ciertos lazos cotidianos y algún grado de colectividad resulta fundamental e imprescindible. En general, presionados por las difíciles condiciones de marginación y precariedad económica y motivados por sus propios modos de relacionarse entre ellos, la mayoría mantienen la tendencia a reunirse y organizarse

colectivamente. A pesar de ello y bajo el visible desgaste que acumulan, la está propia lógica espacial termina siempre presionando una condición inviable y, con ello, la disgregación del colectivo, la reducción de su número, el distanciamiento entre los sujetos, la desaparición misma que implica la individuación en un contexto aún extraño y cada vez más hostil.

Según cuenta AM, con quien conservo el contacto a pesar de la disgregación colectiva mencionada y más allá del trabajo investigativo, varios de los hombres que habitaban la *Sunu Village* se fueron a Badalona, donde hay, dice, varias naves ocupadas por chatarreros senegaleses. El colectivo que aquí ha sido objeto de descripción es uno que cuenta con miembros provenientes de la gran oleada migratoria detonada hace 20 años, de hecho, se trata de un colectivo que tal y como lo conocí se encontraba ya bastante reducido numéricamente, replegado sobre sí mismo y, como se ha visto, ha experimentado un largo proceso de organización siempre transitoria y efímera y una lenta pero progresiva dinámica de disgregación; pero, por supuesto, no es el único, aun cuando todos parecen compartir la misma marginalidad y vulnerabilidad infranqueables.

En Badalona se sostienen aún y desde hace más de una década, varias ocupaciones numerosas de personas provenientes principalmente de Senegal, Mauritania, Gambia, Mali y Guinea y dedicadas básicamente a la recolección y recuperación de residuos metálicos, son cientos de africanos chatarreros marginados socioeconómicamente, sin reconocimiento y asistencia, acinados en infraviviendas de condiciones indignas e insalubres. El fenómeno persiste por la fuerza de la subsistencia, por el abandono institucional, por una migración económico-laboral que no cesa y que no concibe el retorno como una opción, y por la inviabilidad de una posible integración socioeconómica de unos hombres, sin papeles, sin trabajo y sin futuro.

El miércoles 9 de diciembre de 2020 se incendiaba una vieja nave industrial *abandonada* en el barrio badalonés de Gorg que era ocupada por más de 150 chatarreros subsaharianos

para trabajar y, muchos de ellos, también como espacio de residencia. Como se refiere el propio AM a esta ocupación, en “el gueto de Badalona”, que se componía de un patio y dos naves colindantes de tres plantas en cuyo interior se hacinaban las chabolas, “había gente que llevaba más de 10 años”¹⁰⁵ trabajando y malviviendo. El abandono ha sido su condición sostenida en el tiempo, muchos de estos hombres, como la mayoría de los de la *Sunu Village*, solo han podido cambiar de una a otra nave ocupada en una larga trayectoria en la ciudad carente de oportunidades de mejoramiento y con la llegada de la pandemia y el confinamiento en marzo de 2020 la situación se volvió dramáticamente crítica pues la escasez y la pobreza (hasta el hambre) se radicalizaron y esto derivó en un escenario más conflictivo (en su interior y con el barrio) y peligroso por sus condiciones físicas y de salubridad.

Sobre el particular cabe mencionar que la pandemia no trajo grandes cambios en los precios de los materiales y los mecanismos de intercambio, pero si en las restricciones espaciales que dificultaron la actividad laboral cotidiana de los chatarreros en general a las que se sumó una importante reducción en la generación urbana de residuos que también extralimitó el marco de posibilidades informales de los recolectores. Lamentablemente el trabajo de campo de esta investigación no permite ampliar el análisis en estas particulares condiciones coyunturales.

Finalmente, en la nave ocupada desde hace unos 12 años según fuentes policiales¹⁰⁶, el incendio que provocó tres muertos y cerca de dos decenas de heridos y la ausencia de una solución institucional más allá de la de brindar un albergue temporal que además les impide llevar a cabo la actividad central con la cual apenas si sostienen la vida, terminó por dispersar a los chatarreros en otras ocupaciones en las que las condiciones seguirán lejos de mejorar. El diario El País publicaba: “Joseph Keita, senegalés, lleva 17 años de nave en

¹⁰⁵ *Casa Junio*, 13 de mayo de 2021.

¹⁰⁶ Diario El País, Badalona, 11 de diciembre de 2020. Obtenido de:

<https://elpais.com/espana/catalunya/2020-12-10/badalona-tolero-como-infravivienda-durante-12-anos-la-nave-incendiada.html>

nave [...] Puigcerdà, plaza de les Glòries, Maresme, Besòs... De esta última nave tuvo que marcharse hace dos semanas por otro incendio. No salió en ningún periódico. En ninguna tele. Eran 40 personas y muchas acabaron en el edificio incendiado del barrio del Gorg de Badalona”¹⁰⁷. Bajo las actuales condiciones no tienen más opción que seguirse refugiando en ocupaciones de este tipo y continuar enfrentándose adaptativamente a los peligros y los conflictos que dicha forma de habitar y trabajar traen consigo; *“demasiado ruido, hacen mucha fiesta allá también y todo el ruido de la chatarra ¿sabes?, así no se puede, ya no se pude como en el gueto”* decía AM al uso de su experiencia y refiriéndose con “el gueto” a la *Sunu Village* y esa forma de ocupación masiva en general *“[...] ahora siguen en otras naves de por ahí pero es para muchos problemas”*¹⁰⁸, remarcando la inviabilidad de esa forma de agrupación, los inminentes conflictos y el invariable camino al deterioro que implica, y la necesidad de acudir a otra táctica más silenciosa.



Figura 40 Patio interior de la nave incendiada
Fuente: diario El Periódico, 10-12-2020¹⁰⁹



Figura 41 Nave incendiada del Gorg – Badalona
Fuente: diario El País, 10-12-2020¹¹⁰

Otro escenario que me fue posible reconocer hacia el final del trabajo de campo y que considero pertinente pues señala una forma concreta de progresión y sostenimiento del

¹⁰⁷ Diario El País, Badalona 14 de diciembre de 2020. Obtenido de:
<https://elpais.com/espana/catalunya/2020-12-13/17-anos-de-nave-en-nave.html>

¹⁰⁸ *Casa Junio*, 13 de mayo de 2021.

¹⁰⁹ Obtenido de: <https://www.elperiodico.com/es/barcelona-metropolitana/20201210/muertos-africa-nave-badalona-incendio-chatarra-11338332>

¹¹⁰ Obtenido de:
https://elpais.com/elpais/2020/12/10/album/1607584131_132619.html?rel=mas#foto_gal_1

fenómeno de los chatarreros senegaleses, constituye una especie de nueva modalidad adaptativa de la táctica espacial de la práctica laboral. Un grupo en concreto de hombres africanos subsaharianos, visiblemente más jóvenes, de entre 16 y 25 años aproximadamente, acuden cotidianamente a una “chatarrería” (como figura en la tarjeta de presentación) del Poblenou ubicada en el carrer d’Àvila, propiedad de un grupo familiar de centroamericanos y que no se encuentra en el Registre General de Gestors del Sistema Documental de Residus de la Agencia de Residus de Catalunya¹¹¹, con lo que se deduce su condición informal. Allí suceden un conjunto de relaciones marginales de intercambio y beneficio mutuo -también marginal- entre los chatarreros recolectores y el gestor que reconfiguran con especificidad la práctica laboral de los primeros en especial en lo relativo a su forma espacial colectiva.

“Nosotros les colaboramos a ellos y así también siempre tenemos algo de metal”¹¹² afirma una de las trabajadoras de la chatarrería que también incluye un apreciable volumen (con relación al propio espacio disponible) de recuperación de papel y cartón. Los chatarreros llegan cada día temprano, se cambian y alistan los elementos para su jornada de trabajo en la calle y, después del recorrido de recolección, vuelven a la chatarrería para trabajar allí mismo en la limpieza, vender el material, asearse un poco, guardar sus cosas (incluido el carro) y retirarse a sus lugares de vivienda en otros sectores de la ciudad. La familia que lleva la chatarrería les presta el espacio y trabajar y guardar algunas de sus cosas allí, a cambio de que le vendan a ellos todo el material metálico que recogen. Se trata de una clara forma asociativa espontánea y muy inestable que no obstante brinda cierta seguridad y beneficio mutuo aun cuando las utilidades sean comprensiblemente marginales. A partir de este caso, por las características del grupo y las cualidades de la relación, puede pensarse en una dinámica de adaptación de las prácticas marginales y las relaciones informales de intercambio que muy seguramente hace uso de la experiencia colectiva acumulada.

¹¹¹ Se puede consultar en:

<http://sdr.arc.cat/modemp/ListGestors.do? ga=2.117668480.821519962.1625400726-867612238.1623269178>

¹¹² El Poblenou, 19 de septiembre de 2019.

2. La coyuntura actual y la experiencia residual

Retomando la reflexión sobre el colectivo central de esta etnografía y en particular sobre su más reciente dispersión (durante la etapa final del trabajo de campo) producto del desalojo definitivo de la *Sunu Village*, debo decir que francamente le perdí la pista a la mayoría de ellos más allá de los encuentros fortuitos y escasos en el bar que frecuentaban después de abandonar el lugar. Pude asistir a ese deterioro progresivo mencionado, pero producto de este, de la paulatina pérdida del lugar de referencia colectiva, de la individualización y la dispersión de los sujetos, del propio cierre del trabajo de campo y de las restricciones derivadas de la coyuntura sanitaria de 2020 se produjo un distanciamiento que me dificultó mantener el contacto y saber que fue de ellos después de dejar el lugar; iban simplemente desapareciendo uno a uno y yo no sabía a donde iban. Claro está, mi repentino desconocimiento de su situación también se veía inducido por su propia inestabilidad e indeterminación espacial y fue posible revertirlo en parte gracias a la acción misma de estos hombres derivada de su propia necesidad básica.

Luego de seguirles el rastro, habiendo cerrado ya el trabajo de campo orientado a las relaciones propuestas (con el territorio, el espacio urbano, las infraestructuras y los residuos) pude identificar dos nuevas ocupaciones y localizaciones relativamente seguras pero visiblemente efímeras como todas, en las que algunos de los miembros de este colectivo en particular se redujeron aún más y se replegaron a fin de mantener activo el único mecanismo de aprovisionamiento y acceso a recursos del que disponen y sostener en lo posible ciertos lazos.

Hasta cierto punto liderados y representados por US (el empuje, las habilidades y el desenvolvimiento en las relaciones con otros sujetos ajenos a los colectivos de senegaleses), un pequeño grupo de hombres de este colectivo (entre 6 y 10), entre los que también se encontraba US2, lograron establecer cierta negociación y, a la postre, obtener un espacio dentro de una ocupación compartida en el barrio de El Parc i la Llacuna del Poblenou. *Casa*

Mayo se trata de una nave donde antes funcionaba una reconocida discoteca, lo que sumado a su ubicación refuerza la transitoriedad de la ocupación ilegal, compuesta de múltiples salas y varios niveles. El lugar es compartido por varios grupos de connacionales entre los que pude distinguir un colectivo de hombres y mujeres del este de Europa, algunos latinoamericanos y varios marroquí; también allí se ubicaba (en el mes de abril de 2019 cuando la conocí) la sede de una recientemente constituida asociación independiente (con no más de un año de funcionamiento según me expresaron) que claramente ostentaba el control de las decisiones sobre el espacio. De esta forma, este pequeño grupo del colectivo anterior se vio forzado a incorporarse a una ocupación compartida en la que además deben, en cierto sentido, subordinarse y establecer constantes negociaciones con colectivos muy diferentes. Así, también el trabajo de estos hombres se ha ajustado: por lo que me dice US, todos los que están allí, excepto él, siguen dedicados “a la chatarra” pero no disponen de un espacio colectivo alrededor de este por lo que el trabajo de limpieza deben hacerlo al interior de sus chabolas u ocupando temporalmente un espacio reducido en la específica zona que ocupan allí dentro. También están visiblemente incorporados en una lógica mayor de orden y control que regula su forma de ocupar y usar el espacio, pero sobre la que tienen un escaso margen de acción y negociación. Los hombres se han visto sometidos entonces a una fuerte individuación y a la restricción de las formas colectivas del trabajo y la sociabilidad, ya no hay cocina-restaurante (lo único que ha dispuesto allí US es de una nevera en su propia chabola para ofrecer refrescos y cerveza; por supuesto, n pernocta allí), el almacenamiento es visiblemente reducido, el trabajo compartido es en extremo limitado e incluso los encuentros, permanencias y colaboraciones entre ellos se ven claramente desincentivados. No obstante, allí han lograd encontrar un refugio, mantener cierta espacialidad que soporte sus actividades cotidianas de subsistencia económica y contar algunos espacios colectivos donde integrarse en reuniones promovidas por la mencionada asociación y en encuentros religiosos.

Después de atravesar un par de amplias zonas abiertas desde donde ya pueden apreciarse y distinguirse con claridad algunos de los pequeños nichos de chabolas de cada colectivo, de

subir unas escaleras y caminar hasta el fondo de un pasillo, se llega a la zona ocupada por los chatarreros senegaleses, un conjunto pequeño de chabolas hacinadas con una especie de terraza al lado de la que, no obstante, parece que no pueden hacer un uso amplio y extendido. A la dispersión y disgregación se ha sumado aquí una importante restricción espacial del trabajo que dificulta aún más sus condiciones a las que, no obstante, hacen frente de una manera, en cierto sentido, digna en el sentido del valor intrínseco de su dedicación al trabajo y de su infatigable esfuerzo.



Figura 42 *Africa will never give up. Grafiti al interior de Casa Mayo, 06-04-2019. Foto por el autor.*

Por su parte, AM puede considerarse como uno de los excepcionales y contados casos de relativo éxito en el mejoramiento de sus condiciones físicas y sociales de vida pero que, debido a las cualidades particulares de su proceso, señala también lo que parece ser una inevitable e incluso necesaria individuación; el mejoramiento para los inmigrantes

subsaharianos, en el caso de los chatarreros en concreto (a diferencia de otros colectivos como Top Manta o Diomcoop), da pruebas de su inviabilidad e imposibilidad alrededor del trabajo de la recolección y recuperación de residuos, como también lo demuestra en un plano institucionalmente legítimo la extinta iniciativa formal Alencop.

AM conoció a una mujer alemana en Barcelona con la que actualmente (junio de 2021) tiene dos hijos y espera una tercera. Tiene una hija más en Senegal, adolescente ya, por la que aun provee. Con la ayuda y el apoyo de su compañera y acudiendo a diferentes contactos suyos y también a través de ella, AM ha logrado dejar el trabajo con los residuos. Ahora se dedica principalmente a trabajos en ciertos cultivos y al servicio de instalaciones eléctricas en Lloret de Mar y alrededores. Ahora pasa allí todos los fines de semana mientras que durante la semana ocupa, junto con su esposa e hijos, un piso en Barcelona en un pequeño edificio que él mismo encontró y abrió y al que también llegaron BY (con su pareja española), MC, H1 y H2 y algunos otros. *Casa Junio* es una edificación de carácter residencial y muy discreta en donde varios chatarreros ocupan la planta baja en su modo habitual de chabolas con un pequeño espacio colectivo, mientras que AM y BY (quien combina un ocasional trabajo de pesca con la recuperación de residuos) ocupan los pisos, uno por planta, de los niveles superiores (segunda y tercera planta respectivamente, desconozco lo que ocurra en la primera) en donde las condiciones son visible y excepcionalmente mejores en términos de salubridad y seguridad; todos hacen uso, para cuestiones de sociabilidad diferentes del trabajo, de la terraza disponible en la cuarta y última planta.

Ahora, más disgregados, invisibilizados institucionalmente y ocultos por su propia táctica, la mayoría de estos hombres no experimenta mejoramiento alguno de sus condiciones socioeconómicas de vida; la reducción del colectivo y la individuación laboral pueden significar un cierto grado de tranquilidad relativa respecto del enfrentamiento con las instituciones, pero, a la par, antepone mayores dificultades para asegurar la supervivencia básica cotidiana. SY, en un bar al frente de esta ocupación, decía sobre la experiencia de

estos hombres: *“ninguno de ellos está mejor, nada ha mejorado para ellos, hay otros que sí, pero ellos no [...] MC está igual o peor de como cuando llegaste tú”*.¹¹³

Bajo las actuales circunstancias y con la desgastante experiencia acumulada, para AM es claro que las relativas estabilidad y tranquilidad y un posible mejoramiento de sus condiciones materiales de existencia requieren inexorablemente de ciertas formas tácticas muy concretas: conformar grupos menos numerosos y localizarse en ocupaciones estratégicas (poco vistosas, discretas e idealmente de propiedad de algún banco); reducir el impacto hacia afuera del trabajo con los residuos y eliminar la chatarrería, lo que incluye específicas y pequeñas pero importantes acciones como la de dejar aparcados sus carros en diferentes puntos en las calles cercanas de la edificación y no todos en frente de la misma; reducir al mínimo su visibilidad exterior y procurar el menor ruido posible para evitar que la ocupación sea identificada por los vecinos como un lugar peligroso y conflictivo respecto de la convivencia. En cierto sentido, la disolución del colectivo laboral parece clave y la aceptación de su desactivación política, así como la incorporación de su invisibilidad como táctica funcional, son inevitables aun cuando no representen un verdadero mejoramiento de sus condiciones más allá de la elusión de los enfrentamientos con la normativa y sus mecanismos sobre el terreno. Dentro de estas condiciones evitar el conflicto interno es también fundamental; durante los primeros meses de esta ocupación MC y otro chatarrero protagonizaban, según cuenta AM, ruidosos y prolongados enfrentamientos que los hacían muy visibles en el barrio además de que dificultaban la convivencia y el trabajo mismo. Como parte de la adaptación constante de sus tácticas espaciales la ocupación de diferentes espacios simultáneamente es necesaria para sostener su inestable modo de vida y para hacer frente a eventuales coyunturas que, en otras circunstancias, los pondrían en una situación de indefensión muy crítica por la que ya han atravesado en repetidas ocasiones. Bajo esta lógica, el propio AM abrió y ocupó un espacio cercano donde antes funcionaba algún tipo de empresa y que, en vista del conflicto mencionado, le entregó a MC como respuesta mediadora que además permitiera a este último mejorar un poco su situación,

¹¹³ *Casa Junio*, 16 de junio de 2019.

“lo llevé a una nave entera para el sólo”, recuerda con cierta gracia y altruismo, “[...] ahora esta allá, viene casi todos los días, pero tiene todo allá y todos tranquilos ¿sabes?”¹¹⁴.

De cualquier forma, una especie de reducción y reclusión táctica, funcional al sostenimiento de la vida misma, y la aceptación individual de su inexistencia (en términos de reconocimiento social) aparecen dramáticamente más positivas que cualquier lucha, organización, resistencia o manifestación expresa que hayan emprendido antes de manera colectiva. La historia de estos hombres, que hicieron parte de la gran *crisis de los cayucos*, se continúa indefinidamente en una especie de limbo entre la indeterminación propia de lo que es residual y la inevitable disgregación de su forma colectiva, sin oportunidades, sin futuro y con la esperanza consecuentemente agotada.

Hay que mencionar aquí que se asiste ahora a un recrudescimiento de las migraciones ilegales (2020-2021) y a la reactivación de la ruta marítima más mortal desde el Senegal, fundamental y masivamente desde Mbour y Sant Louis hasta las islas Canarias. El 15 de octubre de 2020 el periódico Canarias7 publicaba:

“Fuentes de los servicios de Seguridad han confirmado a Efe este jueves que sospechan que gran parte de los cayucos que están llegando a Tenerife en las últimas semanas partieron de Senegal, y no de Mauritania ni del sur del Sahara, como en los últimos meses. [...] Basta con mirar al ejemplo de la crisis de los cayucos de hace una década: en sus dos años álgidos, 44.156 personas (31.678 en 2006 y 12.478 en 2007) llegaron a Canarias en pateras y cayucos, básicamente en estas últimas embarcaciones en principio destinadas a la pesca, que pueden transportar hasta 180 o 190 personas. Si la ruta pasa a estar protagonizada por cayucos, en vez de por pateras, las llegadas de inmigrantes ya no se contarán de 20 en 20 o de 50 en 50, sino de 100 en 100 o de 150 en 150”¹¹⁵.

A raíz de ello, la cooperación entre España y Senegal se ha intensificado; a finales del mes de noviembre de 2020 la ministra de Asuntos Exteriores de España Arancha González Laya firmó un acuerdo con su homónima senegalesa Aissata Tall Sall para reactivar también las

¹¹⁴ Casa Junio, 13 de mayo de 2021.

¹¹⁵ Obtenido de: <https://www.canarias7.es/canarias/canarias-teme-inmigracion-20201015161131-nt.html?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com%2F>

repatriaciones y favorecer una cooperación que permita bloquear de alguna manera el movimiento en origen¹¹⁶. No obstante, en parte presionados por la coyuntura de la pandemia, los movimientos masivos no parecen ceder ni desincentivarse. “Barcelona o mort’: els joves senegalesos perden la por a l’oceà” titulaba el diario catalán Ara haciendo alusión a la expresión que el periodista Francesc Millan pudo escuchar de los jóvenes pescadores en una de las playas de Mbour: “*Barça ou barsax*”. Mas adelante detalla: “El 2020, l’any de la pandèmia, va ser de rècord: 745 'cayucos' amb més de 23.000 persones van acabar arribant a l’arxipèlag. La xifra suposava un 750% més que el 2019”¹¹⁷.

Lo que puede decirse, a partir de las trayectorias que han podido seguirse en este trabajo, de las formas concretas del movimiento migratorio y de la postura general de la unión europea frente al fenómeno, es que, aunque aún está por verse, también estas personas experimentarían seguramente en su mayoría una experiencia violentamente marginal.

Retomando, con todo lo anterior, a partir del seguimiento de esa vida entre los restos y de la vida de los restos se puede concluir aquí, de manera pertinente para dar un justo cierre a este trabajo, precisamente acerca de ese carácter residual y marginal de la experiencia cotidiana y de la existencia misma de estos hombres en concreto en dos direcciones complementarias que aluden a la analogía ya mencionada y a la confluencia objetiva entre estos dos tipos de residuos: materiales en términos físicos y humanos en términos socioeconómicos.

La experiencia residual física

Por un lado, el eminente carácter residual se objetiva visiblemente en las condiciones materiales, físicas y espaciales de vida. Hablo aquí, justamente, de una acumulativa vida entre los restos que lo cubre todo, de la que no parece que puedan salir y en la que se

¹¹⁶ Revista Atalayar, 30 de noviembre de 2020. Obtenido de: <https://atalayar.com/content/las-relaciones-espa%C3%B1a-senegal-m%C3%A1s-all%C3%A1-del-acuerdo-de-repatriaci%C3%B3n>

¹¹⁷ Diari Ara 10-04-2021. Obtenido de: https://www.ara.cat/internacional/barcelona-mort-joves-senegalesos-canaries-immigracio-senegal-espanya_130_3941160.html

convierten, consecuentemente, en auténticos expertos pero que objetiva la posición marginal que ocupan y que refuerzan por la propia acción a la que dicha posición los obliga.

Ser un resto, en términos físicos y materiales, es una condición que se hace contundentemente visible. En un principio se concreta con la experiencia del abandono del lugar de origen y los modos propios que termina por revertirse y convertir a los sujetos, en la significación de su propia experiencia, en abandonados. Este radical proceso de desterritorialización ya mencionado no se detiene con el arribo a destino, sino precisamente lo contrario, se adapta e intensifica primero a modo de contención y privación de la libertad y luego a modo de abandono legítimo.

A la conformación coyuntural de colectivos necesarios para hacer frente a un contexto de innumerables privaciones le sigue un recurrente enfrentamiento con las instituciones, la legalidad y los procesos de desarrollo que presionan su disgregación y, en concreto, la expulsión de los lugares colectivos. Lugares que, además, son accesibles a ellos solo porque de hecho no son más que los restos caducos del progreso urbano.

De esta manera, la pérdida del lugar, la deslocalización constante y repetida, la indeterminación y la incertidumbre espacial dan forma a un proceso de marginación territorial paulatina y acumulativa que objetiva esa condición física residual.

De otro lado, pero complementaria y acumulativamente, se encuentran los residuos urbanos mismos que cualifican prácticamente toda su cotidianidad productiva y reproductiva y con los que conforman una especie de unidad al constituirlos necesariamente en el principal recurso de abastecimiento para ganarse la vida económicamente y sostenerla en los demás ámbitos a parte del propiamente laboral. Esta confluencia, interacción y proximidad con los residuos que, como se ha visto, está lejos de ser sólo metafórica, confirma entonces una marginación física, espacial y material en la que, como es comprensible, solo pueden producir valores y obtener utilidades marginales

(Guyer, 2004) que, a su vez, es la proyección sobre el terreno y la concreción de un carácter residual tal vez menos evidente pero igualmente objetivo en términos sociales.

La condición residual social

La compleja condición que sugiere la idea de que ciertas personas puedan ser en sí mismas consideradas residuales a un orden social, político y económico dado se concreta en la enmarañada intersección que forman múltiples factores constitutivos de un proceso general de marginación en el sentido del delineamiento de bordes y fronteras y, con ello, del mantenimiento de algunos en el margen que estos bordes dibujan (Lancione, 2016).

Primero, asistimos a un proceso de marginalización por *desprotección*. El achicamiento del bienestar y el repliegue del Estado conducen al abandono, a una ausencia de reconocimiento que genera una especie de condición de inexistencia y ocultamiento que además se exagera (descaradamente incluso) en cuanto se ejecutan medidas represivas, algunas inclusive motivadas o soportadas por legítimos planes de mejoramiento y desarrollo urbano que los mueven, los dispersan y los disgregan, llegando al punto de desactivar también sus intentos y posibilidades de organización económica y política.

A esta forma de marginalización se suma una más, complementaria y paralela, que puede decirse que opera por *contención* de los marginados respecto del sistema socioeconómico dominante. Se trata fundamentalmente de la barrera a la integración y el reconocimiento socioeconómicos que implica que estos hombres conciban una especie de blindaje del contexto de destino que se experimenta en la imposibilidad de cumplir su objetivo migratorio dada la impenetrabilidad del sistema formal. En cierto sentido, desde la perspectiva del marginado, el sistema se cierra sobre sí mismo, la legislación orientada a la protección del trabajo formal se hace inaccesible y la propia condición marginal aparece como insuperable.

La condición residual social es entonces producto de un proceso que hace parte de una lógica socioeconómica general mediante el que determinadas poblaciones son expulsadas de sus marcos formales y sus beneficios considerados legítimos a los que les es imposible acceder por sus propios medios y frente a los que no pueden más (ni menos) que mantenerse *al margen* de forma que sus oportunidades de participación, aprovisionamiento (Narotzky, 2012) e ingresos no les permitan superar la brecha y la vulnerabilidad producidas en la adscripción a un régimen de informalidad aun cuando también experimenten una fuerte dependencia y se hallen en ciertos aspectos funcionalmente integrados a los sistemas formales.

Este proceso agregado de marginación y la inviable movilidad social que constituía parte central de la expectativa y la esperanza migratoria conlleva así a una condición infranqueable y acarrea un sentido negativo sobre la experiencia que comienza con la movilidad geográfica y que no parece tener fin.

La migración sin fin

La realidad de un proceso migratorio aún inconcluso, pues francamente no puede decirse que haya terminado, y que se encuentra lejos de las expectativas iniciales, termina por consolidar esa forma residual definitiva sin tregua ni remedio y afinca un sentido asociado al fracaso.

Con motivo de narrar parte de su experiencia en aquella reunión llevada a cabo en el Espacio del Inmigrante en abril de 2016 que mencioné en el primer capítulo de esta etnografía, AM llama la atención sobre cierta ausencia e inconclusión del proceso en especial en lo relativo al trabajo y las expectativas previas en materia laboral y económica; a pesar del relativo mejoramiento de sus específicas condiciones a la fecha (junio 2021), que representa cierto *éxito* solo comparativamente frente a la gran mayoría de sus compañeros, en ese momento AM retrataba con una claridad lapidaria la cruda realidad de un proyecto fallido: “[...] *pero no hay trabajo y no hay nada... todo está al revés, todo el*

*sueño está al revés*¹¹⁸; su movilidad geográfica, en el sentido de un proyecto (el único del que disponían según sus propias posibilidades y expectativas) de mejoramiento material mediante la incorporación a un nuevo escenario económico-laboral, señala un proceso de una migración sin fin que incluso, en muchos casos, se mueve en la dirección contraria, de forma que pareciera que a la incertidumbre propia de una movilidad indeterminada sobre lo que pueda pasar la sustituye la certeza corroborada de la imposibilidad absoluta, de que nada va a mejorar y de que el trabajo y la disponibilidad física y moral para enfrentarlo no son suficientes.

Esta imposibilidad de insertarse funcionalmente de manera positiva en las dinámicas económicas productivas del contexto de destino y el específico desarrollo de unas prácticas y unos modos de vida informales, irregulares y anormales conllevan así a una especie de condición de *anomalía perenne* en términos sociales, económicos y espaciales que se hace fuertemente visible en las propias condiciones físicas de la vida cotidiana y hasta en los cuerpos mismos.

MC es uno de estos hombres que ha experimentado mayores dificultades para alcanzar cierto grado de integración, aun cuando sea forzosa, en el sentido de desarrollar cierta experiencia que le permita ampliar sus mecanismos de abastecimiento y sus posibilidades de acción a pesar de su gran fortaleza y habilidad. Además, su propio carácter cerrado, introvertido y, en cierto sentido, displicente, le dificulta aún más las relaciones con personas ajenas al colectivo de pares. Pero más allá de esto, comparte con muchos otros la aplastante realidad de la ausencia de lugar socioeconómico y la marginación total.

Durante todo el tiempo que pude compartir espacios con él, a pesar de su evidente habilidad y dedicación para el trabajo (duro y pesado) siempre fue clara su sensación y expresión acerca de que se encuentra en un lugar extraño, haciendo algo extraño e indeseado solo por mantener la vida en un plano de mera subsistencia. La forma desgana

¹¹⁸ Espacio del Inmigrante, El Raval, abril de 2016.

y desidiosa de enfrentar su actividad diaria dentro de la SV y al tomar su carro para salir a las calles demostraba un claro caso de agotamiento y frustración; la experiencia, era evidente, ya le estaba pasando una costosa factura física y emocional.

MC es probablemente uno de los hombres que hace más visible el fracaso de muchos. Es un hombre claramente agotado, fatigado y desmotivado. Su propia postura corporal desganada, encorvada y su modo de andar cansino dan muestra de su cansancio físico y de una triste resignación. Constantemente alicorado, con una recurrente tos y una voz ronca refuerza el deterioro físico al que ha sido sometido su cuerpo. MC proyecta una potente imagen de la pobreza, la marginación y la vulnerabilidad, caminando siempre por la cornisa del abandono y la incertidumbre en una constante y agotadora lucha contra todo y contra sí mismo por la supervivencia. Al hablar con él y mirarlo a la cara puede sentirse no solo un aburrimiento cotidiano comprensible sino el fracaso mismo que se mezcla con la melancolía propia de quien lo ha perdido todo y no tiene nada por delante.

En general y para terminar, el conjunto de estos hombres se encuentra experimentando una auténtica “muerte social” (Patterson, 1985) que se expresa en varias direcciones y de formas diversas pero complementarias en el conjunto agregado de su experiencia marginal: Por un lado, se trata de personas *fuera de lugar* (Douglas, 2007) en una ausencia total de posición y espacio definible dentro de la sociedad de la que hacen parte y en la que se encuentra informal e irregularmente insertos. Por otra parte, esta condición social se refuerza cotidianamente mediante su inevitable integración en una cadena formal de explotación (Graeber, 2006) en la que no logran ocupar más que los extremos olvidados y ocultados donde utilidades, beneficio y valores no son más que marginales. Y, finalmente, el enorme coste familiar y personal que ha implicado su proceso migratorio y su experiencia en destino, sumado a su postura absolutamente negativa sobre el retorno, hace muy patente la realidad de una vida desperdiciada (Bauman, 2005), de un tiempo de vida que ha sido sacrificado.

CONCLUSIÓN

Antes que nada, debo decir que el trabajo que aquí termina me permite concluir que, al menos para este caso, en virtud de sus cualidades móviles, inestables, transitorias, marginales y adaptativas, la aproximación empírica que ha permitido, sin demasiadas pretensiones, el detalle, los matices y la textura que componen las descripciones anteriores, es el resultado de unas relaciones e interacciones que han alcanzado sus cualidades específicas a través de una específica forma de participación. Esta implicó, al mismo tiempo, una progresiva depuración de las técnicas y las tácticas analíticas y un paulatino proceso de desestructuración del modelo que no por ello perdía rigurosidad y circunscripción, sino que justamente permitió, bajo las particulares condiciones del contexto etnográfico, alcanzar la necesaria profundidad en la incorporación a la dinámica cotidiana que fue objeto de exploración. A partir de este posicionamiento metodológico y de esta forma específica de trabajo de campo han sido posibles los resultados anteriores y las siguientes conclusiones.

Las trayectorias de estos hombres desde el momento mismo de la decisión acerca de su proyecto de movilidad geográfica con miras a la movilidad social en términos de mejoramiento material y la de la colectividad misma durante toda su experiencia espacial en destino desde el punto de vista físico y social (institucional) han estado marcadas por un violento proceso sostenido y acumulativo de desterritorialización, esto es, de restricción y pérdida de su pertenencia y posibilidad de acción espacial. Al forzoso, dramático y en muchas ocasiones extenso *viaje* (desde sus hogares hasta pisar suelo español) del que a pesar de todo no desisten, se suma un desprendimiento subjetivo del territorio de origen que conlleva un complejo sentido asociado al abandono. Una vez en destino ese proceso de desterritorialización no desaparece solo muta y adquiere formas hostiles totalmente nuevas y, de hecho, se radicaliza al incorporarse como forma de experiencia cotidiana, recurrente, tristemente previsible e ineludible. Después de emprender un viaje repleto de esfuerzos y peligros, experimentan un rechazo frontal muy objetivo en la experiencia espacial que llega hasta un bloqueo total al tránsito y una posible devolución o al

internamiento y la privación de la libertad en virtud de su condición “ilegal”. La pérdida de lugar o reconocimiento social es absoluta cuando la desterritorialización adquiere ya la forma de abandono legítimo de los sujetos una vez superado el límite legal del internamiento sin que se resuelva su situación y son arrojados a la clandestinidad. Con el objetivo laboral-económico migratorio presente, derivado de ciertas responsabilidades y expectativas de parentesco, y procedentes de una migración en solitario en el sentido de carecer de red de apoyo o siquiera un contacto relativamente estable para el arribo al destino, no tiene más remedio que sumarse (adherirse forzosamente desde el punto de vista legal -formal/informal- pero productivamente desde el punto de vista económico) a los extremos marginales de una larga cadena de transferencias e intercambios de residuos en la que experimentan una inflexible explotación. La fuerza de la precariedad económica y de la agrupación entre pares hacen que la conformación de colectividades en torno al trabajo se haga sustancial a fin de procurar la supervivencia. De esta manera, los chatarreros conforman masivas ocupaciones en instalaciones en desuso donde la organización colectiva en torno al trabajo adquiere después también un matiz político en medio de la coyuntura inmobiliaria que presiona su desalojo de los espacios ocupados durante la que además se manifiestan abiertamente en reclamo de sus derechos al trabajo y la vivienda. Después de un esfuerzo cooperativista en principio excluyente y a la postre fracasado el resultado ha sido la desactivación política del colectivo y su disgregación socioespacial. Claramente reducidos y replegados se aferran a un nuevo espacio colectivo que les permita, en la emergencia, la recuperación y el mantenimiento de su mecanismo fundamental de aprovisionamiento: la recolección y recuperación de residuos y el mantenimiento de cierta colectividad que les es fundamental para sostener la vida y su propia reproducción social. La *Sunu Village*, el espacio colectivo donde comienza y de donde surge esta etnografía, es ese último resquicio espacial de esta concreta colectividad laboral relativamente organizada. Un espacio caracterizado por su transitoriedad, su carácter efímero y su inestabilidad en términos de vulnerabilidad, un lugar claramente jerarquizado y conflictivo que, aunque contiene las más rudas condiciones físicas de la pobreza material urbana, es al tiempo el único escenario de protección y sociabilidad colectiva, donde se

vieron abocados, también colectiva y acordadamente, a convertir la invisibilización institucional impuesta en una especie de invisibilidad funcional a sus propios fines.

El trabajo de estos hombres en su específica modalidad de recuperación de residuos consiste en una práctica cíclica compuesta por tres instancias diferenciables: la recolección y la transformación de residuos y el intercambio de materiales metálicos clasificados, de allí su designación como chatarreros. La recolección sucede en las calles y es un proceso caracterizado al mismo tiempo por su imprevisibilidad y por su invariabilidad, por una aleatoriedad y un azar que coexisten con la recurrencia, la regularidad y la certeza. Para obtener materiales de los contenedores de la infraestructura oficial, de las obras de construcción o remodelación, de pequeñas empresas y comercios o de algunas otras menos frecuentes relaciones de barrio, los chatarreros acuden a la táctica de la anticipación de los sistemas formales, a cierta solidaridad vecinal de beneficio mutuo y a una recurrente irresponsabilidad ciudadana en la disposición de los residuos. La transformación señala la recuperación de las cosas como tal, el proceso de separación manual hasta unidades indivisibles y de clasificación al que llaman "limpieza"; se trata de la actividad diferencial del recolector a pie de calle con la que aporta material en un grado de pureza que solo él produce dentro de los circuitos del reciclaje y mediante la que se proporciona el escaso beneficio dentro de un proceso que no puede dejar más que utilidades marginales. El intercambio como operación de compraventa consiste en una interacción mediante la que opera una especie de *lavado* del material irregularmente recolectado y ahora incorporado en un sector formal de la red de transferencias con lo que el residuo se reincorpora mercantilmente en el sentido de la recuperación del reconocimiento formal de su valor, aun cuando se trate de uno marginal que solo los marginados deben procurarse; pero en tanto relación social, el intercambio en este marco agudiza la marginación mediante una abstracción total del trabajo que carece por completo de valor y a través de una violenta jerarquía que enfatiza la explotación.

El trabajo del chatarrero requiere un importante conocimiento de los sistemas oficiales de gestión de residuos y de sus específicas operaciones y mecanismos. Consiste, en este sentido, en una intromisión arbitraria, una intersección directa, abrupta y disruptiva dentro

del sistema formal de circulación de los residuos para extraerlos generando una *desviación* dentro de la que puedan intervenir y producir algún tipo de valor. Es un caso entonces que funciona como un apéndice forzosamente adherido en las zonas oscuras y no cubiertas por la formalidad mediante la que se incorporan en una compleja red de relaciones e intercambios informales -marginales- y que ha permitido una lectura sobre ciertas relaciones entre las prácticas informales y la norma institucional y apreciar los difusos límites y las múltiples intersecciones productivas entre lo formal y lo informal dentro de un solo gran circuito de circulación y transferencias de mercancías y una sola economía urbana agregada.

Esta forma concreta de trabajo, de colectividad y de vida entre los restos, y este particular mecanismo de abastecimiento que es la recuperación de residuos implican unas relaciones con el espacio urbano a diferentes niveles y orientadas a diferentes propósitos, pero siempre caracterizadas por una condición residual, marginal, inestable y disruptiva.

Por un lado, los lugares que ocupan, habitan y hacen servir como espacios colectivos de sociabilidad y trabajo constituyen en sí mismos los restos en desuso de la ciudad, del desarrollo y del progreso urbanos, de modo que en función de ese carácter residual son también objeto de recuperación: primero ilegítima y transitoria por parte de la ocupación forzosa de los chatarreros quienes restituyen de forma precaria su habitabilidad y segundo por parte de las instituciones y la iniciativa privada quienes bajo el amparo de la legalidad y de la protección de la propiedad y en virtud del desarrollo urbano ejecutan mecanismos para la recuperación de su control y la reorientación de sus destinaciones que terminan por deteriorar aún más las condiciones físicas y materiales del colectivo y por recrudescer su desterritorialización en el sentido de la restricción o la pérdida de las posibilidades de localización, acción y expresión especial. De esta manera, su particular relación como colectivo con el espacio inmueble está marcada por un carácter efímero y por la inestabilidad y la transitoriedad; la vulnerabilidad que esta forma de marginación espacial produce coexiste peligrosamente con unas condiciones de vida indignas, insalubres y en progresivo e irreversible deterioro.

Por otra parte, la experiencia espacial que implica el trabajo informal en la calle, irregular, anormal y disruptivo al orden del espacio proyectado, acarrea unas relaciones que en cierto sentido concretan una compleja contradicción entre una estratégica vinculación y un profundo desarraigo que, a la postre, en la práctica y a través de ella, produce su propio espacio. A la invisibilización estructural de la ausencia de reconocimiento social se suma una especie de naturalización colectiva que, lejos de integrarlos, incrementa la marginalidad del ocultamiento. El espacio público urbano deviene así, reforzado por la anomalía que representa su práctica espacial en el sentido de la legalidad y de la normalidad, en un auténtico territorio de exclusión. La práctica del chatarrero implica una intromisión forzosa e insolente en el espacio que, por un lado, desborda en su movilidad y sus operaciones concretas de recolección los límites funcionales e instrumentales físicos de los usos proyectados y considerados legítimos y, por otra parte, contraviene las ordenaciones del espacio normado y regulado; la práctica espacial presionada por la ineludible fuerza de la supervivencia se superpone, se abre su propio lugar y deshace las restricciones físicas y sociales de lo urbano. Esta dinámica característica de la actividad del recolector a pie de calle conforma entonces una lucha cotidiana contra la norma, contra el orden, contra lo considerado normal y contra el espacio mismo. No obstante, su intromisión y la puesta en marcha de su principal mecanismo de aprovisionamiento también requiere y deriva en el desarrollo de un específico conocimiento experto y sensible del espacio urbano y de unas tácticas aprehendidas y depuradas de interacción con el espacio y algunos de los elementos físicos que lo cualifican. Así, el chatarrero se embarca en una especie de proceso cotidiano de apropiación por desterritorialización, es decir, de vinculación táctica con un espacio hostil promovida paradójicamente por las restricciones espaciales que son producto de su marginación socioeconómica y que, en última instancia, deriva en la producción de un particular espacio de subsistencia.

En un plano más concreto, estas relaciones con el espacio conllevan una interacción táctica directa y específica con la infraestructura de la movilidad en el espacio público y la infraestructura formal de circulación de los residuos. En el primer caso, estas relaciones

implican un entremezclamiento con el conjunto de las movilidades urbanas, un uso concreto adaptativo de las cualidades físicas de la infraestructura espacial y el desarrollo de una propia y particular forma de moverse. En el segundo caso, se trata de una relación a modo de interrupción y reorientación (desviada) de la circulación de los residuos en la que se desbordan y se rebasan las restricciones de una infraestructura aparentemente compacta, cerrada y completa, excluyente por principio, y que no logra limitar el desarrollo de un especial *saber hacer* en trono a los residuos mismos. El resultado es la concreción de un particular infraestructura paralela, transitoria, inestable y adaptativa producto de un dinámico y cambiante proceso de ensamblaje social-material que, en tanto conjunto relacional, se hace, se deshace, se repara y se ajusta constantemente. Dicha infraestructura de la supervivencia urbana surge *in situ*, se halla incrustada entre otras estructuras y arreglos socioespaciales mayores, se superpone y entremezcla en el conjunto infraestructural urbano, es aprehendida como parte de la pertenencia a un grupo determinado, crea sus propias estandarizaciones y regulaciones, y de su composición hacen parte los chatarreros mismos no solo como usuarios pasivos sino como componente que hace posibles y vehicula los movimientos. Este proceso de relaciones infraestructurales soporta a su vez el desarrollo de una particular ecología paralela, superpuesta, hasta cierto punto autónoma pero simbiótica y dependiente respecto de los sistemas oficiales que, en tanto sistema adaptativo, funciona bajo sus propios ritmos y establece, aunque de manera característicamente inestable y marginal, sus propios equilibrios y reglas específicas en el proceso.

Consecuentemente, las relaciones que estos hombres y el colectivo establecen con los residuos trascienden por mucho la evidencia meramente superficial mediante la que puede parecer que se trata solo de rebuscadores que encuentran en la basura cosas para vender, lo que si se piensa detenidamente tampoco es poca cosa en términos de valor. La centralidad de la práctica de la recuperación de residuos en la vida cotidiana y el conjunto de relaciones de este colectivo es innegable; la recuperación es, de hecho, un mecanismo de aprovisionamiento productivo y reproductivo. Se trata de un proceso cotidiano de

consumo específico, en el sentido de unas formas aprehendidas, colectivas y depuradas de relación con la materialidad que instrumentaliza sus prácticas, desde el ámbito de la vida económica hasta los escenarios de la reproducción social en tanto sistemas colectivos que permiten sostener la vida y que se hallan sujetos a continuos ajustes. Los residuos son objeto de cotidianas y constantes prácticas de valoración producto de las que se orientan las operaciones de transformación a fin de procurar bien una restitución funcional que devuelva o cree nuevas utilidades o bien una reincorporación mercantil mediante el intercambio y la creación del valor marginal en sus relaciones. De esta manera, los residuos (y, por descontado, su recuperación) están presentes en todo ámbito de la vida cotidiana de estos hombres, son bienes de consumo, herramientas y objetos de trabajo y mercancías sobre los que se desarrolla un saber hacer amplio y diverso y con los que se da forma y se cualifica la larga experiencia y la cotidianidad misma de este colectivo marginado. En lo que respecta a la sobresaliente dimensión de la vida económica, los chatarreros identifican el valor donde nadie más está obligado a encontrarlo; a pesar de lo que pueda sugerir un discurso institucional sobre una aparente deseconomización de las cosas en cuanto son convertidas en residuos, en ese nuevo estatus en realidad no pierden su condición mercantil. Se trata de una transformación (un proceso en ocasiones extenso) mediante la que los valores no pueden ser más que marginales, de forma que solo se torna indispensable, en un volumen y escala de consumo e intercambio reducidos, para los marginados. De esta manera, la confluencia entre el valor y los sujetos marginales no es coincidental, se produce por las transferencias de los residuos entre unos regímenes de valor determinados, propiciadas por las prácticas mismas de la supervivencia en las que las relaciones de intercambio objetivan dicho escenario marginal.

Finalmente, en el curso de esta vida entre los restos y justamente en la dirección contraria de la vida de los restos que por la práctica del chatarrero recuperan su valor y utilidad, los hombres mismos se ven enrutados en un proceso sin remedio en el que emulan la condición de su objeto de trabajo y se convierten ellos mismos en residuos. Ser un resto se expresa, por una parte, en las condiciones físicas y materiales de existencia, en el deterioro

progresivo y acumulativo, en la pérdida del espacio y la colectividad y, por otro lado, en la ausencia de lugar, posición y posibilidad de acción social, en la disgregación de lo colectivo, de la organización, en el debilitamiento de los lazos y en los casi inalcanzables integración y reconocimiento social. La idea de fracaso y de una vida desperdiciada dan sentido a un proceso migratorio del que, lejos de las expectativas, no quedan más que restos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abduca, R. (2011). "Acariciando lo áspero". El itinerario cartonero como construcción de un territorio. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 183-221). Buenos Aires: Ciccus.
- Aguiar, L., & Ryan, S. (2009). The geographies of the justice for janitors. *Geoforum* 40(6), 949–958.
- Aimetta, C. (2009). Salir a carrear: ¿trabajo o rebusque? *Trabajo y Sociedad*. No. 12, Vol. XI.
- Alexander, C., & O'Hare, P. (2020). Waste and Its Disguises: Technologies of (Un)Knowing. *Ethnos*.
- Alexander, C., & Sanchez, A. (2019). Introduction. The Values of Indeterminacy. En C. Alexander, & A. Sanchez (Edits.), *Indeterminacy: Waste, Value, and the Imagination* (págs. 1-30). Berghahn.
- Álvarez, R. (2011). El derecho a la recuperación de basura, desde una perspectiva crítica. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 75-91). Buenos Aires: Ciccus.
- Álvarez, R. (2012). *La basura es lo mas rico que hay. Relaciones políticas en el terreno de la basura*. Buenos Aires: Dunken.
- Anand, N. (26 de Noviembre de 2012). *Infrastructure: Commentary from Nikhil Anand, Johnathan Bach, Julia Elyachar, and Daniel Mains*. Obtenido de Curated Collections, Cultural Anthropology Online: http://www.culanth.org/curated_collections/11-infrastructure/discussions/6-infrastructurecommentary-from-nikhil-anand-johnathan-bach-julia-elyachar-and-daniel-mains
- Anand, N. (2015). Leaky States: Water Audits, Ignorance, and the Politics of Infrastructure. *Public Culture*, 305-330.
- Anand, N., Gupta, A., & Hannah, A. (Edits.). (2018). *The Promise of Infrastructure*. Durham: Duke University Press.
- Anderson, E. (2001). *Code of the Street: Decency, Violence, and the Moral Life of the Inner City*. New York: W.W. Norton.
- Appadurai, A. (1991). Introducción: Las mercancías y la política del valor. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México: Grijalbo.
- Appel, H., Akhil, G., & Anand, N. (2015). *The Infrastructure Toolbox*. Obtenido de Cultural Anthropology Online - Theorizing the Contemporary - Fieldsights: <https://culanth.org/fieldsights/series/the-infrastructure-toolbox>
- Baizán, P. (6 de Abril de 2019). "¿Por qué abandonamos nuestro país?" Los senegaleses responden. *El País*. Obtenido de https://elpais.com/elpais/2019/04/05/planeta_futuro/1554463154_957007.html
- Bakker, K. (2010). *Privatizing Water: Governance Failure and the World's Urban Water Crisis*. New York: Cornell University Press.
- Baquero, C. (18 de 07 de 2012). Puig dice que los senegaleses de la nave del Besòs se "lucran" con la chatarra. *El País*.
- Barbosa, L. (2007). Domestic workers and pollution in Brazil. En B. Campkin, & R. Cox, *Dirt: New Geographies of Cleanliness and Contamination* (págs. 25–33). London/New York: I.B. Tauris.
- Barclay, S., & Laudati, A. (2016). Living without possibility: The implications of the closure of an autonomus space created by undocumented sub-saharan metal scrap collectros in Barcelona, Spain. En B. Gebrewold, & T. Bloom, *Understanding migrant decisions. From Sub-Sharan Africa to the Mediterranean Region* (págs. 175-193). New York: Routledge.

- Barnes, D. (2006). *The Great Stink of Paris and the Nineteenth-Century Struggle against Filth and Germs*. Baltimore: Johns Hopkins Press.
- Barry, A. (2013). *Material Politics: Disputes along the Pipeline*. Chichester, UK: Wiley-Blackwell.
- Bataille, G. (1987). *La parte maldita. Precedida de la noción de gasto*. Barcelona: Icaria.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Beck, K., Klaeger, G., & Stasik, M. (Edits.). (2017). *The making of the african road*. Boston: Brill.
- Bennett, J. (2010). *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- Bernardini, F., & Urbina, G. (2018). *In-Depth analysis. Senegal: bastion of democracy, migration priority for the UE*. Belgium: European Parliament's Committee on Development.
- Blumer, H. (1981). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. España: Hora S.A.
- Bohannon, P. (1959). The Impact of Money on an African Subsistence Economy. *The Journal of Economic History*, 491-503.
- Bonfiglio, J., Chávez, E., & Gutiérrez, P. (2011). El otro circuito del reciclado: la reventa de bienes recuperados en las ferias populares. En P. Schamber, & F. (. Suárez, *Recicloscopio III Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 145-169). Buenos Aires: Ciccus.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- Bourgeois, P., & Schonberg, J. (2009). *Righteous Dopefiend*. Berkeley: University of California Press.
- Briggs, C., & Briggs, C. (2006). *Stories in a Time of Cholera: Racial Profiling during a Medical Nightmare*. Berkeley: University of California Press.
- Brody, A. (2007). Dirt and development: alternative modernities in Thailand. En B. Campkin, & R. Cox, *Dirt: New Geographies of Cleanliness and Contamination* (págs. 156–167). London/New York: I.B. Tauris.
- Bromley, R. (1979). Organization, Regulation and Exploitation in the So-Called 'Urban Informal Sector': The Street Traders of Cali, Colombia. En R. Bromley, *The urban informal sector: critical perspectives on employment and housing policies*. London: Pergamon.
- Brugman, M. (2018). *A Matter of Waste - An ethnographic elaboration on the shifting value regimes and categories of waste in Mwanza, Tanzania*. Utrecht: Utrecht University Repository.
- Buldani, B. (2007). Experiencias asociativas de cartoneros. El caso de la Cooperativa "El Orejano". En P. Schamber, & F. (. Suárez, *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 178-183). Buenos Aires: Prometeo.
- Burrell, J. (2012). *Invisible Users: Youth in the Internet Cafes of Urban Ghana*. Cambridge/London: MIT Press.
- Calello, T. (2007). Asambleas vecinales y cartoneros: Reflexiones sobre lo que ¿fue? En P. Schamber, & F. (. Suárez, *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 207-215). Buenos Aires: Prometeo.
- Callén, B. (2013). Esto no es basura: conflictos medioambientales y estrategias ciudadanas al rededor de la basura electrónica. *Congreso Internacional de Psicología ambiental. UOC / UB / UAB*. Barcelona.
- Carenzo, S. (2011). Desfetichizar para producir valor refetichizar para producir el colectivo: cultura material en una cooperativa de cartoneros del gran Buenos Aires. *Horizontes Antropológicos No. 36*, 15-42.
- Castro, B. (2003). Pierre Bourdieu y la miseria del mundo. *Sociedad y Economía*, 53-59.
- Chemás, M. (2016). *La Sunu Village y el circuito de la chatarra: marginalidad y supervivencia urbana*. Barcelona: Depòsit Digital de la Universitat de Barcelona.

- Chen, M. (2012). *La economía informal: definiciones, teorías y políticas*. Cambridge/Manchester: WIEGO.
- Clausen, J., & Espinosa, J. (2011). Residuos electrónicos en la Zona Conurbada de Guadalajara. La industria y el post-consumo. En P. Schamber, & F. Suárez, (Comps.) *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 267-295). Buenos Aires: Ciccus.
- Clifford, J. (1994). Diasporas. *Cultural Anthropology*, 9(3), 302-338.
- Cohen, W., & Johnson, R. (2005). *Filth: Dirt, Disgust, and Modern Life*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Cole, J. (2014). Producing Value among Malagasy Marriage Migrants in France. Managing Horizons of Expectation. *Current Anthropology*, 55(9), 85-94.
- Contijoch, M., & Espinosa, H. (Edits.). (2018). *ManTERS. Morabitisme i comerç informal als carrers de Barcelona*. Bellaterra.
- Cutina, M. (2011). Las organizaciones cartoneras y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Encuentros y desencuentros en la definición de una política socio-ambiental. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 93-125). Buenos Aires: Ciccus.
- Datta, A. (2016). *The illegal city. Space, Law and Gender in a Delhi Squatter Settlement*. London: Routledge.
- Davis, M. (2007). *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Foca.
- De Boeck, F. (2013). Challenges of Urban Growth: Toward an Anthropology of Urban Infrastructure in Africa. En A. Lepik (Ed.), *Afritecture. Building Social Change* (págs. 92-102).
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- De L'Estoile, B. (2014). "Money is good, but a friend is better": uncertainty, orientation to the future, and the economy. *Current Anthropology*, 55(9), 62-73.
- de Souza, J. R. (2007). Catadores de papel del Brasil. Algunas consideraciones generales. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 137-151). Buenos Aires: Prometeo.
- Del Acebo, E. (1993). *Sociología de la ciudad occidental. Un análisis histórico del arraigo*. Buenos Aires: Claridad.
- Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (2002). *Disoluciones urbanas: procesos identitarios y espacio público*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Delgado, M. (2006). Nuevas retóricas para la exclusión social. En R. Bergalli, *Flujos migratorios y su (des)control: puntos de vista pluridisciplinarios* (págs. 1-24). España: Anthropos.
- Delgado, M. (2016). *Ciudadanismo. La reforma ética y estética del capitalismo*. Madrid: Catarata.
- Deniz, G. C. (2012). *Waste Pickers Who Carry the Weight of the World. A case study in Ankara on waste pickers and the informal waste collection sector*. Germany: Lambert Académic publishing.
- Dias, S., & Goulart, F. (2011). Alianzas multisectoriales: El rol de los Foros Residuos y Ciudadanía en Brasil. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 15-31). Buenos Aires: Ciccus.
- Dimarco, S. (2007). ¿Podremos mirar mas allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura. *Papeles del CEIC. Vol 2*.
- Douglas, M. (2007). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Douglas, M., & Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes: hacia una antropología del consumo*. México D.F.: Grijalbo.
- Dourish, P., & Bell, G. (2007). The infrastructure of experience and the experience of infrastructure: Meaning and structure in everyday encounters with space. *Environment and Planning B Planning and Design*. Obtenido de https://www.researchgate.net/publication/23541602_The_Infrastructure_of_Experience_and_the_Experience_of_Infrastructure_Meaning_and_Structure_in_Everyday_Encounters_with_Space
- Duneir, M. (1999). *Sidewalk*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Edensor, T. (2005). Waste matter: the industrial debris of industrial ruins and the disordering of the material world. *Journal of Material Culture Vol. 10(3)*, 311–332.
- Engeström, Y. (1990). When Is a Tool? Multiple Meanings of Artifacts in Human Activity. En Y. Engeström, *Learning, Working and Imagining* (págs. 171-195). Helsinki: Orienta-Konsultit Oy.
- Fabregat, E. (2001). Enfoques para una antropología de la migración. *Espectra Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 1-13.
- Faura, Ú., & Gómez, J. (2001). Modelos migratorios: una revisión. *Revista asturiana de economía*, 209-236.
- Federici, S. (2019). *Re-enchanting the World: Feminism and the Politics of the Commons*. Oakland: PM Press.
- Fennell, C. (2015). Emplacement. En H. Appel, G. Akhil, & N. Anand, *The Infrastructure Toolbox*. Cultural Anthropology Online - Theorizing the Contemporary - Fieldsights.
- Fernández, M. I. (2018). Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina. *Íconos*, 21-38.
- Flaquer, L., & Escobedo, A. (2009). The metamorphosis of informal work in Spain: family solidarity, female immigration, and development of social rights. En B. Pfau-Effinger, L. Flaquer, & P. Jensen, *Formal and informal work: the hidden work regime in Europe* (págs. 143-168). New York: Routledge.
- Fredericks, R. (2012). Devaluing the dirty work: gendered trash work in participatory Dakar. En C. Alexander, & J. Reno, *Economies of Recycling: The Global Transformations of Materials, Values and Social Relations* (págs. 119–142). London: Zed Books.
- Frederiks, R. (2018). *Garbage Citizenship: Vital infrastructures of labour in Dakar, Senegal*. Durham: Duke University Press.
- Frigolé, J. (1997). *Un hombre: Género, clase y cultura en el relato de un trabajador*. Barcelona: Muchnik.
- Frow, J. (2003). Invidious Distinction: Waste, Difference, and Classy Stuff. En G. Hawkins, & S. Muecke, *Culture and waste. The creation and destruction of value* (págs. 25-38). New York: Rowman & Littlefield.
- Galbraith, J. K. (2008). *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel.
- García Fernández, C. (2006/2007). Las causas de la emigración en Africa. *Papeles nº 96*, 89-98.
- García, C. (2006/2007). Las causas de la emigración en África. *Papeles(96)*, 89-98.
- Gell, A. (1998). *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- Gerry, C. (1976). The wrong side of the factory gate: casual workers and capitalist industry en Dakar, Senegal. *Manpower and unemployment research*, 17-27.
- Giannotta, A. K. (2020). Making place for waste: governance between the formal and informal by Casablancan waste collection and collectors. *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 110-131.

- Gil, M., & Balasch, R. (. (2013). *De residuo a recurso. 20 años de gestión de residuos en Cataluña*. Barcelona: Clipmèdia Edicions.
- Giles, D. (2014). The anatomy of a dumpster: abject capital and the looking glass of value. *Soc. Text* 32, 93–113.
- Goffman, E. (1993). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2001). *Estigma: La identidad deteriorada*. Madrid: Amorrortu.
- González-Ferrer, A. & Graus, E. (2012). Migrantes senegaleses en Francia, Italia y España: primeros resultados de la encuesta MAFE-Senegal. *ARI - Real Instituto Elcano*, 1-14.
- Graeber, D. (2001). *Toward an Anthropological Theory of Value. The false coin of our own dreams*. England: Palgrave.
- Graeber, D. (2006). Turning modes of production inside out. Or why capitalism is a transformation of slavery. *Critique of Anthropology*, 61-85.
- Graham, S. (Ed.). (2010). *Disrupted Cities. When Infrastructure Fails*. New York: Routledge.
- Gremi de Recuperació de Catalunya. (2014). Recuperadores: la dificultad de ser legal en un sector cada vez más complejo. *Recupera* (84), 6-13.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.
- Guber, R. (2013). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guillet, D. (1983). Toward a cultural ecology of mountains: the Central Andes and the Himalayas compared. *Current Anthropology* 24(5), 561-574.
- Gupta, A., & Ferguson, J. (1997). Beyond culture: space: identity and the politics of difference. En A. Gupta, & J. Ferguson, *Culture, power, place. Explorations in critical anthropology* (págs. 33-51). Durham: Duke University Press.
- Gururani, S. (2017). Designed to fail. *Economic & Political Weekly*.
- Guyer, J. (2004). *Marginal gains: monetary transactions in Atlantic África*. Chicago: University of Chicago Press.
- Habib, R., Basma, S., & Yeretian, J. (2006). Harboring illnesses: on the association between disease and living conditions in a Palestinian refugee camp in Lebanon. *Int. J. Environ. Health Res.* 16(2), 99–111.
- Haesbaert, R. (2013). Del mito de la desterritorialización a la mutiterritorialidad. *Cultura y representaciones sociales*, 9 - 42.
- Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía: métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Hart, K. (1973). Informal income opportunities and urban employment in Ghana. *The Journal of Modern African Studies*, Vol. 11, No. 1, 61-89.
- Hart, K. (2009). On the informal economy: the political history of an ethnographic concept. *Centre Emile Bernheim working paper presented at a seminar in Brussels, 29th October 2009*.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. España: Akal.
- Harvey, D. (2008). *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, P., & Knox, H. (2015). *Roads. An Anthropology of Infrastructure and Expertise*. New York: Cornell University Press.
- Hawkins, G. (2006). *The Ethics of Waste: How We Relate to Rubbish*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers.
- Houston, L. (2013). *Inventive infrastructures: an exploration of mobile phone 'repair' cultures in Kampala, Uganda*. Lancaster: Lancaster University.
- ILO - International Labour Office. (1972). *Employment income & quality: a strategy for increasing productive employment in Kenya*. Ginebra: ILO.

- Jabardo, M. (2011). Las lógicas de la inmigración senegalesa en España. *Revista de derecho migratorio y extranjería*, 87-100.
- Jackson, S. (2015). Repair. En H. Appel, G. Akhil, & N. Anand, *The Infrastructure Toolbox*. Cultural Anthropology Online - Theorizing the Contemporary - Fieldsights.
- Jappe, A. (2009). Introducción a la edición castellana. En A. Jappe, R. Kurz, & C. P. Ortlieb, *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía* (págs. 7-26). Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Kesküla, E. (2019). Waste People/Value Producers: Ambiguity, Indeterminacy, and Postsocialist Russian-Speaking Miners. En C. Alexander, & A. Sanchez (Edits.), *Indeterminacy. Waste, Value, and the Imagination* (págs. 112-133).
- Khosravi, S. (2021). *Yo soy frontera. Autoetnografía de un viajero ilegal*. España: Virus.
- Koehs, J. (2007). El empowerment de los cartoneros de Buenos Aires y su emergencia como actores sociales durante la crisis argentina de 2002. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 185-205). Buenos Aires: Prometeo.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. e. Appadurai, *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (págs. 89-122). México D.F.: Grijalbo.
- Lancione, M. (2016). The Assemblage of Life at the Margins. En M. Lancione (Ed.), *Rethinking Life at the Margins. The Assemblage of Contexts, Subjects and Politics*. London: Routledge.
- Lane, R. (2011). The waste commons in an emerging resource recovery regime: contesting property and value in Melbourne's hard rubbish collections. *Geogr. Res.* 49(4), 395-407.
- Larkin, B. (2013). The Politics and Poetics of Infrastructure. *Annual Review of Anthropology*, 327-343.
- Larkin, B. (2015). Form. En H. Appel, G. Akhil, & N. Anand, *The Infrastructure Toolbox*. Cultural Anthropology Online - Theorizing the Contemporary - Fieldsights.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Linn, J. (1983). *Cities in the developing world*. Oxford/New York: Oxford University Press.
- Little, P. (2014). *Toxic Town: IBM, Pollution and Industrial Risks*. New York: NYU Press.
- Lomnitz, L. (1973). Supervivencia en una barriada en la Ciudad de México. *Demografía y economía*, 58-85.
- Lomnitz, L. (1993). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Malkki, L. (1995). *Purity and Exile: Violence, Memory, and National Cosmology among Hutu Refugees in Tanzania*. Chicago: Chicago University Press.
- Mansilla, J., Marcús, J., Boy, M., Janes, S., & Aricó, G. (2019). Del planeamiento urbanístico a la actividad turística. Sobre la ciudad como mercancía. En J. Mansilla, J. Marcús, M. Boy, S. Janes, & G. Aricó (Coordinadores), *La ciudad mercancía. Turistificación, renovación urbana y políticas de control del espacio público* (págs. 9-21). Buenos Aires: TeseoPress.
- Martín, I., Ruggerio, C., Miño, M., Flores, P., & Walter, M. (2007). Vulnerabilidad y riesgos de los recuperadores de residuo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 285-301). Buenos Aires: Prometeo.
- Martínez Veiga, U. (1989). *El otro desempleo: la economía sumergida*. Barcelona: Anthropos.
- Martínez Veiga, U. (1995). *Mujer, trabajo y domicilio: los orígenes de la discriminación*. Barcelona: Icaria.
- Martínez Veiga, U. (2004). *Trabajadores invisibles: Precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*. Madrid: Catarata.

- Martínez, F. (2017). Waste is not the end. For an anthropology of care, maintenance and repair. *Social Anthropology*, 346-350.
- Mauch, C. (2016). *Out of sight, out of mind: the politics and culture of waste*. RCC Perspectives: Transformations in Environment and Society.
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Katz.
- Mazumdar, D. (1975). *The urban informal sector*. Washington: World Bank Staff Working Paper.
- McCraw, T. (2013). *Joseph Schumpeter: Innovación y destrucción creativa*. Barcelona: Ediciones de Belloch.
- Medina, M. (1998). Informal Transborder Recycling on the U.S.-Mexico Border: the cartoneros of Nuevo Laredo. Mexico: El Colegio de la Frontera Norte.
- Medina, M. (2005). Serving the unserved: informal refuse collection in Mexico. *Waste Management & Research*, 390-397.
- Medina, M. (2007). *The World's Scavengers: Salvaging for Sustainable Consumption and Production*. Lanham: AltaMira Press.
- Medina, M. (2007). Una visión general del reciclaje informal en África, Asia y América Latina. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 222-243). Buenos Aires: Prometeo.
- Mendoza, I. (2014). *Afriklando in the guetto. Prácticas de reciclaje urbano en Barcelona*. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Merleau-Ponty, M. (1975). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Mezzadra, S., & Neilson, B. (2013). *Border as method, or, the multiplication of labor*. Durham: Duke University Press.
- Millar, K. (2012). Trash ties: urban politics, economic crisis and Rio de Janeiro's garbage dump. En C. Alexander, & J. Reno, *Economies of Recycling: The Global Transformations of Materials, Values and Social Relations* (págs. 164-184). London: Zed Books.
- Millar, K. (2018). *Reclaiming the Discarded: Life and Labor on Rio's Garbage Dump*. Durham: Duke University Press.
- Miller, D. (2012). *Consumption and its Consequences*. Cambridge: Polity.
- Miyar Busto, M., & Garrido Medina, L. (2010). La dinámica de los flujos migratorios de entrada en España. *Presupuesto y Gasto Público; n. 61 (4/2010) - Instituto de Estudios Fiscales*, 11-23.
- Miyar, M., & Garrido, L. J. (2010). La dinámica de los flujos migratorios de entrada en España. *Presupuesto y Gasto Público*(61), 11-23.
- Motterle, L. (2018). Y tenía coazón. Trabajo sexual, violencias y resistencias entre carne y piedra en el Raval de Barcelona. Tesis Doctorals en Xarxa. Obtenido de <https://www.tesisenred.net/handle/10803/667221#page=5>
- Munn, N. (1992). *The Fame of Gawa. A symbolic study of value transformation in a Massim (Papua New Guinea) society*. Durham: Duke University Press.
- Nagle, R. (2013). *Picking Up: On the Streets and Behind the Trucks with the Sanitation Workers of New York City*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Narotzky, S. (2012). Provisioning. En J. Carrier (Ed.), *A handbook of economic anthropology* (págs. 78-93). Cheltenham: Elgar.
- Narotzky, S., & Besnier, N. (2020). Crisis, valor y esperanza: repensar la economía. *Cuadernos de Antropología Social*, 23-48.
- Newman, K. (2007). *No Shame in My Game: The Working Poor in the Inner City, 1993-2002*. New York: Harvard Dataverse.
- Nguyen, M. (2019). *Waste and Wealth: Labour, Value and Morality in a Vietnamese Migrant Recycling Economy*. New York: Oxford University Press.

- Norris, L. (2010). *Recycling Indian Clothing: Global Contexts of Reuse and Value*. Bloomington: Indiana University Press.
- Norris, L. (2012). Shoddy rags and relief blankets: perceptions of textile recycling in North India. En C. Alexander, & J. Reno, *Economies of Recycling: The Global Transformations of Materials, Values and Social Relations* (págs. 35–58). London: Zed Books.
- O'Hare, P. (2019). Waste. En F. Stein, S. Lazar, M. Candea, H. Diemberger, J. Robbins, A. Sanchez, & R. Stasch, *The Cambridge Encyclopedia of Anthropology*.
doi:http://doi.org/10.29164/19waste
- O'Brien, M. (2007). *A Crisis of Waste? Understanding the Rubbish Society*. New York/Oxford: Routledge.
- O'Neill, B., & Rodgers, D. (Edits.). (2012). Infrastructural Violence. *Ethnography*, 13(4). Sage.
- OIT. (2013). *La economía informal y el trabajo decente: una guía de recursos sobre políticas, apoyando la transición hacia la formalidad*. Ginebra.
- Paiva, V. (2005). Modos formales e informales de recolección y tratamiento de los residuos, ciudad de Buenos Aires, siglos XVI al XX. *Documento del Seminario de Crítica No. 150 del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires*.
- Paiva, V., & Perelman, M. (2008). Aproximaciones a la historia del cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. . *Documento del Seminario de Crítica No. 1621 del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires*.
- Paiva, V., & Perelman, M. (2008). Recolección y recuperación informnal de residuos. La perspectiva de la teoría ambiental y de las políticas públicas. *Cuaderno Urbano. Volumen VII, No. 7*, 35 - 54.
- Palomera, J. (2014). Reciprocity, commodification and poverty in the era of financialization. *Current Anthropology*, 105-115.
- Park, R. E. (1928). Human Migration and the Marginal Man. *American Journal of Sociology*, 33(6), 881-893.
- Parra, F. (2007). Reciclaje popular y políticas públicas sobre manejo de residuos en Bogotá. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores ubanos de residuos de América Latina* (págs. 63-81). Buenos Aires: Prometeo.
- Parra, F. (2011). Bogotá y la coyuntura actual de manejo de residuos: un reto para la inclusión de población recicladora en el funturo manejo de los residuos de la ciudad. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 33-53). Buenos Aires: Ciccus.
- Parry, J. (1982). Sacrificial death and the necrophagous ascetic. En M. Bloch, & J. Parry, *Death and the Regeneration of Life* (págs. 74–110). New York/Cambridge: Cambridge University Press.
- Patterson, O. (1985). *Slavery and social death. A comparative study*. Cambridge: Harvard University Press.
- Paugam, S. (2007). *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid: Alianza.
- Perelman, M. (2007). ¿Rebusque o trabajo? Un análisis a partir de las transformaciones del cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores ubanos de residuos de América Latina* (págs. 245-267). Buenos Aires: Prometeo.
- Perelman, M. (2009). Reseña de "De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros" de Pablo Schamber. *Intersecciones en Antropología*, 10(1), 377-379.

- Perelman, M. (2011). Vergüenza y dignidad. Resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 223-237). Buenos Aires: Ciccus.
- Perelman, M., & Boy, M. (2012). Cartoneros en Buenos Aires: nuevas modalidades de encuentro. *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 72, No. 3, 393 - 418.
- Petružytė, D. (2009). Waste Pickers' Way of Life: Case Study of the Dump of Kariotiškės. Summary of doctoral dissertation. Vilnius.
- Pfau-Effinger, B., Flanquer, L., & Jensen, P. (2009). *Formal and informal work: The hidden work regime in Europe*. New York: Routledge.
- Pike, D. (2004). Sewage treatments: vertical space and waste in nineteenth-century Paris and London. En W. Cohen, & R. Johnson, *Filth: Dirt, Disgust, and Modern Life* (págs. 51-77). Minneapolis: University of Minneapolis Press.
- Porrás, J. (2014). Trabajando en la periferia y a la intemperie: el caso de los chatarreros subsaharianos en Barcelona. *Periferias, fronteras y diálogos. Actas del XIII Congreso de Antropología de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español* (págs. 127 - 150). Tarragona: Universitat Rovira i Virgili.
- Porrás, J. (2015). Otros trabajos y otros trabajadores en Barcelona. *Polis*, 211-234.
- Porrás, J., & Climent, V. (2018). An analysis of informal work: The case of Sub-Saharan scrap metal waste pickers in the city of Barcelona. *Intangible Capital*, 536-568.
- Porrás, J., & Espinosa, H. (11 de 11 de 2016). Crónica del fracaso continuado de la regulación del trabajo callejero en Barcelona. *Diagonal*. Obtenido de <https://www.diagonalperiodico.net/libertades/32233-regular-para-olvidar-cronica-del-fracaso-continuado-la-regulacion-del-trabajo>
- Portes, A. (1983). The informal sector: definition controversy & relations to national development. *Cultures et Developpment, Université catholique de Louvain*.
- Procoli, A. (Ed.). (2004). *Workers and narratives of survival in Europe*. Albany: State University of New York Press.
- Quinteros, C. (2011). Trabajo, identidad y ciudadanía. *Realidad*(128), 261-284.
- Rathje, W., & Murphy, C. (1992). *Rubbish! The archeology of garbage*. New York: Harper Collins.
- Rathje, W., Phillips, D., & Restrepo, I. (1984). El Proyecto Basura: The Archaeology of Industrial Transformation in Mexico. *American Behavioral Scientist Vol. 28 No. 1*, 139-153.
- Reid, D. (1991). *Paris Sewers and Sewermen: Realities and Representations*. Cambridge: Harvard University Press.
- Reis Costa, D. (2007). Márgenes en el centro. Calle, catación y basura en el centro de São Paulo. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 47-61). Buenos Aires: Prometeo.
- Reno, J. (2009). Your trash is someone's treasure: the politics of value at a Michigan landfill. *Journal of Material Culture* 14(1), 29-46.
- Reno, J. (2012). Evident excess: material deposits and narcotics surveillance in the USA. En C. Alexander, & J. Reno, *Economies of Recycling: The Global Transformations of Materials, Values and Social Relations* (págs. 234-254). London: Zed Books.
- Reno, J. (2015). Waste and waste management. *Annual Review of Anthropology*, 557-572.
- Rius Sant, X. (2007). *El libro de la inmigración en España*. Almuzara.
- Rodríguez, M. V. (2011). Recuperación y reciclado de hierro en la región metropolitana de Buenos Aires (RMBA). En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 171-200). Buenos Aires: Ciccus.

- Rosa Luxemburg Stiftung. (2019). *Atlas of Migration. Facts and figures about people on the move*. Berlin: Rosa Luxemburg Foundation.
- Ruesga Benito, S. M. (1997). *Los españoles ante la economía sumergida*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ruggerio, C. (2011). Cluster de Plantas Sociales de Recuperación de Residuos. ¿Una oportunidad para propender a una gestión integral de los Residuos Sólidos Urbanos? El Área Metropolitana de Buenos Aires como caso de estudio. En P. Schamber & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio II. Miradas sobre recuperadores, políticas públicas y subjetividades en América Latina* (págs. 155-181). Buenos Aires: Ciccus.
- Saceda Montesinos, M. (2016). *Evolución de las migraciones entre Marruecos y España (1999-2014): la gestión migratoria en Ceuta ante la encrucijada de intereses UE-Marruecos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid - Memoria de tesis doctoral.
- Saceda, M. (2015). *Evolución de las migraciones entre Marruecos y España (1999-2014): la gestión migratoria en Ceuta ante la encrucijada de intereses UE-Marruecos*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid - Tesis en acceso abierto.
- Salcedo, M. T. (2012). Escritura y territorialidad en la cultura de la calle. En E. Restrepo, & M. V. Uribe, *Antropologías Traseúntes* (págs. 157 - 194). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sánchez, T. (2017). ¿La diversidad funcional como una política del diseño? *Diseño*(11), 148 - 159.
- Sanchis, E., & Miñana, J. (1988). *La otra economía: trabajo negro y sector informal*. Valencia: Alfons el Magnànim.
- Santamaría, E. (2000). La representación intelectual de las trayectorias migratorias. En D. Provansal, *Espacio y territorio: miradas antropológicas* (págs. 95-107). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- Santos Granero, F. e. (2012). *La vida oculta de las cosas: teorías indígenas de la materialidad y la personificación*. Quito: Abya Yala.
- Sassen, S. (2013). *Inmigrantes y ciudadanos. De las migraciones masivas a la Europa fortaleza*. Madrid: Siglo XXI.
- Schamber, P. (2008). *De los desechos a las mercaderías. Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: Biblos.
- Schamber, P. & Suárez, F. (2007). Cartoneros de Buenos Aires. Una mirada general sobre su situación. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio. Miradas sobre recuperadores urbanos de residuos de América Latina* (págs. 25-45). Buenos Aires: Prometeo.
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Simmel, G. (1986). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización. Tomo 2*. Madrid: Alianza.
- Simmel, G. (2012). *El extranjero. Sociología del extrañamiento*. Madrid: Sequitur.
- Simmel, G. (2013). *Filosofía del dinero*. Madrid: Capitan Swing .
- Simone, A. (2004). People as infrastructure: Intersecting fragments in Johannesburg. *Public Culture* 16(3), 407–429.
- Skuse, A. (2005). Enlivened objects: The Social Life, Death and Rebirth of Radio as Commodity in Afghanistan. *Journal of Material Culture* Vol. 10(2), 123–137.
- Smith, G. (2011). Selective hegemony and beyond: populations with "no productive function": a framework for enquiry. *Identities*(18), 2-38.
- Star, S., & Ruhleder, K. (1996). Steps Toward an Ecology of Infrastructure: Design and Access for Large Information Spaces. *Information Systems Research*.
- Stowell, A. (2018). The Institutionalization of Suffering: Embodied inhabitation and the maintenance of health and safety in e-waste recycling. *Organization Studies*, 785-809.

- Strasser, S. (2000). *Waste and want: a social history of trash*. New York: Metropolitan Books.
- Suárez, F., Sardo, A., Miño, M., & Parodi, A. (2011). El reciclado de plástico en la region metropolitana de Buenos Aires. En P. Schamber, & F. Suárez (Comps.), *Recicloscopio III. Miradas sobre recuperadores urbanos, formas organizativas y circuitos de valorización de residuos en América Latina* (págs. 203-239). Buenos Aires: Ciccus.
- Tarrius, A. (2000). Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de territorio circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones*, XXI(83), 37-66.
- Taussig, M. (2010). *Desfiguraciones. El secreto público y la labor de lo negativo*. Madrid: Findeo.
- Téllz Infantes, A., & Martínez Guirao, J. E. (2009). *Economía informal y perspectiva de género en contextos de trabajo*. Barcelona: Icaria.
- Thompson, M. (2017). *Rubbish Theory. The creation and destruction of value*. Londres: Pluto Press.
- Urdampilleta, C. (2015). La inmigración senegalesa en España: Datos estadísticos. *Eikasía*, 445-467.
- Vázquez, I. (2011). El desafío estadístico de ser emigrante senegales en España: un estudio comparativo de las fuentes secundarias en origen y destino sobre la inmigración senegalesa en España. *Migraciones*, 127-155.
- Velho, G. (2013). *Um antropólogo na cidade. Ensaios de antropologia urbana*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Venceslao, M., & Delgado, M. (2017). Somatizaciones del internamiento en un centro de justicia juvenil. La participación de los dominados en su propia dominación. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 193-214.
- Vidal, T., & Pol, E. (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología*, 281-287.
- Villalta, A. (2013). 20 años de políticas de residuos en el gobierno de la Generalitat. En M. (. Gil, & R. (. Balasch, *De residuo a recurso. 20 años de gestión de residuos en Cataluña* (págs. 50-52). Barcelona: Clipmèdia.
- vonSchnitzler, A. (2015). Ends. En H. Appel, G. Akhil, & N. Anand, *The Infrastructure Toolbox*. Cultural Anthropology Online - Theorizing the Contemporary - Fieldsights.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Wacquant, L. (2012). *Merodeando las calles. Trampas de la etnografía urbana*. Barcelona: Gedisa.
- Weeks, J. (1975). *Policies for expanding employment in the urban sector of developing countries*. Ginebra: International Labour Review.
- Weiner, A. (1992). *Inalienable possessions : the paradox of keeping-while-giving*. Berkeley: University of California Press.
- Wirth, L. (1927). The Ghetto. *American Journal of Sociology*, 33(1), 57-71.
- Zhang, A. (2019). Invisible Labouring Bodies : Waste Work as Infrastructure in China. *Made in China Journal*.
- Zimring, C. (2005). *Cash for your trash: scrap recycling in America*. New Brunswick: Rutgers University Press.